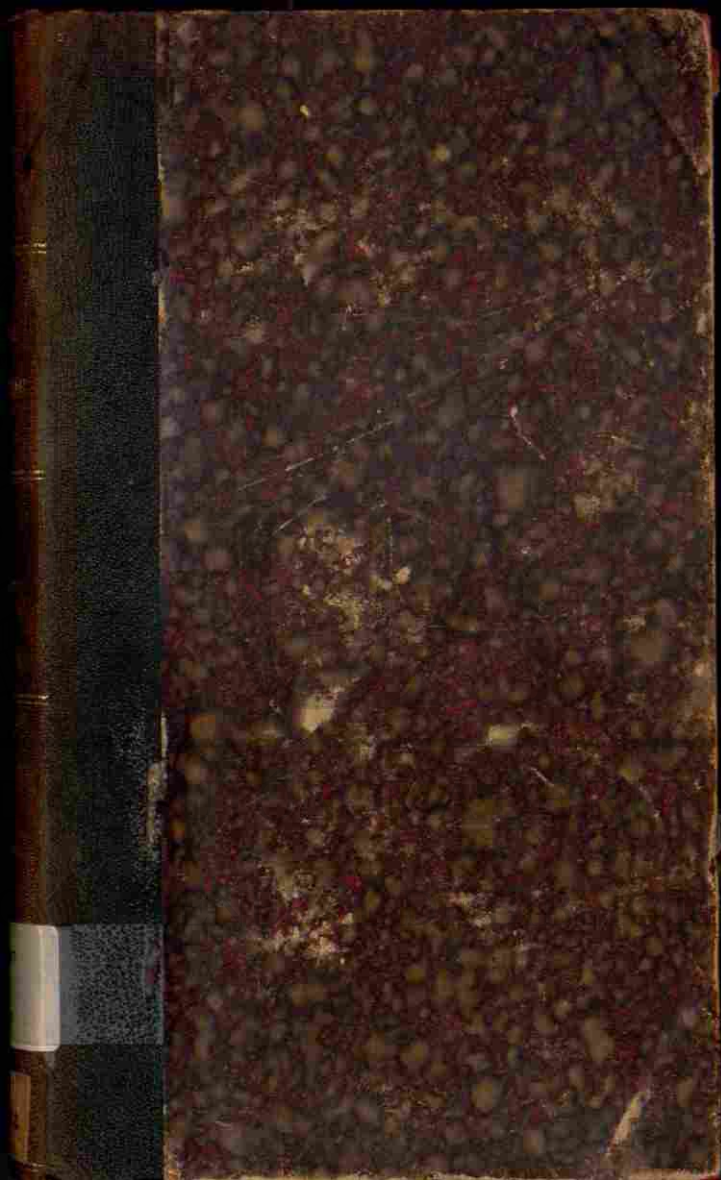






TESOROS
DE
G. A. LAPIDY



NO
A

BS497
L3
v. 1
1882

006412



1080014698

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Lectionis

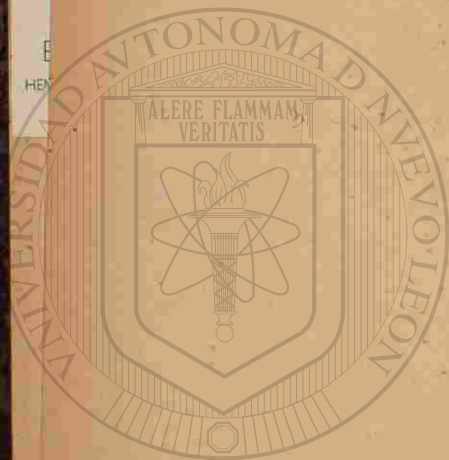


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TESOROS

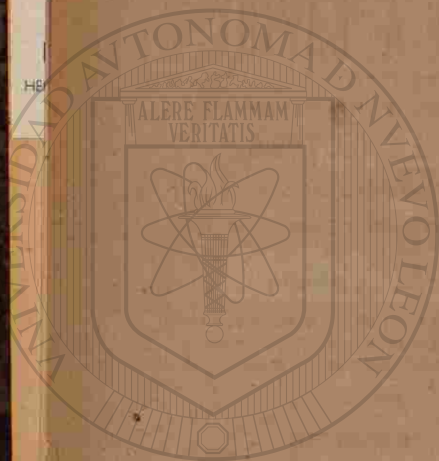
DE

CORNELIO Á LÁPIDE.

A-DIS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B-75-4
TESOROS
DE
CORNELIO Á LÁPIDE,

EXTRACTO
DE LOS COMENTARIOS DE ESTE CÉLEBRE AUTOR SOBRE
LA SAGRADA ESCRITURA,

Por el Abate Barbier,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL DE LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA

POR

D. Carlos Soler y Arqués,

Catedrático de Francés, Individuo de la Real
Academia de la Historia, miembro de varias
Corporaciones científicas y literarias, etc.

SEGUNDA EDICIÓN.

TOMO PRIMERO.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca General y Teófica

MADRID.

BARCELONA.

Librería de D. Miguel Olamendi, calle
de la Paz, 8.

Lib. de los Heróicos de la calle Plá
y de la Vinata y del Sr. Sabatón.

1882.

45057



Es propiedad exclusiva del editor,

Juan Soler.

Capítulo II
De la Biblioteca



VICH.

FONDO EDITORIAL
Imprenta y librería de Juan Soler.
VALVERDE Y TELLEZ

APROBACIONES.

Sa Santidad Pio IX se dignó dirigir al autor la siguiente carta:

ILLME. AC RND. DOMINE COLENDISSIME.

Pergratum accidit Maximo Pontifici PIO IX opus tuum ex COMMENTARIIS CONSILII A LAPIDE in Sanctas Scripturas excerptum, quod testimonio etiam laudis commendator Episcopi Cenomanensis. Nec porro dubitat Sanctitas Sua opus ipsum à te in lucem editum ad Divinarum Scripturarum interpretationem, cujus lectione gravioribus curis distenta cogitur abstinere, ita esse exaratum, ut nil prae se ferat quod Ecclesiae auctoritatem ac sensum offendant, quem ipsa tenet in interpretandis Sacris Scripturis. Hac igitur fiducia, Summus idem Pontifex mihi demandavit ut literis tuis, Illme. ac Rnde. Domine, rescriberem, deque eodem opere tibi gratularer, ac pro oblato ejus munere gratiarum actiones referrem. Accedit Paternae caritatis pignus Apostolica Benedictio, quam coelestium munerum auspiciem tibi benignissimus idem Pontifex ex animo impertitur.

Superest ut opportuna hac occasione sensus tibi, Illme. ac Rndo. Domine, profitear obsequii mei, ac fausta et salutaria omnia enixe precor à Domino.

Tui, Illme. ac Rnde. Domine,

humillimus et addictissimus servus,

DOMINICUS FIORAMONTI.

SS. DD. P. ab epistolis latinis.

Datum Romae, die 13 Novembris 1863.

008412

Vista la informacion de uno de nuestros Vicarios generales, no podemos ménos de aprobar la obra titulada **Tesoros de Cornelio à Lápide**, y de recomendarla eficazmente, no sólo al Clero, sino tambien á todos los fieles de nuestra diócesis.

Dado en Maa, el 24 de Enero de 1863.

† SANTIAGO, Obispo de Maa.

SEÑOR CURA:

Toda obra sería procedente de uno de los miembros del Clero de nuestra diócesis merece nuestra aprobacion; pero las que tienen por objeto, como la de que sois autor, propagar más y más el conocimiento de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, é infundir el gusto por el estudio de las Divinas Letras, tienen sobre Nos derechos muy particulares.

Con tantos títulos, no podemos ménos de aplaudir altamente la publicacion de vuestro trabajo sobre **Cornelio à Lápide**, anhelando que el éxito más completo corone tan laudable empresa.

Recibid, Sr. Cura, la seguridad de mis afectísimos sentimientos en Nuestro Señor Jesucristo.

† MARIE-Ach., Obispo de Grenoble.

Grenoble, 16 de Agosto de 1863.

CENSURA ECLESIASTICA.

Por comision del Ilmo. y Rmo. Sr. D. D. Juan José Castruñer y Ribas, Obispo de esta diócesis, he examinado detenidamente hasta la página 370 el tomo 4.º de la obra titulada **Tesoros de Cornelio à Lápide**, extracto de los Comentarios de este célebre autor sobre la Sagrada Escritura, escrita en francés por el Abate BARNIER, y traducida al español por D. Carlos Soler y Arqués; y nada he hallado hasta la citada página, donde tuve por falta de salud que suspender mi cometido, que sea contrario á la fe y buenas costumbres. Antes bien, por ser la mentada obra un abundante repertorio de autoridades de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres en todo género de materias predicables, la juzgo de muchísima utilidad á todo orador sagrado para instruir á los fieles, ya sea en orden á los misterios de la fe, ya á la recepcion de los Sacramentos, ya á la práctica de la virtud.

Este es mi parecer, *salvo meliori*.

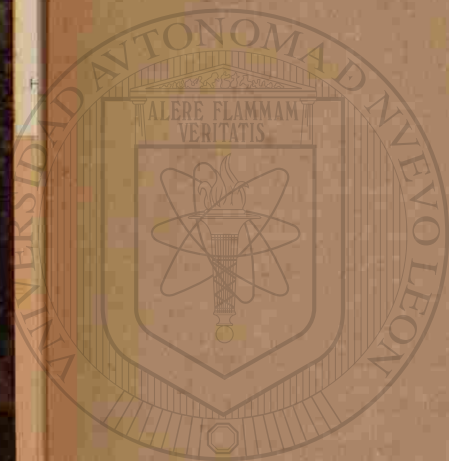
Vich, 46 de Diciembre de 1865.

José Puigdollers, Pbro., canónigo lectoral.

En cumplimiento de lo dispuesto por el M. I. Sr. Vicario General capitular, ha continuado la revision de la presente obra desde la página arriba indicada hasta el fin del primer tomo, y tengo la satisfaccion de poder corroborar con mi humilde voto el ventajoso juicio que de ella hace el Ilro. Sr. canónigo Puigdollers. Á mi parecer, se puede con bastante propiedad comparar á una rica mina que, además de contener abundantísimos tesoros de la más sana doctrina, tiene la inestimable ventaja de poder ser fácilmente explotada, á causa de estar dispuesta en forma de diccionario; por todo lo cual juzgo, que no sólo es digna de ver la luz pública, sino tambien de ocupar un lugar distinguido en la librería de todos los señores eclesiásticos y demás personas que deseen instruirse á fondo en la ciencia de los Santos.

Vich y Mayo de 1866.

Bernardo Sala, Pbro.



La obra que se publica en la capital de nuestra diócesis con el título de **Tesoros de Cornelio á Lápide**, que es un extracto de los Comentarios de este autor sobre la Sagrada Escritura, es digna de los mayores elogios. Nos, convencido de la necesidad cada día mayor de la predicación, y penetrado de la inmensa utilidad que, para hacerla con fruto, se puede sacar de la mencionada obra, no vacilamos en recomendarla á nuestro amado Clero, y con especialidad á los Ríos. Cura-párrocos, Económos y Regentes de nuestra diócesis. Sabido es de todos, y no hay necesidad de recordarlo, que las fuentes intrínsecas de la elocuencia sagrada son la Escritura y la tradición. Necesario se hace pues que, ante todo, el predicador estudie y haga, por decirlo así, suyas las Santas Escrituras, procurando con una asidua meditación de las mismas penetrar su elevado sentido y aplicarlas de un modo oportuno; y no siendo libre de interpretarlas á su manera, ántes bien debiendo atenerse al sentido que les atribuye la Iglesia, es evidente la necesidad de estudiar y meditar los más acreditados expositores de la palabra de Dios escrita. De otra suerte se expondría el orador sagrado á citar equivocadamente ó violentar el sentido de las Sagradas Letras, haciendo inútil, cuando no dañosa, la palabra de Dios.

Por estas razones recomendamos á nuestro amado Clero la lectura del **CORNELIO**, que es, entre todos los expositores, el que más justa fama ha adquirido para el objeto indicado; y siendo la referida obra **Tesoros de Cornelio á Lápide**, un extracto de lo más selecto del **CORNELIO**, y un abundante repertorio de materias distribuidas por orden alfabético, su estudio puede emprenderse con más ventajas y con más facilidad. Haciéndolo de esta manera é impregnándonos del genuino sentido de la palabra de Dios, lograremos que sea provechoso á los fieles el sagrado ministerio de la predicación, y muy del agrado del Señor, que ha querido, según frase del Apóstol, que la Sagrada Escritura sea *utilis ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum, ad justitiam*. (IV. ad Timoth. cap. 3.)

Vich, 22 de Setiembre de 1866.

† ANTONIO LUÍS, Obispo de Vich.

Sres. J. Soler-hermanos, Vich.

Muy apreciados Sres.: Es indudable que los Comentarios de Cornelio á Lápide sobre la Sagrada Escritura son sumamente apreciables y llenos de cristiana sabiduría y de selecta y abundante erudición eclesiástica, cuyo estudio enriquece el entendimiento y el corazón de los que á él se dedican. Los eclesiásticos, á quienes por obligación de su oficio y para cumplir su ministerio es absolutamente indispensable aprender ante todo la Sagrada Escritura y penetrarse bien de su recta interpretación en conformidad al Magisterio y tradición de la Iglesia, debieran mirarlos con singular aprecio y consagrarse asiduamente á su lectura. Pero no estando al alcance de todos por el número y extensión de sus volúmenes, no puede negarse que hace un gran servicio al Clero el que le ofrece en menor volumen aquella obra, especialmente en lo que se refiere á la práctica de la piedad, á la predicación y á la dirección de las almas.

Esto ha hecho el abate Barbier en Francia con la ordenada compilación á que ha dado el título de **Tesoros de Cornelio á Lápide**, y que mereció la aprobación de su Prelado. Publicando Vds. en español su laborioso trabajo, tienen el mérito de procurar que la utilidad y el fruto se difunda en todas las diócesis de España. Agradezco por lo mismo el primer tomo que, hace pocos días, se sirvieron Vds. enviarme, y al tiempo de darles las debidas gracias, tengo la satisfacción de añadir que, habiéndolo ojeado, he podido persuadirme del acierto, exactitud y claridad con que se tratan en él importantísimos asuntos. Vivamente deseo que pronta y felizmente puedan Vds. acabar su importante empresa, y que las recomendaciones con que la han favorecido ya algunos Prelados, sirvan á muchos eclesiásticos de estímulo para aprovecharse de la facilidad que se les proporciona para dedicarse con su auxilio al estudio de los Libros Santos, que son la fuente de la verdadera sabiduría.

Con mucho aprecio soy de Vds. atento y afmo. servidor.

Madrid, 29 de Octubre de 1866.

† LORENZO, Arzobispo de Tiana.

Los comentarios del celebre Cornelio á Lápide sobre la Sagrada Escritura han gozado en todos tiempos de una gran celebridad, ya sea por su maravillosa erudición, ya sea por el inmenso caudal de doctrina que en ellos se admira. Nuestro ardiente deseo ha sido siempre verlos estudiados por los eclesiásticos de nuestra archi-

diócesis, y con especialidad por los predicadores de la divina palabra, convencido de que en ellos se hallan armas de todo género para defender el sagrado depósito de las verdades religiosas, y para explicarlas al pueblo cristiano con aquel acierto, dignidad y ciencia que se necesitan en un ministro del Santuario. Desgraciadamente la obra mencionada, por su difícil adquisición, parece destinada á formar parte de un muy reducido número de bibliotecas. Hemos visto pues con la mayor satisfacción el primer tomo de un extracto de la obra del ilustre comentador, que se publica en la ciudad de Vich con el título de **Tesoros de Cornelio á Lápide**, título que este compendio tiene justamente merecido por haber el autor, mediante un largo estudio y una detenida meditación, remido en él y distribuido por orden alfabético, cuanto de más sustancial se admira en el famoso Cornelio. Recomendamos por lo mismo á nuestro amado Clero la lectura y el estudio de una obra que les será sin duda de muchísima utilidad en la difícil y delicada tarea del sagrado ministerio.

Tarragona, 27 de Octubre de 1866.

† FRANCISCO, Arzobispo de Tarragona.

Hemos visto el primer tomo de la obra que sale á luz con el título de **Tesoros de Cornelio á Lápide**. Si la obra de este insigne expositor nos ha sido siempre muy preciosa y agradable, hallámbos aún la presente más ventajosa para la mayor parte de los Sacerdotes, por cuanto encierra el espíritu, la erudición y la claridad de aquella, y reúne además la ventaja de tener dispuestas sus materias en un orden á propósito para ser tratadas y expuestas á los fieles con precisión, claridad y abundancia. No dudamos que por medio de esta obra podrán los predicadores de la divina palabra dar á sus discursos el realce, erudición é importancia que de otra manera sólo podrían adquirir con un largo y detenido estudio de los Santos Padres y comentarios de la Sagrada Escritura; por cuyo motivo la juzgamos de muchísima utilidad á los Sacerdotes y á cuantos deseen instruirse fundamentalmente en las verdades de nuestra sacrosanta Religión.

Lérida, 26 de Setiembre de 1864.

† MARIANO, Obispo de Lérida.

Sabida y conocida es en el campo de las ciencias, la importancia de los Comentarios de Cornelio á Lápide sobre la Sagrada Escritura: esta elevada figura que nuestro buen Dios auscitó á últimos del siglo XVI, nutrida en la grande escuela de los hijos de Loyola, emprendió su obra colosal en defensa de los más sagrados intereses del Catolicismo, amenazados en su verdadero origen por el falaz y atrevido protestantismo, que, con el más funesto empeño, bastardeaba y desnaturalizaba el texto de la Sagrada Escritura. Al rededor de tan precioso depósito, y en su verdadero sentido, reunió lo más selecto de los más célebres expositores, escuchando sus sabias y piadosas reflexiones con las sentencias de los Santos Padres. llenando con este tan admirable como profundo trabajo diez enormes volúmenes en folio.

La mezquina dotación de nuestro amado Clero parroquial no permite la adquisición de tan estimable tesoro, viéndose á la vez privado de tanta luz y de tan poderoso auxiliar para alimentar con el pan de la divina palabra las almas de los feligreses confiadas á su ministerio pastoral. Para consuelo y mayor ilustración de nuestro Clero, acabamos de leer con placer el primer tomo de una obra titulada **Tesoros de Cornelio á Lápide**, verdadero y genuino extracto de los grandes y primordiales pensamientos que campean en aquel inmenso y científico promontorio de tan insigne expositor: vemos reunidas con breves pinceladas y en orden alfabético en los citados **Tesoros** toda la luz, todos los encantos que á torrentes brotan de la inmortal procedencia del célebre jesuita Cornelio, abriendo con este método ancho camino al celoso y estudioso Clero parroquial para que con poco costo y estudio pueda enriquecerse con el apreciable caudal de tanta doctrina, ora sea de la Sagrada Escritura, ora de los sabios exegetas católicos, distribuido con tanto orden como maestría en los **Tesoros de Cornelio á Lápide**, que no vacilamos en clasificarlo de muy útil y conveniente, y recomendarlo al estudio y piadoso celo de todo nuestro Clero. — Dado en nuestro palacio episcopal de Gerona á 24 de Octubre de 1866.

EL OBISPO de Gerona.

SS. SOLER-HERMANOS, VICH.

De vuelta de Santa Visita encuentro y he hojeado el primer tomo del extracto que, bajo el nombre de **Tesoros de Cornelio á Lápide**, acaban Vds. de publicar en habla castellana.

Empiezo por manifestarles que aplaudo la idea muy de buena gana, convencido de que, cuando son tantos los ponzoñosos bebederos que prepara la malignidad, conviene hacer fáciles sangrías á los puros manantiales de la sana doctrina; porque ni todos pueden acercarse á beber en las mismas fuentes, ni por la premura del tiempo es dado á las vases recorrer y meditar los vastos comentarios de la Sagrada Escritura.

El autor con su extracto, el traductor y editores han hecho un bien intentando que las aguas cristalinas de aquel raudal anden á flor de tierra en agradables corrientes para que toda clase de personas las tomen sin grave molestia, unas deteniéndose y consultando, las otras aunque sea al paso; que aun así nada perderán.

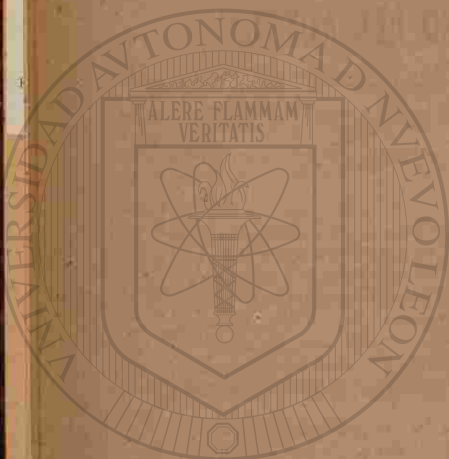
Cornelio á Lápide reunió y dió forma conveniente á los ricos materiales que la tradición y el estudio venían depositando en la escuela católica. Á sus **Comentarios** se acude siempre con provecho y edificación; por lo cual, dado el extracto en castellano y bajo el arte de diccionario, entiendo que ha de ser utilísimo el trabajo y un natural estímulo para que la obra lata sea más consultada, ya que es generalmente conocida.

En tal sentir y concepto recomendaré los **Tesoros de Cornelio á Lápide** en el **Boletín Eclesiástico** de mi diócesis, deseando que el Señor derrame sobre ella, haciéndola fructificar, el colmo de sus bendiciones.

En Jaen, á 9 de Noviembre de 1866.

ANTOLIN, Obispo de Jaen.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PRÓLOGO DEL AUTOR.

Excusado de la cura de almas de un pequeño pueblo cuyos habitantes, por dicha mía, son religiosísimos, pude dedicarme durante nueve años consecutivos al estudio de los admirables comentarios de Cornelio á Lápide sobre la Sagrada Escritura, y luego á la traducción de algunos extractos. Ha encontrado tanta luz mi entendimiento en este piadoso y sabio autor, tanto encanto mi corazón y tanta doctrina auxiliar de la elocuencia sagrada, que no he pasado en mi vida años más felices que los consagrados á esta tarea.

Debieran los comentarios de Cornelio á Lápide figurar en el estante predilecto de la librería de todo sacerdote, y sin embargo, poquísimos son los que los conocen de otra suerte que de oídas. ¡Tan difícil ha sido hasta ahora adquirirlos, y tan crecido su precio, atendidos los modestos recursos del clero parroquial! Ahora espero que el extracto, fruto de mis ocios y de mis vigilijs, será bien acogido; y sólo siento en el alma que una pluma más hábil no lo haya intentado antes. Un compendio sustancial de Cornelio á Lápide estaba destinado á prestar grandes servicios.

El plan de mi obra, plan que he meditado mucho, es el siguiente:
I. He tomado lo más selecto de los diez ó quince in-folios de que consta la obra de Cornelio, y he procurado encerrarlo en cuatro grandes volúmenes en 8.º, que contienen la materia de más de diez volúmenes regulares. En mis páginas me he propuesto ante todo ilustrar al espíritu y comover el corazón.

II. He traducido todos los extractos selectos de Cornelio; pero solo

TOM. I. — 3.

lo he hecho con mucho pesar mío. Por una parte, la lengua latina es la lengua de la Iglesia, y debe ser querida de los sacerdotes; y por otra parte tenía que temer que al imponerme tan larga y difícil tarea, no lograra reproducir con entera exactitud el texto latino, lleno de tantas bellezas con su gracioso y sencillo carácter. Pero he cedido á dos consideraciones.

La primera es que muchas personas no poseen suficientemente el latín para leer con gusto los extractos no traducidos, y para ellas hubieran sido infructuosos mis trabajos. Sin embargo, habiendo hecho entrar en los cuatro volúmenes cerca de diez mil pasajes de la Sagrada Escritura y más de seis mil de los santos Padres, he dado, en interés de los predicadores sobre todo, el texto de la mayor parte en latín.

La segunda consideración que me ha obligado á traducir, es que varias comunidades de hombres, las de mujeres y las familias cristianas no conocen la lengua del Egipto, y sin embargo desean ardientemente tener una colección de los comentarios de Cornelio á Lápido puestos á su alcance. No titubeo en afirmar que después de la *práctica de la perfección cristiana* de Rodríguez, ningún libro encontrarán del que puedan sacar mayor fruto que del presente. Muchos autores ascéticos instruyen, pero hay muy pocos que sepan conmover el corazón ó inspirarle los bríos de la piedad: Cornelio tiene ambos dones.

III. He tenido que seguir un plan diferente del de Cornelio. Este autor comenta el texto de la Biblia libro por libro, capítulo por capítulo, versículo por versículo. Si yo le hubiese seguido paso á paso, sólo el texto de la Sagrada Escritura hubiera llenado dos abultados volúmenes, y hubiera tenido luego que contentarme, para no salirme de los límites que me había prescrito, con indicar en pocas palabras el sentido de los pasajes oscuros. Pero, además de que existen trabajos excelentes compuestos en este sentido, nada hubiera dado á conocer mi obra de los tesoros de erudición que contienen los trabajos de Cornelio. Así es que he preferido agrupar por orden alfabético todas las grandes cuestiones que abraza la Teología, ya dogmática, ya moral, y reunir en cada cuestión lo que se halla diseminado en varios sitios de Cornelio, es decir, los textos de la Sagrada Escritura que la exponen, los pasajes de los santos Padres que la desarrollan, y las reflexiones de nuestro comentarista que acaban de ponerla en clara completamente.

A fin de no omitir nada esencial, he dividido en cierto número de partes las materias comprendidas en esta colección, indicando estas mismas divisiones al margen de las páginas y luego en los índices unidos á cada volumen; lo que nada deja que desear tocante á la claridad.

Siendo el fondo de mi trabajo la sagrada Escritura, los Doctores de la Iglesia y las más bellas reflexiones de Cornelio, ha de contener necesariamente grandes riquezas. He hecho cuanto ha estado de mi parte para que la forma correspondiese al fondo.

He creído del caso no dejar de citar los pasajes, muy bellos algunos, en que Cornelio hace alusión ora á ideas de física general poco exactas, ora á hechos de historia natural tenidos por falsos ó desprovistos todavía de una confirmación oficial. La física general de Cornelio ha sido la de los Padres de la Iglesia, y es aún la del pueblo: bajo estos dos puntos de vista merece ser respetada. La historia natural que acepta, es la de Plinio y Aristóteles, y cada día la ciencia contemporánea tiene que reconocer que estos dos eminentes observadores están más en lo verdadero de lo que el día antes se creía. Por otra parte, ¿hemos de rechazar las lecciones que hallamos en el *Pelayogo* de Clemente de Alejandría, en varios de los poemas de S. Gregorio Nazianzeno, en el *Herácleron* de S. Basilio, en el de S. Ambrosio, etc., sólo porque parten de teorías de física contestables, ó de hechos no reconocidos de historia natural? Nadie seguramente podrá atreverse á pretenderlo, y por lo que á mi atañe, sé afirmar que vería con disgusto desaparecer esta parte de la obra de Cornelio, tan interesante en su misma inexactitud.

He tomado algunas citas de Bossuet, de Bourdaloue, etc.; pero con tanta parsimonia, que puedo decir que toda mi obra está sacada de Cornelio. Y como este autor no tuvo tiempo de comentar el libro de Job y los Salmos, me he valido para lo primero de los excelentes comentarios de S. Gregorio el Grande, y para los segundos, de los del cardenal Bellarmino.

He indicado el origen de todos los textos de la Sagrada Escritura y de los extractos de los Doctores de la Iglesia que cito; y si he reproducido más de una vez, muy pocas á la verdad, algunos de estos textos ó extractos, lo he hecho á propósito á fin de no emplear llamadas al tratar de ciertos asuntos, lo que no hubiera podido menos de ser muy inconveniente en una obra de cuatro volúmenes.

En ménos de tres meses he tenido millares de suscriptores: cardenales, arzobispos y obispos, vicarios generales, canónigos y sacerdotes de todas clases, todas las órdenes religiosas de hombres y mujeres, y un gran número de personas del estado laico. He recibido también muchísimas felicitaciones verbales y por escrito sobre el pensamiento que he tenido de publicar lo más selecto de Cornelio à Lápide.

Mis más ardientes deseos son ahora ver que mi trabajo produzca los frutos que parece llamado à producir. ¡Ojalá pueda procurar mi salvación y la de las almas que se pierden por no saber que la dicha y la dignidad del hombre consisten en conocer à Dios y à su hijo Jesucristo, à quien envió al mundo para rescatarlo y librarlo del yugo del pecado; en gozar de la libertad de los hijos de Dios y de la paz de una buena conciencia; en servir à nuestro Criador y Redentor; en combatir al infierno y estar prontos à la muerte!

BARBIER.

PÁRROCO DE MARCILLIOT (Isère).

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE

CORNELIO À LÁPIDE.

CORNELIO À LÁPIDE, ó sea Cornelis Van den Steen, era natural de Bacold, aldea del Estado y diócesi de Lieja. Nació en 1566, fecha memorable en aquellas comarcas. El duque de Alla acababa de tomar las riendas del gobierno de las provincias de Flandes y de Holanda que Guillermo el Taciturno se disponía à sublevar contra el rey de España Felipe II. Bacold, patria de Cornelio, y Louvain, que habitó casi hasta los cincuenta años, están situadas cerca de las tierras bajas y pantanosas en donde la casa de Orange obtuvo la modesta silla de estadouder, que fué para ella el primer escalon del trono de Inglaterra. Así pues el flujo y reflujo de las tropas españolas, de los escuadrones alemanes, de los reformados y católicos en pie de guerra, varias veces llegó al dintel de su morada.

Por lo demás, si recordamos estos sucesos, no es que Cornelio desempeñara en ellos un papel activo, sino que influyeron sobre sus pensamientos, sus determinaciones y su vida, y forman el fondo, por decirlo así, en el cual se destaca su puro y pacífico retrato.

Nos faltan detalles sobre la infancia de Cornelio á Lápide; sólo sabemos que desde su adolescencia se entregó á la Compañía de Jesús, que cumplía gloriosamente la misión recibida de Dios y contaba en sus filas lo más escogido de la cristiandad (1).

El joven novicio era muy bajo de estatura (2) y de tan débil complexión, que su estómago llegó á no poder digerir los alimentos que tomaban sus compañeros, alimentos que, por austeridad, jamás quiso modificar. Se sentía vivamente inclinado al retiro y al silencio; y su regla de conducta era la siguiente máxima de la sabiduría antigua: *Oculis tu eide*. La Orden de que formaba parte le parecía cierto asilo en donde podría vivir en la oscuridad, y era amigo de repetir las palabras de Job: *In nidulo meo moriar*. Otros sin embargo, eran los designios del Altísimo. Es verdad que Cornelio murió en la Compañía de Jesús; pero la mayor parte de su vida distó mucho de ser la del pájaro oculto en su nido en medio del profundo silencio ó de los misteriosos murmullos de las dilatadas selvas. Cornelio era uno de aquellos hombres que Dios escoge en tiempos de tempestad y de lucha para convertirlos en principales aletas del ejército santo. Tenía el corazón puro, el alma llena de caridad y de humildad, y los padecimientos que cada día sufría, fueran sin duda el mejor título ante un Jefe coronado de espinas... Ellos mantenían en su corazón el desinterés de las cosas mundanas, le obligaban á ser resignado y paciente, y le hicieron cada día más merecedor de las inspiraciones del Espíritu Santo. ¿No vemos por otra parte que la incomprensible Providencia se place en elegir á menudo instrumentos débiles para que más resalte que sólo ella es capaz de emplearlos? El Cielo llamaba á Cornelio, el hombre casi enano, el enfermizo, no solamente para que tomara parte en las tareas apostólicas de la Orden religiosa que ocupaba el puesto más arriesgado de la lucha, sino para prestar además servicios especiales á la Iglesia, servicios independientes de la vida monástica: los de escritor y doctor.

Esta vocación se manifestó temprano.

El protestantismo se agarraba al texto de la Sagrada Escritura, lo

(1) Es hoy día generalmente desconocido el entusiasmo con que la juventud católica acogió bajo la enseña de S. Ignacio de Loyola, á fin de hacer frente al protestantismo. La fundación de los órdenes postumales de Cornelio á Lápide nos da de ello una ligera idea. Nacido de Anvers, impresor de Cornelio, dice que tenía en la Compañía á un hijo suyo y á tres sobrinos, hijos de sus tres hermanas. — Tal era el ambiente de una sola familia.

(2) Uno de los biógrafos de Cornelio á Lápide cuenta sobre el particular la siguiente anécdota:

« Teniendo un día el humilde encargo de dirigir la palabra al Papa, Cornelio empezó á recitillas en discurso pero el Padre Santo le levantó á levantarse. A pesar de haber obedecido al momento, su pequeña estatura hizo presumir al soberano Pontífice que continuaba en la misma posición; por lo que le invitó de nuevo á que se levantara. Entonces Cornelio, comprendiendo el motivo de esta nueva orden, exclamó con modestia: *Beatissime Pater, ipse fecit me, et non ipse non a* (Léase: *Biografía universal*). »

desnaturalizaba y eliminaba libros enteros, arruinando de este modo la tradición católica en su origen. Cornelio á Lápide se sintió lleno de entusiasmo para el estudio del hebreo, de los escoliastas y de los comentadores, de tal modo que á los veinte y ocho años era ya catedrático de lengua hebrea y de Sagrada Escritura en el colegio de Louvain, y diez y nueve años más tarde publicaba por obediencia admirables comentarios sobre las epístolas de S. Pablo, ocupando ya su nombre un lugar distinguido entre los exegetas católicos. Al morir, dejó escritos diez enormes volúmenes en folio sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Para apreciar el alcance y el valor de una obra tan considerable, es preciso conocer de qué manera Cornelio ha narrado la Escritura. El mismo nos lo indica en los *prolegómenos* con que ha encabezado sus comentarios sobre el Pentateuco. Permítansenos resumir algunas de sus páginas.

El universo es un libro que expone quién es Dios, ha sido formado con arreglo al tipo de la esfera creada, y se le ha llamado tal vez *espejo de las cosas divinas*. Sin embargo, en su imperfección, no nos ofrece una idea clara y exacta de la Divinidad, sino únicamente vestigios por medio de los cuales es fácil reconocerla.

Añádase que el libro de la naturaleza no nos enseña las verdades del orden sobrenatural, ni lo que conduce al cielo de la santísima Trinidad y á la felicidad eterna, objeto de los deseos del hombre durante su vida y en la hora de la muerte.

Por esta razón la bondad infinita ha creído conveniente darnos otro libro además del universo; un libro en el que el hombre hallará no una muda imagen de la Divinidad, sino caracteres que hablasen á su vista, sonidos que resonasen en su oído, enseñanza que llegase á su alma ó hiciese nacer en ella ideas claras y vivientes de las cosas divinas; un libro por fin en el que aprendiese á conocer á Dios, á conocerse á sí mismo, así como á los espíritus celestiales, la creación, las reglas de conducta que debe observar, y los medios por los cuales ha de llegar á la felicidad.

Este libro es la Sagrada Escritura.

Abraza, sea de un modo expreso, sea en principio, todas las ciencias, todas las reglas, todas las nociones.

Todo cuanto existe, pertenece en efecto, ó al orden natural, ó al sobrenatural, que puede también llamarse el orden de la gracia, ó bien al orden divino, que comprende la esencia y los atributos de Dios.

Las ciencias físicas y la filosofía natural nos dan á conocer el primero. Aquí en la tierra la doctrina revelada, esto es, la fe y la teología, y en el cielo la visión de Dios, que es la felicidad de los ángeles y de los Santos, nos dan á conocer el segundo y el tercero.

Nadie puede dudar que la Sagrada Escritura no sólo nos enseña las verdades del orden natural, sino que es necesaria para darnoslas á conocer perfectamente, porque, como dice Santo Tomás,

la filosofía no demuestra las verdades de este orden más que á corto número de personas, á fuerza de tiempo y dejando deslizar muchos errores.

¿Que luz tan resplandeciente proyectan los santos libros sobre Dios y sus atributos, sobre la inmortalidad del alma, la libertad del hombre, los castigos y las recompensas futuras, y por fin sobre la creación? Al desarrollar todas estas cuestiones, proceden con una certidumbre y una solidez que hemos de negar á las ciencias naturales, y cuando estas se extravían, aquellos las llevan á buen camino.

¿En dónde hallaremos nociones tan seguras sobre la creación y el origen del mundo, como las que nos dan el Eclesiastes, Job y el Génesis? ¿No contienen los libros históricos de la Biblia la historia primitiva de todos los pueblos y la única cronología que no sea un tejido de fechas falsas? ¿Qué lógica y qué política la lógica y la política reveladas! ¿Qué tratado de moral puede compararse á las cortas y profundas máximas recogidas en el libro de la Sabiduría, en el de los Proverbios y en el del Eclesiástico? ¿Qué metafísica podrá jamás igualarse con la que desarrollan el libro de Job y los Salmos, que, con una poesía admirable, celebran el poder, la sabiduría y la inmensidad de Dios, los Angeles y todas las obras de sus manos?

Tocante al orden de la gracia y al orden Divino, es un mundo desconocido á la filosofía, al cual sólo la revelación da entrada.

¿En qué escuela, sino en la Escritura, puede aprender el hombre lo concerniente á la creación y á la caída del hombre; á la vida, la doctrina y la muerte de Jesucristo; al fin del hombre y á las condiciones de la bienaventuranza? ¿Qué doctrina tan maravillosa la que abraza todas estas verdades y se halla resumida en los Evangelios y en las Epístolas de los Apóstoles!

La ciencia de la Escritura es verdaderamente una enciclopedia Divina: expone cuanto nos interesa conocer, y fuera de las verdades que contiene, los hombres no han pronunciado ni una palabra que merezca ser repetida. Así es que las obras de los Padres de la Iglesia, en las que se halla mil veces más genio, profundidad y encanto que en las más bellas obras del mundo griego y romano, no son más que admirables comentarios de un texto todavía más admirable. S. Atanasio, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustín, todos los más sabios Doctores, no tienen ni un pensamiento que no se halle en germen, cuando menos, en la Escritura. S. Gregorio el Magno iba más lejos: decía que existen en los libros santos tales misterios, que aun no han sido revelados á los hombres y que sólo son conocidos de los Angeles.

De esto se sigue que, casi infinita en su objeto, la ciencia de la sagrada Escritura es difícilísima á causa de su misma profundidad.

Bajo el punto de vista de las dificultades de la interpretación,

hallamos una gran diferencia entre los libros sagrados y los libros profanos, y es que cada frase de estos últimos no suele contener más que un sentido, en tanto que, en los libros sagrados, contiene hasta cuatro: el sentido *literal*, que es el que ofrecen inmediatamente las palabras ó los hechos referidos; el sentido *allegórico*, cuando estas palabras ó estos hechos encubren una profecía concerniente á Jesucristo ó á la Iglesia; el sentido *tipológico*, cuando contienen una enseñanza que tiene relación con las costumbres morales; el sentido *anagógico*, cuando presentan como un enigma alguna verdad, alguna revelación sobre la vida celestial.

Notemos al propio tiempo que antes de emprender seriamente el estudio de la Escritura y el de sus grandes intérpretes los Padres de la Iglesia, es menester conocer á fondo los idiotismos del griego y del hebreo, lenguas en las cuales han sido primitivamente escritos los libros sagrados.

Cornelio aceptó valerosamente su misión. Prosiguió la redacción de sus comentarios en medio de las peligrosas vicisitudes de las guerras de religión que desolaban el Brabante y las posesiones flamencas de los españoles, en medio del ruido de las controversias que hasta entre los católicos surgían, como por ejemplo las doctrinas de Bayo en la universidad de Louvain, y á pesar de las fatigas inherentes al profesorado, y ciertos indeclinables trabajos del ministerio eclesiástico, como la confesión y la predicación. Dios extendió sobre él su mano protectora, le sostuvo, le fortificó y le preservó de grandes peligros, y hasta de la muerte.

Hé aquí en qué circunstancias:

Existía en Asprecolle, cerca de Louvain, una milagrosa capilla dedicada á la Virgen, en la que había ido Cornelio el 8 de Setiembre de 1604 para oír las confesiones de numerosísimos devotos de Maria, anunciarles la palabra de Dios y celebrar el santo sacrificio. Mas, de repente un destacamento de caballería holandesa se arrojó sobre el venerado santuario con tanto sigilo y rapidez, que todos los católicos fueron sorprendidos. Entonces aquel lugar se convirtió en la carnicería más espantosa, y no contento el enemigo, prendió fuego al sagrado edificio. El primer movimiento de Cornelio fué correr al Tabernáculo, quitar la sagrada Eucaristía y llevársela consigo para que no fuera profanada por los herejes. Durante algunos instantes, Cornelio se halló rodeado de enemigos, y sólo se escapó por un notorio milagro.

leyendo el relato de este suceso, ¿no parece que presenciásemos algunas de las sangrientas escenas de que muchas de nuestras aldeas fueron testigos durante el terror? Como Hércules, el protestantismo en su infancia preludiaba las sangrientas ejecuciones que, anciano, debía llevar á cabo bajo un nombre y un disfraz diferentes del de su juventud.

Por lo demás, Hércules y el protestantismo ¿no son en el fondo una aparición del antiguo enemigo del género humano, ha-

ciéndose adorar bajo la figura del uno y dogmatizando por boca del otro?

Poco después de haber publicado sus comentarios de las Epístolas de S. Pablo y en el momento de dar á luz los del Pentateuco, Cornelio á Lápide fue llamado á Roma. El P. Agnaviva, General de la Compañía de Jesús, le distinguía singularmente prefiriéndole á todos los demás miembros de la Orden para el desempeño de la cátedra de Sagrada Escritura del Colegio romano. Siguió varios años con aquel cargo, rodeado siempre de un brillo que debía alarmar singularmente á un corazón tan humilde como el suyo. A cada manifestación de aprecio que recibía inclinaba su frente y balbuceaba: «En conciencia soy seguramente el más necio de los hombres. Cuarenta años hace que estudio los santos libros, treinta años hace que no me ocupé de otra cosa, y sin embargo, sólo he conseguido entenderlos muy imperfectamente.» (1).

Hacia el año de 1620, su delicada salud no le permitió continuar con las rudas faenas que tenía á su cargo. Abandonó el profesorado y tuvo que contentarse con proseguir la redacción de sus comentarios. Así es que, por medio de una necesidad apremiante, la Providencia le dió aquella calma y aquella especie de soledad tan apetecidas del escritor que ha de hojear muchos volúmenes y tiene que dedicarse á largas pesquisas.

El mismo Cornelio nos ha comunicado el estado de su alma y sus pensamientos durante este último período de su vida.

«Llavo del ruido y de la ansión de los poderosos, nos dice: busco el silencio y el retiro que tanto me gusta, sin ser enteramente inútil. Vivo entre los Padres de la Iglesia, y he encontrado en Roma el asilo sagrado de Bolen que S. Jerónimo buscó con tanto afán hasta en el fondo de la Palestina. Cuando joven, cumplí el cargo de Marta; ahora, ya en edad avanzada, cumplo y me gusta cumplir el de María. Pienso en la brevedad de la vida, estoy siempre en la presencia de Dios, y me preparo para la eternidad, en que voy á entrar. Me place la celda, que siempre ha sido mi más fiel amigo; la prefiero á todos los lugares del mundo, y me parece que es el cielo acá en la tierra. Discipulo de las santas musas, aspiro al cielo. Me dedico á recibir las inspiraciones divinas, á meditar y celebrar los oráculos eternos. Sentado á los pies de Cristo, recibo con reconocimiento de su boca las palabras de vida para transmitir las luego á los demás hombres.» (2).

Compuestas en Louvain las primeras obras de Cornelio, á saber, los comentarios de las Epístolas de S. Pablo y los del Pentateuco, dedicó unos á Matias Hovins, arzobispo de Malinas, y los otros á F. H. Vanderlurch, arzobispo de Cambray y príncipe del Santo Imperio, ambos estrechamente unidos á él, y particularmente el

último, por los lazos de un común afecto y el amor á los mismos estudios. En Roma, Cornelio se encerró, como hemos visto, en un profundo retiro, y se creyó dispensado de dedicar sus obras á los hombres. Los comentarios de los Profetas, cuyo primer tomo vió la luz pública en 1622 (1), y el segundo en 1625 (2), están dedicados á Dios Uno y Trino; los de las Actas de los Apóstoles, las Epístolas canónicas y el Apocalipsis, no tienen dedicatoria (3); los del Eclesiástico (4) están puestos bajo el patrocinio de Jesucristo, y los de los libros de Salomón (5) se hallan ofrecidos á la Virgen, madre de la eterna Sabiduría.

«Recibid, dice en ellos, recibid, ó Virgen santa y bendita, estos comentarios de la sabiduría del más sabio de los hombres. Os pertenecen de derecho. La sabiduría debe volver al que la concedo por el mismo conducto que la trajo al mundo.»

Cornelio pensaba muy á menudo en la Bélgica, y sentía no haber podido regar aquel suelo con su sangre: ambicionaba la corona del martirio.

«¡O profetas del Señor! exclama en el prefacio de sus comentarios sobre los cuatro Profetas Mayores. ¡O profetas del Señor, que me hicisteis partícipe de vuestra corona de profeta y de doctor, asociadme igualmente á vuestro martirio para que selle con mi sangre la verdad que me habéis transmitido! Sólo entonces será perfecta y cumplida mi enseñanza. He pasado muchos años en explicar vuestras palabras y en comentarlas; os he hecho hablar y profetizar en otra lengua, y en cierto modo he profetizado con vosotros; alcanzadme pues del Padre de las luces, que lo es también de las misericordias, el salario del profeta, esto es el martirio.»

Cornelio Van den Steen, habríamos de contestarle nosotros, mártir significa testigo; y ¿no recibisteis la gracia de ser testigo de la divinidad y del poder de Jesucristo, haciendo los tres votos de religión, sufriendo la triste prueba de vuestra mala salud, y llevando á cabo, con valor y perseverancia vuestros trabajos sobre los sagrados libros? Si no derramasteis vuestra sangre por el Salvador, vos gastasteis las fuerzas de vuestro cuerpo por la gloria de su nombre, y agotasteis los manantiales de vuestra vida. Por otra parte, el martirio es una manifestación que tan sólo suele durar algunas horas, algunos días cuando más; es una manifestación hecha ante cierto número de personas, y que muchas veces ni siquiera queda registrada en las páginas de la historia; pero la manifestación hecha por escritores eminentes, dura siglos enteros, tiene lu-

(1) *In quatuor Prophet. Majeor comment.*

(2) *In duodecim Prophet. Minores comment.*

(3) 1622.

(4) 1624.

(5) *In Prim. Salomonis comment.*, 1625. — *In Ecclesiasten, Cantica, Sapient. comment.*, 1625.

(1) Allegando: *De scripturis, Societas Jesu.*

(2) Véase la dedicatoria que precede á los comentarios sobre los Profetas Mayores.

gar ante todo el universo y se reproduce cada vez que son leídas sus obras. Creémoslo: envidiable es el lugar que recibisteis entre los servidores de Dios.

Mas ¿cómo nos hemos de atrever á consolar al alma que no fué llamada á cumplir el único sacrificio que lo quedaba que hacer en aras del que tanto amaba!

Cornelio á Lápide murió en Roma el 12 de Marzo de 1637, á la edad de setenta años cumplidos (1). Dejó manuscritos sus comentarios sobre los Evangelios y la mayor parte de los libros históricos del Antiguo Testamento.

El Colegio romano dedicó los comentarios sobre los Evangelios al príncipe cardenal Francisco Barberini, canciller de la santa Iglesia romana, sobrino del Papa Urbano VIII, y su legado en Francia y en España.

Al principio de este volumen se hallan las siguientes líneas:

« El profesor cuya pérdida lamentamos, ha desarrollado muchísimas máximas relativas á las costumbres; pero podemos afirmar que el puso en práctica enantio lo concernían hasta tal grado, que fuera imposible tratar una historia de su vida tan completa como la reproducción de las reglas de conducta que nos ha dejado en sus comentarios. Cada vez que hallamos el retrato de un personaje amigo de la soledad y de la contemplación, figurémonos tener ante la vista al distinguido Cornelio á Lápide. »

¡Hubo jamás oración fúnebre más elocuente?

Escritos sin orden y en diferentes épocas, los comentarios de Cornelio comprenden la Biblia toda, excepto el libro de Job y los Salmos, sobre los cuales sólo dejó notas incompletas que no han sido publicadas.

Ya hemos indicado de qué modo miraba la Sagrada Escritura el sabio jesuita, y es fácil formarse una idea exacta de su obra. No se contenta con exponer de un modo claro y preciso los diversos sentidos del sagrado texto, pues á esta parte, que forma la base de todo comentario, añade el resumen de la doctrina de los grandes teólogos sobre todos los puntos importantes del dogma ó de la moral, y citas muy numerosas y variadas de los santos Padres, de los autores ascéticos y hasta de los filósofos y de los poetas paganos, y finalmente rasgos selectos de la historia eclesiástica y profana, y de la vida de los Santos. En una palabra, abraza, puede decirse, la verdadera ciencia, la ciencia de Dios; del hombre y del mundo estudiada con la tea de la revelación, única que arroja sobre los misterios de la tierra una luz satisfactoria.

Creemos que Cornelio á Lápide es no solamente el mejor y el más

completo de los comentadores que en tan grande número ha producido la escuela católica del siglo xvi, sino tal vez el primero entre todos, á lo ménos en el género que ha adoptado, género muy excelente. Es el único de quien havamos recibido un curso casi completo de Sagrada Escritura explicada y desarrollada con ayuda de los magníficos trabajos de los santos Padres y de la crítica de toda la tradición. La Providencia debió permitir que pasara treinta años de su carrera de escritor en los más arriesgados puestos de la cristiandad, y la concluyera luego en Roma para que conociera á fondo el carácter de la lucha trabada, y conservara en sus comentarios la pureza de enseñanza de la madre y maestra de las Iglesias. Vino por otra parte bastante tarde para no tropezar con algunos escollos que en su camino encontraron los que le precedieron. Había ya pasado el reinado de Aristóteles, y se tocaban los resultados del descubrimiento de la imprenta. La pléyada de sabios críticos del fin del siglo xvi y del principio del xvii acababa de publicar buenas ediciones de la mayor parte de los Padres, y sobre todo de S. Agustín; así es, que los materiales de que Cornelio podía disponer eran bastante puros, y exceptuando la mayor ó menor exactitud en atribuir á ciertos Doctores de la Iglesia sentencias pertenecientes probablemente á otros, y exceptuadas también teorías científicas hoy desechadas, y alusiones á hechos de historia natural tenidos por fábulas, no puede echársele en cara más que la repetición de algunos conceptos ya expresados, el defecto de no confírse á un orden riguroso, y el de haber dejado notar una gran desigualdad de valor en las diferentes partes de su obra.

Si nos temamos pasar por panegiristas, nos permitiremos observar que Cornelio á Lápide no pudo dar su última mano al monumento que nos legó, y que por otra parte las imperfecciones indicadas eran casi inevitables.

La Sagrada Escritura expresa á menudo una misma verdad en términos casi idénticos; ¿cómo es pues posible que los comentadores no repitan algo de su contexto?

En segundo lugar, el defecto de orden en Cornelio no es tan grande que produzca incoherencia y confusión; es más bien un auxiliar que evita una uniformidad monótona que cansaría al lector, y quitaría á las palabras del profesor algo de aquella libertad tan preciosa en obras abultadas, cuando no llega á extralimitarse.

En tercer lugar, todo comentador que no se detiene á dar el sentido del texto, saca de los Padres y autores eclesiásticos la mayor parte del desarrollo que añade. Estos empero, no han explicado todos los versículos; ni tampoco todos los libros de la Sagrada Escritura. Se limitaron á los más importantes bajo el punto de vista de la doctrina, del uso frecuente que de ellos hacía la liturgia, y de las necesidades de los pueblos que tenían que instruir. Así es que los libros históricos, exceptuados el Génesis, los Evangelios y las Actas de los Apóstoles, no tuvieron comentadores. Aunque cita-

(1) Lejos de haberse extinguido la familia Van den Stoen, es hoy numerosísima. Un miembro de esta familia, el conde Van den Stoen de Jéhu, ministro plenipotenciario de Bélgica cerca de la Santa Sede, murió, hace pocos años, en Roma. Su cuerpo descansó en la real Iglesia de San Julian de los Belgas.

dos con frecuencia, los libros morales del Antiguo Testamento no han sido reunidos en un tratado completo; y por fin, hasta los que más examinados han sido, lo fueron por autores de distinto alcance y con notable desigualdad en su extensión. Citando los principales, San Jerónimo, S. Agustín, S. Cirilo de Alejandría, han dejado preciosos trabajos sobre los profetas; S. Basilio, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, y sobre todo el ilustre obispo de Hipona, han esparcido vivos resplandores sobre los misterios del Génesis; los dos últimos y S. Tomás de Aquino han hecho largos y admirables estudios sobre S. Mateo. S. Juan, las Actas de los Apóstoles, ó las Epístolas de S. Pablo. Muy conocida es la magnífica paráfrasis de Job por S. Gregorio. S. Gregorio de Niza y S. Bernardo han explicado el Cantar de los cantares. La mayor parte de los Padres de la Iglesia, y entre otros S. Basilio, S. Ambrosio y S. Agustín, han escrito páginas incomparables sobre los Salmos. Resulta pues de lo expuesto que por más grande que sea la ciencia, el talento y el gusto del exegeta, los comentarios largos de los libros de la Sagrada Escritura que hemos indicado, han de ser naturalmente superiores á los de aquellos que no ocuparon bastante á los príncipes de la ciencia cristiana.

Cornelio á Lápide tuvo que sujetarse á la ley general: es cuanto puede decirse. Sin embargo, su vasta erudición le puso en estado de luchar contra ella, y no sucumbió más que en parte. Así es que sus comentarios sobre los libros morales del Antiguo Testamento, y especialmente los que acompañan al libro del Eclesiástico, nada dejan que desear. Tomados en su conjunto, del Pentateúco al Apocalipsis, tienen la mayor riqueza de erudición sagrada que conozcamos (1).

Por otra parte, cabal justicia le ha hecho la cristiandad: pocas obras completas existen de Padres de la Iglesia que se hayan reimprimado tan á menudo como las del sabio profesor del Colegio romano. De los comentarios sobre las Epístolas de S. Pablo que pasan, es verdad, por ser los mejores que han salido de su pluma, se han hecho cinco ediciones, tan sólo en Anvers, en el espacio de veinte y un años.

Sólo la Francia, entre todas las provincias de la Iglesia, se manifestó severa, ó mejor dicho, injusta hacia Cornelio á Lápide, á fines del siglo XXVII y durante el XXVIII. Sucesivamente, fué mal tratado más ó menos por Moreri, Richard Simon, Dom Chardon, Ellis Du-

pin, etc. Pero esto á nadie ha de causar hoy admiración. La Francia que tan enérgica y gloriosamente ha combatido los errores de la reforma, sufrió en parte, en todo lo concerniente á la vida del alma, la influencia del espíritu protestante. En vez de un racionalismo dogmático, ha visto nacer y extenderse una especie de racionalismo moral: la mayor parte de nuestros padres han comprendido mal las relaciones del hombre con Dios y la acción de Dios sobre el hombre. Un viento glacial pasó sobre su corazón y marchitó demasiado aquella maravillosa flor, llena de atractivos y de perfumes, que se llama piedad católica. El cielo apareció de bronce; lo sobrenatural debió desaparecer, ó poco menos, de la vida de los hombres y de la historia moderna; lo que se llamaba exceso de confianza en Dios, fué severamente vituperado, y el culto de la bendita Virgen reducido á estrechos límites. ¿Cómo era posible que hallaran favor los comentarios de Cornelio, impregnados de la piedad y del espíritu de otras edades? Dom Chardon, autor no sospecho de herejía, los trata audazmente de *compilaciones informes, llenas de cuentos, de leyendas y bajuleas*.

En nuestros tiempos, la *Biografía universal* de Michand ha sido más justa. Califica á Cornelio á Lápide de *orador elocuente, tan profundo en filosofía y teología como cerrado en historia*.

¡Qué contraste entre este juicio y el que le precede!

Nos hubiéramos abstenido de poner en relieve las vicisitudes que ha experimentado entre nosotros la obra de Cornelio á Lápide; si nuestro siglo no fuese, según la expresión de un joven y sabio eclesiástico (1), el siglo de las reparaciones, y si Cornelio no tuviese derecho á que señalásemos aquí la que le es debida, á lo ménos en Francia.

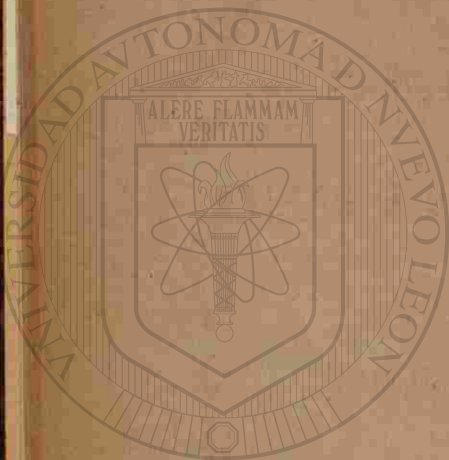
Las principales ediciones de la obra completa del jesuita de Bencold, una de las glorias de la Compañía de Jesús, tan fecunda en sabios escritores, son las de Anvers, de diez volúmenes en folio (1618-1642), la de Venecia (1711), y la de Lyon (1732), ambas de diez y seis volúmenes en folio.

En estos últimos años, la casa Pelagaud de Lyon ha publicado también una edición de Cornelio á Lápide que consta de veinte tomos en cuarto.

(1) El prebitero Durban, prólogo de la traducción de las Obras de S. Dionisio de Areopagita.

(1) Aquí referiremos una anécdota de muy buena calidad.

[112] Alud. de un monasterio francés felicitaba cierto día al general de una Orden, expresándole la sorpresa y la admiración que le inspiraba el ver, salir de por allá, dando tantas pruebas, ya en sus discursos, ya en sus escritos. « ¡Muchos años atrás pensaba escuchando los Padres de la Iglesia tan lejos! — « ¡Mucho me equivocaba, le contestó el monje y abascarte religioso; no conocen más Padres de la Iglesia que los que han escrito en Cornelio á Lápide, y en esta ciencia se limita á poseer perfectamente las obras de este gran comentarista de la Escritura. »



TESOROS

DE

CORNELIO Á LÁPIDE.

ABUSO DE GRACIAS.

O CIUDAD ingrata, exclamaba Jesucristo derramando lágrimas sobre Jerusalén que abusaba de tantas gracias! ¡O ciudad desgraciada! ¡Ah! si á lo ménos supieses en este día lo que puede proporcionarte la paz! Pero ahora todo está oculto á tu vista (Luc. XIX. 41-42.); no quieres ver los favores que te he prodigado, para no tener que agradecerme los.

¡O hija de Sion, á quien tanto he amado, honrado, enriquecido é instruido! no sólo no quieres conocerme, sino que me rechazas, me condenas, me persigues y me crucifijas!... Por ti bajé del cielo á la tierra; por ti nací, viví en continuos trabajos, en los dolores y en la pobreza; te visité, te enseñé, te insté; curé á tus leprosos, á tus enfermos y á tus energúmenos; di vida á tus muertos; y tú huyes de mí, me desprecias y me persigues por odio! Mírense los cristianos infieles é ingratos en este cuadro: ¿No imitan á los judíos!...

Escuchad á S. Agustín cuando pone en boca de Jesucristo estas palabras: Hombre ingrato, dice, mis propias manos te hicieron con

TOM. I. — 5.

un poco de arcilla; infundí en tu ser el aliento vital; tuve á bien crearte á mi imagen y semejanza; y tú despreciando mis mandamientos dictados para darte la vida, preferiste el demonio á tu Dios. Después que fuiste arrojado del paraíso y quedaste encadenado con los lazos de la muerte á causa de tu pecado, me encarné, estuve expuesto en mi establo, echado y envuelto en pañales; sufrí afrentas y privaciones sin número; recibí bofetadas, y los que se burlaban de mí escaparon en mi rostro; fui azotado, coronado de espinas, y expiré clavado en la cruz. ¿Por qué has perdido el fruto de mis sufrimientos? ¿Por qué, ingrato, has desconocido y rechazado los dones de la redención? ¿Por qué has manchado con la impureza ó la intemperancia, la manción que yo me había reservado en tí? ¿Por qué me has clavado en la cruz de los crimenes, cruz infinitamente más dolorosa que la del Gólgota? La cruz de tus pecados es mucho más penosa para mí que la del Calvario; porque me hallo clavado en ella á pesar mío, en tanto que cargué con la primera por la compasión que me inspirabas, y morí en ella para darte la vida. (Eneid.).

Esto es lo que hace el hombre que abusa de las gracias: estas son las desgracias á que este abuso le conduce.

Mi muy Amado, dice Isaías, ha plantado una vid en una fértil colina; la ha cercado de una valla; ha quitado cuidadosamente las piedras que la cubrían; ha plantado en ella sus cepas más lozanas, y en medio ha edificado una torre, en donde ha puesto un lugar. Esperaba excelentes racimas, y la vid no ha producido más que labruscas: *Et expectavit ut faceret uvas, et fecit labruscas*. Habitantes de Jerusalem, y vosotros, hombres de Judá, juzgadme á mí y á mi viña. ¿Qué más podía hacer por ella? ¿Por qué en vez de un fruto sabroso lo ha producido tan amargo? ¿*Quid est, quod debui ultra facere vinee mee, et non feci ei?* (Isaías cap. 5).

¿No vemos en estas palabras la condenación del que abusa de las gracias? ¿No somos todos la vid del Señor? ¿No ha cuidado esmeradamente de arrancar de nuestro corazón las malezas y las malas yerbas? ¿No hemos sido escogidos, como el viñador escoge los retoños de su vid, para producir frutos? ¿No hemos sido atendidos y regados de gracias? ¿Qué más pudo hacer por nosotros el Señor? Nos creó á imagen suya, y esta imagen la hemos profanado, desgarrado y arrastrado en el fango por el pecado; nos rescató á precio de su sangre; fundó los Sacramentos como una torre invencible destinada á protegernos, y hemos abusado de todos estos beneficios. ¿Qué responsabilidad y qué desgracia!

Abusamos de la creación, de la redención, de los Sacramentos, de las santas inspiraciones, de la palabra y de la ley de Dios. Abusamos de nuestra vista, de nuestro oído, de nuestra lengua, de nuestros pies, de nuestras manos y de todo nuestro cuerpo. Abusamos de nuestra salud, de nuestras fuerzas, de nuestros años. Abusamos de todos los elementos del día y de la noche. Abusamos de

nuestra alma y de sus facultades, de la memoria, de la inteligencia y de la voluntad. Abusamos de nuestro corazón. Abusamos de las riquezas, de los honores y de los placeres. Abusamos del alimento y de la bebida. Abusamos de los vestidos. Abusamos de la vida, del tiempo y de la eternidad. Abusamos de los ángeles, de los hombres y de todas las criaturas. ¿Abusamos del mismo Dios!... ¡Qué crimen y qué desgracia!

Y ahora os diré lo que pienso hacer de mi viña ingrata, dice el Señor: quitaré la valla de que está rodeada, y la entregaré al pillaje; destruiré sus muros, y será pisoteada: *Et nunc ostendam vobis quid ego faciam vinee mee; auferam sepe[m] ejus, et erit in dirupcionem; diruam maceriem ejus, et erit in concultationem*. (Isaías. v. 5). Haré que esté desierta: ya no será podada ni cultivada por nadie; malezas y espinas la cubrirán, y mandaré á las nubes que no lluevan gota sobre ella: *Et ponam eam desertam: non putabitur et non fodietur; et ascendent cyperus et spina, et nubibus mandabo, ne pluant super eam imbrem*. (Id. v. 6).

Los que abusan de las gracias, dice S. Pablo á los Romanos, reúnen un tesoro de cólera para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios: *Thesaurizas tibi iram in die ira et revelationis justi judicii Dei*. (II. 5).

Los que hemos recibido más gracias que muchos otros, dice S. Gregorio, seremos también juzgados con mayor severidad; porque á medida que aumentan las gracias, aumenta la responsabilidad en que incurrimos. Debemos pues ser humildes y estar dispuestos á servir á Dios por medio de las gracias recibidas tanto más, cuanto, según su número y valor, estaremos obligados á dar más estrecha cuenta de ellas: *Nos qui plus ceteris in hoc mundo accepisse aliquid cernimur, ab Auctore mundi gravius inde judicemur; cum enim augentur dona, rationes etiam crescunt donorum. Tanto ergo esse humilior, atque ad serviendum Deo promptior quisque debet esse ex munere, quanto se obligatiorem esse conspiciit in reddenda ratione*. (Homil. IX in Evang.).

Dios bendice la tierra, dice S. Pablo á los Hebreos, que, recibiendo el apéndice riego, produce las plantas necesarias á los que la cultivan; pero cuando no produce más que malezas y espinas, es abandonada, maldicienda; y por fin sus miserables productos vienen á ser pasto de las llamas: *Terra enim saepe venientem super se bibens imbrem, et generans herbam opportunam illis, á quibus collitur, accipit benedictionem á Deo; Proferens autem spinas et tribulus, reproba est, et maledicta proxima; cinis consummatio in combustionem*. (VI. 7-8).

El Señor, dice el Espíritu Santo en el Libro de la Sabiduría, aguará su cólera como una lanza dispuesta á herir á aquellos que abusan de sus dones: *Acuet duram iram in lanceam*. (Cap. 5 v. 24). Y según S. Gregorio, nosotros que de todo abusamos, en toda he-

Configura del
abuso de las
gracias.

mos de ser heridos. Cuanto recibimos para uso de la vida, lo consagramos al pecado; pero también cuanto hayamos apartado de su verdadero fin para emplearlo en el mal, se convertirá en un instrumento de venganza: *Quia in cunctis deliquimus, in cunctis feriemur: Omnia namque quæ ad usum citæ accepimus, ad usum convertimus culpe; sed cuncta, quæ ad usum pravitatis infleximus, ad usum nobis revertentur ultionis.* (Lib. Moral.).

El universo entero combatirá al lado de Dios contra los insensatos que abusan de sus gracias, dice en el Libro de la Sabiduría: *Pugnabit cum illo orbis terrarum contra insensatos.* (Ibid. v. 21).

El sol, los astros, la tierra, las plantas, los árboles, los animales, los elementos pedirán venganza contra aquellos que hayan abusado de sus dones, dones que son otros tantos beneficios de Dios.

Prostituímos nuestra salud á los vicios, añade S. Gregorio; violentamos la abundancia que se nos concede, no para atender á las necesidades del cuerpo, sino para pervertirnos por la voluptuosidad. Es pues muy justo que todo lo que hemos puesto lastimosamente al servicio de nuestras pasiones, nos hiera de consumo, á fin de que aquello mismo que hicimos servir de instrumento para indebidas alegrías en el mundo, sea luego la causa de nuestras penas más terribles: *Salutem corporum redigimus in usum vitiorum: ubertatis abundantiam, non ad necessitatem carnis, sed ad perversitatem intorsimus voluptatis. Jure ergo restat, ut simul nos omnia feriant, quæ simul omnia citius nostris male subverta serviebant; ut quot prius in mundo incolumes habuimus gaudia, tot de ipso postmodum cogamur sentire tormenta.* (Lib. Moral.).

ACCIONES DE GRACIAS.



GRACIAS sean dadas á Dios que siempre nos hace triunfar en Jesucristo, dice el gran Apóstol: *Deo gratias, qui semper triumphat nos in Christo.* (II. Cor. II. 14). Alabado sea Dios, dice en otro lugar, por su inefable don: *Gratias Deo super inenarrabili dono ejus.* (II. Cor. IX. 13.) La acción de gracias ántes bien os conviene que traherías, etc., escribe á los Efesios: *Sed magis gratiarum actio.* (5. 4). No olvideis la acción de gracias en todas vuestras cosas, dice á los Colosiosenses: *Instate in omni gratiarum actione.* (IV. 2). Dad gracias de todo: *In omnibus gratias agite.* (Thess. V. 18). Recomendando ante todas cosas, escribe á Timoteo, que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres: *Obsecro primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulaciones, gratiarum actiones pro omnibus hominibus.* (I. II. 1).

Necesidad de la acción de gracias.

Os ensalzará, Señor, dice el Rey Profeta, porque vos me habeis animado. (1). Somos vuestro pueblo y las ovejas de vuestros pastos; os alabaremos, Señor, por todos los siglos, y nuestra posteridad publicará vuestros beneficios. (2). Vuestras obras, ó Dios mío, recordarán siempre vuestros beneficios innumerables, y celebrarán vuestra justicia. (3). Demos gracias en todo tiempo y de todas las cosas á Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dice el gran Apóstol: *Gratias agentes semper pro omnibus, in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo et Patri.* (Ephes. V. 20). Todo cuanto hagais, sea de palabra ó de obra, hacedlo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por medio de él á Dios Padre: *Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini nostri Jesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per ipsum.* (Coloss. III. 17). Creed cada día más y más en Jesucristo con continuas acciones de gracias: *Abundanter in illo in gratiarum actione.* (Coloss. II. 7).

De generacion en generacion os alabaremos, Señor, para daros gracias, dice el Salmista. (4). Cada día os bendeciré, y celebraré vuestro nombre en los siglos y en la eternidad. (5).

Los innumerables beneficios de Dios nos comprometen á darle gracias, y nos imponen el sagrado deber del reconocimiento. Ríos de gracias bajan del cielo; ríos de acciones de gracias deben subir allí,

Motivos de las acciones de gracias.

(1) Exultabo in Domino, quoniam suscepisti me. Psal. xlv. 2.

(2) Nos, populus tuus et oves pascuæ tuæ, confitebamur tibi in sæculum. Psal. lxxxv. 13.

(3) Memoriam suscitatis abundantiam tuæ credebant. Psal. cxlv. 5.

(4) In generationem et generationem annuntiabimus laudem tuam. Psal. lxxviii. 12.

(5) Per singulos dies benedicam tibi, et laudabo nomen tuum in sæculum et in æternum sæculi. Psal. cxlv. 2.

dice el Eclesiástico, dió gracias á Dios, le alabó y amó de todo corazón: y el Señor, para recompensarle, le hizo triunfar de sus enemigos. (1).

¿Qué puedo ofrecer á Dios que sea digno de él? ¿Buscáis, pregunta S. Agustín, qué don podeis presentar á Dios, á fin de que os sea propicio? Ofrecenos mismos: porque ¿qué exige el Señor sino vuestra alma? Entre todas las criaturas de la tierra la más perfecta es el hombre: y Dios os quiere á vosotros, á vosotros mismos que os habíais perdido. (2).

¿Qué dare al Señor por todos los bienes de que me ha colmado? dice el rey Profeta. Recibiré el cáliz de salvación, me resignaré á apurarlo por más amargo que sea, e invocare el nombre del Señor. (3).

Es preciso dar nuestro corazón sin reserva.....

La ingratitude es La inochodumbre, dice el bienaventurado Tomás Morus, escribe los beneficios en la arena y esculpe las ofensas en el mármol: *Fulgus hominum beneficia pulvere, maleficia marmore insculpunt*. (Ila. Ribaden., in ejus vita). Los hijos de Ephraim olvidáronse de los beneficios de Dios, dice el Salmista: *Obliu sunt benefactorum ejus*. (LXXVII. 11).

El hijo honra á su padre, dice el Señor por el profeta Malaquías: si soy el Padre de todos los hombres, ¿en dónde está el honor que se me tributa? Si soy dueño y Señor, ¿en dónde está mi temor? *Filius honorat patrem: si ergo Pater ego sum, ¿ubi est honor meus? Si Dominus ego sum, ¿ubi est timor meus?* (1. 6.) Dios es nuestro Padre, 1.º porque es nuestro creador; 2.º porque nos conserva y nos gobierna; 3.º porque es el autor de nuestra fe y de las gracias por las cuales nos justifica y nos adopta como hijos suyos y herederos de su reino. Es Señor nuestro por los mismos títulos y también por los siguientes: por habernos rescatado con su sangre; por ser el Rey supremo á quien toda criatura está obligada á servir; por habernos tomado por servidores y obreros de su viña proponiéndonos en recompensa la gloria eterna.

Jesucristo curó á diez leprosos; uno solo fué á darle gracias. Esta ingratitude de los nueve leprosos, la sintió vivamente el Dios de bondad, y se quejó amargamente: ¿No he curado á diez? dijo: ¿en dónde están los otros nueve? *¿Nonne decem mundati sunt? et unus, ¿ubi sunt?* (Luc. XVII. 17.)

El pueblo, dice el Salmista, se olvidó de los beneficios de Dios y de sus maravillas: *Obliu sunt benefactorum ejus, et mirabilia ejus que ostendit eis*. (LXXVII. 11). Se olvidó del Dios que les ha-

(1) De omni corde suo laudabit Dominum, et dixit cum: et dedit illi contra inimicos potentiam. *Eccl. XLVI. 19.*

(2) Quid dignum offeram Domino? ¿Quemobrem quid offero pro te? Offer te: ¿quid enim Dominus querit á te, nisi te? Quis in omni creatura terrena nihil melius fecit te? Quis te á te, qui te perdidisti te. *Seminatoria.*

(3) Calicem salutis accipiam, et nomen Domini invocabo. *Psal. cxv. 13.*

bia dado la libertad, que había llenado el Egipto con sus milagros, la tierra de Can con sus prodigios, y en el mar Rojo había hecho resplandecer sus terribles maravillas. (Psal. CV. 24).

He alimentado á mis hijos, dice el Señor por Isaias, los he educado, y ellos me han despreciado: *Filios enutriti, et exaltati, ipsi autem spreverunt me*. (I. 2). El buey conoce á su dueño, el jumento su establo: Israel no me ha conocido. (I. 3).

El pueblo engordó, dice el Deuteronomio, y se rebeló; grueso, pesado y harto, abandonó á su Criador, y se alejó de Dios, su salvación: *Impugnatus, incrassatus, dilatatus recessit á Deo, salutari suo*. (XXXII. 15).

El hombre de mi paz, dice el Señor por el Salmista, en quien yo tenía puesta mi confianza, y que comía en mi mesa, ha descubierto las intenciones traidoras que abrigaba contra mí. (4). Si mi enemigo hubiese sido ingrato, lo habría tolerado; pero tú, querido de mi corazón, que asistías á mis consejos, y vivías familiarmente conmigo, me has olvidado. (Psal. LIV. 12-13).

Llévate este pueblo á la tierra por la cual hice un juramento á sus padres, dice el Señor á Moisés, la tierra por la cual corren arroyos de leche y miel. Pero cuando hayan comido, cuando estén saciados y hayan engordado, se dirigirán á dioses extraños y les ofrecerán sus servicios: me ultrajarán y harán ilusoria mi alianza. (2).

¿Es así como agradece los beneficios del Señor, pueblo estúpido y demente? ¿No es él tu padre, tu dueño y tu creador? (Deuter. XXXII. 6).

Tú abandonaste al Dios que te engendró; tú te has olvidado del Señor que te creó: *Deum qui te genuit, dereliquisti, et oblitus es Homini creatoris tui*. (Deuter. XXXII. 18).

Cielos, enmudeced de asombro; puertas del cielo, llorad profundamente, exclama el Señor por la voz de Jeremías; mi pueblo ha cometido dos faltas: me ha abandonado á mí, el manantial de agua viva, y ha excavado aljibes llenos de grietas e incapaces de contener agua. (3).

El ingrato, dice el Eclesiástico, abandonará á su libertador: *Ingratus derelinquet liberantem se*. (XXXI. 22).

El coper de Faraón cargado de hierros en el fondo de un calabozo, tuvo un sueño misterioso; José se lo explicó anunciándole que á los tres días obtendría la libertad. Tan solo os ruego que

(1) Etiam homo patris suum, in quo speravit, qui eduxit eum de manu, magnificavit super me expugnatorem. *Psal. XL. 10.*

(2) Cumque conderetur, et saturatus, crescitque fuerit, et eritum faceret pastore meum. *Deuter. XXXI. 20.*

(3) Obliuissent oculi, super hoc, et parte ejus desolavit: vehementer; Dni mala fecit populus meus: Me dereliquerunt, fontem aqua viva, et foderunt sibi cisternas dissipatas, cisternas que non valent continere aquas. *Eccl. XII. 13.*

El alma del sabio padece, dice S. Cirilo, cuando oye que la alaban. Porque la verdadera virtud, á manera de virgen púdica, no puede sufrir sin sonrojarse, que la espongan á las ajenas miradas, y se oculta, como se oculta la brillante estrella en presencia del sol: *Sapiens, dum laudatur in facie, flagellatur in mente. Virtus enim vera, ut cirgo pudicissima, sine rubore se videri non patitur, et quasi stella rutilans ab apparente sole absconditur.* (Lib. II Apol. Moral., c. XXVIII).

Peligros y peligrosos de los lisonjeros y de los alabanzas.

Pitágoras nos enseña que debemos alegrarnos cuando se nos vituperan, y jamás cuando nos alaban. Mira á los aduladores como á enemigos los más peligrosos y detestables. (Anton. in Meliss., p. I, c. LII).

Crates decía que los que viven entre aduladores abandonan sus deberes, y se hallan como novillos en medio de lobos. (Anton. in Meliss.)

Bona, á quien preguntaron cuál era el animal más dañoso contestó: Entre las bestias salvajes, el tirano; entre los animales domésticos, el adulador: *Si de feris percuncteris, tyrannus; si de mitibus, adulator.* (Anton. in Meliss.).

Diógenes llama á la lisonja un lazo de miel que ahoga al hombre, abrazándolo: *Melleum laqueum quo blande amplectens hominem jugulat.* (Anton. in Meliss.).

El emperador Constantino era tan enemigo de los aduladores, que los llamaba pollita y rateros de su palacio. (Hist. Eccles.)

El emperador Segismundo dió un bofetón á un adulador: ¿Por qué me heris, Señor? le preguntó éste, — ¿Por qué me muerdes, lisonjero? contestó el príncipe: *Cur me cedis, imperator? — Cur me morides, adulator?* (In ejus vita).

Las palabras que salen de su boca son más dulces que la miel, dice el Salmista, y la guerra está en su corazón: sus discursos son melosos, pero hieren más que una espada: *Dicitur sicut ab ira exitus ejus, et appropinquavit cor illius: molli sunt sermones ejus super oleum, et ipsi sunt jacula.* (LIV. 22).

¿Qué es la lisonja, dice S. Cirilo, sino una melodía de sirena, un canto pestífero, una gusla engañosa, la voz mentida de la hiena? Al propio tiempo que su sonido envenenado llega á nuestro oído, apaga la luz de la razón, corrompe la hermosura de la virtud con su soplo de monstruo, y devora con sus dientes voraces toda la vejetación que puede haber en el alma. Tiene un sonido dulce, penetra con suavidad, hierne mortalmente como toca, y todo lo devasta sin remedio. La lisonja destruye todos los bienes interiores; y desde el momento que place, ya daña. (1).

(1) *Quis enim est adulator, quem melodia syrenica, cantus letificus, fallacia fistula, et vox hyena videri facit? Siquidem, dum suavis sonitu aurem tyrannum percutit, licentiam rationis extinguit, statim, ardentem virtutis vejetatem, ac beatum ducit solum in aenigma viriditatis reconvertit. Indolens sonat, amplexus intus, letitiam occupat, premeditatur letum suum. Adulatio bona interiora perdit, semper, cum placuit, nocet.* Apol. Hieron.

Durmiendo Tobías, dice la Escritura, se desprendió estiércol caliente de un nido de golondrinas, cayó sobre sus ojos, y le hizo ciego. (Tob. II. 11). ¿Qué representan estas ligeras golondrinas, sino la volubilidad de los aduladores, que sólo pueden dar alabanzas, y que adulando con palabras suaves, derramando el emponzoñado aceite de la lisonja sobre la cabeza y los ojos del que con placer los escucha, le oscurecen la vista interior, le ciegan y le hacen perder la cabeza?....

El adulador que ha perdido ya su alma, dice S. Bernardo, busca el medio de perder la vuestra; porque sus palabras no son más que iniquidad y fraude. Acaricia, pero al través de su lenguaje, se descubre el trabajo y el dolor. Lloran, y al propio tiempo disponen asechanzas. Desprecia, pues, las lisonjas, desprecia las promesas. La alabanza lisonjera, pero es peligrosa, cuando el pecador es alabado según los deseos de su alma. Son hiecos dulcísimos, pero llenos de un mortal veneno. Las palabras del adulador son más suaves que el aceite, pero son dardos envenenados. (1).

Así como los cuervos arrancan los ojos de los cadáveres, de la misma manera los aduladores arrancan los ojos de la razón y del alma....

La lengua de los aduladores, dice S. Agustín, es más peligrosa que la cuchilla del verdugo: *Plus persequitur lingua adulatoris, quam gladius persecutoris.* (In Psal. LXIX).

Plinio compara la lisonjera á una hiena. La hiena, dice, imita la voz humana, y llama, y desgarran al imprudente que se acerca; y así también los aduladores prodigan alabanzas hasta que arrastran á la perdición al que los cree. La lisonja es para los insensatos que la dan oídos, lo que el aceite es para las moscas, hormigas y para casi todos los insectos. El aceite mata á los insectos, y los que se placen en las alabanzas, en ellas perecen. El veneno de la alabanza es mortal para los espíritus débiles sobre todo, y afebinados. (Anton. in Meliss.).

Tenemos dos clases de enemigos, dice S. Agustín: los que nos vituperan y desgarran nuestra honra, y los que nos adoran. Pero el adulador es más temible que el verdugo y el exterminador: *Plus sunt guerra persecutorum, scilicet, vituperantium, et adulantium, sed plus persequitur lingua adulatoris, quam manus interfectoris.* (In Psal. LIX).

El adulador cubre ordinariamente de oprobio á aquel á quien alaba; con una mano arroja flores, y con la otra barro; porque supone en efecto que aquel á quien adula es vano, amigo de la vanagloria, deseoso de las humanas alabanzas, y el mismo indica por consiguiente que es un espíritu vil, un alma baja, y que la desprecia....

(1) *Quem animam hienam qui jam perdit suam, videri ore ejus loquutus et dolus. Hienator, ac si huiusmodi ejus talis et dolus. Lascivius, sed insidiat. Sicut hienator, qui, confutans prostrationem, blandus, sed percutit laqueum, cum laudatur, peccator et in despectu amicus suus. Exponit et bar et alium suum quidem, sed vanagloriam, sed insidiat. Multi enim sermones ejus super oleum, et ipsi sunt jacula. Epist. II ad Paulum.*

No nos detengamos con complacencia en las alabanzas que hacen faltar á la verdad á los que las dan, dice S. Basilio: *Ne nobis stulte placeamus, propter quod veritatem excedunt.* (Anton. in Meliss., p. l. c. LI).

Las lisonjas y los honores conducen al supremo orgullo, dice S. Gregorio Nazianzeno. (Anton. in Meliss., p. l. c. LI).

El perro es el enemigo de la liebre, y el adulador es enemigo del hombre, dice Plutarco. Aborreced á los lisonjeros y temedlos por seductores: *Odio habeo adulantes sicut decipientes.* (Anton. in Meliss.). Huid de los aduladores, añade, miradlos con horror, pues son vuestros más crueles enemigos: *Tanquam deteriores inimici adulatores accerere.* (ut supra).

Los que me alaban, me azotan, dice S. Ignacio: *Laudantes me, flagellant.* (Apud Maxim., serm. XIII.).

¡Desgraciados de vosotros, dice Jesucristo, cuando los hombres os alaban! Así se portaron sus padres respecto de los falsos profetas: *Va cum benedixerint vobis homines; secundum hoc enim faciebant pseudoprophetis patres eorum.* (Luc. VI. 26).

Vuestros alabanzas nos abrumban y nos exponen á grandes peligros: las toleramos, pero nos hacen temblar: *Laudes ista vestra gravant nos potius, et in periculum mittunt; toleramus illas, et tremimus inter illas.* (Serm. V. in Matth.).

La lisonja aumenta con la alabanza; el espíritu se enorgullece con la lisonja: *Laudis crescit superbia; spiritus assurgit, si laudatur.* (De Ira, lib. II.).

Señor, dice S. Agustín, el que busca la alabanza de los hombres á pesar de vuestrias amonestaciones, no será defendido por ellos en vuestro juicio, ni arrancado de vuestras manos cuando lo condenéis: *thus laudare cult ob hominibus, cituperante te (Domine), non defendatur ab hominibus, iudicante te: nec eripietur, damnante te.* (Lib. X. Confess., c. XXXVI.).

El hombre que dirige á su amigo frases lisonjeras, dicen los Proverbios, le tiende un lazo peligroso: *Homo qui blandis sermionibus loquitur amico suo, rete expendit gressibus suis.* (XXIX. 5.). No es un amigo, es un enemigo; porque le encamina al orgullo, le inclina á mirar los vicios con indiferencia ó como virtudes; le compromete con sus excusos y alabanzas á entregarse á ellos sin temor.

El adulador, dice Plutarco, arrastra y prende en sus redes al hombre á quien seduce, y luego le llena de males: *Adulator trahit, et in laqueum inficit; ipsum in plagas conjicit.* (Tract. de differentia adulatoris et amici.).

Mirad la adulación como el más vergonzoso de los vicios, dice Diógenes, porque corrompe todo lo más honesto y más santo que hay en la vida. Los aduladores cometen un crimen mayor que los que falsifican moneda: *Omnia vitiis turpissimum venenum adulacionem, id enim quod honestissimum iustissimumque in vita est, corrumpit. Multo pejus faciunt quam qui corrumpunt monetam.* (Orat. III. de Regno).

¡Hallamos, dice el gran Apóstol, no para agradar á los hombres, sino á Dios, que conoce nuestros corazones. Porque jamás empleamos palabras lisonjeras, como ya lo sabeis y Dios es testigo de ello, ni buscamos en vosotros ni en otros, la gloria que proviene de los hombres: *Ita loquimur, non quasi hominibus placeret, sed Deo, qui probat corda nostra. Neque enim aliquando fuimus in sermone adulationis, sicut scriis; Deus testis est: neque quærentes ab hominibus gloriam, neque ab aliis.* (1. Thess. II. 4-6).

¿He de desear la aprobación de Dios, ó de los hombres? dice en otra parte este gran Apóstol. ¿He de procurar agradar á los hombres? Si les agradara á ellos, no sería servidor de Cristo: *Modo enim hominibus evado, an Deo? An quero hominibus placere? Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.* (Gal. I. 10).

Hemos de huir de los aduladores, según el siguiente consejo del Sabio: Hijo mío, cuando los aduladores os prodiguen sus alabanzas, no los escuchéis: *Fili mi, si te locutierint peccatores, ne acquiescas eis.* (Prov. I. 10).

Así como el crisol prueba el oro y la plata, así las alabanzas prueban al hombre, dicen los Proverbios: *Quomodo probatur in confutatio argenti, et in fornace aurum, sic probatur homo ore laudantis.* (XXVII. 21). De la misma manera que el fuego prueba la bondad y la pureza del vicio del oro y de la plata, así tambien la alabanza da á conocer la virtud ó el vicio del hombre, su sinceridad ó su vanidad. Si es bueno y virtuoso, huye y desprecia la lisonja. Los humildes rechazan las alabanzas; los hombres vanos y los soberbios se solazan con ellas y se vuelven insolentes. Así pues la verdadera virtud y el verdadero mérito estraban en despreciar la alabanza, como la verdadera gloria consiste en despreciar la gloria....

Si el corazón es verdaderamente humilde, dice S. Gregorio, ó no se considera con las buenas cualidades que en él causan, y crea que cuanto le dicen es falso, ó si sabe que las tiene, teme mucho no ser digno de la eterna recompensa de Dios. Porque tiembla al considerar cuerdamente que lo que se le atribuye puede no ser verdad, y que esto mismo puede atraerle una severa condenación al día del juicio: ó que si puesto lo que le atribuyen, puede perder todo su mérito. (1).

San Crisóstomo enseña que el desprecio de las alabanzas y de la gloria humana nos hace semejantes á Dios. Porque, así como Dios no necesita las alabanzas ni la gloria de los hombres, alabanzas y gloria que no existian durante la eternidad, antes que Dios hubiese creado

He prescindo de la adulación y de las alabanzas.

(1) Si con venerable humilde est, bona, que de se audit, aut nimis recognoscit, et quia falsa dicuntur, nihil aut certe, si adhibet illis se vanitatem scit, eo ipso formidat, ne ab eterna Dei retributione eiect privetur. Certe enim considerandum: tergalet, se non de his, de quibus laudatur, et non sunt, magis Dei iudicium subest, aut de his in quibus laudatur, et sunt, competens premium parat. Lib. xxi. Moral., c. v.

el mundo, de la misma manera aparece el que desprecia las alabanzas y la gloria humana. De este hecho deduce aquel gran Doctor la conclusión siguiente: Cada vez que nos parezca difícil despreciar las alabanzas y la gloria, digámos interiormente: Si desprecio estas cosas, será semejante á Dios; y de repente seremos dueños de nosotros mismos: *Quoties difficile existimas contemnere gloriam, ista tecum aximo versa: Si hanc despectero, Deo aequalis (similis) efficiar; profuturumque subibit contemptus gloria ex animo.* (Homil. in epist. ad Titum.)

Para hallarme dispuesto á las cosas de Dios, dice S. Ignacio de Loyola, debo alegrarme valerosamente de los que me adulan sin respetar la verdad: *Ut amus sim in his que ad Deum pertinent, vehementius vivit verendum est, et cavendum ab his qui me temere inflant.* (In ejus vita.)

San Macario dice: Es muy cierto que el que mira el desprecio como un motivo de mérito, y la pobreza como verdadera riqueza, no morirá, sino que vivirá eternamente. (Vit. Patr., lib. VII. c. XXVIII.)

Jamás hemos de alabarnos á nosotros mismos.

Los que se alaban, son vanos, dice S. Bernardo. (Epist. ad Falcon.). Sea otro el que te alabe, y no tu boca; un extraño, y no tus labios, dicen los Proverbios: *Laudet te alienus, et non os tuum; extraneus, et non labia tua.* (XXVII. 2.)

Alabarse uno mismo, es ser vano, soberbio é insensato.... Es la mayor de las locuras, dice S. Crisóstomo, alabarnos sin necesidad absoluta: *Extrema dementia, nulla imminente necessitate, et necessitate violenta, propriis laudibus cello decorari.* (Homil. V. de laudib. Pauli.). Por esto S. Pablo, después de haber hablado de sí mismo, añade: He manifestado poca cordura glorificándome, pero vosotros me habéis obligado á ello: *Factus sum insipiens, vos me coegistis.* (II. Cor. XII. 11.)

No hay conversacion más ridícula que la del que expone sus propios méritos, dice Themistio: *Nulla narratio tam odiosa est, quam sui ipsius encomium.* (Apud Stobaeum.)

Alabarse uno mismo, es cosa torpe, vergonzosa y ridícula.... No alabamos nuestras acciones sino por orgullo y para que nos alaben, y entonces sólo merecemos el más solemne desprecio. El que se alaba y se vanagloria, se condena y se deshonorra; porque su alabanza engendra el vicio en él. La alabanza que uno se dirige á sí mismo, es una vergüenza; semejante testigo no es digno de fe, debe mirarse como testigo mentiroso y falso. Y á la verdad, ¿por qué hemos de alabarnos? Si somos conocidos, es inútil; si no lo somos, no olvidemos que á la verdadera virtud le place ocultarse....

Sólo debemos glorificarnos en Dios.

Que el que se glorifica, se glorifique en el nombre del Señor, dice S. Pablo: *Qui gloriatur, in Domino gloriatur.* (I. Cor. I. 31.)

Podemos ser alabados en las cosas buenas, dice S. Gregorio;

porque la alabanza excita la emulacion; la emulacion la virtud, y la virtud nos procura la dicha. (Apud. Anton. in Meliss., p. I, c. II.)

La alabanza provocada con buenas acciones, dice S. Crisóstomo, inspira el deseo de hacer otras mejores. (Apud. Anton. in Meliss., c. II.); pero es preciso atribuirlo todo á Dios....

Cuando los santos son alabados, se vuelven aún más santos, sea aumentando sus virtudes para corresponder á la alabanza, sea humillándose y elevándose más y más hacia Dios con grandes y continuas acciones de gracias; porque saben que por sí mismos, por su naturaleza corrompida, sólo son capaces de concupiscencia y pecado, y exclaman con el Rey Profeta: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam super misericordia tua et veritate tua.* Haced brillar vuestra gloria, no por nosotros, Señor, sino por vuestro nombre, vuestra misericordia y verdad. (CXIII. 1-2). Dicen con S. Ignacio de Loyola: Todo sea á mayor gloria de Dios: *Ad maiorem Dei gloriam.* (In ejus vita.)

No prohíbo la gloria, dice S. Crisóstomo, pero quiero que no sea ambiciosa más que la verdadera, la que viene de Dios, y no de los hombres. No queramos ser alabados, si no es de Dios. Siendo tal nuestro modo de pensar, despreciaremos todo lo humano. Que el hombre es alabe ó deje de alabarse, nada perdéis. Aunque el hombre os vitupere, no puede heriros. La alabanza de Dios es la única preciosa, así como el vituperio que viene de Dios, es el único temible. (Homil. II. in Epist. ad Tit.).

AFLICCIONES. (Véase también CRUCES).

Es más grande sufrir por Jesucristo que resucitar los muertos, dice S. Crisóstomo. Por medio de lo uno, contraemos una deuda hacia Dios; por medio de lo otro, Jesucristo se convierte en deudor nuestro. ¡O maravilla! Jesucristo nos hace un obsequio, y por este obsequio ha de quedar agradecido: *Pati pro Christo, magis est quam suscitare mortuos; hic enim debitor sum (Deo); illic autem debitorem habeo Christum. (O rem admirandam! et donat mihi, et super hoc, ipse debet mihi. (Homil. IV. in Epist. ad Philipp.))*

San Egidio, discípulo de S. Francisco, decía: Aunque el Señor hiciera caer piedras y rocas del cielo, ningún dano nos harían si supiésemos sufrir las aflicciones. (Ribaden., in eius vita).

Mirad á José, dice S. Crisóstomo; de cautivo llegó bien pronto á ser el jefe de todo el Egipto; esta es la ventaja de las aflicciones sufridas valerosamente: su paciencia fué inquebrantable, las pruebas no le abalieron, y Dios, después de haberle experimentado, le halló digno, y le bendijo. (Homil. ad pop.).

Los afligidos son los fuertes de la tierra, dice S. Jonatan: *Afflicti terra fortes terra.* (Surius, in eius vita).

Los padecimientos son alas con las cuales vuelo hacia el cielo, dice S. Cipriano: *Pavida sunt penne quibus supra astra rehor.* (Epist. ad martyres).

Jesucristo, dice S. Martín, sólo se manifiesta en la cruz á las personas piadosas. (Surius, in eius vita).

Señor, dice S. Bernardo, más ventajoso es para mí tener aflicciones, en tanto que estéis conmigo, que reinar sin vos, vivir sin vos, y glorificarme sin vos. Muchísimo mejor es para mí abrazaros y poseeros en mis aflicciones, que estar sin vos en el mismo cielo. (Serm. XVII).

La virtud se perfecciona en la desgracia, dice S. Pablo á los Corintios. Me glorificaré pues en mis aflicciones, á fin de que la virtud de Jesucristo habite en mí: *Virtus in infirmitate perficitur: libenter igitur glorior in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. (II. Cor. XII. 9).* Por este motivo me complazco en mis debilidades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones y angustias sufridas por Jesucristo: cuando soy desgraciado, entonces me encuentro fuerte: *Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustis pro Christo: cum enim infirmor, tunc potens sum. (II. Cor. XII. 10).*

Va veis, dice san Bernardo, que las aflicciones de la carne aumentan las fuerzas del espíritu y le dan valor. La fuerza de la carne, al

contrario, debilita la del espíritu. ¿Qué hay pues de admirable en que los padecimientos del cuerpo fortifiquen el alma? Si debilitamos á un enemigo, seremos naturalmente más fuertes. ¿Como hemos de amar esta carne que no cesa de sublevarse contra el espíritu? Con sabiduría y mucha razón pide á Dios el Salmista verse envuelto entre aflicciones: *Confite timore tuo carnes meas. (CXVIII. 120):* Penetrad mi carne con vuestro temor. El temor de Dios es una flecha excelente. (Serm. XIX. in Cant.).

Nos hallamos abatidos con Jesucristo; pero con él viviremos por el poder del Señor que resplandecerá entre nosotros, dice el gran Apóstol: *Nam et nos infirmi sumus in illo (Christo); sed vicemus cum eo ex virtute Dei in vobis. (II. Cor. XIII. 4).*

El que se ve afligido por enfermedades, está cerca de Dios, dice S. Gregorio Nazianzeno: *Anima morbo affecta, Deo propinquat est.* (Orat. ad cives Nazianzenos).

Las aflicciones, dice S. Bernardo, calman los bríos de la voluptuosidad: hacen nacer las virtudes y las fortifican: sujetan la carne corrompida y disponen el alma á que se levante al cielo en alas de las virtudes. Las aflicciones y los sufrimientos hacen perder á la carne lo superfluo, y dan al alma las cualidades que le faltaban. Si pues las aflicciones, esos verdaderos dones del Señor aumentan nuestras virtudes, disminuyen y abientan los vicios, nos inspiran desprecio á los bienes de la tierra y amor á las cosas celestiales, ellas nos aseguran la felicidad eterna. Con estas consideraciones debemos animarnos: cuanto más penosa sea la lucha, más brillante será nuestra victoria. Demos una prueba de que deseamos agradar á Dios y de que le amamos, cuando nos dirigimos á él, no sólo en la dicha, sino también en medio de las desgracias y persecuciones. No nos es lícito subir al cielo por distinto camino que por el de las cruces; por esto debemos sufrirlas y amarlas. (Serm. X. in cena Dom.).

Me he hallado en medio de la tribulación y de los dolores, y he invocado entonces el nombre del Señor, dice el Real Profeta: *Tribulationem et dolorem invenit, et nomen Domini invocavi. (Psal. CXIV. 3-4).* Señor, me habeis probado con aflicciones, y me habeis conocido: *Domine, probasti me, et cognovisti me. (Psal. CXXXVIII. 1).*

No nos aflijamos por los sufrimientos, porque destruyen los deseos de la carne, dice Sta. Sineclética. (Ribaden., in eius vita).

Viviendo según el espíritu y no según la carne, la fuerza del alma nos hará victoriosos de las enfermedades del cuerpo, dice S. Cipriano. (Epist. ad Demetr.).

Dios es quien envía las aflicciones; él, que todo lo arregló con número, peso y medida, ha destinado desde la eternidad una cruz y padecimientos á los que le aman: ha decidido despojarnos de la naturaleza antigua y revestirnos de la nueva por medio de la paciencia, de la pureza, de la gracia y del amor en las tribulaciones; ha resuelto conducirnos al cielo por este camino. ¿Quién pues ha de huir de los padecimientos y mirarlos con horror, ya que nos están des-

tinados como una gracia por la infinita bondad de Dios? Las aflicciones nos hacen semejantes á Jesucristo en la cruz, á fin de hacernos semejantes á Jesucristo en la gloria....

Si para adquirir la gloria humana, dice Tertuliano, arrostran algunos los peligros del combate, el fuego, la cruz, el furor de las fieras y todos los tormentos, ¿no debemos arrostrarlos todavía más por Dios? Todos los sufrimientos nada significan, comparados con la gloria celestial. (*Apolog.*).

Las aflicciones son un beneficio, una inmensa gracia de Dios. Las enfermedades, dice S. Basilio, son el azote que hiere á los pecadores; ellas les advierten que han de cambiar de vida, y los convierten. Un santo sacerdote indicó un día este remedio á uno de sus discípulos que estaba enfermo. No os alijais, hijo mío, por vuestra enfermedad, le decía; es propio de la piedad perfecta dar gracias á Dios por las aflicciones que envía. Si os parecéis al hierro, el fuego de los sufrimientos os quitará el mallo que os machuca; si os parecéis al oro, os purificará. Sufrid pues esta prueba, y orad para que la voluntad de Dios se cumpla. (*Regul. LV*).

El Señor castiga al que ama, hiere á todos los que recibe como hijos suyos, dice S. Pablo á los Hebreos: *Quem enim diligit Dominus, castigat, flagellat autem omnem filium quem recipit.* (XII. 6).

No lleguemos á figurarnos, dice S. Crisóstomo, que las aflicciones sean una prueba de que Dios nos ha abandonado y de que nos desprecia, pues son al contrario la señal más manifiesta de que Dios se ocupa de nosotros; porque nos purifica de nuestros pecados, y nos facilita los medios de merecer su gracia y su protección. (*Homil. XXIII in Gen.*).

Las aflicciones frecuentes, dice S. Bernardo, son una especie de martirio, una especie de efusión de sangre: *Est martyrii genus, est quadam effusio sanguinis in quotidiana corporis afflictione.* (In Psal.).

Las aflicciones son necesarias para mitigar la concupiscencia, para hacernos expiar los pecados, para desprendernos del mundo y de nosotros mismos, y llevarnos al afecto y á la obediencia de Dios.... Son inevitables. La vida actual, dice S. Agustín en sus meditaciones, cap. XXI, es una peregrinación fatigosa; es fugitiva, incierta, laboriosa; nos expone mil veces á toda clase de mancillas; lleva en pos de sí todos los males; es reina de los orgullosos, llena de miserias y de errores. No debemos llamarla vida, sino muerte: *Quo non est dicenda vita, sed mors.* El hombre en efecto muere á cada instante, y sólo sigue viviendo para sufrir la muerte de distinta manera. ¿Podemos llamar vida al tiempo que pasamos en este mundo? ¿Qué es una vida que los humores alteran, los dolores rinden, los calores marchitan, un soplo envenena, los placeres disuelven, la pena consume, la inquietud abrevia, y cuyo sentimiento se cimbota con la seguridad? Los alimentos nos ponen gruesos, los

Las aflicciones son necesarias para hacernos expiar los pecados, para desprendernos del mundo y de nosotros mismos, y llevarnos al afecto y á la obediencia de Dios....

ayunos nos extenuan, las riquezas nos conducen á la jactancia y á la ostentación, la pobreza nos humilla, la juventud nos enorgullece, la vejez nos encorva, la enfermedad nos acoba, y la tristeza nos agobia. A todos estos males sucede la implacable muerte, terminando de tal modo todas las alegrías de esta miserable vida, que cuando ésta ha acabado, fácilmente creéramos que jamás ha existido. Esta muerte es verdaderamente la vida, y la vida una especie de muerte: *Mors ista vitalis et vita mortalis.*

La vida temporal, dice S. Gregorio, es trabajosa, está llena de aflicciones; pasa entre agitaciones y trabajos penosos. ¿Quién es el que no se halla martirizado por los dolores, atormentado de cuidados, y poseído de temores? Lloramos y reímos; la tristeza acompaña á la alegría; tenemos hambre y nos saciamos; pero, apenas saciados, el hambre nos asedia de nuevo. La sed agota nuestras fuerzas, el calor abate, el frío hiela. Suspiros, lágrimas, sollozos de todas partes; miserias universales, variadas al infinito y sin número. El rico tiene sus aflicciones, y á menudo muy grandes; el pobre no cesa de tenerlas; los pequeños están expuestos á su influencia, y los grandes no se hallan exentos de ellas. (*Moral.*).

El dolor nació con la vida, y envejeció con ella, dice Menandro: *Congenita sunt dolor et vita, illeque convescit vite.* (Anton. in Metiss.).

Todos los niños, al nacer, dan un grito de tristeza, dice Salomón; sus ojos llenos de lágrimas anuncian que entran en una tierra de maldiciones y sufrimientos: *Primum coeum similes omnibus emisi plorant.* (Sap. VII. 3). El niño, sin saberlo, dice S. Agustín, presiente el dolor; su mirada, como una mirada profética, abraza las mil aflicciones de la vida que tendrá que sufrir y que deplora: *Infans presentit quasi viscus, et propheta mille vite arumnas sibi subeundas, quas deplorat.* (Sentent.).

La vida del hombre, dice Job, es un servicio de guerra; sus días se parecen á los del obrero: *Militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii dies ejus.* (VII. 1). El hombre, añade, el hijo de la mujer, vive pocos días, y está lleno de miserias: *Homo natus de muliere, brevis eviens tempore, repletur multis miseriis.* (XIV. 1). Si me acuerdo, exclamo suspirando: ¿cuándo me levantaré? ¿cuándo se acabará la noche? Y hasta que llegan las tinieblas me hallo agobiado de dolores: *Deplebor doloribus usque ad tenebras.* (Id. VII. 4).

Es preciso que entreguemos nuestra vida con arreglo á la ley de Dios. Mas, dice S. Agustín, toda la vida del cristiano, si vive según el Evangelio, es una cruz y un martirio: *Tota vita christiani hominis, si secundum Evangelium vivatur, crux est, atque martyrium.* (Lib. Civ.).

Nuestro cuerpo se compone de cuatro elementos, y como los elementos son imperfectos, nuestro cuerpo saca de ellos cuatro enfermedades. Del agua le viene un principio de corrupción; de la tierra saca la opacidad y la pesantez; del fuego, la vida animal, calor

que le consume sin cesar y le impone la necesidad del alimento. Del aire le vienen los dolores y las enfermedades, porque el aire cambia a menudo, y transporta gérmenes pestíferos de un lugar a otro. Los trabajos y los sufrimientos de esta vida son muchas veces grandes y numerosísimos. La aflicción de que hemos sido acometidos, escribe el Apóstol a los Corintios, ha sido superior a nuestras fuerzas, y hasta ha llegado a cansarnos de la vida: *Super modum gravati sumus supra virtutem*. (II. Cor. I. 8). Ha sido superior a nuestras fuerzas, esto es, superior a las fuerzas de la naturaleza y del cuerpo, pero no superior a las de la gracia y del espíritu. La vida llegó a sernos pesada, esto es, bajo el punto de vista de la naturaleza, pero no de la caridad y del socorro del cielo....

Es momento
crucial de la
vida para sufrir
las aflicciones.

El alma fuerte no sucumbe en las adversidades, se mantiene firme, resiste, y triunfa. Así como la cal entra en efervescencia en el agua, y el fuego se enciende más y más con el aire, así también la fuerza y la energía de un alma aumenta en medio de las aflicciones y persecuciones. La virtud reverdece con las heridas que recibe. Y como decía Catón: Las serpientes, la sed, el calor, los combates del circo, todo es dulce para la virtud heroica: la paciencia se alegra de las pruebas más duras. (1).

Escudad a S. Crisóstomo: Soledad de Jesucristo, sois débil, sin vigor y cobarde, si presumís poder vencer sin combate y triunfar sin defensa. Desplegad vuestras fuerzas, herid con valentía, aceptad con firmeza la encarnizada lucha. Pensad en vuestro juramento, vuestra condición, vuestra bandera; el juramento que hicisteis en el santo bautismo, la condición que aceptasteis, la bandera en la que inscribisteis vuestro nombre: *Delicatus es, miles, si putas te posse sine pugna vincere, sine certamine triumphare. Essere, vires, fortiter dimica, atrociter in prelio isto certa. Considera pactum, conditionem attende, militiam noce; pactum quo spondidisti; conditionem qua credidisti, militium cui nomen dedisti*. (Serm. de Martyribus).

Es preciso no dejarse nunca abatir. Hemos de imitar a S. Pablo, que decía: Sufrimos toda clase de aflicciones, pero no nos amedrentan; nos hallamos en grandes dificultades, pero no sucumbimos en ellas; somos perseguidos, pero no estamos abandonados; nos vamos derribados, pero no perdidos: *In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur; aporiamur, sed non destituimur; persecutionem patimur, sed non derelinquimur; deiciimur, sed non perimus*. (II. Cor. IV. 8-9).

(1) Serpens, sive, ardor, arena.

Dulce virtutis gaudet potentia dura. Ita Crisost.

Las aflicciones, las persecuciones siguen al hombre piadoso, pero jamás le alcanzan. De ahí viene la palabra *persecutionem, persecutio*.

Las aflicciones
son ligeros pa-
sos al cristiano.

La cruz es tan dulce para el que ama a Dios, que no es ya una cruz, sino un principio de vida y de verdadera alegría. Por esto Santa Catalina de Sena miraba como amargas las dulzuras de la tierra, y dulces las amarguras. En la cruz está la verdadera dulzura, el verdadero consuelo, la alegría verdadera. Abrazada, y lo veréis por experiencia. Por otra parte, desde la cruz se va al cielo.... Las más abrumadoras aflicciones, dice S. Gregorio, pueden fácilmente sobrellevarse pensando en la pasión de Jesucristo; pues por grande que sea la tribulación en que nos hallemos, es poca cosa recordando qué duras fueron las palabras y qué penosísimos fueron también los golpes y los atroces suplicios que aceptó por nosotros; su cabeza fué desgarrada por la corona de espinas; sus ojos fueron cubiertos con un velo, ó hirieron sus oídos con horribles blasfemias; apagaron su sed con hiel y vinagre; oscupieron sobre su rostro augusto y le abofetearon. Sus espaldas crugieron bajo el peso de la cruz, tuvo el corazón inundado de tristeza y de amargura, el cuerpo lleno de llagas por los azotes, y los brazos y los pies extendidos y atravesados con enormes clavos. En fin, desde la planta del pie hasta la parte más alta de su divina cabeza, quedó todo su cuerpo lleno de heridas y dolores. (Nomi. in passion. J. C.).

El pontífice que tenemos, dice el gran Apóstol a los hebreos, no puede menos de compadecerse de nuestras debilidades, puesto que estuvo sujeto a toda clase de males, sin hallarse manchado por el pecado: *Non enim habemus pontificem qui non possit committi infirmitatibus nostris; tentatum autem per omnia, pro similitudine absque peccato*. (IV. 15). Jesucristo sufre con los hombres que son sus miembros; con S. Lorenzo padeció el tormento del fuego; con S. Esteban fué apedreado; con S. Ignacio mártir sufrió la saña de animales feroces, etc. Toma también parte en los combates de sus fieles servidores. Escribiendo S. Pablo a Timoteo, le dice: Ya sabes las persecuciones y las aflicciones que he sufrido; lo que me ha sucedido en Antioquía, é Iconio, y en Lystra, y cuán grandes han sido las tribulaciones que sobre mí han pesado; pero el Señor me ha librado de todos estos males: *Et ex omnibus eripuit me Dominus*. (II. III. 11).

Jesucristo ap-
punta a sufrir las
aflicciones.

La vez primera que defendí mi causa, añado, nadie vino en mi ayuda, todos me abandonaron. Deseo que esto no pueda perjudicarme. Mas el Señor siempre me ha asistido; me ha fortificado, y me vi libre de las fauces del león: *In prima mea defensione nemo mihi affuit, sed omnes me dereliquerunt, non illi imputetur. Dominus autem mihi assistit, et confortavit me; et liberatus sum de ore leonis*. (II. IV. 16-17).

En medio de mi oración, el Dios de justicia me oyó; en mis angustias, me abrió el inmenso espacio, dice el Salmista: *Cum invocarem, exaudivit me Deus justitia mee; in tribulatione dilatasti mihi.* (IV. 2). Dios nos oye algunas veces librándonos de las aflicciones; otras veces dándonos la virtud de la paciencia, lo que todavía es un beneficio mayor; y en alguna ocasión nos concede también, no solo la paciencia, sino la alegría; dice el cardenal Bellarmino. (*Comment. in Psal.*)

Dios, dice el Real Profeta, está al lado de los que tienen el corazón afligido: *Iusta est Dominus iis qui tribulatio sunt corde.* (Psal. XXXIII. 19.) A cuántas y a qué grandes angustias me habeis expuesto, dice en otra parte; pero heos aquí de vuelta, y vuestra presencia me ha restituido a la vida y me ha sacado de las entrañas de la tierra. (1). Tú me has invocado en la tribulación, dice el Señor, y te he libertado; te he oído en medio de la tempestad; te he puesto a prueba. (2). Clamaron hacia el Señor en su angustia, y el Señor les ha librado de sus miserias. (3).

Señor, dice Tobías, heris y curais a la vez: llevais a la tumba y librais de ella; *Dominus, tu flagellas, et salvas; deducis ad inferos, et reducis.* (XIII. 2). El Señor nos ha castigado a causa de nuestras iniquidades, y nos salvará atendidas sus misericordias: *Ipsa castigavit nos propter iniquitates nostras; et ipse salvet nos propter misericordiam suam.* (Id. XIII. 5).

A medida que los padecimientos de Jesucristo aumentan en nosotros, dice S. Pablo, nuestros consuelos aumentan también por Jesucristo: *Sicut abundant passionem Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra.* (II. Cor. I. 5). Cuanto más aumentan las aflicciones sufridas por Dios, más grandes y abundantes son los consuelos. Las aflicciones de los mundanos son, al contrario, hiel sin miel; y cuanto más se multiplican, más también aumentan su desolación, sus enojos y sus pesares. De ahí se deduce que lejos de huir de las cruces es preciso desearlas, puesto que tan fecundas son en delicias. Admirable testigo de esto es S. Pablo cuando exclama: Mi alegría sobrenada en medio de todas nuestras tribulaciones. (4). Lejos pues de entristecernos en los trabajos y en las pruebas, debemos sentir alegría y glorificarnos. Nos glorificamos, dice aquel gran Apóstol, no solo en la esperanza, sino también en las aflicciones. (5).

(1) Quamvis ostendit mihi tribulationes multas et graves; et cunctis vivis me, et de seipso tenet forum redemptus. 1. 2. 3. 4.

(2) In tribulatione invocavi me, et liberavi me; exivit me in assecutis temporibus, produxit me. Psal. LXXX. 1.

(3) Clamaverunt ad Dominum cum tribulatione, et de necessitatibus eorum liberavit eos. Psal. CXXI. 1.

(4) Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. II. Cor. vi. 10.

(5) Non solum autem gloriamur in spe, sed et in tribulationibus. Rom. v. 3.

Las aflicciones
van creciendo
hasta el con-
suelo.

San Bernardo dice, hablando de S. Andrés apóstol: Iba al suplicio de la cruz con paciencia, mas aún, voluntariamente y hasta con ardor, como en la fiesta más solemne, como en el más exquisito festín: *Non modo patienter, sed et libenter, verum et ardentem ad tormenta sicut ad ornamenta, ad penas sicut ad delicias properabat.* (De tripl. gener. bon.).

Habiendo sido azotados cruelmente los Apóstoles por orden del consejo, volvían llenos de alegría, porque habían sido juzgados dignos de sufrir esta afrenta por el nombre de Jesucristo: *Ibant gaudentes a conspectu consilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act. V. 41).

Nos glorificamos con la esperanza de la gloria de los hijos de Dios, dice S. Pablo a los romanos, y no sólo con esta esperanza, sino en nuestras aflicciones, sabiendo que la aflicción produce la paciencia, la paciencia la prueba, y la prueba la esperanza; y esta esperanza no es vana. (V. 2-5).

Que no se queje el hombre, dice S. Agustín, cuando sufre alguna desgracia: con la amargura de las cosas de la tierra, aprende a amar las cosas del cielo; viajero, emprende el camino de su patria. (*Serm. XVIII*).

Cuando os halléis afligidos, dice S. Pedro Damian, cuando sufráis, estad llenos de confianza; no murmureis, no os entristezcáis, no os impacientéis; tened antes bien la serenidad siempre en el rostro, la alegría en el corazón, la acción de gracias en los labios. (*Epist. VII*).

Las aflicciones son una prueba de predestinación y de amor de parte de Dios: cuando castiga, quiere salvar al pecador; y al contrario, la impunidad es señal de cólera y de reprobación divina.

Llevemos siempre la muerte de Jesús en nuestro cuerpo, dice el Apóstol a los Corintios, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.* (II. Cor. IV. 10).

Podemos esperar con seguridad la bienaventuranza prometida, dice S. León, si tomamos parte en la pasión del Señor; y como en todos tiempos debe el cristiano vivir piadosamente, deba también llevar siempre la cruz: *Certa atque secunda est expectatio promissionis beatitudinis, ubi est participatio Domini passionis: sicut ergo totius est temporis pie vivere, ita totius est temporis crucem ferre.* (*Serm. IX de Quadrag., c. 4*).

Escuchad a S. Agustín: Ahora, dico, la vida y los placeres temporales son dulces, y las tribulaciones son por el contrario amargas; pero ¿quién dejará de beber el cáliz de las aflicciones, por temor al fuego del infierno? ¿Quién no despreciará las delicias

Hemos de sufrir
las aflicciones
con paciencia,
confianza y es-
peranza.

Hemos de sufrir
las aflicciones
con perseverancia.

No son to-
das las aflic-
ciones comparadas
con el infierno.

del siglo, si suspira por los bienes de la vida eterna? *In presenti vita, et delicia temporales dulces sunt, et tribulationes temporales amara sunt; sed ¿quid non bibat tribulationis poculum, neque ignem gehennarum? Et qui non contemnat dulcedinem seculi, inhabilis bonus vita eterna?* (In Sententiis, n. 226).

¿Qué son todas las cruces, todos los sufrimientos, todos los dolores, todos los tormentos, el fuego, el hierro, la muerte más violenta, comparados con los fuegos del infierno? Si la tentación os persigue, si os desprecian, si sufrís, si os veis enfermo, triste, atacado en vuestra reputación, insultado, maltratado, condenado, crucificado, abrasado, pensad que todo esto es pasajero, todo de corta duración, y que el infierno es eterno....

Desdichados de nosotros pecadores, dice S. Crisóstomo; no luyamos de las aflicciones, sino del pecado; porque la única y terrible aflicción es la de ofender á Dios: *Ne fugiamus male affligi, sed male agere; hoc enim est vere male affligi.* (Homil. ad pop.).

Non creamus
nosmetipsos afflic-
tiones.

Si los hombres repudian mi ley, dice el Señor por boca del Salomista, si no proceden según mis juicios, si profanan mi justicia y son transgresores de mis mandamientos, visitaré sus iniquidades con una vara en la mano, y heriré sus pecados: *Si dereliquerint filii legem meam, et in iudiciis meis non ambulaverint; si iustitias meas profanaverint, et mandata mea non custodierint, visitabo in virga iniquitates eorum, et in verberibus peccata eorum.* (LXXXVIII. 31-33). La violación de la ley de Dios ha sido siempre la causa de todas las aflicciones; la causa primordial sobre todo; pues esta violación es voluntaria. ¿Por qué pues, miserables pecadores, nos hemos de quejar de las penas que sufrimos, puesto que el pecado, al que libremente hemos consentido, es su verdadera causa? Dejemos de ofender á Dios, y Dios dejará de castigarnos, disminuirán nuestras aflicciones, y la gracia nos las hará sufrir con resignación y hasta con alegría. Estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, encorvados por el peso de las cadenas y hambrientos, porque, dice el Real Profeta, han despreciado la palabra de Dios, porque no hicieron caso del consejo del Altísimo. Y su corazón quedó humillado por los trabajos, se han debilitado, y nadie les ha sostenido. (Cvi. 10-12).

¿Cabe mayor sufrimiento que el de tener la conciencia atormentada y desgarrada por los remordimientos? ¿Cabe mayor aflicción que la de ser enemigo de Dios, esclavo de Satanás y digno del infierno? ¿Cabe mayor pena que la que causa el pecado mortal dando la muerte al alma? Estas son las más terribles aflicciones. Pero estas aflicciones las queremos, y las buscamos, desde el momento que queremos y buscamos el pecado, que es su verdadera causa.... Relativamente á las mismas cosas temporales, ¿cuántas aflicciones no nos buscamos también nosotros?... Entréis sin vocación, ciegamente, en el estado matrimonial; la mujer que habeis

tomado por esposa, es mala, etc.; ¿á quién podreis quejáros?... Gastáis vuestra fortuna en jugar, en banquetes, en ir tras los placeres; pronto, como el hijo prodigo, os halláis reducidos á la posición más horrible: ¿quién tiene la culpa?... A pesar de los saludables avisos de sus padres, de su pastor y de su confesor, una joven se expone al peligro, se pierde y se deshonra; ¿quién lo ha procurado esta aflicción cruel y humillante?... A pesar de las advertencias caritativas y reiteradas, un joven libertino destruye su salud, etc.; ¿á quién ha de culpar?... La mayor parte de los sufrimientos que nos agobian, y de los que nos quejamos amarga y constantemente, son obra nuestra; nos atormentamos á nosotros mismos; no culpemos á nadie.

Puesto que nos hallamos rodeados de una niebla tan densa de testigos, dice S. Pablo á los hebreos, desprendámonos de todo lo que nos albruma, y de los lazos del pecado, y corramos, por la paciencia, en la carrera que nos está abierta: *Ideoque et nos tantum habentes impositam nubem testimonii, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen.* (XII. 1).

El ejemplo de los Santos nos ayuda á sufrir las aflicciones.

Señor, dice S. Agustín, aquí en la tierra cortad, quemad; pero compadecednos de mí en la eternidad: *Hic ure, hic seca, modo in eternum parceas.* (Soliloq.).

Sufrir ó morir, decía Santa Teresa. (Historia de su vida.)

Íbidem, que estuvo ciego durante ochenta años, decía: Más vale ver con los ojos del espíritu que con los del cuerpo; los primeros no tienen que temer la pena del pecado, en tanto que los segundos con una sola mirada pueden enviarnos á los fuegos del infierno. Se creía feliz con su tenazeguera. (Vit. Patrum).

El B. Pedro, abad de Clairvaux, habiendo perdido un ojo á consecuencia de una cruel enfermedad, decía: Me he escapado de uno de mis enemigos, y temo más al que me queda que al que he perdido. (Ribaden., in ejus vita). Enfermó en su vejez S. Lorenzo Justiniano, y su médico se vió obligado á cortar le carnes; pero se detuvo pronto, no atreviéndose á hacer penetrar la hoja de su cortante; pero entonces aquel gran Santo le dijo: Tened valor; vuestro acero no puede igualarse á las agudas unas ni á los ardientes garfios que han sufrido los Mártires. (Surius, in ejus vita).

Caminando al suplicio, Santa Cecilia decía: Morir mártir, no es perder la juventud, sino cambiarla por una juventud eterna; es dar barro, y recibir oro; es dar una mansión pobre, y recibir una estrecha, y recibir el más grande, el más espléndido de los palacios; es dar una cosa preciosa, y recibir otra que no conoce término. (Surius, in ejus vita).

Mirad el ejemplo de los niños en el horno de Babilonia, de Daniel en la fosa de los leones; ved á los Apóstoles á los Mártires y á todos los Santos....

Los padecimientos de esta vida, dice S. Pablo á los romanos, ninguna proporcion tienen con la gloria que debe un día brillar en nosotros: *Non sunt condignae passionis huius temporis ad futurum gloriam, quae revelabitur in nobis.* (VIII. 18). No consideramos las cosas visibles, dice á los corintios, sino las invisibles; porque las cosas visibles son transitorias, pero las invisibles son eternas. (II. IV. 16).

Seguid pues murmurando, dice S. Bernardo, seguid diciendo: Es demasiado largo, demasiado pesado, no puedo sufrir aflicciones tan penosas y de tanta duración: S. Pablo llama á las aflicciones pruebas de un momento; y ciertamente que no habeis recibido los golpes que los judíos descargaron sobre este gran Apóstol; no habeis trabajado más que los demás hombres, ni habeis resistido hasta derramar vuestra sangre. Considerad que las aflicciones son infinitamente inferiores á la gloria que Dios les reserva. Y á la verdad, ¿por qué haceis caso de horas y días inciertos? La hora pasa, y las penas también: *Transit hora, transit et pena.* No se encadenan, pero desaparecen sucediéndose. No acontece lo mismo con la gloria; no acontece lo mismo con la recompensa concedida á los trabajos y á los sufrimientos. Esta recompensa no reconoce cambio ni término; existe enterá á cada instante, y dura toda la eternidad. Además, bebiendo una gota tras otra, es como apuramos la copa de las penas, *guttatim plena bibitur*, ni la tenemos tampoco siempre en nuestros labios, sino que por el contrario pasa. Y la recompensa es un torrente de placer; es tan impetuosa como un gran río, es un torrente de alegría que inunda; es un río de gloria, un río de paz. (Serm. 1).

Los sufrimientos pronto desaparecen: la recompensa jamás se acaba.... La gloria que espero, dice S. Francisco de Asís, es tan grande, que todas las enfermedades, todas las mortificaciones, todas las humillaciones, todas las penas me llenan de alegría. (S. Bonav., in eius vita).

Las aflicciones son una gota de hiel: la recompensa reservada á los que las sufren cristianamente, es un océano de miel; son delicias, una gloria, felicidad eterna.....

Animos pues, servid bien y fiel: sé constante en sufrir estos pequeños sinsabores, y la recompensa será grande, dice Jesucristo: participo de la alegría de tu Señor: *Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.* (Matth. XXV. 21).

AMBICION. (Véase también AVARICIA.)

La ambición, dice S. Bernardo, es un mal sutil, un veneno secreto, una enfermedad oculta; es un artesano fraudulento, la madre de la hipocresía, el principio de las llagas profundas, el origen de los vicios, la que amamanta los crímenes, el molio de las virtudes, la polilla de la santidad, la ceguedad de los corazones; convierte los remedios en ponzoña capaz de producir enfermedades y sostener su incremento. (1).

La ambición ciega al hombre, y le roba la razón... La ambición es el manantial de las disputas, de los odios, de las guerras y de las injusticias.... Es la madre de la pobreza y de la indigencia.

La ambición es la llaga de todos los siglos; es un cáncer que todo lo devora.... Jamás tiene bastante; cuanto más tiene, más quiere tener.... Buscando dilatarse, codicia lo que no le pertenece....

Lo que no basta jamás, constituye una fortuna, dice, Séneca; mas nada le basta á la ambición: *Namquam multum est quod satis non est.* (In Prov.).

Alejandro, llamado el Grande, era pobre; buscaba constantemente, recorría tierras y mares desconocidos: llegó á encontrarse estrecho en el universo, y después de haberlo conquistado, lloró. ¿Por qué lloraba Alejandro? ¡Ah! Porque no le quedaba ya ningún reino que conquistar. ¡Oh locura! Y pronto le bastaron seis palmos de tierra....

Lo que basta á la naturaleza, no basta á la ambición.... ¡O ceguedad!....

La ambición, dice S. Bernardo, es la cruz de los que le dan alberque. ¿Cómo suédo pues que, siendo un suplicio, guste? No hay cansancio mayor, ni suplicio más cruel, y sin embargo, nada es más célebre que sus hazañas á los ojos de los desgraciados mortales: *Ambitio ambitum crucis; quomodo, omnes torquent, omnes placent? Nihil acerbius crucis; nihil molestius inquietat, nihil tamen apud miseris mortales celebrius negotium ejus.* (Lib. III. de Consid.).

La ambición, prosigue S. Bernardo, es la montaña sobre la que se ha fijado el ángel, el ángel convertido en demonio: *Iste est mons in quem ascendit angelus, et diabolus factus.* (Lib. III. de Considerat.).

Los ambiciosos se alimentan de aire. Porque, ¿qué son los honores, sino un soplo popular, una tempestad de poca duración que

(1) Ambitio subtilis malum, secretum virus, pestis occulta, doli capax, mater hypocrisis, turpis parens, chlorum origo, criminum focus, virtutum veneno, timor beneficii, concitatrix cordium, et rumpens nubes creans, generatrix ex nullius languorem. Serm. vi.

todo lo destruye? La ambicion es capaz de pretender encerrar el viento en unas redes, sacar agua en una criba, edificar sobre arena, sembrar en las rocas, cortar las llamas con una segur, labrar las olas, hacer blanco al Elio, fabricar telarañas, cantar delante de un sordo, contar las olas del océano, y enseñar la natacion al hierro....

San Prospero, dice de un modo admirable: El que quiere poseer á Dios, debe renunciar al mundo, á fin de que Dios sea su único tesoro; el que se halla seducido por la ambicion de poseer los bienes de la tierra, no ha renunciado á las cosas mundanas; en tanto que no se desprende de lo que le pertenece, es el esclavo del mundo, cuyos bienes conserva. No puede servir á Dios y á la ambicion á un mismo tiempo. (In Sentent.).

Después de haber
de la ambicion.

AMOR Á DIOS.

HAY dos amores: el amor de concupiscencia, ó el amor imperfecto, y el amor de pura caridad, ó el amor perfecto. Por medio del amor de concupiscencia ó imperfecto, nos dedicamos á agradar á Dios para que nos dé por recompensa la gloria eterna. Este amor es bueno; pero es más bien un acto de esperanza que de caridad. El amor perfecto, por el cual nos esforzamos á agradar á Dios y queremos someternos á su voluntad, consiste en amarle únicamente por ser él quien es, y no por la recompensa que á los buenos promete. Este amor es propiamente la caridad perfecta.

Hay dos amores.

Amad al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, y con todas vuestras fuerzas: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua.* (Deuter. VI. 5). Permanezcan estas palabras en vuestro corazón, repetidas á vuestros hijos, medi'adlas sentados en vuestra casa y viajando, antes de dormir y al despertar. Fijadlas como una señal en vuestra mano, colgadlas delante de vuestra vista, escribidlas en el dintel de vuestras casas y sobre las puertas (1).

Necesidad de amar á Dios.

Jesucristo recuerda la obligación impuesta por el mismo precepto: Amad, dice, al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con todo vuestro espíritu. Este es el mayor y el primero de los mandamientos: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.* (Matth. XXII. 37). *Hoc est maximum et primum mandatum.* (Ibid. 38).

Amad con todas vuestras fuerzas á aquel que os ha creado, dice el Eclesiástico (2); y en otro lugar: Amad á Dios toda vuestra vida, é invocadle para que os salve: *Omni vita tua dilige Deum et invoca illum in salute tua.* (XIII. 18).

El motivo que debe llevarnos á amar á Dios, es que Dios es el alma y la vida de nuestra alma; pero es justo que el alma tribute á Dios lo que el cuerpo tributa al alma, y que todo lo hagamos por amar á Dios; así como el cuerpo teme sobre todo ser separado del alma, nuestro principal temor ha de ser vernos separados de Dios. Así el apóstol S. Judas nos impone la obligación de mantenernos en el amor á Dios: *Vos metipso in dilectione Dei servate.* (XXI).

(1) Erantque verba hæc in corde tuo. Deuter. vi. 6. Et narrabis ea filijs tuis, et ambulabis ea sedens in domo tua, et ambulabis in itinere, dormies atque convalesces. Ibid. vi. 7. Et ligabis ea quasi signum in manum tuam, erantque et munebantur inter oculos tuos. Ibid. vi. 8. Scribesque ea in limbo, ut exitis domus tue. Ibid. vi. 9.

(2) In omni virtute tua dilige eum qui te fecit. vii. 22.

todo lo destruye? La ambicion es capaz de pretender encerrar el viento en unas redes, sacar agua en una criba, edificar sobre arena, sembrar en las rocas, cortar las llamas con una segur, labrar las olas, hacer blanco al Elio, fabricar telerañas, cantar delante de un sordo, contar las olas del océano, y enseñar la natacion al hierro....

San Prospero, dice de un modo admirable: El que quiere poseer á Dios, debe renunciar al mundo, á fin de que Dios sea su único tesoro; el que se halla seducido por la ambicion de poseer los bienes de la tierra, no ha renunciado á las cosas mundanas; en tanto que no se desprende de lo que le pertenece, es el esclavo del mundo, cuyos bienes conserva. No puede servir á Dios y á la ambicion á un mismo tiempo. (In Sentent.).

Después de haber
de la ambicion.

AMOR Á DIOS.

HAY dos amores: el amor de concupiscencia, ó el amor imperfecto, y el amor de pura caridad, ó el amor perfecto. Por medio del amor de concupiscencia ó imperfecto, nos dedicamos á agradar á Dios para que nos dé por recompensa la gloria eterna. Este amor es bueno; pero es más bien un acto de esperanza que de caridad. El amor perfecto, por el cual nos esforzamos á agradar á Dios y queremos someternos á su voluntad, consiste en amarle únicamente por ser él quien es, y no por la recompensa que á los buenos promete. Este amor es propiamente la caridad perfecta.

Hay dos amores.

Amad al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, y con todas vuestras fuerzas: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua.* (Deuter. VI. 5). Permanezcan estas palabras en vuestro corazón, repetidas á vuestros hijos, medi'adlas sentados en vuestra casa y viajando, antes de dormir y al despertar. Fijadlas como una señal en vuestra mano, colgadlas delante de vuestra vista, escribidlas en el dintel de vuestras casas y sobre las puertas (1).

Necesidad de amar á Dios.

Jesucristo recuerda la obligación impuesta por el mismo precepto: Amad, dice, al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con todo vuestro espíritu. Este es el mayor y el primero de los mandamientos: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.* (Matth. XXII. 37). *Hoc est maximum et primum mandatum.* (Ibid. 38).

Amad con todas vuestras fuerzas á aquel que os ha creado, dice el Eclesiástico (2); y en otro lugar: Amad á Dios toda vuestra vida, é invocadle para que os salve: *Omni vita tua dilige Deum et invoca illum in salute tua.* (XIII. 18).

El motivo que debe llevarnos á amar á Dios, es que Dios es el alma y la vida de nuestra alma; pero es justo que el alma tribute á Dios lo que el cuerpo tributa al alma, y que todo lo hagamos por amar á Dios; así como el cuerpo teme sobre todo ser separado del alma, nuestro principal temor ha de ser vernos separados de Dios. Así el apóstol S. Judas nos impone la obligación de mantenernos en el amor á Dios: *Vos metipso in dilectione Dei servate.* (XXI).

(1) Erantque verba hæc in corde tuo. Deuter. vi. 6. Et narrabis ea filijs tuis, et ambulabis ea sedens in domo tua, et ambulabis in itinere, dormies atque convalesces. Ibid. vi. 7. Et ligabis ea quasi signum in manum tuam, erantque et munebantur inter oculos tuos. Ibid. vi. 8. Scribesque ea in limbo, ut exitis domus tue. Ibid. vi. 9.

(2) In omni virtute tua dilige eum qui te fecit. vii. 22.

El caballo nace para correr, este es su fin; el pájaro para volar, el buey para surcar la tierra, el perro para ladrar, el fuego para calentar, el agua para apagar la sed, etc.; el hombre nace para amar á Dios; este es su único fin.

Aun cuando yo hablase todas las lenguas de los hombres y hasta de los ángeles, dice el gran Apóstol á los corintios, no teniendo caridad, sería como un bronce sonoro y un címbalo rebotante. Aun cuando tuviese el don de profecía, aun cuando penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias, y aun cuando tuviese toda la fe necesaria para transportar montañas, si no tuviese caridad, nada sería. Y aun cuando distribuyese todas mis riquezas para alimentar á los pobres, y entregase mi cuerpo á las llamas, sin caridad, de nada me serviría todo esto. (1). El mismo Apóstol exclama: El amor de Jesucristo nos insta: *Caritas Christi urget nos*. (II. Cor. V. 14). Jesucristo murió para todos, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. (2).

El amor de Dios es tan grande, dice S. Agustín, que aquel que no lo tiene, en vano posee todo lo demás; y al contrario, aquel que lo tiene, todo lo posee. (3). El mismo santo Doctor añade, como el Apóstol, que la fe puede existir sin la caridad, pero que entonces es estéril, y no puede ser útil. (4).

La castidad sin la caridad, dice S. Bernardo, es una lámpara sin aceite; quitad el aceite, y la lámpara ya no alumbra; quitad el amor de Dios, y la castidad deja de ser agradable. (5).

El fin de los mandamientos es la caridad, dice S. Pablo á Timoteo: *Finis precepti est caritas*. (I. 1. 5). En los dos preceptos del amor á Dios y al prójimo está cifrada toda la ley y los Profetas, dice Jesucristo: *In his duobus mandatis universa lex pendet et Profeta*. (Matth. XXII. 40).

¡Oh alma mía! exclama S. Agustín, creada á imagen de Dios, rescatada con la sangre de Jesucristo, esposa de la fe, dotada por el Espíritu Santo, adornada con las virtudes, puesta en la categoría de los ángeles, ama al que tanto te ha amado; piensa en el que jamás te olvidó; busca al que te busca; date por entero al que auto-

(1) Si lingua hominum loquar, et angelorum, caritatem autem non habeam, factus sum sicut aes sonans, vel cytharalis fons. I. ad I. 4. Et si habuerim caritatem, sed ad motus transierim, caritatem autem non habeam, nihil sum. I. xii. 2. Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, et si tradidero corpus meum ut ardeam, caritatem autem non habuerim, nihil mihi prodest. I. ad I. 2.

(2) Pro omnibus amicus est Christus, ut et qui vivunt, non sibi vivant, sed ei qui pro quibus mortuus est, et resurrexit. II. Cor. v. 15.

(3) Tantus est caritas, quae si desit, frustra habetur cetera; si subit, habetur omnia. Sentent. CCCXXI.

(4) Fides sine caritate esse potest, prodromo non potest. Lib. XV. de Trinitate, c. xviii.

(5) Castitas sine caritate lampas est sine oleo; quilibet oleum, lampas non ardet; tota castitas, coelestis ita gloriatur. Epist. ad Thimotheum.

ramente se da á él. (1). Este gran Dios sólo se ocupa de tí; no te ocupes más que de él; en cierto modo, todo lo deja por tí; déjalo todo por él: es la misma santidad; se santa; es la misma pureza; se pura. (2).

El cielo, la tierra, añade aún S. Agustín, y todo lo que contienen, no cesan de decirme que os ame, ó Dios mío, y no cesan de decirlo á todos, á fin de que no tengan excusa si no os aman. (3).

Debemos amar á Dios, 1.º porque es soberanamente amable.

Dios es todo amor, dice el amadísimo Discípulo: *Deus caritas est*. (I. IV. 8). ¿Quién es Dios? dice S. Bernardo: es la voluntad omnipotente, la virtud por excelencia, la luz eterna, la razón inmutable, la suprema bienaventuranza. (4).

Dios es la eternidad: es la medida, el número, el orden, la causa y el fin de todas las cosas. Es el principio y el fin de todas las criaturas: es el bien soberano, inmenso, increado.... Toda abundancia, fuera de mi Dios, es la misma pobreza, dice S. Agustín: *Omnia copia, quae Deus non est, egestas est*. (Lib. Confess.).

Como Dios es infinito en su esencia, lo es también en todos sus divinos atributos y en cada uno de ellos. Tiene una santidad infinita, un poder infinito, una sabiduría infinita, una misericordia infinita, una ciencia infinita, una bondad infinita, e infinitos son también sus demás atributos. Dios pasa más allá del infinito, no sólo de todo lo que existe y de todas las cualidades y perfecciones, sino de todas las cosas posibles ó imaginarias; pasa, no un grado, ni ciento, ni un millón, más allá de todo, sino infinitamente más que todo cálculo.

Contemplad cuánto os sea dable la sabiduría, el poder, la bondad, la hermosura, las riquezas, etc.: imaginad estas perfecciones llevadas al infinito, y habéis de saber que cuando hayáis llegado á este punto, todos vuestros pensamientos, todos vuestros cálculos, y los pensamientos y los cálculos de todos los hombres y de todos los ángeles, no han dado un paso para acercarse á las infinitas perfecciones de Dios; habéis de saber que no habéis alcanzado el Ser de Dios, sino que os halláis todavía á una distancia infinita. Que todos los espíritus, exclamen (Isaías, que todas las lenguas, todas las inteligencias, todas las voces de los serafines y de los querubines caen, y cubran estos sus rostros con respeto, y se anonaden.... porque todos los ángeles reunidos, con todas sus llamas de amor, no pue-

Motivos que obligan á amar á Dios, sacados de Dios mismo ó de sus infinitas perfecciones.

(1) O spiritus mea, inaginta Dei imagine, resplende Christi sanguine, desponsata fide, dilata sapientia, ornata virtutibus. Depictorem angelus, digne illud a quo tantum dilatare intendam, quod intendit illi; quero quatenus la, non amorem levi. Soliloq.

(2) Ecce solliciti sum solliciti, cum viderem vacuos, cum mundo munda, cum saeculo saecula. Soliloq.

(3) Caelum et terra, et omnia quae in eis sunt, ecce undique mihi dicunt ut amem te; nec cessant dicere omnia, ut sint incommutabiles. Soliloq.

(4) Quis est Deus? Voluntas omnipotens, benevolentissima virtus, humen eternum, incommutabilis ratio, summa dignitas. Lib. V. de Considerat. c. xi.

deán, á Dios mío, comprender ni concebir el menor grado de vuestra gloria!...

Exclamemos con el Salmista: El Señor es grande y superior á las alabanzas; su grandeza no tiene límites: *Magnus Dominus, et laudabilis nimis; et magnitudinis ejus non est finis.* (CXLIV. 3). Y con el profeta Baruch: Dios es grande, eterno, elevado, infinito: *Magnus est, et non habet finem, excelsus et immensus.* (III. 25).

Mostróse que
debemos á amar
á Dios, tomados
del amor que
tiene á los hom-
bres.

Es preciso amar á Dios, 2.º porque nos ha amado soberanamente. Amemos á Dios, porque Dios nos ha amado primero, dice S. Juan: *Nos ergo diligamus Deum, quoniam ipse prior dilexit nos.* (I. IV. 19). Os he amado con un amor eterno; por eso, misericordioso, os atrae á mi misericordia, dice el Señor en Jeremías: *In caritate perpetua dilexi te; idcirco atraxi te miserans.* (XXII. 3).

En el amor infinito que Dios tiene para el hombre, debemos admirar: 1.º el amor que nos ha profesado desde toda la eternidad, sin tener necesidad de nosotros, poseyéndolo todo en sí mismo; 2.º considerar que no nos ama por necesidad, sino pleno, libre y liberalmente; 3.º que nos ama sin utilidad ninguna para él; 4.º que ama al hombre antes de que éste tenga uso de razón, antes de que tenga algún mérito, alguna dignidad que pueda hacerle amable, y aun cuando se halle cargado de numerosos y grandes defectos, que sólo debieran hacerlo digno de odio; 5.º que ama á los mismos que jamás han de llegar á ser ingratos y enemigos suyos; 6.º este amor de Dios hacia los hombres no parte de ignorancia ó de pasión, como el amor de casi todos éstos, sino que es inseparable de una justa equidad y de una gran sabiduría.

¿Qué saliduría hay en Dios, direis, si ama á los hombres miserables y pecadores? Ya no son entonces un objeto amable por sí mismo. La razón del amor de Dios no viene del objeto amable, como sucede entre los mortales, sino que viene del mismo Dios. Dios en efecto, nos ama por el mismo, porque es infinitamente bueno; tiene tanta bondad, que quiere derramar su liberalidad y sus beneficios sobre nosotros, á pesar de nuestra indignidad. La bondad infinita de Dios es pues la base y la razón de su amor para los hombres, de la comunicación de sus dones y de sí mismo. Hay en Dios una voluntad infinita y un deseo sin tasa de comunicarse, que provienen de la perfección y de la plenitud infinita de su esencia. Esta esencia es tal que lo lleva á entregarse; y por mayores que sean sus liberalidades, Dios nada pierde de su plenitud. Es como una fuente de la que se saca agua, y siempre es la misma, siempre corre.... Dios es en las cosas espirituales lo que el sol es en las cosas sensibles, dice S. Gregorio Nazianceno. Así como el sol lanza por todas partes sus rayos bienhechores, á fin de iluminar, calentar, vivificar, fecundizar la naturaleza, Dios derrama sobre todas las criaturas y especialmente sobre los ángeles y los hombres, los divinos rayos de su beneficencia, á fin de ilustrarlos con la luz de

su saliduría, inflamarlos con su amor, vivificarlos con la vida de la gracia y la de la gloria. (Distich.).

Esta largueza de parte de Dios en prodigar beneficios, es inmensa; la encontraremos admirable si consideramos: 1.º la majestad del que ama y da; 2.º el estado, la condición de aquellos á quienes da. Si examináis la naturaleza de éstos, son hombres, y ocupan el último puesto entre las inteligencias: si los consideráis bajo el punto de vista de las cualidades del alma, son pecadores, enemigos de Dios, orgullosos, ingratos, carnales, muy débiles para el bien, inclinados á todos los vicios; si los consideráis relativamente á las cualidades del cuerpo, son mortales, enfermizos, viles, asquerosos y destinados á ser pasto de los gusanos.

Dios podía dejarnos en la nada.... Al crearnos, podía no hacernos superiores á los minerales, á los vegetales, á los brutos.... Nos ha creado razonables, hechos á su imagen, capaces de conocerle, servirle, amarle.... Nos ha creado inmortales, y nos destina á la bienaventuranza eterna....

1.º Dios se comunica á nosotros, no como á servidores, á esclavos, sino como á hijos suyos, hijos que ha declarado herederos suyos y coherederos de Jesucristo; 2.º su bondad divina ha encontrado el medio de descender hasta el débil, curar al enfermo, acoger al abandonado, engrandecer al pequeño, dar con superabundancia sus riquezas á los más pobres, y socorrernos á todos. Dios es la misma bondad y el mismo amor, dice S. Bernardo, creando los espíritus para que gozen de él; dando la vida para hacer sentir y comprender su amor; trayendo para ser deseado; dilatando al hombre para que dé abrigo á Dios; justificándole para que merezca la gracia y la gloria; inflamándole para darle celo; fecundizándole para que produzca frutos de vida; dirigiéndole hacia la equidad; formando su corazón para la beneficencia; moderándole á fin de que sea cuerdo; fortaleciéndole á fin de que adquiera virtud; vivificándole para consolarle; iluminándole para que vea; conservándole para la inmortalidad; satisfaciéndole para embriagarle de felicidad; cobijándole para que seguro permanezca. (Serm. in Cant.).

3.º Dios se comunica varias veces á nosotros, lo que lo pensamos; antes que lo deseemos, antes que se lo pidamos. Obra de esta manera en todas las gracias preventivas, para excitarnos á solicitar las gracias subsecuentes, que, como dice S. Ambrosio, hasta son siempre más abundantes de lo que hemos pedido: *Semper Dominus plus tribuit quam rogatur.* (Serm. III). Si solicitáis una gracia cualquiera, Dios os la concederá, añadiendo otras que no pediais. El rey Ezequías sólo pedía salud, y Dios se la concedió, añadiéndole quince años de vida, una victoria milagrosa y la destrucción de ciento ochenta y cinco mil Asirios. (Isaías XXXVIII). Salomón pedía sabiduría y Dios se la dió acompañada de inmensas riquezas y una brillante

Amor infinito de
Dios en la crea-
ción.

Amor infinito
de Dios en el
modo con que
se comunica al
hombre.

gloria. (III. Reg. III). Daniel pedía la libertad del pueblo cautivo en Babilonia, y Dios añadió la promesa de la venida del Mesías que debía rescatar al mundo entero del cautiverio del demonio. (Dan. IX. 24). David pedía un hijo, y este hijo fué el Mesías. (II. Reg. VII. 12).

Mis delicias, dice el Señor en el libro de los Proverbios, consisten en habular con los hijos de los hombres: *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* (VIII. 31).

1.º Dios tiene un cuidado especial de todos y cada uno de nosotros; para el hombre creó el universo y cuanto encierra. Porque Dios ama a las hombres como a vivas imágenes suyas que llevan el sello divino. 2.º El instruye al hombre con su sabiduría; le enseña la sana doctrina, la verdadera moral, a fin de que pueda servir a Dios santamente y ser feliz.

Amor. Dios de tal manera al mundo, que le envió y dió su único Hijo, dice el apóstol S. Juan: *Se Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (Hl. 16.) Amó al mundo de tal manera, esto es, con un amor tan grande, con tanto exceso, que dió su único Hijo. No es un ver, no es un ángel quien tanto nos amó, sino Dios. Nos amó el primero y gratuitamente, sin que lo hubiésemos merecido, sin que ni siquiera lo hubiésemos deseado. Amó al mundo, enemigo suyo, al mundo digno de eterna reprobación; y lo amó tanto, que le dió su Hijo. Note dió un extranjero, un hijo adoptivo, sino su propio Hijo; y no escogió á este hijo entre varios, es su Hijo único. No se lo dió por cierto precio, sino gratuitamente; no se lo dió para que recibiese triunfos y un reino, sino para que fuese clavado en la cruz y entregado á la muerte. Obedeció así, no para vencer suya ni en la de su Hijo, sino á fin de que la muerte de este Hijo único nos devolviese la vida; á fin de elevarnos en razón de las humillaciones sufridas por Jesucristo en razón de su iniquidad; para colmarnos de riquezas, de bienes inmensos, de una gloria eterna.

No: Dios, dice Jesucristo por S. Juan, no envió su Hijo al mundo sin que fuera al mundo, sino para que el mundo se salve por él: *Non misit Deus Filium suum ut periret mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum.* (Jn. 17.) ¡Ah! exclama el gran Apóstol, transportado da amor y reconocimiento: si Dios Padre no hubiera sacrificado a su propio Hijo, y si lo entregó a la muerte para todos nosotros, ¿que podrá negarnos algo? *Quid enim pro proprio Filio non periret, sed pro nobis omnibus deditur illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donaret?* (Rom. 8. 32.)

Si, dice el amadísimo Discípulo, enviando Dios al mundo a su único Hijo a fin de que viviésemos por Él, manifiesto su amor hacia nosotros: *In hoc apparuit caritas Dei in nobis, quoniam Filium suum unigenitum misit Deus in mundum, ut vivamus per eum.*

Aquí es donde hallamos la longitud, lo ancho, la altura, la profundidad del amor de Dios. Aquí es donde hemos de exclamar con S. Pablo: *¡O altitudo!* ¡O misterio impemtrable del más sublime y del más grande amor! Un Dios se hace hombre: *Verbum caro factum est.* (Joan. I. 14); muere en la cruz; y es su amor el que le lleva a encarnarse; es su amor el que le conduce a la muerte. ¡O amor!... Dios nos ha amado desde toda la eternidad, pero para esto sólo le bastó un pensamiento; nos amó en la creación, pero no necesitó más que una palabra. En la redención nos amó hasta morir por nosotros. Juzgad de la fuerza de su amor por su encarnación, su vida penosa, sus sufrimientos y su muerte!...

El Hijo de Dios nos amó con el amor más tierno y eficaz, no en palabras, sino con acciones. Bajo el impulso de este amor, dió voluntaria y libremente, no riquezas terrestres, no sus hermanos y amigos, sino que se dió á sí mismo por nosotros pecadores, que éramos enemigos suyos, para pagar nuestras deudas, expiar nuestros crímenes, destruir la muerte y darnos la vida. La gracia de nuestro Señor ha sido superabundante, dice S. Pablo: *Superabundavit gratia Domini nostri*. (1. Tim. 1. 14).

Exclamemos, con Zacarías: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque nos ha visitado y ha obrado la libertad de su pueblo. Ha elevado el signo de la salvación. Nos ha salvado de nuestros enemigos y de la mano de los que nos aborrecen. Dios por sus entrañas de misericordia, ha bajado del cielo y nos ha visitado. (Luc. 1. 68-78). Per viscera misericordiae... visitavit nos oriens ex alto. (Mt. 1. 78).

Los efectos de su amor hacia nosotros, amor perfecto y evidente, son su encarnación en el seno de una Virgen, sus predicaciones, sus lueas, sus trabajos, sus humillaciones, sus milagros, su pasión, su muerte, sus Sacramentos, el descenso del Espíritu Santo, el cuidado particular que toma por toda la Iglesia y por cada fiel: *Per viscerá misericordiæ visciat nos omnes et alio.*

He aquí, dice Teodoro, el más alto grado, el colmo de la bondad divina, de la inaprehensible, de la inabarcable misericordia, de la inmensa clemencia, de la indecible caridad del autor y del consumidor de todo bien: es que el Criador, el Señor, el Príncipe, el Dios fuerte, el Ser inmutable haya librado de la muerte y de la esclavitud del infierno al hombre, este átomo, este ser sujeto a la muerte, corruptible, ingrato e iníquo; que le haya dado tal libertad, haciéndole completamente franco, y adoptándole por hijo suyo; y por fin que se haya hecho el amigo de los hombres; su pan, su vino, su guía, su puerta, su vida, su luz, su resurrección. (In *Enoch*).

Digamos con la Esposa de los Cantares: Voz de mi querido: va le veo que viene saltando por las montañas, y atravesando las colinas: *Vox dilecti mei: ecce iste venit, saltans in montibus, transiliens colles.*

(Cant. II. 8). He aquí á mi querido que me dice: Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, y ven: *En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, et veni.* (Ibid. II. 16).

Mi muy amado se alimenta en medio de las azucenas, él es mío, y yo soy suya. *Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia.* (Ibid. II. 16).

Ved en esto el amor infinito de Jesucristo, y pasmos de admiración. El objeto, el motivo del amor, es el bien; y si los hombres aman á alguien, es sólo porque en el objeto amado encuentran hermosura, sabiduría, riqueza, linaje, elevación y mucha bondad. Pero, Salvador mío, ¿qué cosa buena habéis encontrado en nosotros? ¿qué hermosura ha podido fijar vuestro amor? Eramos pobres, viles, mendigos, insensatos, miserables, corrompidos, asquerosos. He amado, nos dice, tu fealdad para hacerla bella; he amado á enemigos para convertirlos en amigos míos; he amado á locos para hacerlos cuerdos; he amado á mendigos para enriquecerlos á serenos viles para ennoblecerlos; á miserables para hacerlos felices y cubrirlos de gloria. La grandeza del amor de Jesucristo, que sobrepasa á todo amor creado, consiste en que no se fija sobre un objeto amable, sino que lo hace amable por su amor. Ama para comunicar sus gracias á los malos, para darles su amor, convertirlos en amigos suyos, y no contento todavía, hacerlos hijos y herederos suyos.

El Verbo eterno, que es la sabiduría del Padre, ha querido ser hombre para salvar al hombre y enseñarle con palabras y obras la verdadera sabiduría: como desce ardientemente posernos, se ha encarnado á fin de descansar en nuestras almas, morar en ellas como en su templo y su tabernáculo, á fin de arraigar en ellas y hacer nacer sus virtudes, sus méritos y el fruto de sus ricos trabajos, á fin de que imitándole merezcamos verlo y poseerlo.

La grandeza del amor de Jesucristo ha cambiado en mil toda la hiel de las miserias humanas, en delicias todos los dolores y las cruces. Ha tomado todas nuestras miserias, excepto el pecado, para colmarlos de todos sus bienes. El amor de Jesucristo, que ha hallado sus delicias en permanecer entre nosotros, ha hecho milagrosamente que el hambre, la sed, el trabajo, el dolor, la muerte y todos los padecimientos fuesen una felicidad para nosotros. Estudiad á los Mártires.... Si prestáis atención, dice S. Bernardo, vereis que Jesucristo, la misma alegría, se entristece, se turba; él, que es nuestra salvación, sufre; él, nuestra vida, muere; es débil, él, la fuerza suprema. Y lo que no es ménos admirable, su tristeza produce la alegría; su temor la fuerza; su pasión la salud; su muerte la vida; su debilidad el valor. Así Jesucristo recibió un placer en sufrir nuestras miserias, á fin de que su felicidad hiciera nuestras delicias. (Serm. in Epiphani.).

Jesucristo, dice S. Pedro Crisólogo, ha venido á tomar nuestras enfermedades para armarnos con su fuerza; á revestirse de la huma-

nidad para darnos la Divinidad; á aceptar las humillaciones para hacernos dignos de los honores; á sufrir las pesadumbres para alcanzarnos la paciencia; porque el médico que no se compadece de las enfermedades, no sabe curar, y el que no sabe enfermar con el enfermo, es imposible que sepa dar la salud. (1).

¡O dulzura, ó gracia, ó fuerza del amor de Jesucristo, exclama S. Bernardo! El más grande de todos los seres ha querido ser el más pequeño y el último de todos. ¿A quién debemos estas maravillas? Al amor de Jesucristo, despreciando las dignidades, lleno de misericordia, poderoso en afección y eficaz en persuasión. ¿Pueda haber algo más grande? El amor triunfo del mismo Dios. Triunfa de Dios á fin de triunfar nosotros y obligarnos á pagar su amor con nuestro amor, entregándonos enteramente á Jesucristo que nos ama, como Jesucristo se entregó á nosotros por el amor que nos profesaba. (2).

¿Por qué se place más Jesucristo en vivir con los hombres que con los ángeles? He aquí las razones: 1.º tomó la naturaleza humana, y no la naturaleza angelica; 2.º como la virtud es más penosa y más difícil á los hombres, á causa de su naturaleza degradada, los fortifica con sus consuelos y sus gracias, y les sostiene á fin de que la práctica de la virtud les sea fácil y agradable. Así es que cambió en delicias la cruz de S. Pedro y de S. Andrés; S. Lorenzo halló la felicidad sobre una parrilla candente; las flechas fueron sabrosas para S. Sebastian; toda clase de tormentos deleitosos para S. Vicente; las señales de las llagas de Jesucristo queridas de S. Francisco, etc. ¡Qué alegría no experimentó Jesucristo por sus más distinguidos Santos, como S. Pablo, S. Antonio, Sta. Inés, Sta. Agueda, Sta. Cecilia, Sta. Catalina de Sena y las demás que fueron vírgenes y mártires! El amor de Jesucristo hacia los hombres lo enagena. ¿No está embriagado de amor cuando baja del cielo al seno de una virgen; cuando del seno de María se coloca en un pesebre, y del pesebre sube á la cruz? ¿No es un amor llevado hasta la embriaguez el que le hace recorrer los villorios y las villas, las ciudades y las aldeas, á fin de predicar el reino de Dios, sufriendo el hambre, la sed, el frío, el calor, los ultrajes, las maldiciones, los sarcasmos y las blasfemias para la salvación de los hombres? ¿No está ebrio de amor en la cruz, mucho más que de dolor? Consiente en pasar por infame, se deja insultar, despojar, cubrir de llagas y de sangre, atar en el cadalso de los ladrones como un ladrón; muere por fin con la muerte de los

(1) Christus vult accipere infirmitates nostras, et omnia nobis conferre virtutes; humana carne, prestare divites, omniaque nobis, nobisque nobis. Entre todos, videri suavitatis: quia melius qui non sunt infirmos, carere facit, et qui non fuerit cum infirmis infirmis, infirmis non potest conferre sanitatem. Serm. II.

(2) O suavitatem, ó gratiam, ó amoris vim! Sicut enim factus est omnium infirmus. Quis hoc fecit? Amor dignitatem nostram, dignitatem nostram, offerendi potestatem, etiam infirmis. Quis voluit? Triumphant de Deo auctor et de nobis triumphat, occidit nos per nos redire, et nos totos deus amari Christi, acut que se totum deus amari nostri. Serm. XLVI in cont.

criminales. ¿Qué cosa más grande podemos hallar? El amor triunfa de todo un Dios: *Quid violentius? Triumphat de Deo amor.*

Dios es nuestro padre, la humanidad de Jesucristo es nuestra madre; y así como una madre lleva a su hijo en su seno, le proporciona elementos de desarrollo, lo da a luz, le alimenta, le levanta, le acuesta, le lava, le diuorja, le instruye, no sin continuos y grandes trabajos, hasta llegar a hacer de él un hombre cumplido; así también Jesucristo, madre nuestra, se ha entregado a penosos y continuos trabajos durante treinta y tres años, ha sufrido grandes dolores, sobre todo en la cruz; y de la misma manera nos ha concebido, nos ha hecho nacer a la vida de la gracia, nos ha amamentado, nutrido y educado. De ahí viene que Jesucristo, al hacerse hombre, quiso no deber su cuerpo más que a una madre, a fin de que todo fuera en él entrañas maternas. ¿Qué cosa más profunda podemos hallar? El amor triunfa de un Dios: *Quid violentius? Triumphat de Deo amor.*

Como Jesucristo, dice S. Juan en el Evangelio, había amado a los suyos, los amó hasta el fin: *Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos.* (XIII. 1). Les lava los pies, instituye el sacramento Eucarístico y se da por alimento a sus discípulos antes de morir por ellos y por el universo.

Contemplad sobre todo el amor de Jesucristo en la cruz. La cruz es la catedral de la que sale la enseñanza de la bondad y del amor de Jesucristo. Me habéis amado, Salvador mío, me habéis amado infinitamente; y aun cuando yo os diera mil almas, mil vidas, ¿qué significarían en comparación de vuestra vida, que es la vida de un Dios? Aprended de Jesucristo a amar a Jesucristo, dice S. Bernardino de Siena: *Dice il Christo, quomodo diligas Christum.* (Sermones, in ejus vita.) Todo os lo ha dado, y nada se ha reservado, dice S. Crisostomo: *Totum tibi dedit, nihil tibi reliquit.* (Homil. ad pop.).

Dios enteramente a él, dice S. Bernardo; porque él también, para salvarnos, se entregó del todo: *Integrum da illi, quia ille, ut te salvaret, integrum se tradidit.* (Serm. in eum.). No conserveis nada para vosotros, dice S. Francisco de Asís; a fin de que Jesucristo, que nada guardó para sí, os reciba íntegros. (S. Bonav., in ejus vita.) Haced que yo muera en mí mismo, dice S. Agustín, a fin de que sólo vos viváis en mí: *Moriar mihi, ut tu solus in me vivas.* (Soliloq.).

¿Y dejó de amarnos este Dios de amor? Pobres huérfanos, dice, yo no os dejaré, ire a buscarlos: *Non relinquam eos orphanos: veniam ad eos.* (Joann. XIV. 18.) No le abandonemos pues jamás. Exclamemos con el gran Apóstol: ¿quién nos separará del amor de Jesucristo? Será la aflicción, ó las angustias, el hambre, ó la disonancia, los peligros, las persecuciones, ó la cuchilla? Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni Angeles, ni Principados, ni Virtudes, ni las cosas presentes ni las futuras, ni la fuerza, ni todo lo que más alto y más profundo existe, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo nuestro Señor. (Rom. VIII. 35-38-39).

Excedencia del amor de Dios.

El amor de Dios, dice S. Agustín, da a conocer a los hijos de Dios y los separa de los hijos del infierno; sólo con esta señal se los distingue. Los que tienen la caridad, han nacido de Dios; los que no aman a Dios, no tienen este divino origen: *Dilectio sola discernit inter filios Dei et filios diaboli; non discernuntur filii Dei a filiis diaboli, nisi in caritate. Qui habent caritatem, nati sunt ex Deo; qui non, non sunt nati ex Deo.* (Tract. V.)

El amor de Dios, añade S. Agustín, es la más verdadera, la más plena y la más perfecta justicia: *Caritas est verissima, plenissima, perfectissimaque justitia.* (De Natura et Gratia, c. XLIII).

Llama Tertuliano a la caridad el secreto supremo de la fe, el tesoro del nombre cristiano. (De Paciencia.) S. Basilio la llama raíz de los Mandamientos: *Radix mandatorum.* (Orat. III). Es el punto capital de la doctrina cristiana, dice S. Gregorio Nazianzeno. (Epist. XX). San Jerónimo la llama madre, S. Eftren cofana, S. Agustín catedral de todas las virtudes: *Cunctarum virtutum matrem.* (S. Hier. Epist. ad Theoph.). *Omnium virtutum culminem.* (S. Epir., de Humil.). *Omnium virtutum arcem.* (S. August., Serm. LIII, de Tempore.) S. Próspero dice que la caridad es la más poderosa de todas las inspiraciones, que es invencible en toda, que es la regla suprema de las buenas acciones, la salvación de las costumbres, el fin de los divinos preceptos, la muerte de los vicios y la vida de las virtudes. (Lib. III, de Vita contemplat., c. XIII.) S. Gregorio dice que es madre y guardadora de todos los bienes: *Mater et custodem omnium bonorum.* (Lib. IV, Epist. LX). La caridad, dice S. Bernardo, es la madre de los ángeles y de los hombres, que pacifica no sólo lo que existe en la tierra, sino también lo que está en el cielo: *Hominum matrem et angelorum, non solum que in terra, sed etiam que in celo sunt pacificantem.* (Epist. II).

Escuchad a S. Crisostomo: Aquel que arda en amor por Jesucristo, es como si estuviese solo en la tierra. No le importa ni la gloria, ni la ignominia, desprecia las tentaciones, las flagelaciones, los encarcelamientos, como si sufriese en un cuerpo extraño, ó como si su cuerpo tuviese la dureza del diamante. Se ríe de los placeres del mundo y no los siente, así como un muerto no siente a otro. De la misma manera que las moscas se apartan del fuego, los efectos de la carne y de la concupiscencia se alejan del hombre que tiene caridad. (Homil. LIII, in Act.).

En el amor de Dios están todos los tesoros: fuera de este amor, no existe nada. El es el que hace la felicidad del hombre aquí en la tierra; es el único camino del cielo; hace y hará eternamente la soberana felicidad de los elegidos.

Teniendo caridad, dice S. Agustín, se posee a Dios; y poseyendo a Dios, se tienen todas las verdaderas riquezas: *Si caritatem habes, Deum habes; ille vero dives esse videtur, in quo Deus habitare dignatur.* (Serm. LIV). Si queréis ser Rey en el cielo, dice S. An-

selmo, amad á Dios, y mereceréis ser todo lo que deseáis. (Epiet.). El amor de Dios, dice S. Agustín, es el colmo de la felicidad, el supremo grado de la gloria y de la alegría; es equivalente á todos los bienes. (Cic. de Nat.). La caridad es la más grande de todas las virtudes. Así como el oro sobrepasa en valor á los demás metales, así también la caridad es superior á todas las demás virtudes. No hay virtudes sin caridad; en donde se halla ésta, todas las demás se encuentran: la caridad es una reina, y las demás virtudes forman su corte. Ella es el oro precioso y puro con el cual se compra el cielo; es un fuego celestial que abrasa los corazones; es un sol que todo lo ilumina, lo fecundiza y lo vivifica. Es una virtud angelica que transforma los hombres en serafines.

¿Desearis más? Escuchad: 1.º La caridad es el guía, la dueña y la reina de las virtudes. 2.º Es la madre que las amamanta; las restablece, las fortifica las sostiene, dice S. Lorenzo Justiniano. (lib. Arboris cit.). 3.º La caridad hace de nosotros amigos e hijos de Dios, sus herederos, coherederos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo. 4.º Distingue á los elegidos de los reprobados. 5.º Es el alma de las virtudes, que de ella sola sacan su mérito; de allí viene que S. Agustín afirma que únicamente la caridad conduce á Dios. (In Psal.). 6.º Es el lazo que nos une estrechamente con Jesucristo.

Nuestra conformidad con el Verbo en la caridad, dice S. Bernardo, une con el nuestra alma como la esposa está unida á su esposo: *Conformitas cum Verbo in caritate, unitas animam Verbo*. (Serm. in Cant.). 7.º La caridad es un fuego inextinguible que dona al hierro, y hace derretir los corazones más duros; porque el amor todo lo sobrepasa, puesto que hasta triunfa de Dios. La caridad domina el odio, la cólera, el temor, la codicia, el impulso de los sentidos, etc. y todo lo dirige hacia Dios. 8.º Así como el águila contempla al sol, dice S. Agustín, el que tiene caridad, contempla á Dios, y con dos alas de fuego, el amor de Dios y del prójimo, vuela hacia el Señor. (De Morib.).

¡Ved lo que la caridad obra en S. Pablo! De la misma manera que el hierro puesto en el fuego, dice S. Crisóstomo, se convierte todo en fuego, así S. Pablo, abrasado de amor se volvió todo amor. Ya con sus cartas, ya de viva voz, ora con sus oraciones, ora con sus amenazas, aquí por sí mismo, allí por medio de sus discípulos, empleaba todos los medios, para animar á los fieles, afirmar á los fuertes, levantar á los débiles y á los que habían caído en el pecado, curar á los heridos, reanimar á los tibios, y rechazar á los enemigos de la fe: excelente Capitan, intrepido soldado, hábil médico, para todo hablaba. ¡Oh! ¡Si nuestros corazones amasen á Dios como Pablo le amaba, cuántas maravillas! (Serm. in Laud. S. Paul.).

El amor y el temor de Dios, dice S. Agustín, llevan á todas las buenas obras, como el amor y el temor del mundo llevan á todos los

pecados: *Ad omne opus bonum amor ducit et timor Dei; ad omne peccatum amor ducit et timor mundi*. (Sentent. CCXLVIII).

La caridad es tan preciosa, que es superior á todas las demás cosas; para obtenerla es menester emplear en ella todas nuestras fuerzas, nuestros sudores y hasta nuestra vida.

Una grande acción hecha sin amor de Dios, tiene poquísimo peso; pero con la caridad una acción, por pequeña que sea, aunque no fuera más que un vaso de agua fría dada á un pobre, tiene un gran valor á los ojos de Dios. Dios pesa los espíritus, dicen los Proverbios: *Spirituum ponderator est Dominus*. (XVI. 2.) Mas el peso del alma y del corazón, es el amor de Dios. Así es que cuanto más ama á Dios, tanto más pesa en la balanza eterna; el amor le da peso y valor. ¿Da qué no es capaz el amor de Dios? ¿Qué no merece la caridad, que es el origen y el principio de todo mérito? ¿Cómo habría de abandonar el Señor á aquel que le ama? ¿Cómo podría dejar de amarlo el también?....

El alma fiel y santa es en sus relaciones con el amor de Dios, lo que un buen soldado en la batalla, un Doctor en medio de una biblioteca, un médico que tiene á mano una farmacia, un legista armado con la ley, un labrador en medio de los trabajos del campo, un joyero dueño de enormes cantidades de oro. Este amor es su espada, su libro, su remedio, su ley, su campo, su riqueza, su arte, su trabajo. Por el amor nos sumergimos en Dios, que es un océano sin límites; estamos en él como los peces en su elemento, como los pájaros en el aire. Rectilinos á Dios con un corazón abrasado de amor, que Dios lo penetre, como los rayos del Sol penetran el aire; que se refleje en él, como los rasgos de la fisonomía en un espejo brillante de tersura.

No es el valor de la ofrenda lo que gusta á Dios, sino el amor con que la hacemos, dice S. Salviato. (Lib. II. ad Cler.). El verdadero amor, dice S. Bernardo, no busca recompensa, la merece, y esta recompensa es Dios en quien se fija: *Verus amor primum non querit, sed meretur, habet primum, sed et quod amatur*. (Serm. LXXVI). Señor, dice S. Ignacio de Loyola, dadme vuestro amor, y será bastante rico. (In epis. illa.).

Por medio del amor nos unimos tan íntimamente con Dios, que no constituimos, en cierta manera, más que un sólo ser co-éti; el amor nos deifica. Como el hierro en la fragua se cambia en fuego al propio tiempo que conserva su naturaleza, como el aire herido por los ruyos del sol se vuelve luminoso, así también el que ama á Dios queda transformado en Dios. Por el amor de Dios tienen cumplimiento las palabras de Jesucristo cuando decía á su Padre: Padre Santo, conservad por vuestro nombre á aquellos que me habéis dado, á fin de que sean uno sólo como nosotros. Yo estoy en ellos, y vos en mí, á fin de que sean consumados en la unidad. (Joann. XVII. 14.-23.) He ahí el fin, dice S. Bernardo, es la consumación, la perfección,

El amor nos une
con Dios.

la paz y la alegría en el Espíritu Santo, es el silencio en el cielo. (*Serm. in verb. Eoang.*).

El amor cambia al que ama en lo que ama; el alma habita más bien en aquel que ama que en el cuerpo que anima. Dios se comunica por la gracia, se da el mismo al justo; y por esta comunicacion eleva al justo hasta él, se une con él, y le diviniza. Nos hacemos participantes de la naturaleza de Dios, dice el apóstol S. Pedro: *Divine consortes nature.* (II. 1-4). El amor divino transforma á aquel que llena; le obliga á adherirse á Dios á fin de no ser más que uno con él, para que viva, sienta y se regocije con la vida, con los sentimientos y con la alegría de Dios. Esto es lo que experimentaba S. Pablo cuando decía: Y yo vivo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí: *Vivo, autem jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20). El que ama á Dios, se separa enteramente de sí mismo; pasa á Dios, se une con él, no pensando en otra cosa, no comprendiendo, no sintiendo más que á Dios, porque no vive más que de Dios: *Mihi vivere Christus est.* (Philipp. I. 21). La razón consiste en que el bien es comunicativo por su naturaleza y es propenso á extenderse; más Dios, que es el supremo bien, se comunica y se extiende en el más alto grado. La Esposa de los Cantares experimentaba la felicidad de semejante unión; Mi amado, decía, es todo para mí, y yo le pertenezco enteramente: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (II. 16). Yo, que soy el amor puro y perfecto, dice Dios á Sta. Gertrudis, te he escogido, y tanto como el hombre desea vivir y respirar, yo deseo que tú lo uses á mi por medio de una unión indisoluble; yo te he recibido en el seno de mi bondad paterna, á fin de que tú alcances de mí todo lo que puede ser objeto de tus deseos.

Escribiendo S. Pablo á los Efesios, les decía: Sed los imitadores de Dios, como hijos carísimos: *Estote imitatores Dei, sicut filii carissimi.* (V. 1). Pero, ó gran Apóstol, ¿cómo puede una débil criatura, como el hombre, imitar á Dios? Decidanos: ¿qué hemos de hacer? Este es el medio: *Et ambulate in dilectione.* Andad por el camino del amor de Dios. (Eph. V. 2). Dios es todo nuestro amor; así pues el que ama con todo su corazón, imita á Dios. Dios es todo amor para nosotros. Seamos todo amor para él, y seremos sus imitadores.

Mihi vivere Christus est. Jesucristo, es mi vida, dice S. Pablo. (Philipp. I. 21). Mi vida es Jesucristo, la causa de mi vida es Jesucristo, y esto por tres motivos: 1.º Jesucristo es la causa eficiente de mi vida espiritual, y me la conserva; 2.º Es el principio de mi vida por medio de sus ejemplos; 3.º Es su objeto final. Jesucristo, dice Teófilo, es mi espíritu, mi luz y mi vida, tanto natural como sobrenatural y bienaventurada. (*Antea, in Melior.*). Soy, dice Jesucristo, el camino, la verdad y la vida. (Joana. IV. 6). Por consiguiente, aquel que ama á Jesucristo, posee el secreto del camino, de la verdad y de la vida.

Se ama á Dios por medio del amor.

Por medio del amor al Verbo de Jesucristo y al Verbo de Dios.

Yo estoy crucificado con Jesucristo, dice S. Pablo á los Gálatas. Y yo vivo, ó mejor, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. (II. 19-20).

Cada uno de nosotros existe con arreglo al amor que tiene, dice S. Agustín. Los que aman la tierra, se convertirán en tierra; los que aman á Dios, serán dioses: *Talis quisque nostrum est qualis est ejus dilectio; terram diligit, terra erit; Deum diligit, Deus erit.* (Tract. II. in Epist. I. 3. Joannis).

La ciudad de Dios, dice S. Agustín, empieza, se construye y concluye por el amor de Dios; se engrandece por el odio hacia nosotros mismos; pero la ciudad del diablo comienza por el amor propio, y crece hasta llegar al odio de Dios. Amarso, es aborrecerse: *Amor sui est odium sui.* (De Civit. VI. 28). No puedo explicarme cómo uno puede amarse, en vez de amar á Dios; porque el que no puede vivir por sus propias fuerzas, muere amándose: *Qui enim non potest vivere de se, moritur utique amando se.* (Ut supra). Al contrario, cuando amamos á aquel que solo da la vida, y nos aborrecemos, nos amamos realmente. Debemos amar á Dios, á fin de que, ayudados de su amor, nos olvidemos á nosotros mismos. Amar á Dios es amarse: *Amare Deum est diligere seipsum.* (Ut supra). Aquel que se predere á Dios, no ama á Dios, ni se ama tampoco á sí mismo: *Quiquis seipsum pro Deo amat, nec Deum, nec seipsum amat.* (Ut supra). No se ama á Dios sino por Dios: *Non amatur Deus nisi de Deo.* (Ut supra.)

Hay tantas almas y corazones como hombres, dice S. Agustín; pero desde que se unen á Dios por el amor, no forman más que un alma y un corazón. Tal es el sublime ejemplo que nos han dejado los cristianos: *Multorum hominum multa sunt animae, et multa sunt corda; sed ubi per dilectionem adherent Deo, una anima, et unum cor fiunt.* (Sentent. CXXIV).

Como nada podemos hacer para aumentar la felicidad de Dios, trabajemos por medio de la caridad en bien de nuestro prójimo, que es su imagen; derramemos entre nuestros hermanos la sabiduría, la gracia, el buen ejemplo y todos los dones que hemos recibido de Dios. La limosna espiritual es más preciosa que la limosna material; y cuanto más damos á nuestros semejantes, más nos enriquecemos. Los manantiales que producen mucha agua, reciben todavía más; si detuviesen sus olas, el agua que les viene, se detendría, y si el agua primera ocupase ya toda la fuente, no quedaría lugar á la que viene. Así sucede con los predicadores y los que dan limosna, etc. Cuanto más ayudan á su prójimo, de más largueza les colma Dios.

Escuchad á un mártir, mártir de la caridad, antes de serlo de la espada. S. Pablo, cuando escribía á los Corintios: No hay dios, hermanos, en que yo no muera, por acrecentar la gloria vuestra y también mía, que está en Jesucristo nuestro Señor: *Quotidie mor-*

Amor á Dios es odio á uno mismo.

El odio de Dios une á los hombres entre sí.

rior per estram gloriam, fratres, quam habeo in Christo Jesu Domino nostro. (I. XV. 31).

El que es fiel a Dios, no puede ser fiel al hombre, dice S. Ambrosio; y la piedad es la que guarda la amistad: *Non potest homini amicus esse, qui Deo fuerit infidus; pietas custodit amicitie est.* (Serm. VII). El amor de Dios y el amor del prójimo jamás van separados; no forman más que un mandamiento....

El amor de Dios
hace necesario

El gran Apostol presta la fuerza del amor de Dios. ¿Quien nos separará del amor de Jesucristo? dice. ¿Será la tribulación ó la angustia? ¿ó el hambre? ¿ó la desnudez? ¿ó el riesgo? ¿ó la persecución? ¿ó la espada? Estoy seguro, *certus sum*, que ni la muerte, ni la vida, ni Ángeles, ni Principados, ni Virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo nuestro Señor. (Rom. VIII. 35-38-39).

Prostad oído a Santa Agueda, virgen y mártir: Estoy de tal modo segura y firme en el amor de mi Señor Jesús, dice, estoy tan firmemente resuelta a guardar el voto de virginidad que le he hecho, que espero, meditando su gracia, antes ver que la luz falta al sol, el calor al fuego, la blancura a la nieve, que vacilar en mi voluntad y mis resoluciones. (*Simplicius in ejus vita*).

No hay nada, por más duro que sea, que no ceda al fuego del amor de Dios, dice S. Agustín: *Nihil tam durum et ferreum, quod non igne amoris vincatur.* (Lib. de Moribus Eccles., c. XXII).

El amor de Dios es fuerte como la muerte, dicen los Cantares: las inundaciones no han podido apagarle, ni los ríos podrán sofocarle: *Fortis est ut mors dilectio. Aquae multae non potuerunt extinguere caritatem, nec flumina obruent illam.* (VIII. 6-7). El amor es fuerte como la muerte. En efecto: 1.º Así como la muerte todo lo domina, es dueño de todo, y ningún viviente ha podido escaparse de su imperio, el amor de Jesucristo ha triunfado de los golpes, de los clavos, de las espigas, de los dolores, de la cruz, de las arenas, del hambre, de la sed, de la desnudez, y en una palabra, de todas las adversidades y de todas las dificultades. El que ama a Jesucristo, está pronto a sufrir todo por él.

2.º El amor de Jesucristo es fuerte como la muerte; porque este amor ha triunfado de ella, la ha muerto, según la palabra del profeta Oseas: *O muerte, yo séed tu muerte. Ero mors tua, ó mors.* (XIII. 14).

3.º El amor es fuerte como la muerte, porque el amor experimenta los males del objeto amado. Si éste muere, uno se muere también de pesar.

El amor es fuerte como la muerte. Es imposible, dice S. Agustín, expresar de una manera más rica, más bella y más significativa el poder del amor de Dios; porque, ¿quién resiste a la muerte? Se re-

siste al fuego, al agua, al acero, al poder, a los reyes; la muerte viene, poco importa bajo qué forma, y ¿quién es el que puede resistirle a su imperio? *Veni una mors, ¿quis ei resistit?* (In hoc verba Cant.). Es dueño de todo: *Nihil est illi fortius.* (Eod. Loco). Há aquí por qué el poder del amor es comparado al de la muerte. El amor de Dios destruye en efecto y mata en nosotros lo que somos, para transformarnos en lo que no éramos. Es una muerte, la muerte del pecado, pero es al mismo tiempo la resurrección y la vida. (U. supra).

Así como la muerte mata, dice S. Gregorio, el amor a la vida eterna nos hace morir para las cosas de la tierra: *Sicut mors interimit, sic ab amore rerum corporalium aeterna vita caritas occidit.* (In hoc verba Cant. supra). El amor de Dios produce el mismo efecto sobre las codicias del alma, que la acción que ocasiona la muerte del cuerpo, continúa este santo Doctor; es preciso despreciar todos los afectos terrenales. A difuntos de esta clase es a quienes el Apostol decía: *Estis mortui*, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: *Mortui estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.* (Coloss. III. 3).

La caridad es fuerte como la muerte, dice S. Ambrosio, porque la caridad mata y hace desaparecer todos los pecados. Se muere para los vicios, cuando se ama al Señor. (In Psalm. CXVIII. Serm. XV).

Ya que la muerte jamás se cansa, jamás se detiene, corta la vida de todos los hombres, justo es que nuestro amor persevero también hasta que haya destruido en nosotros todas las pasiones y todos los vicios.

El amor es fuerte como la muerte. Da muerte al demonio, al mundo, nos mata a nosotros mismos para hacernos vivir sólo en Jesucristo, hace desear el último día de la existencia, hace sacrificar la vida. El que ama verdaderamente, no flota ni por sus riquezas, ni por sus hijos, ni por su bienestar.

El amor de Dios hace que el alma viva durante el tiempo y la eternidad; el amor al mundo mata al alma por el tiempo y por la eternidad.

El alma, dice S. Crisóstomo, se ve tan elevada por el celeste amor, que mira como su mayor gloria llevar cadenas por Jesucristo y verse perseguida por él. Se escapa de todas las afeciones de la tierra, así como el oro en el crisol se libra de las manchas. Si el amor de Dios es grande, obra maravillas de valor. No sentimos estas verdades; no nos delantan porque somos tibios y estamos helados: *Hae omnia operatur amor, habundat ad Deum, et ingens fuerit. Ita non sentimus et gustamus, quia frigidi.* (Homil. III).

San Agustín, al hablar de la castidad de José, emite, según S. Ambrosio, este precioso pensamiento: El que ama a Dios, no puede ser vencido por el amor de una mujer; los deleites y las seducciones de la juventud no conmueven a un alma casta; ni ésta cede

tampoco á la influencia de un amor apasionado. José es grande, porque, esclavo, no ha querido obedecer; amado, porque no ha querido amar; suplicado, porque se ha resistido; detenido, porque huyó. (De Civit. Dei, c. XVIII).

El amor de Dios me abrasa, me devora, dice S. Francisco de Asís; yo he respondido al amor con amor; el amor divino triunfa en mi corazón del amor que naturalmente el hombre experimenta por sí mismo. Ni las tempestades, ni las llamas, ni la espada me lo han de quitar nunca. (1). Señor, dice el mismo Santo, muera yo de amor por Vos, ya que Vos moristeis de amor por mí!

Buscad al Señor por el amor, y sed firmes, dice el Salmista: *Quærite Dominum, et confirmamini.* (CIV. 4).

El amor de Dios ahuyenta á los demonios.

El amor de Dios ahuyenta á los demonios. De la misma manera que las moscas buyen del agua hirviendo, y se dejan caer en las aguas tibias, en las cuales depositan gusanos, así los demonios buyen de un alma abrasada con el fuego del amor divino y se burlan de las almas tibias; las persiguen y las transforman en sentinas de corrupción.

Ver el amor de Dios en un corazón, es más insufrido para un demonio que los mismos tormentos del infierno. Este amor es un arma con la cual el cristiano resiste todas las terribles asechanzas de la antigua serpiente; con esta arma le quebranta la cabeza: con este amor se triunfa del infierno y de todas las pasiones....

El amor de Dios destruye el pecado.

El amor de Dios es la muerte de los crímenes y la vida de las virtudes, dice S. Agustín: *Caritas est mors criminum, vita virtutum.* (De laudibus Caritatis).

Muchos pecados se le perdonan, porque ha amado mucho, dice Jesucristo, hablando de la penitente Magdalena: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.* (Luc. VII. 47). Todo el moho del pecado queda destruido por el fuego del amor de Dios, y cuanto más grande es el amor en un corazón, más aniquilado se encuentra en él el pecado.

Nuestro Dios es un fuego que consume, dice el Deuteronomio: *Dominus Deus tuus ignis consumens est.* (IV. 24).

Dios, dice S. Gregorio, es un fuego que consume de todo pecado el alma que llena con su amor: *Deus ignis consumens est, quia mentem quam replerit, à peccatorum rutiligine puram reddit.* (In hec verba Deuter.).

Nada malo queda en un corazón que arde con el fuego de la caridad, dice S. Cesáreo de Arles: *Nihil in eo mali manebit, in quo ignis asservit caritatis.* (Homil. V).

(1)

Est amor, me torquet amor, est factus amor
Alter amor, torquet est, vixit amoris amor.
Hunc mihi non videt, non quoniam, nec asperat ensis. In Oppos. t. 3.

El amor de Dios nos hace como impecables. Amad, y haced lo que queráis, dice S. Agustín: *Dilige, et fac quod vis.* (In I. Joannis IV. Trac. VII). En efecto; el que ama á Dios, no podría resolverse á ofenderle, á ultrajarle, á violar su ley, etc....

Todo me parece vil, dice el gran Apóstol á los Filipienses, comparado con la gran ciencia de Jesucristo mi Señor, por cuyo amor he perdido todas las cosas, y las miro como basura por ganar á Cristo. (1).

Hasta la salud del cuerpo, dice S. Gregorio, tiene poco precio para el alma que está herida con las flechas del amor divino: *Vile ei fit ipsa salus sui corporis, quia transire est vulnere amoris.* (Lib. IV. Moral).

¿Puede amar al mundo corrompido el que ama á Dios incorruptible? El que se encuentre en este estado, exclame con S. Francisco: ¡Oh! ¡qué vil me parece la tierra cuando contemplo el cielo: *Quam sordet terra cum cælum aspicio!* (S. Bonav., in eius vita).

La pereza espiritual y la languidez no existe en el alma empujada por el deseo de amar á Dios á adelantar más y más en el camino de la perfección, dice S. Buenaventura: *Neque enim languor, sed desidia locum habet, ubi amoris stimulus semper ad majora perurgit.* (In Speculo).

El corazón que tiene la caridad, es como un pedazo de cera que deritiéndose recibe la huella de Dios; mientras que el corazón que no la tiene, es como el burro que se endurece al sol. Y sin embargo, es el mismo calor del sol que ablanda la cera y endurece el barro....

Y el que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, dice S. Pablo á los Efesios, estando arraigados y fundados en la caridad á fin de que podáis comprender con todos los Santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de este misterio de la bondad de Dios para con los hombres y conocer también el amor de Jesucristo hacia nosotros, amor que es superior á todo conocimiento, para que seáis plenamente colmados de todos los dones de Dios. (2).

Nadie más que el que ama á Dios está cerca de él; y cuanto más le amamos, más cerca estamos. Pero, Dios es la luz de las luces, la luz verdadera que ilumina á todos los hombres; que vienen á este mundo, dice S. Juan: *Erat lux vera, que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (I. 9).

(1) Omnia ardeat ut scilicet, ut Christum iustificem. III. 3.

(2) In caritate radicati et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus Sanctis, quam sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profunditas: scire etiam supernitatem scientie caritatem Christi, ut impleamini in omnia plenitudinem Dei. III. 17-18.

TOM. I.—11.

Los que os aman, Señor, brillan como el sol en su Oriente: Qui diligunt te, sicut sol in ortu suo splendet, ita rutilant. (Judic., V. 31.)

Todo se convierte en bien para el que ama á Dios.

Dulzura y bondad, que se encuentran en el amor á Dios.

¡Cebemos, dice S. Pablo á los Romanos, que todo contribuye al bien de los que aman á Dios: *Scimus autem quoniam diligentibus Deum cuncta cooperantur in bonum*. (VIII. 28.) El amor de Dios todo lo hace bien.... á todo da precio, á los sufrimientos, á la pobreza, etc....

¡Congratulao con Jerusalén, exclama el profeta Isaías, y regocijaos con ella, vosotros todos que la amais; reboad con ella de gozo todos cuantos por ella estais llorando, á fin de que chupeis así de sus pechos la leche de sus consolaciones hasta quedar saciados, y saqueis abundante copia de delicias de su consumada gloria: porque esto dice el Señor: Hé aquí que yo derramaré sobre ella como un río la paz, y como un torrente que todo lo inunda, la gloria de las naciones: vosotros chupareis su leche, á sus pechos seréis lavados, y acariciados sobre su regazo: como una madre acaricia á su hijo, así yo os consolaré á vosotros, y hallareis vuestra paz y consolación en Jerusalén. (1.)

Prodigando Jesucristo el delicioso vino de su amor á las almas fieles, las embriaga y las enloquece de amor; porque el amor perfecto, dice S. Dionisio produce el éxtasis y una locura santa. (De celest. Hier.)

Nada cautiva como Dios; nada tan bello, nada tan dulce como él. Yo los atraje hacia mí, dice el Señor por Oseas, con vínculos propios de hombres, con los vínculos de la caridad: *In funiculis Adam traham eis, in vinculis caritatis*. (Oseas. XI. 4.) Los atraeré por medio del amor que los manifiesta, por medio de señalados favores, por medio de la dulzura y de la gracia. Esto experimentó S. Agustín después de su conversión. ¡Oh! exclama: ¡qué dulce fué para mí verme privado de repente de las engañosas alegrías y de las vanas delicias! y lo que primero tenía perder, me colmaba de alegría al verlo perdido. Vos alababais de mí aquellas mentirosas dulzuras, ó Dios mío, Vos que erais la verdadera y suprema suavidad: Vos las arrojabais, y entrabais en el lugar que ocupaban, más dulce que todos los placeres del mundo. (Confess.) Creed que el amor de Dios es un dardo violento con el cual Dios atraviesa el corazón.

Escuchad á S. Pablo cuando exclama encendido de amor: Yo todo lo poseo, nada en la abundancia, nada me falta: *Habeo autem omnia, et abundo, repletus sum*. (Philippi IV. 18.)

(1) Ut signatis et exploratis ab utero consolatibus ejus, ut mulgatis, et delicias affluatis ab unguine gloria ejus: quia liber dicit Dominus: Ego ego declinabo super eum quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem ad uterum portabunt, et super gremium ibundantius volab: quomodo si cui mater blanditur, et ego consolabor vos. LXVI. 11-12.

Escuchad á Orígenes explicando maravillosamente las siguientes palabras del Cántico: Estoy herida de amor: *Vulnerata caritate ego sum*. ¡Qué hermoso es, dice, y cuán honroso recibir la herida del amor divino! Otros están heridos de los dardos del amor carnal: otros también de los dardos de la avaricia. En cuanto á vosotros, expones al dardo selecto, al dardo encantador del amor divino; porque Dios es un arquero, y dichoso de aquel á quien hiera! (1.) S. Eiren lo experimentaba al exclamar: Contened, Señor, contened las alas de vuestra dulzura, porque yo ya no puedo soportarlas: *Contine, Domine, undas dulcedinis tuar, quia sustinere non valeo*. (Serm. VI.) Y S. Francisco Javier: Ya es bastante, Señor, ya es bastante: *Satis est, Domine, satis est*. (In ejus vita.) El gran Apóstol las experimentaba hasta en medio de las numerosas tribulaciones que le afligieron. Estoy reboando alegría, exclamaba en medio de todos sus trabajos: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*. (II. Cor. VII. 4.)

Todos los bienes del hombre, todos sus deberes, su felicidad, su fin y su perfección, consisten en el amor de Dios. El amor trasforma al hombre en Dios. Es justo, Señor, dice S. Agustín, que el que busca su felicidad en otra parte, os pierda. Os pido que todo sea para mí amarguras, á fin de que tan sólo Vos parezcáis dulce á mi alma, Vos que sois la inestimable dulzura y que haceis agradable todo lo que es amargo. (2.)

Bienaventurados los que os aman, Señor, dice el justo Tobías: *Beati omnes qui diligunt te*. (XIII. 18.)

No hay en las cosas humanas, dice S. Bernardo, nada que pueda satisfacer á una criatura hecha á imagen de Dios sino es Dios, que es el amor, única cosa superior á ella. (3.) Si me gusta una cosa porque es buena, dice S. Anselmo, ¿cuánto más no he de amar á la que es infinitamente buena? ¿Por qué pues, ó mortal, buscas en otra parte bienes para tu alma y para tu cuerpo? Ama al único bien que todo es bien, y esto basta: *Amare unum bonum quod omne bonum est, et satis est*. (De Similitud.). Fuera de Dios, sólo encontramos arroyos; en Dios solamente está el Océano de todos los bienes: *Reculi bonorum concupiscibilium diversi, fons tenens omnium Deus*. (Eod. loco.) La consumación y la perfección de la sabiduría, de la felicidad y de la virtud, tanto del hombre como del ángel, es Dios: es dirigir hacia él todos nuestros pensamientos, nuestras intenciones, nuestras acciones: es amarle en todas las criaturas, y á

(1) Quia pateris in et quoniam deus in caritate vultis sociari? Alia iaculum est: sed amoris est: dicit Terentius cupimus valere est: De pateris te facis electus, iaculo venimus, cupimus Deus sociari est. Quoniam bestiam est hoc iaculo vulnerari? Hominis, et in Cantic.

(2) Justitia est in amicitia te quoniam in aliquo alio regis necessarii elegit, quoniam de. Preterea quoniam multi intererunt, ad laudem dulces appetunt unum: non, qui es dulcedo inestimabilis, per quam cupitis amara diluatur. Lib. Confess.

(3) Nihil est in rebus humanis quod possit regere creaturam factam ad imaginem Dei, nisi caritas Dei, qui solus major est illis. Serm. in Cantu.

todas las criaturas en él: *Enuque in omnibus creaturis, et omnes in eo amemus.* (Eod. Loco). El alma herida de los esplendores de su Criador, é inflamada de su amor; el alma que se une a Dios en abrazos infinitamente dulces, todo lo dirige hacia él, todo lo ve en él, no va más que a él en todas las cosas. Suspira y no respira más que por él, diciendo: Cada vez que suspiro y respiro, ó Vos, ó Dios mío, dirijo mis suspiros y aspiraciones: *Quoties suspiro et respiro, ad te, ó Deus meus, suspiro et aspiro.* (Eod. Loco). He aquí porque en cualquier lugar en que se halle y por más que haga, mira á aquel que ama, y obra por aquel que lo ama: Vive, descansa y muere en él por medio del amor y de la contemplación.

El profeta Jeremías experimentaba esta paz, esta alegría, este reposo y esta felicidad, cuando decía: Se ha encendido en mi interior una especie de fuego ardiente encerrado en mis huesos, y he desfallecido, no pudiendo sufrirlo. (1).

Dios, dice S. Agustín, ha inspirado al hombre un deseo de lo infinito que nada limitado puede satisfacer. Nos habéis hecho para Vos, Señor, y nuestro corazón estará siempre inquieto hasta que descanse en Vos. (2). ¿Queréis riquezas? prosigue el mismo Padre; Dios las tiene todas. ¿Queréis un manantial de agua viva? ¿Qué agua más pura que la de su gracia? Es verdad que Dios prueba en la tierra a sus elegidos de vez en cuando; porque la felicidad constante sólo existe en el cielo. La misma Esposa de los Cantares se queja de ello: Me he levantado, dice, á fin de abrir á mi Querido; he abierto, pero se había ocultado, había pasado; le he buscado, y no le he encontrado; lo he llamado, y no me ha respondido. (3). Dios nos prueba; sujetémonos. Estas pruebas son una manifestación de amor, y esforzándonos á obedecer á su santa voluntad, le amaremos siempre. Nada es más dulce, más abrasador, más casto que el amor de Dios; abraza los corazones y todo el cuerpo; embriaga el alma hasta hacer que se olvide de sí misma.

De esta dulzura, de esta felicidad del amor á Dios, nace naturalmente la facilidad de morir. Todo mandamiento de Dios, dice S. Agustín, es ligero para el que ama: *Omne preceptum Dei leve est amanti.* (In Sentent. CCXII).

Nada cuesta el trabajo al corazón amante, dice el mismo Padre: *Ubi amatur, non laboratur.* (Eod. Loco). En donde hay amor, dice S. Bernardo, no hay trabajo, sino suavidad: *Ubi amor est, labor non est, sed sapor.* (Serm. LXXXV. in Cant.). Nada es difícil, nada

(1) *Factus est in corda mea quasi lignis exaratum, et quasi in oculis meis: et dolores, ferri non sustineo.* 33-3.

(2) *Facilis non, Domine, si te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.* Lib. I. Confess. c. 1.

(3) *Surrexi, ut aperirem ostium tuum: aperui, dilectio tuum, et ibi dormiaveram, atque transivi; quiesce, et non invenisti; vocavi, et non respicisti iulius.* V. 5-8.

imposible para el que ama, dice S. Agustín: *Amanti nihil est difficile, nihil impossibile.* (Serm. X. de verbis Domini in Matth.). El alma que ama, se eleva con frecuencia hasta la celestial Jerusalén; recorre sus sitios; visita á los Patriarcas y á las Profetas; saluda á los Apóstoles; admira el ejército de los Mártires y de los Confesores; contempla los coros de las Vírgenes y de todos los Santos.

O hombres, exclama S. Agustín, que os cansáis sirviendo á la avaricia, vuestro amor os crucifica. Se ama á Dios sin trabajo: *Sine labore amatur Deus.* (Tract. IX. in Joann.). La avaricia os impone trabajos, peligros, tristezas, tribulaciones; y sin embargo le obedecéis. ¿Con qué fin? Para llenar vuestros cofres y perder la paz. Estabais más seguros y más tranquilos antes de haber adquirido que después de haber logrado ser ricos. Habéis llenado vuestras graneras, y teméis á los ladrones; habéis amontonado oro, y habéis perdido el sueño. Se adquiere á Dios sin trabajo, cuando se le ama, y se le posee sin inquietud: *Deus sine labore, cum amatur, acquiritur, et tenetur.* (Eod. Loco).

Atiénele tú mismo en pos de ti, dice la Esposa de los Cantares, y correremos todos al olor de tus aromas. (1. 3). Amad, dice S. Agustín, y seréis atraídos: *Amad, et traheris.* (Lib. Confess.). No creáis que la violencia que hace Dios al alma sea dura y penosa; es dulce, suave; es la misma suavidad que os atrae: *Ne arbitreris vim asperam, violentamque violentiam; dulcis est, suavis est: ipsa suavitatis te trahit.* ¿No se atrae á la oveja hambrienta enseñándole yerba? No se la obliga; se excitan sus deseos. Vosotros, pues, venid á Jesucristo; no os asuste lo largo del camino; es amando y no navegando, como se llega á él: *Amando venitur, non navigando.* (Lib. Confess.).

El amor, añade S. Agustín, es una palanca tan fuerte, que levanta los pesos más enormes; porque el amor es el contrapeso de todos los pesos. Mi amor es el peso que me arrastra; en todas partes á donde voy, siento la necesidad de dirigirme á él: *Amor meus pondus meum; eo feror quocumque feror.* (Lib. II. De Civit. c. xxviii).

La palanca del alma, dice S. Gregorio, es la fuerza del amor: levanta el alma sobre las cosas del mundo, y la trasporta al cielo: (Homil. in Evang.). Mi trabajo, dice S. Bernardo, dura apenas una hora; pero aunque dure más tiempo, no lo sentiría, porque amo: *Labor meus vix est unus horis, et si meliora mori, non sentio pro amore.* (Serm. in Cant.).

Jesucristo por la fuerza de su amor, ha sobrellevado todo el peso de su pasión y de su cruz. El amor hace fácil y ligero hasta lo más pesado y doloroso.

Dios, habitando en el alma fiel por medio de su amor, obra en ella las maravillas siguientes: 1.ª La purifica de los deseos terrenales, para que sólo anhele y saboree las cosas del cielo. 2.ª Esta alma eucumina hacia Dios todos los sentimientos del alma, todos sus afectos, su poder y sus actos, á fin de que no piense más que en Dios,

El amor de Dios sacra. Actus sui bonas.

no ves ni busque más que a él, ¿Y qué podría buscar fuera, hallándose Dios en ella? Se sumerge en él, manantial de todos los bienes. 3.º El amor hace desear al alma las acciones heroicas para Dios; le hace desear sufrir por él y asemejarse a Jesucristo crucificado. 4.º La hace crecer cada día más y más en la gracia. 5.º La obliga a comunicar a los demás, aunque sea al mundo entero, el fuego de que se halla abrasada. El amor, dice S. Bernardo, no es más que una voluntad fuerte para obrar bien: *Nihil aliud est amor, quam vehementer in bono voluntas*. (De Natura Divini amoris, c. II). Así pues, el que no tiene celo, no ama, añade aquel gran Doctor: *Qui ergo non zelat, non amat*. (U. supra). 6.º El alma hasta domina a Dios por medio del amor; obtiene de él todo lo que pide, y adquiere así cierta omnipotencia. 7.º Dios se une a ella, se asimila a ella y la hace participante de sus divinas virtudes; le comunica sus secretos; le revela el estado de los corazones; le da a conocer lo que pasa a lo lejos, y hasta el porvenir, como a los Profetas y a los Apóstoles. 8.º La tranquiliza, le da serenidad, la ilumina, a fin de que imperturbable, alegre, satisfecha en las adversidades y en la prosperidad, se regocije siempre en Dios, le alabe y le dé gracias, cantando con el Salmista: Bendiciré al Señor en todos tiempos: sus alabanzas estarán siempre en mis labios: *Benedicam Dominum in omni tempore: semper laus ejus in ore meo*. (XXXIII. 1). Y con Job también dirá: El Señor me lo había dado, el Señor me lo ha quitado: su voluntad se ha cumplido; bendito sea su nombre: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum*. (I. 21). En fin, el que ama a Dios, muere agobiado por el peso del amor divino, como la bienaventurada Virgen María.

Es el arte más excelente el arte de amar a Dios, dice S. Bernardo: *Ars artium, ars amoris*. (De Natura ac dignitate Divini amoris). Hace que todos los pensamientos del espíritu tiendan al amor; dirige todos los movimientos del corazón hacia el deseo de la eternidad. El hombre que ama a Dios, se place en su amor, y dichoso, en él permanece, subiendo su deleite; pronto, sofocado por sus sentimientos, se eleva sobre sí mismo, llega al éxtasis intelectual, sube hasta al pensamiento de Dios a fin de aprender a no ocuparse más que de él, a no descansar más que en él. El amor de Jesucristo absorbe todos sus afectos; descuidándose y olvidándose de sí mismo, no siente más que a Jesucristo y a las cosas que son de Jesucristo. Entonces (es el mismo S. Bernardo quien habla) su amor es perfecto. Y en este estado, la pobreza no es ya un peso para él; ya no siente las injurias; se ríe de los oprobios, desprecia las pérdidas, y considera la muerte como una ganancia; aun más, no cree morir, porque sabe que de la muerte pasará a la vida eterna. (Ibid.)

El que ama las cosas terrenales, viles y vergonzosas, se vuelve semejante a ellas. Pero, al contrario, el alma que ama a Dios y so-

lo con él se liga, se vuelve semejante a los espíritus, a los ángeles, al mismo Dios. Entonces, dice S. Ambrosio, el Verbo de Dios la rodea, la ilumina, la inflama, la bendice; no constituye más que un solo ser con ella. (Serm. II).

El amor de Dios enciende, abrasa, hace hervir el corazón, y lo cambia enteramente. Ved a S. Pablo.... El amor de Dios ilumina, refresca y llena el alma de consuelos, de deseos de poseer a Dios; sacia y da la paz; da paciencia en las tribulaciones, y asegura la salvación; quita todo temor, e inspira confianza. Este es, Señor, el paraíso en el que podemos entrar sin abandonar la tierra. El que sube hacia Dios por medio del amor, tiene alas, dice S. Agustín: *Ad Deum ascendit volando, qui ascendit amando*. (Pref. in Psalm. CXXI).

Si me amáis, guardad mis mandamientos, dice Jesucristo: *Si diligitis me, mandata mea servate*. (Joann. XIV. 23).

Las obras son una prueba del amor, dice S. Gregorio: *Probatio dilectionis exhibitio est operis*. (Pastoral).

El que me ama, dice Jesucristo, observará mi doctrina, y mi Padre le amará; y vendremos a él, y haremos mansion dentro de él: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum; et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus*. (Joann. XIV. 23). Quien ha recibido mis mandamientos y los observe, eso es el que me ama. (Id. XIV. 24). El Padre y el Hijo, dice S. Agustín, al venir a habitar en un alma, le dan su amor, y al fin, le concederán el cielo. Vienen hacia nosotros cuando nosotros nos dirigimos a ellos; vienen socorriendo, iluminando y colmando de bienes; nosotros vamos a ellos obedeciendo, mirando y recibiendo: *Veniunt ad nos, cum venimus ad eos: veniunt subveniendo, illuminando, implendo; venimus obediendo, intuendo, capiendo*. (Tract. LXXVI. in Joann.).

El que no me ama, no guarda mis palabras, añade Jesucristo: *Qui non diligit me, sermones meos non servat*. (Joann. XIV. 24). Si alguien guarda la palabra de Dios, dice S. Juan en su epístola primera, el amor de Dios es verdaderamente perfecto en él: *Qui servat verbum ejus, vere in hoc caritas Dei perfecta est*. (I. II. 5). La caridad, añade, consiste en proceder según los mandamientos de Dios: *Hec est caritas, ut ambulemus secundum mandata ejus*. (II. 6).

El primer deber de la caridad es obedecer las órdenes de Dios, sujetarse a ellas, y tener confianza en las promesas divinas. Se lee en el Eclesiástico que los que aman a Dios se llenarán de su ley, esto es, la estudiarán, la conocerán y la practicarán: *Qui diligunt eam, replebuntur lege ipsius*. (II. 19).

El P. Álvarez, hablando de la contemplación, indica quince grados del amor de Dios. 1.º grado, la intuición de la verdad. 2.º El recogimiento. 3.º El silencio espiritual. 4.º El reposo. 5.º La unión.

Para amar a Dios es necesario observar sus leyes.

Varios grados del amor a Dios.

6.º La audición del lenguaje de Dios. 7.º El dueño del espíritu. 8.º El éxtasis. 9.º El arrobamiento. 10. La aparición corporal de Jesucristo. 11. La aparición espiritual de Jesucristo y de los Santos. 12. La visión intelectual de Dios. 13. La visión de Dios al través de las nubes. 14. La manifestación positiva de Dios. 15. La visión clara e intuitiva de Dios que tuvo S. Pablo, según S. Agustín y varios otros Doctores, cuando fúé arrebatado al tercer cielo.

Continúa el amor a Dios.

El amor á Dios debe ser: 1.º Inseparable. 2.º Insaciable. 3.º Inrenovable. 4.º Suave. 5.º Lleno de deseos. 6.º Teniendo sed de Dios, esforzándose para llegar á él, contemplándole en sus criaturas, y urdiendo en deseos de poseerle. 7.º Animado del deseo de morir, no por disgusto de la vida, sino para estar con Jesucristo y disfrutar de él. 8.º Debe ser liberal. 9.º Entero.

Sentimiento por no haber amado á Dios.

Yo os he amado demasiado tarde, hermosura siempre antigua y siempre nueva; yo os he amado demasiado tarde, decía S. Agustín con el alma llena de amargura: *Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova; sero te amavi*. Os he conocido demasiado tarde, Dios mío, os he amado demasiado tarde: *Sero te cognovi, sero te amavi*. Desgraciado tiempo aquel en que no os amaba; ¡*Vae tempori illi quando non amavi te!* Desgraciado mil veces fuera yo si dejase de amaros; preferiría no existir antes que vivir sin Vos; ¡*Vae mihi et iterum, et si quando non amaverim te; utinam potius non essem, quam essem aliquando absque te!* (Lib. X. Confess.). Penetramos de los sentimientos de S. Agustín....

Desgracia del que no ama á Dios.

Amalematizado sea el que no ama á Jesucristo nuestro Señor, dice S. Pablo: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema*. (I. Cor. XVI. 22). El que no ama á Dios, permanece en la muerte, dice el apóstol S. Juan: *Qui non diligit manet in morte*. (I. III. 14). El que no ama á Dios, no le conoce; porque Dios es todo amor, añade el mismo Apóstol: *Qui non diligit, non novit Deum; quoniam Deus caritas est*. (I. IV. 8).

Todos los que me aborrecen á mí, aman la muerte, dice el Señor en los Proverbios: *Omnes qui me oderunt, diligunt mortem*. (VIII. 36).

Apartad vuestro corazón del amor á la criatura, dice S. Agustín, para consagrarlo al Criador; porque si abandonais al que os ha criado y os unís á lo que ha creado, seréis adúlteros: *Ecce cor tuum ab amore creaturae, ut inhæreas Creatori; si autem deseris eum qui te fecit, et amas illo qui fecit, adulter es*. (De Moribus). Que tiembren aquellos que no aman á Dios, dice S. Gregorio: *Paceant illi qui non amant*. (Homil. in Evang.).

El lenguaje del que no ama á Dios, es un lenguaje bárbaro y extraño, dice S. Bernardo: *Lingua ei qui non amat, barbara est, et peregrina*. (Serm. in Cant.). El que no ama á Dios, deja de vivir, dice S. Agustín: *Perdit quod erit, qui Deum non diligit*. (De Civit.).

El amor de Dios hacia los hombres es tan grande, que no solamente se presenta á los que le buscan, sino que va en pos de los que no le buscan, hasta de los que huyen de él, de los que le aborrecen y le persiguen: los atrae, les invita y les hace cierta violencia. ¡Cuán desgraciados; ingratos y perversos son pues aquellos que muestran indiferencia en amar á Dios que tanto les ama! ¡Qué desgracia más terrible para ellos despreciarle y combatirle! ¡Ay! ¡Qué grande es el número de los que no aman á Dios! ¿Quién puede decir con S. Pedro: Señor, vos que todo lo conocéis, no ignoráis que os amo? *Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te*. (Joann. XXI. 17.) ¿Quién puede decir con el Rey Profeta: Mi alma se ha unido con vos, Señor: *Adhæsit anima mea post te?* (LXXII. 8). Lloremos la desgracia de los que no aman á Dios.

Jesucristo nos enseña cómo hemos de amar á Dios: Amareis al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, toda vuestra alma y todas vuestras fuerzas. (Matth. XII. 37). Con todo vuestro corazón, esto es, consagrais vuestra memoria á recordar sus dones, etc... Con toda vuestra alma: aplicaréis vuestra inteligencia á comprender cuán amable es por sí mismo, cuanto os ha amado. Con todas vuestras fuerzas, esto es, con toda vuestra voluntad. Escuchad á S. Agustín: Cuando Dios dice: Amareis con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y todo vuestro espíritu; no nos permite olvidarle en un solo instante de nuestra vida; ni querer gozar de otra cosa distinta. (Homil. ad pop.).

Amor á Dios es: 1.º Darle nuestro corazón por entero y no dejar nada para el demonio ni el pecado. 2.º Es tener á Dios para fin de todas nuestras acciones, y preferirle á todo como á nuestro soberano bien y único fin. 3.º Amar á Dios es obedecerle en todo y siempre...

Todos cuantos hayan dado á Dios su corazón por medio del amor, alegrense en las penas, en las tribulaciones, en las angustias, en el hambre, en la sed, en la desnudez y en el desprecio, en medio de las burlas, de las calumnias, de las maldiciones, de los sufrimientos y hasta de la muerte ocasionada por las persecuciones, dice S. Bernardo. (Serm. in Psalm.).

Santo Tomás indica tres medios de unirse á Dios por medio del amor. Es menester el valor del espíritu, o la energía, una gran severidad contra las concupiscencias, y la bondad hacia el prójimo. (4.º p. q. art. 13).

Si nosotros no morimos para el mundo, dice S. Gregorio, no somos aptos para vivir del amor á Dios: Este es un cuarto medio: *Nisi seculo moriamur, Deo per amorem vivere non valeamus*. (Pastoral.). Las lecturas piadosas, dice S. Bernardo, son la leche del amor de Dios: la meditación lo alimenta, la oración lo fortifica y lo ilumina: *Amorem Dei lactat lectio, meditatio parit, oratio confortat et illuminat*. (Serm. in Psalm.).

De qué modo debemos amar á Dios.

Medios de amar á Dios.

Estos son excelentes medios para adquirirlo y conservarlo. ¿Queréis otros? Escuchad la voz de Dios: ¿Nuestro corazón, decían entre sí los dos discípulos que iban a Emmaús, no estaba abrasado cuando nos hablaba (J. C.) durante el camino y nos descubría el sentido de las Sagradas Escrituras? *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?* (Luc. XXIV. 32).

Mi corazón se inflama de amor, y cierto fuego le devora cuando medito, dice el Real Profeta: *Concubuit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis.* (XXXVIII. 4).

La pureza del corazón es un medio perfecto de amar a Dios: Mi Amado se alimenta entre las azucenas: *Dilectus meus pascitur inter lilia.* (Cant. II. 16).

Conjurados, hijas de Jerusalén, exclama la Esposa de los Cantares, si encontráis a mi muy Amado, decidle que desfallezco de amor: *Adfuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis Dilectum meum, ut nuntiatis ei, quia amore langueo.* (V. 8). ¡Oh! ¿quién me diera, exclama de nuevo, hallaros y abrazaros? Entonces mis enemigos me respetarán. (VIII. 4). El deseo es pues un medio muy eficaz para atraer hacia nosotros el amor de Dios y conservarlo.

La fe nos hace amar a Dios. Ahora, dice S. Agustín, amamos creyendo lo que hemos de ver: cuando estemos en el cielo, amaremos viendo lo que hayamos creído: *Nunc diligimus credendo quod videbimus: tunc diligemus videndo quod credimus.* (De Spiritu Sancto).

El temor del Señor es un medio seguro de amar a Dios. El temor excita, dice S. Agustín; pero el amor cura las llagas hechas por el temor: *Timor stimulat; sed caritas sanat quod vulnerat timor.* (Homil. ad pop.). Es absolutamente necesario, dice S. Basilio, que el temor obre y sea como el introductor de la piedad: la caridad llega después. *Necessario celat introductorius ad pietatem timor assumitur: dilectio vero deinceps.* (Epist.).

El alma encuentra a Dios por medio de la fe y de la esperanza: le posee por la caridad: si está ausente, lo encuentra por el deseo; si presente, lo detiene por la alegría; le descubre y le conserva por la paciencia; le posee por el consuelo.

Es menester perseverar en buscar a Dios y desear amarle, pues es un medio cierto de llegar a él. Basado al Señor, y seréis fuertes; buscadle siempre, dice el Rey Profeta: *Querite Dominum, et confirmabitur; querite faciem ejus semper.* (Civ. 4). Dios, dice San Agustín, debe ser buscado sin fin, porque también ha de ser amado sin fin: *Deus est sine fine querendus, quia sine fine amandus.* (Lib. de Civ.).

¿Deseamos tener caridad? Dirijámonos al Espíritu Santo, que es el Dios del amor; porque, como dice S. Pablo a los Romanos, la caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que hemos recibido: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.* (V. 5).

AMOR AL PRÓJIMO.

La caridad no es otra cosa que la buena voluntad, dice S. Agustín: *Quid aliud est caritas quam bona voluntas?* (De Morib.).

Por su esencia, la caridad, dice S. Juan Climaco, tiene tanta semejanza con Dios, cuanta pueden percibir los mortales. Por su eficacia, es una especie de embriaguez del alma; en fin, sus propiedades son ser el fundamento de la fe, y el sosten de un alma paciente. (Grado 5.º).

Amaréis al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y todo vuestro espíritu, dice Jesucristo en S. Mateo. Este es el más grande y el primero de los mandamientos. (XXII. 37-38). Pero he aquí el segundo, semejante a aquel: Amaréis a vuestro prójimo como a vosotros mismos: *Diligis proximum tuum sicut te ipsum.* (XXII. 39). En estos dos mandamientos se encierran toda la ley y los Profetas: *In his duobus praeceptis universa lex pendet et Propheta.* (XXII. 40).

Jesucristo dice en el Evangelio, según S. Juan: He aquí mi precepto: Amaos los unos a los otros: *Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem.* (XV. 12). Toda la ley, dice S. Pablo a los Galatas, está contenida en esta única sentencia: Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos: *Omnia lex in uno sermone impletur: Diliges proximum tuum sicut teipsum.* (V. 14). Permanezca en vosotros el amor hacia vuestros hermanos, escribe este apóstol a los Hebreos: *Caritas fraternitatis maneat in vobis.* (XIII. 1).

Ante todo, dice el apóstol S. Pedro, mantened constante la mutua caridad entre vosotros, porque la caridad hace perdonar la multitud de los pecados: *Ante omnia in vobis metipsis caritatem continuam habentes.* (I. IV. 8). Ejercitad entre vosotros la hospitalidad sin murmurar.

Haga cada cual servicios a los demás, según el don que haya recibido, como fieles dispensadores de las diferentes gracias de Dios. (I. IV. 9-10). S. Juan en su primera Epístola, al hablar del mandamiento de amar a Dios y al prójimo, dice: Lo que os escribo, no es un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo. (II. 6). Este mandamiento fue dado a Adán y a todos los hombres en la ley natural, así como a los ángeles desde el principio de su creación. Y siguiendo hablando del amor a Dios y al prójimo, el mismo apóstol añade: Os doy un mandamiento nuevo. (I. II. 8). Y lo califica así:

1.º A causa del nuevo peso que le imprime el nuevo legislador Jesucristo, y aun por razón de la nueva efusión de la caridad y de la gracia venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés,

Estos son excelentes medios para adquirirlo y conservarlo. ¿Queréis otros? Escuchad la voz de Dios: ¿Nuestro corazón, decían entre sí los dos discípulos que iban á Emmaús, no estaba abrasado cuando nos hablaba (J. C.) durante el camino y nos descubría el sentido de las Sagradas Escrituras? *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?* (Luc. XXIV. 32).

El corazón se inflama de amor, y cierto fuego le devora cuando medito, dice el Real Profeta: *Concubuit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis.* (XXXVIII. 4).

La pureza del corazón es un medio perfecto de amar á Dios: Mi Amado se alimenta entre las azucenas: *Dilectus meus pascitur inter lilia.* (Cant. II. 16).

Conjurados, hijas de Jerusalén, exclama la Esposa de los Cantares, si encontráis á mi muy Amado, decidle que desfallezco de amor: *Adfuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis Dilectum meum, ut nuntiatis ei, quia amore langueo.* (V. 8). ¡Oh! ¿quién me diera, exclama de nuevo, hallaros y abrazaros? Entonces mis enemigos me respetarán. (VIII. 4). El deseo es pues un medio muy eficaz para atraer hacia nosotros el amor de Dios y conservarlo.

La fe nos hace amar á Dios. Ahora, dice S. Agustín, amamos creyendo lo que hemos de ver: cuando estemos en el cielo, amaremos viendo lo que hayamos creído: *Nunc diligimus credendo quod videbimus: tunc diligemus videndo quod credimus.* (De Spiritu Sancto).

El temor del Señor es un medio seguro de amar á Dios. El temor excita, dice S. Agustín; pero el amor cura las llagas hechas por el temor: *Timor stimulat; sed caritas sanat quod vulnerat timor.* (Homil. ad pop.). Es absolutamente necesario, dice S. Basilio, que el temor obre y sea como el introductor de la piedad: la caridad llega después. *Necessario celat introductorius ad pietatem timor assumitur: dilectio vero deinceps.* (Epist.).

El alma encuentra á Dios por medio de la fe y de la esperanza: le posee por la caridad: si está ausente, lo encuentra por el deseo; si presente, lo detiene por la alegría; le descubre y le conserva por la paciencia; le posee por el consuelo.

Es menester perseverar en buscar á Dios y desearle, pues es un medio cierto de llegar á él. Basado al Señor, y seréis fuertes; buscadle siempre, dice el Rey Profeta: *Querite Dominum, et confirmabitur; querite faciem ejus semper.* (Civ. 1). Dios, dice San Agustín, debe ser buscado sin fin, porque también ha de ser amado sin fin: *Deus est sine fine querendus, quia sine fine amandus.* (Lib. de Civ.).

¿Deseamos tener caridad? Dirijámonos al Espíritu Santo, que es el Dios del amor; porque, como dice S. Pablo á los Romanos, la caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que hemos recibido: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.* (V. 5).

AMOR AL PRÓJIMO.

La caridad no es otra cosa que la buena voluntad, dice S. Agustín: *Quid aliud est caritas quam bona voluntas?* (De Morib.).

Por su esencia, la caridad, dice S. Juan Climaco, tiene tanta semejanza con Dios, cuanta pueden percibir los mortales. Por su eficacia, es una especie de embriaguez del alma; en fin, sus propiedades son ser el fundamento de la fe, y el sosten de un alma paciente. (Grado 5.º).

Amaréis al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y todo vuestro espíritu, dice Jesucristo en S. Mateo. Este es el más grande y el primero de los mandamientos. (XXII. 37-38). Pero he aquí el segundo, semejante á aquel: Amaréis á vuestro prójimo como á vosotros mismos: *Diligis proximum tuum sicut te ipsum.* (XXII. 39). En estos dos mandamientos se encierran toda la ley y los Profetas: *In his duobus praeceptis universa lex pendet et Propheta.* (XXII. 40).

Jesucristo dice en el Evangelio, según S. Juan: He aquí mi precepto: Amaos los unos á los otros: *Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem.* (XV. 12). Toda la ley, dice S. Pablo á los Galatas, está contenida en esta única sentencia: Amad á vuestro prójimo como á vosotros mismos: *Omnia lex in uno sermone impletur: Diliges proximum tuum sicut teipsum.* (V. 14). Permanece en vosotros el amor hacia vuestros hermanos, escribe este apóstol á los Hebreos: *Caritas fraternitatis maneat in vobis.* (XIII. 1).

Ante todo, dice el apóstol S. Pedro, mantened constante la mutua caridad entre vosotros, porque la caridad hace perdonar la multitud de los pecados: *Ante omnia in vobis metipsis caritatem continuam habentes.* (I. IV. 8). Ejercitad entre vosotros la hospitalidad sin murmurar.

Haga cada cual servicios á los demás, según el don que haya recibido, como fieles dispensadores de las diferentes gracias de Dios. (I. IV. 9-10). S. Juan en su primera Epístola, al hablar del mandamiento de amar á Dios y al prójimo, dice: Lo que os escribo, no es un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo. (II. 6). Este mandamiento fué dado á Adán y á todos los hombres en la ley natural, así como á los ángeles desde el principio de su creación. Y siguiendo hablando del amor á Dios y al prójimo, el mismo apóstol añade: Os doy un mandamiento nuevo. (I. II. 8). Y lo califica así:

1.º A causa del nuevo peso que le imprime el nuevo legislador Jesucristo, y aun por razón de la nueva efusión de la caridad y de la gracia venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés,

2.º Por razón del nuevo pueblo que está llamado á practicarle en un grado más elevado; hablamos del pueblo cristiano formado de hombres cobijados antes por la sombra de la muerte.

3.º Porque un nuevo misterio ha sido propuesto á nuestro amor, el misterio de la encarnación del Verbo y de la nueva unión de las fides en el. Unión tal por su naturaleza, por la gracia y los sacramentos, que debemos amar á los cristianos no sólo como á nuestro prójimo á causa de Dios, sino como á nuestros hermanos y á los miembros del mismo jefe Jesucristo hecho hombre. Y como el amor de Jesucristo hacia nosotros ha sido inmenso, nuevo y desconocido, así también su mandamiento es grande, nuevo y desconocido; porque dice: Amaos los unos á los otros como yo os he amado: *Diligatis invicem sicut dilexi vos.* (Joann. XIII. 34).

Por la encarnación de Jesucristo estamos obligados á un nuevo amor, á un amor más grande que antes, sea porque estamos más íntimamente unidos con Dios y nuestros hermanos, sea por razón de los beneficios nuevos é infinitos cuyo principio ha sido para nosotros la encarnación. En efecto; por la encarnación, hemos entrado en relaciones y en una unión nueva primero con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y luego entre nosotros mismos. Tenemos pues nuevos motivos para amar. Por la encarnación, el Verbo hecho hombre ha tomado nuestra carne y ha sido nuestro hermano; el Padre también ha sido Padre de una manera nueva, ora de Jesucristo hecho hombre, ora de los cristianos hermanos suyos; en fin el Espíritu Santo se ha derramado enteramente en nosotros, y un nuevo precepto de amor ha sido dado por Jesucristo á fin de que los hombres se amen mutuamente, no sólo como parientes por Adán, sino como miembros del cuerpo de Jesucristo.

4.º El mandamiento del amor llámase nuevo á causa del nuevo modelo de amor que se ha presentado al mundo: hablamos de Jesucristo, que por amor ha dado su sangre, su vida y toda su humanidad para la salvación de los suyos. Pesad cuán poderosos son los motivos de caridad que Jesucristo nos ha dado en toda su vida, haciéndose hombre, naciendo en un establo, trabajando, predicando, sufriendo y muriendo por nosotros.

5.º Es nuevo el precepto del amor á causa del nuevo fin que se nos ha propuesto, porque por este medio Jesucristo ha querido hacer de nosotros hombres nuevos, hombres celestiales y no de la tierra.

Escuchad á S. Bernardo: Os doy, dice Jesucristo, un nuevo mandamiento. ¿Cómo nuevo? Acaso recientemente inventado? No; porque este amor estaba prescrito en el Antiguo Testamento. ¿Cómo es pues que sea nuevo? Es nuevo porque renueva lo que es antiguo, y porque de los hombres del pasado hace hombres nuevos. Es nuevo porque nos despoja del hombre viejo y nos reviste con el carácter del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios en la santidad, la justicia y la verdad. Es nuevo porque el género

humano, poco há desterrado del paraíso, entra cada día en el cielo. (Serm. V. in *cena. Dom.*).

La caridad nos renueva, dice S. Agustín, á fin de que seamos hombres nuevos, herederos del Nuevo Testamento, cantando un cántico nuevo, y nos reúne como á un pueblo nuevo: *Dilectio ista nos innovat, ut unus homines novi, heredes Testamenti Novi, cantores canticum novi, facit et colligit populum novum.* (In Epist. I. S. Joann.). El nuevo precepto ha cambiado la antigua vida de los vicios en una vida nueva, dice S. Gregorio. (Homil. XXIII. in *Evangel.*).

6.º El mandamiento del amor es un mandamiento nuevo, porque ha sido dado el último, á saber, cuando Jesucristo se separó de sus discípulos para ir á morir en la cruz.

7.º Es nuevo en razón de sus efectos, porque produce obras nuevas, la conversión del mundo pagano etc. Distingue el Nuevo Testamento del Antiguo: el Antiguo era un testamento de temor hecho para servidores; el Nuevo es un testamento de amor hecho para hijos.

El precepto de Jesucristo consiste en amarnos mutuamente, dice el discípulo muy amado: *Et hoc est mandatum ejus, ut diligamus alterutrum.* (I. iii. 23). Si Dios nos ha amado tanto, prosigue, estamos obligados á amarnos los unos á los otros. Queridos hermanos míos, amémonos los unos á los otros, porque la caridad viene de Dios: *Carissimi, diligamus nos invicem, quia caritas ex Deo est.* (I. iv. 7). *Sic sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere.* (I. iv. 11).

El Señor ha mandado á cada uno que tome cuidado de sus semejantes, dice el Eclesiástico: *Mandavit unicuique de proximo suo.* (XVII. 12).

La caridad es para los hombres lo que un piloto es para un buque, lo que un gobernador para una ciudad, lo que el sol para la tierra. Como el cuerpo se disuelve cuando sale el alma, así también las virtudes abandonan el alma cuando la caridad no existe. Una casa que pierde sus cimientos, se derrumba: la caridad es el cimiento de las virtudes; si ésta llega á faltar, las virtudes desaparecen.

Escuchad al apóstol S. Juan: El que dice: Amo á Dios, y no ama á su hermano; es un mentiroso; porque el precepto de Dios quiere que el que ama á Dios, ame también á su prójimo: *Si quis dixerit quoniam diligo Deum, et fratrem suum oderit, mendax est. Et hoc mandatum habemus á Deo, ut qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.* (I. iv. 20-21).

Todo animal ama á su semejante, dice el Eclesiástico: *Omne animal diligit simile sibi.* (XIII. 10).

Una onza de caridad vale más que una libra de victoria, dice el cardenal Belarmino: (In *Paul.*). La caridad tiene dos pies; dice S. Agustín, tened cuidado de no andar cojos; estos dos pies son los preceptos

Excelencia de la caridad.

del amor de Dios y del prójimo. Con ellos, corred hacia Dios. (1). El que tiene caridad, dice S. Basilio, posee a Dios; por consiguiente, el que tiene odio, alimenta a Satanás en sus entrañas. (2). Si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros, dice el apóstol S. Juan: *Si diligamus invicem, Deus in nobis manet*. (I. r. 12).

Cuando amais a los miembros de Jesucristo, dice S. Agustín, amais a Jesucristo; cuando amais a Jesucristo, amais al Hijo de Dios y al Padre. Escoged lo que queréis amar, lo demás vendrá después. (3). Ved, dice el mismo Doctor, aquella viuda de que nos habla el libro de los Reyes (IV. 4); En tanto que tuvo aceite en su propia vasija, no tuvo bastante ni para ella ni para sus acreedores. Así el que no ama más que a sí mismo, no puede ni bastarse ni pagar lo que debe por sus pecados. Pero cuando empieza a derramar el aceite de la caridad en los vasos del prójimo, entonces tiene suficiente para sí mismo y paga las deudas que ha contraído. Tal es la naturaleza de la caridad cristiana y fraternal, que se aumenta con sus dones, y cuanto más se derrama más se acrecienta. Si dais el pan de la caridad, os quedará entero, y aunque lo partiésetis con todos los hombres, nada os faltaría: *Panem caritatis si dederis, integer manet, si impigeris mundo largiri volueris, nihil tibi deficit*. (Serm. CCVI). Aún más: no solo no os faltará nada, sino que lo que deis a los otros, os producirá un gran beneficio. (4). Porque la caridad es un bien tan grande, que puede pertenecer a uno solo, y ser al propio tiempo de todos. (5). Hacedlo dado a los demás, y no ha disminuido por esto vuestro tesoro, sino que al contrario, recibireis multiplicado cuanto disteis. (6).

Me gustan tres cosas, dice el Señor en la Sagrada Escritura; y estas tres cosas las apruebo yo, y las aprueban los hombres: La concordia entre los hermanos, el amor al prójimo, y los esposos perfectamente unidos. (7).

La caridad, dice Ricardo de S. Victor, es la vida de la fe, la fuerza de la esperanza y la médula de todas las virtudes. Arregla la vida, inflama el corazón, dirige las acciones, corrige los excesos, funda las costumbres; es propia para todo, y todo lo domina,

(1) Caritas omnia habet potes, non esse claudis. Qui sunt tui peccata: duo peccata dictionis Dei et proximi; ista pedibus curas et Dominum. In Psal. xxxiii.

(2) Qui caritatem habet, Deum habet sibi, qui odium habet, diabolum in se nutrit. Hieron. de Ir.

(3) Illud tibi parvum diligens, sequitur et cetera. Hieron. ad pag.

(4) Tuo non solum non deficit, sed tandem illorum quibus largitus fueris, faciens tibi multiplicem gratiam. Hieron. lxxv.

(5) Quia tanta est potentia caritatis, ut et singula bene sit, et omnia integra esse possit. Hieron. lxxvi.

(6) Alia dedit, et ex nihil penitus perdidit; ita quidquid illis a te collatum est, tu contempleris incrementum. Hieron. lxxvii.

(7) In tribus illationibus est scriptum, que sunt probata coram Deo et hominibus: concordia fratrum, et amor proximum, et vir et mulier sibi bene consentientes. Hieron. lxxviii.

hasta Dios. Es valerosa en la adversidad, y más fuerte todavía en la prosperidad: desprecia las caricias y hace gozar inefables e incomparables dulzuras. Está libre de toda mancha, ignora la corrupción, tiene una gran firmeza, domina los sentidos, es el principio de las buenas acciones, el fin de los divinos preceptos, la muerte de los pecados, la virtud de los combatientes, la palma de los victoriosos, el arma de las almas santas, la razón del mérito y la recompensa de los justos. Es ventajosa a los penitentes, dulce y amable a aquellos que adelantan en la perfección, un principio de gloria para los que perseveran, y de victoria para los mártires; es útil a todos los hombres, haciendo vivir todo lo que sea bien. (Lib. Anima).

El hermano ayudado de su hermano se parece a una ciudad fuerte; el lazo triple se rompe con mucha dificultad, dice el Eclesiástico: *Frater qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma; funiculus triplex difficile rumpitur*. (IV. 12). Feliz es el hombre que se compadecce y da prestado al pobre, y que dispensa sus palabras con discreción; porque este tal jamás reshallará, dice el Salmista: *Jucundus homo qui miseretur et commodat, disponet sermones suos in judicio; quia in aeternum non commovebitur*. (CXI).

La caridad, sabedlo, es un dardo penetrante que se dirige a los enemigos, los abate, y hace de ellos amigos suyos. La saliduría del mundo se engaña torpemente queriendo vencer a un enemigo por el odio, las amenazas y los golpes; es más bien inflamar su ardor y empujarle a nuevas hostilidades. El verdadero medio de calmarle, es amándole y colmándole de beneficios. San Crisóstomo, comentando aquellas palabras de Jesucristo: *Toda cuanto deséis que los hombres os hagan, hacedlo*; dice muy oportunamente: ¿Desearis recibir beneficios? Séd bienhechor. ¿Desearis que os alaben? Alabad a vuestro prójimo. ¿Desearis ser amado? Amad. ¿Queréis ocupar el primer lugar? Cededlo primero a otro. (1).

San Agustín, a propósito de aquellas palabras de los Canticos: *El amor es fuerte como la muerte*; dice: Es imposible expresar con mayor magnificencia la fuerza de la caridad. Porque ¿quién es el que resiste a la muerte? Podemos resistir al fuego, al furor de las olas, a la espada, a los poderes, a los reyes; pero viene la muerte, y ¿quién puede presentarle resistencia? Ella es más fuerte que todas las cosas: *Nihil illa fortius*. (De Laude caritatis). Por esto se compara con ella el amor al prójimo. La caridad, en efecto, destruye lo que hemos sido para hacernos lo que no éramos; de un hombre malo, detestable, hace un hombre bueno y amable. La caridad, dice S. Lorenzo Justino, es una coraza impenetrable; no cede an-

Fuerza de la caridad.

(1) ¿Vis beneficiis capere? Contra beneficiarios alteri. ¿Vis laudari? Laude alium. ¿Vis amari? Amis. ¿Vis primum locum petere? Cede illis primum alteri. Hieron. lxxix. ad pag.

ta la espada; embota las flechas, se ríe de los peligros, triunfa de la muerte, y todo lo vence. (1).

La caridad une
a los hombres.

Revestíos, como escogidos que sois de Dios, santos y amados, dice S. Pablo, revestíos de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriendo los unos a los otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro: así como el Señor os ha perdonado, así lo habeis de hacer también vosotros. Pero sobre todo mantened la caridad, la cual es el vínculo de la perfección. (Coloss. III. 12-14). (2).

El nombre de hermano no debe ser una palabra sin sentido. Desde el momento en que un miembro padece, dice S. Pablo, todos los demás padecen a la par, y si un miembro recibe honra, todos los demás se alegran con él. Sois el cuerpo de Jesucristo, y miembros unidos a otros miembros. (3). Por consiguiente, debéis sufrir con los que sufren, y alegraros con los que se alegran. Así quedan estrechados los corazones. La caridad une a todos los hombres como el cuerpo está unido con el alma y como los miembros del cuerpo lo están entre sí. En el cuerpo del hombre hay varios miembros; cada uno tiene su función, cada uno su aptitud; ninguno trabaja para el sólo, se ayudan mutuamente, porque pertenecen a un mismo cuerpo. Cada uno está contento con su función, ninguno quiere otra; el más vil no envidia el más noble, la mano no tiene celos de los ojos, los pies no pueden desempeñar las funciones de la cabeza; sino que entre todos existe una unión perfecta. Viven en paz, sufren juntos, se alegran y se socorren mutuamente. El amor al prójimo produce en la sociedad análogos efectos.

Tened cuidado, dice S. Pablo, de conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz, siendo un sólo cuerpo y un sólo espíritu, así como fuisteis llamados a una misma esperanza de vuestra vocación. (4).

Hermanos míos, decía S. Bernardo, por más que me falteis, he resuelto amaros siempre, aunque no me améis. Me uní a vosotros aunque sea a pesar vuestro. Estoy ligado con vosotros por medio de una cadena insoluble, por el lazo de una caridad sincera, aquella caridad que siempre dura. Si me insultáis, seré paciente; melindraré mi cabeza ante las injurias y venceré con mis beneficios. Acudiré al socorro de los que rehusen mis cuidados, col-

(1) Caritas est impudens, nulla turba, respicit gladium, perdat exortu, periculum mortis, mortem laetitiam vincit omnia. In *Libro Vltimo de caritate*, c. xii.

(2) Caritatem habetis, quod est vinculum perfectionis. Coloss. III. 14.

(3) Si quis patitur curam meorum, compatimur omnia iubilare et gloriari unum membra, conueniunt omnia membra: Vos estis Corpus Christi, et membra de membris. I. Cor. xii. 26-27.

(4) Solliciti seruare unitatem spiritus in vinculo pacis. Unum Corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe. Ephes. IV. 3-4.

maré de beneficios a los ingratos, honraré a los que me desprecian (1), porque los unos somos miembros de los otros. (2).

Oiga yo siempre decir en mi ausencia, escribe el grande Apóstol a los Filipenses, que tenéis un mismo espíritu, trabajando de consuno en extender la fe. (3). Haced que mi alegría sea colmada, permaneciendo todos unidos, no teniendo más que un mismo amor, un mismo espíritu y los mismos sentimientos. No hagáis nada por espíritu de contención ni de vanagloria; crex, antes al contrario, cada cual que los demás son superiores. Está cada cual a la vista, no de sus propios intereses, sino de los de los demás. (Philip. II. 2-4).

Es el argamasa que une las piedras de un edificio; el argamasa que une a los hombres es la caridad. Por ella tiene cumplimiento lo que dice S. Pablo a los Galatas: *Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi*. Llevad la carga unos de otros, y así cumplireis la ley de Jesucristo. (VI. 2). Llevad la carga, esto es, los pecados y las miserias del prójimo, y aliviad por medio de la compasión, de la oración y de la limosna. No se te haya pesado el visitar al enfermo, dice el Eclesiástico, pues con tales medios se afirmará en ti la caridad: *Non te piget visitare infirmum, ex his enim in dilectione firmaberis*. (VII. 39).

Bajo la inspiración de la caridad, se ocultan los defectos. Séd mutuamente afables, compasivos, perdonándoos los unos a los otros, así como también Dios os ha perdonado a vosotros por Jesucristo, dice S. Pablo: *Misericordes dominantes invicem, sicut et Deus in Christo donavit vobis*. (Eph. IV. 32).

Es preciso no olvidar nunca, dice S. Agustín, que no hay falta humana que todos no podamos cometer, si nuestro Criador nos abandona. (4).

Hermanos míos, dice el Apóstol a los Galatas, si alguno ha caído por sorpresa en algún pecado, vosotros que vivís espiritualmente, tened cuidado de levantarlo con dulzura, considerándolo a vosotros mismos, y temiendo ser tentados como él. (5).

¡Anhelaba, dice con su heroica caridad S. Pablo a los Romanos, ¡anhelaba yo mismo el ser apartado de Cristo por la salud de mis hermanos, que son mis dedos según la carne: *Optabam ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis*. (IX. 3). Me alegro de sufrir por vosotros, escribe a los Colosenses: *Gaudio in passionibus pro vobis*. (I. 24). Ved su inmensa caridad para los Tesalonicenses:

¡Cuán grandes
sufrimos que
se originan de
la caridad.

(1) Visce purius, visum potius, inuita periculo, ingratis adiungis, honorebo et contemnetur me. *Ephes. XIII*.

(2) Sumus invicem membra. Ephes. IV. 25.

(3) Adiuuam de vobis qui statis in uno spiritu, unanimiter collaborantes. *Philip. I. 27*.

(4) Nullum peccatum est quod unquam fecerit homo, quod non possit facere alter humanus, si deus Creator a quo factus est homo. *Solutio*, c. xv.

(5) Fratres, ut in prosculptis fuerit homo in aliquo delicto, vos qui spiritualiter estis, iugiter adiuuam in spiritu lenitatis, considerans teipsum, ne et tu tentaris. VI. 1.

Desolaba ardientemente, les escribe, no sólo anunciárais el Evangelio, sino dar mi vida por vosotros: *Cupide volebamus tradere vobis, non solum Evangelium Dei sed etiam animas nostras.* (1. n. 8).

Hallándose en el destierro el santo varón Tubias, visitaba todos los días á los de su parentela, les consolaba, les prodigaba, todos los socorros que estaban en su mano: daba pan á los que tenían hambre; á los pobres vestidos; á los muertos sepultura; y esto á pesar de la sentencia de muerte fulminada contra él: desgracia que se había traído con su valerosa caridad. (1. 19-20).

El pueblo de Dios había de tal manera irritado al Señor con un crimen enorme, que su destrucción estaba ya resuelta. Al momento Moisés, obedeciendo á la caridad que le abrasaba, se desbiza en súplicas; se presentó como un obstáculo al ejercicio de la divina justicia, y él mismo se ofreció como víctima de expiación para su pueblo. Señor, dijo, perdonad á este pueblo, ó borrádmelo de vuestro libro. (*Exod. XXXVIII.*) ¿Quién dará agua á mi cabeza, exclama Jeremías, y hará de mis ojos dos fuentes de lágrimas para llorar día y noche la muerte que se ha dado á tantos moradores de la hija de mi pueblo, ó de Jerusalén? (1).

Sufro con vosotros, hermanos míos, dice S. Cipriano, participo de vuestros dolores, estoy enfermo con los enfermos; mi amor hacia mis hermanos afligidos me hace tomar parte en sus angustias. (2).

La verdadera caridad no se detiene ni por las largas distancias, ni por los trabajos, ni por los peligros, ni por los sacrificios, ni por las amenazas, ni por los tormentos, ni por la muerte. Ved á esos misioneros que dejan padres, casa y patria para ir á regiones lejanas y desconocidas á exponerse á todas las privaciones, á mil persecuciones y á mil muertes para salvar las almas. ¿Qué les lleva á tantos y tan nobles sacrificios? La caridad.... Vedles en tiempo de hambre, en medio de la devastación de la peste.... Considerad á las hermanas de S. Vicente de Paul, y á tantos otros..., en los calabozos..., en las cárceles, etc.

Escuchad lo que S. Fulgencio dice de S. Esteban, primer mártir, y modelo de caridad: Esteban tenía la caridad por arma, y con ella quedó victorioso. Con la caridad resistió á los judíos que lo apedreaban; con la caridad tuvo fuerzas para rogar por sus verdugos; con la caridad venció á Saul, su cruel perseguidor, y mereció tenerle por compañero en el cielo. (*Serm. in S. Steph.*). La caridad infinita de Dios á los pecadores fue la causa de la encarnación, de los trabajos, de los sufrimientos y de la muerte de Jesucristo.

La caridad borra la multitud de pecados, dice el apóstol S. Pedro: *Carietas operit multitudinem peccatorum.* (1. iv. 8). La caridad cubre

La caridad borra los pecados.

(1) Quiis dabit oculis meis fontem lacrymarum, et plorabo die ac nocte interfectoris populum meum? (1. 18. 1).

(2) Dolores, tristitia, volens cum singulis cupulo pectus meum, cum iocundis lacrimis me credo, cum presentis tristitia, et me praestavit affectus. *Epist. ad Montanos.*

todas las faltas, dicen los Proverbios: *Universa delicta operit caritas.* (X. 12).

La codicia había tomado grandes proporciones, y la caridad había desaparecido; la caridad vuelve, y la iniquidad desaparece, dice S. Agustín: *Crevit cupiditas, et perit caritas; redit caritas, et perit iniquitas.* (Sentent.).

Si cumplis la ley reina de todas las leyes, según la Escritura, y amais á vuestro prójimo como á vosotros mismos, hacéis una obra excelente: *Si legem perfectissimam regulam secundum Scripturas: Diliges proximum tuum sicut teipsum; bene facitis.* (Jacob. II. 8).

La ley reina de todas las otras, es la caridad: 1.ª Porque va al frente de las virtudes; las aventaja en calidad, en esplendor y en magnificencia; es la más perfecta de todas. 2.ª La caridad es reina, porque debe reinar sobre todos los hombres, y constituye su más rico y más glorioso ornamento. Por esto Jesucristo no dirige más que una pregunta á Pedro: ¿Pedro, me amas? La caridad es obligatoria hasta á los pobres, á los bárbaros, á los enemigos. Así como el firmamento envuelve toda la tierra, la ilumina, la calienta, la fecunda, la vivifica por medio del sol, la refresca con lluvias benéficas y con dulces rocíos, la caridad todo lo abraza y lo contiene; á todos hace bien; ilumina, calienta, fecunda y vivifica los corazones, hasta aquellos que están llenos de odio y de vicios; con su dulzura y su bondad ablanda y fecundiza los corazones más ingratos, más agostados y más estériles. Sigue su marcha por un camino real, sin rodeos, sin apartarse á derecha ni á izquierda. Por ella, todos los justos y todos los Santos llegan al cielo. 3.ª La ley de caridad es reina, porque es la primera y principal ley de Jesucristo, Rey de los reyes. 4.ª Es reina, porque es superior á los reyes y á los tiranos, á las amenazas y á los suplicios.

10 caridad, la más grande de las virtudes, virtud real y más poderosa que todos los magnates del universal. La caridad repara sin armas y sin efusión de sangre las devastaciones causadas por las armas, los odios, el orgullo, la ambición y la crueldad. Ella practica muriendo lo que los tiranos prohíben bajo pena de muerte, triunfa inmolando á los sayos; convierte á los mismos perseguidores y á los verdugos.

5.ª La ley de la caridad es reina, porque es inviolable y eterna: *Carietas nunquam exiit.* (1. Cor. XIII. 8).

6.ª La caridad es reina, dice S. Bernardo; atrae y cautiva todos los afectos, como un rey querido que manda una nación entera y la sujeta con sus larguezas y sus numerosos beneficios. (*Serm. in Cant.*).

7.ª Es reina, porque no obedece jamás á las penas y al trabajo como una sirvienta, sino que elige como dueña; así se expone á los sufrimientos, á las hogueras, á los cadalsos y á la muerte. Hace fácil y dulce todo lo que es difícil y amargo.

La caridad es el cumplimiento de toda ley; es la reina de las leyes.

8.º Es reina, porque hace reyes á los que la poseen; les hace reinar sobre el prójimo, sobre ellos mismos y sobre Dios.

9.º Es reina, porque son suyos todos los bienes, todas las dignidades y todas las grandezas.

Cualquiera que haya guardado toda la ley, dice el apóstol Santiago, si quebranta un mandamiento, viene á ser reo de todos los demás: *Quicumque totam legem servaverit, offendat autem in uno, factus est omnium reus.* (II 10).

¿Y cómo es esto? Porque, dice S. Agustín, hiere la caridad, de la que depende toda ley, porque la caridad es el principio y la base de todas las leyes y de todas las virtudes. (In Psal.).

Todos los preceptos se hallan en germen en la caridad, dice S. Gregorio: *Omnia precepta sunt in radice caritatis.* (Moral.). Como un herbe que no creyendo un artículo de fe, pierde la fe, no sólo en lo relativo á este artículo, sino en lo relativo á todos los otros, así también el que viola una sola ley, viene á ser como si las violase todas, ofendiendo la caridad, que es el fundamento de toda ley.

Deber de los que practican la caridad.

La caridad hace de todos los hombres una sola familia perfectamente feliz. ¡Qué bueno es, qué dulce ver que los hermanos habitan juntos! exclama el Real Profeta: *Eccc quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum.* (CXIII. 4). La caridad fraternal es como el perfume derramado sobre la cabeza de Aarón que va destilando por su respetable barba y descendiendo hasta la orla de su vestidura, como el rocío que cae sobre el monte Hermon, como el que descendiendo sobre el monte Sion. Así descendiendo sobre la caridad la bendición del Señor, y el don de la vida que se prolonga hasta la eternidad. (Psal. CXXXII. 2-3). *Quoniam illic mandavit Dominus benedictionem, et vitam usque in seculum.* (CXXXII. 3).

Quien ama á su hermano, dice S. Juan, en la luz mora, y ca el no hay escándalo: *Qui diligit fratrem suum, in lumine manet, et scandalum in eo non est.* (I. II. 10).

El que practica la caridad fraternal, está en paz con Dios, con el prójimo y consigo mismo. El cielo y la tierra le bendicen.

Caridades de la caridad.

La caridad debe ser: 1.º Universal...; 2.º Continua...; 3.º Fuerte y activa...; 4.º Liberal y abundante...; 5.º Cordial y sincera... Tal ha sido la caridad de Jesucristo para nosotros...

Hé aquí las cualidades de la caridad, segun S. Pablo: 1.º Es paciente...; 2.º Es dulce y bienhechora...; 3.º No es envidiosa...; 4.º No es leñera ni precipitada...; 5.º No se enorgullece...; 6.º No es ambiciosa ni busca sus propios intereses...; 7.º No se ofende ni se agria...; 8.º No piensa mal...; 9.º No se alegra de la injusticia, sino que se alegra de la verdad...; 10. A todo se acomoda...; 11. Todo lo cree...; 12. Todo lo espera...; 13. Todo lo soporta...; 14. Jamás tendrá fin: *Caritas patiens est, benigna est; caritas non irascitur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa,*

non querit que sua sint, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati; omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet. Caritas nunquam ex-cidit. (I. Cor. XIII. 4-8).

El primer medio de tener caridad, es la humildad.... El segundo medio, es renunciar á nuestra voluntad propia.... El tercer medio, es preferirla á todo.... El cuarto, es ser paciente.... El quinto, es esforzarnos en calmar las impacencias y las iras de los otros, y sufrirlas....

Medios de tener caridad.

ANGELES.

Hay ángeles y
están en gran
número.

La Sagrada Escritura atestigua la existencia de los ángeles. Muchos pasajes, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, lo comprueban.

El número de los ángeles es muy grande. Si alguien tiene cien ovejas, dice Jesucristo, y una de ellas se extravía, ¿no deja á las noventa y nueve restantes en la montaña, y no corre á buscar la que se ha extraviado? (Matth. XVIII. 12). Por las noventa y nueve ovejas, los Santos Padres entienden los ángeles que han perseverado, y por la oveja perdida entienden al género humano. ¡Cuán grande es pues el número de los ángeles, puesto que son comparados con las noventa y nueve ovejas!

Hay cuatro co-
rros de ángeles.

Hay cuatro coros de ángeles, nombrados y distinguidos en la Escritura: los Angeles, los Arcángeles, los Tronos, las Dominaciones, las Virtudes, los Principados, las Potestades, los Querubines y los Serafines.

Los ángeles in-
terceden por su fe
en Jesucristo.

Los ángeles son también las ovejas del Hijo del hombre. Es su salvador y no su redentor, como lo es de los hombres, porque los ángeles no han pecado. Pero por él han merecido los ángeles todas las gracias y toda su gloria, esto es, su elección su predestinación, su vocación, todos los recursos suficientes, preventivos, concomitantes y eficaces; es el principio de su mérito y el aumento de su gracia y de su gloria. Habiendo los ángeles tenido una fe viva en Jesucristo hecho hombre, han sido justificados por esta fe. Así hablan algunos teólogos.

Hermosura de
los ángeles.

Habiendo salido Tobías, hallase con un joven de deslumbrante hermosura que llevaba ceñidos sus vestidos como un viajero pronto á ponerse en camino. (Tob. c. 5).

En los libros de los Macabeos se ve también descrito el esplendor de los ángeles. Varias veces, habiéndose aparecido los ángeles en la antigua ley, los hombres los tomaban por el mismo Dios y querían adorarles.... ¡Tan hermosos eran!

En el cielo, los ángeles forman la corte del Rey de los reyes; están rodeados de hermosura y de gloria como de un espléndido vestido.

Presencia de los
ángeles.

Los ángeles de los párvulos ven siempre la faz de mi Padre que está en los cielos, dice Jesucristo. (Matth. XVIII. 10).

Parecía que yo comía y bebía con vosotros, dijo el ángel á Tobías padre de hijo; pero yo uso un alimento invisible y una bebida

que los hombres no pueden ver: Videbar quidem vobiscum manducare et bibere; sed ego cibo invisibili et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor. (Tob. XII. 19).

El ministerio de los ángeles de la guarda consiste: 1.º en alejar los peligros, ya del cuerpo, ya del alma...; 2.º en iluminar, en instruir y en inclinar á buenos pensamientos, á piadosos deseos y á obras santas...; 3.º en impedir que los demonios subieran malos pensamientos, en alejar las ocasiones de pecado y en ayudar á vencer las tentaciones...; 4.º en ofrecer á Dios las oraciones de aquellos que ellos protegen...; 5.º en rogar por ellos...; 6.º en corregirlos si pecan...; 7.º en asistirles en la muerte, fortificarlos, ayudarlos, consolarlos, etc...; 8.º en conducir sus almas al cielo después de la muerte, y si van al purgatorio, en acompañarlos allí y consolarlos hasta que se hallen libres. El universo tiene un ángel de la guarda; cada nación, cada ciudad, cada parroquia, cada casa, cada particular tiene también el suyo.

El Señor, dice el Salmista, ha mandado á sus ángeles que os guarden en todos vuestros caminos: Angeli sui mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis. (XC. 11). Os llevarán en sus manos, no sea que vuestro pié tropiece con alguna piedra: In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum. (XC. 12).

Ved ahí, dice el Señor en el Exodo, que enviaré mi ángel que os preceda, os guarde en el camino, y os introduzca en el lugar que os he preparado. Respetad y escuchad su voz, y guardaos de despreciarle. (1).

Tobías dijo á su hijo y á su guía: ¡Ojalá sea feliz vuestro viaje: Dios vele en vuestro camino, y su ángel os acompañe! (2). Tobías dijo á su esposa desconsolada por la marcha de su hijo: No llores; nuestro hijo llegará al término de su viaje con buena salud; volverá entre nosotros de la misma manera, y tus ojos le verán; porque creo que el ángel de Dios le acompaña, que todo lo dispondrá en su favor, y que por consiguiente volverá lleno de alegría. (Tob. V. 26-27). ¡Hallase el ángel santo del Señor en vuestro camino, y él os preserve de todo peligro! dijo Rafael al hijo de Tobías cuando partió para volver á la casa de su padre. (3).

Los ángeles, dice la Escritura, están de pie ante el Señor. Estar de pie ante Dios significa: 1.º que los ángeles se dirigen á Dios y le piden su divina luz para conocer su voluntad en sus funciones; 2.º que le ofrecen las buenas obras, los sacrificios, las limosnas y las oraciones de los hombres; 3.º que están prontos á obedecer al Señor, como soldados preparados al combate y como servidores; 4.º que

Funciones
del ángel de la
guarda.

(1) Ecce ego mitto angelum meum, qui precedat te, et custodiat te, et introducat te in locum quem paravi. Observa cum, et audi vocem ejus, ne contemnas parvulum.

(2) Non llores, sed noster filius revertetur ad te cum bona salute, et videris inter nos, quia credo quod angelus domini cum eo sit, qui disponet omnia in favorem suum, et quod proinde revertetur repletus gaudio.

(3) Angelus domini stans ante te, et servans te, et liberans te de omni periculo. (Tob. x, n.)

asisten a los juicios de Dios defendiendo la causa de los hombres contra las acusaciones de los demonios, y aguardando la sentencia; 5.º que permanecen delante de Dios para alabarle, para contemplar su divina luz y gozar con esta vista de una felicidad suprema. Están siempre delante del Señor, porque no cesan de disfrutar de su presencia....

Observa: 1.ª la dignidad del alma, puesto que se le ha destinado un ángel para guardarla...; 2.ª la humildad del ángel en bajarse hasta nosotros...; 3.ª su caridad...; 4.ª nuestra felicidad...; 5.ª la bondad de Dios....

Felicidad y mansedumbre que nos protegen los ángeles.

La presencia de los santos ángeles, dice S. Antonio, es dulce y amable: no ríen, no gritan, no hablan; sino que, silenciosos, con bondad y dulzura se apresuran a derramar en nuestros corazones la alegría, el entusiasmo y la confianza; porque el Señor, que es el manantial de toda alegría, está con ellos. Entonces nuestro espíritu sin turbación, antes al contrario, sereno y tranquilo, queda iluminado con sus resplandores: entonces el alma, llena del deseo de las celestiales recompensas, buscando romper, si pudiese, la cárcel de su cuerpo y gimiendo bajo el peso de sus miembros, se apresura a ir con los ángeles al cielo. La bondad de los ángeles es tan grande, que si alguien, atendida la fragilidad de la condición humana, queda deslumbrado por su brillantez, alejan en seguida este temor y todo terror.

El mismo Santo indica las señales por las que puede reconocerse la presencia de los ángeles malos, que son los demonios. Cuando los malos espíritus están presentes, dice, los rostros se ponen tristes; se oyen ruidos horribles; estamos asaltados de pensamientos abominables; somos víctimas de movimientos desordenados, y el alma tiene y experimenta cierto estupor. Excitan el odio, el pesar, el disgusto; traen a la memoria el recuerdo del mundo; despiertan el sentimiento de haberle abandonado; hacen temer la muerte; inflaman la concupiscencia y hacen experimentar cansancio en la virtud; embolman el corazón. Pero si después del temor viene la alegría, la confianza en Dios y la caridad, sabed que vuestro ángel bueno está allí: él es quien os socorre, él quien os inspira y os dirige. (In. vii. patr.).

Dios vivo me es testigo, dijo Judith después de haber cortado la cabeza de Holofernes, que su ángel me ha guardado cuando he salido de la ciudad, durante mi permanencia en el campo, y a mi regreso: el Señor no ha permitido que yo, servidora suya, haya sido mancada, sino que me ha permitido volver a vosotros sin que haya sufrido ninguna mancha, llena de alegría por la victoria que me ha dado, por mi salvación y vuestra libertad. (Judith XIII. 2).

Cuando Judas Maccabeo y los suyos iban a combatir bajo los muros de Jerusalem, un ginete le salió al encuentro: iba con su vestido blanco, tenía armas de oro y agitaba su lanza. Entonces todos bendijeron juntos la misericordia del Señor, llenos de confianza y pron-

tos a desafiar no sólo a los hombres, sino a las bestias más feroces, despreciando los muros de hierro. Iban pues apresuradamente ayudados del cielo, y el Señor, infinitamente bueno, velaba por ellos. Se precipitaron como leones sobre sus enemigos, y los destruyeron. (II. Mach. XI. 8-10). En efecto: no hay obstáculos, insuperables, seres invencibles, nada imposible, nada difícil para un ángel.

Un ángel bajo hacia Azarias y sus compañeros en el horno, y apartó la llama, hizo soplar un viento fresco como la brisa de la mañana, y el fuego no les alcanzó ni les causó el menor mal. (Dan. III. 49-50). Entonces Nabucodonosor, rompiendo el silencio, exclamó: Bendito sea el Dios de Sidrach, de Misach y de Abdenago; ha enviado a su ángel, y libertado a sus servidores que creyeron en él. (Dan. III. 95).

El Dios a quien sirvo, dice Daniel en la fosa de los leones, ha enviado a su ángel, ha cerrado las fauces de las fieras, y no me han hecho daño alguno. (Dan. XI. 22).

San Pedro es arrojado; baja su ángel, ilumina la cárcel, rompe las cadenas del príncipe de los apóstoles, abre las puertas y le dice: Levántate presto y al punto se le cayeron las cadenas de las manos. Puesto Pedro en libertad, y desaparecido de su vista el ángel, vuelto en sí dijo: Ahora veo que el Señor ha enviado a su ángel, me ha libertado de la mano de Herodes y de la expectación de todo el pueblo judaico.

Dios ha mandado a sus ángeles que os cuiden. (Psal. XCIII). ¡Cuánto respeto y reconocimiento deben inspiraros estas palabras! dice S. Bernardo: ¡cuánta confianza deben daros hacia vuestro ángel de la guarda, cuánto respeto por su presencia, cuánto reconocimiento por su benevolencia, y cuánta confianza por sus desvelos! No hagáis delante de él lo que no os atreveríais a hacer delante de mí. (Quantum tibi debet hoc verbum inferre reverentiam, asserre devotionem, conferre fiduciam! Reverentiam pro presentia, devotionem pro benevolentia, fiduciam pro custodia. Tu ne audeas, illo presente, quod, vidente me, non audeas. (In Psal. XC. Serm. XII).

Señor, dice el Salmista, haré oír los cánticos en vuestra gloria a presencia de los ángeles: In conspectu angelorum psallam tibi. (CXXXVII. 2).

Enviaré a mi ángel delante de vosotros, dice el Señor: respetadle, escuchad su voz y no lo despreciéis, porque si haceis algún mal, no os lo pasará, y en él se halla el nombre mío. Y si escucháis su voz y observáis mis mandamientos, seré el enemigo de vuestros enemigos, y alijaré a los que os alijan. (Exod. XXIII. 21-22).

Lo que debemos a los ángeles de la guarda.

Qué vida debemos llevar en su presencia.

palabra, ángeles en la tierra á fin de merecer estar reunidos con ellos en la mansión de la gloria. S. Pablo nos lo dice: Ya no sois extraños ni advenedizos; sino que pertenecéis á la ciudad de los Santos y á la casa de Dios; *Jam non estis hospites et advena, sed cives sanctorum, et domestici Dei.* (Eph. II. 19.)

Es preciso no perder de vista la presencia de nuestros ángeles custodios; debéis rogarlos, hablarles á menudo y darles gracias....

Es preciso no entristecerlos ni afligirlos con nuestros pecados.... Los ángeles de la paz, dice Isaias, lloraban amargamente: *Angeli pacis amare flebant* (XXXIII. 7). Evitémosles esas lágrimas amargas; seámos su alegría....

Así como el humo alienta á las abejas, dice S. Basilio, y el mal olor á las palomas, así el pecado, esta llaga miserable y asquerosa, aleja de nosotros al ángel custodio de nuestra vida: *Sicut fumus apes, et fœtor columbas fugat, sic miserabile et putidum peccatum repellit eum nostram custodem angelum.* (In Psalm.). Huyamos pues del pecado y evitémoslo, ya que es el enemigo mortal de Dios, de los ángeles y de los hombres.

APÓSTOLES (Los).

JESUCRISTO escogió doce apóstoles, y tan sólo doce, para representar á los doce patriarcas hijos de Jacob. Y como los doce patriarcas fueron los padres del pueblo judaico, los doce apóstoles han sido los padres espirituales del pueblo cristiano.

Porque los apóstoles son en su manera de doctores.

Este número de doce, dice Santo Tomás (*Caten. aur.*), estaba significado por los doce hijos de Jacob, por los doce principes de los hijos de Israel, por las doce fuentes de Elin, por las doce piedras del Racional, por los doce panes de proposición, por los doce espías, por las doce piedras tomadas en el Jordán con las cuales se construyó un altar, por los doce bueyes que sostenían la fuente de bronce, por las doce estrellas que forman la corona de la Esposa de que nos habla el Apocalipsis, por los doce fundamentos de la ciudad celestial, por las doce puertas de la Santa Sion.

Comentando aquellas palabras de S. Lucas (VI): *Jesucristo escogió doce apóstoles etc.*; dice S. Agustín: ¡O misericordia inmensa del Arquitecto divino! Sabía que si escogía un senador, éste le diría: He sido elegido por causa de mi dignidad; si hubiese escogido á un rico, este rico le habría dicho: Mi fortuna es la que me ha hecho elegir; si se hubiese dirigido á un rey, éste habría pensado: Mi poder ha hecho recaer en mí la elección. Un arador habría creído que á su elocuencia debía el ser elegido; un filósofo lo hubiera atribuido á su subiduría. Traedme luego á aquellos pescadores. Venid vosotros, pobres; nada tenéis, nada sabéis, seguidme; dejad de ser pescadores de peces. Los pescadores dejan sus redes, reciben la gracia, y se convierten en mensajeros de la buena noticia; bien pronto el universo oye la voz de los pescadores, los sus cartas, los obedece, y los grandes oradores, los sabios, los ricos y los reyes inclinan la frente y se someten. (*Cleti. Dei*).

Porque escogió Jesucristo á unos pobres.

Dios, dice S. Pablo á los Corintios, ha escogido á los menos entendidos segun el mundo, para confundir á los sabios; ha escogido á los débiles segun el mundo, para confundir á los fuertes; ha escogido á los más viles, á los más despreciables segun el mundo, y á los que no eran nada, para vencer á los más grandes; y esto á fin de que ningún hombre se jacte delante de él: *Quæ stultia sunt mundi, elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.* (I. i. 27). *Et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret.* (Ibid. 28). *Ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus.* (Ibid. 29).

El mundo tiene la costumbre de admirar tres cosas: la sabiduría, el

poder, y la nobleza. Dios las desprecia todas tres en la vocacion de los hombres á la fe, á la justicia y á la salvacion. Hasta va á escoger tres cosas distintas de las que gustan al mundo. Escoge á los menos sabios segun el mundo, á los menos poderosos, á los últimos del pueblo, á fin de manifestar que su obra era divina. Más tarde, niños y jóvenes y débiles vírgenes vencerán á los reyes, á los tiranos y á los suplicios.

Vista de los apóstoles.

Los apóstoles vivían sobre la tierra, y sin embargo todas sus obras fueron superiores á las que vemos en la tierra, dice S. Gregorio: *In terra viventes, extra terram fuit omne quod egerunt.* (Homil. in Exang.). Aunque revestidos de un cuerpo de carne, dice S. Pablo, no militamos segun la carne: *In carne ambulantes non secundum carnem militamus.* (II. Cor. X. 3). Viven pobres, no desean ni buscan nada en la tierra: han muerto para todo, para no vivir mas que de Dios y por Dios. Son antorchas que brillan por medio del buen ejemplo; derraman en todas partes el buen olor de Jesucristo, convirtiéndose en imitadores suyos.

Los apóstoles no vivían para sí, no morían por ellos mismos, sino que vivían y morían por Jesucristo, que en favor suyo habia dado su vida. Vivían y morían por la salvacion de las almas. Su vida, su doctrina y su muerte nos insinúan y nos dicen de qué modo debemos creer, vivir y morir.

Su vida estuvo llena de todas las virtudes, de las más sublimes virtudes; ellas dirigieron sus actos de cada día y de todos los instantes; y ellos vivieron y murieron mártires de la más ardiente caridad.

Cabe de los apóstoles y apóstoles de que son autores.

Los apóstoles son los grandes fundadores de la Iglesia; son sus principales oradores, la trompa del Evangelio, la poderosa voz del Verbo, el armonioso instrumento del Espíritu Santo, la copa llena de divina gracia, los mejores soldados de Jesucristo, los guías seguros del pueblo cristiano, el lugar de las delicias en donde Dios sentó su morada, la canal por cuyo medio nos ha venido la fe, una miel embriagadora, una fortaleza de paciencia, los hijos del consuelo, los maestros de la piedad, las columnas y el sosten del cristianismo, una torre inexpugnable, una base segura, un muro indestructible, un puerto para los naufragos, los arquitectos más hábiles y más nobles; llevan una vida de pureza, tan bella como la de los ángeles; son el socorro de los pobres, el consuelo de las viudas, los tutores y los padres de los huérfanos. Son el tesoro de los misterios de Jesucristo, los médicos del universo enfermo y agonizante, los celosos pastores del rebaño fiel, los conductores de las naciones, el receptáculo de las virtudes celestiales, vasos de eleccion, y templos del Espíritu Santo. Animados por Jesucristo, le conquistaron el mundo.

Isaías, que habia visto los apóstoles á la luz de las revelaciones

proféticas, exclamaba trasportado de alegría: ¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian la paz y la felicidad, y predicán la salvacion! *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bonam!* (III. 7).

Los pies de los apóstoles son dignos de alabanza: 1.º á causa de la velocidad con la cual recorrieron el mundo entero...; 2.º á causa del valor que los dirigió...; 3.º por su blancura sin mancha...; 4.º por su radiante y celestial hermosura.

Y fin en memoria de las palabras de Isaías, dice Orígenes, que Jesucristo lavó los pies de sus apóstoles. (Homil. II.)

Así como la primavera hace renacer, germinar y florecer la naturaleza, la venida de Jesucristo y de los apóstoles resucitó al mundo, y le hizo producir en abundancia las flores y los frutos de las más sublimes virtudes....

Los apóstoles, dice S. Crisóstomo, fueron los predicadores de Jesucristo, los defensores de la verdad, los atletas de Dios, los órganos del Espíritu Santo, los jefes propuestos en defensa de la Religión, los príncipes de la Iglesia, los pontífices de la santidad. (4).

Me serviréis de testigos, dice Jesucristo á sus apóstoles, hasta los confines del mundo: *Eritis mihi testes usque ad ultimum terræ.* (Act. I. 8). Me serviréis de testigos con vuestros milagros, con la santidad de vuestra vida, con vuestra predicacion, y con la eficacia de vuestra sabiduría, no humana, sino divina.

Jamás se ha visto nada comparable con los apóstoles, prosigue S. Crisóstomo: ministros de la palabra de Dios, sus manos tocaron al Verbo divino, y le siguieron en sus predicaciones, comieron con él, y oyeron mil veces la voz de Aquel que con una sola palabra todo lo creó. Envolvieron al mundo entero con sus palabras, de la misma manera que se coge á un pez con ayuda de unas redes. Recorrieron todo el universo; arrancaron los errores y la zizania; derribaron los altares y destruyeron los templos de las divinidades paganas; aniquilaron á los ídolos como á otras tantas fieras devoradoras; arrojaron á los demonios, lobos furiosos; reunieron al rededor de ellos una iglesia numerosa, como el pastor reune un rebaño de corderos; agruparon á los fieles, como granos de trigo de Dios; echaron á los lejos las hierbas, como paja destinada al fuego; iniciaron del judaismo una yerba cortada y seca; redujeron á cenizas las escuelas de los filósofos; labraron y cultivaron la naturaleza humana con el arado de la cruz, y esparcieron en ella la palabra de Dios como una simiente celestial. (Ibid.).

Los apóstoles, prosigue todavía aquel sublime doctor, eran viadores, pescadores, fuertes columnas, médicos, guías, doctores, puertos, pilotos, pastores, atletas, guerreros, vencedores. Son el sosten de la Iglesia, son la base del edificio. Jesucristo dijo á S.

(4) Fuerunt Apóstoli preceps Christi, pugiles veritatis, adilecti Dei, organa Spiritus Sancti, relictorum principes, zizanthii amatores. In Homil. octa.

Pedro: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia. Son puerros seguros; porque pueden poner al abrigo de las tempestades del infierno, del crimen y de la impiedad. Son pilotos: han conducido al mundo entero por la vía de la justicia. Son pastores: han ahuyentado a los lobos y conservado a las ovejas. Son labradores: han arrancado las espinas del campo del Señor. Son vinadores: han plantado la vid de la piedad y de la virtud, y de esta vid es de la que sale el vino que hace vírgenes. Son médicos: porque han curado al género humano. Son guerreros: han derrotado a los ejércitos del infierno. Son vencedores: han triunfado del demonio, del mundo, de las pasiones y de los vicios. (Ibid.).

El ruido que han hecho los apóstoles, dice el Salmista, se ha extendido por todo el universo, su voz ha resonado hasta las extremidades de la tierra: *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terrae verba eorum.* (XVIII. 4). Los apóstoles son justamente comparados con los cielos que proclaman la gloria de Dios: *Caeli enarrant gloriam Dei.* (Psal XVIII. 1). Porque se elevan sobre la tierra por medio de la contemplación; tienen la inmensidad del amor, la luz de la sabiduría, la seguridad de la paz, el movimiento rápido de la inteligencia y de la obediencia; derraman la lluvia fecunda de la enseñanza; hacen oír el trueno de las reprensiones; brillan como el relámpago con sus milagros; el rayo que lanzan, aplasta el vicio y aterroriza al infierno; en fin, procuran a la tierra bienes innumeros, sin pedirle nada, y movidos tan sólo de la liberalidad más pura.

Con su vida, con su predicación y sufrimientos, los bienaventurados apóstoles, dice S. Bernardo, nos han enseñado a practicar la prudencia, la salubridad y la paciencia: *Etenim in conversatione continentiam, in predicatione sapientiam, in passionis sua patientiam nobis beati apostoli contulerunt.* (Lib. Consid.).

Se lee en la Escritura que el profeta Elias se levantó como un fuego, y sus palabras eran como ardientes teas: *Et surrexit Elias propheta, quasi ignis, et verbum eius quasi facula ardebat.* (Eccli. XLIII. 1). Elias fué el tipo de los apóstoles, de aquellas flechas de fuego lanzadas por el arco extraordinariamente tendido por Jesucristo crucificado, flechas que hirieron a los hombres, atravesándolos, y encendiendo en su corazón el amor a Dios, á tener de aquellas palabras del Salmista: Hará llover sobre sus enemigos flechas abrasadoras. *Sagittas suas ardentibus efficit.* (VII. 14). El arco, dice S. Agustín, es la fuerza del nuevo Testamento, que ha sujetado la dureza del antiguo. Los apóstoles son llamados flechas, porque transmiten los divinos oráculos que hieren los corazones y los llenan de amor a Dios. No con otra flecha estaba herida la Esposa de los Cantábricos, cuando exclamaba: Estoy herida de caridad. (II. 5). Las flechas del Omnipotente son agudas y abrasadoras, dice el Salmista. (CMIX. 4). En efecto: los que están heridos con estas flechas y abrasados de amor a Dios, desprecian los vanos discursos y los esfuerzos de cual-

quiera que pretenda detenerles; dicen con S. Pablo: ¿Quién me separará del amor á Jesucristo? (Rom. VIII. 35.—S. Agust. in his verbis psal.: *Sagittas suas ardentibus efficit*).

¿Quiénes son aquellos, pregunta Isaías, que vuelan presurosos como nubes y como palomas que se dirigen á su asilo? *Qui sunt isti, qui ut nubes volant, et quasi columbae ad sanctuarium suum?* (IX. 8).—Por estas nubes y estas palomas, S. Gregorio, S. Jerónimo y otros Padres entienden los apóstoles. Porque, 1.º como las nubes que se elevan de la tierra al cielo, los apóstoles han sido elevados hasta Dios; y refieren su gloria todavía más con su vida que con sus palabras; 2.º así como las nubes son los receptáculos del rocío, y dejan caer la lluvia sobre la tierra á fin de fecundizarla, los apóstoles son los canales de la gracia de Dios; derraman la lluvia de su palabra en las almas, y ésta les hace producir buenas acciones; 3.º así como las nubes son la obra del sol que las reune y las condensa; á fin de regar la tierra, así también los apóstoles son la obra de Dios que les comunica el fuego y la fecundidad espiritual, á fin de que la derramen en los corazones; 4.º de la misma manera que las nubes se encuentran á menudo mezcladas con el trueno y el rayo, así también los apóstoles unen á sus dulces exhortaciones las amenazas y el ruido de la cólera y de la venganza divina. Esta comparación es de S. Agustín. (In Psal.).

Escuchad ahora á S. Gregorio: Los apóstoles, dice, son llamados nubes, porque dejan caer la lluvia de sus predicaciones, y hacen brillar los relámpagos de sus prodigios. Vuelan como nubes; están más bien en el cielo que en la tierra; no la tocan más que con el extremo de sus pies; su espíritu, su alma y su corazón están en el cielo. (Moral.).

Enviare, dice el Señor por boca de Jeremías, á unos pescadores que les cogerán en sus redes: *Ego mittam piscatores, dicit Dominus, et piscabuntur eos.* (XVI. 16). Y Jesucristo dijo á sus apóstoles: Seguidme y os convertiré en pescadores de hombres: *Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum.* (Matth. IV. 19). Y estos divinos pescadores han envuelto á los hombres; les han sacado del océano del crimen y de la muerte, les han devuelto la vida, y les han puesto en el puerto de la felicidad eterna.

El sol en su carrera ilumina al universo; lo mismo hacen los apóstoles. Jesucristo, dice S. Crisóstomo, hizo radiar en todas partes á sus apóstoles, como el sol luce radiar su luz. Todas sus acciones brillaron como los astros: *Omnia illorum facta, tamquam sidera effulserunt.* (In Matth. c. X.). Por esto Jesucristo les decía: Vosotros sois la luz del mundo: *Vos estis lux mundi.* (Matth. V. 14.) Mirad, contemplad los astros, y pasmosos de su esplendor: *Intueri astra huc, et illorum splendorem obstupescere.* El cielo, continúa este grande doctor, ha bajado á la tierra: *Caelum factum est terra.* Y en efecto: ¿que estrellas brillan como los apóstoles? *Quia enim tales stellas sicut apostoli?*

Una que ilumina
como los apóstoles
brillan.

Las estrellas están debajo del firmamento; y los apóstoles se elevan sobre el cielo. Las estrellas resplandecen con un fuego material é insensible; los apóstoles derraman una luz espiritual que da la inteligencia. Las estrellas brillan durante la noche, pero quedan oscurecidas durante el día; los apóstoles brillan con sus virtudes noche y día; brillan en la noche del tiempo, y brillarán para siempre en el grandía de la eternidad. Las estrellas se oscurecen á la salida del sol; pero el brillo de los apóstoles no se apaga ni aún en el momento en que resplandeció Jesucristo, el sol de justicia. Las estrellas, el día de la resurrección, cuernan como las hojas; el día de la resurrección los apóstoles serán llevados por los aires encima de las nubes. (1). El pueblo que andaba en las tinieblas, vió una gran luz dice Isaías; vieron claro los que habitaban la región de las sombras de la muerte: *Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam; habitantes in regione umbræ mortis, lux orta est eis.* (Is. 2). Esta luminosa luz de que nos habla el Profeta, es Jesucristo, y después los apóstoles,....

Como su divino Maestro, los apóstoles eran la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: *Erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (Joann. I. 9.) Jesucristo es el camino, la verdad y la vida; los apóstoles enseñan y manifiestan al mundo este camino, esta verdad y esta vida.

Estos hombres son hombres de misericordia, cuyas obras de piedad no han caído en olvido: *Illi viri misericordie sunt, quorum pietates non defuerunt.* (Eccli. XLIV. 10).

Nuestra madre la Santa Iglesia, hermanos míos, aplica muy justamente á los apóstoles las palabras que anteceden. Ellos son, en verdad y de un modo cabal, hombres de misericordia; ya porque han recibido misericordia, ya porque, llenos de compasión, la derraman sobre los hombres, ó tambien porque Dios nos los ha enviado como prueba de su perdón; son hombres llenos de bondad, dados á la Iglesia toda. No han cesado de consolar, de enjugar lágrimas, de aliviar, de instruir, de ilustrar, de curar, etc. (Serm. in festo SS. Petri et Pauli).

Se han acordado de las palabras de su divino Maestro: No corteis la caña medio rota; no apagueis la mecha que todavía humea; perdonad siempre; yo no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores,.... Todo lo sacrifican para conquistar corazones á Jesucristo,.... Sólo la caridad y la misericordia les lleva á sacrificarse cada día por la salvación de todos los hombres. Se compadecen de

(1) Stelle in cælis apostoli super cælos. Stelle de igne insensibili, apostoli de igne intelligibili. Stelle in nocte lucent, in die obscurantur, apostoli, in die et nocte suis radiis, hoc est virtutibus, effulgent. Stelle, orto sole obscurantur, apostoli, sola justitie resplendente, suo claritate hincunt. Stelle in resurrectione cident sicut folia; apostoli in resurrectione capiuntur in vera in aulibus. Homil. de Pentecost.

todas las miserias, de todas las enfermedades; mezclan sus lágrimas con las de los que lloran,....

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella, dice Jesucristo al jefe de los apóstoles: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam; et porta inferi non prevalebunt adversus eam.* (Matth. XVI. 18). Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra, será tambien ligado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será tambien desatado en los cielos. (Matth. XVI. 19). Ved ahí, les dijo á todos, que os doy poder para andar sobre serpientes y escorpiones, y pisotear la fuerza del enemigo; nada os dañará. (Luc. X. 19). Os hallaréis revestidos con la fuerza que viene de lo alto, añade todavía. (Luc. XXIV. 49).

El Señor, dice S. Agustín, dió á sus apóstoles poder sobre la naturaleza para que la curasen; sobre los demonios para derribarlos; sobre los elementos para cambiarlos; sobre la misma muerte para que no le concedieran más que desprecio; y les hizo en fin más poderosos que los ángeles, para que consagrasen el cuerpo del Señor: *Dedit Dominus apostolis potestatem super naturam, ut eam curarent; super demones, ut eos evertent; super elementa, ut ipsa immutarent; super mortem, ut eam contemnerent; super angelos, ut corpus Domini conservarent.* (In Serm. de Apostolis).

Son omnipotentes en palabras y en obras. Como su divino Maestro, dió vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos; endereza á los cojos; curan, sólo con su sombra, toda clase de enfermedades; mandan á las tempestades, y resucitan los muertos; hacen temblar á los reyes, y palidecer á los tiranos. Derrotan el infierno, destruyan los ídolos, derriban los templos paganos, cambian los lobos en corderos, convierten las naciones y hablan todas las lenguas. No temen ni amenazas, ni cadenas, ni cárceles, ni suplicios, ni muerte. Aquellos doce hombres sin armas, sin dinero, sin apoyo, sin soldados, son más fuertes que todos los ejércitos y que el mundo entero,....

Los apóstoles; dice S. Bernardo, tocan la trompa de la salvación; resplandecen sus milagros, y el mundo cree; lo que dicen, se cree pronto que es verdad, porque lo manifiestan con prodigios que sorprenden al entendimiento: *Insonat tuba salutaris; coruscant miracula; et mundus credit; cito persuadet quod dicitur, dum, quod attingitur, ostenditur.* (Serm. XXVII. in Cant.).

Es fácil vencer á un numeroso ejército, dice Judas Macabeo; y ante el Dios del cielo no hay diferencia entre un número mayor y otro más pequeño. Porque la victoria no está en el gran número de soldados, sino en la fuerza que viene de arriba. (I. III. 18-19).

Así Gedeon dispersó á ciento veinte mil Madianitas con trescientos hombres desarmados. Abraham, con trescientos hombres, venció tambien á cuatro reyes. Judith derribó á Holofernes, David á Goliath.

Duración de los
beneficios de
los apóstoles.

Los apóstoles, llenos de bondad, de gloria y de poder, no han dejado ni dejarán nunca de rogar por toda la Iglesia, ni de protegerla, dice S. Bernardo. Sus ejemplos atraviesan los siglos, y la religión que han establecido en nombre de Dios, no puede ser destruida, cimentada como está sobre una roca. (Serm. XXVII. in Cant.).

Todos sus bienes seguirán en manos de su posteridad; sus nietos son una herencia santa; y, á causa de ellos, sus hijos jamás perecerán, dice el Eclesiástico: *Cum semine eorum permanent bona, hereditas sancta nepotes eorum; et filii eorum propter illos usque in aeternum manent.* (XLIV. 14-18).

AVARICIA.

Las riquezas, dice S. Ambrosio, se llaman así porque dividen y desgarran el alma: *Divitia dictæ sunt, eo quod dividant, distrahantque mentem.* (Serm. V).

La palabra avaro significa ávido de oro, dice S. Isidoro: *Avarus, quasi auri avidus.* (Lib. X. Origine).

Ser avaro, dice S. Agustín, no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con inmoderado ardor. Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro. (1).

No amontoneis tesoros en la tierra, dice Jesucristo en S. Mateo; porque en ella los devoran el mohó y la polilla, y los ladrones los desentieran y roban: *Nolite thesaurizare vobis thesaurum in terra, ubi arugo et lima demolitur, et ubi fures effodiunt et furantur.* (VI. 19). Observad estos tres géneros de destrucción: la polilla echó á perder los vestidos, el orin consume el hierro, y los ladrones roban el oro y la plata. Jesucristo aparta al hombre del amor á las riquezas por tres motivos: 1.º porque pasan y se corrompen; 2.º porque ciegan el espíritu; y 3.º porque se apoderan del alma entera, y la impiden servir á Dios.

¿Qué locura, exclama S. Crisóstomo, colocar vuestros tesoros en un lugar que debéis abandonar, y no enviarlos allí á donde habeis de ir! Amontona las riquezas en el lugar de vuestra patria. (2).

Los campos de un hombre rico habian producido muchísimos frutos, dice Jesucristo, y el rico, meditando, decía para sí: ¿Qué haré? No sé dónde encerrar mi cosecha y todos mis bienes. Pero ya sé lo que he de hacer: derribaré mis graneros, construiré otros mayores, y reuniré en ellos mis frutos y mis bienes, diciéndole á mi alma: Alma mía, tienes muchos bienes reunidos para muchos años; descansa, come, bebe y alégrate. (Luc. XII. 16-19). Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche van á pedirte tu alma; y las cosas que tienes, ¿de quién serán? *Dixit autem Deus: Stulte, hac nocte animam tuam repetat á te; quæ autem parasti, cuius erunt?* (XII. 20). Tal será la muerte del que acudala mucho oro y no es rico en Dios: *Sic est qui sibi thesaurizat, et non est in Deum dives.* (XII. 21).

(1) *Avaritia non in solo argento, sed in omnibus rebus, quæ inmoderate expendantur, intelligenda est; ubi omnes omnia pice vult quisque, quæ non est. In Paul.*

(2) *Quæ stultitia ille relinquere unde exiturus es, et non illic promittere quo iturus es! Thesauriza tibi patriam habes. Rom. XI. VII.*

Duración de los
beneficios de
los apóstoles.

Los apóstoles, llenos de bondad, de gloria y de poder, no han dejado ni dejarán nunca de rogar por toda la Iglesia, ni de protegerla, dice S. Bernardo. Sus ejemplos atraviesan los siglos, y la religión que han establecido en nombre de Dios, no puede ser destruida, cimentada como está sobre una roca. (Serm. XXVII. in Cant.).

Todos sus bienes seguirán en manos de su posteridad; sus nietos son una herencia santa; y, á causa de ellos, sus hijos jamás perecerán, dice el Eclesiástico: *Cum semine eorum permanent bona, hereditas sancta nepotes eorum; et filii eorum propter illos usque in aeternum manent.* (XLIV. 14-18).

AVARICIA.

Las riquezas, dice S. Ambrosio, se llaman así porque dividen y desgarran el alma: *Divitis dicti sunt, eo quod dividant, distrahantque mentem.* (Serm. V).

La palabra avaro significa ávido de oro, dice S. Isidoro: *Avarus, quasi auri avidus.* (Lib. X. Origine).

Ser avaro, dice S. Agustín, no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con inmoderado ardor. Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro. (1).

No amontoneis tesoros en la tierra, dice Jesucristo en S. Mateo; porque en ella los devoran el mohó y la polilla, y los ladrones los desentieran y roban: *Nolite thesaurizare vobis thesaurum in terra, ubi arugo et lima demolitur, et ubi fures effodiunt et furantur.* (VI. 19). Observad estos tres géneros de destrucción: la polilla echó á perder los vestidos, el orin consume el hierro, y los ladrones roban el oro y la plata. Jesucristo aparta al hombre del amor de las riquezas por tres motivos: 1.º porque pasan y se corrompen; 2.º porque ciegan el espíritu; y 3.º porque se apoderan del alma entera, y la impiden servir á Dios.

¿Qué locura, exclama S. Crisóstomo, colocar vuestros tesoros en un lugar que debéis abandonar, y no enviarlos allí á donde habeis de ir! Amontona las riquezas en el lugar de vuestra patria. (2).

Los campos de un hombre rico habian producido muchísimos frutos, dice Jesucristo, y el rico, meditando, decía para sí: ¿Qué haré? No sé dónde encerrar mi cosecha y todos mis bienes. Pero ya sé lo que he de hacer: derribaré mis graneros, construiré otros mayores, y reuniré en ellos mis frutos y mis bienes, diciéndole á mi alma: Alma mía, tienes muchos bienes reunidos para muchos años; descansa, come, bebe y alégrate. (Luc. XII. 16-19). Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche van á pedirte tu alma; y las cosas que tienes, ¿de quién serán? *Dixit autem Deus: Stulte, hac nocte animam tuam repetat á te; quia autem parasti, cuius erant?* (XII. 20). Tal será la muerte del que acudala mucho oro y no es rico en Dios: *Sic est qui sibi thesaurizat, et non est in Deum dives.* (XII. 21).

(1) *Avaritia non in solo argento, sed in omnibus rebus, quæ inmoderate expendantur, intelligenda est; ubi omnes similes pice vult quisque, quem sat est. In Paul.*

(2) *Quæ stultitia illi relinquere unde exiturus es, et non illic promittere quo iturus es! Thesauriza ubi patriam habes. Rom. II. XXVIII.*

Lo que no podemos llevar con nosotros, no nos pertenece, dice S. Ambrosio; sólo la virtud acompaña a los difuntos (1).

El sabio es rico tan sólo porque nada desea....

El avaro, en su locura amontona tesoros, e ignora para quién los reúne, dice el Salmista: *Thesaurizat, et ignorat cui congregabit ea* (XXXIII. 7). Dejará sus riquezas a extraños, y no le quedará más que el sepulcro: *Et relinquunt alienis divitias suas; et sepulcra eorum domus illorum in aeternum*. (Psal. XLVIII. 44-49).

Yod las necesidades que cometen los ávaros: La primera es poseer inútilmente una fortuna, puesto que no se atreven a valerse de ella. La segunda es amontonar, por medio de un trabajo continuo y cuidados indefinibles, riquezas que otros han de devorar. La tercera es ser crueles para consigo mismos, despreciarse y atormentarse, sin osar alegrarse y disfrutar de sus bienes. La cuarta es no hacer nunca bien a nadie, sino sin saberlo y contra su voluntad. La quinta es entregarse a una pasión insaciable. La sexta es no comer ni el pan suficiente para la vida; la mesa del avaro es triste y sorrida con pobreza. La séptima es no pensar en que ha de morir pronto, él, que acumula riquezas como si hubiese de vivir siempre. La octava es privarse de la recompensa debida a la limosna, en tanto que en la hora de su muerte deja a pesar suyo sus tesoros a unos herederos muchas veces olvidados e ingratos. La novena es renunciar a honrarse por medio de la liberalidad, cubriéndose de vergüenza y de oprobio, triste patrimonio de la avaricia. La décima es no hacerse digno de los beneficios de Dios, y no tratar de ser feliz, ya en esta vida, ya en la otra por toda la eternidad. Porque Dios es bueno para los hombres generosos y caritativos; pero es avaro para los ávaros y les hiere con un martillo.....

Si considerais el alma del avaro, la encontraréis semejante a un vestigio roído por los gusanos; la veréis herida cruelmente por todas partes, gangrenada por el pecado y cubierta con el hollín del mal. Al contrario, el alma del hombre caritativo y desinteresado brilla como el oro, resplandece como el diamante, se abre como la rosa. No teme ni la polilla, ni el molho, ni los ladrones, se ve libre de la inquietud que dan los negocios de la tierra....

Los que quieren ser ricos, dice S. Pablo a Timoteo, caen en la tentación y en los lazos del demonio, y en muchos deseos inútiles y perniciosos que precipitan a los hombres en un abismo de perdición y de condenación. Porque la avaricia es la raíz de todos los males: hace perder la fe y nos arroja en medio de grandes dolores. (2)

(1) Non nostra sunt, quae non possumus ambire nobiscum. Sola virtus comes est dis-
functorum. *Lth. de Nib.*

(4) Qui voluit divites fieri, incidit in tentationem et in laqueum diaboli, et in diversa media litibus, et nociva, quae iungunt homines in interitum et perditionem. Nam cum omnium unanimitate est capitulos, quomodo quidem appetunt, errorum a fide, et inserunt, ut dolores multos. I. vi. 9-10.

Enojos, diligencias, desvelos, decepciones, pesares, temores, trabajos, contradicciones, desesperacion, etc., he aqui los frutos que recoge el avaro: *Inseruant se doloribus multis*. Servirse del dinero, es una cosa muy buena, dice S. Bernardo; abusar de el, es un mal; buscarlo por avaricia y amarlo, es una conducta vergonzosa y degradante: (*De Considerat.*, c. XIV).

fluid de la avaricia, dice S. Prospero; si quereis riquezas, os vereis llenos de dificultades para descubrirlas, de trabajo y de penas para procurárolas, de cuidados para conservarlas, de amargura para gozar de ellas, y de dolor al perderlas. (De Vit. Contempl., lib. II, c. III).

O hombre á quien la avaricia agita y atormenta exclama S. Agustín, caro te cuesta tu pasión. Se ama á Dios sin cansancio, y avaricia, por el contrario, impone peligros, tristezas, tribulaciones; y ¡consueltas en sufrir todos estos males! ¿Con qué fin? Para tener con qué llenar vuestro cofre y perder la tranquilidad. Mucha mayor paz teniais antes de poseer nada, que después de haber empezado á reunir. Mirad lo que la avaricia os ha hecho hacer: habeis llenado de riquezas vuestra casa, y temeis ser robado; habeis adquirido oro, y perdistséis el sueño, ¡ah! os sucede lo mismo con la posesión de Dios. Basta amarle para obtenerle y conservarlo. (1).

Segun los poetas y la fábula, Pluto, Dios de las riquezas, es ciego de nacimiento; y ciega a los que le honran, dice Clemente de Alejandria (*Lib. IV. Strom.*).

Sacrificad vuestro dinero, dice S. Agustín, para comprar reposo y tiempo para servir á Dios: *Perde nummos; ut emas tibi quietem, tempus vacandi Deo.* (In Psal. XII).

La avaricia, dice S. Bernardo, está sobre un carro sostenido por cuatro ruedas que son cuatro vicios: la pusilanimidad, la inhumanidad, el desprecio de Dios, y el olvido de la muerte. Los caballos que la arrastran, son la tenebrosidad y la rapacidad; el cochero que los guía, es el furor de acaudalarse. La avaricia no quiere tener muchas personas á expensas suyas; se contenta con un criado. Pero este criado, pronto é infaligable ejecutor del trabajo que se le prescribe, se vale de dos fuertes látigos para herir á su compasión y hacer galopar á los caballos; estos látigos son la pasión de adquirir y el temor de perder. (2).

1) O hominem laboras timenda avaritiam, cum labore amaris quod amaris sine labore amaris Deo. Avaritia lucra et laboris, penuria, tristitia, irrationabilis et infidelitatis est. Quod illi et habet et non habet, et per se amantem, et per se amantem. Sic enim est laboris, cum cum labore amaris, cum et sine labore avaritia. Implet dominum timenda laboris, cum et labore amaris, per se amantem. Deus sine labore cum amaris, cum et labore amaris. 1. Cor. 13. 13. Joann.

(2) *Avicula rotu et loco vehiter custodit ciliatum, que sunt resiliantes, inermes, emulantes* De, in et acria. Porro juvenis trahit, benigne et repetit, et his una surge ambobus possit, inveni arbor. Sola sequitur avicula, quicquid, resiliens placet non patitur, uno contenta et avicula. Ipsi vero inveni opore promptu admodum quasi infallibiliter excedit, mirabile sane, juvenis trahentis: fuerit ultra avicula, illiusque benevolentia et metu munitio. *In Pall.*

Jesucristo llama espinas á las riquezas. (Matth. XIII. 22). Ensenadme, dice S. Crisóstomo, la conciencia del avaro, y vereis en ella una multitud de pecados, un temor continuo, la agitación, la turbación, terrores de todas clases, la sospecha y la ansiedad; el avaro hasta teme á los espíritus, recela de las sombras, de sus más fieles servidores, de los extraños que le visitan, de su compañera que él ha hecho semejante á sí; pero ¿qué digo? él se teme á sí mismo. (Homil. ad pop.)

La avaricia, dice S. Ambrosio, tiene envidia á todos los hombres, vil para sí misma, pobre en el seno de las más grandes riquezas, se consume en un afecto desordenado por lo que posee: *Omnibus invidia, sibi eilis, in summis ditibus inops, affectu extenuat quod sensu abundat.* (Lib. I. de Caino, c. V). Todos los días del avaro, cuando este gran Doctor, pasan en tinieblas, lloros, ira, languidez y furor. Su pasión le excita, los cuidados le atormentan, la envidia le crucifica, la tardanza le irrita, la esterilidad de los campos le desespera, la abundancia le inquieta y algunas veces le vuelve loco. El causa los elementos, surca los mares, hace pesquisas en las entrañas de la tierra, no deja de perseguir al cielo con los votos de una insaciable codicia; no está satisfecho ni en un día sereno, ni en un día nebuloso; se queja constantemente de las cosechas del año. ¡Cuánto padecen todos en su casa! ¡Ah! no es en la abundancia de las riquezas en donde se halla la vida del hombre, sino en la virtud y en la fe: *Non in abundantia ditiarum vita est hominis, sed in virtute ac fide.* (Ut supra.)

Allí en donde está vuestro tesoro, está también vuestro corazón, dice Jesucristo en S. Mateo: *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.* (Mt. VI. 21). Es decir, lo que causa vuestra alegría, lo que estimáis, lo que queréis, lo que amáis, lo que perseguís con ardor, embarga vuestro corazón entero. Y no es solo la pasión de la avaricia la que así se apodera del hombre, sino todas las demás....

No se encierra vuestra alma en un vil metal, elevase al contrario al cielo, dice S. Jerónimo: *Mens tua non sit in aere, sed in aethere.* (Ad Paulin.)

San Antonio de Padua refiere que después de la muerte de un avaro hallaron su corazón en medio del oro que llenaba su gaveta.

Avaros, no penséis más que en el oro, no amáis más que el oro; pero, ¿qué oro es comparable con Dios? Buscáis riquezas; pero ¿qué riquezas valen la posesión de Dios?

Si vuestras riquezas se multiplican, haced que vuestro corazón no se aficione á ellas, dice el Salmista: *Dicitur, si affluant, nolite cor opponere.* (LXI. 11).

Nadie puede servir á dos dueños, dice Jesucristo: No podéis servir á Dios y al dinero: *Nemo potest duobus dominis servire; non potest Deo servire et mammona.* (Matth. VI. 24).

El avaro no puede servir á Dios.

La fortuna y una conciencia en buen estado son dos cosas casi incompatibles, dice Séneca: *Quasi inter se contraria sunt, fortuna et mens bona.* (In Prov.).

El avaro se ve privado lo mismo de lo que tiene que de lo que no tiene, porque no se sirve de lo que posee; encierra su fortuna en su cofre, y por consiguiente no es él quien disfruta sino su cofre. No posee oro, el oro le posee.

¿Quién es el que es rico? dice Beda: es el que nada desea: ¿quién es el que es verdaderamente pobre? el avaro. (Sentent.). En efecto: el que desea riquezas, no tiene bastante, luego es pobre. Todo falta al avaro, dice S. Jerónimo, tanto lo que tiene, como lo que no tiene. (Epist. CIII. ad Paulin.).

Cuanto menos codiciosos seáis, más dueños seréis de vuestra fortuna, dice S. Bernardo. El avaro tiene hambre de riquezas de la tierra como un mendigo; el verdadero cristiano las desprecia como un poderoso: *Magis eris dominus rerum tuarum, imo totius mundi, quo minus es cupidus; avarus enim terrenam esurit ut mendicis; fidelis, contemnit ut dominus.* (Serm. in Cant.).

Es pobre aquel que experimenta la necesidad de lo que no tiene, dice S. Gregorio; y es rico aquel que no teniendo nada, nada desea: *Ille pauper est, qui eget eo quod non habet, nam et qui non habens, habere non appetit, dives est.* (Lib. XV. Moral.). El mismo santo Doctor, comentando aquellas palabras del avaro del Evangelio. (Luc. XII. 17): *¿Qué haré? no sé dónde encerrar mis frutos;* exclama: ¡O pobreza nacida de la santidad! el espíritu del avaro se encuentra oprimido en medio de la abundancia de sus cosechas: *¡O angustia ex sordiditate nata! de libertate agri angustiatu animus avari.* (Ut supra).

Escuchad á Séneca: Muchas cosas faltan al indigente; pero al avaro todas: *Desunt inopia multa, avaritia omnia.* (Epist. CVIII.).

El que no puede llevar consigo lo que tiene, no es rico, dice S. Ambrosio; porque lo que tenemos que dejar aquí en la tierra, no nos pertenece, es de los demás. (1).

Los ricos, dice el Salmista, han sufrido la indigencia y el hambre; los que buscan al Señor, disfrutaban con abundancia de toda clase de bienes. (2).

Hay un mal que he visto en la tierra, dice Salomón en el Eclesiastés (c. VI. 1-2), y que llega hasta á ser frecuente entre los hombres; hablo del hombre á quien Dios ha dado riquezas y opulencia sin concederle poder para disfrutar de ellas; sus bienes serán presa de un extranjero. En verdad que esto es vanidad y

(1) Nemo est dives, qui quod habet, suum autem non potest; quod enim hic reliquit, non nostrum est, sed alienum. Serm. 11.

(2) Inventus egrotat et esurientum, impotentes cultum Dominum, non alimentum cum bono. XXXIII. n.

Pobreza del avaro.

mucha miseria. (1). Tal es el estado del avaro, muy bien descrito por el Espíritu Santo.

La voluntad de acudalar, empobrece, la envidia devora, la sed de riquezas reduce á la miseria. En efecto: poseemos únicamente aquello de que nos servimos; mas el avaro no usa de lo que tiene, resultando que nada posee. El dinero que oculta en la tierra, no es suyo, pues pertenece á la misma tierra. El que pagare un impuesto igual á sus rentas, estara en la indigencia; y la pasión de la avaricia impone un impuesto pesado, que quita á aquel á quien domina, no sólo la renta, sino también el capital.

Hombre que tiene afán por enriquecerse y envidia á los otros, dicen los Proverbios, no se hace cargo de que le sobrevendrá de repente la pobreza: *Qui festinat divitiis, et alius invidet, ignorat quod egestas superveniat ei.* (XXVIII, 22).

Las riquezas, dice S. Agustín, no libran del hambre. El avaro sufrirá tanto más los efectos de la pobreza, cuanto más se aficione á sus riquezas, y éstas sean más numerosas. (1).

Medite á menudo el avaro estas palabras que se leen en el libro de Job (XV, 15): Vomitará las riquezas que ha devorado; Dios se las arrancará de las entrañas: *Dicitis, quas decoravit, ecomet; ei de ventre illius extrahet eas Deus.*

Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, dice Jesucristo, y todas las demás cosas se os darán por añadidura: *Quærite primum regnum Dei et iustitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.* (Matth. VI, 33).

Los apóstoles, á pesar de estar pescando toda la noche, no cogieron ningún pez, porque Jesucristo no estaba con ellos; pero al momento que Pedro echó sus redes, sobre la palabra del divino Maestro, cogió una gran cantidad de peces. (Luc. V, 5).

Los judíos, dice S. Agustín, temieron verse obligados á sacrificar la riqueza temporal, confesando á Jesucristo; no pensaron en la vida eterna; y así las perdieron ambas: *Temporalia perdere timebant, et vitam æternam non cogitaverunt; ac sic utrumque amiserunt.* (In passione).

¡O avaros! exclama S. Basilio, no sabéis decir más que una cosa: No tengo; no daré; porque yo también soy pobre.

Si, pobres sois, en verdad; os faltan todos los bienes. Sois pobres de caridad, pobres de bondad, pobres de confianza en Dios, pobres de esperanza eterna. (Homil. VII, in Divites avaros).

¡O ricos, ignoráis cuán pobres sois!.....

La naturaleza no conoce ricos; ha engendrado á todos los hombres en la pobreza; los ha puesto en el mundo desnuados, y los encierra en una misma mansion: el sepulcro.

(1) *Est pulchrum, quod vili sub solo, et quibus frequenter apud homines: viri, civitates, Reges divites, et sollicitudinem, tunc tribuit et pollicetur. Unus ut conatui: ex uno, aut luxu, aut avaritia venit illud: hoc vanitas, et miseriam magnam est.* VI, 1-2.

(2) *Divites non solum æstuant, tanto citius quoniam prædicti æstuant, quanto magis quia diligunt, majores habuerunt. Sermo. XV, de Divite, c. xv.*

Lo que demuestra de un modo patente la pobreza del avaro, es que jamás tiene bastante, jamás está saciado..... El avaro cambia su opulencia en pobreza. El rico es un hidrópico, dice S. Agustín; pues cuanto más tiene, más desea: *Hydropicus est dives, qui, quo magis abundat, eo magis sitit.* (De Morib.).

Cuanto más se bebe, más se desea beber, dice el Poeta. Sus riquezas se han aumentado, dice Ovidio, y con ellas la sed insaciable de la opulencia; cuanto más poseen, más quieren poseer: *Creverant et opes, et opum furiosa cupido; Et cum possideant plurima, plura petunt.*

(Lib. Pastorum).

La avaricia es semejante al fuego, que crece en razon del combustible que encuentra. El avaro, dice el Eclesiastés, no se saciará nunca de oro; el que ama las riquezas, no disfrutará de ellas: *Avarus non implebitur pecunia; qui amat divitias, fructum non capiet ex eis.* (v. 9). El universo no basta al avaro; y sin embargo un día vendrá en que ha de verse obligado á contentarse con un ataud y ni siquiera podrá poseerse á sí mismo, pues los gusanos le disputarán su cuerpo y se enseñorearán de él.....

Se nos conceden riquezas para que usemos de ellas con sobriedad. El que come más de lo que necesita, siente náuseas.

Naboth, dice la Escritura, poseía una viña cerca del palacio de Acab, rey de Samaria. Acab le dijo: Dame tu viña. (III, Reg. XXI, 1-2). ¡O rico avaro! exclama S. Ambrosio, comentando este pasaje: ¡tu no sabes cuán pobre eres, tú que dices ser rico! Cuanto más tienes, más codicias; y aunque alcances la opulencia, te parece que todavía no tienes bastante. El oro alimenta la avaricia, y no la apaga. La codicia tiene innumerables grados; cuanto más alcanza, más quiere alcanzar; cuanto más sube, de más alto viene á caer. La Escritura nos enseña cuán hambriento está el avaro; nos manifiesta de qué modo mendiga vergonzosamente. Acab era rey de Israel, y Naboth era un pobre. Acab poseía inmensas riquezas; Naboth no tenía más que un pequeño campo. El pobre Naboth no deseaba las riquezas de Acab; y aquel rey dió á entender que estaba hambriento, puesto que deseaba la viña de Naboth. Dame tu viña; ¿qué prueba esta petición sino la necesidad? Dame, porque yo no tengo lo que me hace falta. ¡Qué hajeza! ¡Qué penuria! He aquí al avaro.....

No pudiendo meter oro en su corazón, el avaro lo llena de deseos insaciables; pero estos deseos no pueden llenar aquel vacío; sería menester derramar allí el oro que se ve forzado á dejar en sus cofres.

El avaro no puede saciarse; porque 1.º la avaricia jamás dice tengo bastante; 2.º su sed aumenta; 3.º el dinero no alimenta; 4.º la avaricia no llena el corazón; 5.º todas las riquezas que acudala, son vanidad; producen el vacío y no lo llenan, segun aquellas palabras del Génesis: *Terra autem erat inanis et vacua.* La tierra estaba informe y vacía. (1. 2).

¿Qué significan los tesoros que aumentan el hambre á medida que se multiplican, y dan á los que corren tras ellos una sed tanto más cruel, cuanto más abundantes son? El dinero no cierra la garganta de la avaricia ni llena su vientre, sino que lo dilata; no refresco, sino que quema. Los avaros no se contentan con un vaso de agua, porque tienen sed para beberse un río.

El pobre, dice S. Crisostomo, no desea lo necesario con tanto ardor como el rico avaro desea lo superfluo: *Pauper non tam desiderat necessarium, quam superfluum dives.* (Anton. in Meliss. p. 1. c. CXXXI). El avaro se parece á aquellas tierras áridas y arenosas que nunca se ven satisfechas de lluvia, sino que, al contrario, aunque absorban torrentes de agua, vuelven casi inmediatamente á su sequedad primera, quedando siempre ávidas de riego. Aunque el avaro acumule inmensas riquezas, siempre tiene sed, y cuanto más recibe, más desea. Así como las arenas que, aunque regadas á menudo, no producen ningún fruto, el avaro, aunque este acumulando sin cesar, no da limosnas. Sus riquezas perecen en él y con él. Esto obligó á decir á S. Crisostomo que el avaro suspira con más ardor por el dinero y tiene más sed de oro, que el mal rico de agua en el infierno; pues éste no pedía más que una gota, y el avaro quiere un océano. (*Homil. ad pop.*). El avaro, dice S. Bernardo, no se sacia de oro, como tampoco se sacian nuestros pulmones del aire que aspiran: *Non plus satiabuntur corda auro, quam aera corpora satientur.* (In psal.).

El fuego jamás dice: Ya es bastante: *Ignis vero nunquam dicit: Sufficit.* (Prov. XXX. 16). El fuego no se detiene sino cuando ya nada tiene que devorar; entonces se apaga; aunque la avaricia lo devorase todo, no se apagaría. No se alegra de lo que tiene, dice S. Basilio, sino que se atormenta para poseer lo que no tiene. Se parece al perro que tragando un bocado de pan que le arrojan, se ocupa sólo en mirar el trozo que queda y en prepararse á comérselo. El avaro no goza de lo que ha acumulado: está atormentado por el deseo ardiente de poseer más. (*Homil. XI*). El avaro, como la muerte, nada respeta; como el infierno, desea tragárselo todo, y quisiera hallarse sólo en la tierra para ser su único dueño, dice S. Crisostomo: *Avarus in omnes, ut mare, insilens; omnia, ut infernus, deglutit; quippe qui nullum hominem esse velit, ut omnia possideret.* (*Homil. XXIX. in Matth.*)

Por esto S. Lucas (XVI. 23.), contando los tormentos del rico avaro en el infierno, dice: Levantando sus ojos cuando se hallaba en los suplicios, vió de lejos á Abraham y á Lazarus: *Elevans oculos suos cum esset in tormentis, vidit Abraham et Lazarum.* Estaba en medio de los tormentos, dice S. Crisostomo, no tenía libres más que sus ojos, y los empleaba en mirar las riquezas de los demás: *In tormentis erat, et oculos solos liberos habebat, ut alterius divitias posset aspicere.* (*Homil. in c. XVI. Luc.*)

¿Qué significa, dice S. Agustín, esta avidez de la pasión de poseer? Las bestias feroces se detienen: sólo se arrojan sobre su presa cuan-

do están hambrientas; pero la dejan libre cuando están saciadas. El hambre de riquezas es una cosa inexplicable; siempre devora, y jamás está saciada. El avaro no teme á Dios, no respeta al hombre, no perdona á su padre, no conoce á su madre, desprecia á su hermano y hace traición á su amigo. (1).

El dinero no contenta al avaro, lo irrita, dice Séneca: *Pecunia non satiat avarum, sed irritat.* (Lib. II. de Benefic.).

Un filósofo á quien preguntaron por qué era el oro amarillo, contestó: Es pálido porque tiene miedo; todos lo asedian: *Propter metu, quia omnes ei insidiantur.*

No se sacia, dice el Eclesiástico, el ojo del avaro con una porción injusta de bienes; no se saciará hasta tanto que haya consumido y haya secado su vida. El ojo maligno del avaro está siempre fijo en el mal: no se saciará de pan: se estará, si, flemático y melancólico en la mesa. (*XIV. 9-10*).

¿Dónde están aquellos que atesoraban plata y oro, en que ponen los hombres su confianza, y en cuya adquisición jamás acaban de saciarse?... Exterminados fueron, y descendieron á los infiernos: *Qui argentum thesaurizant et aurum, in quo confidunt homines, non est finis acquisitionis eorum, et exterminati sunt.* (Baruch III. 18-19).

Avaro, exclama S. Basilio, con tu insaciable codicia haces mucho mal. El mar tiene sus límites, el avaro no los tiene. Eres dueño de muchas tierras; ¿qué adquirirás después? Cinco piés de tierra! (2).

La avaricia es un abismo sin fondo, dice S. Ambrosio, (*In Nab., c. II*).

El oro es pesado por su naturaleza; la avaricia hace de él una carga insufrible que pesa todavía más sobre el alma que sobre el cuerpo. Ved, dice S. Agustín, aquel hombre cargado con el peso de la avaricia; vótle encorvado bajo su fardo, sofocado y devorado de sed; no trabaja sino para aumentar su carga. ¿Qué esperas, ó avaro? ¿por qué te cansas? ¿qué anhelas? ¿qué ansias? ¿Quieres satisfacer la pasión que te domina? Puede atormentarte; pero es incapaz de saciarte. ¿No sientes el peso de esta carga que te abate hasta el punto de huerte perder el conocimiento? ¿No te pesa esta pasión que te dispersa y no te permite dormir? (3).

La avaricia es una carga muy pesada.

(1) Quis est solo vixitque concupiscens cum ipse hollis habebat etiam? Tunc enim videtur, quando caruit, parcat, vero prode, cum avaritia antea. Insuper colligitur est solo dicitur avaritia. Semper rapit, et nunquam sinitur: nec timet Deum, nec hominem recondit; non parit patri, non matrem agnoscit, non fratrem obsequitur, nec amicum servat. Sicut. XXX. de peccatis. Iniquitas.

(2) Mem. terminis colit, oves non habet. Invenit quid ergo propter? Tollit tres tantum cubitos, et omnia. Homil.

(3) Videte hominem coram Deo, sapientia avaritia: videte illum sub hoc avaritia seditione, ambitione, adulatione, et laboratione avaritia additum. Quod expectat, ó avaro, amplius vult hunc et avaritia non habet: sed quid expectat, quid laborat, quid vult? quid cupit? Sed non vult. Non vult avaritia. Hic te pulchre perit, tu illam non potes satiare. (In Ebra. non est curat) Ubi dico sub hoc avaritia seditione et ambitione, et laboratione avaritia additum. Quis ergo te de somno excitat? Quis te clam dormis suscitavit? Homil. XXX.

Los que no sois ricos, os hallais libres de una pesada carga, dice S. Jerónimo: mirad y seguid á Jesucristo que se hallaba desnudo de todo: *Si non habes, grandi onere liberatus es: nudam Christum nudus sequere.* (Ad Rusticum).

No existe yugo tan pesado como la avaricia, dice S. Próspero, ni tampoco otro más difícil de romper. ¿Por qué buscáis vuestra felicidad en otra parte, y no en el Criador, que es todo bien? ¿Qué puede bastar á aquel á quien á Dios no basta? El Real Profeta pone este bien infinito, y estaba poseído de él, cuando decía: Dios es mi dote y la parte de mi herencia. (De Vit. Contemplat., c. XIII.).

Comunidad de la
América

Aquel á quien encadenan mientras duerme, no se apercebe de sus cadenas sino cuando, al despertar, quiere levantarse; de la misma manera aquellos que tienen riquezas, experimentan por ellas una secreta afección que les liga y no sienten sino cuando llegan á perderlas ó á renunciar á ellas.

El avaro no posee oro, es el oro el que le posee á él; es su servidor y esclavo.....

El Romano Curio rehusó el oro de los Samnitas, diciendo: Prefiero manejar el dinero y a los que lo tienen, que dejarme gobernar por él. (Ira Maxim.)

Los ávaros, dice Séneca, tienen las riquezas de la misma manera que nosotros decimos que tenemos valentura, mientras que realmente es ella quien es dueña de nosotros. Deberíamos rectificar nuestro lenguaje, y decir: La valentura lo tiene; las riquezas lo tienen, ó más bien le atormentan. (1).

El fisco se apodera de lo que Jesucristo no toma, dice S. Agustín: el arado quiere coger y es cogido; mientras quiere apoderarse del oro como de una presa, éste se apodera de él: *Quæ non capit Christus, rapit fiscus: aratus dum colligit, colligitur; dum cult esse arado, hi praeda.* (In Psal. CXXIII).

El que es esclavo de las riquezas, dice S. Jerónimo, vela sobre ellas como un servidor; al contrario, el que sacude su yugo, las distribuye como dueño. (2).

Si sabéis usar de vuestro dinero para hacer el bien, dice Séneca, vuestro dinero es servidor vuestro; si no lo sabéis hacer, es vuestro dueño: *Pecunia, si uti scias, ancilla est; si nescias, domina.* (In Prov.)

Las riquezas sirven al sabio y le pertenecen; y al contrario, mandan al insensato y son su dueño. Los avaros están atidos por el amor a las riquezas; ellas los encadenan, y sus lizas son para ellos cadenas y más fuertes que cadenas de hierro. Esto hace decir a S. Crisostomo: ¿Cómo es posible que el hombre que es llevado en za-

ga por la avaricia, venza a sus enemigos? Las riquezas son una cadena pesada para aquellos que no saben gustarlas; son un tirano cruel e inhumano que impone a sus víctimas todo lo que puede contribuir a su ruina. Pero si se quisiera, podría romperse su yugo y sacudir su tiranía. ¿Cómo? Haciendo abundantes limosnas. En tanto que uno se halla frente a frente con Pluto, como con un ladrón, en un lugar apartado y solitario, no puede menos de recibir mucho mal y verse vencido por él; pero cuando se le pone en presencia de la multitud, el dinero es el que pierde su fuerza; es vencido y tiene que sufrir las cadenas de que le cargan los pobres auxiliándonos unos a otros. (HOMER. *III. in L. Epist. ad Cor.*)

Es preciso mandar á las riquezas y no servirlos, dice Séneca: *Pecunia imperare oportet, non servire.* (Lib. de Remed.).

El avaro, dice admirablemente S. Crisóstomo, es el depositario y no el dueño de sus riquezas; es su esclavo, y no su poseedor. Daría en efecto antes uno de sus miembros que una moneda de oro de su gaveta; se abalanza de gastar sus bienes, como si perteneciesen a otro. Y en efecto, no le pertenecen. ¿Cómo habría de mirar como suyo un tesoro del cual no se permitiría destruir ni un óbolo para darlo ni para servirse de él en una necesidad apremiante y por más terrible que fuese la extremidad a que se viene rodeado? (1).

El avaro no sica ninguna ventaja de sus riquezas, añade aquel gran doctor; aparenta no poseer nada. Si trabaja, es para sus herederos y con pérdida y gran peligro para su alma. Sus sudores y sus vigilias no tienen utilidad para él; su misma muerte, causada por las privaciones familiares a los avaros, no lo es de ninguna utilidad. (*Homil. II. ad pop.*).

¿No es vergonzoso que aquel que tiene tantas riquezas no sea dueño de sí mismo? dice Diógenes. (2).

San Agustín manifiesta que la avaricia exige cosas mucho más penosas que las que Dios manda. La avaricia, dice el Señor, impone obligaciones difíciles, y yo debo ser fácil: su yugo es pesado, y es muy agradable; su peso es insufrible, el mío ligero. No os dejéis dominar por la avaricia. La avaricia os manda atravesar los mares, y le obedecéis: os manda exponeros a las tempestades y a las naufragios, y lo hacéis: en cuanto a mí, sólo exijo que deis a los pobres que van a llamar a vuestra puerta lo que podáis darles. Si tendréis bastante intrépido para aventuraros en el océano, no tendréis valor para hacer una buena acción que está en vuestra mano. La avaricia manda, y os ponéis a sus órdenes: Dios manda y no hacéis caso de él, ni de sus órdenes. (In Psal. CXXVIII.) Obedeced a la avaricia, que, lejos de daros bien alguno, os lleva

10) Sic divites habent quomodo habere dicuntur fidem, cum illa eos habeat. E contra-
rio dicere debemus. Fides illam tenet, eodem modo quo dicendum est: divites illum te-
nent, uno et eodemque. *Propter ex.*

(2) Qui de dano suo sermone est, archidiacono custodi ut exerceat qui hactenac ex officio discursus
nuncius distribuit eos et homines. Lib. I. super Math.

11. *Asteris ciliatus* es, non loricatus pectus habuit; sericus non possidet; facilius est solui de proprio ciliis, quam si sedes in eorum capite esset; a suis transiens ad alios pectus cum eo solui abigit. Quod cum aliis sericis, pinguibus et foetibus, serice in aeneis, in aeneis; etiam in illis videretur, necnon, quod si huius classis propria natura. *Reus II. ad por.*

(2) An *ad hoc* model using long multi-lateralism arguments does not satisfy *De Jongh's* model.

de males; y rehusáis obedecer á Dios, que os colmaria de bienes y preservaría de todo mal....

El avaro se deja coger por el oro, como el pájaro por las redes, dice S. Gregorio Nazianceno. (1).

Cuando el oro deja oír su voz, dice el mismo Doctor, toda súplica parece fría. (2)

San Agustín dice con mucha precisión: Antes de ganar nada, el avaro se pierde á sí mismo; antes de tener algo, se convierte en esclavo. (3). Aquel que sabe valerse de su oro, dice en otra parte, es dueño; pero aquel que no sabe servirse de él, tiene por despota el oro. Sed dueños del oro y no sus esclavos; porque Dios, que ha hecho el oro, es ha creado superiores á este metal: ha hecho el oro para uso vuestro, y á vosotros os ha hecho á su imagen y sólo para él. Cuidad lo que está sobre vosotros, y pisad lo que está debajo. (In Psal. CXVII).

El oro es un tirano oculto, dice S. Gregorio Nazianceno. (4). Han perdido todos aquellos que están nadando en la opulencia, dice el profeta Sofonías: *Disperierunt omnes incoliti argento.* (I. II).

El avaro, dice S. Ambrosio, está siempre entre redes, siempre entre cadenas; jamás está libre, porque está siempre en pecado. (De Cain).

Es indispensable, dice S. Agustín, que el que no respira mas que por las cosas de la tierra, se aleje de las del cielo. La avaricia nos une á la tierra, al fango, pues el oro no es otra cosa, y ni siquiera nos deja dormir en paz. (5).

No os inquietéis de lo que habeis de comer, por lo concerniente á vuestra vida, ni de cómo habeis de vestir, por lo concerniente á vuestro cuerpo, dice Jesucristo en S. Mateo. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? *Ne solliciti sitis anime vestrae quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Nonne anima plus est quam esca, et corpus plus quam vestimentum?* (VI. 25). Mas el avaro se olvida enteramente de su vida y de su alma, y no se ocupa mas que de su tesoro. ¿Qué ceguera!... ¿Insensatos, que no os dedicáis más que á acumular riquezas, esta misma noche moriréis!

El avaro está en las tinieblas. Era de noche, dice el Evangelio, cuando Judas salió para ir á vender á su Maestro por avaricia: *Erat autem nox.* (Joann. XIII. 30).

Hombres ciegos, que pasáis vuestra vida en ir tras de las riquezas: hasta ignoráis muchas veces por quién trabajáis, por quién

(1) Ut quis loquor, sic homines meo captantur. In Platich.

(2) Avarus adestque pecunia inuictus, semper parat, primumque aliquid capiat, capiat. In Psal. XXXVIII.

(3) Aurum est occultus tyrannus. In Platich.

(4) Necessarium est qui terrenis rebus datur, á cælestibus delectat. Nos hunc et terreni dilectio, necessarium aliquid datur est, in nocte videtur vel matutino respirare dicitur. In Psal.

os cansáis! *Quæ autem parati, cupis erant?* (Luc. XII. 20). Trabajáis por los demás, y nunca para vosotros: ¿qué digo? trabajáis contra vosotros mismos....

Buscáis vuestra felicidad en la opulencia, dice S. Bernardo; pero Dios no nos ha arrojado del paraíso terrenal para darnos otro aquí. (Serm. in Cant.). Es mucha ceguera querer hallar felicidad en donde jamás se ha encontrado, y en donde es imposible hallarla.

El oro que buscamos en el fondo de las entrañas de la tierra, dice S. Agustín, lo conservamos á causa de las tinieblas del corazón. Ir tras él, es propio de condenados; amarlo, ha producido un Judas; y sin embargo el avaro lo prefiere á Jesucristo. (1).

Pluto, Dios de las riquezas, es ciego de nacimiento y hace ciegos á los que le sirven, como ya hemos dicho.

¿Qué preferís? dice S. Agustín: amar las cosas temporales y pasar con el tiempo, ó no amarlas y vivir eternamente con Dios. El Señor nos ha dado todas las cosas creadas. Amadle por reconocimiento. Quiere daros más que oro, quiere entregarse á sí mismo. Pero si os aficionáis á los bienes de la tierra, aunque sean hechura suya, y le despreciáis, ¿no será adúltero vuestro amor? Los bienes que Dios os prodiga, son una invitación para que le améis. Si á él preferís sus presentes, os parecéis á la esposa que prefiere la sortija de oro que le ha regalado su esposo á su mismo esposo, afecto que claramente es adúltero. (Serm. XXVIII. de verbis Domini).

Por amor á las riquezas transitorias, dice S. Cirilo el avaro sacrifica las riquezas celestiales á imperecederas. Tiene ojos y no vé; abandona los bienes verdaderos por los falsos, lo que dura por lo que pasa, el cielo por la tierra; trueca tesoros infinitos por la pobreza, la gloria por la miseria, lo cierto por lo dudoso, el bien por el mal, la alegría real por la aflicción. Recoge por fuera nimiedades, y se empobrece interiormente; se aficióna á bagatelas que desaparecen, posee la tierra, y es esclavo del infierno. Devora, y su estómago no puede sufrir el alimento que toma; ama lo que mata, adquiere para perder, conserva preciosamente lo que le ha de causar un arrepentimiento perdurable, carga sus espaldas para caer con más rapidez en el abismo eterno. (Homil. VII).

Hay todavía otra dolorosísima miseria que he visto debajo del sol: las riquezas acumuladas para ruina de su dueño, dice el Eclesiástico. Pues las ve desaparecer con terrible aflicción suya. Profunda miseria! Así como ha venido el avaro, se irá. Y ¿qué tendrá con haber trabajado tanto? Todos los días de su vida ha comido á oscuras en medio de muchos cuidados, con mezquinidad y melancolía: *Cunctis diebus vixit sua comedit in tenebris, et in turis multis, et in ærumna atque tristitia.* (v. 12-16). Estas tinieblas indican las inquietudes del avaro, su vida fastidiosa, triste y amarga.

(1) Aurum quod per tenebras operatur, per tenebras emulatur. Aurum cupis iniquitatis, dicuntur tenebre, cupis enim Judas inquit aurum quod preferat Christo. Serm. XXVIII. de verbis Domini.

El avaro vive en las tinieblas, esto es, en la ignorancia, en los cuidados, llevando consigo la mancha y la pena del pecado que no cesa de comer. Siempre es de noche para él. La gran prueba de su ceguera, es que quiere vivir en la pobreza, á fin de morir en la abundancia.

Cualquiera que crea poder conocer la verdad viviendo criminalmente, se engaña, dice S. Agustín. Pero vivir criminalmente, es amar al mundo y lo que contiene; es amar lo que pasa, mirarlo como de un gran precio, desearlo, trabajar para adquirirlo, estar lleno de alegría cuando se llega a ser rico, temer las pérdidas, y afligirse cuando los bienes que se poseen desaparecen. (De Morib.)

Es cierto, dice S. Gregorio, que aquel que desea enriquecerse no cuida mucho de evitar el pecado; desatendido como el pájaro por el espejo del cazador, mira con avidez el cebo de las riquezas y no ve ni sabe evitar las redes del pecado. (Pastor. admon. XII).

¿Qué locura es esta, que ceguera la da las almas, exclama S. Agustín: Abandonar la vida, desear la muerte; adquirir oro, y perder el cielo! *Quae est ista, rogo, damnamus inania: amittere vitam, appetere mortem; adipisci aurum, perdere caelum!* (Lib. de Morib.)

Vinódon Demóstenes que llevaban á sepulturar á un avaro, exclamó: No ha sabido vivir. (Maxim.).

Son tan ciegos los avaros, que no notan cuán culpables son; miran á la avaricia como una virtud, y la llaman orden. Esta es la razón porque nunca se convierten. A veces resiste uno á las otras inclinaciones: se doman las demás pasiones; pero jamás se triunfa de la avaricia; antes al contrario, siempre va en aumento á medida que nos acercamos á la muerte, la que, en un minuto, nos despoja de cuanto habíamos acumulado.

La vida del avaro principia en las tinieblas, corre en medio de tinieblas, y pasa de las tinieblas temporales á las eternas tinieblas del infierno.

La vida de las riquezas.

Si me enseñais vuestras magníficas mansiones, dice S. Crisóstomo, aunque sean palacios resplandecientes de oro y piedras preciosas, no estableceré ninguna diferencia entre ellas y un nido de golondrina; todo es barro; cuando llega el invierno, todo se cae. (Homil.).

Ea pues ¡oh ricos! Horad, levanta el grito en vista de las desdichas que han de sobrevenir: *Agite vane, dicitur, plorate ululantes in miseris vestris, qui alienant vobis.* (Jacob v. 1). Podridos están vuestros bienes, y vuestras ropas han sido roídas de la polilla. *Divina vestra putrefacta sunt, et vestimenta vestra à hircis comesta sunt.* (Id. v. 2.). El oro y la plata vuestra se han consumido; y el orin de estos metales dará testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como un fuego. Os habéis atesorado ira para los últimos días: *Aurum, et argentum vestrum aruginabit; et arguo corum in testimonium vobis erit, et manducabit car-*

nes vestras sicut ignis. *Thesaurizatis vobis iram in novissimis diebus.* (Id. v. 3).

En verdad que como una sombra pasa el hombre, dice el Rey Profeta, y por eso se afana y agita en vano: atesora, y no sabe para quien allega todo aquello: *In imagine prae transit homo, sed et frustra conturbatur: thesaurizat, et ignorat cui congregabit ea.* (Psalm. XXXVIII. 7). el que confía en su opulencia, caera, se dice en el libro de los Proverbios: *Qui confidit in divitiis suis, corruet.* (XI. 28). Las riquezas son para el avaro un idolo, la felicidad, la fuerza, todo su bien, toda su esperanza y toda su alegría; pero hasta esto es fútil, engañoso y vano. ¡Desgraciado, exclama el profeta Habacuc, desgraciado de aquel que multiplica bienes que no son suyos! ¡Hasta cuándo amontonará contra sí mismo pilas de barro? *Vae ei qui multiplicat non sua! Esquequo et aggravat contra se sensum lutum?* (II. 6).

Las riquezas se llaman un montón de barro, 1.º porque son viles; 2.º porque manchan el alma, ciegan y arrastran al abismo. Las riquezas son un barro negro que mancha el alma y la transforma en un cenagal de iniquidad....

El avaro lleva las riquezas en sus manos y en sus vestidos; su corazón está vacío....

¿Respeto la muerte á la opulencia? ¿Se abstiene de herir al que posee oro?

Las riquezas, son celadas para el alma, son el anzuelo de la muerte, un alimento de pecado.

El que es más grande que el mundo, dice S. Cipriano, nada desea, nada pide aquí en la tierra: *Nihil appetere jam, nihil desiderare saeculo potest, qui saeculo major est.* (Serm. in Orat. Dominic.). ¿Qué son las riquezas? Nada más que un poco de tierra.

Cuán vil y despreciable es el avaro.

Jamás se muestra más afeminado un corazón, que cuando se deja vencer por la avaricia, dice S. Crisóstomo: *Nihil mulierosius quam vincit ab avaritia.* (Homil. XXV. in Math.). El avaro es un topo, y vive como el topo....

No hay olor de llama tan nauseabundo y que Dios deteste en tanto grado, como el que exhalan las bebidas causadas por la avaricia, dice S. Pedro Damian; el avaro, acumulando los productos de un dinero sordido, cambia sus cofres en un muladar donde amontona la corrupción. (1).

El avaro sacrifica su reputación y deja perecer su gloria, dice S. Pedro Crisólogo: *Sepelitur fama, perit gloria.* (Serm. III).

Engrosóse ese pueblo tan amado de Dios, dice el Pentecónomo, y riéndose opulento, se reveló contra él. Ya engrosando, engordado, y abundante de todo, abandonó á Dios, su Hacedor, y se dejó de

(1) Nulli sunt patulo venteris in Dei munus intoleralibus fuit, quam avaritia. Et, quidquid quoque dum sordens pecunie, quovis accumul, vertens exordium in infamiam, quasi molis sacrorum coarctat. Epist. II. 16. II.

Dios, salvador suyo: *Incrassatus est dilectus, et recalcitravit; incruassatus, impinguitus, dilatus, dereliquit Deum factorem suum, et recessit a Deo salutari suo.* (XXXII. 13).

Quando un hombre ha perdido á Dios, ha perdido la conciencia, la reputación, la honra, el aprecio de la gente de bien, la caridad y su propio corazón: ¿no es el más vil de los seres? Tal es la suerte del avaro.

El avaro es des-
confiado.

Arroja en el seno del Señor tus ansiedades, y él te sustentará, dice el Salinista *Iacta super Dominum curam tuam, et ipse te eruet.* (LIV. 23). El Señor es mi pastor, nada me faltará; el mismo me ha colocado en medio de sus pastos: *Dominus regit me, et nihil mihi deerit; in loco pascuae ibi me collocavit.* (Psal. XXII. 1-2). Mas el avaro siempre desconfía de Dios, de la providencia de los hombres y de todo lo que le rodea....

El avaro es ca-
vidioso.

El avaro tiene envidia de todo: tiene envidia de los hombres, de la tierra, etc. La envidia perdió á los ángeles malos...; perdió á Adán y á Eva...; Mirad á qué exceso condujo á Caín...; á los hermanos de José, etc.

La envidia, dice S. Bernardo, es el gusano roedor del alma; fatiga los sentidos, quema las entrañas, afecta al espíritu, roe el corazón. El envidioso quiere lo que no le pertenece, y no recoge más que pecados. (*Líb. de Consid.*)

La prosperidad de los demás atormenta al avaro....

El avaro es la-
civioso.

Todo en el universo da gracias á Dios menos el avaro... Se olvida de los beneficios de Dios y de los de los hombres...; murmura de la Providencia...; jamás está contento.... Pero la ingratitud, dice S. Bernardo, es la enemiga del alma, destruye los méritos, anula las virtudes, marcha los beneficios. (*Líb. de Consid.*)

El avaro es teni-
do.

¿Qué es lo que perdió á Judas? La avaricia.... Este traidor estaba embriagado de avaricia, dice S. Jerónimo: *Ebrius fuit proditor gravitatis.* (Comment.). Le poseía de tal manera, que temblaba temiendo que Jesucristo se escapase de los que habían venido á prenderle; lo sentía por no perder los treinta dineros que todavía no había recibido. Aquel á quien yo hebre, les había dado por seña, ese es; asegúrale y atadle fuertemente: *Ipse est, tenete eum.* (Matth. XXVI. 48).

El oro es un criado que nos hace traidor....

El avaro vendería á Dios... Mirad á Judas: ¿Qué queréis darme, y os lo entregaré? dijo á los príncipes de los sacerdotes: *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?* (Matth. XXVI. 15).

El avaro hace traidor á su conciencia...; á los hombres...; á sus amigos...; á su familia.... Nada hay sagrado para él.

La caída de Judas nos manifiesta qué gran mal es la avaricia, y á qué excesos puede llevarnos. Fue causa de la traición de este

Apóstol, de su hipocresía, de su desesperación, de su suicidio, de su eterna condenación y de la muerte de Jesucristo....

El avaro se engaña, 1.º prometiéndose vivir muchos años...; 2.º no ocupándose más que de las cosas de la tierra...; 3.º llevando una vida animal.... De ahí viene que S. Basilio dirigiéndose al avaro, le dice: Si tuvierais un alma de animal inmundo, gozaríais de otra manera de lo que haceis? (*Homil. in Evang.*)

El dinero, dice S. Francisco de Asís, es el instrumento del demonio; es una vívora cuyo veneno mata. (*S. Bonaz., in ejus vita.*)

Errores del avaro y peligros de la avaricia.

El avaro mancha el dinero y lo pierda, porque lo oculta y lo deja sumohacer.... El pan que encerrais bajo llave, dice S. Basilio, pertenece al que tiene hambre: este vestido que guardais, es del que está descalzo: esta calzado que dejais apollar, es el calzado del pobre: el dinero que escondéis, es el bien de los indigentes. (1).

¿Buscáis graneros avaros? Ya los tenéis preparados: son los estómagos de los pobres, dice en otra parte S. Basilio: *Habes horrea, seilicet, centres pauperum.* (*Super hanc verba Evang.: Quid faciam? etc.*)

Es un error, dice S. Crisóstomo, creer que las cosas de la tierra son nuestras y nos pertenecen en propiedad. Nada nos pertenece; todo es de Dios, que es quien lo da. (2).

El rico murió, dice el Evangelio, y fué sepultado en el infierno: *Mortuus est autem dives, et sepultus est in inferno.* (Luc. XVI. 22). Fue sepultado en el infierno á causa de su avaricia, de su dureza, de su desprecio á Lázaro, de su culpable injusticia hacia aquel pobre menesteroso.

En efecto, nos dice S. Crisóstomo, es un robo no dar cuando se tiene: *Siquidem rapina est non imperit de tuis facultatibus.* (In Evang.). No es porque fuese rico, añade S. Crisóstomo, que está atormentado, sino porque no tuvo lástima de Lázaro. (*Id. supra.*) No haciendo limosna, cometía pues un gran crimen. Vuestra alma no os pertenece, añade todavía S. Juan Crisóstomo: ¿cómo os han de pertenecer vuestras riquezas? No dignis pues: Yo no gasto más que lo que es mío; vuestros bienes no son vuestros; pertenecen á los pobres. (3).

El avaro, dice el mismo Padre, es el depositario y no el dueño de sus riquezas, es su esclavo y no su poseedor. Vela sobre ellas con un cuidado extraordinario; se priva de ellas como de una cosa

Injusticias del avaro.

(1) Surgente est, pene ille qui in apud te dormit, non, recte illi quoniam in cella tibi servat: discendi, ceteris illi qui dormiunt: patrumque obtemperare, ego, arguitur quod huiusmodi habes. (*Homil. in discedendo a vobis.*)

(2) Erroneo opinio est possidere a nobis ut dominis res habere solum, et al' bona propria: Nil enim est nostrum, sed omnia sunt auctoris Dei. (*In Evang.*)

(3) Anima tua non est tua: quomodo pecunie erit tui? Noli ergo dicere: Rem meam committam non tui est, sed alicui. (*In Moral., homil. X.*)

que no le pertenece. En efecto, aquellas riquezas no son tuyas. (Homil. XVI. in Matth.)

Dice el tercer libro de los Reyes (XXI. 4): Que Acab, víctima de la cólera y de la tristeza, se abstuvo de comer porque Naboth se había resistido a su codicia. No comió su pan, dice S. Ambrosio, porque buscaba el pan de otro; pues los ricos avaros antes comen el pan de los otros que el suyo: viven del robo y de rapiñas. (1).

Es fácil ponerse en brazos de la injusticia, obedeciendo al des-
arreglo de los deseos....

La avaricia es un mal y una injusticia, 1.º porque es triste que el hombre, esta criatura tan polle, se aflicione con ardor á las riquezas y á los bienes de la tierra, y les consagre su espíritu y corazón: 2.º porque la avaricia lleva al que la posee á los fraudes, á la usura, y á otros pecados; 3.º porque es difícil adquirir y conservar la opulencia sin perjudicar á alguno, sobre todo en medio de una sociedad que cuenta en su seno tantos pobres: 4.º porque Jesucristo amonesta á los ricos con su anatema: *1.º* *Uobis dixit* (Luc. VI. 24); 2.º y finalmente, porque Dios da muchas veces la riqueza á los malos, como por ejemplo, á los infieles, á los judíos, á los usureros.

El que busca enriquecerse, á nada más aliende, dice el Eclesiástico. (XVII, 1.)

¿Qué es el cofre de un avaro, sino una tumba en donde yace la vida de los indigentes? Araros, sepultais á los pobres enteramente vivos; pero tambien os sepultais á vosotros mismos con ellos. Vuestro tesoro es vuestro sepulcro. Os habeis enriquecido; pero por esto habeis ofendido á Dios, dice S. Agustín: habeis adquirido oro, y habeis perdido la fe; os alegráis de haber llenado vuestros cofres, y no lloráis la muerte de vuestro corazón. Andéis perdido más de lo que habeis adquirido; habeis perdido lo que un milagro no hubiera podido quitaros; porque: ¿Qué habeis adquirido? Lleved con vosotros vuestra fortuna al infierno. Vuestro corazón vació de fe se ha preparado suplicios; si hubiese poseído esta virtud, hubiera merecido una corona. (2).

El oro y la plata me pertenecen, dice el Señor de los ejércitos: *Mentis est argentum et meum est aurum, dicit Dominus exercituum.* (Agg. II, 9). S. Agustín parte de este punto para increpar a los avaros: Si el oro y la plata son de Dios, dice, cuando Dios os manda dar a los pobres, os manda dar lo que es suyo; y cuando hacéis limosna, la hacéis con fondos que os prescribe distribuir, y no

(4) Non mendacabit: pium enim, qualem querebat alium. Etenim dives magis alienum iocundum quam suum mundicant, qui rapta vivunt, et raptae scriptum exerceat: *Eccl. X. 17.*

(2) *Lucrum faciste; sed ut lucrum faceret. Damm offendisti. Acquisivisti agnum, idem perdidisti. Damna subit, i. de corde non placuit. Plus perdidisti quam acquisivisti. e. perdidisti quod non audivisti, non potuisti audire. i. tunc erga negotiavit. Tunc perdidit ad id quod non acquisivit. Iam tunc idcirco potuisti, quod prius non potuisti exire. *Life de Moris.**

con lo que os pertenece. (1). Dios, añade el mismo santo Doctor, da oro a los hombres caritativos para que ejerzan la caridad y obedezcan a la voz de la humanidad; y lo da a los avaros para castigar su codicia. Si quereis enriqueceros perdereis inevitablemente la justicia; si al contrario quereis ser justos, sacrificareis la riqueza. (2).

Hé aquí de qué modo, S. Basilio, hace hablar al araro, y cómo la responde: ¿A quién injurio, reteniendo y conservando lo que me pertenece? ¿Que es, decidle, lo que es pertenecer? ¡No salisteis desdado del seno de vuestra madre, y no volveréis desdado al seno de la tierra! ¿Quién os ha dado vuestros bienes? Si deseis que es la casualidad, sois un impío que desconoce al que le ha criado, y no da gracias al que le ha llenado de presentes. Si confesáis que Dios os los ha dado, ¿por qué, decidle, los habeis recibido? ¿Que es ser araro, os pregunto, sino conservar tan sólo pura si lo que pertenece a todos? ¡O riquezas inmensas encerradas en estas palabras: Venid, bendecidos de mi Padre, venid a poseer el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo! Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber, etc. Al contrario, ¡qué horrible pobreza y calamidad la que indica aquella otra sentencia: Retraeos de mí, malditos; id al fuego eterno!... Tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me ofrecisteis un vaso de agua, etc. Pero dirá el araro: Yo he hecho uso de mis bienes. Dios hace también uso de los suyos: Retraeos de mí, maldito! —Desgraciado, ¿qué responderéis a vuestro Juez? (*Serm. in his verbis Evang. deitatum horrea*).

El avaro llama necesario á lo superfluo: no tiene caridad en su corazón.....

¿Cómo es posible que un hombre que tiene los bienes de este mundo, dice el apóstol S. Juan, y que, viendo á su hermano en la necesidad, le cierra su corazón y sus entrañas; cómo es posible que tenga amor á Dios? *Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum in necessitate habere, et clausit viscera sua ab eo, quomodo caritatem Dei habet in eo?* (I. un. 17).

El avaro vive de egoísmo; no tiene compasión, ni caridad, ni entrañas.... Es una especie de tigre doméstico.....

La avaricia hace crueles y atroces á todos los que la sirven, dice S. Crisóstomo: *Avaritia omnes qui ipsi serciant, crudeles efficit atque atroces.* (Homil. ad pop.).

El que no tiene compasión, rechaza hasta a sus parientes, dicen

(1) Si Δ est argutum et acutum, ergo cum Δ habet utraque continuatibiles, de re non habet, et cum facit obnoxiatam, facit de re quae qui habet ut faciat non de re sua. Ut supra.

17) Si miseris tantum ad divitias, necesse est ut occidat iustitiam, si miseris tantum ad iustitiam, pereunt divitiae. *U. supra.*

los Proverbios: *Qui crudelis est, etiam propinquos abiecit.* (XI. 47). El avaro es cruel para su alma, para su cuerpo, para sus padres, para el prójimo y para Dios. El avaro se parece á la araña, agota sus entrañas para producir oro; teje una tela inútil y que no sirve más que para coger lagacetas...

La avaricia es una enfermedad grave que nos hace ciegos, sordos, y peor que las bestias feroces, dice S. Crisóstomo: *Gravis morbus est avaritia; oculos caecum, et aures obstruit, et gravis bellua saevioris reddit.* (Homil. ad pop.).

No hay cosa más detestable que un avaro, dice el Eclesiástico; no hay cosa más inútil que el que codicia el dinero, porque vende hasta su alma: *Avaro nihil est scelestius, nihil est iniquius quam amare pecuniam, hic enim et animum suum venalem habet.* (X. 9-10).

Escuchad á Silvano: *Nadie es más culpable que el avaro*, dice la Escritura, y esto es verdad. Porque, ¿qué cosa hay peor que hacer de los bienes presentes el principio de los males futuros, y emplear en comprar la muerte y la eterna reprobación las riquezas que Dios nos ha dado para procurarnos una felicidad eterna?

Nadie hay más culpable que el avaro. Porque 1.º la avaricia es una injuria grave hecha á Dios, á quien antepone el oro. 2.º Es un perjuicio hecho al Estado, que aquel vicio llena de usuras, de robos, de fraudes, de procesos, de sediciones, de muertes, de odios, etc.... 3.º Daña al mismo avaro, manchándole, corrompiéndole e inspirándole un amor al oro que le conduce al infierno. 4.º Es un crimen hacia los pobres. 5.º Violenta hasta el mismo oro, porque su destino y, si así puedo expresarme, su felicidad consiste en satisfacer las necesidades comunes de los hombres: para esto lo ha creado Dios. El avaro se opone á que llene su fin; lo encierra y lo aniquila. Pero lo que niega á los hombres, lo concede al infierno, que le compra su alma. 6.º La avaricia insulta todos los elementos, los cielos y la tierra.... 7.º Insulta todas las leyes, todas las virtudes; las desprecia y las pisotea.

Nada más inútil que amar el dinero, añade el Eclesiástico: *Nihil est iniquius quam amare pecuniam.* (X. 10).

No son los ricos (devorados de avaricia) quienes os oprimen con su poder, dice el apóstol Santiago, y quienes os arrastran ante los tribunales? *¿Nonne dicites per potentiam opprimunt vos, et ipsi trahunt vos ad iudicium?* (II. 6). Las riquezas, en efecto, extrarían el espíritu del avaro que se ha hecho opulento, hasta el punto de hacer creer que todo le está permitido, que debe mandar, que es preciso que los pobres le obedezcan y que sean sus servidores y esclavos, pudiendo valerse impunemente de ellos para acrecentar su fasto y sus riquezas. El rico avaro devora al pobre, como los peces grandes devoran á los pequeños; y si alguno se atreve á resistirle, se enfurece y no perdona. Todo se lo atribuye, y nada á los demás;

se cree superior á los que le rodean, y se imagina que nadie ha de resistirle. El asno montés es víctima del león en el desierto: así también los pobres son víctimas de los ricos (avaros), dice el Eclesiástico: *Ventatio leonis onager in eremo, sic et pauperum dicitum sunt pauperes.* (XIII. 23).

Habiendo Alejandro el Magno enviado cien talentos á Focio que era sumamente pobre, preguntó éste:—¿Por qué me envía el rey esta cantidad?—Porque Alejandro no conoce otra persona honrada y buena como vos, entre los Atenieses.—Entonces, repuso Focio, que me deje como soy.—Y rehusó los cien talentos. (*Elia. Lib. XI*).

En efecto, el pobre, ó el hombre de mediana fortuna, que es honrado, se corrompe á menudo cuando tiene la desgracia de enriquecerse. La avaricia daña al alma, al cuerpo, al individuo, á la familia, á la sociedad....

Ello es que yo me he hecho rico, estaba diciendo Elraim, mi fortuna es mi ídolo: *Dices factus sum, inveni idolum mihi.* (Oseá. XII. 8).

Sed, dice S. Pablo á los Efesios, que ningún avaro, cuyo vicio viene á ser una idolatría, será heredero del reino de Jesucristo y de Dios: *Hoc scilicet intelligentes quod omnis avarus, quod est idolorum servitus, non habet hereditatem in regno Christi et Dei.* (v. 5). Los judíos adoraron el becerro de oro; los avaros los imitan.

¿Por qué es más bien ídolo el avaro que los esclavos de los otros vicios? He aquí las razones: 1.º Los avaros fijan toda la esperanza de su vida en sus riquezas; las miran por consiguiente como á su Dios. 2.º Los ídolos adoran estatuas de oro y de plata: ¿hace el avaro otra cosa? 3.º La avaricia es insaciable.... 4.º Ocupa enteramente al hombre, y esto siempre....

El ídolo adora un vano simulacro: el avaro se prosterna ante su oro. El ídolo sirve á un ídolo: el avaro cuida su tesoro. El ídolo rodea de respetos el objeto de su culto: el avaro vela al lado de su caja con una vigilancia extraordinaria. El ídolo pone su esperanza en su ídolo: el avaro la cifra en su dinero. Aquel no quisiera mutilar á su ídolo: éste teme ver disminuir su tesoro.

Los avaros aman y adoran las riquezas; porque no piensan y no obran sino para procurarse otras, conservarlas y aumentarlas; les consagran su cuerpo, su corazón, su alma, sus cuidados, sus sudores, sus trabajos su sueño, sus vigillas y su vida. Obedecen en todo á su pasión; ponen en ella su felicidad y su último fin. Por ella, desprecian el culto de Dios, violan sus preceptos, y niegan su providencia....

El rey Nabucodonosor, dice Daniel, hizo una estatua de oro. El pueblo se hallaba delante de ella, en tanto que los heraldos gritaban: Prostrados, adorad la estatua de oro; y el pueblo se prosternó, y la adoró, etc. (III. 1). Así obra el avaro.... El becerro de oro, es el dios de este siglo....

La avaricia corrompe el corazón.

El avaro es ídolo.

La avaricia es un crimen.

El avaro es un despoja.

De su plata y de su oro se forjaron ídolos para su perdición, dice el Señor, por medio del profeta Oseas: *Argentum suum et aurum suum fecerunt sibi idola, ut interirent.* (VIII. 4).

El avaro no es bueno para nadie; es pésimo para sí mismo, dice Séneca: *In nullum avarus bonus est, in se pessimus.* (Lib. de Remed.).

Nadie, dice S. Cirilo, pierde tanto como el que se pierde. ¿Qué poseéis, cuando la avaricia reina sobre vosotros? Petrifica vuestro corazón. (Homil. VI.). 1.º El avaro se prohíbe a sí mismo gastar sus riquezas; por lo que es el perseguidor y el verdugo de sí mismo: se condena al hambre, á la sed, al frío, al calor, al sudor, á la desnudez, á todas las privaciones y á la muerte. Jamás ningún anacoreta se ha impuesto para ir al cielo mayores mortificaciones que las que el avaro se impone para ir al infierno. Si hiciese por Dios los sacrificios que hace por el demonio, estaría lleno de méritos y maduro para el cielo. Sin embargo, no solo no adquiere ningún título á las recompensas divinas; sino que se carga de pecados y de maldiciones. 2.º El avaro se propone reunir un caudal para sí, y no obstante, acudida para los demás, para personas á quienes él rehusaría una limosna. 3.º Es devorado por el temor de perder sus riquezas y verlas pasar á manos extrañas. No deja de sentir el escozor de alguna espina: diríase que se vala de las malezas arrancadas de sus campos para construirse asientos y cama.

El avaro se atormenta con continuas privaciones; sufre hasta de ver desaparecer el pan negro que comen sus criados.

Guardando su oro, el avaro se pierde á sí mismo; y en tanto que está rodeado de riquezas que le pertenecen, ve reinar la extrema pobreza en su interior. Se afige cuando se ve forzado á dar, y no da más que contra su corazón, perdiendo así sus dones y el mérito de la buena gracia.

El caño del avaro está lleno, y su conciencia vacía, dice S. Agustín: *Avarus plenus habet aurum, sed inane conscientiam.* (Serm. XLV.).

El avaro mata su cuerpo, su alma, su reputación, pierde el tiempo y la eternidad.....

Quien esconde los granos, será maldito de los pueblos, dicen los Proverbios; más la bendición descenderá sobre la cabeza de los que lo sacan al mercado. (Mt. 26.). El avaro introduce la turbación en su casa, añade *Conturbat domum suam qui secutus avaritiam.* (XV. 27). Introduce la turbación en su casa, 1.º obligando á sus buyes, á sus criados, á sus hijos, á su esposa, á que trabajen más de lo que permiten sus fuerzas, y algunas veces hasta en domingos y días festivos; les rinde, privándoles del alimento y de los vestidos que necesitan; les irrita tratándoles duramente, habiéndoles en tono ágrío, con cólera, inhumanidad é insolencia.

Les obliga de este modo á murmurar de él, á detestarle, á despreciarle, á aborrecerle, á maldecirle, á disputar entre ellos, y á tratar de descargar unos sobre otros el peso terrible que él les impone. 2.º El avaro acostumbra enriquecerse por el fraude, la usura y la injusticia; lo que hace que sea execrado y maldecido.

El que se apresura á enriquecerse, no conservará su inocencia, dice la Escritura: *Qui festinat ditari, non erit innocens.* (Prov. XXVIII. 20). sino que será tratado de todos como un culpable y un ladrón. Dios, los hombres y hasta los mismos demonios maldicen al avaro, hombre sin piedad y sin entrañas. Dios le rechaza, los hombres le aborrecen, y ¿qué han de hacer los demonios de este ser inútil?

El avaro es el común enemigo del género humano, dice S. Crisóstomo: *Avarus, communis generis humani hostis.* (Homil. LXXXI. in Matth.).

¿Para quién puede ser bueno aquel que para sí mismo es mezquino? dice el Eclesiástico: *Qui sibi nequam est, cui alii bonus erit?* (XVI. 5). Nadie es peor que el que se tiene envidia á sí mismo, añade este libro: *Qui sibi invidet, nihil est illo nequius.* (Id. XIV. 6).

tal es el castigo del avaro.

Después de haber vencido á M. Craso, los Partas hallaron el cuerpo de aquel general avaro en el campo de batalla, y por decisión le echaron oro derribado en la boca, diciendo: Tú estabas sediento de oro, apaga ahora tu sed: *Aurum titisti, aurum bibe.* (Ira Sabel. Ennead. IX. lib. IX.).

El pájaro se asocia con los pájaros, las reses con el rebaño, los peces con los peces; sólo el avaro se priva de toda sociedad y permanece solitario.....

Detestado y maldecido durante su vida, el avaro lo es también en la hora de la muerte. El fin de su existencia alegra á los vivos. No se ve correr una lágrima sobre su tumba, no se oye ni un suspiro..... Primero hablan de él con desprecio, y luego dejan caer su memoria en un olvido eterno. Hasta su sepulcro queda sin honores, porque no se ha ocupado de ello por avaricia, ni mientras tuvo salud, ni en la hora de su muerte, ni de viva voz, ni por medio de testamento; y sus herederos, que no piensan más que en sus riquezas, lo desquidan. Esta es el justo castigo que Dios reserva al avaro. Por haber sepultado su dinero, se ve privado de un sepulcro honroso. Todos le detestan, y le niegan una tumba: quieren ignorar hasta el sitio que debe ocupar, á fin de no pensar más en él. Sobre la tumba del hombre caritativo se ven escritas las siguientes palabras: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem; in die mala liberabit eum Dominus.* Feliz el hombre que cuida de los pobres; Dios le salvará en el día malo. (Psal. XL. 1). Sobre la del avaro podría grabarse la inscripción dictada por S. Pedro: *Sus tota in volatibulo luti.* (II. n. 22).

El oro que desea el avaro, y que quiere guardar cuidadosamente, dice S. Agustín, es objeto de grandes trabajos, es el peligro de los

Desgracias del avaro.

que lo poseen, el amonoreamiento de las virtudes, un mal dueño, un servidor perdido. (Homil. XI.)

Escuchad, avaros, dice S. Crisóstomo, oid atentamente lo que Judas sufrió: Perdió su dinero, se hizo culpable de un crimen horrible, y condenó su alma. La avaricia acostumbra tratar así á sus criados. Perdió su dinero; nada gozó en esta vida, ni gozará tampoco en la futura; todo lo perdió á la vez, y despreciado de aquellos mismos á quienes vendió á Jesucristo, se ahorcó de desesperación. (In Paul.) La avaricia, dice S. Pablo, es raíz de todos los males; de la cual arrastrados algunos se desviaron de la fe, y se sujetaron ellos mismos á muchas penas y aflicciones. (I. Tim. VI. 10). Los avaros no retroceden ante los remordimientos, la amargura de la maldición de Dios y de los hombres, y finalmente se precipitan en el infierno.....

No améis pues las riquezas, dice S. Bernardo; amarlas mancha, poseerlas inquieta, perderlas es un suplicio. (Conc. ad Cler., c. XII.)

El amor á las riquezas, dice S. Crisóstomo, es un veneno, una enfermedad incurable, un fuego inextinguible, un tirano. Las riquezas son ingratas, perseguidoras, homicidas, crueles, implacables; son bestias feroces; es un precipicio abierto, un estrecho peligroso y lleno de tempestades, una mar agitada por mil desencadenados vientos; producen enemistades irreconciliables. Es un enemigo terrible: hierne á los que le aman, despoja á los que le dan, encadena la inteligencia, destruye la fe, hace traición al afecto, hierne la caridad, turba el reposo, mata la inocencia, enseña el robo, ordena la mentira, y organiza las depravaciones. (Homil. LXIV. in Joann.)

El papa Inocencio IV dijo un día á Sto. Tomás de Aquino, delante del cual estaba contando dinero: Ya lo veis, Tomás, la Iglesia no se ve hoy obligada á decir, como en su nacimiento: No tengo ni oro ni plata. (Act.). Sto. Tomás respondió con modestia: Es verdad, Padre Santo, pero tampoco puede decir hoy la Iglesia á los cojos, como en otro tiempo: Levantaos y andad. Surge et ambula. (Hist. Eccl.)

Mirad como esos, siendo pecadores, dice el Salmista, abundan de bienes en el siglo y amontonan riquezas.... Lo cierto es que tú, ¡oh Señor! les diste una prosperidad engañosa; derribásteles cuando ellos estaban elevándose más. ¡Oh! y cómo fueron reducidos á total desolación! De repente fenecieron: perecieron de este modo por su maldad. Como el sueño de uno que despierta, así oh Señor, reducirás á la nada en tu ciudad la imagen de ellos. (1).

Salvame ahora, dice también el Salmista;—y sácame de las garras de estos extranjereros, de cuya boca no sale sino vanidad y mentira, y cuyas manos están llenas de iniquidad: los hijos de los cua-

(1) Ecce ipsi peccatores, et abundantes in seculo, obtinuerunt divitias. LXXII. 12. Veruntamen propter dulos posuisti eis: deieceristi eos dum alluventur. Quomodo dicti sunt in desolationem, subito defecerunt: perierunt propter iniquitatem suam. Velut somnium surgentium. Dominus, in civitate tua imaginem speciem ad habundantiam reduces. LXXII. 13-14.

les son como nuevos plantíos en la flor de su edad:—sus hijas compuestas y engalanadas por todos lados' como ídolos de un templo: atestadas están sus despensas, y rehusando toda suerte de frutos:—fecundas sus ovejas, salen á pacer en numerosos rebaños: tienen gordas y lozanas sus vacas:—no se ven portillos ni ruina en sus muros ó cercados: ni se oyen gritos de llanto en sus plazas. Feliz llamaron al pueblo que goza de estas cosas. Mas yo digo: ¡Feliz aquel pueblo que tiene al Señor por su Dios! (c. XLIII. 11-15).

¡Ay de vosotros, exclama el profeta Isaías, los que juntáis casa con casa, y agregáis heredades á heredades hasta que no queda ya más terreno! ¡Vae qui conjugitis domum ad domum, et agrum agro copulatis, usque ad terminum loci! (c. 58).

¡Desgraciados de los ricos! exclama Jesucristo: ¡Vae vobis divitibus! (Luc. VI. 24.)

Por más dulce que sea el agua de los ríos, se vuelve amarga al entrar en el Océano: tal es la imagen de las riquezas de este mundo. Los que las poseen, se alegran de ello durante el curso de la vida; pero cuando llegan al golfo de la muerte, á donde todo va á parar, no encuentran más que amargura y decepciones....

Las riquezas, dice S. Ambrosio, son una terrible ocasión de pecado; hinchán, engorruñen, y hacen olvidar el Criador. (Lib. de Cain et Abel.)

La raíz de todos los males es la avaricia, dice S. Pablo. (I. Tim. VI. 10.) Huid pues, hombre de Dios, huid de la avaricia. (Id. XI. 11).

Los que quieren ser ricos, añade aquel gran Apóstol, caen en la tentación y en el lazo del demonio, y en varios deseos inútiles y perniciosos que hunden á los hombres en el abismo de la muerte y de la perdición: Nam qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia et nociva, quae mergunt homines in interitum et perditionem. (I. Tim. VI. 9).

La avaricia, dice S. Ambrosio, no retrocede delante de ningún pecado: todos los engendra; porque, para saciar sus deseos, lo que es imposible, recurre á los maleficios, se hace culpable de homicidio, de impurezas y de todos los crímenes. (Lib. de Cain et Abel.)

Las costumbres de los Romanos se han corrompido por la avaricia, dice Juvenal. Desde que la pobreza ha desaparecido de Roma, abundan en ella todos los crímenes y todas las corrupciones. (1).

La avaricia se burla de todos los derechos.... Las riquezas son una ocasión de vanidad, de gula, de injuria, de erupción, de pereza y de todos los excesos....

Dícese que Naaman, general de los ejércitos del rey de Siria,

La avaricia es el monstruo de todos los pecados y de todos los males.

(1)

Romanorum mores corrumpti sunt per avaritiam. Nullum enim ab eis, summumque libellum, ex quo Perperia Romana perit.

era un hombre rico, pero leproso: *Naaman, princeps militie regie Syriæ, erat vir dives, sed leprosus.* (IV. Reg. v. 1). La lepra del pecado es insuperable de la avaricia; ó más bien la avaricia es una lepra que cubre todo el cuerpo del hombre....

La avaricia engendra la incredulidad; no teme ni á Dios, ni su terrible juicio, ni el infierno. Los avaros desprecian la religión, violan los sagrados preceptos de Dios y de la Iglesia; y como un crimen atrae otro, sucede que el rico avaro, creciendo en orgullo, en ambición, en injusticia y en toda clase de desórdenes, cae por fin en la herejía, en el ateísmo y en la idolatría, como le sucedió á Salomón.

El deseo de las riquezas, dice S. Crisostomo, inspira el perjurio, el robo, las rapiñas, la envidia, el asesinato, el odio entre hermanos, las guerras, la hipocresía y las adulaciones. (1).

¿Qué son las riquezas de la tierra, dice S. Cirilo, sino una excitación de las pasiones, la hoguera en donde se enciende la codicia y la presa de la muerte? Ingeniosamente cruel, la avaricia atormenta á los que la sirven por medio de todos los vicios: los corrompe, turba su juicio, mancha su cuerpo, destruye todas sus virtudes, y nada se escapa de la destrucción que produce. (*Homil. A.*)

En su discurso contra Verres, dice muy bien Cicerón: Nada hay tan santo que no pueda ser violado, nada tan bien defendido que no pueda ser conquistado con el dinero. (2).

Laercio decía que la avaricia es la metrópoli de todos los vicios. Los hijos de la avaricia son: la traición, el fraude, las decepciones, el perjurio, la inquietud, la violencia, la inhumanidad, la dureza del corazón, etc....

Los que se hallan agitados por el deseo de las riquezas, se ven consumidos por el soplo de las inspiraciones de Satanás, dice S. Isidoro. (3).

No hay salvación para el avaro.

El Hijo del hombre, dice S. Jerónimo, no tenía en dónde reclinar su cabeza, y vosotros nadaís en la abundancia! Aspiráis á la herencia del siglo: no podéis pues ser coherederos de Jesucristo; porque el discípulo del Hombre-Dios no tiene más que á su Maestro por toda riqueza. (*Comment. in Matth.*)

No podéis servir á Dios y al dinero, dice Jesucristo: *Non potestis Deo servire et mammonæ.* (Matth. VI. 24). Mas, el que no sirve á Dios, no puede salvarse....

Jesucristo despreció las riquezas.

Jesucristo, dice S. Agustín, ha despreciado todos los bienes de este mundo, á fin de manifestar que en efecto eran despreciables. Ha

(1) *Desiderium divitiarum est perjurium, furturn, rapina, invidia, crudelitas, odium fratrum, bellum, simulas, adulatio.* *Homil. ad pop.*

(2) *Nihil est tam sanctum quod non violare, nihil tam bene defensum quod non expugnari pecunia possit.* *Cicero, Verres.*

(3) *Qui desideria carnalium custodit, flatu diaboli inspirationis uritur.* *Lib. II. epist. CCXXIII.*

sufrido toda clase de pruebas durante su vida mortal, á fin de que no se buscara la felicidad en las riquezas, ni se temiesen las pruebas ni las cruces. El que todo lo posee, se ha hecho pobre; el que alimenta á todos, tuvo hambre; el que es la fuente de la vida, tuvo sed. (*De vera Relig., c. XV.*)

Jesucristo, dice Salviانو, ha sido pobre, y vosotros acudais á las riquezas! Jesucristo ha sufrido hambre, y vosotros os sumergís en las delicias! Jesucristo no tuvo agua para beber, y vosotros os entregáis á los excesos de la embriaguez. (Lib. IV. *ad Eccles.*)

De todos los bienes de este mundo, Jesucristo no quiso mas que un pesebre y una cruz. ¿No condena esta conducta suya la estimación que damos á las riquezas, y sobre todo la avaricia?

San Gregorio enseña que los elegidos buscan el cielo, y los reprobos las riquezas de la tierra. (*Lib. Moral.*). Jamás se ha visto que un verdadero santo se esforzara en llegar á la opulencia, ni la estimara....

El avaro no busca más que los bienes de la tierra; poco le importan los eternos....

Para dice S. Pablo: el hombre sólo puede segar lo que ha sembrado: *Quæ seminaverit homo, hæc et metet.* (Gal. VI. 8).

Jesucristo prueba la culpabilidad del avaro con siete razones: 1.ª porque el alma es más que el cuerpo.... 2.ª presentándonos el ejemplo de los pájaros á quienes Dios alimenta.... 3.ª porque toda nuestra solicitud es inútil sin Dios.... 4.ª recordándonos que las azoñas y la yerba de los campos no hilan, y sin embargo Dios las viste y las adorna.... 5.ª porque buscar los bienes de la tierra es imitar á los paganos.... 6.ª porque Dios conoce nuestras necesidades.... 7.ª porque á cada día bastan sus trabajos.

Así condena Dios una gran parte de los hombres que trabajan mucho, y sin Dios: trabajo perdido....

Percute tu dinero contigo, dijo S. Pedro al avaro Simón: *Pecunia tua tecum sit in perditionem.* (Act. VIII. 20).

Sigeberto y Baronio cuentan un terrible castigo de la cólera de Dios contra la avaricia. En el año 605 de Jesucristo todas las provisiones de boca de un buque que pertenecía á un avaro, fueron cambiadas en piedras, por haber el piloto respondido á un pobre que le pedía limosna que el buque no contenía más que piedras. El pobre, desesperado, habia expresado el deseo de que usase en efecto.

Ateneo (*Deipnosoph., lib. III.*) cita tres castigos impuestos providencialmente á la avaricia.

Hé aquí el primero:

La Grecia no produce habas; mas durante dos años, y sin que la hubiesen sembrado, aparecieron en gran número en las huertas del Epiro. Dieron muchísimo fruto y sirvieron de alimento á los muchos

La avaricia es un mal, señal de reprobación.

Complacencia de la avaricia.

Castigo que atrajo la avaricia.

pobres del país. Pero habiendo Alejandro, hijo de Píro, prohibido que nadie tocara á esta cosecha, las huertas se secaron, y las habas desaparecieron para siempre.

Segundo ejemplo sacado también de la historia del Epiro:

Se hallaba en aquel país un arroyo cuya agua aliviaba maravillosamente á los enfermos. Pero habiendo los oficiales de Antigono impuesto por avaricia una contribucion á los que de ella bebieran, el agua perdió su virtud, y acabó por desaparecer del todo.

Tercer ejemplo:

En tanto que en Troade se permitió á todos tomar en Tragusa la sal que necesitaban, esta sustancia jamás faltó. Pero habiéndola Lisimaco sujetado á un impuesto, desapareció. Entonces Lisimaco, sorprendido, quitó el impuesto, y al punto volvió á aparecer la sal.

Así, la avaricia pone impedimento á los dones de Dios y seca el manantial de sus maravillosas liberalidades; porque Dios que derrama con abundancia sus beneficios sobre los hombres, no permite que los avaros los acaparen y los restrinjan.

Habiendo un avaro calificado á los pobres de ratones, en 970, fué devorado por una multitud de estos animalitos. Testigos dignos de crédito han afirmado este rasgo de la venganza divina.

A causa de la miseria de los indigentes y del gemido de los pobres, me levantaré, dice el Señor para defenderlos: *Propter miseria inopum, et gemitum pauperum nunc exurgam, dicit Dominus.* (Psal. XL 6).

Dios castiga al avaro impidiéndolo gastar sus bienes....., quitándoselos, etc.....

Gezi quedó cubierto de lepra á causa de su avaricia. (IV. Reg. V).

Los avaros rechazan los buenos sentimientos de su corazón, son insensatos, ciegos y sordos; más diré, han muerto para la vida espiritual. He aquí algunos de los castigos terribles impuestos á su pasión.....

Por la malvada avaricia de mi pueblo, dice el Señor por boca de Isaías, yo me irrité, y le he azotado; le ocluí mi rostro y me indigné, y él se fué vagando tras de los autójes de su corazón: *Propter iniquitatem auaritia eius, iratus sum, et percussi eum; abscondi á te faciem meam, et indignatus sum, et abisti vagus in via cordis sui.* (LVII. 17.)

Los avaros son exterminados, y otros hombres se apoderan de sus tesoros, dice el profeta Baruch. (III. 49.)

Os quejais de la sequedad y de la miseria, dice S. Cipriano, como si la sequedad ocasionara una miseria más cruel que la avaricia. Os quejais de que el cielo aleje las nubes, vosotros que cerrais vuestros graneros á los pobres. Vuestra avaricia es la que produce todos estos males. Vuestros cosechas se echan á perder en el seno de la tierra, en castigo de las que teneis injustamente y dejais perder en vuestros graneros. No puede dársele que la avaricia es á menudo causa de las desgracias públicas y privadas: *Ita saepe, et hodie saepe*

immisericordia est causa miseriaum privatarum et publicarum. (Epist.)

Acórdele el avaro de aquellas palabras de Job. (XX. 15.): El avaro vomitará las riquezas que ha devorado; Dios se las arriancará de las entrañas.

Se dice proverbialmente: Bienes mal adquiridos á nadie han enriquecido. Judas quiere ganar dinero, y sin saberlo, prepara la cuerda con que ha de ahorcarse, adelanta su muerto y gana el infierno.

Los judíos temen, por avaricia, comprometer á su nación; reniegan de Jesucristo y le hacen condenar; pierden no sólo la gracia de la salvacion, sino también á su nación y se pierden á sí mismos.

El día del juicio Jesucristo dirá á los avaros que estarán á su izquierda: *Id á mí, malditos, id al fuego eterno que ha sido preparado para el demonio y sus ángeles; porque tuve hambre y no me habeis dado de comer, etc..* (Matth. XXI. 41-42). Y éstos irán al suplicio eterno: *Ibunt hi in supplicium eternum.* (Matth. XXV. 46).

Los avaros son condenados al fuego preparado para el demonio, porque han imitado al demonio, que es cruel y no tiene compasion. Si aquel que ha hecho limosna es castigado tan severamente, dice S. Gregorio, ¿qué castigo no se impondrá al que quita los bienes ajenos! *Si tanta pena multabitur qui non dedisse concinuitur, quanta pena feriendus est, qui redarguetur abstulisse aliena!* (Pastor.)

Murió el rico avaro y fué sepultado en el infierno, dice el Evangelio: *Mortuus est dives, et sepultus est in inferno.* (Luc. XVI. 22). Ya vemos lo que producen el oro y las riquezas, dice S. Crisostomo. (Serm. in Lazar.)

Con vuestra avaricia, os habeis atesorado ira para los últimos días, dice el apóstol Santiago: *Thesaurizastis vobis iram in novissimis diebus.* (v. 3).

San Gregorio de Tours dice que en el infierno no halla el avaro, para apagar su sed, mas que oro derretido mezclado con azufre. (De Avarit.)

En el infierno, los avaros estarán atormentados por una hambre cruel, una sed devoradora, una pobreza incomparable y una desnudez completa.....

Arrojada será por la calle la plata de ellos, dice el profeta Ezequiel, y entre la basura, su oro. Pues ni su plata ni su oro podrá salvarlos en aquel día del furor del Señor, ni saciar su alma, ni llenar sus vientres: pues que les ha servido de tropiezo en su maldad: *Argentum eorum foras projicietur, et aurum eorum in sterquilinum erit: argentum eorum, et aurum eorum non calcabit liberare eos in die furoris Domini.* (VII. 19).

No lo olviden los avaros: ni sus riquezas, ni sus hijos, ni su esposa, ni sus nietos, ni sus padres, á quienes ellos han querido enriquecer á pesar de su conciencia y á precio de su alma no podrán librarles de la cólera de Dios, de la muerte eterna y del infierno,

Condemnacion
del avaro.

No, no, no, halloréis misericordia, avaros crueles, dice S. Basilio. No habeis abierto vuestra casa á los desgraciados, sereis excluidos del reino de los Cielos. Os habeis negado á dar pan, no recibireis la vida eterna: *Misericordiam non invenies. Non aperuisti domum tuam, á regno Dei excluderis. Non dedisti panem, non citam recipies æternum.* (Homil.)

Lo que los p
citas, han
pueden de la
avaricia.

El Tábano Crates arrojó todas sus riquezas al mar, á fin de poder dedicarse mejor á la Filosofía. Prefiero perderos, dijo, á que vosotros me perdáis: *Malo te perdere, quam tu me perdas.* (Anton. in Meliss.)

A juicio de Demócrito, la avaricia es más miserable que la extrema pobreza. (Marin., *serm. XII*.) En efecto, cuanto mayor sea el deseo de poseer, más sentimos nuestra indigencia.

Diógenes comparaba los avaros á los hidrópicos. ¿No es vergonzoso, decía, que el avaro tenga tantos bienes y no sepa poseerlos á sí mismo? ¿*An non pudeat cum tam multa habere, cum non habeat seipsum?* (In Anaximen.)

Sócrates decía que tanto valía solicitar un beneficio á un avaro, como pedir una conversación á un muerto: *Nec á mortuo petendum colloquium, nec ab avaro beneficium.* (De Avarit.)

Escuchad qué palabras dirige Platón al avaro: Desgraciados, no estabais el modo de aumentar vuestra fortuna, sino el de disminuirla: la sed de oro que os consume; *U improbe, ne possessioni augenda studeas, sed minuenda cupiditati.* (De Legib.)

Aristóteles dice que los avaros obran como si jamás debiesen morir, porque nada dan, y todo lo conservan. (Ethic.)

Licurgo arrojó de Esparta las riquezas y la avaricia. De ahí es que Esparta obtuvo el primer puesto en Grecia durante seiscientos años; ora por la equidad de sus leyes, ora por su gloria. (1). Más tarde, el oráculo predijo al rey Teopompo que el amor al dinero había de perder á los Lacedemonios, y así sucedió. (Plutare.)

Apostrofando á Roma, Yuguria exclamaba: O ciudad venal, pronto desaparecerás si encuentras comprador! *Ut urbem venalem et mox perituram si emptorem invenerit!*

El rey Alfonso calificaba á sus ministros avaros de arañas de su corte. (En su vida.)

La fortuna y un alma sana no van juntas, dice Séneca: *Quasi inter se contraria sunt fortuna et mens bona.* (Prov.)

Por qué se que
dan las rique
zas?

Buenos son el oro y la plata, dice S. Agustín: no porque nos hacen buenos, sino porque sirven para obrar bien: *Aurum et argentum bona, non quod te faciant bonum, sed unde facias bonum.* (Sentent.)

Empleemos nuestras riquezas, dice S. Pedro Damian, en ganar almas y en adquirir virtudes: *Nostre divitiæ sint lucra animarum, et talenta virtutum.* (Epist.)

(1) Este jencio es de un pagano: ¿no podría ser de un cristiano?

(Nota del Traductor.)

Buenas son las riquezas, dice S. Ambrosio, si abris vuestros graneros á fin de que seáis el pan de los pobres, la vida de los indigentes, la vista de los ciegos, el padre de los huérfanos: *Bona sunt, si aperias horrea, ut sis panis pauperum, vita egenarum, oculis cecorum, orbatorum infantum pater.* (Lib. de Nab.)

Este precepto te recomiendo, hijo Timoteo, dice S. Pablo, y es lo que según las predicciones hechas antes sobre ti, así cumplas, ó llenes tu deber, militando como buen soldado de Cristo, manteniendo la fe y la buena conciencia: *Hoc præceptum commendo tibi, ut milites bonam militiam etc.* (I. i. 18).

Escuchad á S. Basilio: ¿En dónde está Jesucristo, nuestro Rey? En el cielo. Allí es, ó soldado de Jesucristo, adonde debéis dirigiros: olvidad todo lo que existe en esta tierra. El soldado no construye casas, no compra campos, no se entrega al comercio, ni trabaja por lucro. El soldado tiene vestidos de su rey; levanta su tienda en las plazas públicas; sólo la necesidad le obliga á comer; el agua es su bebida; no duerme sino cuando la naturaleza se lo exige. Está de marcha casi siempre; pasa en vela muchas noches; está acostumbrado á sufrir el calor y el frío; tiene paciencia, de terribles y peligrosos combates á sus enemigos: á veces muere; pero su muerte es gloriosa, digna de elogio y de honor. Tal deba ser vuestra vida, soldado de Jesucristo. Sostengase vuestro valor con el pensamiento de los bienes eternos. Hacedos una ley de ser como si no poseyeseis ni morada ni bienes en la tierra. Romped los lazos de la avaricia, y desprended de todo cuidado. Que la afección debida á vuestra esposa, no os encadene, ni la solicitud que os inspiran vuestros hijos: imitad al Esposo celestial: ahuyentad á los enemigos que á menudo os atacan, arrojados de vuestro corazón: no les dejéis ningún dominio sobre vos: destruid las asechanzas que se traían contra la fe de Jesucristo, asechanzas que tienen por fin haceros prevaricador y traidor. (Prof. in Ascel., *serm. I*.)

Y ciertamente es un gran tesoro la piedad, la cual se contenta con lo que basta para vivir, dice S. Pablo: *Est autem questus magnus, pietas cum sufficientia.* (I. Tim. VI. 6). Porque nada hemos tenido á este mundo; y es cierto que nada tampoco podemos llevarnos: *Nil enim intulimus in hunc mundum, hunc dubium quod nec auferre quid possumus.* (Ibid. VI. 7). Teniendo pues qué comer y con qué cubrirnos, contentémonos con esto: *Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, hæc contenti simus.* (Ibid. VI. 8).

Haced que la avaricia ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde á quienes Dios ha hecho Santos, dice el gran Apóstol á los Efesios: *Omnia nequitia, nec nominetur in vobis, sicut docet Sanctos.* (v. 3).

Haced que vuestra vida esté exenta de avaricia, dice á los Hebreos, contentaos con lo que tenéis, puesto que el mismo Dios dice:

Es preciso huir
de la avaricia.

No os perderé de vista ni os abandonaré: *Sint mors sine avaritia, contenti presentibus; Deus enim dixit: Non te deseram, neque derelinquam.* (XIII. 3).

Señor, dice Salomón en los Proverbios, no me déis mendiguez ni riquezas; concededme tan sólo lo necesario para vivir: *Mendicitatem et divitias ne dederis mihi; tribue tantum victui meo necessaria.* (XXX. 8); no sea que viéndome sobrado, me vea tentado á renegar de ti, y diga lleno de arrogancia: ¿Quién es el Señor? ó bien que, acosado de la necesidad, me ponga á robar y á perjurar el nombre de mi Dios. (XXX. 9).

No dejemos hablar al oro, dice S. Gregorio Nazianceno; porque, si levanta la voz, ninguna súplica tiene fuerza: *Auro loquente, iners est omnis ratio.* (In Distich). No es oída la voz del pobre ni su ruego cuando el oro habla....

No olvidemos jamás las siguientes palabras de Job: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á ella: *Nudus egressus sum de utero matris meae, et nudus reverterar illuc.* (I. 21). Orígenes en sus Comentarios sobre el libro 1.º de Job, desarrolla admirablemente el pasaje que acabamos de citar. El demonio, dice, no podrá reírse de mí. Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré á la tierra. Nada tenía cuando vine, nada pido para irme. Nada traje al nacer, nada quiero llevarme al morir. Me iré desnudo, sin dinero, pero también sin pecado; sin riquezas, pero también sin iniquidades; sin fortuna, pero también sin injusticias; porque la injusticia acompaña muchas veces á la fortuna. Partiré sin ser seguido de la malignidad, ni de la cólera, ni del orgullo, ni de la avaricia; me verá libre de todas estas cosas. No soy del número de aquellos de quienes se dice: Porque no tenían vestidos, han sido cubiertos con las llamas del infierno. Me iré libre de todo pecado, pero dueño de todo bien, revestido de justicia, rodeado de santidad, adornado de caridad, coronado de misericordia y de obras buenas. Son felices, serán felices, ó glorioso Job, aquellos que os layan imitado; todos aquellos que, á ejemplo vuestro puedan decir: Desnudo salí del seno de mi madre, y desnudo me iré al seno de la tierra. Pero desgraciados de aquellos que, habiendo venido desnudos á este mundo, se irán cargados de iniquidades y de innumerables injusticias! Serán entregados al castigo y á la cólera, al justo juicio de Dios, del que nadie puede apelar.

Huid del oro, dice S. Cirilo (*Apologet.*, Lib. III), despreciad las riquezas, apagad las llamas de la avaricia; porque las riquezas no enriquecen el alma, la empobrecen, la hacen cautiva del vicio. Amad tan sólo y buscad la virtud, este bien sólido y verdadero: entonces todos vuestros deseos quedarán satisfechos.

Avaricia espiritual.

La avaricia espiritual consiste en no entregarse bastante á la enseñanza, á la instrucción, á la oración, á socorrer al prójimo. El que tiene tibieza y es cobarde en el servicio de Dios, es avaro de los

dones celestiales que ha recibido; los emplea poco, y con dificultad y acritud los participa á los demás. Dios se irrita contra semejante avaro; á menudo le quita los dones de que antes le había colmado: permite que se pierda y se abandone á todos los deseos desreglados....

AYUNO Y ABSTINENCIA.

Necesidad del ayuno y de la abstinencia.

Xa en la antigua ley, ya en la nueva. Dios ordena el ayuno... La Iglesia hace de él un precepto.... Quidat la leña del fuego, si queréis que mengüe la llama, dice un poeta:

Subtrahere ligna foco, si vis restringere flammam.

Mas, la concupiscencia es un fuego devorador: es pues preciso hacer ayunar la carne....

Vale mucho mejor para vosotros, dice S. Jerónimo, que padezca más bien vuestro estómago que vuestra alma: vale mucho más mandar á la carne, que obedecerle, vacilar con pié incierto y débil que caer en impurezas. Es con el rigor de los ayunos y de las viglias que pueden rechazarse los dardos envenenados del demonio: muerto está el que vive en medio de las delicias. (1).

El mismo Platon prohibia comer carne dos veces al dia, y saciarse. (Lib. de Regib.).

Necesidad del ayuno y de la abstinencia para evitar el pecado....

Necesidad del ayuno y de la abstinencia para expiar los pecados cometidos....

Necesidad del ayuno y de la abstinencia para vencer y rechazar al demonio.

¿En qué consiste que no hemos podido arrojar á este demonio? decían los discípulos á Jesucristo. El les respondió: Estos demonios no pueden ser arrojados sino por medio de la oración y del ayuno: *Quare nos non possumus eicere eum? Et dixit illis: Hoc genus in nullo potest exire, nisi in oratione et jejuniis.* (Marc. IX. 27-28).

Es imposible ser casto si uno no se mortifica.

El ayuno es obligatorio bajo pena de pecado mortal desde la edad de veinte y un años, á menos que razones legítimas lo dispensen.

Ejemplos de ayuno y de abstinencia.

Los ejemplos que tenemos del ayuno y de la abstinencia, nos prueban su necesidad.

Moisés, Elias y Jesucristo, ayunaron durante cuarenta dias. Y la Iglesia, á imitación de estos ayunos, estableció el de cuarenta dias de la cuaresma.

Los primeros cristianos ayunaban todos los dias, y no tomaban más que una sola comida, que tenía lugar al ponerse el sol.

(1) Multo melius est stomachum te dolore, quam mentem; imperare corpori, quam secum; gressu vacillare, quam pudicicia. Ardentius subuli esurire; jejuniis et vigiliis rigore, restringendo sunt: que in deliciis est, vivens moriens est. *Epi.*

Los eremitas, los anacoretas ayunaban constantemente. En todos los siglos los religiosos han ayunado. Los verdaderos fieles siempre han sido exactos en ayunar. Judith ayunó; Esther, sentada en el trono, ayunó. Los judíos tenían sus ayunos. Los mahometanos tienen tambien los suyos, y los observan religiosamente.

Juan Bautista, en el desierto, ayunó á hizo abstinencia todos los dias durante treinta años; su alimento consistia en miel salvaje y langostas. Todos los Niniuitas, desde el más pequeño al más grande, desde el más joven al más viejo, desde el pobre hasta el rey, hicieron un riguroso ayuno; y hasta obligaron á ayunar á los animales....

El ayuno, dice S. Leon, engendra los pensamientos castos, las voluntades razonables y rectas, y los más saludables consejos: con esta alieccion voluntaria, la carne muere para las concupiscencias, y el espíritu se renueva con las virtudes. (1).

Oíd á S. Ambrosio: ¿Que es el ayuno, dice, sino la imagen del cielo y el precio con que puede adquirirse? El ayuno es el alimento del alma, el alimento del espíritu. El ayuno es la vida de los ángeles; el ayuno es la muerte del pecado, la destruccion de los crimenes; el remedio de la salvacion, el manantial de la gracia, el fundamento de la castidad. Por medio del ayuno se llega pronto á Dios. (2).

El ayuno, dice S. Ephren, es el carro que conduce al cielo. El ayuno suscita profetas, y ensena sabiduría á los legisladores. El ayuno es el guarda perfecto del alma, cohibita con el cuerpo sin dañarle. El ayuno es un arma á toda prueba para los soldados valientes y los intrépidos atletas. El ayuno resiste á las tentaciones; da union á la piedad. El ayuno apaga la violencia del fuego, cierra las fauces de los leones, y encamina las oraciones al cielo. La abstinencia es madre de la santidad, disciplina de la juventud y adorno de la vejez. (3).

No sólo es el ayuno una virtud perfecta, sino el cimiento de las demás virtudes; es la santificación, la pureza, la prudencia, virtudes sin las cuales nadie puede ver á Dios. (4).

El hambre, dice S. Ambrosio, es amiga de la virginidad, y enemi-

Excellencia del ayuno, sus adiciones, virtudes y sus ventajas.

(1) De abstinentia procedunt castas cogitationes, rationabiles voluntates, instructum consilio, ut per voluntarios abstinentie, carni concupiscentie mortui, virtutibus spiritus innovantur. *Sermones de quatuor dominis. mensis.*

(2) Quis est jejunium nisi abstinentia et imago celestium? Jejunium refectio animi, citius mentis est. Jejunium in vita est angelorum; jejunium calum mores, excelsum delictorum, retinendum solatio, rectis cogitibus, supplementum est castitatis. Hoc ad Deum citius gressu perducitur. *De Eusebio et polycarpo. c. 11.*

(3) Jejunium est vigilium et celum. Jejunium prophetas parat, legislatores sapientiam docet. Jejunium lenis nimis castitatis, et securus corporis demolitor. Jejunium strenuus militum telum, athletis exercitum. Jejunium temptationes rotat, et prelatum inungit. Jejunium ignis virtutum calcitrans, qui leonem obstravit, orationes in celum dirigit. Jejunium mater est sanctitatis, juvenilis disciplina, ornamentum senibus. *De Jejunio. c. 11.*

(4) Jejunium non solum perfecta est virtus, sed et ceterarum virtutum fundamentum est, et sacramentum, et pascua, utque prodigia, sine quo nemo videt Deum. *Lib. II. ad Demetrium.*

ga de la injuria; pero los excesos en la mesa ahogan la castidad y alimentan las pasiones: *Fomes amica est virginitati, inimica lascivie; saturatus vero prodigit castitatem, nutrit illecebram.* (Serm. de Quadrag.)

Así como el soldado no es nada sin armas, dice S. Crisóstomo, y las armas no son tampoco nada sin el soldado, de la misma manera la oración no es nada sin el ayuno, ni el ayuno sin la oración: *Sicut nec miles sine armis est, aliquid, nec arma sine milite, ita neque oratio sine jejunio, nec jejunium sine oratione.* (In Matth., c. VI.)

El ayuno, dice S. Basilio, hace que los hombres sean semejantes á los ángeles: *Jejunium est similitudo hominum cum angelis.* (De Jejun.)

El ayuno es el alimento del alma, dice S. Crisóstomo: *Jejunium est alimentum anime.* (In Matth., c. VI.)

El ayuno, añade el mismo Santo, purifica el alma, alivia los sentidos, sujeta la carne al espíritu, hace que el corazón esté contrito y humillado, disipa las nubes de la concupiscencia, apaga los ardores de las pasiones abrasadoras, y enciende la antorcha de la castidad. (1.)

Ved lo que hace el ayuno, dice S. Anasio: cura las enfermedades, calma la impetuosidad de la sangre, ahuyenta los demonios, arroja los malos pensamientos, da más belleza y blancura al alma, más pureza al corazón, y hace que el cuerpo esté más sano y robusto. (2.)

Por medio del ayuno es como Elías sube al cielo en un carro triunfal, dice S. Ambrosio: *Hoc gradu, tanquam curru, ascendit Elias.* (De Elia et Jejun.)

Sabemos, dice S. Pedro de Ravena, que es el ayuno el alcázar de Dios, el campo de Jesucristo, la muralla inexpugnable del Espíritu Santo, el estandarte de la fe, el signo de la castidad, el trofeo de la santidad: *Jejunium scimus esse Dei arcem, Christi castrum, murum, Spiritus Sancti, veritatem fidei, castitatis signum, sanctitatis triumphum.* (Serm. de Jejun.)

Puesto que por gula perdimos las alegrías del paraíso, dice S. Gregorio, esforcémonos en conquistarlas de nuevo con el ayuno y la abstinencia: *Quoniam á paradisi gaudio per cibum cecidimus, quantum possumus, per abstinentiam revivimus.* (Homil. de Jejun.)

¿A qué debió Sansón el ser tan fuerte e invencible? dice S. Basilio. ¿No fué el ayuno el que hizo merecer á su madre la gracia de concebirle? El ayuno le concibió, el ayuno le alimentó, y el ayuno hizo de él un prodigio de fuerza. (3.)

(1) Jejunium purgat mentem, subleat carnis, ducit animam ad celestia, et tunc contritum et humilatum; concupiscentias debiles dissipat, utilitatem ardoris extinguit, castitatem immo accendit. In sup. IV. Matth.

(2) Vnde quid faciat jejunium: morbos sanat, distillationes exhalat, demones fugat, malas cogitationes expellit, mentem relictam munditiam, cor purgatum, et corpus subleat. Lib. I. de Virginit.

(3) Quod Sotismorum Sansonem inexpugnabilem reddidit? Nomen jejunium, per quod in matris utero, conceptus est Jejunium conceptus, Jejunium nutrit, Jejunium fortis efficit. Homil. de Jejun.

El ayuno, añade aquel gran Doctor, engendra profetas, da más fuerza á los fuertes: el ayuno da salubridad á los que dietan lujos, es el escudo de los que combaten con valor. El ayuno es el que dió fuerza á Sansón, y en tanto que éste fué fiel en guardarlo, derribó á millares de enemigos en cada combate, arrancó las puertas de las ciudades, y los leones no pudieron resistir al vigor de su brazo. Pero desde el momento en que la embriaguez del vino y de la volupinosidad se apoderaron de él, en seguida le prendieron los enemigos, le arrancaron los ojos, y fué juguete de los niños. (1.)

Cuando el alma derrama lágrimas de arrepentimiento, dice S. Gregorio, es también indispensable que la carne, que ha sido esclava de los criminales placeres, sea castigada con el ayuno: *Uum mens flendo compungitur, necesse est etiam ut caro, quæ delectationibus subiacuit, affligatur.* (Homil. de Jejun.)

Samuel, dice S. Jerónimo, reunió el pueblo en Masphath, le fortificó con un ayuno que impuso, y así le hizo victorioso de sus enemigos. (In Iab. Reg.) A fin de poder combatir á sus enemigos, dice S. Leon, repararon las fuerzas de su alma y de su cuerpo por medio de un ayuno severo. Se abstuvieron de comer y de beber; se impusieron esta ruda penitencia, y para vencer á sus enemigos, empezaron por vencer en sí mismos el atractivo de la gula. (Serm. de Quadrag.)

Los ayunos, añade el mismo S. Leon, nos hacen fuertes contra el pecado, triunfan de las concupiscencias, rechazan las tentaciones, calman el orgullo, templan la ira, y alimentan todos los afectos de la buena voluntad para hacernos practicar perfectamente todas las virtudes. (2.)

El ayuno, dice S. Anasio, eleva al hombre hasta el trono de Dios: *Jejunium ad thronum Dei hominem sistit.* (Tract. de Virgin.)

Judith ayunaba todos los días de su vida menos el día del sábado, dice la Escritura: *Jejunabat omnibus diebus vite sue præter sabbatum.* (Judith. VIII. 6.) Holofernes y sus soldados, amigos de beber mucho, se embriagaban, dice S. Ambrosio; pero había una mujer, Judith, que no bebía, ayunaba todos los días, menos los festivos. Armada con el ayuno, se adelanta y destruye todo el ejército de los Asirios. Por medio de la energía de una resolución formada en la abstinencia, corta la cabeza á Holofernes, salva su pndor y alcanza la victoria. Fortificada con el ayuno, se introduce en el campo ex-

(1) Jejunium prophetas generat, potentibus addit robur, Jejunium laqueum latoribus subministrat, et fortibus armaturæ fortiter beneficientibus. Jejunium nudum illius Sansoni non elevavit, alius quidam fuit alius illius concupiscentias debiles dissipat, utilitatem ardoris extinguit, castitatem immo accendit. At simulatque electus et acceptatus, corrumpit hominem, captus est ab hostibus, atque excoctus, pro loco expulsi sunt pueri et virginum. Homil. de Jejun.

(2) Jejunium contra peccata facit fortiter, concupiscentias vincit, tentationes repellit, superbiam inclinat, iram mitigat, et omnes bonæ voluntatis affectus ad invicem totas virtutes excitat.

tranjero; Holofernes queda sumergido en el vino, y no siente el golpe mortal. Así el ayuno de una sola mujer anonada el numeroso ejército de los Asirios y salva el pueblo de Dios. (1).

Por causa del odio y de la crueldad que estaban cautivos. Al momento, dice la Escritura, la reina Esther, asustada del inminente peligro, acude al Señor. Dejando todos sus adornos de reina, se pone vestida de luto; en vez de usar perfumes, cubre su cabeza con cenizas y polvo, castiga su cuerpo con ayunos, y manda decir a Mardoqueo: *Id, reunid a todos los judíos que encontréis en Susán, y rogad por mí; no comáis ni bebáis nada durante tres días y tres noches; yo ayunaré también con mis criadas; y entonces, a pesar de la ley que lo prohíbe, entrare sin ser llamada a las habitaciones del rey, y me expondré al peligro y a la muerte para salvar a mi pueblo.* (IV, 16).

Esther, dice S. Ambrosio, se volvió más hermosa con el ayuno; porque el Señor aumentaba su gracia en aquella alma sobria: *Esther pulcherrima facta est ieiunio; Dominus enim gratiam sobria mentis augebat*. (Lib. de Elia et jejun.). Así es que desde el momento en que se presentó al rey, dice la Escritura, Dios cambió el corazón de Asuero, el cual se lanzó en sus brazos. ¿Qué tenéis, Esther? la dijo: soy vuestro hermano, nada temáis, no moriréis. (XV. 11-13). De este modo Esther, con su ayuno y su oración, se conquistó un nombre inmarcescible, alcanzando libertad para su pueblo, un galardón para el cruel Aman, justicia para Asuero y gloria para Dios.

La que ayuno tres días, dice S. Ambrosio, gustó al rey y obtuvo lo que pedía, la salvación de su pueblo. Y entre tanto Aman, sentado en un regio festin, en medio de su intemperancia pagó la pena que su embriaguez merecía. El ayuno es pues el sacrificio de la reconciliación y el aumento de las virtudes: *Est ergo jejunium reconciliationis sacrificium, virtutis incrementum.* (Lib. de Elia et Jejun.). Esther con su ayuno, dice Clemente de Alejandría es más fuerte que todos sus enemigos; desgarró el decreto tiránico que hacía perecer a su pueblo, y calma al tirano; reprime a Aman y hace triunfar a los suyos. (2).

Judas Macabeo y sus soldados obtienen con sus avanos los socorros del cielo, y numerosas victorias sobre sus poderosos y temibles enemigos. (*Lib. Machab.*)

El Ayuno, dice S. Ambrosio, es el dueño de la continencia, la

[illegible]

(5) *Esther afflicta jejuniis, restitit armatis cordis innumerabilibus, tyrannicum solent decemum et tyrannum mitigavit; Aman repressit, et Ierusalem illorum conservavit. Lib VI Strom., c. iv.*

disciplina de la pureza, la humildad del espíritu, la flagelación de la carne corruptible, la expresión de la sobriedad, la regla de la virtud, la purificación del alma, la mano de la misericordia, el principio de la dulzura, el atractivo de la caridad, la gracia de la vejez, el custodia de la juventud. El ayuno es el alivio de las enfermedades, el alimento de la salvación, el vistoso del buen camino, el tesoro de toda la vida. (1).

Los Ninivitas son condenados por la justicia de Dios á ser destruidos: se dedican á un riguroso y universal ayuno, y al momento Dios les perdona.

Los Apóstoles ayunan y oran; el Espíritu Santo baja sobre ellos, los llena de sus dones y los convierte en hombres heroicos.....

San Ambrosio atribuye todos los milagros de Elías a sus ayunos. Con sus ayunos, dice, Elías cierra el cielo al criminal pueblo judaico; con su ayuno resuscita al hijo de la viuda; su ayuno detiene las inundaciones; su ayuno hace bajar el fuego del cielo; su ayuno le hace subir al cielo en un carro de fuego; con su ayuno de cuarenta días consigue conversar con Dios y hallarse en su presencia. Cuanto más ayuna, más poderoso es; detiene también las aguas del Jordán con su ayuno. (2).

El ayuno es la salud del cuerpo, del alma, de la memoria y de la inteligencia. El ayuno prolonga la vida, nos libra de mil enfermedades próximas y crónicas.... ¿Cuál es siempre el primer mandato de un médico? ¿cuál es su primero y principal remedio? La dieta, que es un ayuno y una abstinencia absolutos....

Alegamos mil razones falsas para librarnos de la ley del ayuno: la edad, la debilidad de estómago, las ocupaciones, la rigidez de la ley etc.

Los pecadores no pueden ayunar, es decir, no tienen fuerza para salvarse, y la tienen para condenarse; pero es más costoso ir al infierno que ir al cielo..... El mundo tiene tormentos, sacrificios, privaciones, exigencias, órdenes mil veces más penosas que el Evangelio.....

«Y no ha de haber ninguna energía para el bien, habiendo tanta fuerza para el mal!... Los que se creen demasiado débiles para ayunar y hacer abstinencia, saben perfectamente imponerse privaciones cuando se trata aunque no sea más que de ganar una corta cantidad de dinero; y cuando se les asegura que obtendrán la

(1) Jejunum emulgentes registerum est, *specificae disciplinae, humilitatis mentis, castitatis carnis, ferendi sollicitudinis, bonorum virtutum, paratissimo animi, inspirationis expectantiae, iustitiae institutio, caritatis inter eos, omnia pariter, et totius iuventutis. Jejunium est infirmitas leprosa, alimentorum mixta, bonorum libere vitioque, bonum totius vici: De Fide et Jejunio, c. xii.*

(2) Elie, jejuno ore, vox emissa crepitu clausit sacrilego populo Indurum. Jejonus, alium eduxit sustulit; jejonus, pluvias ore deposuit; jejonus, ignes de coelo eduxit; jejonus, curru raptus est ad crepitum et quatuordecim currua jejona, duram acquisivit perentiam. Tunc denique, plus morali, quando plus jejunavit: jejono ore statim fluente Jeremia. *De Elia et Jejunio.*

gracia, el cielo y la gloria eterna con algunos días de ayuno, son demasiado débiles...

¡Ah! no es la debilidad del temperamento la verdadera causa de la violación de una ley tan santa y tan ventajosa; las verdaderas causas de este desorden, son la pérdida de la fe, la indiferencia, la gula y la impiedad....

Quiero que vuestra salud sea débil; pero ¿no tenéis la culpa de haber perdido vuestra salud? ¿No la destruis con la avaricia, la lujuria, la vanidad, la gula, la embriaguez, la cólera, los juegos y otros excesos? Muchas veces la salud sólo está alterada por el desorden de las pasiones.... ¡Oh! cuántos hay que abusan de esta salud, don tan precioso de Dios...

Hay vicios en
poco de ayu-
no.

Hay el ayuno de la voluntad. Hemos ayunado, dicen algunos, y ¿por qué no ha tenido Dios en cuenta nuestros ayunos? Porque, dice Isaías, seguís vuestros caprichos y voluntades en los días de ayuno: *Eccc in die ieiunij vestri invenitur voluntas vestra.* (LVIII. 3.) Acaso el ayuno que yo estimo, dice el Señor por medio de Isaías, no es más bien el que tú deshagas los injustos contratos, que canceles las obligaciones *aservarias* que oprimen, que dejes en libertad á los que han quebrado, y quites todo gravamen? *Nonne hoc est magis ieiunium quod elegi: Dissolve colligationes impietatis, solve fasciculos deprimentes, dimitte eos qui con fracti sunt liberos, et omne onus dirumpe.* (LVIII. 6.) ¿Qué partas tu pan con el hambriento, y que á los pobres y á los que no tienen hogar los acogas en tu casa, y vistas al que veas desnudo, y no desprecies tu propia carne, ó á tu prójimo. *Frangere esurienti panem tuum, et egenos vagosque induce in domum tuam: cum videris nudum, operi eum, et carnem tuam ne despereris.* (LVIII. 7.) Si esto haces, amanecerá tu luz, como la aurora, y llegará presto tu curación; y delante de ti, irá siempre tu justicia, y la gloria del Señor te acogerá en su seno. (LVIII. 8.) Entonces invocas al Señor, y él te oirá benigno: clamarás, y él te dirá: Aquí estoy. (LVIII. 9.)

Notad aquí que el Señor enseña y explica cual debe ser el ayuno de los cristianos durante la cuaresma y los demás días de ayuno. Es preciso: 1.º que el alma se abstenga de los vicios, así como el cuerpo se abstiene del alimento, dice S. Jerónimo: *Ut mens tam d viciis quam corpus d cibo jejnet.* (Ad Colant.). Porque el objeto del ayuno es humillar el cuerpo y sujetarlo al alma, sujetar el alma á la razón, la razón á la virtud y al espíritu, y el espíritu á Dios; y si no os encamináis á esta fin, en vano emplearéis el remedio de los ayunos, de la misma manera que el enfermo toma inútilmente el remedio, si no se abstiene de lo que puede dañarle, dice S. Crisóstomo: *Sicut frustra ager assumit remedium, si d morbi non abstineat.* (In Gen. I, homil. VIII.)

El mérito de nuestros ayunos, dice S. León, no estriba solamente en la abstinencia de los alimentos; de nada sirve quitar al cuerpo

su nutrición, si el alma no se aparta de la iniquidad, y si la lengua no deja de hablar mal. (1.)

Si sólo la boca ha pecado, dice S. Bernardo, que ayune ella tan sólo, y basta; pero si toda peca en nosotros, ¿por qué todo no ha de ayunar? Que ayune pues la vista y se prive de las miradas y de toda curiosidad vana; que ayune el oído, y no se abra ni á las fábulas, ni á los rumores; que ayune la lengua y se prive de la maledicencia y de la murmuración; que ayunen las manos huyendo de la pereza; y sobre todo que ayune el alma, alejándose de los pecados y de su propia voluntad. Porque sin semejante ayuno, Dios rechaza los demás. (2.)

Es pues preciso hacer que el ayuno del cuerpo sea meritorio por medio del ayuno del alma y del corazón y la abstinencia de los pecados. Este es el ayuno que prescribe el profeta Joel: Santificad vuestro ayuno: *Sanctificate ieiunium.* (I. 23.) Porque, como explica S. Gregorio, santificar el ayuno es dedicarlo á otras buenas obras, ofreciendo á Dios la abstinencia de la carne. Cese la ira, calmenso las quereñas; porque en vano se mortifica el cuerpo, si no se pone un freno á las malas inclinaciones. (3.)

S. Jerónimo nos dice: ¿De qué sirve debilitar el cuerpo con el ayuno, si el espíritu se subleva de orgullo? ¿Qué alabanzas puede merecernos la palidez que imprime el ayuno, si estamos llenos y manchados de envidia? ¿Qué virtud hay en no beber vino, y en embriagarse de ira y de odio? (4.)

2.º Partid vuestro pan con el que tiene hambre. (Isai. LVIII. 7.) Esta es la segunda condición que Dios exige en el ayuno para que lo acepte. El ayuno, dice S. Gregorio, debe ir acompañado de piedad y de limosna; es preciso dar al pobre lo que quitamos al estómago; es preciso dar pan á los pobres, hospitalidad al extranjero, y vestidos al desnudo. (5.)

Aquello de que os privais, dice el mismo Doctor, es menester darlo á otro, á fin de que el medio que empleais para castigar vuestra carne, sirva para reparar las fuerzas de vuestro prójimo: *Quod tibi*

(1) Non in sola abstinentia gloriatur nostri vultus jejuni, nisi fructus carnis eorum ediderint: hoc quidem ab humilibus revocatur, et ab obediens hominibus lingua collabatur. Serm. IV. in Quadrage.

(2) Si sola gula peccavit, sola jejinet, et sufficit: si vero peccaverint et membra carnis, per non jejunt et ipsi debent erigere oculos á carnis inspectione et oculi potestatem jejunt caris, agnoscere peccata, á foliis et circumdare; jejunt lincus á defractione et circumdare; jejunt et carnis ab abstinentia. Sed et membra carnis ipsi jejunt á viciis, et á peccatis voluntate sunt. Etenim, si non jejuno hos, carnis á Dominis respiciunt. Serm. III. de Jejun. Quadrage.

(3) Si ayuno sanctificatio est, á sanctis membris ovis, á quibus Deus abstinentiam carnis jejunt. Certe ista, secundum scripturam, locum cum caro affectus, via peccatis voluntatis animus non rebus. Homil. XVI. in Evang.

(4) Quod proliat tenetur abstinentia carnis, si animus intemperantia superbia. Quam laudem turbatur de pallio jejuni, si carnis luxu amittit. Quod virtutis habet virtus non habet, et hoc ipse ovis insinuat. Ad Colant.

(5) Conducitur jejunium pietatis et elemosinarum, ut quod subtrahitur venter, datur pauperi, etiam datur panis, peregrinis hospitalitas, nudis vestis. Homil. XVI. in Evang.

subtrahis, alteri largire; et unde tua caro affligitur, inde egentis proximi caro reparetur. (Homil. XVI. in Evang.)

Santificad vuestro ayuno. Que vuestro ayuno tenga alas para penetrar hasta el cielo, dice S. Bernardo: el ala de la oracion y el ala de la justicia. Santifiquen el ayuno, para que la intencion pura y la oracion ferviente lo ofrezcan á la Majestad divina. (1).

(1) *Sicut jejuniu nostru, ut dicitur, carnes penetret, dicit alius, orationis facilitat, et justice sanctificat jejuniu, ut pura intentio et devota oratio divinu illud offerant Majestat. Bern. IV. de Jejun. Quadrage.*

BAUTISMO (Véase tambien PECADO ORIGINAL).

El bautismo es un sacramento que borra el pecado original; nos hace hijos de Dios y de la Iglesia.... El bautismo es la cruz de Jesucristo aplicada sobre nuestros hombros.... Por medio del bautismo somos crucificados con Jesucristo.... Mas, la cruz es la muerte y la destruccion de los pecados....

¿Qué es bautismo?

En verdad, te lo digo, nadie mas que el que nazca de nuevo podrá ver el reino de Dios, dijo Jesucristo á Nicodemus: *Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuo, non potest videre regnum Dei.* (Joann. III. 3). Y para probar que habla aqui del bautismo y de su necesidad, añade: En verdad, en verdad te lo digo, si alguno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. (Id. III. 5). Por este motivo dió aquella orden á sus apóstoles: Id pues y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: *Euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* (Matth. XXVIII. 19).

Necesidad del bautismo.

Así como es necesario nacer de Adán, segun el cuerpo, para contrar el pecado original, así tambien para participar de la justificacion por Jesucristo, es necesario nacer de él, segun el espíritu, por medio del bautismo.

El hombre en el estado de perdición, dice Sto. Tomás, necesitaba dos cosas: 1.ª participar de la divinidad; 2.ª despojarse del hombre antiguo. Jesucristo nos las ha procurado ambas: primeramente haciéndonos por su gracia participantes de la naturaleza divina; y luego convirtiéndonos por el bautismo en una nueva criatura. (1).

Tu fuiste echada sobre el suelo, con desprecio de tu vida, el mismo día en que naciste: dice el Señor por boca de Ezequiel: *Propterea es in abiectione super faciem terra in abiectione anima tua in die qua nata es.* (XVI. 5). Estabas desnuda y llena de confusion; yo te vi, extendi sobre ti la punta de mi manto, y cubri tu ignominia y te hice un juramento, á hice contigo un contrato (dice el Señor Dios); y desde entonces fuiste mia. Y te lavé con agua, y te limpié de tu sangre, y te ungi con óleo. Veniste en tin á ser extremadamente bella, y llagaste á ser la reina del mundo: *Eras nuda, es confusio plena. Vidi te; et expandi amictum meum super te, et operui ignominiam tuam.*

Existencia y ventajas del bautismo.

(1) Homo in statu perditionis, duobus indigebat, scilicet, participatione divinitatis, et depouitione veteris hominis. Christus utrinque presitit nobis: pena, dum nos per suam gratiam efficit divinis communibus naturis; postea, dum per baptismum nos in novam creaturam regeneravit. De Peccat.

Et juravi tibi, et ingressus sum pactum tecum, ait Dominus Deus, et facta es mihi. Et laví te aqua, et emundavi sanguinem tuum ex te: et unxit te oleo, decora facta es vehementer nimis; et profecisti in regnum. (XVI. 7-9-13). El Profeta habla aquí de la necesidad del bautismo, del triste estado del hombre que no lo ha recibido, y de las maravillas que produce este sacramento.

1.º Antes del bautismo habíamos muerto para la gracia, para el cielo y para Dios...; después del bautismo, ya no sucedía lo mismo.... Yo he hecho saludables estas aguas, dice el Señor por Ezequiel, y nunca más serán causa de muerte ni de esterilidad: *Sanavi aquas has, et non erit ultra mors, neque sterilitas. (IV. Reg. II. 21).*

2.º Antes del bautismo, éramos esclavos del demonio...; después del bautismo, quedamos libres de su yugo, y el Espíritu Santo tomó posesión de nuestra alma: *Exi ab eo, immunde spiritus, et da locum Spiritui Sancto paradiso. (Rayed Eccles.).*

3.º Si tú, oh pueblo gentil! que no eres más que un acébuché, has sido ingerido por el bautismo en lugar de las ramas cortadas, y hecho participante de la savia que sube de la raíz del olivo, no tienes de qué gloriarte contra las ramas naturales, dice S. Pablo: *Inserius es. (Róm. XI. 17).*

El bautismo, dice S. Cipriano, es la muerte de los pecados y la vida de las virtudes: *Est mors criminum, et vita virtutum. (Epist. II. ad Donat.).*

Por el bautismo, nos despojamos del cuerpo del pecado y nos vestimos con el de la gracia y el de la justicia.

Derramaré sobre vosotros un agua pura, dice el Señor por boca de Ezequiel, y quedaréis purificados de todas vuestras manchas: *Effundam super vos aquam mundam, et mundabimini ab omnibus iniquitatibus vestris. (XXXVI. 25).*

En el bautismo, dice S. Paulino, se nos borra la falta original y se nos devuelve la vida, muere el viejo Adán y nace el nuevo Adán para tomar posesión del reino eterno:

*Culpa perit, sed vita redit, vetus inserit Adán,
Et novus aeternis nascitur imperiis.*

Habéis sido lavados, santificados, justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios, dice S. Pablo a los Corintios. (1).

Benito, dice el apóstol S. Pedro, bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha regenerado por su gran misericordia. (2).

(1) Sed abliti estis, sed sanctificati estis, sed justificati estis nomine Domini nostri Jesu Christi, et in Spiritu Dei nostri. I. iv. 11.

(2) Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos. I. i. 3.

Señor, dice el Salmista, me lavaréis, y quedaré más blanco que la nieve. (1).

El bautismo es el sacerdocio de los laicos: los consagra en Jesucristo, dice S. Jerónimo: *Sacerdotium laici baptismus est. (Lib. super Matth.).*

En el santo bautismo el hombre recibe la huella de la divinidad.

Me regocijaré con sumo gozo en el Señor, dice Isaías: mi alma se embriagará de alegría: mi Dios me ha adornado con los vestidos de la salvación, y me ha cubierto con el manto de la justicia, como a Esposo adornado con girasol, y como a esposa ataviada con sus joyas. (LXI. 10).

Te vesti con ropas de varios colores, dice el Señor al alma por boca de Ezequiel, y te di calzado de color de jacinto, y ceñidor de lino fino, y te vesti de un manto finísimo. Y te engalané con ricos adornos, y puse brazales en tus manos, y un collar al rededor de tu cuello. Y adorné con joyas tu frente, y tus orejas con zarcillos, y tu cabeza con hermosa diadema. Y quedaste ataviada con oro y con plata, y vestida de fino lienzo y de bordados de varios colores.... Veniste en fin a ser extremadamente bella.... Y tu hermosura te adquirió nombradía entre las naciones, por causa de los adornos que yo puse en ti, dice el Señor Dios. (XVI. 10 et seq.).

Vosotros todos que habéis sido bautizados en Cristo, dice el gran Apóstol a los Galatas, habéis sido revestidos de Jesucristo: *Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis. (III. 27).*

Con el santo bautismo hemos quedado inscritos para el cielo....

San Optato, obispo de Mileva, dice que el bautismo es la vida de las virtudes, la muerte de los crímenes, el nacimiento para la inmortalidad, la compra del reino celestial, el puerto de la inocencia y el naufragio de los pecados. (2).

En el santo bautismo, dice Tertuliano, se lava el cuerpo a fin de que el alma quede sin mancha; tiene lugar la unción para consagrarla; se hace el signo de la cruz para fortificarla; y con la imposición de las manos, el Espíritu Santo baja sobre ella para iluminarla. (De Resurrect.).

Luego que Jesús fue bautizado, salió del agua y le quedaron abiertos los cielos, y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y venía sobre él. Y de repente una voz del cielo dijo: Este es mi hijo muy querido, en quien cifro mis complacencias. (3). Todas estas maravillas tuvieron lugar el día solemne del bautismo: se abren los cielos.... baja el Espíritu Santo.... y Dios Padre declara que es su Hijo muy amado el recién bautizado. (4).

(1) Lavabo me, et super nivem dealbabor. L. 7.

(2) Est baptismus veritatem vitam, criminum mortem, civitatem immortalitatis, conditum regni comparatio, innocentie portus, peccatorum naufragium. Lib. V. contra Prax.

(3) Baptizatus Jesus, convulsus aequanimis de aquis, et ecce aperti sunt ei caeli et visit Spiritum Dei descendentem sicut columbam, et vocatum super se. Evangeo de colla ciborum. Hic est Primus motus dictus, in quo mira complacuit. Matth. III. 16-17.

(4) Vence Grandeur del hombre, en el n.º Hijos de Dios.

Obligaciones
contraídas en el
bautismo.

¿No sabéis, dice S. Pablo á los Romanos, que nosotros todos que fuimos bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? *¿An ignoratis quia quicumque baptizati sumus in Christo Jesu, in morte ipsius baptizati sumus?* (VI. 3). En efecto: hemos sido sepultados con él en el bautismo muriendo al pecado, á fin de que, de la misma manera que Jesucristo resucitó de muerte á vida para gloria de su Padre, procedamos nosotros con nuevo tenor de vida. (Id. VI. 4).

Del mismo modo que Jesucristo murió para la vida temporal, así también los que están bautizados deben morir para el pecado. Estamos sepultados con Jesucristo por medio del bautismo: pero no se sepulta al que no ha muerto; por consiguiente, el que está bautizado, debe morir realmente para el pecado....

Sepamos, continúa S. Pablo, que nuestro hombre viejo fué crucificado con Jesucristo, á fin de que el cuerpo del pecado quede destruido, y no seamos ya en adelante esclavos del mismo pecado. (Rom. VI. 6). Porque el que ha muerto de esta manera, queda ya justificado del pecado. (Id. VI. 7). Mas Jesucristo resucitado da entre los muertos no muere ya otra vez, y la muerte no tendrá ya dominio sobre él. Porque en cuanto al haber muerto, como fué por destruir el pecado, murió una sola vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios y es inmortel. Así ni más ni menos vosotros considerad también que realmente estais muertos al pecado por el bautismo, y que vivis ya para Dios en Jesucristo Señor nuestro. (Id. VI. 9 et seq.).

Habéis sido comprados á gran precio, dice S. Pablo á los Corintios: glorificad á Dios, y llevadle en vuestro cuerpo. *Empti estis pretio magno; glorificat et portate Deum in corpore vestro.* (I. VI. 20). Rescatados habéis sido á gran costa, no queráis haceros esclavos de los hombres: *Pretio empti estis, nolite fieri servi hominum.* (I. Cor. VII. 23). Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estais revestidos de Cristo. (Ad Galat. III. 27). Dad ya de mano á todas esas cosas: á la cólera, al enojo, á la malicia, á la maldad, y lejos de vuestra boca toda palabra deshonesta. No imitais los unos á los otros, en suma, desnadaos del hombre viejo con sus acciones, y vestíos del nuevo, de aquel que por el conocimiento de la fe se renueva según la imagen del Señor que le crió: *Nunc autem deponite et vos omnia.* (Coloss. III. 8 et seq.).

Con el santo bautismo os habéis convertido en hijos de la luz é hijos de Dios; no pertenecéis ya á la noche ni á las tinieblas. No durmamos pues, como los demás, antes bien estemos en vela y vivamos con templanza: *Igitur nolite dormiamus, sed vigilemus, et sobrii simus.* (I. Thess. V. 6). Revestidos de Jesucristo y no procureis contentar los deseos de la carne: *Induimini Dominum Jesum Christum, et carnis curam ne faceritis in desideris.* (Rom. XIII. 14).

El que deja el vestido de las virtudes, y toma el de los vicios,

se despoja de Jesucristo, y se reviste con el Antecristo.....

Habéis sido bautizados en el nombre de la Santa Trinidad, dice S. Ambrosio; habéis confesado al Padre, acordaros de lo que habéis hecho: habéis confesado al Hijo, habéis confesado al Espíritu Santo. Ateneos á esta fe: Habéis muerto para el mundo, y habéis resucitado para Dios; habéis muerto para el pecado, y habéis resucitado á la vida eterna. (1).

Vosotros que habéis sido bautizados, dice S. Agustín, habéis sido reengendrados y habéis entrado en una vida nueva; habéis nacido para la vida eterna, si no ahogáis con una mala conducta lo que en vosotros ha nacido. (2).

Considerad el juramento, dice S. Crisóstomo, atended á la condición, reconoced la milicia: el juramento que habéis prestado, la condición que habéis aceptado, la milicia en cuyas filas os habéis colocado. (3).

En el santo bautismo habéis renunciado al demonio.

En el santo bautismo, habéis renunciado al mundo..., á sus pompas..., á sus obras....

En el santo bautismo, habéis prometido vivir y morir por Jesucristo....

Solo después de estas promesas solemnes derramaron el agua regeneradora sobre vuestra frente....

Yo visitaré á todos aquellos que han llevado un vestido extraño, dice el Señor por medio del profeta Sofonías: *Visitabo omnes qui induit sunt teste peregrina.* (I. 8). El sacerdote da el vestido blanco á los recién bautizados, diciéndoles: Recibid este vestido blanco, santo, inmaculado, que debéis llevar sin mancha al Tribunal de Jesucristo; á fin de obtener la vida eterna. (Ritual. in Bapt.).

El diácono Murilla dijo al apóstata Epiforo que se había convertido en verdugo sávo, enseñándole el vestido blanco con que había sido revestido el día del bautismo: Epiforo, ministro del error, hé aquí el vestido que te acusará en el terrible juicio de Dios; lo he guardado con cuidado á fin de que sea un testigo contra ti en el día de tu reprobación; El te embria cuando saliste sin mancha del agua sagrada; el causará la suplicio cuando ardas en los infiernos; el te condenará, porque te has cubierto con la maldición, como con un vestido, rechazando la gracia de tu bautismo. ¿Qué harás, desgraciado, cuando los sirvientes del Padre de familia reanun á los convidados para el festín de las nupcias del Cordero? Lleno de cólera, el

Habríamos de dar cuenta de las gracias que recibimos y de las obligaciones que contraímos en el bautismo.

(1) Tu baptizatus es in nomine Trinitatis, confessus es Patrem, recordare quid feceris, confessus es Filium, confessa es Spiritum Sanctum. Teneo deinde coram te hunc fidem: Mundo mortuus es, in Deo resurrexisti, peccato mortuus es, ad vitam es resurrexisti cum Deo. Sern. CCLX.

(2) Vos qui baptizati estis, regenerati estis, et novam vitam ingressi estis, et ad vitam aeternam renati estis, si hoc, quod in vobis reatum est, modo vivendo, non suffocetis. Sern. CCLX.

(3) Considera pactum, conditionem attende, militiam noveris: pactum quod spondidisti, conditionem qua accipis, militiam cui noveris dedisti. Joanni de Martyr.

Rey fijará sus miradas sobre tí, y viendo que has perdido el vestido nupcial, te dirá: ¿Cómo te has atrevido á entrar aquí sin el traje de tu bautismo? Yo te había dado un vestido blanco y precioso, y ha desaparecido; ¿qué has hecho de él? Has perdido la señal de tu compromiso, el arma de la cruz que yo te había dado. Te había cubierto con un vestido empapado en mi sangre, y no encuentro ya nada en tí que me pertenezca, no veo ya en tí el carácter de la Trinidad. Tú no puedes sentarte en el festín de las bodas. Atiende los pies y las manos y arrojadle á las tinieblas exteriores; allí será el llorar y el crujir de dientes.

No nos expongamos á sufrir la suerte que amenazaba á aquel desgraciado.

BLASFEMIA.

La blasfemia es una palabra injuriosa á Dios, á la sagrada Virgen, á los Santos, ó á las cosas santas.... No profaneis el nombre de vuestro Dios: *Nec pollues nomen Dei tui.* (Levit. XVIII. 21). Son castigado con la pena de muerte el blasfemo del nombre del Señor: *Qui blasphemaverit nomen Domini, morte moriatur.* (Levit. XXIV. 16.)

Lo que es la blasfemia y su enormidad.

¿Sabéis, dice Isaías, de quién habeis blasfemado, y contra quién levantasteis la voz? Contra el Santo de Israel: *Quem blasphemasti, et super quem exaltasti cocem?*... *Ad Sanctum Israel.* (XXXII. 23).

Los que blasfeman de Jesucristo que reina en el cielo, no son menos pecadores que los que le crucificaron en la tierra, dice S. Agustín.... (1).

La boca del blasfemo está llena de maldición, dice el Salmista: *Cujus maledictione os plenum est.* (IX. 7). Mi nombre, dice el Señor por medio de Isaías, es blasfemado diariamente: *Tota die nomen meum blasphematur.* (LII. 5).

El blasfemo es un insensato...; un loco furioso...; siembra el escándalo.... Es un reprobado...; un demonio....

El lugar en donde se blasfema se parece al infierno....

Lo que prueba cuán grande es el crimen que comete el blasfemo, son los castigos que le aguardan.

Castigos que atrae la blasfemia.

Los blasfemos perecerán, dice el Salmista: *Maledicentes autem ei disperibunt.* (XXXVI. 22).

Muera irreversiblemente el que blasfemare el nombre del Señor: dice el Levítico. Acabará con él á pedradas todo el pueblo, ora sea ciudadano, ó bien extranjero. Quien blasfemare el nombre del Señor, muera sin remedio. (XXIV. 16).

Han hablado mal de Dios.... dice el Real Profeta; oyólo el Señor, é iróse, y encendiéndose el fuego de su cólera contra Jacob, y subió de punto la indignación contra Israel: *Male locuti sunt de Deo.... ideo audiebat Dominus, et dis tulit et ignis ascensus est in Jacob, et ira ascendit in Israel.* (LXXVII. 19-21).

Saca, dice el Señor, á Moisés ese blasfemo fuera del campamento, y todos los que le oyaran, pongan sus manos sobre la cabeza de él, y apedreéis todo el pueblo. (Levit. XXIV. 14).

Señalaré blasfemia; entonces se presenta el ángel del Señor y le mata ciento ochenta y cinco mil soldados. (Isai. XXXVII. 36). Y el

(1) Non minus peccant qui blasphemant Christum regnantem in celo, quam qui crucifixerunt simulacrum in terra. De Morib.

mismo Senaquerib perece á mano de sus hijos Adramolech y Sarazar. El blasfemo Faraon, que decia: No conozco al Señor; fué precipitado en el mar Rojo. Holofernes, el tambien, tuvo que sufrir el castigo de que una mujer le cortara la cabeza, (*Judith. XIII. 10*).

Antioch fué herido invisiblemente con una llaga incurable; los guisados le devoraron vivo, y su cuerpo despedia un olor tan infecto, que se hizo insostenible á su ejército y á sí mismo. A Nicanor le cortaron la cabeza, y esta cabeza fué expuesta á la maldición pública.

Los judíos blasfemaron muchas veces contra Jesucristo; y fueron exterminados casi completamente por Tito. El mal ladrón blasfema en la cruz, y perece. S. Pablo entrega al dominio del demonio á Alejandro y á Himeneo á causa de su blasfemia. Blasfema Juliano el Apóstata, y una flecha milagrosa le hiere y le mata. Antemio blasfema, y queda poseído del demonio. Al blasfemo Arrio se le arrancan las entrañas, y expira en medio de los más acerbos dolores. Los gusanos devoraron la lengua á Nestorio porque habia blasfemado contra la sagrada Virgen, diciendo que era madre de Cristo, pero no madre de Dios. Habiendo blasfemado cierto Leon de Poitiers, dice S. Gregorio de Tours, Dios le castigó: se volvió sordo, mudo, y murió después de haber perdido la razón.

S. Gregorio el Grande cuenta que un niño de cinco años, que ya tenia la costumbre de blasfemar, fué arrancado por el demonio de los brazos de su padre y no volvió á parecer.

El emperador Justiniano castigó con la última pena á los blasfemos. Filipo Augusto, rey de Francia, los condenó por medio de un edicto á ser ahogados. Roberto, hijo de Hugo Capeto, habiendo perdido un día á Dios, en la ciudad de Orleans, que se sirviese devolver la paz y la tranquilidad á su reino, se le apareció Jesucristo, y le dijo que no tendria paz hasta que hubiese hecho cesar á los blasfemos, frecuentes en aquel tiempo. S. Luis mandó que á los blasfemos, de cualquiera condicion que fuesen, se les atravesara la lengua con un hierro candente.

Señor, dice Tobías, los que os despreciaren, serán maldecidos, y cuantos blasfemaren de Vos, serán condenados: *Malefici erunt qui contempserint te; et condemnati erunt omnes qui blasphemaverint te.* (XIII. 16).

Si no quisierais escuchar, ni quisierais atender en vuestro corazón el dar gloria á mi nombre, dice el Señor de los Ejércitos por boca de Malaquías, yo enviaré sobre vosotros la miseria, y maldeciré vuestras bendiciones, y echaré sobre ellas la maldición; puesto que vosotros no habeis hecho caso de mí. Mirad que yo os arrojaré á la cara la espaldilla de la víctima, y os tiraré al rostro el estiércol de vuestras solemnidades, y seréis hollados como el.

Tributen gloria á tu grande nombre, por cuanto él es terrible y santo, dice el Salmista. *Confiteantur nomini tuo magno, quoniam terribile et sanctum est.* (XCVIII. 3).

Es preciso respetar el nombre de Dios.

Yo soy el que soy, dice el Señor á Moisés. Hé aquí, añadió, lo que dirás á los hijos de Israel: El que es, me ha enviado á vosotros: *Ego sum qui sum. At: sic dice filius Israel: qui est, misit me ad vos.* (Exod. III. 14.) ¿Por qué, dice el Angel á Gedeon de parte de Dios, me preguntas mi nombre, que es admirable? *Cur quæris nomen meum, quod est mirabile?* (Judic. XIII. 18). Paz infinita á los que aman vuestro nombre, dice el Salmista: *Pax multa diligentibus nomen tuum.* (CXVIII. 165).

El nombre de Dios es la virtud de Dios; es su santidad, su fidelidad, su fama, su gloria. Su nombre, es el mismo; blasfemar este nombre, es blasfemar la misma esencia de Dios.

Cualquiera que invoque el nombre del Señor, se salvará, dice el profeta Joel: *Quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit.* (II. 32).

Señor Dios nuestro, ¡cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! exclama el Real Profeta: *Domine Dominus noster, ¡quam admirabile est nomen tuum in universa terra!* (VIII. 2).

La sagrada Virgen proclama tambien la santidad del nombre del Señor: *Et sanctum nomen ejus.* (Luc. I. 49).

1.º El nombre de Dios es el esplendor y la gloria de Dios...; 2.º indica su poder y reclama su socorro...; 3.º manifiesta la adoración que le es debida...; 4.º es el mismo Dios.... Así, decir que es preciso alabar, celebrar, cantar, santificar, adorar el nombre de Dios, es decir que debemos alabar, celebrar, cantar, venerar y adorar al mismo Dios.... ¡Oh Dios mio, santificado sea vuestro sagrado nombre! *Sanctificetur nomen tuum.* (Matth. VI. 9).

BONDAD DE DIOS.

El propio de Dios es la bondad, es hacer el bien.... No es Dios quien nos impone los males y los suplicios que sufrimos; nosotros somos quienes los atraemos....

San Pablo llama á Dios, Padre de las misericordias: *Pater misericordiarum*. (II Cor. I. 3). Y es con justicia, dice S. Bernardo, porque Dios no es el Padre de las condenaciones y de los castigos. Es el Padre de las misericordias, porque por naturaleza es causa y origen del bien. Los juicios severos y los castigos vienen de nosotros; nuestros pecados nos los atraen. (Serm. V. in Nativ. Dom.)

Dios es el Padre de las misericordias. Nuestras miserias son tan grandes y multiplicadas, que el real profeta David no pide á Dios que nos trate segun su gran misericordia, sino segun la multitud de sus misericordias: *Secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam*. (3-8).

He aquí que el Señor va á salir de su morada, y descendiendo de su trono hollará las grandezas de la tierra, dice el profeta Miqueas: *Eccc Dominus egredietur de loco suo; et descendet, et calcabit super excelsa terrae*. (I. 3). En cuanto á su sustancia, á su esencia, Dios es invisible; á los ojos del cuerpo sólo se le ve por sus obras. Cuando sale, es como juez y vengador, para condenar y castigar los crímenes de los hombres y de las naciones. Dios, dicen S. Jerónimo y otros Doctores, sale de su mansion cuando castiga; porque es propio de la naturaleza de Dios tener lástima y salvar. La mansion, la morada de Dios, es la bondad y la clemencia. Así pues, cuando ultrajado por los pecados de los hombres, se irrita y castiga, parece que sale del lugar en donde habita, que renuncia á la clemencia, se despoja de la bondad de su naturaleza, y toma una severidad que no le es natural. Dios es como la abeja: naturalmente la abeja produce miel; no es de su natura el picar, y por esto no lo hace sino cuando la es- torben y la contrarian. Es propio de la naturaleza de Dios el ser dulce y bueno; sufre castigando, porque es contrario á su naturaleza el hacer duro. El deber de la venganza es penoso á Dios, que es todo bondad y amor. Pero, con sus crímenes, los malvados le obligan á que castigue. Así por bondad el no cesa de admitirlos y conjurarles para que vuelvan á él, prometiéndoles su perdón. (Comment.)

El deseo de Dios es de hacer bien.

Estoy en la puerta, dice el Señor en el Apocalipsis, y llamo; si alguno me oye y abre la puerta, entrare en su casa y comeré con él, y él conmigo: *Eccc ego ad ostium, et pulso: si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse necum*. (III. 20).

Para excitar nuestro querer, dice S. Agustín, Dios comienza á obrar en nosotros; y cuando tenemos la voluntad de obrar, es nuestro colaborador para concluir su obra: *Ipsa, ut velimus, operatur incipiens qui volentibus cooperatur perficiens*. (De Gen. et Lib. Arbitr.). Nos advierte para que curemos, añade, y nos acompaña para que hagamos un buen uso de la salud espiritual que nos ha dado. Nos advierte en la vocación, y nos acompaña á fin de que seamos glorificados; nos advierte para hacernos vivir en la piedad, y nos acompaña á fin de que merezcamos la vida eterna. (1).

Hijo mío, dame tu corazón, dice el Señor en los Proverbios: *Probe, fili mi, cor tuum mihi*. (XXIII. 26). He venido para poner fuego á la tierra, dice Jesucristo; y ¿qué he de querer sino que arda? *Ignem veni mittere in terram; et quid volo, nisi ut accendatur?* (Luc. XII. 49).

¿No es el deseo de hacer bien el que le ha llevado á crearnos á imagen suya y á reparar á precio de su sangre esta imagen manchada y desfigurada por el pecado? ¿No es el deseo ardiente de darnos de bienes, el que le obligó á quedarse con nosotros en la divina Eucaristía, y á ser nuestro alimento? etc.

¿No se anticipó Dios al rey David con bendiciones amorosas? *Provenisti eum in benedictionibus dulcedinis*. (Psal. XX. 4).

Dos grandes motivos han obligado á Dios á enviarnos á un Hijo único y querido para rescatarnos: su misericordia y nuestra miseria. Acogió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia, dice la bienaventurada Virgen María: *Suscipit Israel puerum suum, recordatus misericordiae suae*. (Luc. I. 54). Ha tenido piedad de nuestras desgracias: ha querido sacarnos de ellas y devolvernos á Dios y al cielo.

La causa de nuestra reparacion, es tan sólo la bondad de Dios, dice S. Leon: *Causa reparacionis nostrae non est nisi misericordia Dei*. (Serm. de Nativ.).

Si Dios ha amado tanto al mundo, que le ha dado su único Hijo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*. (Joann. III. 16).

La más grande prueba de bondad es dar la vida por sus amigos; pero Jesucristo ha llevado su bondad mucho más allá; puesto que ha dado su vida por sus enemigos. S. Juan Bautista fué enviado de Dios para que enseñase la ciencia de la salvación á su pueblo, para que obtuviese el perdón de sus pecados, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, decía su padre Zacarías, que ha hecho que ese Sol naciente, *esto es Jesucristo*, ha venido á visitarnos de lo alto del cielo: *Per cunctas misericordias Dei nostri: in quibus viviscit nos, oriens ex alto*. (Luc. I. 78).

(1) Provenit ut sanemur, et subsequatur ut saniti vegetemur; provenit ut vocemur, et subsequatur ut glorificemur; provenit ut vivamus, et subsequatur, ut cum illo semper vivamus. De Gen. et Lib. arbitrio.

Bondad de Dios sobre todo en la creación.

Ha sido tan grande la bondad de Dios, que en cierto modo se ha dado á sí mismo, al darnos su Hijo.

He recibido la divina imagen de Dios, dice S. Gregorio Nazianzeno, pero no la he conservado; Dios toma mi carne, á fin de dar la salvación á su imagen, y á mi carne la inmortalidad: *Dei nam imaginem accipi, non custodivi; ille carnis mea participata sit, ut et imaginem salutem, et carni immortalitatem afferat.* (In Distich.)

Jesucristo se encarnó para espiritualizarnos, dice el papa S. Gregorio; se humilló para elevarnos; salió para hacernos entrar; se hizo visible para manifestarnos las cosas invisibles; fué azotado para curarnos; sufrió los oprobios para librarnos de la afrenta eterna; murió para darnos la vida. (Serm. in Nativ.)

He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, dice S. Juan en el Apocalipsis, y el Señor morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios, habitando en medio de ellos, será su Dios: *Eccce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipse populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis. erit eorum Deus.* (XXI. 3.)

El que es la vida, vino á los que habían muerto, dice S. Agustín; el que es manantial de la vida, cuyas aguas dan la inmortalidad, apuró la copa del dolor que no había merecido: *Vita, venit ad mortem: fons vite, unde bibitur ut creatur, bibit hunc calicem qui ei non debebatur.* (Serm. in Pass.)

La gracia del Dios Salvador nuestro ha iluminado á todos los hombres, dice S. Pablo, enseñándonos que renunciando á la impiedad y á los despojos de la tierra, vivamos sobrios, justos y religiosamente en este siglo. (Tit. II. 11-12.)

Después que Dios nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y amor á los hombres, nos ha salvado, no á causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia. (Tit. III. 4-5.)

Por Jesucristo, dice el apóstol S. Pedro, Dios nos ha hecho los grandes y preciosos favores que tenía prometidos; nos los ha dado á fin de que por ellos participemos de la naturaleza divina: *Per quem maxima et pretiosa nobis promissa donavit; ut per hoc efficiamus divinam consortes naturam.* (II. 4-5.)

Infinita bondad de Dios.

Bendito sea, dice el apóstol S. Pedro, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza de vida eterna, mediante la resurrección de Jesucristo, de entre los muertos, para alcanzar algún día una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, y que es inmarcescible, reservada en los cielos para vosotros. (I. 3-4.)

La bondad de Dios es muy grande, es infinita: 1.º por ser Dios su misma bondad; 2.º por ser uno de los objetos que se ha propuesto entregar á la muerte al mismo Hijo de Dios para rescatarnos; 3.º por ser otro de los objetos á que se aplica, los hombres, seres viles, llenos de pecados y de toda especie de miserias. Dios les ha ensalzados

y colmados de gracia y de gloria. Aquí podemos decir con el Salomista: *Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in seculum misericordia ejus.* Alabad al Señor por ser infinitamente bueno; por ser eterna su misericordia: 4.º por la abundancia de los dones que nos ha hecho. Nos confirió beneficios, favores y gracias sin cuento, y no deja de prodigárnoslos todos los días. Vuestra bondad es la que me ha hecho lo que soy, Señor, dice S. Agustín; porque, ¿cómo he podido merecer que se me saque de la nada? ¿cómo he podido merecer el ser capaz de invocaros? Sois la bondad suprema, bondad que me ha dado el ser y me ha proporcionado los medios de serme útil á mi mismo. (In Psal.). 5.º La bondad de Dios es muy grande si la consideramos en el tiempo y en el lugar en que se ejerce; porque se extiende á los hombres de todos los siglos y de todos los países, según aquellas palabras del Rey Profeta: Diga ahora Israel que el Señor es bueno, y que es eterna su misericordia: *Dicat nunc Israel quoniam bonus, quoniam in seculum misericordia ejus.* (CXVII. 2.) Y esta bondad está obrando eternamente para los Santos. 6.º Es muy grande si se la considera en el fin que se propone respecto de nosotros, que es conducirnos al reino de los cielos. Mucha razón tiene, pues, S. Pedro en decir: Descargad en su amoroso seno todas vuestras solicitudes, pues él tiene cuidado de vosotros: *Unam sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipse cura est de vobis.* (I. v. 7.)

Aquel que tomó cuidado de vosotros antes que existierais, dice S. Agustín, ¿cómo habría de abandonaros ahora que sois lo que él ha querido que fuerais? Jamás os ha faltado: no le falteis para nunca, ó más bien, no os falteis á vosotros mismos. (1). El niño vive sin inquietud, y descansa sossegadamente en el regazo de su madre: obre del mismo modo con respecto á Dios, que es nuestro Padre y nuestra Madre, el hombre que se precia de fiel.

¡Oh! exclama S. Agustín, ¡cuán bueno sois, Dios omnipotente, que cuidais de cada uno de nosotros como si no tuvierais que cuidar más que de un solo hombre, y cuidais de todos los hombres juntos como si no formasen más que uno solo! (2).

¿Qué es el hombre, pregunta el Real Profeta, para que os acordéis de él? ¿O el hijo del hombre para que le visitéis? *Quid est homo, quod memoretur ei? aut filius hominis, quoniam visitas eum?* (VIII. 5). Le habeis hecho un poco inferior á los ángeles; le habeis coronado de gloria y de honor, y le habeis dado el imperio sobre las obras de vuestras manos. Todas ellas las habeis puesto á sus plan-

(1) Qui habuit tu curam antequam es, quomodo non habuit curam, cum jam hoc ex quo vivis sit creatus? Neque enim tibi desit in tibi soli deo, tu tibi soli deo. In Psal. xxxix.

(2) ¿O tu, bone omnipotens, qui sic curas unicuique nostrum tanquam unum curas, et sic omnes tanquam singulum? Lib. III. Confess., c. xi.

tas: todas las ovejas y bueyes, y aun las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar que hienden sus ondas. (1).

Dios, dice S. Bernardo, carga de tal modo mis espaldas con sus misericordias y beneficios, que ya no siento ningún otro peso: *Sic onerat me miserationibus tuis, Deus, sic obruit beneficiis, ut aliud unum sentire non possim.* (Serm. de septem Misericordiis).

La bondad de Dios es un río que inunda, dice el Eclesiástico. (XXXIX. 27). La bondad de Dios es un río inmenso que sale del mismo trono de Dios, corre hasta el centro de la tierra, y todo lo riega, fecundiza, alimenta y vivifica. Corre sin cesar y con abundancia; penetra en el alma y en el corazón.

En todas partes se manifiesta la bondad de Dios; pero sobre todo en la creación...; en la cruz...; en la justificación del pecador...; en nuestros altares...; y en el cielo....

La bondad de Dios es un río inmenso.

El Señor me pastorea, dice el Salmista, nada me faltará. Él me ha colocado en lugar de pastos; me ha conducido junto a unas aguas que restauran y recrean. Convirtió á mi alma. Me ha conducido por los senderos de la justicia, para gloria de su nombre. De esta suerte, aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre, porque Vos estáis conmigo. Vuestra vara y vuestro báculo, han sido mi consuelo. Aparejaste delante de mí una mesa abundante, á la vista de mis perseguidores. Bañaste de óleo ó perfumaste mi cabeza. (Y cuán excelente es el cáliz mio que tan santamente embriaga!) Y me seguirá tu misericordia todos los días de mi vida, á fin de que yo more en la casa del Señor por largo tiempo. (Psal. XXII).

Oh Dios! Vos distribuiréis una lluvia abundante y apacible á vuestra heredad, dice el Salmista: Ella se ha visto aligada; pero Vos la habéis recreado. *Pluviam voluntariam segregabis, Deus, hereditati tue, etc.* (LXVII. 10).

Dios, tesoro infinito, no busca otra cosa que enriquecer con sus dones, y no exige del hombre sino que quiera recibirlos. Abre bien tu boca, y la llenaré, dice por medio de su Profeta: *Dilata os tuum, et implebo illud.* (Psal. LXXX. 10). Llenaré tu espíritu y tu corazón de todos mis tesoros. Bien presto, Señor, seremos colmados de vuestras misericordias, y nos regocijaremos y recrearemos todos los días de nuestra vida. (Psal. LXXXV. 14).

Yo haré, dice el Señor por Jeremías, que vuelvan los cautivos de Judá y los cautivos de Jerusalén, y los restituiré á su primitivo estado. Y los purificaré de todas las iniquidades con que pecaron contra mí; y les perdonaré todos los pecados con que me ofendieron y despreciaron. Lo cual hará que las naciones todas de la tierra, á cu-

(1) *Ministi enim paulo minus ab angelis, gloria et honore coronati sum, et ceteri tunc enim super opera mandatum taurum. Omnia salvabitur ab oculis eius, Deus et homines universos, in super et peccata carnis, salutem eorum, et piscos maris, qui perambulantes amaris maris. VIII. 6-7.*

ya noticia lleguen todos los beneficios que les habré hecho, celebrarán con gozo mi santo nombre, y me alabarán con voces de júbilo, y quedarán llenas de asombro y de un saludable temor, á vista de tantos bienes y de la suma paz que yo les concederé. (Jerem. XXXIII. 7, 8-9).

Derribando Jesucristo á Saulo en el camino de Damasco con el poder de su gracia, le dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? *Saulo, Saulo, ¿quid me persequeris?* (Act. IX. 4). Notad que era la Iglesia á quien él perseguía; pero Jesucristo miraba como hechos á él mismo los males con que Saulo agobiaba á los primeros fieles. Así es que no le dijo: por qué persigues á mis hijos, á mi Iglesia; sino: ¿Por qué me persigues? ¿por qué me persigues en mi Iglesia hasta la muerte, á mí, siendo así que yo te persigo por medio de ella para darte la vida? Mi Iglesia no te ha hecho daño, jamás te ha ofendido: ¿por qué la persigues? Al perseguirla, á mí me persigues.

Jesucristo dijo á sus apóstoles: El que os escucha, me escucha, y el que os desprecia, me desprecia: *Qui vos audit me audit; et qui vos spernit, me spernit.* (Luc. X. 16). Mirad los suyos como miembros propios. Es lo que dice S. Pablo á los Corintios: Sois el cuerpo de Jesucristo y los miembros unidos á otros miembros: *Vos estis corpus Christi et membra de membro.* (I. XII. 27). Así es que el Salvador decía á su Padre: Ruego que todos sean una misma cosa, y que, como Vos, oh Padre! estéis en mí, y yo en Vos, por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros por unión de amor: *Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint.* (Joann. XVII. 21).

Nuestros intereses son los de Dios, de tal manera, que jamás abandona á los que se unen á él: *Non relinquitur eos orphanos; veniam ad eos.* (Joann. XVI. 18). Hé aquí, dice en otra parte, que yo estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos: *Ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi.* (Matth. XXVIII. 20).

San Pablo había experimentado esta bondad de Dios que ayuda, que protege y que rechaza los ataques, cuando decía á su discípulo Timoteo: La primera vez que defendí mi causa, nadie me socorrió, todos me abandonaron. Pero el Señor me prestó su asistencia y fortaleza, y quedé libre de las fauces del león. El Señor me librará de toda obra mala; me salvará y me llevará á su reino celestial. (1).

Dios, al perdonar el mal que el hombre ha hecho, dice el venerable Beda, le ayuda para que no vuelva á caer en el pecado, y la conduce á la vida, en donde el mal es imposible. (In Psal.).

Señor, dice el Salmista, seréis el sostén del débil y del huérfano;

Nuestros intereses son los de Dios.

La bondad de Dios es un río inmenso.

(1) *In prima mea defensione cum mihi esset, sed omnes me dereliquerunt. Dominus autem mihi assistit et confortavit me: et liberatus sum de ore leonis. Liberabit me Dominus ab omni opere malo, et salvum faciet in vitam eternam. cetera. II. iv. 18-21.*

Orphano tu eris adiutor. (X. 14). Señor, vos me habéis ayudado: *Tu, Domine, adiuvisti me.* (LXXXV. 17). El Señor es mi socorro, mi sosten; no temeré ni las amenazas, ni los malos tratamientos de los malvados: *Domine mihi adiutor; non timebo quod faciat mihi homo.* (CXXII. 6).

En todos tiempos y en todos lugares el Señor presta su asistencia á su pueblo, dice la Sabiduría: *In omni tempore, et in omni loco assistens eis.* (XIX. 20).

El Pontífice que tenemos, dice S. Pablo á los Hebreos, no es de tal naturaleza que no pueda condescender de nuestras debilidades, puesto que ha sido experimentado como nosotros por toda clase de males, á excepción del pecado. Acudamos pues con confianza al trono de la gracia, con objeto de recibir misericordia y hallar gracias y socorros á tiempo oportuno. (4).

¿No es la bondad de Dios la que sufre nuestra fragilidad? Ella purifica á los indios, alimenta á los ingratos, tolera á los que la desprecian; reanima á los extraviados, y recibe misericordiosamente á los pecadores que se arrepienten y hacen penitencia.

La bondad de Dios purifica el culpable.

Dios está lleno de misericordia, dice el Salmista; perdona el crimen y no quiere la pérdida del culpable (2); no deja de modular su ira; contiene su furor; se acuerda de que el hombre no es más que carne, un soplo que pasa y no vuelve. (3). Vos, Señor Dios sois dulces y compasivo, paciente y prodigo de misericordias: *Tu, Domine Deus, miserator et misericors, patiens et multa misericordia.* (Psal. LXXXV. 15). Sois indulgente para con todos, Señor, dice la Sabiduría, porque os pertenecen á Vos, que tanto amais las almas. (XI. 27).

Yo les purificaré de todas las iniquidades que han cometido, y les perdonaré todos sus crímenes, dice el Señor por boca de Jeremías (4).

Convertíos y haced penitencia de todas vuestras iniquidades, dice el Señor por medio del profeta Ezequiel, y no serán ya causa de vuestra ruina. (XVIII. 30). Arrojad lejos de vosotros todas las prevaricaciones, con que os habéis manchado, y formad un corazón y un espíritu nuevos; y ¿por qué habéis de morir, oh casa de Israel? (XVIII. 31). Yo no quiero la muerte de aquel que muere, dice el Señor Dios: convertíos y vivireis: *Quia nolo mortem morientis, dicit Dominus Deus: convertimini et vivite.* (XVIII. 32). Si después que yo haya dicho al impío morirse de mala muerte, hiciere penitencia de su pecado, y practicare obras buenas y justas; si devuelva el depósito que se le había confiado; si restituye lo que había robado; si cam-

(1) Non enim habemus Pontificem qui non possit commisereri infirmitatibus nostris: totum autem per omnia, etiam transgressus ab eo peccato. (IV. 15). Adhuc ergo cum illius est transgressus, peccatus, et misericordia, consequitur, et gratiam inveniunt in auxilio opportuno. (IV. 16).

(2) Non iudicat eis misericorditer, et propitius fiat peccatis eorum, et non disperdet eos. (LXXVII. 26).

(3) Et recordatus est quia caro sunt, spiritus valens et non coactus. (LXXVII. 19).

(4) Etenim ego dico in omni iniquitate sua, et propitius ero cunctis iniquitatibus eorum. (XXXIII. 2).

na por el sendero de mis mandamientos, que es el sendero de la vida; si no hace nada injusto, vivirá y no morirá. No se le imputarán todos los pecados que haya cometido; tendrá pues la vida verdadera. (XXXIII. 14-16).

Si yo, que soy el Juez supremo, tomo vuestra defensa, ó pecadores, y me niego, en cierto modo, á firmar vuestra sentencia de reprobación; si yo, que soy vuestro Rey, os perdono aunque me habéis insultado; si os hago gracia de mi propio movimiento; si os devuelvo la salud, ¿por qué habéis de morir, casa de Israel? *Quare moriemini, domus Israel?* (XXXIII. 14). Moriremos, decís, porque la ley, ministro de muerte, condena á sus transgresores. Pero ¿no soy yo el abogado encargado de defenderos y de haceros evitar las persecuciones de vuestro acusador? La ley os condena. Pero yo absuelvo á los que se arrepienten. ¿Por qué habéis de morir? *Quare moriemini?* Moriremos, porque nuestros padres han pecado. Pero yo que vivo, digo que los hijos no han de llevar la iniquidad de sus padres. ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel? *Quare moriemini, domus Israel?* Moriremos, porque hemos hecho un pacto con la muerte, y una alianza con el infierno por nuestros grandes y numerosos pecados. Pero está en vuestra mano el romper este pacto: Volved y vivid. ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel? *Quare moriemini, domus Israel?* Moriremos, porque agobiados bajo el peso del cuerpo, enemigo del alma, caemos en el barro. Pero podeis, queriendo, haceros un corazón nuevo, en este cuerpo de pecados. ¿Por qué, pues, habéis de morir? *Quare moriemini?* Moriremos, porque es demasiado difícil adquirir la vida con la observancia de la ley. Pero os es fácil haceros un alma y espíritu nuevos que os eleven hasta á mí, y que os hagan alcanzar gracias poderosas por medio de los cuales adquirireis la vida y observareis la ley. ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel? *Quare moriemini, domus Israel?* Moriremos, porque ya estamos condenados á muerte por la justicia divina. Pero yo, que no quiero la pérdida eterna de aquel que la muerte arrebató en el tiempo, arrancaré de sus manos á aquellos que habían de ser su presa. ¿Por qué habéis, pues, de morir? *Quare moriemini?* Moriremos, porque Dios nos ha olvidado á causa de nuestros pecados. Pero yo, el Señor, no puedo olvidar á los justos que oran por vosotros. Si Sodoma hubiese tan sólo tenido diez justos por intercesores cerca de mí, la hubiere conservado á pesar de sus crímenes. En consideración á los justos que por vosotros piden gracia, y á fin de oírlos, os perdonaré. ¿Por qué, pues, habéis de morir? *Quare moriemini?* Moriremos, porque no podemos resistir al poder divino. Pero, recordad á la misericordia de Dios, y seréis fuertes contra él, como lo fué en otro tiempo Israel, vuestro padre. No lo ignoráis. ¿Por qué, pues, habéis de morir? *Quare moriemini?* Solo una cosa os debilita, os acusa, os condena y os dará la muerte: Es que no queréis cambiar de vida ni corregiros; no sabéis hacer todavía los sacrificios necesarios para vivir por Dios.

Pero yo, vuestro Criador, no cesaré de advertir y de exhortar a mejores sentimientos a aquellos que se ven acosados de semejante frenesí. ¿Por qué habéis, pues, de morir, casa de Israel? *Quare moriemini, domus Israel?* Os lo repito pues otra vez, no quiero la muerte del pecador, quiero al contrario que se convierta y que viva. Volved, pues, convertíos, y vivid. ¿Quién es el pecador que podría resistir a ese admirable cuadro de la bondad divina?

Escuchad a S. Agustín: Dios, dice, ha amado al impío a fin de hacerlo justo; ha amado al enfermo a fin de curarlo; ha amado al perverso para volverlo a traer al buen camino; ha amado al que había muerto para devolverle la vida: *Dilexit impium, ut faceret justum; dilexit infirmum, ut faceret sanum; dilexit perversum, ut faceret rectum; dilexit mortuum, ut faceret vivum.* (Homil.) Sois un Dios bueno, dice el mismo Doctor, y dais al hombre lo que necesita para que pueda hacer lo que mandáis: *Deus es, et homini donas unde facias cum facere quod mandas.* (U. sup.). Dios, añade aún S. Agustín, no manda cosas imposibles; os manda que hagáis lo que podéis, y que pida la fuerza de cumplir lo que no podéis, y además os ayuda a hacerlo: *Deus impossibilia non jubet; sed jubendo movet, et facere quod possis, et petere quod non possis, et adjuvat ut possis.* (In Epist. ad Rom.)

Nuestro Dios es el Dios de todo consuelo, dice S. Pablo: *Deus totius consolatoris.* (II. Cor. 1. 3).

Todas las amarguras se cambian en dulzura cuando los consuelos inundan el alma.

En todos los siglos los Santos han hecho esta dulce prueba. Estos consuelos embotan las espinas de las cruces, y las cruces, que son tan pesadas para los infelices entregados a las voluntades del mundo, son ligeras, amables y llenas de encanto para los que aman a Jesucristo....

Dios derrama liberalmente sus dones sobre todos, dice el apóstol Santiago: *Dat omnibus aspuenter.* (I. 5).

Dios, dice Sto. Tomás, 1.º da con liberalidad; no vende...; 2.º da a todos, no a uno sólo...; 3.º da con abundancia...; 4.º da con generosidad, sin echarlo en cara. Sonríase la pereza humana: Dios hasta está más dispuesto a darnos que nosotros a recibir. Lo propio de la naturaleza de Dios, su inclinación, es dar.

Dios, dice S. Agustín, es todo para nosotros. Si teneis hambre, será vuestro pan; si teneis sed, será vuestra bebida; si estéis en las tinieblas, será vuestra luz; si estéis desconsolados, os vestirá de immortalidad: *Deus tibi totum est. Si exuris, panis tuus est; si sitis, aqua tibi est; si in tenebris, lumen; si nudus, immortalitate tibi vestis est.* (Tract. XIX. in Joann.).

Dios se me da enteramente, enteramente está a mi disposición, dice S. Bernardo: *Totus mihi datus, et totus in meos unus expensus.* (Serm. III. in Cirenneis.).

La bondad de Dios es su misericordia con los consuelos.

La bondad de Dios da con abundancia.

Mi padre y mi madre me han abandonado; pero Dios me ha tomado bajo su protección, dice el Salmista: *Pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me.* (XXVI. 10).

Casa de Jacob, dice el Señor por medio de Isaías, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, que llevo constantemente en mi seno y en mis entrañas, escuchadme: Yo mismo os llevaré en brazos hasta la vejez y hasta vuestros últimos días; os he creado; os cargaré sobre mis espaldas, os llevaré y os salvaré. (1).

Estas expresiones: os llevaré en mi seno, en mis entrañas, sobre mis espaldas, nos indican cuán maternal es la providencia de Dios, su tierno amor y sus cuidados, hasta superiores a los de una madre. Dios no sólo alimenta al cuerpo, sino que alimenta también al alma, y la fortalece con su gracia, su doctrina, sus inspiraciones, su palabra, sus sacramentos, su sangre, su cuerpo, su alma y su divinidad. Como una madre, Dios forma al cristiano en el seno de la Iglesia, le da la vida, lo amamanta, lo acaricia, le presta calor en su regazo, lo educa, lo instruye, lo dirige hasta que pueda conducirlo al cielo.

Os llevaré, y os prodigaré todos mis cuidados hasta vuestra vejez: Las madres no amamantan a sus hijos, ni los llevan en sus brazos sino durante algunos años, tal vez sólo durante algunos meses; pero Dios nos lleva hasta la vejez.

Me he apoyado sobre vos, Señor, desde el seno de mi madre, dice el Real Profeta; no me reclinéis cuando llegue mi vejez, ni me abandonéis cuando hayan decaído mis fuerzas: *In te confirmatus sum ex utero; ne proieciat me in tempore senectutis; cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me.* (LXX. 6-9).

Puede una madre, prosigue el Señor por boca de Isaías, puede una madre olvidar a su hijo? Y aún cuando ella lo olvidase, yo no os olvidaré nunca. (MLIX. 15). Mira como te llevo yo grabado en mis manos: *Eccc in manibus meis descripsi te.* (XLIX. 16); es decir, conservo constantemente vuestro recuerdo, jamás os olvido, cuido de vosotros y de cuanto os interesa, como si estuviérais grabados en mis manos, de tal manera, que no puedo mirarlos sin verlos.

Jesucristo tiene realmente a la Iglesia, su esposa; y a todos los fieles grabados en las sagradas llagas de sus manos, de sus pies y de su costado, en las heridas que recibió y cuya huella conservará eternamente. Allí inscribió nuestros nombres, no con tinta, sino con sangre; no con pluma, sino con clavos; no sencillamente en el exterior, sino en su carne; y tan profundamente, que ni la eternidad podrá borrarlos. De sus manos, de sus pies, de su costado han nacido todos los dones de la gracia, los sacramentos y los bienes espirituales, que son la riqueza, la fuerza y la salvación de su Iglesia.

Dios es tan bueno, que desea que su venganza no llegue a efecto,

(1) *Audite me, domus Jacob, et omne residuum domus Israel, qui portavi a meo utero, qui creavi a meo ventre. Usque ad senectutem ego sum, et usque ad canem ego portabo; ego feci, et ego sum, ego portabo, et salvabo.* XLVI. 1-4.

La bondad de Dios es maternal.

y que le atén las manos; pero quiere ser libre, ya en la manifestación de su bondad, ya en las gracias que concede.

«Só, dice el Señor por boca de Jeremías, los pensamientos que abrigo respecto de vosotros.» — «Son, Señor, pensamientos de cólera y de castigo? — No; «son pensamientos de paz y no de adición: «Ego vero cogitationes quas ego cogito super eos, ait Dominus, cogitationes pacis et non afflictionis. (XXIX. 44).

Serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Y les daré un sólo corazón y un sólo culto, a fin de que me teman todos los días de su vida, y que la paz esté con ellos y con sus hijos después de su muerte. Haré con ellos una alianza eterna, y no dejaré de hacerles bien. Y mi gozo será el hacerles benéficos. (Jerem. XXXI. 38-41).

¿Quiénes, pues, Dios? Es el bien infinito; nada es comparable á su bondad. Es el bien increado, que, cuanto más se posee, más gusta y hace feliz.

Dios quiere la felicidad y la salvación de todos, dice el gran Apóstol: *Omnes homines vult saluos fieri.* (I. Tim. II. 4).

Dios dice S. Agustín, no se ocupa más que de mi salvación; esta es el motivo por que le veo enteramente decidido á guardarme como si se olvidase de todo lo demás, y no quisiese ocuparse más que de mí. Se manifiesta continuamente y en todas partes, y no deja de estar siempre pronto en mi obsequio; en cualquier parte á donde vaya, no me deja; en cualquier parte donde esté, no se aleja; esta presente en todo lo que yo hago. (1).

¡O duros e intratables hijos de Adán á quienes no puede enternecer ni una bondad tan grande, ni una llama tan viva, ni un amor tan ardiente! exclama S. Bernardo: *O duri et obdurati filii Adám, quos non molli tanta benignitas, tanta flamma, tam ingens ardor amoris, tam vehemens amor!* (Serm. II. de Penit.).

Considerad el exceso de la bondad de Dios hacia los hombres. Esta bondad se manifiesta hasta en sus quejas contra nosotros, que están llenas de dulzura, de compasión y de amor. Hallándose cerca de Jerusalén, Jesucristo derramó lágrimas al divisar sus muros, y dijo: ¡Ah! ¡si tú supieses ahora mismo lo que puedo traerle la paz! pero en este momento todo está oculto á tu vista. (Luc. XIX. 41-42).

O hija de Sion, tú, á quien amo, á quien honro, enriquezco é instruyo; tú, que eres testigo de mis bondades y prodigios tan numerosos y tan grandes; tú, á quien cultivo de beneficios extraordinarios, ¿cómo no me conoces? ¿por qué me rechazas, me persigues y te dispones á condenarlas, á crucificarme y á darme la muerte? Por ti bajé del cielo sobre la tierra, nací en un establo, y he vivido en peno-

Dios no quiere de nosotros ingratitude.

sas y continuos trabajos, en medio de los sufrimientos, de la pobreza y de todas las privaciones. Te he visitado, te he instruido; he curado ante tu vista á tus leprosos, á tus cojos, á tus enfermos, á tus ciegos, sordos, mudos y paralíticos; he hecho milagros para multiplicar los panes que debían alimentarte; he devuelto la vida á tus muertos; hace cuatro mil años que ya tus padres me desahucan; y tú huyes de mí, me desprecias, me calumnias, me aborreces y me persigues!

Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿en qué te he agraviado? Respóndeme: *Popule meus, quid feci tibi, aut quid molestus fui tibi? Responde mihi.* (Mich. VI. 3).

Te he ofendido arrancándote de la tierra de Egipto, libertándote de la casa de servidumbre y dándote por jefe á Moisés y á Aarón? (Id. VI. 4).

Puede decirse de cada hombre en particular lo que aquí se dice de la hija de Sion y del pueblo de Israel.

Estabais perdidos, y he venido á enseñaros el camino; estabais pobres, y he venido á enriqueceros; erais esclavos, y he venido á daros la libertad; estabais condenados, y he venido á absolveros; estabais muertos, y he venido á daros la vida! ¿Qué mas he podido hacer por vosotros que no haya hecho? *Quid est quod debui ultra facere vinctis me, et non feci ei?* (Isai. v. 4).

Si hubiese sido un enemigo el que me hubiese ultrajado, lo hubiera sufrido; pero eres tú ¡oh hombre! que aparentabas ser otro yo, mi goza y mi amigo: tú que juntamente conmigo tomabas el dulce alimento, que andábamos de compañía en la casa de Dios. (Psal. LIV. 13-14). ¡Ah! Arrebaté á los tales la muerte, y descendí á vivos al infierno.

Por tantas bondades es preciso manifestar á Dios nuestro reconocimiento y nuestro amor... y los medios que hemos de emplear, son: 1.º Tener en el una confianza ilimitada. No os ocupéis de vosotros, dice S. Crisóstomo, confiado todo á Dios; porque, si quisierais cuidaros de vosotros, lo haréis como hombres débiles; pero si dejáis obrar á Dios, él á todo atenderá: á las cosas temporales, á las espirituales, etc. (Homil. LVI. ad pop.).

2.º Temer á Dios. Su misericordia os derrama de generación en generación sobre aquellos que la temen, dice la Santísima Virgen: *Misericordia ejus á progenie in progenies timentibus eam.* (Luc. I. 50).

3.º Conservar el corazón sencillo y recto. ¿Qué bueno es el Dios de Israel para aquellos que tienen el corazón recto! exclama el Salomista: *Quam bonus Israel Deus his qui recto sunt corde!* (LXXII. 1).

4.º Alabar y bendecir á Dios. Alabar su nombre, porque el Señor es dulce, y su misericordia es eterna, añade aún el Salomista: *Laudate nomen ejus, quoniam suavis est Dominus, in eternum misericordia ejus.* (XLIX. 4-5). Alma mía, bendice al Señor, y no ol-

El momento que debemos dedicar á las bondades de Dios. Muchas de ellas se hallan en nuestro reconocimiento.

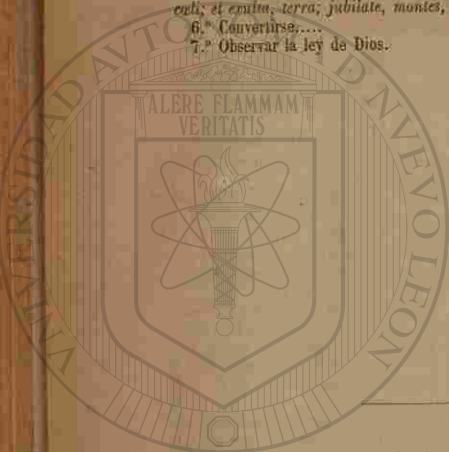
(1) Nichil aliud agit Deus, nisi ut omni saluti providat: et illud totum ad nos custodiam occupatam, videri, gratitudinem obtulit ut, et mihi soli vacare velit. Semper presentem mihi se exhibet Deus, semper paratum offert quicquid me vult, me non deserit; ubi campum fuero, non recedit; quicquid egero, pariter auditur. In Mistic.

vides jamás sus beneficios: *Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus.* (CII. 2).

5.º Instar para que todas las criaturas alaben á Dios y le den gracias. Cielos, exclama Isaias, celebrad al Señor; tierra, estremécete de alegría; montañas, haced resonar sus alabanzas: *Laudate, celi, et emula, terra; jubilate, montes, laudem.* (XLIX. 13).

6.º Convertirse,...

7.º Observar la ley de Dios.



BUEN EJEMPLO.

Se enseña con autoridad, cuando se predica con el ejemplo, dice S. Gregorio; porque no se tiene confianza en aquel cuyos actos contradicen su lenguaje. (1).

Necesidad del buen ejemplo.

Pastores, padres de familia, amos, magistrados, profesores, superiores, si enseñáis á los demás y no os reformáis vosotros mismos, ¿qué fuerza tendrán vuestras lecciones? *Qui alium docet, seipsum non docet.* (Rom. II. 21).

Hablar bien y vivir mal, dice S. Próspero, igne es sino condenarse con su propia lengua: *Bene docere, et male vivere, quid aliud est, quam se sua voce dampnare?* (In Septent.).

Escuchad á S. Bernardo: Una alta posición, dice, y un alma abyecta, el primer puesto y una vida indigna, una lengua elocuenta y manos ociosas, muchas palabras y ningún fruto, un rostro grave y una acción ligera, una gran autoridad y un espíritu inconstante, un rostro severo y una lengua frívola, son cosas verdaderamente monstruosas. (2).

El que enseña y no hace lo que enseña, es semejante á un pozó que da agua á todos los que la quieren, lava las manchas y no puede purificarse á sí mismo, dice el abate Pastor. (Vid. Patr.). Es semejante á aquellos postes colocados en los caminos, que guían á los viajeros y permanecen siempre en el mismo lugar hasta que se pudren, caen y son arrojados al fuego.

Es preciso, dice S. Pablo á los Romanos, renunciar á las obras de tinieblas y tomar las armas de la luz: *Abjiciamus opera tenebrarum, et induamur arma lucis.* (XIII. 12). Porque, dice á los Corintios, nos hallamos ante las miradas del mundo, de los ángeles y de los hombres: *Quia spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus.* (I. IV. 9).

Debemos dar buen ejemplo al prójimo, dice S. Bernardo, y es de nuestro deber obedecer á nuestra conciencia: *Proximo famam; nobis debemus et providemus conscientiam.* (Serm. LIII. in Cant.).

Os rogamos, hermanos míos, dice S. Pablo á los Tesalonicenses, que procureis vivir quietos y que os portéis modestamente con los que están fuera de la Iglesia: *Honeste ambuletis ad eos qui foris sunt.* (I. IV. 11).

Exhortaos los á los otros á hacer bien, dice este Apóstol á los Hebreos, mientras dura el día que se apellida de Hoy; á fin de que

(1) Cum timore docetur, quod prius quam docetur, animi doctrinam subtrahit. Abjiciamus, quando excoiscentiam in propellit linguam. Pastor.

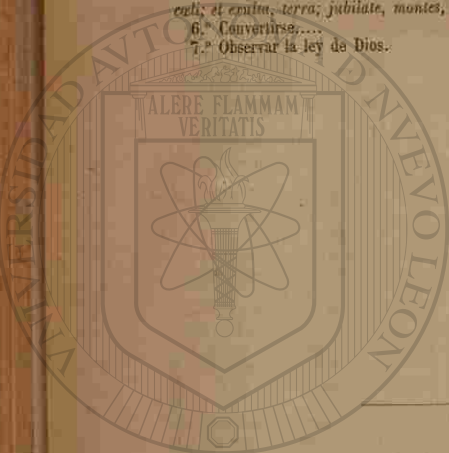
(2) Mentesque, non aut gratias, sumamus, in gentes infirmos; sedes prima, et vita mala; lingua magniloqua, et manus ociosa; sermo leviter, et fructus nullus; vultus gravis, et uerba levis; sapientia doctores, et malum stabilitas; facies rugosa, et lingua sugosa. Lito. Clonati.

vides jamás sus beneficios: *Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus.* (CII. 2).

5.º Instar para que todas las criaturas alaben á Dios y le den gracias. Cielos, exclama Isaias, celebrad al Señor; tierra, estremécete de alegría; montañas, haced resonar sus alabanzas: *Laudate, celi, et emula, terra; jubilate, montes, laudem.* (XLIX. 13).

6.º Convertirse,...

7.º Observar la ley de Dios.



BUEN EJEMPLO.

Se enseña con autoridad, cuando se predica con el ejemplo, dice S. Gregorio; porque no se tiene confianza en aquel cuyos actos contradicen su lenguaje. (1).

Necesidad del buen ejemplo.

Pastores, padres de familia, amos, magistrados, profesores, superiores, si enseñáis á los demás y no os reformáis vosotros mismos, ¿qué fuerza tendrán vuestras lecciones? *Qui alium docet, seipsum non docet.* (Rom. II. 21).

Hablar bien y vivir mal, dice S. Próspero, igne es sino condenarse con su propia lengua: *Bene docere, et male vivere, quid aliud est, quam se sua voce dampnare?* (In Septent.).

Escuchad á S. Bernardo: Una alta posición, dice, y un alma abyecta, el primer puesto y una vida indigna, una lengua elocuenta y manos ociosas, muchas palabras y ningún fruto, un rostro grave y una acción ligera, una gran autoridad y un espíritu inconstante, un rostro severo y una lengua frívola, son cosas verdaderamente monstruosas. (2).

El que enseña y no hace lo que enseña, es semejante á un pozó que da agua á todos los que la quieren, lava las manchas y no puede purificarse á sí mismo, dice el abate Pastor. (Vid. Patr.). Es semejante á aquellos postes colocados en los caminos, que guían á los viajeros y permanecen siempre en el mismo lugar hasta que se pudren, caen y son arrojados al fuego.

Es preciso, dice S. Pablo á los Romanos, renunciar á las obras de tinieblas y tomar las armas de la luz: *Abjiciamus opera tenebrarum, et induamur arma lucis.* (XIII. 12). Porque, dice á los Corintios, nos hallamos ante las miradas del mundo, de los ángeles y de los hombres: *Quia spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus.* (I. IV. 9).

Debemos dar buen ejemplo al prójimo, dice S. Bernardo, y es de nuestro deber obedecer á nuestra conciencia: *Proximo famam; nobis debemus et providemus conscientiam.* (Serm. LIII. in Cant.).

Os rogamos, hermanos míos, dice S. Pablo á los Tesalonicenses, que procureis vivir quietos y que os portéis modestamente con los que están fuera de la Iglesia: *Honeste ambuletis ad eos qui foris sunt.* (I. IV. 11).

Exhortaos los á los otros á hacer bien, dice este Apóstol á los Hebreos, mientras dura el día que se apellida de Hoy; á fin de que

(1) Cum timore docetur, quod prius quam docetur, animi doctrinam subtrahit. Abjiciamus, quando excedimus in propriam linguam. Pastor.

(2) Mentesque, non aut graves, sumamus, et gratias infirmis; sedes prima, et vita illa; lingua magniloqua, et manus ociosa; sermo leviter, et fructus nullus; vultus gravis, et interitus leviter; sapientia doctores, et malum stabilitas; facies rugosa, et lingua sugosa. Lito. Claret.

ninguno de vosotros llegue a endurecerse con el engañoso atractivo del pecado. (III. 13).

Es preciso predicar á Jesucristo crucificado, ántes con el ejemplo que con palabras. Vivid con buenas obras; porque en vano poseeréis la tierra entera; si no la cultiváis, ningún fruto os daría.

Prediquemos con el ejemplo y persuadamos con nuestras palabras, dice S. Atanasio: *Vita nostra jubent, lingua persuadeat.* (Iraz. de Virginit.).

Las nubes fecundas derraman lluvia, dice el Eclesiástico: *Si repleta fuerint nubes, imbrem super terram effundent.* (XI. 3). Estas nubes son los hombres que sin cesar dan buen ejemplo. Fecundizados por la gracia de Dios, hacen el bien, derraman la vida á su paso, templan los ardores de las pasiones, riegan las almas marchitas, y les hacen producir con abundancia excelentes frutos de vida.

El que está al frente de los demás con su autoridad, dice S. Isidoro, debe estar al frente de ellos por sus virtudes; es menester que les sirva de modelo y no tenga nada reprehensible. Porque aquel que quiere corregir á los otros, debe también estar libre de vituperio. Debe enseñar el bien; si se descuida en practicarle, que deje también de mandarlo. (4).

Viviendo mal, dice S. Crisostomo, enseñais, por decirlo así, á Dios cómo debe condenaros. Terrible juicio aguarda al que habla bien y obra mal. Mandar y no ejecutar, es representar el papel de histrión y de hipocrita. Dios nos ha elegido para ilustrar; debemos ser modelos. Sea el esplendor de nuestra vida una escuela pública que enseñe á practicar todas las virtudes. (2).

Es preciso, dice S. Ambrosio, que la estimación pública sea una prueba de nuestras acciones. (3).

Sólo podemos despreciar las palabras de aquel cuya vida no es edificante, dice Sto. Tomás: *Vagus vita despicitur, restat ut ejus prædicatio contemnatur.* (2. 5. p. q. art. 7).

El que no hace lo que enseña, no es de ninguna utilidad para sus semejantes; al contrario, les daña y se condena á sí mismo.

O vosotros que sois cristianos, exclama S. Agustín, dad á los demás ejemplos de virtud y no de vicio: *Qui fideles estis, non eis exempla quibus præsent, sed quibus proficiant, exhibeatis.* (Serm. CCXVIII).

El Señor ha impuesto á cada uno de nosotros el deber de procurar la salvación de su prójimo edificándole, dice la Escritura: *Mandavit illis unicuique de proximo suo.* (Ecli. XVII. 12).

(1) *Quis est illudis utque incitatus ad virtutem populus perit, ad peccatum est, in omnia avertit, et in collo recordandis habetur. Qui enim illius de populo sequitur, pro peccato debet esse alius. Docendo, qui recta sunt, quapropter, qui recta recta facit, magis recta dicitur. De formis bene vivendi.*

(2) *Male vivendo, deus dicitur quomodo debet te condempnare. Gravis est condemnatio cum nonnulli hereticorum suum, vitam vero vitam negligunt. Sit communis omnium schola, exemplumque virtutum, vita tua splendat. Housi. cit. pop.*

(3) *Facit actum posteritatemque esse publicam estimationem. Serm. III.*

A propósito de aquellas palabras del Cantar de los Cantares: *Ego flos campi et lilium convalium.* Soy la flor de los campos y la azucena de los valles; dice S. Bernardo: las costumbres tienen su color y su olor; su olor en la reputación á que dan nacimiento, y su color en los ojos de la conciencia. La bondad y la pureza de intención dan color á una acción, el buen ejemplo le presta un olor de modestia y de virtud. Con la blancura de su alma, el justo es una azucena y perfuma á su prójimo. (1).

Haced todas las cosas sin murmuraciones ni proplejidades, dice S. Pablo, para que seáis irreprehensibles y sencillos como trijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandecéis como lumbreras del mundo, conservando la palabra divina. (Philipp. II).

¿Qué es la rosa? Es la gracia de la primavera. ¿Qué es el buen ejemplo? Es la gracia de la virtud.

Los actos del cuerpo son los que hacen conocer el alma; los movimientos del uno son la voz del otro....

Con el buen ejemplo, obligamos á aquellos con quienes vivimos á cuidar de su exterior y de su interior; les obligamos á que guarden sus ojos, su lengua, sus oídos, sus manos, sus pies, su espíritu y su corazón....

La voz de la enseñanza es larga; la del ejemplo es corta y eficaz, dice Seneca. (2).

El hombre edificante, dice S. Bernardo, es una pila llena y un canal que esparce con abundancia el agua de las virtudes. (Serm. in Cant.).

Nada es comparable al modelo que ofrece al cristiano virtuoso. El Rey Profeta dice, dirigiéndose á Dios: Señor, en vuestra luz veremos la luz: *In lumine tuo videbimus lumen.* (XXXV. 10). Otro tanto puede decirse al hombre que edifica; con la luz que esparce dando buenos ejemplos, todos ven la hermosura de la virtud y se sienten inclinados á practicarla. El buen ejemplo es como Jesucristo: ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo. (Joan. I. 9). Como Jesucristo, el hombre que con sus buenos ejemplos exhala el perfume de las virtudes, es en cierto modo la luz, la verdad y la vida.

El buen ejemplo es un sol resplandeciente que calienta, que fecunda, que vivifica, y es de admirable hermosura.

El buen ejemplo es un argumento que no se puede contradecir, dice S. Crisostomo: *Ille est ratiocinatio, cui contradicere non potest, quia fit per facta.* (La Psal.). Por esto S. Jerónimo dice que la vida de

(1) *Habent mores colores suos, habent et odorem virtutum in fama, odorem in conscientia, odorem quasi tuo dat, inquit, et coram aliis odorem modestiam et veritatem exemplum. Iustus homo est in se candidus, sed proximo odorem suum. Serm. LXXII. in Cant.*

(2) *Longum est iter per precepta, effusus et brevis per exempla. Epist. VII.*

los Santos es la interpretación clara y visible de las Escrituras: *Vita Sanctorum est interpretatio Scripturarum*. (Comment.).

Gedeon oscilaba lámparas en vasijas de tierra; pero en la hora del combate rompe las vasijas, y con la luz que de repente aparece, espanta al enemigo, lo derrota y lo abate. El dominio, el mundo y las pasiones quedan asustadas y aniquiladas con la luz de los buenos ejemplos; porque las tinieblas, dice S. Bernardo, no pueden sufrir la luz: *Tenebræ principis tenebrarum, vix luce bonorum oprimitur; quia stare ante lucem tenebræ non possunt*. (Lib. Consid.).

El que vive muy santamente, es un gran Doctor, dice S. Gregorio: *Qui magna simplicitate radant, multa recendo ostendit*. (Pastor.) La luz que derraman los justos, llena de alegría los corazones, dice el Práverbio: *Lux iustorum lætificat*. (XIII. 9).

Los manantiales de agua viva corren siempre para refrescar aquellos que quieren valerse de ellos; corren siempre, hasta cuando no queremos agua. Lo mismo sucede con el buen ejemplo....

El cristiano es un compendio del Evangelio, dice Tertuliano: *Christianus compendium Evangelii*. (In Apolog.). El santo concilio de Trento, explica el buen ejemplo de predicación continua: *Perpetuum prædicandi genus*. (Sess. XXV. de Reforma. c. 1.).

La vida del cristiano debe enseñar el camino de la salvación, dice S. Agustín: *Vita debet esse salutaris prædicationis*. (Sentent.). Los buenos ejemplos tienen una voz más clara y más sonora que el sonido de la trompeta, añade aquel gran Doctor: *Bona exempla vocis edant quæ tuba clarioris*. (Id. supra).

El buen ejemplo es la sal de la tierra, la luz del mundo. Que nuestra luz brille delante de los hombres, dice Jesucristo, á fin de que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos. (4).

El hombre no siente el peso de sus vestidos: de la misma manera el que se reviste de Jesucristo no siente las dificultades de la práctica de las virtudes: inclina á los demás á que hagan bien, y á que se revistan de Jesucristo.

El buen ejemplo disipa las tinieblas, produce una luz viva é indica el buen camino. La virtud y las buenas obras son llamadas luz, primero porque aman la luz divina é iluminan á los hombres; segundo porque manan de Dios, que es la verdadera luz....

El apóstol S. Pablo tenía gran gozo y consuelo en las obras de la caridad de Philemon, viendo cuánto recreo y alivio habían recibido de la bondad los hijos necesitados.

El buen ejemplo hace conocer, amar, servir y glorificar á Dios, dice el apóstol S. Pedro: *Ex bonis operibus eos considerantes, glorificent Deum*. (I. n. 12).

Con el buen ejemplo, se observan y se hacen observar los man-

(4) «Si facitis lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in cælis est. Matth. V. 16.

damientos de Dios; nos presentamos así, y preservamos á los demás de toda herida grave, dice la Sabiduría. (1).

Jesucristo no dejó durante toda su vida de dar al mundo entero los más sublimes ejemplos de todas las virtudes. Por esta razón nos insta el gran Apóstol á que nos revistamos de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum*. (Rom. XIII. 14). Jesucristo es nuestra fuerza, nuestra vida, nuestro esposo, nuestro alimento, nuestra bebida, el sacerdote por excelencia, nuestro dueño, nuestro padre, nuestro hermano, nuestra herencia, nuestro cobrero, nuestra mansión, nuestro huésped, nuestro amigo, nuestro médico, nuestro remedio, el manantial de la gracia, nuestra salvación, nuestra riqueza, nuestra luz y nuestra gloria. Es el camino, la verdad y la vida: *Ego sum via, et veritas, et vita*. (Joan. XIV. 6). Es el manantial de la vida, manantial que tiene la plenitud de las aguas divinas, y apaga la sed del alma de los fieles; visita la tierra, la riega y la fecundiza. Imitémosle con una vida santa; hagamos de manera que podamos decir con S. Pablo: Sed imitatores meos, como yo lo soy de Jesucristo: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*. (I. Cor. XI. 1). Inspirémosnos en los ejemplos de Jesucristo, y edificaremos á nuestro prójimo. Miremos é imitemos al autor de nuestra fe, dice S. Pablo á los Hebreos: *Aspicientes in auctorem fidei*. (Heb. XII. 2).

Jesucristo empieza obrando, y luego enseña, dicen las Actas de los Apóstoles: *Capit. Jesus facere, et docere*. (I. 1). Así es como debe portarse el cristiano, á fin de que todos le estudien con placer, deseen hallarse cerca de él, le oigan y le imiten, y cuando todos los hombres le vean, se figuren ver á otro Jesucristo. El cristiano no es digno de este nombre sino en tanto que imita á Jesucristo y se reviste de su naturaleza divina; sin celo, el título que lleva es una palabra vana....

Jesucristo, dice S. Juan Bautista, era una lámpara ardiente y brillante: *Ille erat lucerna ardens et lucens*. (Joan. I. 35). Sobre el particular añade S. Bernardo: Iluminar tan sólo, no es nada; quemar tan sólo, no es bastante; pero quemar é iluminar es la perfección. (2). Juan Bautista, hace notar este santo Doctor, era una lámpara ardiente y brillante: no fue primero brillante y después ardiente, sino primero ardiente y luego brillante. Su luz provenía del fervor que le devoraba, y no el fervor de la luz que espacia. (3). Así, brillar con la luz del talento y no tener el fuego de la piedad, es vanidad, error y nada más.

San Gregorio Nazianzeno dice de S. Basilio: La palabra de Basilio era como un trueno, porque su vida era un relámpago: *Ser-*

Sublimis illuminatio
Vita
Lumen et de his
Sensum.

(1) Omnis creatura deservit talis præceptis, ut pateri in custodiendo illius. XIX. 6.

(2) Tantum lucere, vixit: tantum ardere, pateri; ardere et lucere, perfectum. Serm. de S. Jo. Baptista.

(3) Lucens et ardens, quia Joannis ex fervore splendet; non fervor prodiit ex splendore. Ibid.

mo Basilii erat tonitru, quia vita ejus erat fulgur. (Grat. de S. Basil.).

Los Santos esparcen el buen olor de Jesucristo: *Christi bonus odor sumus*. (II. Cor. II. 15).

Cuanto más se pulverizan los aromas, más lejos esparcen su agradable olor, como más Jesucristo, los apóstoles, los mártires, los confesores y todos los Santos han sido apremiados y como pulverizados por las tribulaciones y las persecuciones, tanto más han esparcido el suave y divino olor del buen ejemplo y de todas las virtudes. Han sido un olor vivificante que causa la vida á los que se salvan: *Alia autem odor cito in vitam*. (II. Cor. II. 16).

Como el gran Apóstol, todos los Santos han hecho el bien no sólo delante de Dios y para Dios, sino también delante los hombres y para la salvación de los hombres. (1).

S. Bernardo dice del obispo S. Malaquías, que no movió un miembro sin motivo y sin tener por objeto la edificación del prójimo. S. Luciano, sacerdote y mártir, convirtió una multitud de paganos con la modestia, la alegría y la piedad de su mirada. El emperador Maximiano habiendo oído decir á un gran número de personas que el rostro de aquel Santo inspiraba tanto respeto y amor, que si le veía, sería cristiano, le hizo tapar la cabeza por miedo de que su vista no le convirtiese á él y á todos los asistentes (Baron. An. eccl.).

Oid á S. Gregorio: Ahel vino, dice, para ser un ejemplo de modestia; Henoch, para enseñarnos la pureza de acción; Noé, para obligarnos á no perder jamás la esperanza y á perseverar; Abraham, para enseñarnos hasta dónde debe llegar la obediencia; Jacob para inspirarnos la constancia en los trabajos; Moisés, para aleccionarnos en lo que debe ser la dulzura y la mansedumbre, y Job para darnos lecciones de paciencia. Así es que los Santos, como las estrellas del firmamento, brillan para iluminarnos é indicarnos el camino de las buenas acciones, que es el del cielo. Los Santos que Dios ha hecho, son otros tantos astros brillantes, destinados á disipar las tinieblas que rodean á los pecadores. (Lib. Moral.). He aquí por qué S. Pablo dice á los Hebreos: Puesto que estamos rodeados de una nube tan grande de testigos, desprendámonos de todo lo que es pesado y de los lazos del pecado, y corramos con paciencia al término del combate que nos es propuesto: *Ideoque et nos tantum habentes impositam nubem testium, disponentes omne pondus, et circumstantes nos peccatum per patientiam curramus ad propositum nobis certamen*. (XII. 1).

Dea la vida de los Santos é imite sus ejemplos el que quiere ser santo: saque del fuego y de la resplandeciente claridad de aquellos astros celestiales la luz del espíritu y la llama del corazón. A imitación de los Santos, el cristiano se aplica á defender su vida con sus palabras, y sus palabras con su vida, dice S. Gregorio: *Studet defendere loquendo quod vixit, et ornare vivendo quod dixit*. (Pastor.). En

(1) *Procedimus bene non solum coram Deo, sed etiam coram hominibus*. II. Cor. VIII. 11.

todo esto no busca su gloria, sino la de Dios y la salvación del prójimo; y porque trata tan sólo de alcanzar este doble fin, la gloria le sigue y le protege. Esto es lo que S. Jerónimo dice de Sta. Paula: *Hula de la gloria y la gloria la persigue*...

El camino del justo, dicen los Proverbios, es como el sol de oriente, que se adelanta y crece hasta el mediodía: *Iustorum semita, quasi lux splendens; procedit et crescit usque ad perfectam diem*. (IV. 18).

El cristiano persuade ántes de hablar, dice S. Crisóstomo; se parece al sol que, desde que aparece, disipa las tinieblas. (1).

Los Santos son los ángeles de la tierra, divinidades provistas de cuerpo.... El ojo de Dios les contempla amorosamente; les eleva á medida que ellos se humillan: se les admira y hacen honrar á Dios, dice el Eclesiástico. (2).

Santo Tomás de Aquino, dice el papa Clemente VI, fué el modelo de todas las virtudes, y cada uno de sus miembros era objeto de una enseñanza. La sencillez brillaba en sus ojos, la bondad en su rostro, la humildad en su manera de escuchar, la sobriedad en sus gustos, la verdad en su boca; derramaba al rededor suyo una especie de perfume; sus acciones eran irreprehensibles, sus manos liberales, su marcha grave, sus modales honestos, su corazón piadoso, su espíritu brillante y perspicaz. Tenía una bondad afectuosa, un alma santa y llena de caridad. Fué, en una palabra, el retrato y el honor del cristiano ejemplar, y la imagen viva de la virtud.

San Bernardo dice del apóstol S. Andrés: Sobre la cruz, predicaba á Jesucristo crucificado: *Crucifixus, Crucifixum predicabat*.

Hablando de los primeros cristianos, Tertuliano dice que sólo con su presencia confandian á todos los vicios: *Ecce occurre meo vitia suffundit*. (Apolog.).

El Centurion creyó, dice el Evangelio, y tras él toda su casa: *Credidit ipse, et domus ejus tota*. (Joan. IV. 53).

Si alma servirá á Dios, dice el Real Profeta, y mis descendientes me imitarán: *Et anima mea illi erit, et semen meum erit ei ipse*. (XXI. 31).

Un pastor, un rey, un magistrado, un padre de familia, un amo, etc., que dan buen ejemplo, procuran la gloria de Dios...; el triunfo de la Religión...; la salvación de las almas, etc.... Mirad á Constantino...; á Carlo Magno...; á S. Luis.... Mirad la familia de aquel padre, de aquella madre ejemplares.... ¿Cuáles no son, al contrario, las consecuencias del mal ejemplo?

Cada ejemplo es el buen ejemplo de los superiores.

(1) *Præsumquam loquitor, persuadeat, quemadmodum ut solis jubar, ut primum apparet, fugat tenebras*. Hieron. ad pop.

(2) *Oculus Dei respicit illum in bono, et erexit eum ab humilitate ipsius, et exaltabit caput ejus; et mirati sunt in illo multi, et honoraverunt Deum*. XI. 12.

Por que los
hombres de
caudales e rri-
tos a los per-
sonas eñen-
tas

No os sorprenda, hermanos míos, que el mundo os aborrezca dice el apóstol S. Juan: *Nolite mirari, fratres, si odit vos mundus.* (I. III. 13).

Hay cinco motivos que inclinan a los malos a criticar y a condenar a las personas piadosas y ejemplares. El primero es la diferencia de costumbres; porque si la semejanza es causa de amor, la diferencia es causa de odio. El segundo es la envidia.... El tercero es el despecho que experimentan los mundanos viendo que los cristianos se separan de ellos y hayen de su sociedad. El cuarto es que no pueden sufrir las reprensiones de las personas virtuosas, porque sólo con su vida, condenan altamente la mala conducta. El quinto es la oposición que existe entre los hijos del siglo y los santos; los primeros están llenos de amor propio; los segundos no obran sino a impulsos del amor divino. Pero por este medio se atraen altanzas y adquieren dignidades y una gloria que los mundanos los envidian (1).

En que consiste
el buen ejem-
plo.

1.° Revestido de Jesucristo, dice S. Pablo a los Romanos: *Induimini Dominum Jesum Christum.* (XIII. 14). He aquí en que se encuentra la perfección del buen ejemplo.

Revestirse de Jesucristo, dice S. Crisóstomo, es representar a Jesucristo en todas nuestras acciones, por la santidad y la mansedumbre. (*Homil. ad pop.*). Sea pues el cristiano el retrato perfecto y la viva imagen de Jesucristo; es para él una obligación sagrada que ha contraído solemnemente en las fuentes bautismales; se ha comprometido a representar a Jesucristo con su vida, sus acciones, su exterior y su manera de ser. Es cierto que tantos cristianos como hay debieran ser otros tantos Cristos por la imitación y el ejemplo.

La conversacion y la vida del cristiano, dice S. Jerónimo, debe ser tal, que sus movimientos, sus pasos y todos sus actos no respiren más que la gracia del cielo. (2).

2.° Haced todas las cosas sin murmurar ni titubear, dice el gran Apóstol a los Filipenses, a fin de que os habéis sin tacha y sin distracción como hijos de Dios, es irreprochables en medio de una nación perversa y corrompida, en la que brilláis como los astros del mundo, conservando en vosotros la palabra de vida. (3).

El Apóstol, dice S. Ambrosio, advierte a los cristianos y les manda que se acuerden de su profesion y correspondan a ella, a fin de

(1) S. Crisóstomo que Cornelio a Epifanio escribió sus comentarios en un siglo todavía reciente. Lú que era verdad en su tiempo, lo es mucho más en nuestros días, y la prueba no es ya el camino más corto para llegar a las dignidades y a la nobleza.

(2) *Et debet esse conservatus in vita christiana ut omnes motus et gressus, atque universa que opera celestium relebant gratiam.* Comment. in Epist. ad Philipp.

(3) *Omnis factus, sine maculationibus et lacerationibus; ut sitis sine querela, et exemplum filiis Dei, sine reprehensione in malis actionibus pravis et perversis: inter quos locuti sicut luminaria in mundo; verbum vite continentes.* II. 14-15.

que en medio de los incrédulos sirvan de modelo con su vida, su lenguaje y sus costumbres, y brillen como el sol y la luna entre las estrellas. (*In Epist. ad Philipp.*).

El Apóstol, dice S. Crisóstomo, exhorta a los cristianos para que iluminen y brillen como astros en la noche del siglo: *Monet ut in nocte hujus seculi quasi stellae resplendant et refuleant.* (In Epist. ad Philipp.).

San Pablo, dice S. Anselmo, quiere que los cristianos sean astros que fijos en el cielo, no se inquieten por las cosas de la tierra, sino que vivan ocupados en seguir y cumplir su curso y derramar su luz sobre el mundo (4). Deben parecerse a aquella mujer de que habla el Apocalipsis y que representa a la Santa Virgen y a la Iglesia: está vestida del sol; tiene la luna a sus pies, y al rededor de la cabeza una corona de doce estrellas: *Mulier amicta sole et luna, sub pedibus ejus et in capite ejus corona stellarum duodecim.* (XII. 1).

Debemos ser faros que iluminen y conduzcan al puerto a los navegantes extraviados en la noche y en el mar tempestuoso del mundo; debemos ayudarles a evitar el naufragio y a alcanzar la ciudad santa.

Es preciso tener una voz pausada, un andar exento de fausto y de ruido, hablar poco, entretenerse con buenos pensamientos, armarse de modestia, tener los ojos bajos y el alma elevada al cielo. Este es el cristiano ejemplar. Es menester imitar a los Tesalonicenses, que S. Pablo alaba en estos términos: *Habéis servido de ejemplo a todos los que, en la Macedonia y en Achaya, han abrazado la fe.* Porque no sólo habéis dado lugar al brillante progreso de la palabra del Señor por la Macedonia y por la Achaya, sino que vuestra fe en Dios se ha hecho tan célebre por todas partes, que no es necesario que hablemos de ella, puesto que en todas partes se dice cual ha sido el éxito de nuestra entrada entre vosotros, y cómo os habéis convertido a Dios, dejando a los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y para aguardar del cielo a su hijo Jesús, que ha resucitado y que nos ha librado de la cólera futura. (I. I. 7-8-9-10).

Vuestra fe es célebre en todo el mundo, dice el gran Apóstol a los Romanos: *Fides vestra annuntiatur in universo mundo.* (I. 8).

Escuchad lo que escribe a su discípulo Timoteo: Sed el ejemplo de los fieles en vuestros discursos, en vuestra conducta para con el prójimo, y por vuestra caridad, vuestra fe y vuestra castidad: *Exemplum esto fidelium; in verbo, in conversatione, in caritate, in fide, in castitate.* (I. IV. 12).

El mismo Sócrates mandaba a sus discípulos que adquiriesen y practicasen estas tres virtudes: 1.ª la prudencia; 2.ª el silencio; 3.ª la modestia. (*Anton. in Meliss.*).

(4) *Vult ut Christiani sint quasi stellae quae, in caelo fixae, non currunt terrenae sed totae interstunt at suos cursum et motus perscrutant, incertum spergunt mundo.* In Epist. ad Philipp.

Presentaos como un modelo de buenas obras en todas las cosas por la enseñanza, por la pureza de las costumbres, por la gravedad, escribe el Apóstol á Tito: sea sana é irreprehensible la doctrina que prediquéis, á fin de que quien sea nuestro adversario quede confundido y no tenga nada que decir de nosotros. (1).

Mirémonos unos á otros para animarnos á la caridad y á las buenas obras, escribe á los Hebreos: *Consideremus invicem, in provocacionem caritatis et bonorum operum.* (X. 24).

Cuando se trata de escoger diáconos, los apóstoles dijeron á los discípulos: Elegid, hermanos, á siete de entre vosotros de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría: *Considerate fratres, quos ex vobis beati testimonium septem, plenos Spiritu Sancto, et sapientia.* (Act. VI. 3).

El buen ejemplo quiere que vivamos, en cierto modo, como S. Bernardo, del cual un historiador nos ha dejado el siguiente retrato: S. Bernardo tenía un rostro sereno, un exterior modesto, una prudencia en el hablar extrema; era timorato en sus empresas, asiduo en la oración, piadoso en la meditación, grande en la fe, firme en la esperanza, ardiente en la caridad; se distinguía por una humildad profunda y una tierna piedad. Prudente en los consejos, hábil en los negocios, sufriendo alegremente los oprobios, siempre pronto en hacer favores con una gran dulzura de costumbres, santo por sus méritos, estaba lleno de sabiduría, de virtudes y de gracias á los ojos de Dios y de los hombres.

Es preciso, dice S. Agustín, que los servidores y adoradores de Dios sean dulces, graves, prudentes, piadosos, irreprochables, sin mancha, á fin de que todos los que los vean se admiren y maravillen, diciendo: Estos hombres son dioses. (2).

Debemos distinguirnos, no por los adornos del cuerpo, sino por los del alma, que son la modestia y la inocencia.....

Con motivo de aquellas palabras de Jesucristo: *Tened lámparas encendidas en vuestras manos: Lucerna ardentis in manibus vestris.* (Luc. XII. 35); S. Gregorio dice: Tenemos en nuestras manos lámparas encendidas, cuando con nuestras buenas acciones somos ejemplos luminosos para nuestro prójimo. (3).

Debemos, dice S. Crisóstomo, llevar una vida irreprehensible, á fin de que los hombres que nos examinen hallen en nosotros un espejo

(1) In omnibus tamquam probis exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum, irreprehensibile. Ut illi qui ex adverso est, confundatur, nihil habens in malum dicere de nobis. II 7-8.

(2) Tales conveniunt esse Dei cultores et servos, mansuetos, graves, praeclari, pio, irreprehensibiles, immaculatos; ut quisque videat eos, stupens et dicat: Illi omnes sancti dei. De vita christi.

(3) Lucerna quippe ardentis in manibus tenemus, cum per bona opera proximo nostris lucis exempla monstramus. Pastor.

de santidad. No habría necesidad de palabras, si la santidad brillase en nuestra vida. (4).

No tengamos en nuestras labias, dice S. Martín, sino palabras de paz, de pureza, de caridad, de piedad; hállese en ellos raras veces el mundo, y si con mucha frecuencia Jesucristo. (5).

Podemos aplicar á los laicos aquellas palabras del santo concilio de Trento: Conviene que los clérigos llamados al servicio de Dios arreglen su vida y sus costumbres de tal manera que no haya nada que no sea grave, moderado y religioso en su exterior, en su gesto, en su andar y en todas las cosas á fin de que las acciones á todos inspiren respeto: *Sic decet clericos in sortem Dei vocatos, vitam moresque suos componere, ut habitu, gestu, incessu, aliisque omnibus rebus nihil nisi grave, moderatum ac religione plenum prae se ferant; ut eorum actiones cunctis offerant venerationem.* (Sess. XXII. de Reform. c. 1).

Los que sean inteligentes, dice la Escritura, brillarán como el esplendor del cielo; y los que enseñen la justicia á los hombres, serán como estrellas durante toda la eternidad. Juzgarán á las naciones. (Dan. XII. 3).

Mas la señal más cierta de la verdadera inteligencia y el mejor medio de instruir, es llevar una vida ejemplar.....

Con el buen ejemplo obtenemos aquí en la tierra la paz, la gracia y una buena muerte; y en el otro mundo una felicidad eterna.

Recomendamos de los lectores ejemplar.

(4) Debet habere vitam immaculatam, et operatio illam et in ejus vitam, veluti in speculum excelsus intendant. Non opus esset verbis, si vita nostra sanctitatis luce fulgeret. Boni. ad pop.

(5) Numquam in ore nisi pax, nisi caritas, nisi castitas, nisi pietas: rarissime in ore mundi, frequentius Christus, filiusque, in ejus vita.

BUENA Y MALA CONCIENCIA.

¿Qué es una buena conciencia?

UNA buena conciencia, dice Hugo de San Víctor, es la que es dulce para todo el mundo, que no hiera a nadie, que usa castamente de la amistad, que es paciente para los enemigos, bienhechora para todos, que hace el bien en tanto que le es posible. Una buena conciencia es aquella a la que Dios no imputa pecados, porque los evita; ni los pecados de los demás, porque no los aprueba; ni de la negligencia, porque ha hablado y oído cuando era menester; ni del orgullo, porque ha permanecido en la humildad y en la unidad. (Lib. III. de Anim. c. IX).

La buena conciencia es la que es recta, que obedece á las leyes de Dios y á las de la Iglesia, y que se vale de las luces de la razón para ilustrarse.

La buena conciencia es la que vela para no caer, y al momento se levanta de sus caídas....

La buena conciencia es el hombre entero; porque el hombre no es nada, ó más bien es un azote, un monstruo, cuando no tiene una buena conciencia....

La buena conciencia es la imagen de Dios sobre la tierra.

Poder y fuerza de una buena conciencia.

NO tener nada que echarse en cara, no tener que avergonzarse de ninguna falta, es ser más fuerte que un muro de bronce, dice Horacio:

....*Mic murus aeneus esto.*
Nil conscire sibi, nulla pallescere culpa. (Lib. I. epist. i).

Todo padecimiento es ligero, ó mejor, no es nada, cuando se tiene una conciencia recta y pura, dice el mártir S. Tiburcio. (In ejus vita).

La buena conciencia nada recela, nada teme; puede decir con el poeta:

Je crains Dieu, cher Abner, et n'ai point d'autre crainte. (1).

Por más que el cuerpo la fatigue con sus exigencias y con el aguijón de la concupiscencia; por más que el mundo la solicite y la amenace; por más que el demonio la tienta y procure asustarla, la buena conciencia está tranquila, firme é inquebrantable.

(1) Querido Abner, sólo temo á Dios, á nadie más.

En la hora de la muerte la buena conciencia está llena de esperanza; se manifiesta, se presenta sin turbación al juicio de Dios. El mundo da vueltas y más vueltas, flota y rie, pasa y desaparece, sin que la buena conciencia se conmueva ni se manche. Se puede dar tormento al cuerpo, se le puede desgarrar á golpes, destruirlo, clavarle en una cruz, quemarlo, pero la buena conciencia resiste á todas estas prácticas.

¿Qué cosa hay más preciosa, escribe S. Bernardo al papa Eugenio, más tranquila, y que dé más seguridad que una buena conciencia? Ella no teme la pérdida de los bienes; no retrocede ante las afrentas ni las torturas; la muerte, lejos de asustarla, la hace más orgullosa: *Quid ditiús, quid in terra quietius et securius bona conscientia? Damna rerum non metuit, non verborum contumelias, non corporis cruciatus: quæ et ipsa morte magis erigitur quam deprimitur.* (Lib. I. de Consid.).

Excepción y premio de la buena conciencia.

La buena conciencia, dice Hugo de San Víctor, es un campo de bendición, un jardín de delicias, un tabernáculo de oro, la alegría de los ángeles, el arca de la alianza, un tesoro real, el trono de Dios, la moral del Espíritu Santo, el libro sellado y cerrado que quedará abierto en el día del juicio. (Lib. III. de Anim. c. XI).

¿Cuál es el bien supremo? Una conciencia que nada tenga que echarse en cara, dice Antonio: *Quenam summa boni? Mens que sibi conscia recti.* (Laert.).

No es ni la extensión del poder, dice S. Crisóstomo, ni la abundancia de las riquezas, ni la grandeza de la potestad, ni la fuerza del cuerpo, ni ninguna otra cosa, lo que da la tranquilidad del ánimo y la alegría, sino la buena conciencia.... En efecto: aunque poseyese todos los demás bienes, el que tiene la conciencia de haber obrado mal, es el más desgraciado, el más miserable de todos los hombres. (1).

La buena conciencia es como un festín continuo, dicen los Proverbios: *Secura mens quasi jube convivium.* (XV. 15).

La notoriedad de las buenas obras que se han hecho, dice S. Agustín, inspira esperanza á una buena conciencia; porque ésta se ve naturalmente inclinada á esperar, y está llena de confianza, así como una mala conciencia está llena de desesperación. (2).

¿Qué manjar es más agradable, dice S. Ambrosio, que la mani-

Felicidad que se deriva de una buena conciencia.

(1) *Anima tranquillitatem, et lætitiám, non principibus magnitudo, non pecuniarum copia, non palatiorum tumor, non corporis fortitudo, nec quid aliud, sed sola puritas conscientia bonæ. Sicut et qui sibi mala conscientia est, ut omnium bonæ possideat, omnium est miserimus. Román. 1. In Epist. ad Rom.*

(2) *Ipsæ clarissæ bonæ operante dñi spem bonæ conscientia; spem enim gent bona conscientia; quomodo malæ conscientia tota in desperatione est, sic bona conscientia tota in spe. Román. in Roman.*

festación de una buena conciencia y la felicidad reservada al alma inocente? (1).

Tener conciencia de que se ha querido el bien, es el mayor consuelo que pueda experimentarse en medio de los tormentos de la vida, dice Cicerón. (2).

La buena conciencia nos desembaraça de todas las inquietudes de la vida, dice Plutarco. (Moral.).

Preguntaron á Dios cuál era la cosa que nada temía. Es la buena conciencia, respondió. (Ita, Maxim., XIV).

Preguntaron á Pericandro cuál era la cosa más grande y más perfecta anclada en la más pequeña y más vil. Es la buena conciencia en el cuerpo de un hombre, respondió.

¿Quiénes son los que viven felices? preguntaban á Sócrates. Son, respondió él, los que conservan su conciencia exenta de toda mancha. (Anten. in Meliss.).

La manifestación de una buena vida y el recuerdo del bien que no ha dejado de hacerse, constituyen la felicidad del hombre, dice Cicerón. (In Cat. Maj.).

No hay tormento comparable al que sufre una conciencia criminal; teme á Dios; ¿en dónde ha de hallar consuelo? ¿en dónde buscará reposo? La buena conciencia por el contrario hace nacer la tranquilidad, la paz, el regocijo y la alegría....

Cuando el alma, dice S. Crisóstomo, no está atormentada por ningún remordimiento, goza de una dicha tan grande, que la palabra es impotente para expresarlo. Comparado con la felicidad que da una buena conciencia, todo lo más agradable y consolador que existe en la tierra, no es más que amargura y tristezas. (Homil. ad p. p.).

La buena conciencia es un festín diario; los convidados son las virtudes que mantiene....

¿Qué puede temer el justo? sabe que su pureza de conciencia le atrae la protección y el amor de Dios. Su alma está tranquila, en calma, serena, llena de confianza, de satisfacción y de valor, porque se apoya en Dios.

Nadie puede entristecer á aquel cuya alegría es Jesucristo, dice S. Agustín. (Sentent. XC).

Cada día que ve brillar una buena conciencia, es un día de fiesta.... La paz del alma hace feliz la vida, dice S. Ambrosio. (Lib. II. offic., c. 1).

No puede despojarse á nadie de la manifestación de su conciencia; por todas partes se lleva la alegría de haber obrado bien, así como la inquietud y las alarmas de una mala conciencia.

Nadie, dice Salviati, es desgraciado porque los otros le juzguen tal; sólo somos desgraciados por nosotros mismos. Hé ahí por qué el

(1) Quis citius sapiat quam la quem animus bene sibi consci, et minus innocenti capatur? In Ps. XLV.

(2) Conscientia recta voluntatis, maxima est consolatio rerum incommodarum. Ad Torquent.

que tiene la felicidad de poseer una buena conciencia, es feliz, sin cuando todos los hombres lo juzgasen de otro modo. (De provid. Dei).

Nada hace tan feliz como la tranquilidad de la conciencia, dice S. Agustín: *Tranquillitate conscientie nihil excogitari potest beatius.* (Lib. XXI. de Civit.).

Toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia, dice S. Pablo: *Gloria nostra hac est, testimonium conscientie nostre.* (II. Cor. I. 42).

Conservad la buena conciencia, dice S. Pablo á Timoteo; la cual por haber desechado de sí, algunos vinieron á naufragar en la fe: *Habens bonam conscientiam, quam quidam repellentes, circa fidem naufragaverunt.* (I. I. 19).

Desprecia que abraza mal la conciencia, y desprecia que provoca.

La mala conciencia es el manantial de todas las herejías, de la corrupción del espíritu y del corazón, y de todos los crímenes....

Tienen la conciencia canterizada de crímenes, añade S. Pablo: *Canterizati habentium suam conscientiam.* (I. Tim. IV. 2). La conciencia canterizada, que es una conciencia profundamente corrompida y endurecida, ha perdido el sentimiento del bien y del mal. En otro tiempo reinaba la conciencia; la ciencia tomó su puesto, luego ambas han desaparecido, y nos hemos vuelto seres estúpidos y perversos....

Cualquiera que sea, el error es peligroso; pero el que influye sobre la conciencia, regla de las costumbres morales, es el más pernicioso de todos. Tened cuidado, dice Jesucristo, que la luz que se halla en vosotros no se convierta en tinieblas: *Vide ne lumen quod in te est, tenebrae sint.* (Luc. XI. 35).

El ojo de nuestra alma es la conciencia; mas cuando la vista padece y sufre, todos los actos de la vida se resienten de su enfermedad; de la misma manera cuando está enferma la conciencia, todo es desorden en el alma, porque: 1.º no hay excesos á los que no nos entreguemos...; 2.º se comete el mal atrevidamente y sin remordimientos...; 3.º este estado no tiene remedio....

Si siguiésemos la ley de Dios, si biciésemos de ella nuestra regla de conducta, la conciencia sería recta é ilustrada, porque la ley de Dios no permite que se haga el mal: *Lex Domini immaculata.* (Psal. XVIII. 8). Pero la interpretamos según nuestros designios...; la traducimos según el capricho de nuestras pasiones....

Que sea de la mala conciencia.

Nos hacemos una conciencia á nuestro capricho.... Eludimos la ley de Dios, ó más bien la pisoteamos, la despreciamos....

Nos hacemos una conciencia complaciente: todo lo que queremos, es bueno, dice S. Agustín: todo lo que gusta, es santo: *Quodcumque volumus, bonum est; et quodcumque placet, sanctum est.* (Serm.).

Para adquirir una buena conciencia, es menester... 1.º consultar la ley de Dios y seguirla...; 2.º detestar el pecado, según el consejo del mismo Séneca. Aun cuando supiese, dice aquel filósofo pagano, que los hombres han de ignorar y Dios ha de perdonar el mal que pudiera cometer, no quisiera pecar, á causa de la torpeza del pecado considerado en sí mismo: *Et omni scirem homines ignoraturos, et Deum ignoscurum, tamen peccare nolle, ob peccati turpitudinem.* (Anton. in Meliss.).

3.º San Agustín señala en los siguientes términos un tercer medio para alcanzar el fin de que tratamos: Se adquiere, dice, una buena conciencia con una vida buena: *Per bonam vitam bona conscientia comparatur.* (De Morib.).

Una vida cristiana, pura y santa, prueba una buena conciencia: una vida desahogada, criminal y escandalosa, engendra una conciencia mala. Mas cuando ya está corrompida la conciencia, las costumbres acaban de depravarse y la conciencia se endurece. Entonces todo está perdido para el tiempo y para la eternidad.

4.º El cuarto medio para adquirir una buena conciencia, está indicado en los siguientes versos de Pitágoras: No hagais nada vergonzoso delante de vuestros amigos, ni en presencia de testigos, ni cuando os halléis enteramente solos; respetad sobre todo á vosotros mismos:

Nec quidquam coram sociis, aut testibus, aut te

Solo, turpe geras; summus pudor ipse tibi sis. (Anton. in Meliss.).

5.º Quinto y excelente medio: considerar los tormentos y los castigos que lleva consigo una mala conciencia.

La mala conciencia es una espada que atraviesa el corazón...; es un abismo en el que roge la tempestad....

El pecador está siempre lleno de turbación, de temor y de remordimientos; pasa su vida en la amargura y en los trabajos, hasta cuando parece que nada en la alegría, en la abundancia y en las delicias....

La vida del hombre sin conciencia es un sueño; cuando abre los ojos, su reposo ha pasado, su placer se ha desvanecido. Vosotros no veis sino los festines á que asiste, las alegrías que saborea. Examinal más bien su conciencia y los tormentos que en ella se originan.

La conciencia es un testigo..., un juez..., un verdugo....

El gusano roedor de la conciencia no muere, dice Jesucristo: *Vermis coram non moritur.* (Marc. IX. 17.).

No, dice S. Agustín, no hay aflicción comparable á la que causa una mala conciencia. Todo el que peca, está mal consigo mismo; está atormentado y perseguido por sus remordimientos; llega á ser el castigo y el verdugo de sí mismo. Haimos de un enemigo, pero ¿cómo hemos de huir de nosotros mismos? No hay padecimientos iguales á los que impone una mala conciencia; porque estando el pecador mal con Dios, en ninguna parte halla consuelo. (*Sermon.*)

BURLAS DE LOS MALOS.

DERANTE los cien años que Noé empleó en construir el arca, no dejó de advertir á los hombres que hiciesen penitencia, que habrían un diluvio universal; y los hombres corrompidos se chancaban y se burlaban de él....

Lot avisó á los Sodomitas que habria un diluvio de fuego, y le pusieron en ridículo....

Los Profetas hablan en nombre del Señor, mandan en nombre del Señor; y los impíos lo toman como un motivo de chanza...

Habiendo llegado Jesús á la casa del jefe de la Sinagoga, y viendo á los tahalleros de flauta y á la multitud que se agiaban tumultuosamente, les dijo: Retiraos, porque la joven no ha muerto, sino que duerme. Y se reían de él: *Et deridebant eum.* (Matth. IX. 23-24.).

Nosotros somos, dice el Real Profeta, el oprobio de nuestros vecinos; la fábula y el juguete de los pueblos que nos rodean: *Facti sumus opprobrium vicinis nostris, subsannatio et iusio his qui in circuitu nostro sunt.* (LXXVIII. 4.).

Nos habeis expuesto á las chanzas de todos nuestros vecinos, y nuestros enemigos nos han insultado: *Posuisti nos in contradictionem vicinis nostris, et inimici nostri subsannaverunt nos.* (Psalm. LXXIX. 12.).

Ha venido á ser su juguete; se han burlado de mí, dice Jesucristo por medio de su Profeta: *Factus sum illis in parabolam.* (Psalm. LXVIII. 12.).

Ved cómo los malos tratan á los Apóstoles: Somos despreciados, dice el gran Apóstol: hasta ahora sufrimos el hambre y la sed, nos abateaban, y nos hallamos desnudos, errantes, maldecidos, perseguidos á injuriados; se nos ha tenido como basura del mundo y cosas despreciadas por todos. (1.).

Desde Jesucristo escarnecido en el Gólgota hasta hoy, los malvados siempre se han burlado de los buenos....

El santo varón Job, cubierto de llagas, lleno de sufrimientos sobre su muladar, es la bafa de los malos y hasta de sus pretendidos amigos... Tobías se vuelve ciego; y sus parientes, y hasta sus aliados se burlan de su conducta, diciéndole: ¿En dónde está vuestra esperanza, por la que haciais tantas limosnas y os dedicabais á enterrar los muertos? *Ubi est spes tua, pro qua eleemosynas et*

En todo tiempo los malos se han burlado de los buenos.

No hay nada agrado para los malos.

(1.) Noignatiles. Quia la tunc hunc et ceteros, et ceteros, et non minus, et ceteros. Quia tunc, id est, tunc, malis, et ceteris, per se, et non minus, et ceteris. Quia tunc, id est, tunc, malis, et ceteris, per se, et non minus, et ceteris. I. Cor. IV. 10-11.

sepulturas faciebas? (II, 16). Su mujer también le decía: Vanas, á la verdad, han sido todas vuestras esperanzas; y hé aquí qué resultado tienen ahora vuestras limosnas: *Manifeste cana facta est spes tua; et elemosynae tuae modo apparuerunt.* (II, 22).

No se han los malos burlado de Jesucristo durante toda su vida? Se burlan de El en sus milagros, en sus beneficios, en su divina doctrina, en su sublime moral. Pero sobre todo en el tiempo de su pasión es cuando los ultrajes se multiplican al rededor suyo y le agobian. Judas le ultraja, vendiéndole por treinta dineros, precio de un esclavo, y abrazándole. Sus Apóstoles le ultrajan abundando. El mismo Pedro le ultraja jurando que no le conoce. Y los bofetones y los insultos, y la corona de espinas y el cetro de caña, y el manto de púrpura y el *ecce homo*, y los pontífices y los jueces, y el Presidente y el rey Herodes, y los soldados y el populacho, todos á porfia le ponen en ridiculo hasta que da su último suspiro....

Los impíos se burlan de la palabra de Dios, de la religión, de la piedad, de la Iglesia, de los sacramentos, de la ley de Dios, de los domingos y de las fiestas, de las ceremonias sagradas, del culto, de las cosas santas, de Dios, de los Santos, del dogma, de la moral, de la vida, de la muerte, del juicio, del paraíso, del infierno, del tiempo y de la eternidad. Atacan, denigran, calumnian y blasfeman de lo que ignoran, etc....

Por que se burlan los malos de los buenos?

Hablan en su arrogancia, dice el Salmista, y de todo se burlan, porque son los obreros de la iniquidad: *Effabuntur et loquentur iniquitatem; loquentur omnes qui operantur in iustitiam.* (XCIII, 4).

Si fueras del mundo, decía Jesucristo á sus Apóstoles, de quienes se burlaban, el mundo amaría lo que es sayo; pero porque no sois del mundo, y os he elegido de en medio del mundo, por este motivo el mundo os aborrece y se mofa de vosotros. El criado no es nunca más grande que su dueño. Si me han perseguido, también os perseguirán; pero todo cuanto os hagan sufrir, será á causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. (Joan. VI, 70-74).

Se hace mofa de la sencillez del justo, dice Job: *Deridetur iusti simplicitas.* (XII, 4).

La perversidad de los hombres impíos es tan grande, que no paran hasta que han conseguido que los demás sean tan malos y perversos como ellos; por esto se burlan de los buenos, llamándoles devotos falsos, beatones, hipócritas, etc....

La causa de este lenguaje y de esta conducta es la diferencia de costumbres morales y de vida: ellos ven que su vida y sus vicios son ajados y condenados por las virtudes de los buenos, por su vida cuerda y ejemplar; por esto se rien y burlan de ellos, los persiguen y los miran como censores de sus desórdenes, azotes de su cuerpo....

San Próspero explica esta conducta de los malos hacia los buenos: Todos los que quieren vivir con piedad en Jesucristo, dice, deben disponerse á salir oprobios y burlas de parte de los impíos, á ser despreciados como insensatos que pierden los bienes presentes, y no aspiran ni se aflicionan más que á los futuros. Dios lo permite para aumentar el brillo de la corona de los buenos. Este desprecio, esta burla redundará en perjuicio de los malos, cuando su abundancia se convierta en escasez, y su ciego orgullo en confusión. (*In Sentent. et Epigramm.*, c. XXVII).

En la boca del insensato, del malo, se halla la vara de la arrogancia, dicen los Proverbios: *In ore atulsi virga superbia.* (XIV, 3). El orgullo engendra el desden y la insolencia. Los orgullosos se elevan sobre los demás, los desprecian, los insultan, los ultrajan.... El malo cargado de crímenes se conduce como si tuviese imperio sobre los buenos; pretende que le está permitido burlarse de los demás, despreciarlos á todos....

Los impíos abominan á los buenos, dicen los Proverbios: *Abominantur impij eos qui in recta sunt via.* (XXIX, 27).

Las burlas insolentes é injustas de los malos sólo sirven para humillarlos á ellos mismos y condenarlos; porque prueban su ignorancia, su odio, su maldad, su corazón perverso....

Una burla, una maldición rechazada con paciencia, retrocede á su autor, dice S. Agustín, y queda libre aquel contra quien se lanzaba: *Maledictum patientia repulsum, in suum redit auctorem, illa vero qui petebatur.* (Serm. XV, de Resurrect.).

El que afronta á los otros, trae marrada sobre sí la nota de necio, dice S. Ambrosio: *Stultitia condemnatur, qui contumeliam facit.* (Serm. III).

Es la ruina del hombre devorar los Santos, dicen los Proverbios: *Ruina est homini devorare Sanctos.* (XX, 25). Ya están aparejados los terribles juicios de Dios para castigar á los mofadores, y los mazos para machucar los cuerpos de los insensatos, unidos los Proverbios: *Parata sunt derisoribus judicia; et mallei percutientes stultorum corporibus.* El Señor (Jehová) es el Dios de las venganzas, dice el Real Profeta; y el Dios de las venganzas ha obrado con independiente libertad. Haz pues brillar tu grandeza, oh Juez supremo de la tierra; da su merecido á los soberbios. ¿Hasta cuando, Señor, los pecadores, hasta cuando han de estar vanagloriándose? ¿Charlarán, hablarán inicuamente, se jactarán siempre todos los que obran la iniquidad? ¡Ah! Señor, ellos han alzado á tu pueblo, han devastado tu heredad; han asesinado á la viuda y al extranjero, y han quitado la vida al huérfano. Y dijeron: No lo verá el Señor; no sabrá nada el Dios de Jacob. Reflexiona, oh hombres los más insensatos del pueblo, entrad en conocimiento; tocad finalmente cordura: vosotros mentecatos. Aquel que ha dado los oídos, ¿no oír? El que ha dado los ojos, ¿no ver? ¿No os ha de llamar

Las burlas de los malos recaen sobre ellos mismos.

á juicio el que castiga á todas las naciones? ¿Aquel que da la ciencia al hombre? Conoce el Señor los pensamientos de los hombres, y cuán vanos son sus ideas. (*Salm. XCIII. 41 etc.*).

Los buenos de-
ben estar dispo-
nidos á sufrir las
injurias, las burlas,
los insultos y los
desprecios que les
esperan: *Quos maer gloria, expectat injuria.* (Lib. II. Olie, c. IV).

A aquellos á quienes la gloria está reservada, dice S. Ambrosio, deben estar dispuestos á sufrir las injurias, las burlas, los insultos y los desprecios que les esperan: *Quos maer gloria, expectat injuria.* (Lib. II. Olie, c. IV).

Es la honra más grande, la gloria mayor y la más bella recompensa, que seamos burlados y escarnecidos como Noé, como los patriarcas y los profetas, como Jesucristo y sus apóstoles, como los mártires, los confesores, las vírgenes, los santos de todos los siglos, y en una palabra, como la Iglesia.....

Es una honra, una gloria, ser burlado, criticado, despreciado por los salvados, los hombres corrompidos, los perversos, los escandalosos y los impíos; esto prueba que no se les imita; y no imitarles, es una dicha, una gloria incomparable. ¡Desgraciado de aquel á quien alaba una boca manchada!.....

Ya vendrá el
tiempo de los
justos.

Los perversos se burlan de los justos, porque no ven su hermanura interior; pero la verán el día del juicio: entonces conocerán á los justos, pero demasiado tarde. Los justos no serán ya oscuros, viles y despreciables á su vista, sino resplandecientes de gloria y de majestad, porque serán semejantes á Dios. Hoy los malos ven y desprecian á los buenos; pero entonces el Señor se reirá de los malos, dice la Sabiduría: *Videbunt et contemnent, cum illis autem Dominus iridebit.* (IV. 48).

Entonces los justos se presentarán con gran valor contra aquellos que los angustiaron y robaron el fruto de sus fatigas; á cuyo aspecto se apoderarán de éstos la turbación y un temor horrendo; y asombrarse han de la repentina salvación de los justos, que ellos no esperaban ni creían; y arrepentidos, y arrojando gemidos de su angustiado corazón, dirán dentro de sí: Estos son los que en otro tiempo fueron el blanco de nuestros escarnios, y á quienes proponíamos como un ejemplar de reprobo. ¡Insensatos de nosotros! Su temor de vida nos parecía una necesidad, y su muerte una ignominia. Mirad como son contados en el número de los hijos de Dios, y como su suerte es estar con los Santos. Luego descarriados hemos ido del camino de la verdad: no nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el Sol de la inteligencia. Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdición: andado hemos por senderos frágiles, sin conocer el camino del Señor. ¿De qué nos ha servido la soberbia? Oh, ¿qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas? Pasaron como sombra todas aquellas cosas, y como mensajero que va en posta, ó cual nave que surca las olas del mar, de cuyo tránsito no hay que buscar vestigio ni la vereda de su qui-

lla en las olas.... Así también nosotros apenas nacidos dejamos de ser; y ciertamente ninguna señal de virtud podemos mostrar, y nos consumimos en nuestra maldad. Así discurren en el infierno los pecadores. (*Sap. V.*).

En esto los malos se declaran culpables á sí mismos, y se acusan de tres errores ó locuras: 1.º porque se han alejado de la vía de la verdad...; 2.º porque no han visto la luz de la justicia, esto es, la luz de la razón, de la sabiduría, de la prudencia y de la caridad, pues la han despreciado, queriendo permanecer en las tinieblas de la concupiscencia y de las pasiones...; 3.º porque no han visto el sol, esto es, no han visto á Jesucristo, que es la verdadera luz que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo; pues no le han abierto su corazón....

Mofadores insensatos, creiais que la vida de los justos no era más que un juego, dice la Sabiduría: *Estimaverunt ludum esse vitam nostram.* (XV. 42). Ved ahora en dónde están ellos, y en dónde os hallais vosotros!....

CAIDA Y RECAIDA.

Desgracia de la
caída en el po-
cabo.

Podemos equivocarnos fácilmente, atendida la debilidad humana, pero es una cosa diabólica perseverar en el error: *Humanum est errare, diabolicum perseverare*. (Epist.).

Ordinariamente una vida fervorosa después de una caída es más agradable á Dios que la inocencia con la tibieza y la seguridad, dice S. Gregorio: *Plerumque gravior est deo amore ardens post culpam vita, quam securitate torpent innocentia*. (Pastor.). Pero del mismo modo que la tibieza, la caída es deplorable....

Como es, dice Isaias, que la ciudad fiel se haya convertido en una cámara? La justicia habitaba en su recinto; ahora no es más que un albergue de homicidas: *Quomodo facta est meretrix civitas fidelis? Justitia habitavit in ea, nunc autem homicida*. (I. 24).

To plata se ha convertido en escoria: *Argentum tuum versum est in scorium*. (Id. I. 22).

Por qué ha perdido su brillo el oro? dice Jeremías. Su resplandor ha desaparecido, y las piedras del Santuario han sido esparcidas en la entrada de todas las plazas: *Quomodo obscuratum est aurum? Mutatus est color optimus; dispersi sunt lapides Sanctuarii in capite amorum-platarum*. (Lament. IV. 1).

Los hijos de Sion eran hermosos y estaban cubiertos de oro purísimo: ¿cómo han sido tratados á manera de vasos de barro? *Fili Sion unguis et amicus auro primo: quomodo reputati sunt in vase testis*. (Id. IV. 2).

Caída de las
caídas.

El que desprecia las cosas pequeñas, caerá poco á poco en faltas graves, dice el Eclesiástico: *Qui spernit modica, paulatim decedet*. (XIX. 1). El que no quiera llorar sus pecados y evitar cometer otros nuevos, pierde la justicia, dice S. Gregorio; no á la vez de repente, sino poco á poco: *Qui peccata flere, ac de vitare negligit, si statim iustitia, non quidem repente, sed paritibus, tota cadit*. (Pastor.).

Tened en cuenta, dice S. Agustín, que allí donde vaisáis caer á otro, hay un precipicio: *Nimirum prope est, ubi alium conspexeris cecidisse*. (Sentent.).

¡Feliz de aquel que se ha vuelto prudente con las caídas de los demás y teme despenarse!

El que no vigila y confía en sus propias fuerzas caerá bien pronto....

¿No ha de levantarse el que cae? dice Jeremías: *Numquid qui cecidit, non resurget?* (VIII. 4). ¡Acaso aquel que cae, no caído de levantarse luego, no hace todos los esfuerzos posibles para conseguirlo, no emplea todos los medios que están en su mano? De la misma manera los que han caído marchando por el camino de la salvación, deben cuidar de levantarse pronto. ¡Qué grande no es la locura del pecador que quiere permanecer en el pecado! Cuando era menester mantenerse de pie, dice S. Cipriano, han caído; y cuando era menester levantarse, no han querido. (Serm.).

Es preciso le-
vantarse pronto
de las caídas.

El pecado que no se borra con una penitencia pronta lleva con su influencia á una nueva falta, dice S. Gregorio: *Peccatum quod penitentia non deletur, mox suspendere ad aliud trahit*. (Lib. XXV. Moral., c. XII).

De un abismo se cae á otro abismo, dice el Real Profeta: *Abyssus abyssum inocat*. (XII. 8).

El pensamiento sucede á la mirada, después del pensamiento viene el delito, después del delito el consentimiento, después del consentimiento la acción, después de la acción la costumbre; y bien pronto la costumbre se cambia en necesidad, y la necesidad lleva la desesperación seguida de la impenitencia final y de la condenación, justo castigo de la impenitencia.

El vicio engendra el vicio, dice S. Isidoro: David cayó del adulterio al homicidio. (Lib. de sum. bono, CXVIII). Con la recaída se añade un pecado á otro pecado, un crimen á otro crimen se multiplican los eslabones de la cadena, que cubre, oprime y aboga por toda la eternidad.

Quando el espíritu inmundado, dice Jesucristo sale de un hombre, anda errante por los lugares desiertos, buscando el reposo; y como no lo encuentra, dice: volveré á la casa de donde he salido; y volviendo, la encuentra vacía, limpia y adornada. Entonces va y toma en su compañía á otros siete espíritus más malos que él, y habitan allí; y el último estado de aquel hombre es mucho peor que el primero: *Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus*. (Math. XII. 43-45).

Estado horri-
ble en que nos
sumerge la re-
caída.

Es preciso meditar con temor este pasaje de la Escritura, más bien que explicarlo, dice el venerable Beda: *Timendus est iste versiculus, non exponendus*. (In Evang.).

Quando nuestro Señor hubo curado al paralítico, le dijo: Ya estás curado, no vuelvas más á pecar, á fin de que no te suceda algo peor: *Ece sanus factus es; jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat*. (Joann. V. 14).

Mejor les hubiera valido, dice el apóstol S. Pedro, no haber conocido el camino de la justicia, que volver atrás después de haberlo conocido, y abandonar la ley santa que se les había dado: *Me-*

lius erat illis non cognoscere etiam iustitiam, quam post agnitionem retrorum concepit ab eo, quod illis traditum est, sancto mandato. (II. n. 21).

¡O desdicha tremenda al mirar atrás! exclama S. Agustín: *¡O malum retrorsum!* (In Medit.).

Jesucristo dice también: El que pone su mano en el arado y mira atrás, no es á propósito para el reino de Dios: *Nemo militans manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei.* (Luc. IX. 62).

Los malos y los impostores, dice S. Pablo á Timoteo, se fortalecerán más y más en el mal y en el error, extraviando á los otros: *Mali homines et seductores propicient in pejus; errantes, et in errorem mittentes.* (II. m. 13).

Es imposible, dice aquel gran apóstol á los Hebreos, que los que ya una vez hayan sido iluminados, hayan gustado los bienes del Cielo, hayan recibido el Espíritu Santo, se hayan alimentado de la palabra santa de Dios y de las maravillas del siglo futuro, y han caído, sean renovados por medio de la penitencia; porque, con todo lo que está de su parte, crucifican de nuevo al Hijo de Dios y le exponen á la ignominia. Pues una tierra recibe la benedición de Dios, cuando siendo regada produce las plantas necesarias á los que la cultivan; pero cuando no produce más que malezas y zarzas, se la abandona, se la maldice, y al fin es quemada. (VI. 4-8).

Es imposible, está es, muy difícil; porque, añade aquel gran apóstol, si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no nos queda hostia que ofrecer por los pecados, sino antes bien una horrenda expectación del juicio y del fuego abrasador que ha de devorar á los enemigos de Dios. (X. 26-27).

En verdad, aquí se trata principalmente del pecado de apostasía. El viento no se lleva el trigo, la tempestad no derriba un árbol sólidamente arraigado: sólo la paja es arrebatada y quedan arrancados los árboles sin raíces. Los que vuelven á caer tantas veces en pecado, se parecen á la paja ligera ó á un árbol cuyas raíces están corrompidas.

Con la recaída, dice S. Bernardo, se pierde la vergüenza, nos volvemos temerarios, corrompidos, llenos de ignominia y de confusión. Se cae de la tierra firme al barro, del trono á una cloaca, del cielo al infierno. (Serm. in Psal.).

Aquel, añade el mismo Santo, que después de haber obtenido el perdón de sus pecados cae de nuevo, se convierte tantas veces en hijo del infierno, cuántas vuelve á caer. Temed por la gracia recibida: temed todavía más por la gracia perdida; pero temed sobre todo por la gracia recobrada: *Timeas quidem pro accepta gratia: amplius pro amissa; longe plus pro recuperata.* (Serm. III de Assumpt.).

No pequéis después de haber obtenido vuestro perdón, dice S.

Crisóstomo, no os dejéis herir después de haber sido curados, no os manchéis después de haber recibido la gracia. Pensad que la falta es más grave después de haber sido perdonados; que el renovar una herida es mucho más dolorosa después de la cura; que la mancha es más horrible cuando se cae del estado de gracia. El que peca después de haber obtenido su perdón, es indigno de indulgencia; el que se hiere á sí mismo después de haber sido curado, no merece que le curen de nuevo; el que se hunde en el cieno después de haber sido purificado por la gracia, no merece serlo otra vez. Pecar es una falta grave, y volver á caer en el pecado después de la absolución, es más grave todavía.

El criado que ultraja á su dueño después de haber recibido la libertad, hasta es indigno de llevar el nombre de criado. (Serm. in prim. hom. lapsu).

¿De qué le sirve el haberse lavado á aquel que después de haberse purificado por haber tocado á un muerto, lo toca de nuevo? dice el Eclesiástico. Así el hombre que ayuna después de sus pecados y los comete de nuevo, ¿de qué le sirve su mortificación? ¿quién oír su oración? (XXXIV. 30-31).

Aprended con esto que la recaída en el pecado es más grave y más peligrosa que el mismo pecado, sea á causa de la ofensa que hace con su ingratitud el hombre que ha sido ya perdonado, sea á causa de la renovación y del acrecentamiento de la primera falta. El que recae, lo hace con más fuerza y más profundamente; porque Dios detesta al incorregible, lo abandona y desprecia; aún más, lo castiga con especial rigor. He aquí por qué Jesucristo recomienda al paralítico curado que no vuelva á pecar, por miedo á que su estado no empeore. He aquí por qué, al absolver á la mujer adúltera, Jesucristo la advierte y le dice: Anda y no vuelvas ya á pecar: *Vade, et jam amplius noli peccare.* (Joann. VIII. 11). En cuanto al mismo cuerpo, ¿no son siempre las recaídas más terribles y peligrosas que la enfermedad primera?

Si recaemos, dice Jeremías, moriremos en nuestra confusión, y la vergüenza nos cubrirá enteramente, porque nosotros y nuestros padres hemos pecado contra el Señor nuestro Dios desde nuestra mocedad hasta el día de hoy, y no hemos escuchado su voz. (III. 25).

[O insensatos Galatas] exclama S. Pablo: ¿Quién os ha fascinado para no obedecer á la verdad? ¿Es tan grande vuestra locura que, habiendo principiado por el espíritu, acabéis por la carne? *¡O insensati Galatae! Quis vos fascinavit non obedere veritati? Sic stultis estis, ut cum spiritu coeperitis, nunc carne consumimini?* (III. 1-3).

El imprudente que vuelve á empezar sus locuras, es como el perro que vuelve á su vómito, dicen los Proverbios: *Sicut canis qui reverteritur ad vomitum suum, sic imprudens qui iterat stultitiam suam.* (XXXVI. 11).

Casi todos los que tienen la desgracia de vivir en la recaída

y en la costumbre del pecado, mueren en este triste estado. El pecado, dice S. Agustín, pone en una cárcel, la recaída cierra la puerta, y la costumbre la empareda. (*Lib. de Confess.*).

Hallándose enfermo el demonio, dice un poeta, quiso hacerse fraile; pero así que se halló sano, permaneció tal como era antes:

*Demon languēbat, monachus tunc esse volebat:
At, ubi convalescit, mansit ut ante fuit.*

¿No es este el espectáculo que ofrecen los que caen en graves enfermedades, y cuya vida entera está llena de crímenes? El mal les asusta, no quieren morir como han vivido, quieren volver sinceramente á Dios; pero si Dios les devuelve la salud, cometen de nuevo las mismas faltas.

Castigos im-
puestos á las re-
caídas.

Obscurezcanse sus ojos, para que no vean, dice el Salmista, y traedlos siempre agobiados. Derramad sobre ellos vuestra ira, Dios mío; y alcanzéis el furor de vuestra cólera. Vos permitiréis que añadan iniquidades á iniquidades, y no acierten con vuestra justicia: *Appone iniquitatem super iniquitatem eorum, ut non intrent in justitiam tuam.* (LXVIII. 28). Queden borrados del libro de los vivientes, y no ocupen sus nombres un lugar entre el de los justos: *Deleantur de libro viventium, et cum justis non scribantur.* (LXVIII. 33).

Si perseverais en vuestra malicia, pereceréis, dice el primer libro de los Reyes. (XII. 25).

Méjase de tri-
tar la recaída.

Me he despojado de mi túnica: ¿cómo podré volvérmela á poner? He lavado mis pies: ¿cómo los volveré á manchar? *Expoliavi me tunica mea: quomodo induar illa? Lavi pedes meos: quomodo inquinabo illos?* (Cant. V. 3).

¿Habéis pecado, hijo mío? No volváis á caer, dice el Eclesiástico; orad antes al contrario, á fin de obtener el perdón de vuestras caídas: *¿Fili, peccati? Non adicias iterum, sed et de pristinis deprecare ut tibi dimittantur.* (XXI. 4).

CALVARIO.

SEGUN S. Jerónimo, Adán fué sepultado en el Calvario, en el mismo lugar en que fué crucificado Jesucristo. De esto hecho hacen derivar el nombre de Calvario que tiene la montaña de la crucifixión, nombre debido á la cabeza de Adán allí enterrada. La misma razón dan para explicar la costumbre de los pintores de colocar una cabeza al pie de la cruz de Jesucristo (1).

Orígenes, S. Epifanio, S. Atanasio, S. Cipriano, S. Ambrosio, etc., participan también de la opinión que Adán fué sepultado en el Calvario; allí es también, segun S. Jerónimo, donde tuvo lugar el sacrificio de Abrahán. Esto es lo que dice S. Agustín sobre el particular, (*Civit. Dei, c. XXIII.*): El sacerdote Jerónimo ha escrito que había sabido de una manera cierta que Isaac había sido sacrificado en el Calvario, que allí mismo había sido sepultado Adán, siendo también el lugar donde fué crucificado Jesucristo.

Isaías, vislumbrando los beneficios que la muerte de Jesucristo haría derivar del Calvario, exclamó: El Dios de los ejércitos preparará sobre esta montaña, para todas las naciones, un festín, en el cual se servirán toda clase de manjares y vinos los más deliciosos: *Et faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium eundem, pinguium medullarum, eundem defecata.* (XXV. 6).

Sobre esta montaña Dios romperá las cadenas que tenían aprisionados á todos los pueblos, y las redes tendidas contra todas las naciones: *Præcipitabit in monte isto faciem vinculi colligati super omnes populos, et telam quam orditus est super omnes nationes.* (XXV. 7). El Señor Dios destruirá allí para siempre el imperio de la muerte; allí secará las lágrimas de todos aquellos que lloran, y la tierra no verá más el oprobio de su pueblo: *Præcipitabit mortem in sempiternum; et auferet Dominus Deus lacrymam ab omni facie, et opprobrium populi sui auferet de universa terra.* (XXV. 8). Dirás en aquel día: Verdaderamente que este es nuestro Dios; en El hemos esperado, y El nos salvará. Este es el Señor; nos hemos mantenido en la esperanza, y ahora nos regocijaremos; y en la salud que viene de El nos holgaremos: *Et dicet in die illa: Ecce Deus noster iste, expectabimus eum, et salvabit nos: iste Dominus, sustinuerimus eum, exultabimus et letabimur in salutari ejus.* (XXV. 9). El poder del Señor reposará sobre esta montaña. (XXV. 10).

(1) Esta cabeza puede también mirarse como el símbolo de la victoria que Jesucristo consiguió de la muerte. (*Nota del Traductor.*)

CANTO.

Dico prescribo
al Caplo.

CANTAD a nuestro Dios; cantad, dice el Salmista: cantad, cantad salmos a nuestro Rey; porque Dios es el Rey de toda la tierra: cantad salmos con subiduría: *Psallite Deo nostro, psallite: psallite Regi nostro, psallite: quoniam Rex omnis terrae Deus: psallite sapienter.* (XLVI. 7-8). Reyes de la tierra, cantad al Señor, celebrad en coro al Eterno; cantadle salmos a Dios; el cual se elevó al más alto de los cielos, desde el Oriente. (LXVII. 33-34). Entonad salmos, tocad el pandero, el armonioso salterio junto con la cítara: *Sumite psalterium, et date tympanum; psalterium iucundum cum cithara.* (LXXX. 2). Tocad las trompetas en el novitio, en el gran día de vuestra solemnidad. (LXXX. 3). Cantad al Señor, un nuevo cántico: El ha obrado maravillas: *Cantate Domino canticum novum, quia mirabilia fecit.* (XCVII. 1). Cantad sus alabanzas, cantadlas acompañados de instrumentos: *Cantate ei, et psallite ei: narrate omnia mirabilia eius.* (CIV. 2).

Ventajas de
esta

¿Está triste alguno de vosotros? dice el apóstol Santiago. Que ore. ¿Está contento? Cante salmos. *Tristatque aliquid eestrum? Ora. Et Equo animo est? Psallat.* (X. 43). Y tanto en medio de la tristeza como en medio de la alegría, unida la oración al canto, y el canto a la oración. Cantar es orar. El canto conserva y aumenta la alegría, nos lleva a orar a Dios, y a exultarle.

He aquí por qué razones la Iglesia ha establecido el canto y la salmodia en sus fiestas: 1.º a fin de que los fieles se hallen excitados al amor de Dios; 2.º a fin de que no tengan más que un mismo espíritu y un mismo corazón, así como las diversas voces se unen para no constituir más que una sola y dulce armonía, dice S. Atanasio: *Sicut varia voces in unam harmoniam consentiunt, ita in unum fidelium animi conspirent.* (Lib. ad Marcel. de Psalmis); 3.º a fin de que, con la suavidad del canto, se dilaten los espíritus para recibir con mayor avidez la fuerza y la eficacia de los divinos oráculos, dice S. Basilio: *Ut suavitate cantus demulceantur animi, ut dictorum oraculorum vim et efficaciam accipiant*; (prev. in Psal.); 4.º a fin de imitar, según dice S. Cirilo, a los ángeles y a los serafines, que constantemente cantan himnos en alabanza del Señor, y repiten sin cesar: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios, el Altísimo. (Isa. VI. 3-Cathec. XIII).

El canto, dice S. Agustín, es el mensajero de la paz, un perfume espiritual, el ejercicio de los espíritus celestiales, reprime el desahogo, inspira la sobriedad, y hace correr dulces lágrimas (1).

(1) Pentheus est signifier pacis, spiritualis tyrannia, exercitium celestium: luxum reprimat, sollicitudinem suggerat, lacrymas movet. *Prief. in Psal.*

El canto, dice S. Basilio, es el reposo del alma, un principio de paz; calma el tumulto y el movimiento de los pensamientos; dulcifica la ira. El canto prepara los hombres al amor, aun á los que estaban separados, reconcilia á los enemigos. Porque, ¿quién es el que podrá mirar como enemigo á aquel cuya voz se une con la suya para elevar sus paces al Cielo? El canto ahuyenta los demonios y llama en ayuda á los ángeles de la guarda; es una seguridad contra los terrores nocturnos, un descanso en medio de los trabajos del día, el sosten de la infancia, el canto de la juventud, el consuelo de los ancianos, el adorno más conveniente de la mujer: él purifica la sociedad; es un elemento de perfección para los principiantes, un aumento para los que hacen progresos, y la consumación de los perfectos. El canto es la voz de la Iglesia, y es indispensable para sus fiestas. El canto es la ocupación de los ángeles y la magnificencia de la república celestial (1).

El canto, dice S. Crisóstomo, es la santificación del alma, el risueño concierto de los espíritus, una flecha agudísima contra los ángeles de las tinieblas: los ciegos huyen ménos rápidamente de las flechas de los cazadores, de lo que los demonios huyen del canto de los Salmos de David. David toma su arpa y toca, y el espíritu maligno se retrae de Saul, cae como el ciervo herido de un dardo mortal (2).

Leemos en la vida de los Padres de la Iglesia que a ninguna oración teme tanto el demonio como a la salmódica. Sofronio (*in Prato Spirit.*, CIII), indica la razón de esto: En la salmódica, dice, oramos e invocamos a Dios para nosotros mismos, alabándole, ora perseguimos a los demonios con imprecaciones y maldiciones.

El canto, añade S. Crisóstomo, lleva consigo un placer útil. Su ventaja principal es alabar a Dios, purificar el alma, elevar los pensamientos hacia el Cielo, proclamar los dogmas en su concisión y pureza, enseñar suavemente las cosas presentes y futuras. Por más que el cantante sea el que cante, si canta con respeto, se libra de la vanidad que le tiraniza, y aunque estuviera agobiado de tristeza y de males, se halla aliviado con el placer del canto, que eleva su pensamiento y su espíritu hacia el Cielo (3).

(1) *Psallius* est nominum inaequalitas, peccata arduae, iunioris et fortis, capillorum rufiorum, frontis albae, modis. *Psallius* scilicet coelestis, dicitur totum conuoluit, etiam inquit *Psallius*. Quis ergo infirmum exsternat non cum, cum quo suum se deum vocat inquit? *Psallius* domos dicit, aedificans nobiles altorum, in uicinis se deum inuenit, in domo filiorum regum est infirmus tute la, iunioris decus, nobilioris aedum, mulieris honestas inuenit, nobiles inquit. *Psallius* est inquit inueniens, incrementum prodest, altum, dicitur inquit *Psallius*. *Psallius* est inquit inueniens, incrementum prodest, altum, dicitur inquit *Psallius*. *Psallius* est inquit inueniens, incrementum prodest, altum, dicitur inquit *Psallius*. *Psallius* est inquit inueniens, incrementum prodest, altum, dicitur inquit *Psallius*.

(2) *Penitus* est enim sanctificatio, est redire animi e peccatis, ac omnium rerum contra diemum, nec carni de se habent, ut *Penitus* David domatus. Sicut et David clausum, et subactum, ita a Saule recessit malis spiritibus, ut recessus diemum cecidit, ut sacrum sanctum perveniam et in regno sanctum. *In Psal. XIV.*

(2) *Psalmus* habet volupulentiā cum militat. Principale cum lucrum est ad Deum hymnus dicitur, ubi tantum exurgere, cogitare non in alium extollere, verum et accensum diuinitati dicere, de presentibus et futuris (id. ibidem). Hinc nullus potuit in qui cecit, dum tantummodo reueretur, impij tyrannidum sum extollunt, licet oppressos et multos innumerat, et ab ipso tribuente animo occupat, dum demeretur a volupulenti, levat unumquem, extollit cunctosque, et montem in sublimi erigit. *In Psalms, CXXXIV.*

El canto, dice S. Agustín, es el tesoro común de la doctrina divina; desembara el alma de todas las pasiones que la atormentan: *Psalterium est communis quidam divina doctrinae thesaurus, et unicuique animae passionibus, quae humanas animas varie angunt, subvenit.* (Psal. intro.).

El canto, dice S. Justino, lleva dulcemente a piadosas aspiraciones; calma las concupiscencias y los deseos de la carne, ahuyenta los malos pensamientos que el demonio sugiere, da a los combatientes generosos fuerza y consistencia en las adversidades; proporciona a las almas piadosas un remedio que alivia y cura los males de la vida, pruebas del cristiano. (*Quaest. CVII. ad Ortod.*).

El canto, dice S. Isidoro, consuela los corazones tristes y abatidos, da alegría al alma, disipa el fastidio, excita a los perezosos, y brinda a los pecadores con el arrepentimiento. Porque, a pesar de la dureza del corazón humano, al momento que oye la dulce melodía del canto, se siente conmovido por sentimientos de piedad. Yo no sé cómo el corazón se conmueve más, si con las modulaciones del canto o con cualquier otra cosa: muchos se extasían ante la hermosura, la dulzura del canto, y lloran sus pecados. (*Lib. VII. de Sentent. CVII.*).

Así la Iglesia, como ya lo hemos dicho, se sirve en sus divinos oficios del cántico y de la música para excitar la devoción de los fieles, la actividad espiritual, el regocijo, y también para instarles a que sirvan a Dios y hagan resistencia a Satanás.

Después de haber experimentado estos divinos efectos del canto, S. Agustín exclama: Al oír estos himnos, al oír estos cánticos celestiales, ¡qué torrente de lágrimas hacían brotar de mi alma violentamente conmovida los suaves acentos de vuestra Iglesia! Se resbalaban dentro de mi oído y derramaban vuestra verdad en mi corazón; levantaban en mí los más vivos arrebatos de amor; y corrían mis lágrimas, lágrimas deliciosas! (4).

El canto, dice S. Ambrosio, es la voz de las bendiciones del pueblo, la glorificación de Dios, una manera muy agradable de alabarle que le place infinitamente. El canto es un aplauso general, una enseñanza que a todos conviene, la voz de la Iglesia, un acto de fe, de esperanza y de amor más expresivo, una devoción seductora, el acento alegre de la libertad, la manifestación pública del regocijo y de la felicidad. El canto calma la cólera, aleja la inquietud, disipa los negros pensamientos y las tentaciones de desesperación. Es un arma contra las potencias de las tinieblas, un maestro asiduo, un escudo contra el temor, es el placer de los Santos, es la imagen del contento, la prenda de la paz y de la concordia. (*Præf. in Psal.*).

Resuene el eco de los Salmos, dice S. Agustín, y los ciegos verán, oírán los sordos, los paralíticos recobrarán el movimiento, andarán

(4). *Quantum fieri in hymnis et canticis tuis, sanxe sonantis Ecclesie: tum vocibus compositis acriter? Voces dicit: inflabant auribus meis, et aliquantulum veritas tua in cor meum, et exultabam in affectu pietatis, et curdebam lacrymarum, et bene mihi erat cum eis.* Lib. IX. Confess., c. IV.

los cojos, se curarán los enfermos, y los muertos resucitarán: estos son los efectos del canto. Es preciso que la música deje oír sus acentos, que excite en nosotros el deseo y el amor de las cosas divinas, que disipe nuestra languidez espiritual, que se apodere de nuestra alma, que azote en nosotros al hombre viejo, lo ridiculice, lo crucifique y lo entierre. Por esto los Santos que han sufrido el martirio, o han mortificado su carne o inmolado sus pasiones, tocan el arpa ante el Cordero, según nos lo manifiesta el Apocalipsis: *Audite vocem de celo sicut citharadorum, et cantabant quasi canticum novum ante sedem.* (XIV. 2-3.-Aug., in Psal. XXXVI).

Quisiera, añade aún S. Agustín, poder saltar y cantar las alabanzas del Señor por todo el universo, a fin de sucedir el sueño y la torpeza del género humano. (*Lib. IX. Confess., c. IV.*).

Los usos, los fines y los frutos del canto sagrado, son numerosos, dicen los santos Padres.

Nada, dice S. Crisóstomo, eleva el alma y le da libertad; nada la libra de los lazos del cuerpo y la llena del amor de la sabiduría nada la expresa mejor su desprecio de los frívolos bienes de este mundo; nada la hace adelantar tanto en el desecho de la virtud, como el canto piadoso y bien ejecutado. Por esto el mismo Dios hizo los salmos, los himnos y los cánticos para ser cantados y para que los hombres encuentren en ellos utilidad y dicha. (*Præf. in Psal. XII.*).

Después del paso del mar Rojo, después de un milagroso triunfo conseguido contra sus numerosos y crueles enemigos, Moisés y el pueblo de Dios, llenos de alegría, entonaron en acción de gracias aquel hermoso cántico: Cantemos al Señor, puesto que ha hecho resplandecer su gloria; ha sepultado en el mar el caballo y el caballero, etc. (*Exod. XV. 1.*).

Se lee en el Eclesiástico que el rey David estableció cantores que se colocaban delante del altar y a quienes el acompañaba con los armoniosos sonidos del arpa. (*XLVII. 11.*). Los cantores, dice en otra parte el sagrado autor, hacían resonar sus cánticos, y llenaban el templo de agradable melodía. (*Ibid. L. 20.*).

Los serafines, dijo Isaias, cantaban a coro diciéndolo: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria: *Clamabant alter ad alterum: Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus exercituum: plena est omnis terra gloria ejus.* (VI. 3). Hé aquí por qué S. Juan Damasceno enseña que la Iglesia ha imitado el coro de los serafines estableciendo los cantos alternativos. El canto y la salmodia son pues la ocupación de los ángeles: los que cantan participan de la obra de los espíritus celestiales y mezclan su voz con la suya.

Hoy, en la ciudad de David, acaba de nacer un Salvador para nosotros, el Cristo, el Señor, dijo el Ángel a los pastores anunciándoles el gran prodigio del nacimiento de Jesucristo. Y de repente a sus lados apareció una multitud que pertenecía a los ejércitos celestiales.

Los patriarcas y los profetas han cantado las alabanzas del Señor.

Los ángeles cantan en el cielo.

les, alababa al Señor y decía: Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad: *Et subito facta est cum angelo multitudo militum celestis, laudantium Deum, et dicentium: Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* (Luc. II. 13-14).

¿No pronunció la bienaventurada Virgen María el sublime cántico del Magnificat?

Falica son los que cantan las alabanzas del Señor.

Feliz el pueblo, Señor, que sabe alegrarse en Vos, dice el Salmista. Oh Señor, á la luz de vuestro rostro caminarán vuestros hijos; se regocijarán en vuestro nombre durante todo el día, y mediante vuestra justicia serán ensalzados; puesto que Vos sois la gloria de su fortaleza, y por vuestra buena voluntad se ensalzará nuestro poder: *Beatus populus qui scit jubilationem, Domine, in lumine cultus tui ambulabunt; et in nomine tuo exultabunt tota die, et in iustitia tua exultabuntur; quoniam gloria virtutis coram tu es.* (LXXXVIII. 16-18).

El que alaba á Dios tanto en la adversidad como en la prosperidad, entonces el himno más bello ante Dios y los hombres.

Si estais en la abundancia, dice S. Agustín, dad glorias á Dios por medio de un cántico de acción de gracias: si vivis en la indigencia ó si cambia vuestra posición una gran pérdida, cantad también con confianza: cantad con vuestro Dios, haced vibrar las cuerdas de vuestro corazón como las de mi instrumento: que os acompañe como un arpa sonora y armoniosa cuando digais: El Señor me lo ha dado, y el Señor me lo ha quitado; hágase la voluntad de Dios, y bendito sea su nombre: *Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* (Job. I. 21).

En preciso cantar á menudo.

Señor, dice el Salmista, sois para siempre el objeto de mis alabanzas. Bendízos mi labio, celebre vuestra gloria y vuestra grandeza todo el día: *In te cantatio mea semper. Repleatur os meum laude, ut cantem gloriam tuam, tota die, magnitudinem tuam.* (LXX. 6-8).

Cantaré á mi Dios mientras viva: *Psallam Deo meo quandiu fuero.* (Psal. CXLV. 2).

Una vida santa es un canto perpétuo, una continua y dulce armonía....

¿Que qué cantar? En la vida es necesario cantar.

Instruid y exhortaos los unos á los otros, dice el gran Apóstol á los Colosenses, por medio de salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando de corazón y con edificación las alabanzas de Dios: *Docentes, et commungentes vos metipsos, psalmis, himnis, et canticis spiritualibus, in gratia cantantes in cordibus vestris Deo.* (III. 16). *In gratia*; esto es, con piedad, dulzura y respeto; *In cordibus*; esto es, acordándoos de las bondades de Dios. Cantad salmos con sabiduría, dice el Salmista: *Psallite sapienter* (XLVI. 8); esto es,

que vuestro canto esté acompañado de vuestra sabiduría y buena conducta....

Os celebrará en mis cantos, Señor, en presencia de vuestros ángeles, dice el Salmista: *In conspectu angelorum psallam tibi.* (CXXXVII. 1).

Cantemos aquí en la tierra de tal manera que merezcamos obtener el deseo de agradar á Dios, dice S. Agustín; porque, aunque guarde silencio el que abriga este deseo, entona un canto en su corazón. Al contrario, el que no lo abriga, por más que acaricie los oídos de los hombres con dulce armonía, permanece mudo ante Dios: *Ambulantes ergo, sic cantemus ut desideremus. Nam qui desiderat, etsi lingua luceat, cantat corde. Qui autem non desiderat, quolibet clamore aures hominum feriat, mutus est Deo.* (In Psal. XCVI). Entona un canto delicioso aquel cuya vida y costumbres se armonizan con su voz; acabado el canto, la voz deja de resonar, pero la buena conducta jamás calla, alaba, bendice y adora á Dios sin descanso.

La voz es un don de Dios; por consiguiente es preciso consagrarla.... Desgraciados de aquellos que la prostituyen empleándola en cantos impíos, irreligiosos, obscenos y corruptores.... Es un grande escándalo.... Y el insensato que profana su voz celebrando el vicio, la impudicia, etc., tendrá que dar una estrecha y terrible cuenta á Dios el día del juicio....

Nunca poderemos emplear mal la voz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

CEGUEZAD ESPRITUAL.

(¿Qué es ceguera espiritual?)

La ceguera espiritual no es más que una cierta estupidez, un embrutecimiento del espíritu que impide ver y gustar las cosas divinas. La ceguera espiritual pertenece particularmente á la inteligencia; y el endurecimiento á la voluntad. Una y otra son un pecado, la pena del pecado y un principio de pecado. La ceguera espiritual, que sólo Dios aleja, porque El es la verdadera luz, según dice S. Agustín, es un pecado por el cual se deja de creer en Dios; es la pena del pecado, porque castiga el corazón orgulloso, atrayéndole con justicia el odio de Dios; es un principio de pecado, cuando el corazón, engañado por la pasión, hace cometer el mal (1). Así los judíos, ciegos por el error y el endurecimiento del corazón, persiguieron á Jesucristo y le dieron la muerte.

La ceguera espiritual es un crimen.

El ciego espiritual hace un Dios de su pasión, en la que pono su fin. No tiene fe....

La ceguera espiritual es el principio de una infinidad de pecados; mas lo que es principio de un gran número de pecados, muchas veces, graves, es en sí mismo un mal gravísimo. La ceguera del espíritu viene de la voluntad endurecida en el mal. A causa de esta ceguera, ya no se siente nada, nada se ve, nada se teme; ya no se practica la virtud; se cae en la indiferencia, en la incredulidad y en la impiedad....

El ciego espiritual no comprende nada. El ciego, dice S. Agustín, no ve la luz del sol, aunque esté rodeado de sus brillantes rayos; el ciego espiritual no ve tampoco la luz de Dios (2).

El hombre estúpido desconoce las obras magníficas del Criador, dice el Salmo: *El insensato no las comprende: Vir insipiens non cognoscit, et stultus non intelligit hæc.* (XCI. 7.) Pero esta locura voluntaria es un crimen enorme.

Jesucristo, el Evangelio, la Iglesia, el dogma, la moral, los sacramentos, la gracia, la santidad, las postrimerias, no son más que tinieblas para el ciego espiritual.

Mas, no ver hechos y verdades tan necesarias á la salvación, cuya existencia descansa en motivos de credulidad invencibles, es ser culpable.

En cuanto á los ciegos de espíritu, las cosas de la religión son para ellos como las palabras de un libro sellado, dice Isaías: *Et erit vobis visio omnium sicut verba libri signati.* (XXIX. 11).

(1) *Cæcitas, quam solus cæcos illuminator Deus, et peccatum est, quo in Deum non creditur, et peccati peccati, qui per superbum duram animam versionem punitur, et causa peccati, cum aliqui mali, cæci cordis errore committuntur. Lib. V. contra Iulianum.*

(2) *Sicut sol a cæcis, quando non sua radius videtur, sic a stultis thesaurus laus Dei non comprehenditur. Lib. I. de Pœ. et Mor. c. XXV.*

La ceguera espiritual es voluntaria; y esto es lo que la hace más culpable. No ha querido instruirse para obrar bien, dice el Profeta: *Noluit intelligere ut bene ageret.* (XXXV. 4).

El brillo de las obras de Jesucristo, dice S. Cirilo, no dejaba duda posible á los que no tenían el espíritu corrompido; pero como el mayor número se encontraban en este estado, no querían ver: *Claritas operum Christi omnem questionem solvebat apud eos que non erant mentibus pervertis.* (Comment.).

Cuando Jesucristo se hubo acercado, dice S. Lucas, vió á Jerusalén y lloró sobre ella, diciendo: ¡Ah! si supieses siquiera en este día lo que pueda traerte la paz! Pero ahora todo está oculto á tu vista: *Ut appropinquavit videns civitatem, flevit super illam, dicens: ¡Quia si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi! Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis.* (XIX. 41-42); porque tú no has conocido (esto es, porque tú no has querido conocer) el tiempo en que has sido visitada: *Eo quod non cognoveris tempus visitationis tue.* (XIX. 44).

O hija de Sion, á quien he amado, honrado, enriquecido, instruido, ¿cómo no me conoces? ¿por qué me rechazas, me persigues, y te preparas á condenarme, á darme la muerte y á crucificarla? Por ti bajé del cielo á la tierra, y me encarné: por tí he pasado mi vida en trabajos continuos, en la pobreza y en los dolores; te he visitado, te he enseñado; he curado á tus leprosos, á tus enfermos y á tus demoniacos; he resucitado á tus muertos; y tú huyes de mí, me desprecias, me persigues y me aborreces. Pero hasta esto está oculto á tu vista, porque tú no has querido acogerte y creer en mí.

La encarnación, la predicción de Jesucristo, su pasión y su resurrección, fueron pues cosas ocultas para los judíos endurecidos; este pueblo deificada ni siquiera conoció su propia perfidia, ni su ceguera y ingratitud. Y una terrible venganza cayó sobre Jerusalén arruinada completamente por Tito.

He encontrado en vuestras plazas públicas un altar que tiene esta inscripción: *Ignoro Deo:* Al Dios desconocido; dice S. Pablo á los Atenienses. (Act. XVII. 23.)...

He aquí, dice Tertuliano, el crimen supremo de aquellos que no quieren reconocer á aquel á quien no pueden ignorar: *Et hæc est summa delicti nolentium recognoscere quem ignorare non possunt.* (In Apolog.).

¿Qué estupidez es esta! exclama S. Pedro Crisólogo. ¿En dónde estamos? ¿Qué sueño es este que nos agobia? ¿Qué olvido mortal se ha apoderado de nosotros? ¿Por qué no cambiamos la tierra por el cielo? ¿Por qué no compararnos las bienes eternos con los que tenemos? ¿Por qué no nos procuramos las riquezas que han de ser duraderas á trueque de las que pasan tan pronto? (1).

(1) *Quid atque mentis? Ubi sumus? Quis est iste qui nos elidit acutum? Quis est iste qui nos tenet, oblitus telus? Quis nos coram mutamus terram? Quare non cedimus eternis? Quare non peritiam mutamus comparamus? Sæpe. V.*

Hijos de los hombres, dice el Señor por boca del Real Profeta, ¿hasta cuándo tendréis el corazón pesado? ¿Por qué amais la vanidad y buscáis la mentira? *Filiis hominum usquequo gravi corde?* ¿*Ut quid diligitis vanitatem, et queritis mendacium?* (IV. 3).

¡Ay! mi pueblo no ha oído mi voz; Israel no me ha escuchado: *Non audiuit populus meus vocem meam; et Israel non intendit mihi.* (Psal. CXXX. 12).

Y ellos han dicho: El Señor no nos verá; el Dios de Jacob no tendrá conocimiento de ellos. Vosotros, que sois insensatos en medio del pueblo; hombres ciegos, ¿cuándo tendréis inteligencia? ¿Qué! El que ha formado vuestro oído ¿no ha de oírlos? El que ha hecho vuestros ojos ¿no ha de verlos? El que castiga las naciones ¿no ha de castigarlos? y el que enseña a los hombres la ciencia ¿no ha de comprenderlos? (1).

Los impíos serán por el Señor reducidos á silencio en medio de tinieblas, dice el libro primero de los Reyes: *Impii in tenebris con-vertentur.* (II. 9.) Se callarán, porque no hallarán disculpa por su ceguera. Es ciego, dice S. Gregorio, aquel que quiere ignorar la luz de las contemplaciones celestiales; aquel que, sumergido en las tinieblas de la vida presente, y no mirando jamás con amor la verdadera luz, ignora de qué lado escamina sus obras (2).

Oiréis y más oiréis, y no queréis entender; vereis lo que presento á vuestros ojos, y no queréis haceros cargo de ello. Embata el corazón de ese pueblo, tapa sus orejas, y vándale los ojos; no sea que quizá con sus ojos vea, y con sus orejas oiga, y comprenda con su mente, y se convierta, y tenga yo que curarle. Esto es un vaticinio ó profecía de la dureza y ceguera de los judíos. (VI. 10).

Es menester dos cosas para la ceguera espiritual: 1.ª Una afeción perversa á la voluntad propia, que impide recibir la verdadera luz, por cuyo medio Dios propone, desarrolla y confirma suficientemente, ya por sí mismo, ya por medio de sus profetas y apóstoles á la iglesia docente, las verdades necesarias á la salvación. Entonces se imita el que cierra su ventana para excluir los rayos del sol.

2.ª Es menester la privación de la luz divina, privación que la voluntad perversa siempre acarrea. Entonces se halla uno en la impotencia moral de percibir la verdad. Citaremos un ejemplo: Los judíos, viendo que Jesucristo hacía tantos milagros, debían persuadirse y estaban obligados á creer que era el Mesías; pero se resistieron; y así quedaron ciegos. La causa de esta resistencia era su avaricia, su ambición, su envidia, su orgullo, etc., que Jesucristo les echaba en cara.

(1). *Dixerunt: Non videbit Dominus, nec intelliget Deus Jacob. Intelligite, insipientes in populo, et stulti aliquando sapite. Qui plantavit aërem per non audiet? Aut qui fixavit columnas non considerat? Qui corrumpit gentes non arguet? Qui docuit hominem sententiam.* Psal. CXXXI. 7-10.

(2). *Cecus est, qui superius contemplationis lucem ignorat; qui presentia vite tenebris pressus, dum verum lucem nequaquam diligenter conspiciat, quo gratius opera porrigat, nequit.* Porcari, c. 37.

Ciega, Señor, el corazón de este pueblo, dice Isaías: *Ecequa cor populi lupus.* (VI. 10), esto es, permite que esté ciego. Hablando con propiedad, el hombre se ciega y se endurece directamente á sí mismo. Es lo que nos dice en términos formales la Sabiduría: *Ercecalit enim illos malitia eorum.* Su malicia les cegó. (II. 24). La causa positiva de la ceguera espiritual, es, á no dudarlo, la malicia del que sufre este castigo. Pero Dios no ciega más que indirectamente, é indirectamente también endurece: aparta poco á poco á los impíos de la luz de la verdad y de la gracia, á fin de castigarlos por sus pecados; permite que en ocasiones dadas les arrastren éstos al error y á la ceguera.

Escondióse el sol siendo de día, dice Jeremías: *Occidit ei sol, cum adhuc esset dies.* (XV. 9).

Todos los ciegos espirituales, dice S. Cipriano, se hallan privados de inteligencia y de sabiduría como los judíos; indignos de la vida de la gracia, la tienen ante su vista, y no la ven. (Epist.).

Visible para los que creen. Jesús, dice S. Leon, se oculta de los que le persiguen por el pecado: *Jesus, credentibus manifestus, et persequentibus occultus.* (Serm. de Nativ.). Están heridos de ceguera de espíritu, añade aquel Padre, á fin de que no comprendan la gravedad de sus crímenes y no los lloren: *Perussi sumi animi cecitate, ut non intelligant delicta, nec plangant.* (Ut supra).

Ante la resurrección de Lázaro, tan pública, tan conocida, tan milagrosa, hecho que no podía ocultarse ni negarse, ¿sabeis, dice S. Agustín, lo que inventaron los judíos? Tomaron la resolución de matarlo. ¡O loco pensamiento y ciega crueldad! (Homil. in Evang.).

¿No vemos cada día ciegos de espíritu voluntarios que se ocultan de la luz? ¿No lo son los que huyen de la enseñanza de la palabra de Dios, de los santos oficios y de las iglesias? Igualmente podemos decir de las jóvenes que no quieren recibir los buenos consejos de un padre, de una madre, de un amigo, de un pastor; que se apartan de la confesión, que se exponen temerariamente á las ocasiones próximas de pecar; de los padres negligentes, débiles, que no reprimen sino raras veces y con blandura á sus hijos extraviados, etc.

1.º El pecador no conoce perfectamente la malicia del pecado; pues al verle tan horrible, tan cruel, etc., nunca tendría el triste valor de entregarse á él. El pecado le engaña, cegándole. 2.º No comprende lo que hace al pecar; porque obra contra las luces de su inteligencia.

En otro tiempo no erais más que tinieblas, dice S. Pablo á los Efesios: *Eratis aliquando tenebrae.* (v. 8), esto es, pecadores idólatras. Observad que el Apóstol llama tinieblas á los pecados: 1.º porque los pecadores no quieren la luz y buscan las tinieblas; porque el pecado es lo más vergonzoso, lo más vil y más degradante; 2.º porque los pecados ciegan la razón....

El pecado tiene siempre su principio ó en el error ó en la impru-

Quien ciego es el pecador.

dencia, ó en la falta de examen, ó en la inconsideración de la razón y de la inteligencia: cuando lo cometemos, nos atonta y nos ciega, falsea nuestra conciencia; y las tinieblas en cuyo seno hablamos penetrado, se aumentan más y más.

Solo hay densas tinieblas en el pecado, dice S. Gregorio; el que lo comete, se sumerge en la noche más oscura y profunda: *In peccatis tenebrae densae; peccata ad imas et summas tenebras ducunt.* (Moral., lib. III).

No poqueis, dice S. Agustín, y Dios, que es el sol verdadero jamás dejará de brillar ante vuestra vista; pero, al contrario, caed, y Dios desaparecerá. Si deseáis conservar la luz, sed también puros y brillantes; pero si preferís las tinieblas y las pasiones oscuras, ellas os sumergirán en una noche profunda, en una deplorable ceguera (1).

Los pecados llamanse tinieblas por su semejanza con ellas: 1.º Como las tinieblas son la privación de la luz, así los pecados son la privación de la gracia. Esta es para nuestra alma y nuestro corazón lo que el sol es para la tierra. 2.º Como el que anda en las tinieblas, que, lejos de ver, da pasos en falso y tiene tropiezos y caídas, así también, en el camino de la salvación, los que pecan, no ven, caen y se manchan. 3.º Las aves nocturnas temen la luz que las ciega; los pecadores temen la luz de Dios y de los hombres, según aquellas palabras de Jesucristo: Quien obra mal, aborrece la luz, huye de ella para que no le vituperen, ni le reprendan ni le corrijan: *Qui male agit, odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus.* (Joann. III. 20). 4.º Los pecados se llaman tinieblas, porque son obra del demonio príncipe de las tinieblas. 5.º Porque la mayor parte de los pecados se cometen en las tinieblas. 6.º Porque los pecados nacen de las tinieblas, esto es, de un error práctico que lleva al pecador á la creencia de que puede seguir su pasión, no importa lo despreciable que sea y á pesar de la pérdida de Dios, del alma y de los bienes eternos; lo que seguramente es la ceguera, suprema y una insigne locura. 7.º Porque el pecado sumerge más y más el espíritu en las tinieblas. 8.º Porque el pecado mortal conduce á las tinieblas supremas, á las del infierno.

La luz es saludable; es necesaria á la vida de los hombres y á la de todas las cosas; en tanto que las tinieblas son perjudiciales y mortales: así la y la gracia de Jesucristo son el manantial de la salvación y procuran la vida eterna, mientras que los pecados debilitan el alma y causan su muerte.

Andarán como ciegos, porque han pecado contra Dios, dice el profeta Sofonías: *Ambulabunt ut cæci, quia Domino peccaverunt.* (I. 17).

El camino que siguen los impíos está cubierto de tinieblas, dicen

(1) Noli cedere in peccatum, et non tibi occidet lux sol: si tu feceris eum, tibi faciet occisum. Si videri faciem cupis, esto tu lux; si enim tenebras et tenebras copulatas habes, ostendebuntur tibi ex te cæcabit te. Tract. II. in Joann.

los Proverbios: no advierten el precipicio en que van á caer: *Via impiorum tenebrosa; nesciunt ubi corruant.* (IV. 19).

Jesucristo, dice S. Juan, era la verdadera luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Se hallaba en el mundo, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció: vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron (1).

Por esto Jesucristo decía á su Padre: Padre santo, el mundo no os ha conocido: *Pater juxta, mundus te non cognovit.* (Joann. XVII. 25).

El mundo, dice S. Bernardo, tiene sus noches, y son frecuentes. ¿Qué digo que tiene sus noches! Se halla ¡ay! en las más profundas tinieblas; jamás ve la luz. La pérdida de los judíos es una noche; lo es la ignorancia de los paganos, la depravación de los herejes; la conducta carnal y animal de los malos católicos es también noche, y noche profunda. En efecto: ¿no reina la noche allí donde no se encuentra la inteligencia de las cosas de Dios? (2).

Las tinieblas se hallaban sobre la superficie del abismo, dice el Génesis: *Tenebrae erant super faciem abyssi* (I. 2). Mas, el mundo es la superficie de los abismos del infierno; está cubierto con el negro humo que exhalan con abundancia las llamas eternas. Las tinieblas cubrirán la tierra, la noche rodea á los pueblos, dice Isaías: *Quia ecce tenebrae operient terram, et caligo populos.* (IX. 2).

Se dice que el día de la muerte de Jesucristo danzas tinieblas cubrieron la tierra toda: *Tenebrae factae sunt super universam terram.* (Matth. XXVII. 45).

Estas tinieblas no han desaparecido todavía para los hombres culpables é impíos.

Las máximas del mundo, su moral corrompida, su conducta, sus escándalos, su incredulidad, etc., prueban que está sumergido en las más horribles y peligrosas tinieblas. Por esto el Real Profeta la llama tierra de olvido: *Terra obliuionis.* (LXXXVII. 13).

Las pasiones son la causa primera de la ceguera espiritual. Nuestro ojo es la luz de nuestro cuerpo, dice Jesucristo: *Lucerna corporis tui est oculus tuus.* (Matth. VI. 22). Lo que el ojo es para el cuerpo, la inteligencia es para el alma: pero el alma que ha caído bajo el yugo de las pasiones, no tiene ya inteligencia, está embrutecida.... Cuando el fuego de la concupiscencia devora, dice S. Gregorio, no puede ya divisarse el sol de la inteligencia: *Cum ali-*

El mundo se halla en la ceguera espiritual.

(1) Est lux vera, que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. (I. 9). In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. (I. 10). In propria venit, et sui eum non receperunt. (I. 11).

(2) Habet mundus noctes suas, et non paucas: Quid dico quia noctes habet mundus, cum pene totus ipse sit nox, et totus semper versetur in tenebris? Nox est judicium peccatorum; nox ignorantia peccatorum; nox lascivie pravitas; nox etiam catholicorum carnalis et iniqua conversatio. (An non nos, ubi non precipitum est que sunt Spiritus Dei? Lib. Concordia).

quem super cecidit ignis concupiscentiarum, videri ab eo nequit sol intelligentur. (Moral.). Cayó fuego sobre ellos, y no vieron más el sol, dice el Salomista. (1).

Las riquezas son la segunda causa de la ceguera espiritual. Las riquezas ciegan el alma. De ahí es que los poetas gentiles dicen que Plutón, dios de las riquezas, es ciego de nacimiento....

Tercera causa: la pereza espiritual..., la tibieza....

Cuarta causa: la corrupción del corazón. El insensato ha dicho en su corazón: No hay Dios: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.* (Psal. XIII. 4).

Como más se cae y más se permanece en el pecado, más se aleja uno de Dios, que es la luz increada, de quien nos viene toda claridad.

Hay otras cosas de la ceguera espiritual: 1.º la imprudencia..., 2.º la improvisión..., 3.º el orgullo....

El demonio so-
luc todo nos
ciega.

Si todavía nuestro Evangelio, dice S. Pablo, está encubierto, es solamente para los que se pierden para quienes está encubierto; para esos incrédulos cuyos entendimientos ha cegado el Dios de este siglo la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios: *Quod, si etiam opertum est Evangelium nostrum, in his, qui perierunt, est opertum; in quibus Deus hujus seculi excecavit, mentes infidelium, ut non fulgeat illis illuminatio Evangelii gloriae Christi, qui est imago Dei.* (II. ad Corint. IV. 3-4).

El Dios del siglo es el demonio, que es el Dios de los que viven según el siglo: es su Dios, no porque les haya creado, sino porque les guía con sus funestas sugestiones y con malos ejemplos, y porque ejerce sobre ellos su imperio. Es padre de la mentira, del orgullo y del error. Comenzó por hacer ciegos a Adán y Eva. En el transcurso de los siglos, jamás ha cejado en la tarea de procurar hacer ciegos a los hombres y a los pueblos. Todos los que obedecen a Satán, que se entregan a él, obran a consecuencia de la más deplorable ceguera; porque sólo debemos esperar del demonio desgracias en esta vida y sobre todo en la otra. Ponerse en manos de un enemigo cruel e implacable, de aquel que fué homicida desde el principio; entregarse a un león furioso, a un lobo hambriento, es una ceguera llevada a la locura y al frenesí; y sin embargo, esto y mucho más es el demonio.

Contad el número de los ciegos espirituales por la muchedumbre de los que cumplen la voluntad del demonio y son sus víctimas....

DEVASTACIÓN
de la vida y destrucción
de la conciencia por la
ceguera espiritual.

1. La ceguera espiritual mata la fe....

2.º Vuelve al hombre estúpido. El ciego espiritual nada comprende ya de las cosas de Dios. Poco le importa saber ni de dónde viene, ni en dónde está, ni adónde va....

(1) Super cecidit ignis, et non viderunt solem.

3.º La ceguera espiritual destruye la sabiduría. Faltará la sabiduría a sus sabios, dice el Señor por boca de Isaías, y desaparecerá el don de consejo de sus prudentes: *Peribit sapientia d sapientibus ejus, et intellectus prudentium ejus abscondetur.* (XXIX. 14).

4.º La ceguera espiritual hace indóciles a los hombres; ni a la misma verdad quieren ya obedecer. Esto es lo que S. Pablo echó en cara a los Galatas, diciéndoles: Galatas insensatos; ¿quién os ha fascinado hasta el punto de que ya no obedecéis a la verdad? *O insensati Galatae; quis vos fascinavit non obedire veritati?* (III. 1.)

5.º La ceguera espiritual destruye la vida divina. Tienen el entendimiento oscurecido, dice S. Pablo a los Efesios, y están enteramente ajenos de vivir según Dios.... a causa de la ceguera de su corazón: *Tenebris obscuratum habentes intellectum, alienati a vita Dei, propter cecitatem cordis ipsorum.* (IV. 18).

Si decimos que estamos unidos a Dios, y andamos en las tinieblas, mentimos, dice el apóstol S. Juan: *Si dixerimus quoniam societatem habemus cum eo, et in tenebris ambulamus, mentimur.* (I. 1. 6.) Y ¿qué sociedad puede existir entre la luz y las tinieblas? dice S. Pablo: *Qua societas luci ad tenebras?* (II. Cor. VI. 14).

6.º La ceguera espiritual engendra todas las tentaciones. Muy bien podemos aplicar a esta ceguera aquellas palabras del Salmista: Ordenasteis las tinieblas, y apareció la noche; entónces las bestias de las selvas salen de entre las sombras: *Posuisti tenebras, et facta est nox: in ipsa pertransibunt omnes bestiae sylvarum.* (CIII. 20). Los ladrones buscan las tinieblas; el demonio que despoja de toda virtud, no deja de ir en busca de los ciegos espirituales, y les quita todo el bien que pudieran tener....

7.º Los ciegos espirituales caen de abismo en abismo, van de crimen en crimen, se sumergen en el mal, se arrastran entre toda clase de manchas, y perecen entre el cieno. Parán en putrefacción, como los cadáveres en la tumba.

8.º La ceguera espiritual lleva al endurecimiento.

No conociendo su triste estado, el ciego espiritual no trata de salir de él. Cree no tener necesidad de nada; y no ve que es pobre, miserable y que se halla desnudo.

Y el hombre constituido en honor, no ha tenido discernimiento, se ha igualado con los insensatos jumentos, y se ha hecho como uno de ellos. Este proceder suyo es causa de su perdición; y con todo habrá venideros que se complacerán en alabarle. (XLVIII. 13-14).

El ciego espiritual anda errante por el desierto del vicio, y no halla el camino de la ciudad de las virtudes: *Erraverunt in solitudine in iniquo, viam civitatis habitaculi non invenerunt.* (Psal. CVI. 4). Es como una de aquellas estatuas de que nos habla el Real Profeta: Tiene boca, y no habla; ojos, y no ve; oídos, y no oye; nariz, y no siente; tiene manos, y no toca; pies, y no anda: su garganta no produce sonido alguno. (CXIII. 5-7).

Cuán desgraciados son los
ciegos espirituales.

Considerad, dice S. Paulino á Severo, la vida que llevan los ciegos espirituales, y los vereis semejantes al caballo ciego que da vuelta sin cesar á una noria. Despues de quedarse diariamente rendidos de cansancio, llegarán á la muerte sin haber dado un paso hacia el cielo. (*Epist. IV*).

¡O ciegos hijos de Adán! ¿Por qué amais la vanidad y buscáis la mentira? ¿Por qué preferís las cosas transitorias á las imperecederas, el destierro á la patria, la tierra al cielo, la criatura al Criador, el vicio á la virtud, un extraño á Jesucristo, el demonio á Dios, el tiempo á la eternidad, la muerte á la vida? ¿Por qué, por un placer vil y momentáneo, os exponéis á los pesares, á los dolores, á una muerte deplorable y á las llamas del infierno?

Castigo de la
ceguera es-
piritual.

1. La ceguera espiritual atrae la cólera de Dios. Nublense sus ojos, dice el Salmista, á fin de que no vean, y hállese siempre encorvada su espalda bajo el peso de la servidumbre. Descargad sobre ellos vuestro enojo, Señor, y cubridlos con el fuego de vuestra cólera: *Obscurentur oculi eorum, ne videant, et dorsum eorum semper incurva. Effunde super eos iram tuam, et furor ira tua comprehendat eos.* (LXVIII. 24-25).

2. Dios abandona al ciego espiritual. Mi pueblo, dice el Señor, no ha escuchado mi voz; Israel no ha venido hacia mí, y los he entregado á los deseos de sus corazones; se hundirán en sus vanas invenciones: *Non audivit populus meus vocem meam; et Israel non intendit mihi. Et dimisi eos secundum desideria cordis eorum; ibunt in adinventionibus suis.* (Psal. LXXX. 42-43).

Abandonaré á este pueblo, dice el Señor; le ocultaré mi rostro, y será consumido; será víctima de todos los males, y todas las aflicciones se apoderarán de él: *Derelinquam eum, et abscondam faciem meam ab eo, et erit in decorationem: invenient eum omnia mala et afflictiones.* (Deuter. XXXI. 47). Le he ocultado mi cara y ha andado errante por el camino de su perverso corazón: *Abseundi á te faciem meam, et abiit vagus in via cordis sui.* (Psal. LVII. 47).

3. El ciego espiritual se castiga á sí mismo con sus propias manos. Y ahora, mira como la mano del Señor cae sobre ti, dice S. Pablo á Elymas mago, y te quedarás ciego, no verás ya la luz del día: *Et nunc ecce manus Domini super te, et eris cecus, non videris solem.* (Act. XIII. 41). Lo mismo sucede al ciego espiritual. No quiere ver, la mano de Dios se deja caer sobre él, y la ceguera es su pena, su más terrible castigo. Mas, esta pena es un mal sin mezcla de bien alguno; sufre, pero sin mérito; los sufrimientos que padece, y que por sí solos son un castigo espantoso, llegan á ser un crimen; de tal suerte que se encuentra castigado no sólo por haber cerrado los ojos á la luz, sino tambien por lo que sufre; pues si sufre, es porque ha querido.

4. El cielo está cerrado para siempre al ciego espiritual. No han querido conocer mis caminos, dice el Señor; por lo que juré airado,

que no entrarán en el lugar de mi descanso: *Non cognoverunt vias meas, ut juravi in ira mea si introibunt in requiem meam.* (Psal. XCIV. 11).

Dice la Escritura que los ángeles cegaron á los habitantes de Sodoma, de modo que jamás pudieron encontrar la puerta de la casa de Loth: *Percusserunt cecitate, ita ut osium invenire non possent.* (Gen. XIX. 41). Tal es el castigo que Dios impone á los ciegos espirituales; no encuentran ya el camino ni la puerta del cielo.....

5. El ciego espiritual baja al infierno. De las tinieblas de la ceguera cae á las tinieblas eternas: *Eficiantur in tenebras exteriores.* Abandonándose á los criminales placeres de la vida presente, dice S. Gregorio, ¿hace otra cosa el alma ciega que arrojarse con los ojos cerrados al fuego eterno? *Anima perversa, dum in praxentis vite oblectationibus se deserit, ¿quid aliud quam, clausis oculis, ad ignem vadit?* (Lib. Moral.).

oid á la Sabiduría: Los impíos, los ciegos morirán sin honor, y estarán con eterna infamia entre los muertos, porque el Señor los estrellará sin que osen abrir su boca...; se verán en una adicción extrema, y su memoria perecerá. Entrarán tamblando en el pensamiento de sus pecados, y sus iniquidades se alzarán contra ellos para acusarlos. (IV. 19-20). Entonces se presentarán los justos con gran firmeza contra aquellos que los angustiarán y robarán el fruto de sus fatigas. A su aspecto, los impíos quedarán sobrecogidos de un espanto horrible; se admirarán de la repentina salvación de los justos que ellos no esperaban ni creían; y arrepintiéndose y gimiendo en la angustia de su alma, dirán dentro de sí: ¡Vedlos aquellos á quienes habíamos despreciado, y que eran el objeto de nuestros ultrajes! Insensatos de nosotros! Creíamos era una locura su vida: creíamos que su muerte tendría lugar sin honor; y ahora podemos contarlos entre los hijos de Dios, y su herencia es la de los Santos! Hemos divagado luego fuera del camino de la verdad; la luz de la justicia no ha brillado para nosotros, y el sol de la inteligencia no se ha levantado en nuestro horizonte. Nos hemos cansado por el camino de la iniquidad y de la perdición: hemos andado por sendas difíciles, y hemos ignorado la que debió llevarnos al Señor. (V. 1-7). Los ciegos espirituales se echan en cara tres errores y tres locuras: 1.º el haber andado errantes fuera del camino de la verdad: *Ergo erravimus á via veritatis* (V. 6)...; 2.º el haber obrado de tal modo que la luz de la justicia y de la prudencia no ha brillado para ellos; porque la han despreciado voluntariamente y han querido permanecer en las tinieblas: *Et iustitia lumen non luxit nobis* (V. 6)...; pues Dios en pena de haber ellos despreciado las luces de la gracia, que á nadie niega, les negó las ulteriores y más eficaces; 3.º el haber merecido que el Sol, esto es Jesucristo, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, no se levantará para ellos, porque no quisieron abrirle su corazón: *Et sol intelligentia non est ortus nobis.* (V. 6).

Pena de haber
tenido los ojos
cerrados.

Es una verdadera demencia, dice S. Cipriano, no ver ó ignorar que las pasiones engañosas no seducen mucho tiempo. La noche existe mientras no aparezca el día; pero, llegado ya el día y levantado el sol, es preciso que huyan las tinieblas y que cesen los crímenes que ántes se cometían (1).

Ciegos espirituales, ya os arrepentireis un día, pero será demasiado tarde é inutilmente. Comprendedlo, y abrid los ojos á la luz cuando aún es tiempo; trabajad mientras que es de día; aceptad la gracia ahora que se os ofrece, temerosos de que, después de haber imitado á las vírgenes necias, no os quepa también su triste suerte, y después de haber, como ellas, dejado apagar la luz de vuestras lámparas, no la busquéis con lágrimas en los ojos sin conseguir encontrarla. Temed oír de los labios de Jesucristo, soberano Juez, aquellas terribles palabras que padieran exclamarse de las bodas celestiales: En verdad, os lo digo, no os conozco: Amen, dico vobis, nescio eos. (Matth. XXV. 12).

Para salir de la ceguedad espiritual, es preciso:

1.º Vivir de la verdad..., vivir de la inmortalidad..., vivir de la eternidad....

2.º Orar. Señor, decía el Salmista, ilumina mi vista, para que no me derribe en la muerte, y para que mi enemigo no diga un día: Le he vencido: *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte, ne quando dicat inimicus meus: Prevalui adversus eum.* (XII. 45). Dios mío, disipa mis tinieblas: *Deus meus, illumina tenebras meas.* (Psal. XVII. 29).

3.º Aproximarnos á Dios y permanecer cerca de él: así veremos muy claro: *Accedite ad eum et illuminamini.* (Psal. XXXIII. 6).

4.º Abrir los oídos y los ojos á la fe: *Sardi, audite; et cæci, inveniunt.* (Isai., XLII. 18).

5.º Levantarse, sacudir la pereza espiritual, la tibieza. Jerusalén, levántate; recibe la luz, porque ha venido la lumbrera y ha nacido sobre tí la gloria del Señor, dice Isaias: *Surge, illuminare. Jerusalem, quia renit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.* (IX. 1).

6.º Evitar todo retraso en obrar. Andad, dice Jesucristo, mientras tenéis luz, á fin de que las tinieblas no os sorprendan: *Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant.* (Joann. XII. 35).

7.º Ir á Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida. Yo soy la luz del mundo, el que me sigue, dice el mismo, no anda entre tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida: *Ego sum lux, et veritas, et vita: Ego sum lux mundi: qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.* (Joann. XIV. 6., et VIII. 12).

(1) Hinc est vera demencia, non cognoscere et nescire, quod fallacem non diu fallunt. Nos est tándia quando elucens dies, clarificat auctam illa, et solo abito, loci tenebras et exiguam cedere, ut qui grassabantur latrocinia cessare, necesse est. Epist.

CIELO.

La palabra Paraíso viene de la hebrea *Pardes* ó *Para*, que quiere decir jardín de los Mirtos. De este vocablo tomaron los latinos *Paradisus*, Paraíso.

Hay tres cielos: el cielo atmosférico, el cielo en que efectúan sus evoluciones los astros, y el cielo de los bienaventurados, en donde á descubierto habita la Divinidad.

Santo Tomás pregunta si podría Dios hacer cosas más grandes, más perfectas que todas las que hizo, y este santo Doctor responde afirmativamente; pero exceptúa sin embargo tres cosas: Jesucristo, la Virgen María y la bienaventuranza de los elegidos. La humanidad de Jesucristo debe hallarse exceptuada, nos dice, porque está unida á Dios de una manera hipostática; también la bienaventurada Virgen, porque es madre de Dios; y la bienaventuranza creada, porque es el goce de Dios. La humanidad de Jesucristo, la Virgen María y la bienaventuranza, ó el cielo, sacan del bien infinito, que es Dios, cierta perfección infinita. Por esta parte, nada puede Dios hacer mejor, así como nada puede tampoco existir mejor que Dios. (F. p. q. 2 art. 6).

Dios, en estas tres cosas, dice S. Agustín, agotó su ciencia, su poder, sus riquezas y su bondad: *Plus dare nescivit, plus dare non potuit, plus dare non habuit.* (Lib. de Civit.).

Para formarnos una idea del cielo y de la felicidad de los elegidos, consideremos la inmensa diferencia que hay entre la tierra y el cielo.

La vida en la tierra no es más que una muerte lenta.... S. Agustín dice: No se si he de llamar á esta vida una muerte que vive, ó una vida que muere. (*Medit., c. XIX.*)

Nuestros padres, dice S. Pablo á los Hebreos, confesaban que eran extraños y viajeros en la tierra: *Confitebantur quia peregrini et hospites sunt super terram.* (XL. 13).

¡Cuán vil me parece la tierra cuando miro el cielo! exclamaba S. Ignacio de Loyola: *Quam sordet mihi terra, cum celum aspicio!* (Ita Ribaden., in ejus vita).

¿Qué queráis dice S. Agustín: ¿Queréis amar las cosas temporales, y pasar con el tiempo; ó no amar al mundo, y vivir eternamente con Dios? *Quid vis? Utrum amare temporalia, et transire cum tempore; aut mundum non amare, et in eternum vivere cum Deo?* (Epist. XXXVI).

Todo lo que existe en la tierra, es extraordinariamente vano, de poca duración, variable, corruptible y engañoso. Al contrario, en

El cielo es la obra maestra de Dios.

Hay una diferencia entre el cielo y la tierra.

Es una verdadera demencia, dice S. Cipriano, no ver ó ignorar que las pasiones engañosas no seducen mucho tiempo. La noche existe mientras no aparezca el día; pero, llegado ya el día y levantado el sol, es preciso que huyan las tinieblas y que cesen los crímenes que ántes se cometían (1).

Ciegos espirituales, ya os arrepentireis un día, pero será demasiado tarde é inutilmente. Comprendedlo, y abrid los ojos á la luz cuando aún es tiempo; trabajad mientras que es de día; aceptad la gracia ahora que se os ofrece, temerosos de que, después de haber imitado á las vírgenes necias, no os quepa también su triste suerte, y después de haber, como ellas, dejado apagar la luz de vuestras lámparas, no la busquéis con lágrimas en los ojos sin conseguir encontrarla. Temed oír de los labios de Jesucristo, soberano Juez, aquellas terribles palabras que padieran exclamarse de las bodas celestiales: En verdad, os lo digo, no os conozco: Amen, dico vobis, nescio eos. (Matth. XXV. 12).

Para salir de la ceguedad espiritual, es preciso:

1.º Vivir de la verdad..., vivir de la inmortalidad..., vivir de la eternidad....

2.º Orar. Señor, decía el Salmista, ilumina mi vista, para que no me derribe en la muerte, y para que mi enemigo no diga un día: Le he vencido: *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte, ne quando dicat inimicus meus: Prevalui adversus eum.* (XII. 45). Dios mío, disipa mis tinieblas: *Deus meus, illumina tenebras meas.* (Psal. XVII. 29).

3.º Aproximarnos á Dios y permanecer cerca de él: así veremos muy claro: *Accedite ad eum et illuminamini.* (Psal. XXXIII. 6).

4.º Abrir los oídos y los ojos á la fe: *Sardi, audite; et cæci, inveniunt.* (Isai., XLII. 18).

5.º Levantarse, sacudir la pereza espiritual, la tibieza. Jerusalén, levántate; recibe la luz, porque ha venido la lumbrera y ha nacido sobre tí la gloria del Señor, dice Isaias: *Surge, illuminare. Jerusalem, quia renit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.* (IX. 1).

6.º Evitar todo retraso en obrar. Andad, dice Jesucristo, mientras tenéis luz, á fin de que las tinieblas no os sorprendan: *Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant.* (Joann. XII. 35).

7.º Ir á Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida. Yo soy la luz del mundo, el que me sigue, dice el mismo, no anda entre tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida: *Ego sum via, et veritas, et vita: Ego sum lux mundi: qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.* (Joann. XIV. 6., et VIII. 12).

(1) Hinc est vera demencia, non cognoscere et nescire, quod fallacem non diu fallunt. Nos est tándia quando elucensit dies, clarificat astra illa, et solo aborto, luci tenebræ et caliginem cedere, ut qui grassabantur latebræ, cessare, necesse est. Epist.

CIELO.

La palabra Paraíso viene de la hebreica *Pardes* ó *Para*, que quiere decir jardín de los Mirtos. De este vocablo tomaron los latinos *Paradisus*, Paraíso.

Hay tres cielos: el cielo atmosférico, el cielo en que efectúan sus evoluciones los astros, y el cielo de los bienaventurados, en donde á descubierto habita la Divinidad.

Santo Tomás pregunta si podría Dios hacer cosas más grandes, más perfectas que todas las que hizo, y este santo Doctor responde afirmativamente; pero exceptúa sin embargo tres cosas: Jesucristo, la Virgen María y la bienaventuranza de los elegidos. La humanidad de Jesucristo debe hallarse exceptuada, nos dice, porque está unida á Dios de una manera hipostática; también la bienaventurada Virgen, porque es madre de Dios; y la bienaventuranza creada, porque es el goce de Dios. La humanidad de Jesucristo, la Virgen María y la bienaventuranza, ó el cielo, sacan del bien infinito, que es Dios, cierta perfección infinita. Por esta parte, nada puede Dios hacer mejor, así como nada puede tampoco existir mejor que Dios. (F. p. q. 2 art. 6).

Dios, en estas tres cosas, dice S. Agustín, agotó su ciencia, su poder, sus riquezas y su bondad: *Plus dare nescivit, plus dare non potuit, plus dare non habuit.* (Lib. de Civit.).

Para formarnos una idea del cielo y de la felicidad de los elegidos, consideremos la inmensa diferencia que hay entre la tierra y el cielo.

La vida en la tierra no es más que una muerte lenta.... S. Agustín dice: No se si he de llamar á esta vida una muerte que vive, ó una vida que muere. (*Medit.*, c. XIX).

Nuestros padres, dice S. Pablo á los Hebreos, confesaban que eran extraños y viajeros en la tierra: *Confitebantur quia peregrini et hospites sunt super terram.* (XL. 13).

¡Cuán vil me parece la tierra cuando miro el cielo! exclamaba S. Ignacio de Loyola: *Quam sordet mihi terra, cum celum aspicio!* (Ita Ribaden., in ejus vita).

¿Qué queráis dice S. Agustín: ¿Queréis amar las cosas temporales, y pasar con el tiempo; ó no amar al mundo, y vivir eternamente con Dios? *Quid vis? Utrum amare temporalia, et transire cum tempore; aut mundum non amare, et in eternum vivere cum Deo?* (Epist. XXXVI).

Todo lo que existe en la tierra, es extraordinariamente vano, de poca duración, variable, corruptible y engañoso. Al contrario, en

El cielo es la obra maestra de Dios.

Hay una diferencia entre el cielo y la tierra.

el cielo, al lado de Dios, todo es sólido, eterno, inmutable, incorruptible, verdadero y seguro. La vanidad de las cosas de la tierra está en oposición con la realidad de las cosas celestiales; en aquellas sólo hay fragilidad: en éstas, solidez; en aquellas brevedad: en éstas eternidad; en aquellas cambios: en éstas inmutabilidad; en aquellas muerte: en ésta vida, y vida constante. En la tierra está la mentira: en el cielo la verdad; en la tierra la ilusión: en el cielo la realidad; aquí los sudores, el trabajo, la pena, el dolor, el recelo: en el cielo el reposo, la alegría, la certidumbre y la paz.

¡O verdad suprema, realidad que no engaña, amor duradero, preciosa y querida eternidad del cielo!

¿Que ceguedad es esta que nos embarga? dice S. Bernardo: tened sed de amarguras y pecados, sumergiros en el naufragio del mundo, buscar los males de una vida que huye, querer estar enfermos, y no inclinarnos más bien a la felicidad de los Santos, a la sociedad de los ángeles, a las delicias de la vida contemplativa, en la que brilla el poder de Dios y se revelan las riquezas superabundantes de su bondad infinita! (*Medit.*).

Toda la Escritura, dice S. Agustín, nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miras al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad: *Tota series Scripturarum nos a terrenis ad celestia erigi adhortatur, ubi vera et sempiterna est beatitudo.* (Lib. de Civit.).

Aquí en la tierra, enojos, tribulaciones, hambre, sed, miserias, enfermedades, lágrimas, tentaciones, peligros y mil pruebas diferentes; en el cielo, salud, alegría, alabanza y dicha.

En la tierra, dice S. Agustín, se halla turbación: en el cielo, posesión tranquila; en la tierra, amarguras: en el cielo, una gloria y un poder que no engañan: aquí el temor de que el amigo se convierta en enemigo; en el cielo, el amigo no deja de serlo, porque el cielo no conoce la enemistad; en la tierra, se teme perder lo que quiere poseerse: en el cielo, Dios, que es el autor de la recompensa eterna, la da para siempre a los que disfrutan de ella. En la tierra somos desgraciados, vagamos sobre las olas de un mar borrascoso, expuestos a las tempestades y a los naufragios, y no sabemos si llegaremos al puerto. Nuestra vida es un destierro, andamos rodeados de peligros, y en la hora de la muerte ignoramos si iremos al cielo. En el cielo, no hay ni destierro, ni peligro, ni incertidumbre, ni tempestad, ni naufragio. (*Medit., c. XII*).

Siete cosas son necesarias para la felicidad del hombre, dice el venerable Beda, y sólo pueden encontrarse éstas en el cielo: 1.ª una vida a que no ponga término la muerte; 2.ª una juventud no seguida de vejez; 3.ª una luz que no deje de brillar; 4.ª una alegría jamás alterada por la tristeza; 5.ª una paz no expuesta a turbarse; 6.ª una voluntad que no experimente obstáculos; 7.ª un reino que no pueda perderse....

La tierra, dice S. Agustín, no es más que una cárcel; sin embar-

go esta cárcel es ya bella, agradable; ¿qué será pues la patria? Si *cárcer ista pulcher est, ¿patria qualis est?* (De Conflict. vit.).

Existe, dice S. Gregorio Nazianceno, una patria para los grandes hombres, para los hombres verdaderamente virtuosos: es aquella Jerusalén que sólo se comprende con la inteligencia, y no estas ciudades que vemos oprimidas en estrechos muros, y habitadas por ciudadanos que pasan y desaparecen. Estas mansiones terrestres, estas pretendidas patrias se parecen a la escena de un teatro. (*In Distich.*).

San Gregorio de Niza decía de S. Basilio: Jamás ha temido el destierro, porque estaba convencido de que tan sólo el Paraíso es la patria de la humanidad: miraba la tierra toda como un lugar común de destierro. (*Orat.*).

Los santos de todos los siglos y de todos los países han mirado la tierra como un destierro, el cielo como la única y verdadera patria....

¿Cuál no debe ser, dice S. Bernardo, la abundancia de un lugar en donde no hay nada de lo que no se quiere y se encuentra todo lo que se desea? *¿Que est copia ubi nihil quod nolis sit, ei totum sit quod celis?* (De Tripl. gen. benor.). La remuneración de los elegidos, dice en otra parte este gran Santo, es un torrente de delicias, un río impetuoso de goces. Es un río que corre lleno de una a otra parte y que jamás se seca. Se la compara a un río, no porque pase, sino porque tiene su profundidad. (*Serm. in errores hij. sæculi*).

El ojo no ha visto, el oído no ha percibido, ni el corazón del hombre jamás concibió lo que Dios ha preparado a los que le aman, dice S. Pablo a los Corintios: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ preparavit Deus iis qui diligunt eum.* (1. II. 9). El ojo del hombre jamás ha visto; y sin embargo, ¿qué no ha visto el ojo del hombre? La hermosura del firmamento, las maravillas de la naturaleza, la primavera, las grandes ciudades, las grandes fiestas, etc.... El oído jamás ha percibido; y sin embargo, ¿qué armonías no le han conmovido? Ha oído cantos admirables, voces arrebatadoras, sinfonías maravillosas, el canto de los pájaros, la elocuencia de los oradores! El corazón del hombre jamás ha concebido; y sin embargo, ¿qué no concibe el corazón del hombre?....

Grande y bienaventurado Apóstol: vos que, arrebatado hasta el tercer cielo, habéis visto, oído y concebido tantas maravillas: vos que habéis visto la misma esencia de Dios, decidnos lo que habéis visto, lo que habéis oído y lo que habéis concebido. Escuchad su respuesta: *Audivit arcana verba quæ non licet homini loqui.* He visto, oído y concebido maravillas que no puede expresar un hombre. (II. Cor. XII. 4).

He visto un cielo nuevo y una nueva tierra, dice S. Juan en el

Apocalipsis: *Vidi celum novum, et terram novam.* (XXI. 1). Uno de los siete ángeles, añade este apóstol, vino y me dijo: Venid, y os mostraré la Esposa novia del Cordero. Y me trasportó en espíritu á la cumbre de una alta montaña, y mostróme la ciudad santa de Jerusalén que bajaba del cielo y venía de Dios, la cual tenía la claridad de Dios; y su luz era semejante á una piedra preciosa, á piedra de jaspe transparente como el cristal. Tenía una muralla grande y alta, y doce puertas, y doce ángeles en las puertas. Tres de aquellas puertas al Oriente, tres al Norte, tres al Mediodía, y tres al Occidente. La muralla de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos los doce nombres de los doce Apóstoles del Cordero. Y el que hablaba conmigo tenía una caña de medir que era de oro para medir la ciudad, las puertas y la muralla. La muralla estaba construida de piedras de jaspe: la ciudad era de un oro puro, semejante á cristal muy limpio. Y los cimientos de la muralla de la ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas. El primer cimiento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcodonía, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de sardo, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el nono de topacio, el décimo de crisopraso, el undécimo de jacinto, y el duodécimo de amatista. Y las doce puertas son doce perlas; y cada puerta estaba hecha de una de estas perlas, y el pavimento de la ciudad era oro puro y transparente como el cristal. Y no vi ningún templo en la ciudad, porque el Señor Dios omnipotente y el Cordero son su templo. Y la ciudad no necesita sol ni luna que alumbren en ella, porque la claridad de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. No hay noche en aquel lugar, y nada que esté mancado entrará allí, ni tampoco ninguno de los que cometen la abominación y la mentira, sino tan sólo aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero. (C. XII). Y el ángel me enseñó un río de agua vivificante, clara como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la ciudad, en las dos orillas del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando su fruto cada mes, y las hojas del árbol sirven para curar á las Gentes. Allí no habrá ya maldiciones, sino que Dios y el Cordero estarán de asiento en ella, y sus servidores le servirán. Y verán su rostro, y tendrán el nombre de él escrito en la frente. Y allí no habrá jamás noche, y no necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, porque el Señor Dios les iluminará y reinarán por los siglos de los siglos. (C. XIII). Y yo Juan, soy el que he oído y visto estas cosas: *Ei ego Johannes, qui audivi et vidi hæc.* (XIII. 8).

Ved las bellas y ricas maravillas que S. Juan escribe de la ciudad santa: 1.º Es la nueva Jerusalén en un cielo nuevo y una nueva tierra. 2.º Es el tabernáculo de Dios con los hombres; Dios habitará con ellos; ellos serán su pueblo, y él será su Dios. 3.º Dios enjugará todas sus lágrimas. 4.º Dios lo renovará todo: *Eccæ nova facio omnia.* 5.º La Jerusalén celestial brilla con la claridad de Dios; allí

jamás hay noche, sino un día que dura eternamente; no necesita ni sol ni luna, porque el esplendor de la luz de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. 6.º Tiene una muralla de jaspe; esta muralla significa la fuerza y la seguridad de los elegidos. 7.º Sus doce puertas indican que el cielo está abierto de todas partes y en todos tiempos y á todas horas, para, los justos y para los Santos, sin excepción de personas. 8.º Tiene doce cimientos. Estos doce cimientos significan que descansa sobre la santidad y sobre la doctrina contenida en el Símbolo de los Apóstoles, que tiene doce artículos. 9.º Es cuadrada: lo que indica su exacta y perfecta arquitectura, así como la admirable unión de sus ciudadanos. 10. Es vasta y espaciosa; de donde se deduce su magnificencia y el inmenso número de sus habitantes. 11. Sus edificios y sus plazas son de oro puro como el cristal; porque en el cielo todo es puro y precioso, y todo se manifiesta á los elegidos. 12. Dios es su templo; porque los elegidos ven, respetan, honran, adoran y alaban á Dios y al Cordero. 13. Las naciones marcharán á su luz, y los reyes de la tierra llevarán su gloria á su seno; es decir que en el cielo estarán reunidas la pompa y la gloria de todos los reyes, de los príncipes y de los pontífices. 14. El río de vida significa la abundancia de sabiduría y de todos los placeres puros. Los árboles, tan bellos y tan fértiles, señalan la inmortalidad y la eternidad.

El cielo está construido por mano del mismo Dios: ¿cuál no es pues su hermosura, su esplendor y sus riquezas? Dios es su incomparable adorno. El lugar que los elegidos ocupan allí, es infinitamente hermoso, puesto que está preparado por el mismo Jesucristo: Voy á prepararos el sitio, dice á sus Apóstoles: *Vado parare vobis locum.* (Joan. XIV. 2). Con su sangre y su muerte ha comprado y pagado á Dios su Padre el precio de estas moradas celestiales, las ha comprado para darnoslas. Y si queréis conocer su valor, apreciad si podéis, el valor de la sangre de Jesucristo.....

¿Qué serán, dice S. Agustín, las riquezas de aquel cuya pobreza nos ha hecho ricos? *Quid factura sunt divitiæ ejus, cujus paupertas nos divites fecit?* (In Epist. II. ad Cor.). En efecto: ¿qué ha empleado Jesucristo para rescatarnos? Un pesebre y una cruz..... ¿Qué no tendremos pues en el cielo, en donde manifiesta todos sus tesoros?

Todo lo bueno que existe, dice S. Agustín, está en el cielo, y ninguna cosa mala jamás penetra allí: *Quidquid boni est, ibi est; et quidquid mali est, ibi nunquam est.* (Lib. XXII. de Civit., c. XXX). El cielo, dice en otra parte, es una ciudad cuyo rey es una verdad, cuya ley es la caridad, y cuya duración es la eternidad: *Cælum est civitas, ubi rex est veritas, lex caritas, modus æternitas.* (Lib. de Civit.). ¿De qué bienes, dice S. Eucherio, Dios no ha de colmar á sus elegidos en el cielo, el que tanto da aquí en la tierra á los ingratos? *Quam bona rependet bonis, qui tam magna largitur ingratis?* (Epist. ad Valer.).

El reino de los cielos, dice S. Agustín, sobrepuja en grandeza á todo lo que puede decirse; es superior á todos los elogios, y aventaja á todas las glorias imaginables: *Regnum Dei omni fama majus est, omni laude melius, omni gloria qua putatur, excellentius.* (Lib. de diligendo Deo, c. XVIII).

¡Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza para alcanzar algún día una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, y que es inmarcescible, que nos ha reservado en el cielo! (I. I. 3-4).

El Señor en Sion es grande; elevado está sobre todos los pueblos, dice el Salmista: *Dominus in Sion magnus, et excelsus super omnes populos.* (XXVIII. 2).

Si la gloria del Señor llenaba el templo de Salomón, ¿de qué gloria no ha de estar lleno el cielo, lugar en donde habita? Por esto decía Isaías que los elegidos verán al Rey en su gloria: *Regem in decore suo videbunt.* (XXXIII. 17).

Lo que Dios prepara á los que le aman, dice S. Eucherio, no puede ser comprendido por la fe, ni penetrado por la esperanza, ni conocido por la caridad; sobrepuja infinitamente á todos los deseos y á todos los votos; es una cosa que puede obtenerse, pero no apreciarse en su justo valor (1).

Vuelve la vista á Sion, dice Isaías, ciudad donde se celebran nuestras solemnidades; tus ojos verán á Jerusalén, esta mansión opulenta, una tienda que no podrá ser trasladada á otra parte: *Hespecte Sion, civitatem solemnitatis nostrae; oculi tui videbunt Jerusalem, habitationem opulentam, tabernaculum quod nequaquam transferri poterit.* (XXXIII. 20). Desde que el mundo es mundo, los hombres no han concebido, el oído no ha percibido, el ojo no ha visto, sino sólo Vos, oh Dios, lo que habeis preparado para aquellos que os están aguardando, dice el mismo profeta: *A uiculis non audierunt, neque auribus perciperunt, oculus non vidit, Deus, absque te, quia preparasti expectantibus te.* (LXIV. 4).

¡O ciudad de Dios, gloriosas cosas se han dicho de tí! exclama el Real Profeta: *Gloriosa dicta sunt de te, cielas Dei!* (LXXXVI. 3).

Hablando del brillo y de la gloria de los Santos en el cielo, S. Crisóstomo dice que el último de los elegidos posee en el cielo un esplendor y una gloria mayores que las que Jesucristo ha manifestado en su transfiguración, porque moderó ambas cosas para adecuárlas á la vista de sus tres Apóstoles. Por otra parte los ojos del cuerpo no pueden sufrir un brillo que los ojos del alma sufren perfectamente. Luego los Apóstoles no veían más que la gloria exterior, y en el cielo

Brillo y esplendor de los elegidos, primer principio de la gloria en el cielo.

(1) Id quod parat Deus diligenti bus se, fide non comprehenditur, spe non attingitur, caritate non capitur, desideria et vota transgreditur, adipisci potest, mutuari non potest. *Kalut.*

veremos á la vez la gloria exterior é interior de Dios y de cada uno de los elegidos. (*Homil. ad pop.*).

En el cielo, dice S. Agustín, los elegidos ven á Dios sin interrupción; el conocimiento que tienen de él, no está sujeto á error; lo aman sin poder ofenderle, y le alaban sin cansarse jamás (1).

Ahora no vemos á Dios, dice S. Pablo, sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entonces los veremos cara á cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; pero entonces le conoceré á la manera que soy yo conocido: *Videmus nunc per speculum in enigmate; tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte; tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum.* (I. Cor. XIII. 12).

Dios es todo en todos, dice el gran Apóstol: *Deus omnia in omnibus.* (I. Cor. XV. 28).

Queridísimos míos, dice el apóstol S. Juan: ahora somos hijos de Dios; pero no aparece todavía lo que algún día seremos. Sabemos si que cuando se manifestare claramente Jesucristo, seremos semejantes á él, porque le veremos como él es: *Carissimi, nunc filii Dei sumus: et nondum apparuit quid erimus. Scimus quoniam, cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* (I. III. 3).

Señor, en vuestra luz veremos la luz, dice el Salmista: *In lumine tuo videbimus lumen.* (XXXV. 10).

En el cielo, la razón está plenamente iluminada, y la inteligencia no tiene que temer el error. En el cielo, los elegidos desean, ansían ver, y ven todo lo que desean... Ven la esencia de Dios en sí misma; ven el misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación y de la Redención: Veremos á Dios tal como es: *Videbimus eum sicuti est.*

Todos los divinos atributos de Dios aparecen claramente á los ojos de los elegidos....

La Divinidad de Jesucristo, dice S. Agustín, es como el gran sol que preside al día de la bienaventuranza celestial; y su humanidad es como la luna que preside á la noche de este siglo. (*Lib. de Civit.*).

Santa Teresa cuenta que un día Jesucristo le enseñó su mano glorificada. Para darnos una idea del brillante esplendor de esta mano, hace la comparación siguiente: Figúraos, dice, un río muy límpido, cuyas aguas corren blandamente por un cauce del más puro cristal; figúraos aún quinientos mil soles, tan brillantes y más brillantes todavía que el que ilumina la tierra, luzando y reuniendo en esta río todos sus rayos reflejados por el cristal sobre que corre; pues bien: esta luz deslumbradora no es más que una noche oscura si se la compara con el esplendor de la mano de Jesucristo. Santa Teresa no habla más que de la mano de Jesucristo; ¿cuál no será pues la luz y el brillo que despidan su humanidad y su divinidad unidas! Unid el esplendor del Hijo, el del Padre y del Espíritu Santo, el de la

(1) Illi significantur deus sine intermissione, cognoscitur sine errore, amatur sine offensione, laetatur sine fatigatione. *Lib. de Civit.*

Madre de Dios; el de los nueve coros de Angeles, el de los Patriarcas y de los Profetas, de los Apóstoles y de los Mártires, de los Confesores y de las Virgenes, el de todos los Santos....

Resplandecía, dice el Salmaista, sobre nosotros la luz del Señor Dios nuestro: *Et sit splendor Dei nostri super nos.* (LXXXIX. 47).

En el cielo, dice la Sabiduría, los justos brillarán como el Sol, y como centellas que discurren por un canaveral, así volarán de unas partes á otras. (III. 7).

Jerusalén, ciudad de Dios, brillará con una luz deslumbrante, exclama el santo hombre Tobías: *Jerusalem, civitas Dei, luce splendida fulgebis.* (XIII. 41-43).

Felices habitantes de la ciudad eterna, dice Isaías, ya no habrás menester sol que te dé luz durante el día, ni te alumbrará el esplendor de la luna, sino que el Señor mismo será la sempiterna luz tuya, y la gloria ó claridad el mismo Dios tuyo, y los días de vuestro luto habrán acabado: *Non erit tibi amplius sol adlucendum per diem, nec splendor lune illuminabit te; sed erit tibi Dominus in lucem sempiternam, et Deus tuus in gloriam tuam, et complebitur dies luctus tui.* (LX. 49-50).

Dará á mis elegidos, dice el Señor por medio de Jeremías, una tierra que merezca ser el objeto de todos los votos, una brillante herencia: *Tribuam tibi terram desiderabilem, hereditatem precariam.* (III. 19). La patria celestial, herencia nuestra, dice Sto. Tomás, está iluminada por el esplendor de la visión divina. (In his verbis Jerem.).

Los justos, dice Jesucristo, resplandecerán como el sol en el reino de su Padre: *Iusti fulgebunt sicut sol in regno Patris eorum.* (Matth. XIII. 43).

Dentro de poco ya no me veréis; mas poco despues, en resucitando, me volveréis á ver: porque me voy al Padre, dice Jesucristo á sus Apóstoles. (Joan. XVI. 16). Dios, dice S. Agustín, no retarda mucho el cumplimiento de su promesa: poco despues le veremos en un lugar en donde nada tendremos que pedir, nada tendremos que indagar, porque nada nos quedará que desear ni conocer (1).

Los elegidos ven siempre á Dios, dice en otra parte este gran Santo, y desean verle siempre: tan agradable es la vista de Dios en este deleite descansan llenos de Dios. No separándose de la soberana bienaventuranza, son felices; contemplando sin cesar la eternidad, son eternos; unidos á la verdadera luz, se convierten tambien en luz. ¡O bienaventurada vision en la que se contempla en toda su hermosura al Rey de los Angeles, al Santo de los Santos, á quien todos deben la existencia! Justos, rogocíalos, estremaeos de alegría, porque veis á aquel á quien amais; tenéis á aquel á quien de-

(1) Non tardet Dominus promissionem modicam et videbimus eum, ut iam nihil cogerimus, nihil interrogemus, quia nihil desiderandum remanet, nihil querendum latet. *Lib. de Civit.*

seáis; poseéis á aquel que ya jamás temeréis perder: el es la salvación, la vida, la paz y todos los bienes (1).

En el cielo, dice S. Bernardo, veremos el brillo de la gloria, el esplendor de los Santos, la majestad de un poder verdaderamente real; conoceremos el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la bondad infinita del Espíritu Santo. ¡O bienaventurada vision, que consiste en ver á Dios en sí mismo, en verle en nosotros, y en vernos en él con una feliz alegría con una inexplicable felicidad! (2).

Los elegidos son iluminados por el esplendor de Dios, y por su propio esplendor, que es el reflejo del de Dios. Dios, el eterno sol de justicia, llena el cielo y á los elegidos con su divino brillo. Los Santos son como otros tantos soles sumergidos en los rayos del sol supremo del que reciben todo su brillo, al mismo tiempo que cada uno de ellos participa tambien del esplendor de todos sus compañeros de gloria. Todos ven á Dios entero en sí mismo, todos ven á Dios entero en todos los elegidos, todos se ven en Dios, Dios está entero en todos y en cada uno: *Ut sit Deus omnia in omnibus.* ¡O hermoso cielo, se dicen de ti cosas gloriosas! *[Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei]*

En el cielo se cumple la suplica, el deseo de Jesucristo cuando decía á su Padre, hablando de sus discípulos: Haced que todos sean una misma cosa, y que como tú, ó Padre, estás en mí y yo en ti por identidad de naturaleza; así sean ellos una misma cosa en nosotros por union de amor. Yo estoy en ellos, y tú en mí, á fin de que sean consumados en la unidad: *Ego in eis, et tu in me, ut sint consummati in unum.* (Joann. XVII. 23). Hé aquí, dice S. Bernardo, el fin, hé aquí la consumacion, hé aquí la perfeccion, hé aquí la paz, la alegría en el Espíritu Santo, esto es el silencio del arrobamiento en el cielo: *Hic est finis, hac est consummatio, hac est perfectio, hac est pax, hoc est gaudium in Spiritu Sancto, hoc est silentium in celo.* (In hac verba Joann.).

Dios está todo en todos sus elegidos, á fin de manifestar en ellos todo su poder, y ser allí la vida, la salvacion, la virtud, la abundancia, la gloria, el honor, la paz y todos los bienes. Estas palabras del Apóstol «Dios está todo en todos» deben entenderse, dice S. Jerónimo, en el sentido siguiente: El Señor, Salvador nuestro, no está todo en todos aquí en la tierra, sino solamente en paré en cada

Uno de los elegidos con Dios, formando parte de su felicidad en el cielo.

(1) Semper videtis et semper videre desideratis: tam desiderabilia est vel videndum. In hac delectatione requiescent pleni dei, silicet semper sempiterni, hanc sunt consummationem semper eternitatem, eterni sunt iuxta vero laudis, hic dei sunt. O beati videri, videre deus angelorum in deo, videri sanctum sanctorum, per quem omnes facti sunt. Gratias et exultate, iusti, quia videris quem amatis, habetis quem desideratis, illi, totius quem amittere nunquam timebis: ipse est salus, vita, pax et omnia bona. *De Anima et Spiritu.*

(2) In videris gloriam deorum, sanctorum splendorem, et patris potentiam honorum; consociamus patri potentiam, filii sequuntur, spiritus sancti benignitatem elemeant. O beati videri, videre deum in seipso, videre in nobis, et nos in eo felici iunitione, et iunctura felicitate. *In I. Math. c. IV.*

uno. Por ejemplo: está en Salomón por la sabiduría, en David por el poder, en Job y en Tobías por la paciencia, en Daniel por el conocimiento de las cosas futuras, en Pedro por la fe, en Pablo por el celo, en Juan por la virginidad, y en otros por otros favores. Pero cuando haya llegado el fin del mundo, entonces estará todo en todos; cada santo tendrá todas las virtudes, y Jesucristo estará entero en cada uno de ellos. (*Epi. ad Amant.*).

Dios está todo en todos; 1.º Así como gotas de agua se incorporan al océano, así todos los bienaventurados se pierden en Dios por la visión beatífica y por el amor; están absortos y unidos a Dios que es el soberano bien y merece soberanamente ser amado. 2.º Esta unión de los elegidos con Dios es semejante a la luz del sol que penetra la atmósfera de tal manera que ella misma parece ser la luz; así Dios, lleno de tal manera a los bienaventurados con su esplendor y su gloria, que ellos parecen más bien dioses que hombres. 3.º Es semejante a la unión del hierro y del fuego. Bajo la acción del fuego, el hierro se envorace y parece que se convierte en fuego; así los elegidos, amando y poseyendo a Dios, quedan de tal manera abrasados con el fuego divino, que llegan en cierto modo a transformarse en Dios. 4.º La miel mezclada con el agua convierte esta en miel; así Dios con su dulzura alimenta y embriaga de tal manera a los elegidos, que parecen ser la misma dulzura; porque Dios es un océano infinito de delicias, de alegría y consuelo. 5.º Los acordes armoniosos llenan agradablemente el oído de todos los que los oyen; así los elegidos están llenos de las divinas armonías de Dios. 6.º Un espejo sin mancha recibe y refleja todas las figuras que están delante de él, de modo que parecen vivir y moverse allí; de la misma manera todos los elegidos existen, viven y se mueven en Dios.

¿Quién comprenderá, dice S. Bernardo, la multitud y la extensión de las delicias contenidas en estas dos palabras: Dios está todo en todos? Es por el entendimiento la plenitud de la luz; por la voluntad, la paz perfecta; por la memoria, la eternidad. ¡O verdad, ó caridad, ó eternidad! suspira por vos, porque desgraciadamente está lejos de vos. Esperad en Dios: todo error se elevará de vuestro entendimiento, toda resistencia de vuestra voluntad, todo terror de vuestra memoria, y vendrá luego una luz admirable, una serenidad completa, una seguridad eterna, nuestra alegría y nuestra esperanza. Dios, como verdad, verificará la primera maravilla; como caridad, verificará la segunda; como poder supremo, obrará la tercera. (*Serm. XI. in Cant.*).

Aquí está la tienda de Dios levantada entre los hombres, dice el Apocalipsis, y permanecerá con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios habitando en medio de ellos será su Dios: *Eccce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis: et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit cor unum Deus.* (XXI. 3).

Del mismo modo que algunos llevan en la mano flores odoríferas a fin de respirar los suaves perfumes que despiden, así Dios tiene en su

mano ó más bien en su corazón a todos sus elegidos, y se deleita con el dulce olor de sus virtudes....

Los elegidos encontrarán una felicidad inefable en el amor que han de experimentar los unos por los otros en su unión, y en la comunicación de los bienes de todos a cada uno, y de los bienes de cada uno a todos.

Escuchad a S. Agustín: En el cielo, dice, no habrá celos que provengan de la desigualdad de amor; todos se aman de la misma manera: *Non erit ibi aliqua invidia disparis caritatis, ubi in omnibus regnat unitas caritatis.* (De celesti vita). El cielo, añade el mismo Doctor, será testigo de un hermoso espectáculo: ningún inferior envidiará la suerte de los que estén encima de él, como en el cuerpo humano el dedo no tiene celos del ojo, ni los oídos de la lengua, ni los pies de la cabeza. ¿No deberán sin embargo los elegidos de un puesto inferior tener envidia de los que les sobresalen? No, responde S. Agustín: Un pequeño vaso que está lleno, está tan lleno como uno grande; un estanque cuya agua se desborda, está tan lleno como el mar; nada le envidiará ni puede envidiarle, puesto que no puede recibir ni una gota más de lo que contiene. Así sucede con los elegidos. Dios está igualmente en todos; solamente aquel que haya traído más, no dinero, sino fe, tiene mayor capacidad relativamente a Dios: *Deus omnibus equaliter adest; sed apud Deum plus habet loci, qui plus attulerit, non argenti, sed fidei.* (Homil. de Cent. Orib.).

Tal caridad une tan perfectamente a los elegidos entre sí, que el bien que un elegido no recibe directamente, lo recibe en cierto modo con la felicidad que experimenta viéndolo recibido por otro; está tan satisfecho del bien que cabe a sus compañeros, como del suyo propio: *Tanta eis caritatis ibi omnes assuevit, ut bonum quod quisque in se non accepit, in alio se gaudet accepisse.* (Lib. IV. Moral., c. XXXI). Todos poseen a Dios, que es la unidad perfecta, y en esta unidad no constituyen más que uno. Así, en la misma tierra los primeros cristianos daban un espectáculo análogo: no tenían todos más que un corazón y un alma; ninguno consideraba como suyo nada de lo que poseía, sino que todo era común: *Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una; nec quisquam eorum, quon possidebat, aliquid suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia.* (Act. IV. 32).

Una madre tierna se alegra de las caricias y de los regalos que conceden a su hijo querido; los mira como si los hicieran a ella misma; de la misma manera cada uno de los elegidos mira como hechos a sí mismo los bienes que Dios hace a sus compañeros.

Esta múltiple unión y caridad es la alegría de los bienaventurados; ella constituye su regocijo; cada uno de ellos se alegra a la vez de su propia felicidad y de la felicidad de los otros; cada uno de ellos es feliz por la dicha de todos, y todos lo son por la dicha de cada

Los elegidos estarán unidos entre sí; cada uno de ellos participará de los bienes de todos, y todos de los bienes de cada uno, tercer principio de su felicidad.

uno. Así multiplican su felicidad. Una fuente inagotable apaga la sed de cien mil hombres lo mismo que de uno sólo, y ninguno de ellos tiene ganas del agua que los demás beben, puesto que es abundante, y no ha de agotarse por más cantidad que se consuma; lo propio sucede con los elegidos. Existe entre ellos una unión que de todos no hace más que uno, unión infinitamente íntima y perfecta que jamás se alterará ni podrá quebrantarse. Están consumados en la unidad, esto es en Dios: *Ut sint consummati in unum*.

Hay tan grande amor, dice S. Anselmo, por una parte entre Dios y los elegidos, y por otra entre los mismos elegidos, que todos los elegidos se aman mutuamente tanto como cada uno de ellos se ama á sí mismo, pero todos aman á Dios más que á sí mismos: *Tanta erit dilectio inter Deum et eos qui ibi erunt, et inter seipsos, ut omnes invicem diligant sicut seipsos, sed plus omnes ament Deum quam seipsos*. (Epist. II. ad Hugon.).

Todos, dice S. Bernardo, tienen la misma alegría, el mismo afecto, los mismos gozos, la misma voluntad, el mismo pensamiento y un amor eterno. (Medit. c. IV.).

Los elegidos son los herederos de Dios, dice S. Pablo: *Heredes Dei*. (Rom. VIII. 17). Esta herencia, dice S. Agustín, no es como las de la tierra; no disminuye con el número de los que tienen derecho á ella; lo mismo hay para muchos que para algunos, lo mismo hay para todos que para uno sólo. Cada cual recibe toda la herencia, puesto que viene á Dios entero; y todos lo reciben íntegramente, estando Dios todo en todos: *Deus omnia in omnibus*. Dios no constituye á los elegidos herederos de un bien que se les entrega por muerte de su poseedor; se da él mismo en herencia, y los destina á vivir eternamente con él. Aquí en la tierra, es menester alcanzar la muerte del poseedor para heredar; en el cielo, es preciso que el donador, que es Dios, viva siempre á fin de que los que están llamados á poseerle puedan recibir y guardar siempre su herencia. En la tierra lo que tiene uno no lo tiene otro; en el cielo cada cual posee lo que los demás poseen, y todos tienen el bien de cada cual. Esto es Dios. Dios no ha colocado límites en sí mismo, ni al rededor de él, y nadie puede establecerlos. Dice á cada elegido del mismo modo que á todos: *Hodie aquí; yo soy el océano sin límites y sin orillas; me entrego á vosotros, gozad de mí*. (In Psal. CXXXVI. CXLIX.).

Todos poseen la herencia por entero, sin que disminuyan las riquezas de Dios, dice S. Ambrosio; y la herencia es tanto mayor para cada uno de los herederos, cuanto son más numerosos. (In Psal. CXVIII.).

¡O ciudad celestial! se han dicho cosas gloriosas de ti: ¡Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!

Dios hará eternamente la voluntad de los elegidos, y ellos harán eternamente la de Dios.

Escuchad á Hugo de S. Victor: En el cielo, dice, hay todo lo que puede amarse, todo lo que puede desearse. Si la hermosura placía á los justos, brillarán como el sol: *Iusti fulgebunt sicut sol*. (Math. XIII. 43). ¿Desean ser ágiles y fuertes? Serán semejantes á los ángeles. ¿Desean una larga vida? Tendrán la eternidad. ¿Desean la salud? Será perfecta. ¿Quiéren ser saciados? Señor, exclama el Rey Profeta, yo seré saciado cuando se me manifestará vuestra gloria: *Satiabor cum apparuerit gloria tua*. (Psal. XVI. 15). ¿Tienen sed de felicidad? Señor, prosigue el Salmista, la abundancia de vuestra casa les embriagará: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ*. (Psal. XXXV. 9). ¿Quiéren placeres y alegrías? Vos los hareis beber, Señor, en el torrente de vuestras delicias: *Torrente voluptatis tuæ potabis eos*. (Psal. XXXV. 9). ¿Quiéren sabiduría? Todos la poseerán, todos serán enseñados de Dios, dice Jesucristo: *Erunt omnes docibiles Dei*. (Joann. VI. 45). ¿Quiéren un gran poder? Se internarán en la consideración de las obras del Señor: *Introibo in potentias Domini*. (Psal. LXX. 16). Serán omnipotentes sobre su voluntad y sobre la voluntad de Dios, como Dios lo será sobre la suya. Porque de la misma manera que Dios puede por sí mismo todo lo que quiere, los elegidos pueden por Dios todo lo que ellos quieren. ¿Quiéren honores y riquezas? Dios les hace dueños de todos sus bienes: *Supra multa te constituam*. (Math. XXV. 21). Animo, servidor bueno y fiel, dice Jesucristo, tú has sido fiel tratando de cosas de poca importancia, y por lo mismo te haré dueño de grandes bienes: participa de la alegría de tu Señor: *Euge, parce bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui*. (Math. XXV. 21). ¡Desean la seguridad y no hallarse jamás sujetos al temor? Están tan ciertos de no perder jamás el bien que poseen, como de no consentir ellos mismos en perderlo. Están seguros de no verse jamás privados de Dios, á quien aman, y que les ama.

¿Quiéren una recompensa? Yo, dice el Señor, seré su recompensa, y recompensa superabundante: *Ego ero merces tua magna nimis*. (Gen. XV. 1). ¿Quiéren la paz? Están sumergidos en el mismo río de la paz, en el océano divino. ¿Desean la alegría? Todo en el cielo, dice Isaías, respirará alegría y regocijo: allí se oirán los continuos ecos de las acciones de gracias y los cánticos de alabanzas. (LI. 3).

¿Quiéren la igualdad, la imposibilidad, la claridad, la sutileza? S. Pablo les asegura que sus cuerpos tendrán todas esas hermosas dotes. (I. Cor. XV. 32-44).

Ellos poseen á Dios, que es la hermosura, la fuerza, la duración, la salud, la sabiduría, el poder, la riqueza, la paz, la alegría en grado supremo.

¿Quiéren la perfección de todos los bienes? Tienen á Dios. ¿Quié-

En el cielo Dios hará la voluntad de los elegidos, y los elegidos harán la de Dios, cuarto principio de su felicidad.

ren el alejamiento de todos los males? En el cielo jamás habrá dolores, dice el Apocalipsis: *Neque dolor erit ultra*. (XXI. 4). Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos; ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamores, ni dolor; todo esto habrá pasado: *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum; et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt*. (Apoc. XXI. 4). Para ellos la muerte está vencida; han triunfado de ella y cantan la derrota y su victoria: *Ubi est, mors, victoria tua?* (I. Cor. XV. 55).

¿Habrá en el cielo tentaciones? No, el tentador ha sido arrojado y excluido de allí para siempre.

Así como Dios puede hacer todo lo que quiere por sí mismo, de la misma manera los bienaventurados hacen todo lo que quieren por Dios. No hay más que una ley en el cielo, y es la ley del amor de Dios. Ley a la cual todos los elegidos quieren y querrán eternamente conformarse, porque encuentran en ella su suprema felicidad. No quieren más que lo que Dios quiere. Lo que los elegidos quieren, Dios lo quiere; lo que Dios quiere, los elegidos lo quieren; lo que un elegido quiere, todos los elegidos lo quieren, y Dios lo quiere. Todos quieren lo mismo; amar a Dios y ser amados de él. Lo que quieren, está conforme con sus deseos, y sus deseos están conformes con la voluntad de Dios. Tienen todo lo que quieren, todo lo que aman, todo lo que desean; y Dios por su parte encuentra en ellos todo lo que quiere, y todo lo que ama. Ellos desean, y sus deseos quedan satisfechos. Quedan saciados, y no dejan de desear. Para que la ansiedad no acompañe a sus deseos, dice S. Gregorio, reciben todo lo que desean al punto que lo desean; y para que el disgusto no suceda a su saciedad, aunque saciados, no dejan de desear. Desean sin cansarse, porque el efecto corona su deseo; y quedan saciados sin experimentar disgusto, porque el deseo nace de su misma saciedad. Así por una parte deseo eterno de ser saciados, y por otra cumplimiento eterno de sus eternos deseos: *Ne sit in desiderio anxietas, desiderantes satiantur; et ne sit in satietate fastidium, satiati desiderant. Et desiderant sine labore, quia desiderium satietas comitatur; et satiantur sine fastidio, quia ipsa satietas ex desiderio semper accenditur*. (Lib. XVIII. Moral., c. XXVIII).

Estaremos llenos de los bienes infinitos de la casa de Dios, dice el Salomista: *Replebimur in bonis domus tua*. (LXIV. 5).

¿Qué inefable felicidad gozaremos en el cielo! Dios será todo en todos: *Deus omnia in omnibus*.

¡O ciudad de Dios! gloriosas cosas se han dicho de ti: ¡Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!

En el cielo los elegidos serán reyes, quinto principio de su felicidad.

Felicidad inefable de los elegidos; serán reyes. Lo que cada elegido quiera, sea con relación a sí mismo, sea con relación a sus compañeros, sea con relación al mismo Dios; al momento se verificará. ¿No es esto ser un gran rey? ¿Existe otro comparable en la tierra?

Todos juntos con Dios serán reyes, y no formarán más que un solo rey y como un sólo poder. Cada elegido será perfectamente rey, porque se verificará al instante todo cuanto quiere. ¿Queréis ser reyes en el cielo? Amad a Dios y al prójimo como debéis, y mereceréis ser lo que deseáis.

Yo he visto, dice S. Juan en el Apocalipsis, una gran muchedumbre que nadie podía contar, de todas las naciones, de todas las tribus, de todos los pueblos y de todos los idiomas; estaban de pie delante del trono y delante del Cordero llevando vestidos blancos con palmas en las manos: *Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis, stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amicti stolis albis, et palma in manibus eorum*. (VII. 9). Estas palmas indican la victoria; a los vencedores se les concede honores reales.

Los elegidos verán la cara de Dios; su nombre estará escrito sobre sus frentes; reinarán en los siglos de los siglos; gozarán constantemente de la vista de Dios, como amigos ó íntimos suyos, y serán menos servidores que príncipes y reyes.

Recibirán el reino de la gloria y una brillante diadema de la mano del Señor, dice la Subiduría: *Accipient regnum gloriae, et diademata speciei de manu Domini*. (V. 17). Esta mención de una diadema, significa que los elegidos serán reyes en el cielo; obtendrán el reino de Jesucristo, y toda su gloria, como vencedores del mundo, de Satanás y de la carne. La diadema es la insignia tanto del Rey como del vencedor.

El Señor, oh Jerusalén, te volverá a traer tus hijos, conducidos con el decoro de hijos del reino, dice el profeta Baruch: *Portatus in honore sicut filios regni*. (v. 6).

¡O Señor, exclama S. Agustín, cuán glorioso será vuestro reino, en donde todos los Santos reinan con Vos, revestidos de luz como con un manto, y teniendo sobre sus cabezas una corona de piedras preciosas! ¡O reino de la eterna bienaventuranza, en donde sois, Señor, la esperanza de los Santos y la diadema de su gloria! (1).

Las palabras de tronos y coronas que se presentan tantas veces en el lenguaje de la santa Escritura, prueban que todos los elegidos serán reyes.

¡O ciudad de Dios! cosas gloriosas se han dicho de ti: ¡Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!

Los elegidos serán transformados en Dios por su visión y su amor; estarán como incorporados en él; Dios llenará de tal manera a sus elegidos con su gloria, que parecerán más bien dioses que simples criaturas.

En el cielo los elegidos serán como dioses, sexto principio de su felicidad.

(1) ¡O cuán glorioso es el reino, la que teema, Domine, regnum omnes Sancti, multi homines ac vestimenta, imitatio in corpore sanctorum de lignis preciosis! ¡O regnum beatitudinis, ampliatum, ubi tu, Domine, spes sanctorum, et diadema gloriae! *Spiritus*, c. XXXV.

En el cielo, todos los elegidos son dioses, dice S. Agustín: *Quotquot ibi sunt, dii sunt* (De spiritu et anima).

La gloria es la consumación de la gracia; los elegidos, dice S. Pedro, participan de la naturaleza de Dios: *Dei consortes natura*. (II. i. 4). Allí participan ellos plena y perfectamente; porque Dios, manifestándose claramente a los bienaventurados, los cambia en sí mismo, á fin de hacerse semejantes, esto es, felices, gloriosos y como dioses. El término de todas las acciones y de todas las contemplaciones de los elegidos, es la deificación: se convierten en Dios como el hierro se convierte en fuego.

En el cielo, el alma, iluminada por la luz increada, brilla con un esplendor divino: el amor de Dios se apodera de ella de tal manera, que nada aparece en ella sino Dios; se parece al hierro enrojecido en una fragua, que se convierte en fuego.

Sabemos si, dice el apóstol S. Juan, que cuando se manifestare claramente Jesucristo, seremos semejantes á él en la gloria, porque le veremos como él es: *Scimus quoniam, cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam viderimus eum sicuti est*. (I. iii. 2).

Entre Dios y nosotros existen tres principios de semejanza: 1.º la naturaleza; porque, como Dios, somos de una naturaleza inteligente; 2.º la gracia, que hace nacer en nosotros las virtudes, como dice S. Bernardo; 3.º la gloria beatífica que en el cielo nos acerca á Dios tanto como es posible.

En el cielo, dice S. Agustín, el alma humana estará como absorta y perdida; se hará divina: *Absorbetur et perdetur mens humana et fiat deus*. (In Psal. XXXV).

San Bernardo asegura que Dios en esta vida todo lo ha arrojado con número, peso y medida, pero que en cielo todo está allí sin peso, número ni medida. (Serm. in Cant.).

Los elegidos ven á Dios en el mismo, lo ven en sí mismos, y se ven en él....

En el cielo se cumple en algún modo el dicho de Satanás á nuestros primeros padres: *Seréis como dioses: Eritis sicut dii*. (Gen. III. 5).

¡O ciudad de Dios! cosas gloriosas se han dicho de ti: ¡Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!

En el cielo, los elegidos meditan la majestad incomprensible de Dios; saborean sus dulzuras; le admiran, le aman y le alaban.

Aquel á quien nada le falta, es verdaderamente rico y feliz; pero sólo á los bienaventurados no les falta nada: ellos son pues los únicos ricos y felices.

¡Cuán grande es la felicidad de los elegidos! dice S. Agustín. En el cielo ningún bien hace falta, ningún mal existe; se alaba allí á aquel que es todo en todos. Bienaventurados aquellos que habitan en vuestra casa, Señor; ellos os alabarán durante los siglos de los siglos. Todos los miembros de la asamblea de los elegidos se ocupan en celebrar á Dios. Solamente está la gloria verdadera allí

En el cielo los elegidos tienen dentro la felicidad suprema, poseen todos los bienes.

en donde no hay lisonja para el que es alabado, ni error de parte del que alaba. En el cielo está el honor verdadero que no se rehúsa á ninguno de los que lo merecen y sólo se concede á los que son dignos. (Lib. X. de Civit., c. VII).

En el cielo existe la paz que no tiene término, la gloria infinita, la eterna alegría, la fiesta eterna....

En el cielo, dice S. Agustín, brilla aquel que no puede estar contenido en ningún lugar; allí se oye una armonía que el tiempo no limita; allí se respira un perfume que no se llevan los vientos; allí se saborea un placer que no altera la saciedad. Allí se ve á Dios sin esfuerzo, se le conoce sin temor de equivocación, se le ama, se le alaba sin interrupción. (De Spiritu et anima).

¿Cómo, Señor, exclama S. Bernardo, no habéis de embriagar á los elegidos con un torrente de placeres, vos que habéis derramado sobre los mismos que os crucificaron el bálsamo de vuestra misericordia? (Serm. in Cant.).

En el cielo, dice S. Agustín, está el colmo de la felicidad, la gloria suprema, la alegría infinita, y en fin todos los bienes: *Ibi est cumulus felicitatis, supereminens gloria, superabundans letitia, et omnia bona*. (Lib. Medit., c. XIX).

Apresurémonos pues á entrar en aquel reposo eterno, dice S. Pablo á los Hebreos: *Festinemus ergo ingredi in illam requiem*. (IV. 11). En efecto, dice S. Crisóstomo: el descanso está allí, en donde no hay ni solicitud, ni trabajo, ni tristeza, ni dolores, ni gemidos, ni agonía. No es de esta tierra de la que se dijo: Comerás el pan con el sudor de tu rostro. Todo allí es paz, regocijo, felicidad y delicias. Allí no hay envidia, ni celos, ni enfermedades, ni muerte; allí no hay tinieblas, sino un día sereno; allí no hay cansancio ni disgusto. (Homil. VI).

En el cielo, dice S. Gregorio, está la luz que no se apaga, la alegría que no interrumpen los gemidos, el deseo que no causa, el amor sin tristeza, la saciedad sin disgusto, la vida que no se acaba con la muerte, la salud que jamás se altera por enfermedades. Una caridad perfecta reina allí; una misma alegría y un mismo regocijo existen para todos.... (I).

En el cielo, dice S. Bernardo, la recompensa consiste en ver á Dios, vivir con Dios, vivir de Dios, estar cerca de Dios, y estar en Dios, que será todo en todos. Y en donde se halla Dios, el bien supremo, allí se halla la felicidad suprema, el supremo placer, la verdadera libertad, la caridad perfecta, la eterna seguridad y la eternidad que no engaña; allí está la verdadera alegría, la ciencia perfecta, la hermosura y la bienaventuranza infinitas. Allí se encuentran la paz, la piedad, la bondad, la luz, la virtud, la honradez,

(1) *Ibi est lux sine defectu, gaudium sine gemito, desiderium sine pauce, amor sine tristitia, salus sine fastidio, vita sine morte, salus sine languore. Perfecta viget in omnibus caritas, una omnium letitia, una pocius. In Psal. VII.*

la alegría, la dulzura, la vida que siempre dura, la gloria, la alabanza, el reposo, el amor y la admirable concordia (1).

El reino de Dios, dice S. Agustín, está lleno de luz, de paz, de caridad, de dulzura, de felicidad infinita, y de un bien inefable superior á todo pensamiento y á toda expresión. La vida futura es eterna y eternamente feliz; allí se goza de una seguridad inalterable, de una tranquilidad segura, de una alegría pacífica, de una feliz eternidad y de una eterna dicha. El amor es allí perfecto, el temor nulo, el día sin crepúsculos. *Futura vita sempiterna et sempiterna beata ubi est certa securitas, tota tranquillitas, tranquilla jucunditas, felix eternitas, eterna felicitas; ubi amor est perfectus, timor nullus, dies eternus.* (Lib. Medit., c. XXII).

El hombre, dice en otra parte el mismo padre, es feliz llegando á la posesión del Ser cuya felicidad es eterna. He aquí la felicidad sin fin, he aquí para el hombre el principio de una vida que no cesará nunca, de una sabiduría que no conocerá término: la luz que le ilumina, es la luz eterna (2).

Los elegidos, dice el Apocalipsis, están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el mismo que está sentado en el trono, habitará en medio de ellos. No tendrán ya hambre ni sed; ya no les incomodará más el calor del sol ni el bochorno, porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor y les llevará á fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos. (VII. 15-17).

Regozémonos, tengamos alegría, dicen los elegidos, y tributemos gloria á Dios, porque las bodas del Cordero han llegado, y su esposa está preparada: *Gaudemus et exultamus, et donum gloriamus ei; quia venerunt nuptiae. Agni, et uxor eius preparavit se.* (Apoc. XIX. 7). Esta esposa de que habla el Apocalipsis, es la santa Iglesia coronada por Jesucristo en el cielo. Felices aquellos que están llamados á la cena de las bodas del Cordero: *Beati qui cenam nuptiarum Agni vocati sunt.* (Apoc. XIX. 9).

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor en el Apocalipsis. Yo daré gratuitamente de beber de la fuente del agua de la vida al que tenga sed. El que venga, poseerá estos bienes, y yo seré su Dios y él será mi hijo: *Ego sum Alpha et Omega, initium et finis. Ego sitienti dabo de fonte aquae vitae gratis. Qui vicerit, possidebit haec, et ero illi Deus, et ille erit mihi filius.* (XXI. 6-7).

(1) *Exoritur est videtur Dominum vivere cum Deo, vivere de Deo, esse cum Deo, esse in Deo, qui est omnia in omnibus. Et illi est summum bonum, illi est summa felicitas, summa iustitia, summa libertas, perfecta caritas, eterna securitas, et securi eternitas; illa est vera beatus, plena scientia, omnis pulchritudo, et bona beatitudo. Illi est pax, pax, pax, bonitas, lux, virtus, honestas, gaudium, dilectio, vita perennis, gloria, laus, requies, amor, et omnia coelestia. De primis oritur, patet.*

(2) *Homo fit beatus contemplando illud quod semper beatum manet, et est illud ipse beatitudo percipit, et unde fit homo vivens vita perpetua, unde fit homo sapiens sapientia perpetua, unde fit homo illuminatus, lumen sempiternum. Sermon XXXIII. de verbis Dominis in Joannem.*

Señor, dice el Salmista, me habeis enseñado las sendas de la vida: me colmaréis de gozo con la vista de vuestro divino rostro: en vuestra diestra se hallan delicias eternas. (XV. 11). Un río caudaloso, añade, alegra la ciudad de Dios; el Altísimo ha santificado su tabernáculo: *Fluminis impetus sanctificavit civitatem Dei; sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.* (XLV. 5). Feliz, Señor, exclama en otro lugar, aquel á quien Vos elegisteis y allegasteis á Vos: él habitará en vuestro tabernáculo. Colmados seremos de los bienes de vuestra casa: *Beatus quem elegisti et assumptisti; inhabitabit in atriis tuis. Replebimur in donis domus tua.* (XLIV. 5). Felices aquellos que habitan en vuestra casa, Señor; ellos os alabarán para siempre: *Beati qui habitant in domo tua, Domine; in secula saeculorum laudabunt te.* (LXXXIII. 5).

Llenos de gozo están, oh Sion, todos cuantos en ti habitan. (LXXXVI. 7). Cantando me estaré eternamente las misericordias del Señor. (LXXXVIII. 4). Plantados en la casa del Señor los justos, florecerán en los atrios de la casa de nuestro Dios. (CXL. 13). Gozarse los Santos en la gloria, y regocijarse han en sus moradas. (CLIX. 5).

El que disfrute de la bienaventuranza, dice S. Bernardo, verá á Dios tanto como quiera; hará de él sus delicias, y le poseerá en la dicha suya. Estará lleno de fuerza en la eternidad; brillará en la verdad; se regocijará en la bondad. Tendrá la eternidad por término de su existencia, la facilidad de conocer, y la dicha del reposo. Como los ángeles, será habitante de aquella ciudad, cuyo templo es Dios el Padre, cuya luz es Jesucristo, y cuya claridad es el Espíritu Santo (1).

En el cielo, dice S. Agustín, hay una fiesta sin fin, una eternidad sin mancha, una serenidad sin nubes: *Ibi festicitas sine fine, eternitas sine labe, serenitas sine nube.* (Lib. de Civit.).

Dios manifiesta todo bien á sus elegidos: *Ego ostendam omne bonum tibi.* (Exod. XXXIII. 19).

El ángel en el momento de dejar á los Tobías, padre é hijo, les dijo: Parecia que comía y bebía con vosotros; pero yo me sustenté de un manjar invisible y una bebida que los hombres no pueden ver: *Videbat quidem vobiscum manducare et bibere; sed ego cibo invisibili, et potu, qui ab hominibus videri non potest, utitur.* (XII. 19).

En el cielo, dice S. Bernardo, está la consumación de la alegría y de la felicidad; pero esta consumación ¿es la consumación del deseo? Es más bien un aceite que alimenta; porque el deseo puede compararse con una llama. El bienaventurado estará lleno de alegría, pero no tendrá fin su deseo, y por consiguiente tampoco su ansia. De ahí provendrá aquella saciedad no acompañada de disgusto; de

(1) *Videbit beatissimus Dominus ad voluntatem, liberabit ad voluntatem, trahet ad iocunditatem, in eternitatem regibit, in veritate regibit, in beatitudine regibit. Sicut habebit permansendi eternitatem, sic cognoscendi facilitatem, requiescenti felicitatem. Civis sequens erit sanctus illius: civis, cuius angelus vivens sunt, Deus Pater templum est, Filius eius splendor, Spiritus Sanctus caritas est. De Perenni oritur, patet.*

ahí aquella insaciable curiosidad que sin embargo no conoce la inquietud; de ahí aquella sed eterna e inexplicable que no es el resultado de la necesidad; de ahí aquella embriaguez, llena de sobriedad, que se sacia, no con vino, sino con verdad, y que suspira por Dios (1).

En el momento de su muerte, Sto. Tomás de Aquino respondió á los que le preguntaban si necesitaba alguna cosa: No necesito nada, porque pronto lo tendré todo, y gozaré del bien supremo y único. (*In eius vita*).

La eternidad forma la corona de los elegidos en el cielo. La felicidad es su vestido, sus discursos son una armonía, ellos abrazan al bien infinito que les sacia...

En el cielo, dice S. Bernardo, veremos cuán dulce es el Señor; contemplaremos el brillo de su gloria, el esplendor de los Santos y el honor del poder del gran Rey. Conoceremos el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la admirable clemencia del Espíritu Santo; así tendremos el conocimiento de esta augusta Trinidad. (*De prae-mio coelest. patrie*).

Las delicias celestiales aumentan el apetito, al mismo tiempo que lo sacian; porque cuanto más se disfruta de ellas, más se aprecia su excelencia, conforme á aquellas palabras del Eclesiástico: *Qui edunt me, adhuc esuriunt; et qui bibunt me, adhuc sitiunt*: Los que me comen, aún tendrán hambre, y los que me beben, tendrán aún sed. (XXIV. 29). Aseguró el Señor el bien de cada una de todas sus obras. Pero ¿y la gloria de él ¿quién se saciará de contemplarla? *Unusquisque confirmavit bona. Et quis satiabitur videns gloriam eius?* (Ecli. XLII. 26).

Contemplemos la admirable sociedad de los Ángeles y de los Santos: ¿De qué dulzura no llena á los elegidos la eterna visión de Dios! Todo lo que place, todo lo que es ventajoso, todas las riquezas, todas las delicias, el reposo y el consuelo están en el cielo; porque ¿qué puede faltar allí en donde se ve y se posee á Dios á quien nada falta? Los elegidos ven á Dios y desean no dejar de verle; tan hermoso es; le aman, y desean no dejar de amarle; tan digno es de amor. Poseyendo á Dios, ellos desean en esta felicidad; unidos á la verdadera bienaventuranza, son soberanamente felices; contemplando al Ser eterno, ellos también son eternos; unidos á la verdadera luz, se vuelven luminosos.

Alegraos pues, bienaventurados elegidos, porque ya vais á aquel á quien amáis, ya habéis obtenido á aquel que deseáis por largo tiempo. ¡O alma mía! despiértate, excita la inteligencia y medita, cuanto puedes, qué bien y qué gran bien es Dios; porque si cual-

(1) *Nonnulli conueniunt gaudii desiderium consummatum esse. Oculum magis est illi, quam ingenium. Adhuc desiderat beatitudinem, sed desiderium non erit finis; et per hoc, nec quiescat. Hinc illa ardentis sine fine. Hinc insatiabilis illa sine intermissione curiositas. Hinc eternitas illi ubique inextinguibile desiderium necesse spectatum. Hinc amorque et amor illi eternus, veritas, non mensura, ingurgitabilis; non modicus vino, sed ardens Deo. De prae-mio coelest. patrie.*

quier bien es agradable, ¿cuánto más agradable ha de ser el bien que los encierra todos, el bien que se diferencia de todos los bienes creados, como el Criador es diferente de la criatura! Si la vida creada es buena, ¿cuál debe ser la excelencia de la vida creadora! Si la salud es preciosa, ¿cuán preciosa es la salud que cura todos los males! Si se admira la sabiduría que se descubre en el mundo visible, ¿cuán admirable debe ser la sabiduría que todo lo ha hecho de la nada! En fin, si se encuentran numerosos gozos en los bienes de la tierra, ¿qué goce infinito no ha de experimentarse al poseer á aquel que produce todo lo que es agradable!

Gozar de Dios es una felicidad tan grande, que el corazón del hombre no podría naturalmente contenerla; se rompería y estallaría, si Dios dejase de fortificarlo y conservarlo. Los elegidos aman de tal manera á Dios con toda su alma y con toda su fuerza, que su corazón no basta á su amor; son tan felices, que su corazón no basta á contener la alegría de que rebosa. En la eterna y perfecta felicidad, los elegidos gozan de tres modos de Dios: 1.º contemplándole en las demás criaturas; 2.º contemplándole en sí mismos, lo que es infinitamente más dulce; 3.º contemplando á la Trinidad en sí misma, lo que constituye la suprema felicidad: porque la vida eterna consiste en ver á Dios como él es.

La paz de Dios, esta paz que es superior á todo entendimiento, y más aún á todo encarecimiento, está en la dulce morada del cielo. Nadie busque pues el medio de expresar lo que no ha sido dado experimentar. Se os echará en el seno una buena medida, apretada, y bien colmada, hasta que se derrame, dice Jesucristo: *Mensuram bonam, et conferam, et coagulatam, et superfluentem dabunt in sinum vestrum*. (Luc. VI. 38).

Así como el hombre con sus cinco sentidos, la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, goza de las cosas temporales exteriores, de la misma manera en el cielo goza inefablemente de Dios de cinco maneras: Le ve, le oye, le gusta, le siente y se une á él con eternos abrazos.

Vuelva la vista á Sion, ciudad donde se celebran nuestras solemnidades, dice Isaías: tus ojos verán á Jerusalem, mansion opulenta. (XXXIII. 20). Isaías llama á la Iglesia triunfante, 1.º ciudad de las fiestas, porque en el cielo habrá una fiesta perpétua, una alegría, una alabanza y una armonía que durarán por los siglos de los siglos. 2.º La llama Jerusalem, palabra que significa *visión de la paz*. 3.º La llama mansion opulenta, porque allí se encuentran con abundancia todos los esplendores, todas las gracias, todas las riquezas, todas las glorias.

¡O ciudad santa! No se oirá ya hablar más de iniquidad en tu tierra, ni de estragos, ni de plagas dentro de tus confines; antes bien resonará la felicidad dentro de tus muros, y en tus puertas resonarán cánticos de alabanza: *Non audietur ultra iniquitas in terra tua, caesit et contritio in terminis tuis; et occupabit salus muros tuos et*

portas tuas laudatio. (Isai. LX. 18). En el cielo no habrá iniquidad, destrucción, plagas; sino que entre todos los elegidos reinarán la equidad, la santidad, la caridad supremas. Aquí en la tierra á menudo el enemigo invade nuestros muros y se apodera de nuestras puertas: nos aflige la tribulación, el hambre, los disgustos, las enfermedades y las lágrimas, etc.; pero en el cielo reinan la paz, la alegría, la felicidad y el regocijo: se oyen allí resonar alabanzas y cánticos de amor, etc.

Escuchad á S. Bernardo: decidnos, Señor, vos que lo sabeis, lo que nos preparáis. Tendremos con abundancia los bienes de vuestra casa: pero ¿qué bienes? ¿Será vino, aceite ó trigo? Mas nosotros conocemos estos bienes, los vemos y nos cansan. Buscamos lo que nuestros ojos no han visto, lo que el oído no ha percibido, lo que no ha pasado á hombre por pensamiento. Dios será, dice, todo para todos. Aquí en la tierra, la razón se engaña muchas veces en los juicios que forma, la voluntad es juguete de mil agitaciones, la memoria está afligida con numerosos olvidos; vuestra criatura tan nuble, sin embargo, está sujeta, á pesar suyo, si bien con la esperanza de verse libre, á las tres vanidades y miserias que acabo de indicar. Pero en el cielo, el que satisfice los deseos del alma será para la inteligencia la plenitud de la luz, para la voluntad la paz soberana, para la memoria el recuerdo eterno. ¡O verdad, ó caridad, ó eternidad! ¡En qué dolores no se precipita el que se aleja de vosotros! ¡en qué temores no se sumerge! ¡Desgraciados! ¿qué trinidad hemos colocado en el lugar correspondiente á la Trinidad santa! Mi corazón ha sido agitado por inclinaciones contrarias: de ahí ha venido mi dolor; me he acordado de que la fuerza me ha abandonado varias veces: de ahí ha venido mi temor; de que la luz me ha hecho fallar; de ahí ha venido mi error. ¡O Trinidad de mi alma, has ofendido á la Trinidad suprema! Sin embargo, no te desanimas, no te turbas; espera en Dios; pues yo le alabare todavía, cuando mi inteligencia escape para siempre del error, mi voluntad del dolor, y mi memoria del temor. (*Serm. II. in Cant.*).

Dice el Señor: Mis criados comerán, mis criados apagarán su sed.... se regocijarán; entorpecerán á impulsos del júbilo de su corazón himnos de alabanza.... Las precedentes angustias se han echado en olvido y desaparecieron de mis ojos. Yo voy á criar nuevos cielos, nueva tierra, y de las cosas ó tribulaciones primeras no se hará más memoria, ni recuerdo alguno, sino que os alegraréis y regocijaréis eternamente en aquellas cosas que voy á criar; pues hé aquí que yo formaré á Jerusalem, ciudad de júbilo, y á su pueblo, pueblo de alegría. Y colocalé yo mis delicias en Jerusalem, y hallaré mi gozo en mi pueblo; nunca jamás se oirá en él la voz de llanto ni de lamento. (*Isai. LXV. 13-17*). Haciendo el elogio de Santa Paula, dice S. Jerónimo: Paula ha terminado su carrera, ha conservado la fe; ahora disfruta de la corona de justicia, y acompaña al Cordero por todas partes. Está saciada, porque ha tenido hambre.

Llena de alegría, canta. Todo lo que habíamos oído decir, lo vemos realizado en la ciudad de nuestro Dios. ¡Cambio feliz! Lloré, para adquirir una alegría eterna; desprecié las aguas cenagosas y emponzoñadas, para apagar su sed en la fuente del Señor; se aplicó el cilicio, para hacerse acreedora á llevar el vestido sin mancha de los elegidos y poder decir: Me habeis quitado los andrajos que me cubrían, y me habeis revestido de regocijo. Ella rumia ceniza con su pan; ella mezclaba sus lágrimas con la bebida, repitiendo: Día y noche me he abrevado con mis lágrimas, á fin de nutrirme durante la eternidad con el pan de los Angeles y poder cantar: Gustad y ved cuán suave es el Señor.

Congratulaos, pues, dice Isaias con la nueva Jerusalem, y regocijados con ella todos los que la amais: rebozad con ella de gozo todos cuantos por ella estais llorando, á fin de que chupeis así de sus pechos la leche de sus consolaciones celestiales hasta quedar saciados, y saqueis abundante copia de delicias de su consumada gloria. Porque esto dice el Señor: Hé aquí que yo derramaré sobre ella como un río la paz, y como un torrente que todo la inunda, la gloria de las naciones: vosotros chuparéis su leche, á sus pechos seréis llevados, y acariciados sobre su regazo como una madre acaricia á su hijito: así yo os consolare á vosotros, y hallaréis vuestra paz y consolación en Jerusalem. Vosotros lo vereis, y se regocijará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecerán como la yerba, y será visible la mano del Señor á favor de sus siervos, al paso que hará experimentar su indignación á sus enemigos. (*LXXI. 10-14*).

¡Oh cuántos hijos te daré á tí! dice el Señor por boca de Jeremías: yo te daré la tierra deliciosa, una herencia esclarecida de ejércitos de gentes. Y añade: Tú me llamarás Padre y no cesarás de caminar en pos de mí. (*III. 19*). La herencia de la patria celestial, dice Sto. Tomás, es admirable, 1.º por el esplendor de la visión divina; porque dice el Salmista: En vuestra luz veremos la luz. (*XXXV. 10*); 2.º por la dulzura del divino amor, según aquellas palabras de David: *Cuán excelente es el cáliz mío que tanto me embriaga!* (*XXII. 5*); 3.º por la familiaridad del trato con Dios; porque, como nos dice la Salutaria: *Se halla grande gloria en participar de sus razamientos* (*VIII. 18*); 4.º por la magnificencia de las obras de Dios, según las palabras del Eclesiástico. (*XLIII. 27*); 5.º por la grandeza á que seremos elevados, como lo atestigua el profeta Zacarías: Os salvaré, y seréis objeto de bendición. (*VIII. 13*); 6.º por la dulzura que se experimenta en la sociedad de los Santos. (*3. p. q. art. 9*).

En el cielo, dice S. Agustín, toda es lo sumo de la grandeza, todo es verdad, todo santidad, todo eternidad: *In celo omnia summa sunt, vera sunt, sancta sunt, eterna sunt.* (*In Psal. XLIX*).

1.º En el cielo disfrutaremos de una felicidad eterna, y de una alegría sin medida y sin fin. Despojate, Jerusalem, del vestido de luto correspondiente á tu aflicción, dice el profeta Baruch, y vis-

teto del brillo y de la magnificencia de aquella gloria eterna que te viene de Dios: *Erue te, Jerusalem, stola luctus, et vexationis tua; et induit te decore, et honore ejus quia a Deo tibi est sempiterna gloria.* (V. 4).

2.º Los elegidos estarán en el esplendor de la gloria....

3.º Tendrán un nombre nuevo....

4.º En el cielo están los ejércitos de los Santos.

¡Cuántas serán vuestras delicias, oh vosotros que amais a Dios! exclama S. Agustín: os regocijareis en la abundancia de la paz. Vuestro oro será la paz, vuestra plata la paz, vuestra herencia la paz, vuestra vida la paz, vuestro Dios la paz; todo lo que deseéis, será paz para vosotros. Allí vuestro Dios será todo para vosotros; os alimentareis de él para no tener hambre; beberéis de él para no tener sed; seréis iluminados por él para no volveros ciegos; seréis sostenidos por él para no caer. El os poseerá enteramente, y la poseeréis de la misma manera, porque Dios y vosotros no formaréis más que una sola cosa *per unionem de amor* (1).

¡O vida, exclama el mismo Doctor, ó vida que Dios ha preparado para los que le aman, vida que es realmente la vida, vida dichosa, vida segura, vida tranquila, vida digna de desearse, vida pura, vida casta, vida santa, vida que no conoce la muerte, vida sin tristeza, sin mancha, sin dolor, sin inquietud, sin alteración, sin cambio, sin turbación, vida llena de hermosura, de dignidad; cuanto más te estudio, más desfallezco de amor. (*Medit.*, CXXII).

Dios será nuestra morada, añade S. Agustín, y nosotros saremos la morada de Dios: *Habitabimus et habitabimus.* (Lib. IV. de Civit., c. VII).

En el cielo se encuentran: 1.º una alegría indecible jamás debilitada por el fastidio, etc.; 2.º la integridad de todas las facultades del alma. El alma, á consecuencia del pecado de Adán, experimenta en su inteligencia la oscuridad y la ignorancia; en su voluntad, una inclinación hacia las cosas perecederas; en la parte irascible, temores y espantos diversos; en la concupiscible la debilidad y la inclinación al mal; en su memoria, el olvido que, se fija en lo pasado como el moho en el hierro. En el cielo Jesucristo cura todos los males, dando á la inteligencia la luz y la ciencia, á la voluntad la constancia y el bien, á lo irascible una fuerza heroica, á lo concupiscible la honestidad y la rectitud que hacen que sólo se desee el bien, á la memoria el recuerdo eterno del bien y el eterno olvido del mal; 3.º la salud del alma, que será la gloria, la visión y la posesión de Dios.

(1) *Qui erunt, ó amatores Dei, delictum totum delictabuntur in multitudinis pacis. Arcum totum erit pax, arcumque totum pax, proelia tan pax, vita tan pax, Deus totus pax; quicquid desideras, pax tibi erit. De Deo tuus totum tibi erit; manducabis eum, ne esurias; bibes eum, ne sitis; illuminaberis ab eo, ne sis eruditus; fulcaberis ab eo, ne deficias. Ponderabit te totum totus; integer totum habebis, totum et ille habebit, quia et tu, et ille unum eritis. In Psal. XXXVI.*

El cuerpo, dice S. Pablo, á manera de una semilla es puesto en la tierra en estado de corrupción, y resucitará incorruptible; es puesto en la tierra todo diforme, y resucitará glorioso; es puesto en tierra privado de movimiento, y resucitará lleno de vigor; es puesto en tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo todo espiritual, esto es, libre de todas las alteraciones materiales, y perfectamente concorde con el espíritu: *Seminatur in corruptione; surget in incorruptione. Seminatur in ignobilitate; surget in gloria. Seminatur in infirmitate; surget in virtute. Seminatur corpus animale, surget corpus spiritale.* (1. Cor. XV. 42-44).

La luz tiene cuatro cualidades, que transmitirá á los cuerpos gloriosos: la claridad, la incorruptibilidad, la agilidad, y la penetración....

Los cuerpos de los elegidos, dice S. Agustín, no estarán sujetos á la deformidad, á la pesadez, á las enfermedades, ni á la corrupción. Su claridad ó esplendor les preservará de toda deformidad; se escaparán de la pesadez con su agilidad, de las debilidades con la penetración ó sutileza, de la corrupción con la impasibilidad. (*De Civit.*).

Un río candaloso alegra la ciudad de Dios.... Está Dios en medio de ella, no será comovida; la socorrerá Dios ya desde el rayar el alba: *Deus in medio ejus non commovebitur.* (Psal. XLV. 6).

El Señor reinará con los justos para siempre, dice la Sabiduría: *Regnabit Dominus illorum in perpetuum.* (III. 8).

Los justos vivirán eternamente, añade la Sabiduría: *Iusti in perpetuum vivent.* (V. 16).

La vida eterna, dice S. Bernardo, es la plenitud, es un día que no conoce ocaso; es el sol siempre en el zenit; es la verdadera gloria en todo su brillo, la eterna verdad, la verdadera eternidad, la eterna y verdadera sociedad. Su duración no tiene término, su esplendor no tiene sombra; los que gozan de ella, no temerán nunca perderla. (*Serm. in Paul.*).

Si buscamos bienes, dice S. Gregorio, amemos los que tendremos toda la eternidad; y si tememos algunos males, temamos los reprobos que no han de tener término: *Si bona quarimus, illa diligamus que sine fine habebimus; si autem mala pertimescimus, illa timeamus que á reprobis sine tolerantur.* (Epist. ad Andream).

Tus ojos verán un tabernáculo que no podrá ser trasladado á otra parte, dice Isaías: *Oculi tui videbunt tabernaculum quod nequam transferri poterit.* (XXXIII. 20).

Tendrán á Sion, dice también Isaías, cantando alabanzas, coronados de gozo sempiterno: disfrutarán de un celestial placer y contentamiento, y huirá de ellos para siempre el dolor y el llanto. (XXX. 10).

La eternidad es la entera, la perfecta y la infinita posesión de la vida. La eternidad, 1.º no tiene fin; 2.º jamás está interrumpida;

Después de la resurrección los cuerpos de los elegidos participarán de su gloria.

El cielo será el lugar de la eternidad.

3.ª es entera para cada instante de su duración; 4.ª es el perfecto goce de la vida y de todos los bienes. En los bienes de la tierra hay muchas imperfecciones, y muchas cosas hacen falta. Por ejemplo: si se tienen riquezas, faltan honores; si se tienen honores, falta la salud; si se tiene la salud, falta la ciencia; si se tiene ciencia, es falta la elocuencia. Si asistís á un festín, al momento que os halláis satisfechos, ya desaparece vuestro apetito y el placer que experimentabais; el vigor, la fuerza del alma y del cuerpo se desvanecen pronto. En la vida eterna, al contrario, los bienaventurados disfrutan de todos los bienes á la vez; poseen las riquezas de Dios, los honores de Dios, la ciencia de Dios, la salud de Dios, la fuerza de Dios, los gozos de Dios; tienen todos estos bienes á la vez, y los tendrán todos durante la eternidad. No dejarán pues de ser felices. *Letitia sempiterna super caput eorum.* (Isai. XXXV. 10).

Los justos, dice Jesucristo, irán á la vida eterna: *Ibunt justi in vitam eternam.* (Matth. XXV. 46).

¿Qué es la eterna bienaventuranza? Preguntémoslo á los que han llegado á ella y la disfrutan. Pedro, Pablo, Juan, Stos. Apóstoles, decidnos: ¿Qué es la bienaventurada eternidad? — No es imposible expresarlo de modo que se nos entienda, y sin embargo ya hace mil ochocientos años que disfrutamos de ella. — ¿Habeis perdido algunos días de vuestra felicidad eterna? — Ni una hora, ni un momento; es como si empezase á cada instante: siempre nueva, siempre deliciosa, siempre la misma, y aún nos queda una eternidad para gozar. — ¿Qué es pues esta dicha tan grande? — Es el abismo de las alegrías, el abismo de los tiempos, el abismo de los siglos; alegrías, tiempos y siglos que jamás tendrán término ni límite; es la longitud, la anchura y la profundidad inconmensurables. Aunque seamos muy prudentes y muy sabios, no podemos apreciar nuestra eternidad, ni medirla; se resiste á toda dimensión: jamás tendrá fin nuestro reino, nuestra alegría, nuestra gloria, nuestra felicidad; tenemos el eterno peso de una sublime é incomparable gloria: *Eternum gloria pondus operatur in nobis.* (II. Cor. IV. 17).

Mártires, confesores, vírgenes, etc., decidnos: ¿cuánto ha sido el tiempo de vuestra prueba, cuánto habeis sufrido, y cuál es ahora vuestra dicha, y cuánto ha de durar? — Nuestras pruebas, nuestros sufrimientos no han durado más que un instante; la gracia nos los ha hecho encontrar ligeros, y nuestra recompensa no tendrá fin.

El cielo tiene una juventud eterna, una hermosura eterna, una vida eterna, una paz eterna, un amor eterno. Cuando Dios vea el fin de su eternidad, los elegidos dejarán de ser felices....

O ciudad de Dios! gloriosas cosas se han dicho de tí: *Gloriosa dicta sunt de te, ciuitas Dei!*

Ex. 11. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100. 101. 102. 103. 104. 105. 106. 107. 108. 109. 110. 111. 112. 113. 114. 115. 116. 117. 118. 119. 120. 121. 122. 123. 124. 125. 126. 127. 128. 129. 130. 131. 132. 133. 134. 135. 136. 137. 138. 139. 140. 141. 142. 143. 144. 145. 146. 147. 148. 149. 150. 151. 152. 153. 154. 155. 156. 157. 158. 159. 160. 161. 162. 163. 164. 165. 166. 167. 168. 169. 170. 171. 172. 173. 174. 175. 176. 177. 178. 179. 180. 181. 182. 183. 184. 185. 186. 187. 188. 189. 190. 191. 192. 193. 194. 195. 196. 197. 198. 199. 200. 201. 202. 203. 204. 205. 206. 207. 208. 209. 210. 211. 212. 213. 214. 215. 216. 217. 218. 219. 220. 221. 222. 223. 224. 225. 226. 227. 228. 229. 230. 231. 232. 233. 234. 235. 236. 237. 238. 239. 240. 241. 242. 243. 244. 245. 246. 247. 248. 249. 250. 251. 252. 253. 254. 255. 256. 257. 258. 259. 260. 261. 262. 263. 264. 265. 266. 267. 268. 269. 270. 271. 272. 273. 274. 275. 276. 277. 278. 279. 280. 281. 282. 283. 284. 285. 286. 287. 288. 289. 290. 291. 292. 293. 294. 295. 296. 297. 298. 299. 300. 301. 302. 303. 304. 305. 306. 307. 308. 309. 310. 311. 312. 313. 314. 315. 316. 317. 318. 319. 320. 321. 322. 323. 324. 325. 326. 327. 328. 329. 330. 331. 332. 333. 334. 335. 336. 337. 338. 339. 340. 341. 342. 343. 344. 345. 346. 347. 348. 349. 350. 351. 352. 353. 354. 355. 356. 357. 358. 359. 360. 361. 362. 363. 364. 365. 366. 367. 368. 369. 370. 371. 372. 373. 374. 375. 376. 377. 378. 379. 380. 381. 382. 383. 384. 385. 386. 387. 388. 389. 390. 391. 392. 393. 394. 395. 396. 397. 398. 399. 400. 401. 402. 403. 404. 405. 406. 407. 408. 409. 410. 411. 412. 413. 414. 415. 416. 417. 418. 419. 420. 421. 422. 423. 424. 425. 426. 427. 428. 429. 430. 431. 432. 433. 434. 435. 436. 437. 438. 439. 440. 441. 442. 443. 444. 445. 446. 447. 448. 449. 450. 451. 452. 453. 454. 455. 456. 457. 458. 459. 460. 461. 462. 463. 464. 465. 466. 467. 468. 469. 470. 471. 472. 473. 474. 475. 476. 477. 478. 479. 480. 481. 482. 483. 484. 485. 486. 487. 488. 489. 490. 491. 492. 493. 494. 495. 496. 497. 498. 499. 500. 501. 502. 503. 504. 505. 506. 507. 508. 509. 510. 511. 512. 513. 514. 515. 516. 517. 518. 519. 520. 521. 522. 523. 524. 525. 526. 527. 528. 529. 530. 531. 532. 533. 534. 535. 536. 537. 538. 539. 540. 541. 542. 543. 544. 545. 546. 547. 548. 549. 550. 551. 552. 553. 554. 555. 556. 557. 558. 559. 560. 561. 562. 563. 564. 565. 566. 567. 568. 569. 570. 571. 572. 573. 574. 575. 576. 577. 578. 579. 580. 581. 582. 583. 584. 585. 586. 587. 588. 589. 590. 591. 592. 593. 594. 595. 596. 597. 598. 599. 600. 601. 602. 603. 604. 605. 606. 607. 608. 609. 610. 611. 612. 613. 614. 615. 616. 617. 618. 619. 620. 621. 622. 623. 624. 625. 626. 627. 628. 629. 630. 631. 632. 633. 634. 635. 636. 637. 638. 639. 640. 641. 642. 643. 644. 645. 646. 647. 648. 649. 650. 651. 652. 653. 654. 655. 656. 657. 658. 659. 660. 661. 662. 663. 664. 665. 666. 667. 668. 669. 670. 671. 672. 673. 674. 675. 676. 677. 678. 679. 680. 681. 682. 683. 684. 685. 686. 687. 688. 689. 690. 691. 692. 693. 694. 695. 696. 697. 698. 699. 700. 701. 702. 703. 704. 705. 706. 707. 708. 709. 710. 711. 712. 713. 714. 715. 716. 717. 718. 719. 720. 721. 722. 723. 724. 725. 726. 727. 728. 729. 730. 731. 732. 733. 734. 735. 736. 737. 738. 739. 740. 741. 742. 743. 744. 745. 746. 747. 748. 749. 750. 751. 752. 753. 754. 755. 756. 757. 758. 759. 760. 761. 762. 763. 764. 765. 766. 767. 768. 769. 770. 771. 772. 773. 774. 775. 776. 777. 778. 779. 780. 781. 782. 783. 784. 785. 786. 787. 788. 789. 790. 791. 792. 793. 794. 795. 796. 797. 798. 799. 800. 801. 802. 803. 804. 805. 806. 807. 808. 809. 810. 811. 812. 813. 814. 815. 816. 817. 818. 819. 820. 821. 822. 823. 824. 825. 826. 827. 828. 829. 830. 831. 832. 833. 834. 835. 836. 837. 838. 839. 840. 841. 842. 843. 844. 845. 846. 847. 848. 849. 850. 851. 852. 853. 854. 855. 856. 857. 858. 859. 860. 861. 862. 863. 864. 865. 866. 867. 868. 869. 870. 871. 872. 873. 874. 875. 876. 877. 878. 879. 880. 881. 882. 883. 884. 885. 886. 887. 888. 889. 890. 891. 892. 893. 894. 895. 896. 897. 898. 899. 900. 901. 902. 903. 904. 905. 906. 907. 908. 909. 910. 911. 912. 913. 914. 915. 916. 917. 918. 919. 920. 921. 922. 923. 924. 925. 926. 927. 928. 929. 930. 931. 932. 933. 934. 935. 936. 937. 938. 939. 940. 941. 942. 943. 944. 945. 946. 947. 948. 949. 950. 951. 952. 953. 954. 955. 956. 957. 958. 959. 960. 961. 962. 963. 964. 965. 966. 967. 968. 969. 970. 971. 972. 973. 974. 975. 976. 977. 978. 979. 980. 981. 982. 983. 984. 985. 986. 987. 988. 989. 990. 991. 992. 993. 994. 995. 996. 997. 998. 999. 1000.

nostra, supra modum in sublimitate eternum gloria pondus operatur in nobis. (II. Cor. IV. 17).

Escuchad á S. Bernardo explicando aquellas palabras consoladoras del gran Apóstol: Seguid, dice, murmurando y diciendo: Las penas son demasiado largas y terribles; yo no puedo sufrir tanto tiempo una carga tan pesada. El Apóstol dice que lo que se sufre es ligero y momentáneo, y sin embargo, vosotros no habeis ciertamente recibido como él, por cinco veces, cuarenta azotes menos uno; no habeis trabajado más que todos los otros; no habeis resistido hasta derramar sangre. Considerad que los trabajos no son nada comparados á la gloria. Porque, primeramente, en la incertidumbre en que vivís, ¿á qué contáis los días y las horas? Pasan las horas, y el sufrimiento con ellas; las penas no están ligadas entre sí de tal modo que constituyan un todo; se suceden y desaparecen. No es lo mismo de la gloria y la recompensa destinadas al premio del trabajo; no conocen ni disminución ni fin, y existen enteras á cada instante, porque son eternas. En segundo lugar, la pena se apura gota á gota; la sufrimos poco á poco; pasa y no dura más que un instante. Pero en la remuneración hay un torrente de delicias, un río impetuoso que inunda de alegría; hay un río de gloria, un río de paz, un río de felicidad. En tercer lugar, no se nos prometen ricos vestidos y una casa hermosa, sino la misma gloria. Porque en realidad los justos no esperan alguna alegría, sino que poseen la misma alegría. Los hombres buscan su felicidad en medio de los festines, de las pompas, de las riquezas, de los placeres engañosos; pero amargas é inagotables lágrimas son el término de estas pretendidas alegrías, tan cortas por otra parte. Dios al contrario, reserva á sus elegidos, no una gota, sino un canal de miel pura y dulcísima; los reserva la alegría misma, la vida, la gloria, la paz y la grandexa; y esto todo á la vez por toda la eternidad! Esta es la recompensa, esta es la corona que podemos obtener con trabajos ligeros y de poca duración. (Serm. 4).

La gloria que espero, dice S. Francisco de Asís, es tan grande, que cualquier enfermedad, cualquier mortificación, cualquier humillación, cualquier pena me regocija: *Tanta est gloria quam exspecto, ut me omnis morbus, omnis mortificatio, omnis humiliatio, omnis pena me delectet.* (San Bonav., in ejus vita).

El reino de los cielos se vende, dice S. Agustín: ¿Lo quereis? Compradlo. Ni hay para qué os alcancéis en acopiar grandes caudales por lo subido del precio. Su valor es igual á lo que vos tenéis. No examineis lo que tenéis, sino lo que sois. El cielo vale lo que valeis vos. Daos vosotros mismos, y lo tendréis. Pero, me diréis, yo soy malo, y tal vez Dios no me querrá. Dandoos á él, seréis buenos; y cuando lo seáis, seréis vos el precio de la misma cosa que compráreis: *Regnum Dei venale est; eme, si vis. Nec multum exastes de re magna propter pretii magnitudinem. Tantum valet quantum habes. Noli querere quid habeas, sed qualis sis. Res ista tanti valet, quanti es tu.*

Si es tan dulce esperar el cielo, ¡cuánto más lo será poseerlo! dice S. Agustín: *Si spes tam dulcis est, quanto res dulcior erit!* (Lib. de Civit.).

Que los deseos terrenales, dice S. Leon, no detengan nuestras almas llamadas arriba; que las cosas perecederas no ocupen á los que están destinados á las cosas eternas: *Sursum vocatos animos desideria terrena non deprimant; ad aeterna praeclectos peritura non occupent.* (Serm. de Quadrag.).

El segundo medio para llegar al cielo es practicar la pureza.

Los hijos de este siglo, dice Jesucristo, contraen matrimonios recíprocamente; pero entre los que serán juzgados dignos del otro siglo y de la dichosa resurrección de entre los muertos, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos, porque no podrán ya morir, otra vez, siendo iguales á los ángeles é hijos de Dios, por el estado de la resurrección á que han llegado. (Luc. XX. 34-36).

La muerte reina aquí en la tierra; he aquí por qué todos tratan de tener descendencia; el padre quiere perpetuar su vida en la de sus hijos; pero en el cielo, dice S. Crisóstomo, no existe la muerte y por consiguiente tampoco el casamiento: *Illic autem mors non erit, et consequenter nec nuptiae.* (Homil. ad pop.). Nada manchado podrá entrar en el cielo, dice el Apocalipsis: *Non intrabit in eam aliquid inquinatum.* (XXI. 27).

¿Quién subirá al monte del Señor? pregunta el Rey Profeta. ¡O! ¿Quién podrá estar en su santuario? El que tiene puras las manos y limpio el corazón: el que no ha recibido en vano su alma, ni hecho juramentos engañosos á su prójimo. Este es el que obtendrá la bendición del Señor, y la misericordia de Dios su Salvador. (XXII. 3-5).

¡Bienaventurados los que tienen puro su corazón, dice Jesucristo, porque ellos verán á Dios! *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* (Matth. v. 8).

Jamás poseerán los impúdicos el cielo, dice S. Pablo: *Neque impudici regnum Dei consequentur.* (Gal. v. 21). Jamás la corrupción poseerá la herencia incorruptible: *Neque corruptio incorruptelam possidebit.* (I. Cor. XV. 50).

Y vi, dice S. Juan en el Apocalipsis, que el Cordero estaba sobre el monte Sion, y con él ciento y cuarenta y cuatro mil personas que tenían escrito en sus frentes el nombre de él y el nombre de su Padre. Al mismo tiempo oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas y al estampido de un trueno grande: y la voz que oí, era como de citaristas que tenían sus cítaras. Y cantaban como un cantar nuevo ante el trono, y delante de los cuatro animales y de los ancianos; y nadie podía cantar ni entender aquel cántico fuera de aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se amancillaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero do quiera que vaya. (XIV. 1-4).

El reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos, son los que le arrebatan, dice Jesucristo: *Regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.* (Matth. XI. 12). 1.º se propende al cielo y nos hacemos dueños de él por medio de la fuerza; pero esta fuerza es la fuerza de la gracia y no la de la naturaleza; 2.º se llega al cielo haciendo violencia á las pasiones con la práctica de las virtudes; 3.º se llega por medio del combate seguido de la victoria; 4.º se llega viviendo como ángeles, pues el cielo es la casa de los ángeles; sólo lo alcanzaremos haciéndonos semejantes á ellos.

Hagamos violencia al Señor, dice S. Ambrosio, no compeliéndole, sino llorando; no provocándole con injurias, sino rogándole con lágrimas; no blasfemando con orgullo, sino prosternándonos humillados y gimiendo á sus pies. ¡O feliz violencia que no excita la indignación de Dios, sino que atrae su misericordia, arranca pruebas de bondad de aquel á quien la hacemos, y nos proporciona la salvación! Porque aquel que así hace violencia á Jesucristo, será visto por él con complacencia. Siguiendo nuestro camino, apoderémonos del Señor, porque él es la vida; esforcémonos como ladrones en despojarle de sus bienes; apresurémonos á quitarle de su reino sus tesoros, la vida eterna. Es tan rico y generoso, que no opone negativa ni resistencia, y después de haberlo dado todo, no por eso deja de poseerlo todo. Es preciso atacarle vigorosamente, no con la espada ó el palo, ni á pedradas, sino con dulzura, con buenas obras, con castidad. Tales son las armas que debe emplear nuestra fe. Pero á fin de poderlos servir de ellas en esta lucha, comencemos por hacer violencia á nuestro cuerpo, combatamos sus vicios: así recibiremos la recompensa de nuestras virtudes; porque debemos empezar por reinar sobre nosotros, si queremos apoderarnos del reino del Salvador y del mismo Salvador (1).

Regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. El reino de los cielos quiere ser ganado por asalto, y sólo los que así lo toman llegan á enseñorearse de él. El cielo está alto... el camino es estrecho... espinoso... lleno de peligros... y de enemigos... está escarpado... etc. Mirad lo que han hecho los mártires... Violenti

(1) Vim facimus Domino, non compellendo, sed flexo; non provocando injuriam, sed lacrimis exorando; non blasphemando per superbiam, sed per humilitatem murendo. ¡O beati violenti, ipsi non indignatione percutiuntur, sed misericordia condantur! Beati, inquam, violenti, qui vim patienti bonitati eliciunt, et utilitatem tribuit inferent. Qui enim viquebat Christo facit, ut religiosior habebatur á Christo. Aggredimur in timore Dominum, sequendo ipsum est via, et opere latrocinium, sine enim spoliare nitimur, capimus illi auctore regnum. Illos quos et vitam. Sed, ille iam divus et legatus est, ut non dubius, non resistat; et cum omnia dederit, nihilominus omnia possideat. Aggredimur illum non ferro, non fuste, non saxo, sed mansuetudine, bonis operibus, castitate. Haec sunt arma fidei nostrae, quibus in congressione certamus. Ut autem his armis ad in vincendum possumus, ante corporalem mortem quoddammodo formidamus vim, expugnemus eventualiter vim, ut virtutem premis exornemus; prius enim ipsi regnare debeamus in nobis, ut regnum possidemus de regno Salvatore. Serm. V.

2.º Es necesario hacerse violento.

rapunt illud.... Es preciso imitar el valor del soldado que da el asalto. Si por un poco de ambición, de gloria ó de honor el soldado da pruebas de una energía y de un valor heroicos; si para conquistar una corona perecedera se expone á mil penas, á mil privaciones, á mil géneros de muerte, ¡cuánto celo, cuánta fuerza y constancia no debe desplegar el cristiano para obtener una gloria eterna, una corona que durará siempre!

La celestial Jerusalén es llamada la ciudad fuerte: *Urbs fortitudinis*: Isai. XXVI. 1); porque, primero, es menester fuerza y valor para entrar en ella: nadie puede penetrar allí sin estas dos virtudes; el cielo es la patria de los hombres fuertes y robustos; segundo, porque la Jerusalén celestial es también muy fuerte. ¿Queréis saber cómo está defendida? Escuchad al profeta Isaias: El mismo Salvador es su muro y antemural. (XXVI. 1). Está como la torre de David, cénida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos arneses todos de valientes. (Cant. IV. 4). Avanzando pues con valor, es como se puede dar el asalto y penetrar en su recinto....

Esforzao, dice Jesucristo, á entrar por la puerta estrecha: *Contendite intrare per angustum portam*. (Luc. XIII. 24). Esforzaos, esto es, armaos, corred, apoderaos de la ciudad eterna; no dejéis de luchar hasta que hayáis llegado al puerto, á la felicidad suprema.

No pueden obtenerse grandes recompensas, dice S. Gregorio, sin grandes trabajos: por esta razón S. Pablo, aquel valeroso atleta, decía: No será coronado sino el que lidiare según las leyes. Alegrese pues nuestra alma con la grandeza de las recompensas, y no se asuste por los trabajos y el combate (1).

Se fiel hasta la muerte, y te dará la corona de la vida eterna, dice el Señor en el Apocalipsis: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ*. (II. 10). Al que quede victorioso, lo hará sentar conmigo en mi trono: así como yo fui vencedor, y me senté con mi Padre en su trono: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo: sicut et ego vici, et sedi cum Patre meo in throno ejus*. (III. 21).

Jesucristo nos ofrece la corona de la gloria celestial; la pone á nuestra vista; y para excitarnos á que la alcancemos, le da diversos nombres y distintos títulos: ora la llama árbol de vida, ora maná oculto, otras veces piedra preciosa, aquí un nombre nuevo, allí vestido blanco, en otra parte estrella de la mañana, columna, trono, etc.

Animo pues, atletas de Jesucristo, combatid con valor, apoderaos del cielo. Como el gran Apóstol, olvidad las cosas de atrás, e id corriendo hacia el blanco de vuestra carrera, para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo. Es menester que ningún trabajo os parezca demasiado largo, que ningún dolor sea para

(1) Ad magnas premia perveniri non potest nisi per magnos labores: unde et Paulus egregius dicebat: Non coronabitur nisi legitima certaverit. Diligite igitur mentem magistram precoriam, sed non detrahet certamen laborum. *Heb. XXXVIII. 16. Rom.*

vosotros insufrible, puesto que se os ha prometido el cielo, la corona celestial, la eternidad bienaventurada....

Jesucristo, dice el Apocalipsis, tenía un arco, y diósele una corona, y salió victorioso para continuar las victorias: *Habebat arcum, et data est ei corona, et exivit vincens ut vinceret*. (VI. 2). Esto es lo que debe hacer todo cristiano si quiere obtener el cielo.

Mediante vuestra paciencia, dice Jesucristo, salvaréis vuestras almas. (Luc. XXI. 19). *In patientia vestra possidebitis animas vestras*.

Dicen las Actas de los Apóstoles, que S. Pablo fortificaba á los discípulos y les exhortaba á la perseverancia; porque, decía, debemos entrar en el reino de Dios por medio de muchas aflicciones: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei*. (XIV. 24).

¡Qué bien tan grande es el cielo que la esperanza nos asegura! dice S. Agustín. Es glorioso merecerlo, y dulce poseerlo, puesto que, para merecerlo, los mártires desprecian las órdenes injustas de sus perseguidores, y no temen ni la espada, ni el fuego, ni la muerte más cruel. (Lib. de Civ.).

Esos, se lee en el Apocalipsis, que están cubiertos de blancas vestiduras, ¿quiénes son? y ¿de dónde han venido? Yo le dije: Mi Señor, vos lo sabéis. Entonces me dijo: Estos son los que han venido de una tribulación grande, y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por esto están ante el trono de Dios: *Illi qui amicti sunt stolas albas, ¿qui sunt? et ¿unde venerunt? Hi sunt qui cenerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni; ideo sunt ante thronum Dei*. (VII. 13-15).

Podemos por Jesucristo, dicen los mártires: nos hieren las uñas de hierro, nos despedazan los dientes de las fieras, nos llenan de llagas los azotes guarnecidos de puntas agudas, nuestros miembros son dislocados, nos mata la espada, ó se nos quema vivos; pero pronto vendrá el Sol de justicia, el Juez lleno de equidad para levantarnos, para curar y adornar con una gloria eterna nuestros miembros desgarrados, rotos, mutilados, quemados, devorados: dentro de un instante nuestra alma va á gozar la gloria de Dios. Tal era vuestro pensamiento, ó S. Lorenzo, cuando extendido en una parrilla candente, y llenas de sal todas vuestras heridas, os reáis de vuestros verdugos. Pensabais en el cielo, ó S. Vicente, cuando no sólo vencíais los tormentos, sino también al mismo cruel Bacciano, tirano y verdugo vuestro, con la paciencia, la dulzura y la generosidad. Sobre la gloria eterna meditabais, ó santa Cristina, cuando atormentada por vuestro idólatra padre, le decíais, echándole girones de vuestra carne: Recobra, tirano, recobra la carne que has engendrado.

Buscamos los ayunos, las vigiliias, los oficios, la disciplina, para vos, ó Jesús, dicen los penitentes: nos mortificamos día y noche,

6.º Es menester ser paciente.

6.º Es preciso estudiar los ejemplos que nos han dado los Santos y seguirlos.

porque esperamos la resurrección de la carne; y esta carne, hoy macilenta, livida, maltratada y casi muerta, nos será devuelta lozana, hermosa, floreciente y radiante. Entonces reformatéis, Señor, los cuerpos que humillamos, y los hareis semejantes á vuestro cuerpo luminoso. Y direis á vuestras almas: Puesto que habeis sido fieles en pocas cosas, voy á haceros dueñas de grandes bienes; entrad en la alegría de vuestro Señor: *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.* (Math. XXV. 21).

No floremos aquí en la tierra, dicen los verdaderos fieles, expuestos á las tribulaciones, combatiendo y conquistando la victoria; estamos en tiempo de alicción y de prueba; suspiramos y gemimos; nuestra carne, el mundo y el demonio nos harán guerra. ¡Ah! haec, Señor, que la aurora de la salvación eterna brille por fin sobre nosotros; que estas enfermedades, que no son más que sombras, desaparezcan; que el sol de la eternidad se levante en el horizonte; y que la noche de la mortalidad cese, á fin de que estemos para siempre al abrigo de los escrúpulos, de los temores, de los pesares, de las tentaciones, de las debilidades, de los dolores, y que la serenidad, la paz, la fuerza, la alegría y la felicidad le sucedan durante los siglos de los siglos....

2.º En preciso morir para todas las cosas presentes, vivir de Dios, despreciar todo lo que es vanidad, desear lo real y lo sólido, no hacer ningún caso de los bienes de la tierra, amar los del cielo, morir para el mundo y vivir para Dios, morir en el tiempo y vivir para la eternidad....

Pablo Orosio, amigo de S. Agustín, decía: Yo me sirvo en este momento de la tierra, pero no como si fuese mi patria; porque la verdadera patria, la que yo estimo, no está aquí. No me he aficionado á nada, y creo poseerlo todo, cuando Aquel á quien amo, está conmigo: siempre es el mismo al lado de todos y no abandona á nadie; está en todas partes y todo le pertenece. (*In ejus vita*).

Es preciso morir para todas las cosas presentes, vivir de Dios, despreciar todo lo que es vanidad, desear lo real y lo sólido, no hacer ningún caso de los bienes de la tierra, amar los del cielo, morir para el mundo y vivir para Dios, morir en el tiempo y vivir para la eternidad....

O hombres, dice S. Pedro Crisólogo, si habeis de vivir en la tierra, consagrale vuestros trabajos; pero si habeis de abandonarla, ¿por qué dejais en ella lo que os pertenece, vuestro corazón, vuestra alma, vuestra voluntad, vuestra memoria, etc.? (*Serm. CXIV*).

3.º Es menester elevar la alma hacia las cosas eternas, admirar lo que es verdaderamente sublime, dice Séneca: *Mittamus animum ad illa quæ æterna sunt, miremur in sublime.* (*In Prov.*).

Elevemos nuestra alma hacia las cosas eternas, admiraremos lo que es verdaderamente sublime, dice Séneca: *Mittamus animum ad illa quæ æterna sunt, miremur in sublime.* (*In Prov.*).

Levantad los ojos al cielo, dice S. Cirilo, vivid de su recuerdo, como viajero que allí se dirige; sean vuestros actos y vuestro pensamiento dignos del cielo; sea este el fin de vuestros esfuerzos, de vuestras miradas y de vuestros deseos. Cuando se presente alguna cosa penosa, cuando la tentación os mortifique, cuando una cruz pesada os agobie, echad una mirada á la ciudad celestial, y decid: Su-

friré todas las pruebas, y saldré victorioso de ellas por más grandes que puedan ser. Así se va al cielo. (*Catech. III. 4*).

El pensamiento del cielo reanima el valor abatido, hace perseverar á los buenos, y lleva el arrepentimiento al corazón del pecador, etc....

Carísimos míos, dice el apóstol S. Juan, ahora somos hijos de Dios, pero no aparece aún lo que seremos algún día. Sabemos si que cuando se manifestare claramente Jesucristo, seremos semejantes á él: porque le veremos como él es. Entre tanto, quien tiene tal esperanza en él, se santifica á sí mismo, así como él es también santo. (*I. III. 2-3*).

Para ser semejantes á Jesucristo en la gloria, debemos esforzarnos en parecernos á él en santidad, en virtud, en amor....

San Agustín dice muy acertadamente: Los justos llegan al bien supremo por medio de una cadena compuesta de virtudes del modo siguiente: primeramente el alma se halla rodeada de la fe como de un precioso anillo; la fe se une á la esperanza, la esperanza á la caridad, la caridad á las obras, las obras al soberano bien con la buena intención; la buena intención se completa con la perseverancia, que á su vez llega á Dios, manantial de todos los bienes: *Ad hoc summum bonum justis quidam catena trahuntur, quæ de virtutibus hoc modo connectitur: in primis fides animam, quasi quidam circulus, complectitur; fides spe nutritur, spes dilectione tenetur, dilectio operatione expletur, operatio ad summum bonum intentione trahitur; intentio boni perseverantia clauditur; perseverantia, Deus fons omnium bonorum dabitur.* (*De Cognit. veræ vitæ*).

4.º En preciso santificarse.

Necesidad de la
ciencia
cris-
tiana.

A interpretación de la ley corresponde al sacerdote, dice S. Jerónimo: *Legis interpretatio, sacerdotis officium est.* (Epist. ad Nepotian.). Tú empero, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo, mantente firme en lo que has aprendido y se te ha confiado (1), considerando quien te lo enseñó.

La ciencia es necesaria hasta para dar reglas al celo.... El celo, dice S. Bernardo, no es verdaderamente eficaz sino cuando va unido á la ciencia: es entonces más útil; mientras que muchas veces es dañoso sin ciencia. Cuanto más ardiente es el celo, más activo el espíritu, y más persuasiva la caridad, tanto más precisa es la acción de la ciencia, para saber limitar el celo, moderar el espíritu, y dirigir la caridad. (*Tract. de Inter. Dom.*)

Si estando pendiente ante ti, dice el Señor en el Deuteronomio, una causa, hallares ser difícil y dudoso el discernimiento entre sangre y sangre, entre pleito y pleito, entre lepra y lepra, (esto es en materias criminales ó civiles, ó del culto); y vieres que son varios los pareceres de los jueces que tienes en tu ciudad, marcha y acude al lugar que habrá osegado el Señor Dios tuyo, donde recurrirás á los sacerdotes del linaje levítico, y al que como Sumo Sacerdote fuere en aquel tiempo Juez Supremo del pueblo; y los consultarás, y te manifestarán cómo has de juzgar según verdad. Y harás todo lo que te dijeren los que presiden en el lugar escogido por el Señor, y lo que te enseñaren conforme á su ley, y seguirás la declaración de ellos, sin desviarte á la diestra ni á la izquierda. (*Deuter. c. XVII. vs. 8, 9, 10, 11*).

La escritura llama al sacerdote *Vegente*. David dice al sacerdote Sadoc: *O Vegente* (esto es, ó Profeta, ó sumo Sacerdote), vnelveto en paz á la ciudad: *Dixit Rex ad Sadoc sacerdotem: O Vident, revertere in civitatem in pace.* (II. Reg. XV. 27).

Otro de los fines por que el rey Salomón escribió las Parábolas, á fin de que los pequeñuelos adquirieran sagacidad ó discreción, y los mozos saber y entendimiento. El sabio, dice él, que escuchare estas parábolas, se hará más sabio; y al que las entendiere, le servirán de timon, esto es, para saber gobernarse bien. (*Prov. 1. 4-5*).

Debemos escuchar é instruirnos, dice Séneca, tanto tiempo como lo necesitamos, tanto como dure la vida: *Tandem audiendum et discendum, quandoque nescias, quandoque vras.* (Epist. LXXVII).

Por más edad que tengamos, jamás debemos decir que es demasiado tarde para instruirnos; pues es menester aprender siempre lo que no sepamos.... El rey Carlos IV de Francia pasaba un tiempo considerable estudiando; y decía que sus estudios eran su espectáculo. (*In ejus vita*).

(1) Tu vero permañe in his que didicisti, et credita sunt tibi, scilicet á quo didicisti. II. III. 14.

Aunque tenga más edad que vos, escribe S. Agustín á S. Jerónimo, aunque muy viejo, no dego de consultar. Para aprender lo que es preciso, ninguna edad es demasiado avanzada; porque, si conviene que los ancianos más bien instruyan que aprendan, es sin embargo de mucha más importancia que aprendan, para que no ignoren lo que han de enseñar á los otros. (Epist. XXVIII).

Instruidos ántes de hablar, dice el Eclesiástico: *Antequam loquaris, dice.* (XVIII. 19). No habéis jamás de lo que ignorais; podríais decir cosas falsas, temerarias condenables y condenadas....

Los labios del justo instruyen á muchísimos, dicen los Proverbios; mas los que no quieren recibir la instrucción, morirán en su ignorancia: *Qui indocti sunt, in corda egestate morientur.* (X. 21).

El sabio indagará la sabiduría de todos los antiguos, y hará estudio en los Profetas. Recogerá en su corazón las explicaciones de los varones ilustres, y penetrará asimismo las agudezas de las parábolas. Sacará el sentido oculto de los Proverbios, y se ocupará en el estudio de las alegorías de los enigmas. Asistirá en medio de los magnates, y se presentará delante del que gobierna. Pasará á países de naciones extrañas, para reconocer aquello que hay de bueno y de malo entre los hombres. (*Ecclesi. XXII. 1. 2, 3, 4, 5*). Quedó sin habla el pueblo mio, dice el Señor por Oseas, porque se hallaba falto de la ciencia de la salud. Por haber tú desechado la ciencia, yo te desecharé á ti, para que no ejerzas mi sacerdocio; y pues olvidaste la ley de tu Dios, yo tambien me olvidaré de tus hijos: *Contulit populus meus, eo quod non habuerit scientiam; quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi, et oblitus es legis Dei tui, obliviscar filiorum tuorum et ego.* (IV. 6.)

En los libros del sacerdote, dice el Señor por Malaquías, ha de estar el depósito de la ciencia, y de su boca se ha de aprender la ley: puesto que él es el ángel del Señor de los ejércitos: *Libri sacerdotis custodient scientiam, et legem requirunt ex ore eius; quia angelus Domini exercituum est.*

San Ambrosio llama á la Biblia, que contiene la ley de Dios, el libro sacerdotal: *Librum sacerdotalem*; como propio del sacerdote, quien está obligado á leerla con asiduidad. (*Lib. II. Offic.*).

El sacerdote, dice S. Jerónimo, ha de guardar la ciencia, de modo que sea una biblioteca saludable y sabia, á donde todos puedan acudir para tomar lo que necesitan. (*In Epist.*).

San Ambrosio compara los sacerdotes á las abejas: como celestiales abejas, dice, los sacerdotes deben formar su suave miel con las flores de las divinas escrituras, y disponer con arte todo lo necesario para curar las almas: *Sicut apes, de floribus scripturarum flosculis suavia mella conficiunt, et quidquid ad medicinam pertinent animarum, oris sui arte componunt.* (Lib. III. Offic., c. V).

El verdadero conocimiento, la verdadera ciencia, dice S. Jerónimo, es saber la ley entender los Profetas y creer al Evangelio;

En qué consiste
la verdadera
ciencia.

Agnitio et scientia est nosse legem, intelligere Prophetas, Evangelio credere. (Comment.).

Sabemos, dice el apóstol S. Juan, que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al verdadero Dios y estemos en su Hijo verdadero. Esto es el verdadero Dios y la vida eterna: *Scimus quoniam Filius Dei venit, et dedit nobis sensum, ut cognoscamus verum Deum, et simus in vero Filio eius. Hic est verus Deus et vita aeterna.* (IV. 20).

Y la vida eterna, dice Jesucristo por S. Juan, consiste en conocer a vos solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien vos enviasteis: *Hic est vita aeterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem missisti Jesum Christum.* (Joann. XVII. 3).

¡Feliz el hombre a quien vos, ó Señor, habéis instruido y amestrado en vuestra ley! dice el Real Profeta: *Beatus quem tu erudieris, Domine, et de lege tua loqueris ei.* (XCIII. 12).

La verdadera ciencia consiste pues en recibir lecciones del Señor, y en conocer su ley. Por esto el mismo Profeta dice: *Cuán amable me es vuestra ley, ó Señor! Todo el día es materia de mi meditación. Con vuestro mandamiento me hiciésteis superior en prudencia a mis enemigos, porque le tengo perennemente ante a mis ojos. He comprendido yo más que todos mis maestros, porque vuestros mandamientos son mi meditación continua. Alcancé más que los ancianos, porque he ido investigando vuestros preceptos: Super omnes docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est; super senes intellexi, quia mandata tua quassavi.* (CXVIII. 99-100).

Son vanos, dice la Sabiduría, todos los hombres en quienes no está la ciencia de Dios: *Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei.* (XIII. 4).

No hay aquí en la tierra ciencia, dice S. Bernardo moribundo: no hay verdaderamente ningún conocimiento; en el cielo está la plenitud de la ciencia: en el cielo está el verdadero conocimiento de la verdad: *Nulla hic scientia, nulla vere cognitio; sursum scientia plenitudo, sursum vera notitia geritur.* (In ejus vita).

San Justino enseña que la verdadera filosofía consiste en el conocimiento de Dios. (Epist.).

San Lorenzo Justiniano decía que la verdadera ciencia del hombre consistía en saber dos cosas: que Dios es todo, y que uno mismo no es nada. (Lib. de ligno vita).

Si conocéis a Jesucristo, dice un autor, ya basta, aunque ignoreis todo lo demás; pero si no conocéis a Jesucristo, aunque tuvieseis todos los conocimientos del mundo, no sabrías nada.

*Si Jesum nosis, sat est, si cetera nosis;
Si Jesum nosis, nil est, si cetera nosis:*

Vosotros, dice Jesucristo, ni debéis preciarnos de ser llamados maestros; porque el Cristo es vuestro único Maestro. (Math. XXIII. 10).

El Señor da la sabiduría, dicen los Proverbios, y de su boca sale la discreción y la ciencia: *Dominus dat sapientiam, et ex ore ejus scientia.* (II. 6). Dios es para la ciencia y para los que la buscan, lo que la luz es para los que miran un objeto y para el objeto mismo....

El corazón recto busca la ciencia, dicen los Proverbios: *Cor rectum inquirat scientiam.* (XXVII. 21).

Cuando oramos, dice S. Agustín, nosotros mismos hablamos a Dios; pero cuando leemos, el mismo Dios nos habla y nos instruye: *Cum oramus, ipsi cum Deo loquimur; cum vero legimus, Deus nobiscum loquitur.* (Serm. CXII. de Temp.).

Conocer a Dios, dice S. Bernardo, es la plenitud de la ciencia: *Deum cognoscere, plenitudo est scientia.* (Tract de Inter. Dom.).

¿Qué sabían los Apóstoles? Sólo una cosa: Jesús, y Jesús crucificado. Yo no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado, dice el gran Apóstol a los corintios: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* (I. II. 2). Sin embargo, Jesucristo llama a sus Apóstoles luz del mundo; y lo son en efecto: *Vos estis lux mundi.* (Matth. V. 14). Jamás pudo decirse tanto de los más grandes filósofos....

Nada mejor que el conocimiento de Dios, dice S. Agustín, porque no hay nada que haga más feliz; este conocimiento es la misma beatitud: *Cognitio Dei nihil melius est, quia nihil beatius est; et ipsa vera beatitudo est.* (Serm. CXII. de Temp.).

El conocimiento de un Dios único, es la posesión de todas las virtudes, dice S. Jerónimo: *Nobilita unius Dei, omnium virtutum possessio est.* (In Epist.). Amad, prosigue, la ciencia de las Escrituras, y detestad los vicios de la carne: *Ama scientiam Scripturarum, et vitia carnis non amabis.* (In Epist.).

Conocer a Dios, dice la Sabiduría, es la justicia perfecta; y el conocer vuestra justicia y poder, es la raíz de la inmortalidad: *Nosce enim te consummata justitia est; et scire justitiam et virtutem tuam, radix est immortalitatis.* (IV. 3). Conocer a Dios no sólo especulativa, sino practicamente....

Las raíces de las ciencias son amargas, dice Aristóteles, pero los frutos son dulces: *Studiorum radices amarae, fructus autem suaves.* El mismo autor, preguntado sobre la diferencia que existe entre un sabio y un ignorante, contestó: Hay tanta diferencia como entre un hombre vivo y otro muerto. *Quo viventes a mortuis.* Decía que la ciencia es un adorno en la prosperidad, un refugio en la adversidad; que los padres que instruyen a sus hijos, son muy superiores a los que sólo les dan la vida; porque éstos no hacen más que ponerlos en el mundo, pero aquéllos, no contentos con haberles dado la existencia, miran que su vida sea buena, rica y feliz. (In Laertius, in ejus vita).

Ventajas de la verdadera ciencia.

Los justos se librarán con el don de la ciencia, dicen los Proverbios: *Iusti liberabuntur scientia*. (XI. 9).

Por esta ciencia es preciso entender el conocimiento de Dios, de la Escritura, de las cosas divinas, de la gracia, de las virtudes, del servicio de Dios, de su amor, del alma, de la salud, de las postimerías.

El varón instruido se dirige hacia lo alto por la senda de la vida, á fin de desviarse del abismo del infierno, dicen los Proverbios: *Semita vite super eruditum*. (XV. 24). El que es sabio de corazón, será llamado prudente, añaden los Proverbios: *Qui sapiens est corde, appellabitur prudens*. (XVI. 25). La ciencia es un manantial de vida para el que la posee: *Fons vite eruditio possidentis*. (Prov. XVI. 22).

El corazón del sabio amañará su lengua, y añadirá gracia á sus labios. Las palabras elocuentes son un panal de miel, ditzura del alma y vigor de los huesos: *Cor sapientis erudit os ejus, et labia ejus addet gratiam*. *Factus mellis, composita verba, dulcedo animæ, et vitæ ossium*. (Prov. XVI. 23-24). Es cosa apreciable el oro, y la abundancia de pedrería; mas la alhaja preciosa es la boca del sabio: *Vas pretiosum labia scientis*. (Prov. XX. 15).

La ciencia del sabio, dice el Eclesiástico, rebosa por todas partes como una avenida de agua, y sus consejos son cual fuente perenne de vida: *Scientia sapientis tanquam inundatio abundabit, et consilium illius, sicut fons vite permanet*. (XXI. 46).

La ciencia de Dios es el manantial de todos los bienes.... La cosa más preciosa y más perfecta es el conocimiento de Dios, dice S. Gregorio Nacianceno: *Perfectissima omnium rerum est cognitio Dei*. (In Distich.).

Clemente de Alejandria afirma que el que conoce verdaderamente á Dios no puede entregarse á los deleites ni á las demás agitaciones del alma. (Lib. IV. Strom.).

El conocimiento y el recuerdo de Dios excluyen todos los crímenes, dice S. Jerónimo. (In Epist.).

Yo os dare pastores según mi corazón que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina, dice el Señor en Jeremías: *Dabo vobis pastores iuxta cor meum, et pascunt eos in scientia et doctrina*. (III. 15).

Los que tengan ciencia, dice Daniel, brillarán como la luz del firmamento, y los que enseñan á muchos la justicia, serán como estrellas durante toda la eternidad: *Qui docti fuerint, fulgebunt quasi stellas in perpetua æternitate*. (XII. 3).

San Agustín, en su libro de la vida feliz, nos enseña prolijamente que la vida feliz no es más que el conocimiento perfecto de Dios.

San Bernardo dice: Conocer á Dios es la plenitud de la ciencia; la plenitud de esta ciencia es la plenitud de la gloria, la consumación de la gracia, la perpetuidad de la vida. (Trat. de inter domo).

No hay alimento tan suave para el alma, dice Lactancio, como

el conocimiento de la verdad, y sobre todo de la verdad increada: *Nullus suavior est animo cibus, quam cognitio veritatis, præsertim prima increata*. (Lib. I, c. III).

Los incrédulos, los filósofos impíos, son aquella raza sin consejo y sin prudencia de que nos habla la Escritura: ¡ojalá tuviesen sabiduría e inteligencia y previesen sus postimerías! *Tens abique consilio est, et sine prudentia: futinam sapient, et intelligent, ac notissima præcedent!* (Deuter. XXXII. 28-29).

¿No ha de oscurecerse la luz del impío? Su tea se oscurecerá en su tienda: la lámpara que lucía en su cabeza, se apagará. (XVIII. 5-6).

Desde lo alto del cielo el Señor echó una mirada sobre los hijos de los hombres, para ver si había uno que tuviese juicio ó que buscara á Dios, dice el Salmista. Todos se han extraviado, todos á una se hicieron inútiles: no hay quien obre bien, no hay siquiera uno. (XIII. 2-3). No ha querido el impío instruirse para obrar bien, dice en otro lugar el Salmista: *Noluit intelligere ut bene ageret*. (XXXV. 6).

El que no tiene fe, no tiene verdadera ciencia.... La eternidad y la verdad están en el cielo, dice S. Agustín; se llega á la verdad por medio de la fe: *Duo illa nusquam sunt, æternitas et veritas; per fidem veniendum est ad veritatem*. (Lib. de Civit.).

Fuera de Dios no hay verdadera ciencia.... El incrédulo desprecia á Dios, la ley de Dios, la religión, su conciencia, su alma, su salvación y su eternidad; jamás se ocupa de esto. Y sin embargo toda su ciencia no consiste en otra cosa....

El fin de los mandamientos, dice el Apóstol, es la caridad, que nace de un corazón puro, de una buena conciencia, y de fe no fingida. De lo cual desviándose algunos, han venido á dar en charlatanería, queriendo hacer de Doctores de la ley, sin entender lo que hablan, ni lo que aseguran: *Volentes esse legis Doctores, non intelligentes neque quæ loquuntur, neque de quibus affirmant*. (I. Tim. I. 7.).

Has de saber esto, dice el mismo Apóstol á Timoteo, que en los días postreros sobrevendrán tiempos peligrosos: levantaránse hombres pagados de sí mismos, codiciosos, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, facinerosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, fieros, inhumanos, traidores, protorvos, hinchados, y más amadores de deleites que de Dios; mostrando, sí, apariencia de piedad, pero renunciando á su espíritu. Aparte de los tales, porque de éstos son los que se melen por las casas y cautivan á las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas de varias pasiones, las cuales andan siempre aprendiendo, y jamás arriban al conocimiento de la verdad. En fin, así como Jannes y Mambres resistieron á Moisés, del mismo modo éstos resisten á la verdad, hombres de un corazón corrompido, réprobos en la fe, que quisieran pervertir á los demás; mas no lograrán sus intentos:

porque su necedad se hará patente á todos, como antes se hizo la de aquellos Magos. Quiere decir con esto el Apóstol que los tales impostores se valen de la natural curiosidad y ligereza de tales mujeres, ansiosas siempre de hallar una doctrina que se acomode á todos sus antojos: *Semper discantes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes.* (II. Tim. III. 1. etc.).

Por esto decía el mismo Apóstol á los de Corinto: la ciencia por sí sola hincha; la caridad es la que edifica. (I. Cor. VIII. 1.) Cosa de la virtud de los humildes es, dice S. Agustín, el no gloriarse de la ciencia: *Humilium virtus est de scientia non gloriari.* (De Morib.).

Un alimento indigesto, dice S. Bernardo, engendrará malos humores; no nutre al cuerpo, sino que lo deteriora. Lo mismo sucede con la ciencia arrojada en el estómago del alma, que es la memoria: si la caridad de Jesucristo no le presta calor, y si esta ciencia no hace que la voluntad obre, es un mal, una calamidad. (Serm. XXXVI. in Cant.).

Va en busca de males el corazón del infame; pero el buen corazón inquiere la ciencia, dicen los Proverbios: *Cor iniqui inquit mala, cor autem rectum inquit scientiam.* (XXVII. 21).

Mi pueblo fue llevado cautivo, dice el Señor por medio de Isaías, porque no ha tenido la verdadera ciencia: por esto el infierno ha ensanchado su seno: *Captivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam: propterea dilatavit infernus animam suam.* (v. 13-14).

Nadie debe vanagloriarse de su ciencia, puesto que 1.º es transitoria; 2.º imperfecta; 3.º dañosa muchas veces; y 4.º trabajosa....

Tiempo vendrá, dice el Apóstol, en que no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comezon extremada de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones, recurrirán á una calvería de doctores propios para satisfacer sus desordenados deseos, y cerrarán sus oídos á la verdad, y los aplicarán á las fábulas.

No debe buscarse la ciencia del hombre y del corazón humano en los libros malos, en novelas obscenas, en folletos irreligiosos. Esta es la ciencia de las pasiones: la prostitución de la ciencia.... la ciencia del infierno.... Tal ciencia hace demonios, y lleva á la morada de estos desgraciados seres....

Evita las cuestiones necias, dice el Apóstol á su discípulo Tito, y las genealogías, y contiendas y discusiones sobre la ley; puesto que son inútiles y vanas: *Stultas questiones, et genealogias, et contentiones, et pugnas legis decita; sunt enim inutiles et vanae.* (III. 9).

El modo de instruirse, dice S. Bernardo, es estudiar con orden, con asiduidad, con un fin laudable: *Modus est ut scias quo ordine, quo studio, quo fine.* (Serm. XXXVI. in Cant.).

¿Qué orden hemos de seguir en los estudios? Hemos de empezar por instruirnos de lo perteneciente á la salvación; aprender lo

que debemos á Dios y al prójimo, lo que nos debemos á nosotros mismos....

Es preciso estudiar con asiduidad, con celo, pero con el celo del amor de Dios; no dejar que el corazón se seque en tanto que se adorna y alimenta el entendimiento.

¿Con qué fin debemos estudiar é instruirnos? No debe ser ni por vanagloria, ni por curiosidad ú otro motivo semejante, sino por Dios, por nuestra propia utilidad y la del prójimo. Hay algunos que sólo quieren saber para darse á conocer, añade S. Bernardo; y esto no pasa de ser una vergonzosa vanidad: *Sunt namque qui scire volunt ut sciantur et ipsi, et turpis vanitas est.* (Serm. XXXVI. in Cant.).

Muchos buscan los medios de formar su entendimiento con la ciencia, y muy pocos los necesarios para formar su conciencia. Si pusieran ante todo empeño en ilustrar su conciencia, empleando el mismo ardor y el mismo celo que se emplea en ir detrás de la ciencia profana y vana, pronto se tendría una conciencia recta, guía más segura que toda ciencia humana.

Habiendo uno preguntado á Sto. Tomás de Aquino cuál era el medio de adquirir la ciencia, respondió: Os prescribiré que habéis poco, que guardéis la pureza de vuestra conciencia, que os dediquéis á menudo á la oración, y que seáis amables para todos; que no os ocupéis de las acciones de los demás; comprended lo que hagáis y oigáis; consultad en la duda.

Hijo mío, dice el Señor en los Proverbios: si recibís mis palabras; si acogéis mis preceptos; si prestáis oído atento á la sabiduría; si inclináis vuestro corazón á la prudencia; si imploráis la sabiduría, entonces aprenderéis el temor del Señor y hallaréis la ciencia de Dios. (II. 1-5).

Si queréis ser sabios, no leáis más que un sólo libro, dice Sto. Tomás: *Si vis evadere doctus, unum duntaxat lege librum* (3. p. q. 7 art. 9).

El libro por excelencia es la Sagrada Escritura....

El sabio, dice el Eclesiástico, indagará la salubridad de todos los antiguos, y hará estudio en los Profetas. Conservará en la memoria las explicaciones de los hombres célebres: *Sapientiam omnium antiquorum requirit sapiens, et in Prophetis vacabit. Narrationem visorum nominatorum conservabit.* (XXXIX. 1-2).

Para adquirir la verdadera ciencia, dice S. Bernardo, la compunción vale más que las profundas pesquisas; los suspiros instruyen mucho más que los argumentos; las lágrimas más que las sentencias; la oración más que la lectura; la contemplación de las cosas celestiales, más que la exploración de las cosas de la tierra.

La primera de las ciencias, dice en otra parte S. Bernardo, y la verdadera ciencia, consiste en una conciencia pura y santa ante Dios: *Veru scientia consistit in pura et sancta coram Deo conscientia.* (Lib. de Consuetudine.). Solo los discípulos de Jesucristo, añade, esto

es, los que desprecian el mundo, llegan á la verdadera ciencia; porque no es la lectura la que da esta ciencia cierta, sino las obras; no es la letra, sino el espíritu; no es la erudición, sino el ejercicio en los mandamientos de Dios. Sembrad para la justicia, cosechad la esperanza de la vida futura; haced brotar en vosotros la luz de la ciencia del Espíritu Santo y de la Cruz.

No se llega á la luz de la ciencia si el germen de la justicia no está antes en el alma: de este germen se forma el grano de la vida eterna, y no la paja de la vanagloria. (*Lib. de Conscientia*).

Emplemos la ciencia, dice S. Agustín, como un medio de construir el edificio de la caridad: *Sic adhibeatur scientia tanquam machina quardam, per quam structura caritatis assurgat.* (Epist. CIX., c. XXI).

CIRCUNCISION.

ESTE es el pacto mío que habeis de observar entre vosotros, así tú, como tu descendencia después de tí: Todo varón entre vosotros será circuncidado, dijo el Señor á Abraham: *Hoc est pactum meum quod observabitis inter me et vos, et semen tuum post te: Circuncideatur ex vobis omne masculinum.* (Gen. XVII. 10).

La circuncision era: 1.º el signo de la alianza hecha entre Dios y Abraham; 2.º la prueba de la fe de Abraham; 3.º la señal que distinguía los fieles de los infieles; 4.º era, según lo enseñan los Padres, la señal de la existencia del pecado original y de su expiación por Jesucristo; 5.º era la figura del bautismo, y por esta razón se daba un nuevo nombre al circuncidado, como se da un nuevo nombre al que se bautiza. En resumen, la circuncision era pues el signo distintivo del pueblo de Dios, el signo figurativo del Mesías, y también de la participación á la redención por Jesucristo; porque el Mesías y el Evangelio fueron prometidos y revelados á Abraham, primer circunciso: era, en fin, el signo de la circuncision espiritual: *Quæ res cur in hoc membro præputii instituta sit à Deo circuncisio? Respondeo: 1.º quia in hoc membro Adam primum inobediencie sue effectum et carnis rebellionem sensit; 2.º quia hoc membro generamur, et transfunditur peccatum originale, quod circuncisione curatur; 3.º ut significaretur Christus redemptor, et novi fœderis institutor, generandus ex Abraham semine.* En el sentido alegórico, la circuncision fué el tipo del bautismo y de la penitencia. En el sentido tropológico, fué la señal de la mortificación de la carne y de todos los vicios. En el sentido anagógico, la circuncision que se hacía el día octavo, representaba la resurrección que ha de tener lugar en la octava edad del mundo, en la cual desaparecerá la corrupción de la carne y de la naturaleza toda.

Si el recién nacido moría antes del día octavo de su nacimiento, podía salvarse como el sexo femenino, con los remedios y los ritos visibles de la ley natural prestativos de la fe en Cristo que había de venir.

La circuncision fué ordenada, entre otros fines, para distinguir de los demás pueblos la posteridad de Abraham: pero esta distinción se verificaba por el hombre y no por la mujer, por la razón que da Sto. Tomás: por esto sólo se dispuso que los varones fueran circuncidados.

Llegado el día octavo en que debía ser circuncidado el niño, dice S. Lucas, le fué puesto por nombre Jesús. (II. 21).

La circuncision era la señal del pecado, y como su sello; pero en

¿Qué objeto tenía la circuncision?

®

Por qué quito Jesucristo ser circuncidado?

Jesucristo no había ningún pecado, ni concupiscencia alguna. Por esto el Salvador se humilló más profundamente en su circuncisión que en su nacimiento. En éste recibió la forma humana; en aquella recibió la forma de pecador. Quiso ser circuncidado, y lo quiso por profundísima humildad....

Según S. Cipriano, S. Agustín, el venerable Beato, Sto. Tomás y otros Doctores de la Iglesia, Jesucristo quiso ser circuncidado por nueve razones principales: 1.ª para probar la realidad de la existencia de su carne contra los Maniqueos, que decían que había tomado un cuerpo fantástico; contra Apolinar, que sostenía que el Hijo de Dios había tomado la carne sola sin alma, y que el Verbo suplía á la carne el lugar del alma; y contra Valentino, que enseñaba que Jesucristo había tomado un cuerpo celeste; 2.ª para aprobar la circuncisión que Dios había establecido en otro tiempo; 3.ª para manifestar que era de la raza de Abraham; 4.ª para quitar á los Judíos el pretexto de no recibirle no hallándose circunciso; 5.ª para recomendarnos con su ejemplo la virtud de la obediencia. Habiendo Dios, como dice el Apóstol (*ad Rom. VIII. 3*), enviado á su Hijo revestido de una carne semejante á la del pecado, Jesucristo quiso ser circuncidado para probar que no desdenaba el remedio por el cual se curaba esta carne; 7.ª lo quiso á fin de que, recibiendo el mismo el peso de la ley, libertara á los demás de este peso penoso; 8.ª lo quiso para ocultar su Divinidad al demonio, dice S. Leon. Y S. Agustín nos da la razón novena: Jesucristo, dice, quiso que la circuncisión para abolir la circuncisión misma; recibió la sombra para dar la luz; recibió la figura para cumplir la verdad: *Christus suscepit circuncisionem, ablaturus circuncisionem ipsam; suscepit umbram, daturus lucem; suscepit figuram, impleturus veritatem.* (*De Cognit. verae vitae*).

En fin, la circuncisión de Jesucristo fué el principio de su pasión sangrienta, con la que rescató y salvó al mundo... He aquí por qué recibió entonces el nombre de Jesús. Jesucristo ha curado nuestras enfermedades, tomando sobre sí mismo el peso de ellas, satisfaciendo á Dios, y mercediendo curar á todo el género humano.

La circuncisión fué más dolorosa para Jesucristo que para los demás niños, pues tenía uso de la razón, y sabía por qué motivos se había ordenado aquel acto....

CÓLERA.

El hombre colérico es comparado al hombre colérico á la abeja que para vengarse hunde su aguijón en el cuerpo de los que la persiguen, y lo pierde con la vida: como la abeja, el hombre llevado de la ira deja oír un murmullo amenazador; para vengarse y para herir se hiere á sí mismo, y muchas veces mancha su alma con un pecado mortal. Por esto dice el Rey Profeta: *Rodderunt me sicut apes.* (CXVII. 12).

Los pensamientos del hombre que se encoleriza, dice S. Jerónimo, se parecen al parto de la víbora; cansan su muerte. (*Ex Philon.*).

La ira es la oscuridad, la turbación, el tumulto y la tempestad del espíritu; pasa sobre él como agua negra y agitada.

Por la cólera, dice S. Gregorio, se pierde de tal manera la sabiduría, que ya no se sabe ni cómo debe obrarse, ni tampoco lo que debe hacerse; porque quita toda la luz á la inteligencia cuando turba el alma con una fuerte emoción: *Per iram sapientia perditur, ut quid quoque ordine agendum sit, omnino aesciat; quia nimium intelligentia lucem subtrahit, cum mentem permoerendo confundit.* (Lib. V. Moral., c. XXX).

El hombre llevado de la cólera no se diferencia de un frenético sino por la duración del acceso que experimenta; porque la cólera es un frenesí que pasa. Preguntaban á Platon con qué señales se conocía al hombre sabio y cuerdo: Cuando la vituperan y le desgarran, respondió el sabio, no se enfada: cuando le alaban, no se enorgullece; pero el insensato es el esclavo de la cólera, que no puede dominar sus pasiones. (*Dialog.*).

Es preciso considerar la fealdad de la ira....

Plutarco invita al hombre enfurecido á que se contemple en un espejo y en su conducta; viendo que su rostro y sus acciones se parecen á los de un frenético, tendrá aversión á la cólera y la evitará. (*De Morib.*). Nos volvemos enteramente locos cuando nos enfurecemos....

El corazón inflamado de cólera, palpita, dice S. Gregorio, el cuerpo tiembla, la lengua balbucea, el rostro se altera, y los ojos se encienden; ni á los amigos se conoce ya. La ira hace perder el uso de la razón; se mira como justo y legítimo todo lo que sugiere: *Ira iudicium rationis exasperat; omne quod furor suggerit, rectum putat.* (Lib. V. Moral.). La cólera es ciega, y pone también una venda á los hombres: *Ceca est, et excaecat.* (Ul supra).

Tristes efectos de la ira, sobre todo para el que se entrega á ella.

La ira apaga en el alma que domina, toda paciencia, toda prudencia, toda caridad, toda justicia, toda humanidad, etc.

No seas fácil en airarte, dice el Eclesiástico; porque la ira se abriga en el corazón del insensato: *Ne sis celer ad irascendum; quia ira in sinu stulti requiescit.* (VII. 10).

La ira es la señal de necesidad, dice S. Jerónimo: *Ira est signum inopientie.* (Epist.).

Muestra luego su ira el fatuo; pero el varón circunspecto disimula la injuria, dicen los Proverbios: *Fatuus statim indicat iram suam.* (XII. 16).

El hombre iracundo manifiesta su frenesí con su rostro que expresa el furor, con palabras llenas de indignación, con gestos amenazadores, etc.; levanta la voz, grita, amenaza, da golpes con las manos y con los pies; se le escapan injurias y muchas veces calumnias, etc. La ira es como una chispa de fuego que cae sobre estopa; si no se apaga al momento, gana terreno, avanza rápidamente, y no se detiene sino cuando va ha incendiado la casa y las llamas salen por ventanas y techo. El insensato que no se resiste á la cólera, sino que le obedece, la acaricia, le da calor y la alimenta, ha de ser su víctima.

El hombre encolerizado se parece al que, ántes de acabar de recibir una orden y sin haberla comprendido, se precipita á ejecutarla y se engaña, dice Aristóteles.

Los perros ladran cuando alguno, aunque sea su dueño, llama á la puerta. Así el hombre colérico, á causa de su ardor y de su arrebatado carácter, no escucha la voz de la razón ni la del precepto; se apresura á vengarse y á herir. (Lib. VII, Ethic., c. VI). El hombre colérico, dice Casiano, obra sin tomar consejo, y cava pecados: *Vir iracundus agit sine consilio, effudit peccata.* (Collat.).

Dos cosas están opuestas á la sana razón: apresurarse demasiado á obrar, y encolerizarse....

Las señales ciertas por las que puede darse á conocer un insensato, dice Séneca, son un rostro audaz y amenazador, una frente triste, una cabeza agitada, una marcha desigual, manos contumeliosamente en movimiento, un color de rostro que no es natural, suspiros y gritos frecuentes y agudos. También indican la ira las siguientes señales: los ojos se mueven y chispean, el rostro se enciende, los labios se aprietan, los dientes chasquean, los cabellos se erizan, el espíritu agitado se extremeca; sonidos inarticulados, sollozos, gritos, ruidos, palabras vivas y entrecortadas se escapan de la boca; todo el cuerpo suda, todo es una amenaza desde la cabeza á los pies; el rostro se vuelve horrible, espantoso de ver, y brota de él la espuma de la rabia. (Lib. I. de ira, c. I.).

La cólera turba el alma, dice S. Efrén; debilita los sentidos; los pensamientos de venganza se escapan del corazón como el agua de un río que sale de madre: *Ex ira mens perturbatur, sensus debilitatur, et cogitationes vindictae fluminis instar scaturiunt.* (Serm. VII).

Menos se sufriría, dice S. Crisóstomo, viviendo con animales feroces que con un hombre de carácter arrebatado. Puede amansarse el león, pero no aquel hombre (I. Lib. I. Reg.).

El hombre encolerizado ensena sus dientes como el jabali, lanza dardos con su lengua como la serpiente, patea como el oso, agita sus brazos como el toro las astas; no respeta ni á vecino, ni á amigo, ni á superior; no conoce á nadie. Es como un enérgumeno y hasta peor; porque los movimientos del enérgumeno son involuntarios y esforzados.

La ira, dice S. Crisóstomo, es un fuego violento que todo lo devora; pierde el cuerpo y corrompe el alma: *Ignis est vehemens ira omnia decorans; nam et corpus perdit, et animam corrumpit.* (In Lib. I. Reg.).

La ira es una fiera y una leona que no pueden domarse....

La ira origina disputas, querellas, injurias, maledicciones, calumnias, juramentos, blasfemias, imprecaciones, maldiciones. El hombre que cede á la ira, se deja llevar á los ultrajes, á los golpes, al asesinato; nada hay tan cruel é inhumano que no se atreva á emprender cuando le excita el furor; porque, desapareciendo la razón y el espíritu, no hace más que seguir la inspiración de su furor.

La ira, dice S. Gregorio, destruye el encanto de la sociedad, rompe la concordia, quita la luz de la verdad y hace desaparecer el brillo que el Espíritu Santo derrama en el alma: *Per iram gratia vite socialis amittitur, concordia rumpitur, lux veritatis amittitur, Spiritus Sancti splendor excluditur.* (Lib. V. Moral., c. XXX).

La ira despierta la ambición, la envidia, la injuria, el odio, etc.; lleva sobre todo á la maldad, á la venganza y al homicidio....

El hombre iracundo suscita riñas; el sufrido apacigua las que se han excitado, dicen los Proverbios: *Vir iracundus provocat rixas; qui patiens est, mitigat rixas.* (XV. 18).

Semejante á una bestia feroz desencadenada, la ira, dice Aristóteles, lleva á todas partes el desorden; es como un lugar de donde sale la dureza y la violencia; causa la injusta efusión de la sangre; es la compañera de la desgracia; arrastra en su caída la infamia y el oprobio. (Apud. Siobann., Serm. XVIII).

Quien fácilmente se enoja, estará más expuesto á pecar, dicen los Proverbios: *Qui ad indignandum facilis est, erit ad peccandum proclivior.* (XXIX. 22). Se ve arrastrado á una multitud de pecados de corazón, de palabra y de acciones. Pecados de corazón: esto es, murmullos interiores, exasperación, pensamientos y deseos de venganza, etc.; pecados de palabra: clamoreos, disputas, afrontas y maldiciones; el hombre colérico habla como un ciego y como un sordo; dice lo verdadero, lo falso, exagera, etc.; pecados de acción: procedimientos injustos, rapiñas, golpes; muere; se parece al demonio, que sólo respira rabia y trata de incendiarlo todo....

El hombre da-
da a la ira da
asílo al demonio
y a la tem-
bien es en es-
perita infernal.

El alma inclinada a la ira es el nido del demonio; en ella deposita Satanás los pensamientos culpables, los fomenta y los desarrolla.

No deis entrada al diablo, dice S. Pablo: *Nolite locum dare diabolo*. (Eph. IV. 27). Y sucede cuando se escuchan las inspiraciones de la ira y se fomentan. La ira abre de par en par la puerta a Satanás y le hace sitio; él se resbala muy fácil y secretamente en el corazón tras los pensamientos de encono; agranda desmesuradamente la injuria recibida, y con sus sugestiones y sus consejos empuja a la venganza. Por esto agita la sangre y el espíritu, inflama la bilis, destruye la razón y el juicio del hombre arrebatado, hasta el punto de persuadirle que la venganza que medita no es venganza, sino un acto de justicia; entonces éste no ve ni su crimen, ni los peligros a que se expone; es menos el quien obra que su ira y el demonio que habita en él, y a quien obedece como el cuerpo al alma.

En donde hay ira, no está el Señor, sino esta pasión amiga de Satanás, dice S. Clemente: *Ibi est ira, ibi non est Dominus, sed amicus Satanæ*. (Lib. II. Gonst., c. XXXVII).

El que se deja dominar de la ira, aloja en su interior al demonio, dice S. Basilio: *Qui iram habet, demonium in se continet*. (Homil. de ira). S. Crisóstomo llama a la ira demonio de la voluntad. (Homil. in Dale.).

Ese amo nuestro (Nabal), avisaba a Abigail uno de los criados de aquel, es un hijo de Belial, tan violento que nadie se atreve a hablarle, dice el libro primero de los Reyes: *Ipsæ est filius Belial, ita ut nemo possit ei loqui*. (XXV. 17).

San Gregorio Nacianceno dice que el hombre colérico es un demonio. ¡O ira, exclama, vicio querido del execrable Satanás: tú eres el proveedor del infierno; tú precipitas al hombre en el fuego eterno; tú le entregas a los espíritus infernales! Si, el hombre colérico es un demonio; maltrata, grita, está furioso, se pega, hiero como si no fuera un hombre, sino un demonio. (In Cerm. ad iram).

La ira se parece al fuego del infierno, que arde, pero no alumbrar; es muy ardiente, pero está lleno de tinieblas: la ira se apodera del alma, oscurece la razón hasta el punto de que el hombre no ve ya ni lo que dice, ni lo que hace....

La ira manifiesta la maldad del corazón.

La ira prueba que el corazón está lleno de hiel... El hombre que se deja vencer por la ira y se abandona muchas veces a este vicio, es un ser degradado, malo, cruel; es un azote para su familia y para la sociedad....

El hombre llevado a la ira es vengativo; examina cuidadosamente ya la gravedad de la injuria que ha recibido, ya la manera más cruel y salvaje de vengarse. Se aplica a desenterrar los vocablos punzantes que ya han caído en desuso, y se sirve de ellos para zaherir profundamente....

El hombre dulce y paciente es feliz; agrada a Dios y a los hombres: el hombre colérico es desgraciado; Dios le detesta y le maldice; los hombres también le detestan, le temen, huyen de él y le maldicen. El hombre colérico se convierte en suplicio, en infierno de sí mismo; y lo es también de los demás....

Si queréis vencer la ira y destruirla, renunciad a las pasiones inmundas y criminales; porque mientras os seduzcan, estaréis sujetos a la ira....

Las causas de la ira son:

1.º La pérdida del temor de Dios y de la fe...

2.º Una mala educación en la juventud, malos principios dados y recibidos...

3.º Los excesos de juego, de embriaguez, de libertinaje...; pero la causa principal es el orgullo.

El que quiere justificar su ira, dice S. Ambrosio, no hace más que aumentarla y preparar una falta nueva: *Qui vult iram suam iustam probare, plus inflamatur, et cito in culpam cadit*. (Lib. de Offic.).

No hay vicio que se trate de excusar tanto como la ira. Como procede principalmente del orgullo, nadie quiere acusarse a sí mismo, y todos pretenden tener razones para enfadarse. Así es mi carácter... dicen; no puedo contenerme.... Mi mujer, mis hijos, mis criados tienen la culpa de mis arrebatos. Me han provocado sin razón, etc.... Y así, a todas las cosas acusáis, menos al culpable, esto es, a vosotros mismos....

No sólo todos procuran disculparse de los arrebatos de ira, sino que procuran servirse de este vicio para disculpar a los demás.—¿Por qué blasfemáis, hombre obcecado?—La ira me obliga a hacerlo.—¿Por qué os vengáis y conserváis rencor en vuestro corazón?—Porque soy iracundo.—¿Por qué insultasteis y heristeis a aquella persona?—Estaba enfadado, etc....

Pero todas estas excusas son iniquidades. ¡Nadie puede justificarse de un crimen con otro crimen!....

De su inflexible ira se hará Dios, dice la Sabiduría, una aguda lanza; y todo el universo peleará con el contra los insensatos: *Acuet autem duram iram in lanceam; et pugnabit cum illo orbis terrarum contra insensatos*. (v. 21).

Dios se aparta de los hombres que se abandonan a la ira; los maldice en el tiempo, en la muerte y en la eternidad....

Los hombres los maldicen durante su vida, se alegran de su muerte, y aborrecen su memoria. Los vivos descansan cuando el hombre colérico ha muerto....

Si ha habido debilidad en encolerizarse, procúrese que la ira no sea de mucha duración. No sea que se os ponga el sol estando to-

Causas de la ira.

Vamos excusar que se enfaden con justificar la ira.

Castigos de la ira.

Remedios contra la cólera.

da via airados, dice S. Pablo: *Sol non occidat super iracundiam vestram.* (Eph. IV. 26).

No sea que se os ponga el sol estando todavía airados, es decir, no os encolerizéis, no sea que, según la interpretación de S. Agustín, Jesucristo, verdadero sol de justicia, abandone vuestra alma; pues que Jesucristo no quiere habitar con la ira. Dejad la cólera, arrojadla de vuestro corazón, antes que el sol, luz visible, desaparezca; á fin de que Jesucristo, luz invisible, no os abandone: *Ne sol occidat, id est, ne Christus deserat mentem tuam; quia non vult Christus habitare cum iracundia. Ejice iram de corde, antequam occidat lux ista visibilis, ne te deserat lux invisibilis.* (In hanc verba Apost.).

No os apresuréis á encolerizaros, dice el Eclesiástico: *Ne sis velox ad irascendum* (VII. 10); porque una dilación, un retardo previene la cólera ó la irascencia....

Es natural, dice Casiano, que la ira se debilite ó se apague, si la explosión se retarda; pero si se cede, se inflama más y más: *Hec est natura ira, ut dilata languescat et pereat; prolata vero, magis magisque conflagret.* (Collat. XVI. c. XXVII).

Los remedios contra la ira son: 1.º recordar que la ira está prohibida; 2.º contener la lengua y la mano. El filósofo Athenodoro decía al emperador César Augusto: Cuando esteis enfadado, no digáis nada, no hagáis nada, y esperad hasta transcurrido el tiempo necesario para recitar el alfabeto griego. (Plutare., in *Apoph. roman.*). El castigo diferido puede aplicarse, dice Séneca; pero el que desde luego se aplica, ya no puede ser revocado: *Potest parva dilata exigi non potest exacta revocari.* (lib. II. de ira, c. XXVI); 3.º considerar la fealdad y la deformidad de la cólera...; 4.º poner atención al perjuicio que causa al que á ella cede y á los demás.... No es el hombre quien nos ha de irritar, sino sus vicios. Es preciso castigar el pecado, dice S. Agustín, pero respetar al pecador. (*De dial.*). Es preciso imitar al médico, que no se incomoda por las injurias que le dirige el enfermo...; 5.º reflexionar en la insignificancia de lo que nos encoleriza...; 6.º extirpar las pasiones que la producen...; 7.º recordar la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo. Si tenemos á la memoria los padecimientos de Jesucristo, dice S. Ambrosio, nada hallaremos tan penoso que no pueda sufrirse con paciencia: *Si passio Redemptoris ad memoriam reducat, nihil tantum quod non æquo animo toleretur.* (Serm. V).

San Gregorio Nacianceno indica tres medios para preservarnos de la ira: el primero, la oración; el segundo, la señal de la cruz; el tercero, la humildad. (In *Distich.*).

Hay ira santa.

Hay dos clases de ira en el hombre, dice Sto. Tomás: la que proviene á la razón, que se apodera de ella y hace obrar al hombre; y entonces la ira es la que propiamente funciona, puesto que la operación se atribuye al agente principal: esta ira es mala...; la que sigue las inspiraciones de la razón y es como instrumento suyo;

entonces la operación, que es un acto de justicia, no se atribuye á la ira, sino á la razón. Así es que irritarse contra el vicio, contra los desórdenes, contra un seductor, etc., no es un mal; es celo, es una indignación santa y un deber. Por esto dice el Rey Profeta: *Enojaos y no queráis pecar: Irascimini et nolite peccare.* (IV. 5).

Da santa ira estaba animado Nuestro Señor cuando arrojó del templo á los que le profanaban, cuando echaba en cara á los escribas y fariseos su orgullo ó hipocresía, y los llamaba raza de vívoras. (*De peccat.*).

En Dios, la ira no es más que el deseo, el amor de la justicia y de una justa venganza.

COMPANÍA BUENA Y MALA. (Véase mala compañía).

COMPASION.

Ex practico te-
ne compa-
sion.

En un Dios para el desvalido, dice S. Gregorio Nacianceno: *Esto calamitoso Deus.* (De cura paup.). No he dejado, de dia ni de noche, de advertir á cada uno de vosotros con lagrimas en los ojos, dice S. Pablo: *Nocte et die non cessavi cum lacrymis monens unumquemque vestrum.* (Act. XX. 34). Y ahora os encomiendo á Dios y á la palabra de su gracia; á Aquel que es poderoso para acabar el edificio de vuestra salud y haceros participar de su herencia con todos los Santos. (Act. XX. 32).

¿Quién enferma que no enferme yo con él? dice aquel gran Apóstol á los Corintios: *¿Quis infirmatur, et ego non infirmor?* (II. n. 29). Si un miembro padece, todos los miembros se compadecen: *Si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra.* (I. Cor. XII. 26).

Sed todos, dice S. Pedro, de un mismo corazon, compasivos, amantes de todos los hermanos, misericordiosos, modestos, humildes, no volviendo mal por mal, ni maldiciendo por maldicion, antes al contrario, *bienex ó bendiciones*; porque á esto sois llamados, á fin de que poseais la herencia de la bendicion celestial. (I. n. 89).

Yo en otro tiempo lloraba con el que se hallaba atribulado, dice Job, y mi alma se compadecia del pobre. (XXX. 25).

El Pontífice que tenemos, dice S. Pablo á los Hebreos, no es tal que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo voluntariamente experimentado todas las tentaciones y debilidades, á excepcion del pecado, por razon de la semejanza con nosotros. (IV. 15). La vida entera de Jesucristo está llena de compasion por todas las calamidades y las enfermedades, etc.

No hay ningun pecado cometido por hombre que no podamos cometer todos, dice S. Agustin, si no estamos sostenidos por Aquel que ha hecho al hombre: *Nullum est peccatum quod unquam fecerit homo, quod non possit facere alter homo, si desit Creator á quo factus est homo.* (Soliloq., c. XV).

No dejes de consolar á los que lloran, y haz compañía á los afligidos, dice el Telesiástico. *Non desis plarantibus in consolatione, et cum lugentibus ambula.* (VII. 38).

Cuanto poderosos
y ventajosos es
la compasion.

La compasion calma el dolor del afligido: porque 1.º el que compadece desahoga el corazon del que sufre. Este corazon estaba cerrado y oprimido de dolor; él le da expansion. Esto hace decir á S.

Ambrosio: El verdadero consuelo en esta triste vida, es hallar un corazon compasivo al cual podamos abrir el nuestro: *Solacium huius vite est, ut habeas cui pectus aperias tuum.* (Serm. VI).

2.º El que compadece sugiere al que sufre consejos cuerdos que mitigan su dolor y que éste no podría hallar en sí mismo, porque el sufrimiento le aturde.

3.º La compasion y una tierna amistad son un bien que está en contrapeso con el mal causado por el dolor. El que compadece proporciona al corazon lastimado un alivio proporcionado á sus sufrimientos: toma la mitad de las aflicciones que pesan sobre el desgraciado; y éste, fortificado, sufre con más facilidad y resignacion las pruebas á que está sujeto. Una carga dividida se hace menos pesada.

4.º El desgraciado es como uno que se ahoga, sepultado en el torrente de las tribulaciones, de donde no puede salir por sí mismo; el hombre compasivo le tiende una mano amiga y poderosa, con la cual le saca del abismo en que estaba sumergido, y le conserva la vida. La compasion inspira al afligido hasta paciencia, hasta valor y esperanza de un mejor porvenir....

COMUNION DE LOS SANTOS.

La comunión de los Santos.

La comunión de los Santos es la unión entre la iglesia triunfante, la iglesia militante y la iglesia purgante, esto es, la unión entre los Santos que están en el cielo, los justos que viven en la tierra, y las almas que sufren en el purgatorio. Estas tres partes de una sola y misma Iglesia forman un cuerpo, del que Jesucristo es la cabeza. Los miembros de este cuerpo están unidos entre sí por los lazos de la caridad y por una comunicación mutua de obras buenas. De ahí viene la invocación de los Santos, los auxilios y gracias que ellos nos procuran, las oraciones para los difuntos, la confianza en el poder de los bienaventurados cerca del trono de Dios.

Todo está en comunión en la Iglesia: oraciones, obras buenas, gracias, méritos, etc....

La comunión de los Santos con Jesucristo, es semejante á la que existe entre el amo y el criado, el padre y el hijo; entre el que ilumina y el que es iluminado, el que justifica y el que es justificado, el gobernador y el gobernado; entre el que da y el que recibe, el que invoca y el que oye, el que beatifica y el beatificado. Esta comunión es un afecto, una unión con Dios para no formar más que un mismo espíritu con él, para andar en su luz, participar de los méritos de Jesucristo y de los de los Santos.

La comunión de los Santos está figurada por la parábola del Pastor y de las ovejas, por la unión de los miembros, por la asimilación del alimento con el cuerpo del que lo toma, por las relaciones que existen entre la vid y sus sarmientos. Pero es preciso que los que participen de los consuelos, participen también de las pruebas.

Todo fiel que se conozca á sí mismo y se haga justicia, no tiene en sí mismo motivos para contar con sus virtudes y sus obras buenas; pero descansa en los méritos de Jesucristo, en la intercesión de los Santos, las oraciones y los méritos de la Iglesia, que sacan de Jesucristo todo su valor. Esto es lo que sostiene la esperanza cristiana y nos excita á obrar bien. Una de las mayores desgracias para un cristiano, es hallarse fuera de la comunión de los Santos por la excomunión; por el cisma. El pecado mortal impide que se produzcan muchos de los felices efectos de esta comunión.

La comunión de los Santos debiera contribuir á unir los corazones, á ahogar odios generales y particulares, á inspirar á todos los cristianos sentimientos de fraternidad.

Dice S. Pablo: Ya no hay distinción de Judío ni Griego, ni de siervo ni libre, ni tampoco de hombre ni mujer; porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo. (Gal. III. 28).

Tal ha sido la intención de nuestro Divino Maestro; si correspondemos muchas veces muy mal á ella, no tiene por cierto la culpa nuestra santa religión.....

La comunión de los Santos es un dogma de fe, uno de los artículos del Símbolo de los Apóstoles constantemente reconocido por la tradición y fundado en la Sagrada Escritura.

La comunión de los Santos es un dogma de fe.

Nosotros, aunque seámos muchos, formamos en Cristo, dice S. Pablo á los Romanos, un sólo cuerpo, siendo todos reciprocamente miembros los unos de los otros: *Ita multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra.* (XII. 5). Dios ha puesto tal orden en todo el cuerpo, que se honra más lo que de suyo es menos digno de honor, á fin de que no haya cisma ó división en el cuerpo, antes tengan los miembros la misma solicitud unos de otros: *Ut non sit schisma in corpore, sed idipsum pro invicem solliciti sint membra.* (I. Cor. XII. 24-25). Siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza, y de quien todo el cuerpo místico de los fieles, trabado y conexo entre sí con la fe y caridad, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección, mediante la caridad: *Veritatem autem facientes in caritate, crescamus in illo per omnia, qui est caput Christus.* (Ad Ephes. IV. 15-16).

CONCORDIA.

Necesidad de la concordia.

La razón y la voluntad son dos hermanas, es preciso que armonicen y que la voluntad, que es la inferior, esté sujeta á la razón y le obedezca. Unidas estas dos hermanas, son fuertes como una ciudad guerrera, son impugnable. Si al contrario la razón y la voluntad no están de acuerdo, si la voluntad se levanta contra la razón, resultan divisiones interiores que minan las fuerzas de una y otra....

Necesidad de la concordia con sí mismo....

Necesidad de la concordia con los demás....

La concordia es el cimiento que une las piedras de un muro; quitad el cimiento, y el muro caerá. La concordia es el lazo que une y hace adherir entre sí los miembros de la familia y de la sociedad; quitad la concordia, y los hombres se desgarrarán como bestias feroces. ¡Más caridad, más justicia, más indulgencia, más perdón!...

El centro une todos los radios del círculo; quitad el centro, y el círculo desaparece. La concordia es el centro de las familias, de las ciudades, de las naciones. La discordia causó la pérdida del imperio romano: el pueblo se levantó contra los magistrados; los soldados se levantaron contra el Senado; el mismo Senado se dividió también; y de ahí vino la ruina de aquella grande y poderosa república....

Excellencia de la concordia.

La concordia es la verdadera fraternidad. Ser hermano de alguno, es ser casi otro uno mismo: *Frater dicitur quasi fere alter*.

En tres cosas se ha complacido mi corazón, dice el Eclesiástico, las cuales son de la aprobación de Dios y de los hombres: la concordia entre los hermanos y parientes, y el amor de los prójimos, y un marido y mujer bien unidos entre sí: *In tribus placitum est spiritui meo, quæ sunt probata coram Deo et hominibus: concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes*. (XXV. 1-3).

La concordia entre hermanos es la paz, dice S. Agustín; la concordia entre hermanos es la voluntad de Dios, la alegría de Jesucristo, la perfección de la santidad, la regla de la justicia, el fondo de la doctrina, la celadora de las costumbres, y en todas las cosas una disciplina digna de alabanza: *Pax concordia fratrum, concordia fratrum voluntas Dei est, iocunditas Christi, perfectio sanctitatis, iustitia regula, materia doctrinæ, morum custodia atque in rebus omnibus laudabilis disciplina*. (Sentent.). La concordia, añade aquel gran Doctor, es la madre del amor, la señal cierta de un alma pura; pide á Dios todo lo que quiere, y todo lo que quiere consigue: *Pax dicitur*

tionis mater est, ac puræ mentis indicium manifestum; quia sibi exigit de Deo quod vult, quicquid voluerit, petit, sumit. (Sentent.).

San Gregorio Nacianceno dice acertadamente que la base y las bellezas del universo consisten en la concordia de elementos diferentes que se combinan con cualidades contrarias. En tanto que el universo, dice, esta obra de Dios, esté en calma y tranquilo; en tanto que sus elementos se armonicen y sigan conformes á su naturaleza, y ninguno de ellos se levanta contra el otro, y conservan los lazos de benevolencia por medio de los cuales la poderosa palabra del Criador los ha unido, el universo está verdaderamente en el orden y en la concordia; su belleza es incomparable. Pero si sale de la calma, si sus elementos entran en guerra, ya cesa de existir. La razón consiste en que Dios es la concordia primera, creada, suprema, y ama infinitamente todo lo que permanece unido á semejanza y como obra propia y perfectamente suya. Porque la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, está infinitamente de acuerdo, no accidentalmente, sino de una manera esencial. Y la Santa Trinidad ha comunicado é impreso su concordia á los cielos, á los elementos y á todas las cosas. Dios ha hecho participante de su Trinidad en la unidad á todo lo que ha creado. Ha dispuesto todas las cosas con número, peso y medida, según aquellas palabras de la Sabiduría: *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti*. (XI. 21).

Esto mismo es también lo que vemos en la celestial familia del Verbo encarnado, que consta de tres personas santísimas, Jesucristo, su Madre divina, y su padre putativo S. José. Allí se encuentra la concordia perfecta, el amor, el respeto mutuo, la santidad llevada al más alto grado. Hay un deber en los esposos y en las familias de contemplar asiduamente y de imitar aquellos divinos modelos. En esto escriba su felicidad. (In Justic.).

Allí en donde hay concordia, allí está Jesucristo, allí está Dios, allí está toda la Santa Trinidad, formando en cierto modo en los que viven bien unidos una trinidad en la unidad; esto es, la unión de los espíritus, de los corazones y de las acciones....

El hermano que es ayudado de su hermano, es como una plaza fuerte; y los juicios rectos son como los corcejos de las ciudades, dicea los Proverbios. (XVIII. 19).

Esta sentencia de Salomón concuerda con un apólogo contado por Plutarco. (In Apoph. reg.). Siluro, dice, tenía ochenta hijos; cuando sintió que se acercaba su muerte, los reunió al rededor suyo, y presentando á cada uno de ellos un haz de lanzas, les invitó á que lo rompieran; todos se negaron á hacerlo, diciendo que era imposible. Entonces Siluro separó las lanzas y las rompió todas una á una, diciendo á sus hijos: Hijos míos, el entre vosotros reina la concordia, seréis fuertes, invencibles; pero al contrario, seréis débiles y fácilmente se os vencerá si estais desunidos.

Ventaja de la concordia.

Hé aquí una máxima debida al rey Meipsa que nos ha conservado Salustio: Las cosas pequeñas crecen con la concordia, y las más grandes son amiguadas por la discordia: *Concordia parva res crescant; discordia autem maxima dilabuntur.* (In Jugurth.). La verdad de estas palabras se manifiesta claramente viendo á los Apóstoles, los religiosos y los claustros. Se nota lo contrario viniendo lo que pasa con los herejes.

Antistemo decía que los hermanos que estaban de acuerdo eran más fuertes que las más fuertes murallas. (*Ita Laeti.*)

Os digo más, que si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que se fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos, dice Jesucristo; porque donde dos ó tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos: *Iterum dico vobis, quia si duo ex vobis consenserint super terram de omni re, quaecumque petierint, fiet illis á Patre meo, qui in caelis est. Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum.* (Matth. XVIII. 19-20).

Una cuerda de tres dobles difícilmente se rompe, dice el Eclesiástico: *Pencilus triplex difficile rumpitur.* (IV. 12). Los primeros cristianos no tenían más que un mismo corazón y una misma alma, dicen las Actas de los Apóstoles: *Erat cor unum et anima una* (IV. 32); y nada pudo vencerlos, ni las amenazas, ni las persecuciones, ni las cadenas, ni las cárceles, ni los tormentos de toda clase...

La concordia fortifica las familias..., las ciudades..., los reinos... La discordia rompe y destruye; trae conflictos y guerras de exterminio....

La discordia es infernal y diabólica, puesto que saca su origen de Lucifer, primer autor de la discordia que existió entre los ángeles en el cielo; por esto fué precipitado repentinamente y con la rapidez del rayo á los infiernos, lugar de eternas discordias. Así la discordia ha producido infierno y demonios; en tanto que la concordia, venida del cielo, convierte en paraíso la tierra y lleva al paraíso de la eternidad. La discordia ha producido reprobos; la concordia hace santos y elegidos....

Ved las maravillas que obra la concordia entre los astros...; entre los árboles y las plantas...; entre las hormigas, las abejas, etc.; en el seno de una familia...; en un ejército.... El hombre es agradable á Dios por la concordia....

La concordia asegura la victoria, y la discordia la derrota.

Preguntaban á Agestilo por qué motivo Esparta no estaba rodeada de fortificaciones. A lo que contestó, señalando á todos los ciudadanos unidos y perfectamente unidos: Hé aquí dijo, las fortificaciones de la ciudad: *Hi sunt civitatis munitio.* (Ita Stobaeus).

El abate Oauphris enseñó de un modo ingenioso á sus seis hermanos la manera de practicar la concordia. Todas las mañanas, durante varias semanas seguidas, apedreaba una estatua, y por la noche la

Medio de practicar la concordia.

decía: Perdóname. Sus hermanos le preguntaron por qué hacía aquello; y el Abate les contestó: Pensaba en vosotros. Me habéis visto arrojar piedras al rostro de esta estatua. Ahora bien: ¿Me ha respondido? ¿Me ha dicho injurias? ¿Se ha encolerizado?—No, le contestaron ellos.—Y cuando le he pedido pordon por haberla ultrajado, ¿se ha conmovido? ¿me ha dicho acaso: No os perdono?—No.—¡Pues bien! Nosotros que somos siete hermanos, si queremos vivir juntos, debemos parecernos á esta estatua. Todos lo prometieron, fueron fieles á su resolución, y pasaron así su vida en la más perfecta concordia y en la paz más agradable. (*Vit. Patr.*).

Cuando entré en la vida religiosa, dice el abate Nestero, dije á mi alma: Debés parecerme á una bestia de carga. Cuando la pegan, no responde nada y sufre la injuria: obra de la misma manera, ó alma mía; medita las palabras del Rey Profeta: *Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum.* Estuve delante de ti como una bestia de carga, y yo siempre contigo. (*LXXII. 23-Vit. Patr.*).

Imitad á la paloma, dice el abate Agathon: cuando la insultan, no se enfada; cuando la alaban, no se enorgullece. (*Vit. Patr.*).

CONCUPISCENCIA.

(Qué es concupiscencia)

EN sí misma, la concupiscencia es el apetito de los sentidos, una inclinación natural á los bienes sensibles; esta inclinación, este apetito no son malos, á no ser que sean contrarios á la razón y á la ley de Dios.

La concupiscencia no es una potencia mala producida por el demonio; ninguna potencia puede ser mala por sí misma, ni puede ser producida por el demonio.

La concupiscencia no es tampoco el pecado original: porque el pecado original está destruido por el bautismo, y la concupiscencia permanece. No es por fin, como lo quiere Calvino, una cosa corrompida, engendrada por el pecado original y semejante á un horno siempre encendido que vomita el pecado.

La concupiscencia no es el pecado; el poder sólo viene de la voluntad.

La concupiscencia, nacida del pecado original y propagada por él, no es el pecado, sino la pena del pecado. Es un motivo continuo de combate, de lucha y de victoria; no es el pecado, á no ser que la voluntad se una á ella. Aunque seamos justos, nos hallamos entregados á la concupiscencia como á un tirano; y sin embargo no estamos propiamente entregados al pecado, porque la concupiscencia no nos obliga á pecar. Sentir los movimientos de la concupiscencia, dice S. Bernardo, no es pecar, sino que el pecado consiste en saborearlos voluntaria y libremente: *Nec enim concupiscentia cogit nos ad peccatum, quia ejus motus sentire non est peccatum; sed eis libere consentire peccatum est.* (Serm. in Psal.).

Yo echo de ver, dice S. Pablo, otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu y me sujeta á la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo: *Vident aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis.* (Rom. VII. 23). Es decir, siento una ley que me tiene cautivo, no haciendo que mi voluntad le obedezca, sino como venciendo á pesar mío y á pesar de mi resistencia, por más viva que sea. Me veo forzado á sentir los movimientos que excita en el fondo de mi corazón; pero no se me fuerza á que me complazca en ellos. Estamos pues bajo el yugo de la concupiscencia, pero no bajo el yugo del pecado.

La concupiscencia se hace sentir en nosotros, y sin embargo no la escuchamos ni le obedecemos sino consintiendo. Los movimientos de la concupiscencia no son pecados cuando son involuntarios. Solamente está condenado, dice S. Agustín, aquel que se deja arrastrar por la concupiscencia de la carne: *Non damnatur nisi qui concupiscentiae carnis consentit.* (Lib. V. Cont. Julian).

No está en nuestra mano evitar y alejar enteramente los movimientos desordenados de la concupiscencia: lo que depende de nosotros y de nuestra voluntad, es consentirla; si lo hacemos, hay pecado..... Sentir la concupiscencia, dice S. Crisóstomo, está en la naturaleza; pero desear el mal, es del dominio de la voluntad: *Concupiscere naturale est; ut male concupiscere jam voluntatis est.* (Homil. XIX. ad pop.).

Cuando se presenta un mal pensamiento y solicita nuestro consentimiento, dice S. Gregorio, de ningún modo se mancha nuestra alma; sólo se mancha cuando se sujeta complaciéndose en el pensamiento: *Mentem nequaquam cogitatio immunda inquinat cum pulsat, sed cum hanc sibi per delectationem subjugat.* (Moral.).

El pecado está enteramente en la voluntad.....

Si la concupiscencia fuese un pecado por sí misma, Dios habría oído á S. Pablo cuando éste le rogaba que le librara de ella; pero Dios no atendió su súplica, sino que le respondió: Bástate mi gracia; porque el poder mío brilla y consigne su fin por medio de la flaqueza. (II. Cor. XII. 9).

Cuando digo las afecciones de la carne, hablo de una manera impropia, dice S. Cipriano; porque estas afecciones pertenecen perfectamente al alma, que es la única que siente, se mueve, vive, y á ella es á quien se imputa el pecado, porque sólo á ella se ha concedido el libre albedrío, la razón, la ciencia y el poder. Por medio de estas facultades, puede condenar el mal, negarse á cometerle y escoger el bien. El alma se sirve del cuerpo, como el herrero se sirve del ayunque y del martillo, para dar á sus ídolos todas las varoncosas formas que quiere, y fabricar falsos dioses según bien le plazca. No es la carne la que impela al pecado; no es ella la que lo inspira, ni concibe las malas acciones; no tiene el pensamiento á su disposición, sino que es el arsenal en donde se hallan los instrumentos del espíritu. El espíritu es el que hace y el que consume en ella y por ella cuanto ha decidido hacer. Se hace muy palpable y evidente que la carne es insensible cuando el alma se separa de ella. Desde aquel momento, en efecto, la carne no sirve de nada; no es más que una masa de corrupción. Todo lo que en el hombre comprende y siente, es por su naturaleza extraño al cuerpo. (Prolog. tract. action. Jesu Christi).

Impropriadamente se dice, añade S. Cipriano, que la carne combate contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y que haya oposición; porque este combate no existe más que en el alma que se hace la guerra á sí misma y lucha contra su voluntad. Sabe muy bien en tal conflicto lo que es malo y lo que es bueno; pero, embriagada por la ponzoña de su deseo, entrega su cuerpo á la ignominia; abrazándole y uniéndose á él, se sumerge en las voluptuosidades que entorpecen, y en su seno se adormece. Al despertar, la confusión trae un arrepentimiento tardío, y el alma culpable y corrompida ve el horror de sus manchas. (Prolog. ut supra).

La concupiscencia y la tentación no son pecados, pero los engendran, si la voluntad los consiente. Por su esencia, dice S. Agustín, el pecado exige de tal manera el consentimiento de la voluntad, que si no hay este consentimiento, tampoco hay pecado: *Peccatum enim ita in sua essentia includit voluntarium, ut si hoc desit, desinat esse peccatum.* (Lib. I. retract. XV).

El bien y el mal son cosas extrañas al cuerpo, dice S. Bernardo: *Quidquid ad corpus spectat, sive bonum, sive malum, foris est.* (Epist.).

Gerson llama a la concupiscencia embajadora de Satanás en la voluntad, para instarla a que preste su consentimiento.... Pero si ésta se resista, la embajadora no tiene fuerza ni poder; se parece a un hombre que tuviera intención de incendiar una selva sin fuego, dice Sto. Tomás. (*De Peccat.*).

La concupiscencia vive en el interior del pecado.

La concupiscencia, dice S. Efrén, se llama simiente del demonio, herida del alma, llaga del corazón, árbol del mal, vibora. (*T. II. Parva*).

Es la madre del pecado, cuyo padre es el abuso del libre albedrío; la sugestión por una parte y el consentimiento de la voluntad por otra, hacen fecunda su unión y la hacen producir todos los crímenes.

La causa real y la más poderosa de la tentación, y por consiguiente del pecado, es la concupiscencia; lleva la voluntad, el espíritu y la imaginación a consentir al pecado. Engendra la irreflexión, la ignorancia, la pasión, la mala costumbre, la ceguedad; cubre y oculta la malicia del pecado. Con mucha razón pues se la llama hogar, principio y escuela del pecado; y S. Pablo le da el nombre de ley de los miembros, que es contraria a la ley del espíritu.

Cómo una tentación es la concupiscencia.

Cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia, dice el apóstol Santiago: *Unusquisque caro tentatur a concupiscentia sua abstractus et illicitus.* (1. 14).

San Gregorio Nacianceno dice que la concupiscencia es un fuego, cuya llama excita el demonio: *Concupiscentia ignis, flamma rerum demonis.* (*In Distich.*).

La concupiscencia nos tienta: 1.º como la serpiente tentó a Eva, y Eva a Adán; 2.º nos impelo a obrar mal, como la calentura a beber agua que es dañosa.

Hemos perdido el freno de la justicia original con que Adán comprimió y detenía de tal modo los movimientos de la concupiscencia, que no podían surgir sin que lo viese y lo quisiese. Pero, desde que se ha perdido este freno, la concupiscencia está en nosotros como una úlcera abierta que da siempre mal olor; se parece a una cloaca que exhala constantemente vapores fétidos y deletéreos, a un horno ardiente que lanza sin cesar humo y llamas. La concupiscencia sugiere noclos y daña malos pensamientos, y sobre todos pensamientos

de ignorancia, de ignominia; excita los movimientos de las pasiones que embrutece. Es un volcán que jamás se apaga y cuyo cráter, siempre abierto, lanza a lo lejos lavas devoradoras....

La concupiscencia se debilita con una compresión perseverante, porfiada, y con otros mil medios, pero no muere jamás.... Y si el gran Apóstol, aquel vaso de elección, aquel hombre escogido por Dios para llevar su santo nombre por todo el universo, estaba perseguido de esta maldita enemiga, ¡cuanto no debemos temerla nosotros, débiles pígmegos!

No tengais amor al mundo, dice el apóstol S. Juan, ni a lo que está en el mundo. Si alguno ama el mundo, no tiene en sí el amor del Padre; porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de carne, y concupiscencia de ojos, y orgullo de vida: *Nolite diligere mundum, neque ea quae in mundo sunt. Si quis diligit mundum, non est caritas Patris in eo; quoniam omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae.* (1. II. 15-16).

Triple concupiscentia.

La serpiente tentó a Adán y Eva con tres concupiscencias: con la concupiscencia de la carne, solicitándoles para que comiesen la fruta prohibida; con la concupiscencia de los ojos, prometiéndoles falsamente que sus ojos se abrirían; con la concupiscencia del orgullo, diciéndoles: Seréis como dioses. El demonio tentó a Jesucristo con tres concupiscencias: con la concupiscencia de la carne, diciéndole: Mandad que estas piedras se vuelvan pan...; con la de los ojos, diciéndole: Os daremos todas estas cosas si os prosternáis delante de mí y me adoráis, en fin, por la concupiscencia del orgullo de la vida, cuando le instó a que se precipitara desde lo alto del templo, prometiéndole que los ángeles lo recibirían en sus brazos....

Esta triple concupiscencia es contraria a la Santísima Trinidad: la de los ojos, que es la avaricia, a Dios Padre; porque es liberalísimo y comunica su esencia y todo lo que tiene al Hijo, al Espíritu Santo, y por participación a las criaturas. La concupiscencia de la carne es contraria al Hijo, cuya generación no es carnal, sino espiritual.... El orgullo de la vida lo es al Espíritu Santo, que es Espíritu de humildad y de dulzura....

La concupiscencia de la carne es el amor a los placeres de los sentidos; estos placeres nos aficionan a este cuerpo mortal del cual decía S. Pablo: ¡Desgraciado de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Infeliz ego homo! ¿quién me liberabit de corpore mortis huius? (Rom. VII. 24).

Concupiscentia de la carne.

Los placeres nos hacen esclavos; nos venden para ser esclavos del pecado; se infiere del mismo Apóstol: *Venduntur sub peccato.* (Rom. VII. 14). Es el más pesado de los yugos....

Esta concupiscencia de la carne ha traído todos los males, todas las debilidades, todas las enfermedades, el diluvio, la muerte..., causó la destrucción de Sodoma, etc....

La afición á los placeres de los sentidos es funestísima; nos lleva al mal, á la gula, á la lujuria, á excesos espantosos. La concupiscencia de la carne, es una planta emponzoñada que extiende sus ramas en todas direcciones y rodea el cuerpo... Hay en nuestra carne una disposición secreta, un levantamiento universal contra el espíritu. Por esto S. Pablo la llama cuerpo del pecado: *Corpus peccati*. (Rom. VI. 6).

El hombre se rebela contra Dios; el cuerpo entónces deja de estar sujeto á éste rebelado, y el hombre no es ya dueño de sus movimientos. La insurrección de sus sentidos le da á conocer su caída, porque Dios la había hecho recto, exento de las miserias de la concupiscencia, y dueño de sí mismo. Pero, no habiendo querido el hombre sujetarse á Dios, la carne tampoco ha querido sujetarse al espíritu. Desde la caída del hombre, las pasiones de la carne, por un justo castigo de Dios, se han vuelto tiránicas muchas veces y victoriosas. Y el hombre que por su inmortalidad y la perfecta sumisión del cuerpo al espíritu debía ser espiritual hasta en la carne, dice S. Agustín, se ha vuelto carnal hasta en el espíritu: *Qui futurus erat etiam carne spiritualis, factus est mente carnalis*. (Confess.).

Concupiscencia de los ojos.

Hay en el mundo otra concupiscencia, la concupiscencia de los ojos, otro manantial de corrupción, que consiste, dice Bossuet, en dos cosas principalmente: la una es el deseo de ver, de experimentar, de conocer, en una palabra, la curiosidad; y la otra el placer de la vista cuando se place en mirar objetos de cierto brillo capaz de deslumbrar y seducir.

El deseo de experimentar y conocer se llama concupiscencia de los ojos; porque de todos los órganos de los sentidos, los ojos son los que extiendan más nuestros conocimientos. En los ojos están en cierto modo comprendidos los otros sentidos, y el uso del lenguaje humano, sentir y ver, es á menudo una misma cosa. No solamente decimos: Ved qué hermoso es esto; sino también: Ved qué bien huele esta flor, qué suave es esto, qué agradable es esta música.... Por esto toda curiosidad se relaciona con la concupiscencia de los ojos. (Traité de la Concupiscence).

Por la concupiscencia de los ojos queremos ver... queremos ser vistos...; queremos ser ricos... esta concupiscencia de los ojos engendra la avaricia...; la vanidad...; el lujo...; los gastos desmedidos, etc.... Todo esto engaña la vista.... No améis pues el mundo ni todo lo que está en el mundo: *Nolite diligere mundum, neque ea que in mundo sunt*. (I. Joán. II. 15).

Tercera concupiscencia, que es orgullo de la vida.

El orgullo es una depravación profunda. Por el hombre, entregado á sí mismo, se mira como un Dios; tan grande es el exceso de su amor propio. El orgullo es el vicio que ha penetrado hasta el fondo de nuestras entrañas á la palabra de la serpiente, cuando nos dijo por

medio de la persona de Eva: *Eritis sicut dii*: Seréis como dioses. (Gen. III. 5). Lo que queremos sobre todo, dice Orígenes, lo que más admiramos, se convierte en nuestro Dios: *Unusquisque, quod pro ceteris colit, quod super omnia miratur et diligit, hoc ei Deus est*. (In. Gen.).

Cada cual se hace un Dios cruel de la pasión á que se entrega, dice Virgilio: *Sua cuique Deas fit dira cupido*; y otro poeta: El mundo tiene tres dioses: el honor, las riquezas y los placeres.

Del orgullo de la vida nace el amor propio, el amor de uno mismo. Solo nos ocupamos de nosotros mismos, de nuestra propia voluntad y de nuestro placer; ya no estamos, ya no queremos estar sujetos á la voluntad de Dios. No amándonos más que á nosotros mismos, somos intratables con el prójimo.... En vez de llevar el amor de Dios hasta el desprecio propio, llevamos el amor propio hasta el desprecio de Dios. Entónces adoramos la nada.... ¿Degradamos á Dios? No; solo nos degradamos á nosotros mismos. A Dios no se le quita nada; pero nosotros nos privamos de su apoyo, de su luz, de su fuerza, y del manantial de todo bien; nos volvemos ciegos, ignorantes, débiles, injustos, malos, esclavos del placer y enemigos de la verdad.... Nos rebelamos, queremos ser libres, y nos hacemos libres como los animales, que no tienen otras leyes que sus deseos.

Todo esto es obra del demonio....

Esta es la locura del hombre, este es su error. Dios le había hecho feliz y santo; este bien, por su naturaleza era inmutable: el hombre no tenía que hacer más que no cambiar, y habría permanecido en un estado inmutable: ha cambiado voluntariamente, y de ahí se ha seguido la triple concupiscencia: se ha vuelto soberbio, se ha vuelto curioso, se ha vuelto sensual. Para curarnos de estos males, Dios nos ha enviado un Salvador humilde, un Salvador que no tiene otra curiosidad que la salvación de los hombres, un Salvador anegado en pena, y que es un hombre de dolores, como dice Isaías. *Virum dolorum*. (LIII. 3-Bossuet, Traité de la Concupiscence).

Estamos vendidos á la concupiscencia, dice S. Pablo. (Rom. VII. 14). Este gran Apóstol exclama, como aplastado por el peso de la concupiscencia: ¡Desgraciado de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Infelix ego homo! ¿quis me liberabit de corpore mortis huius? (Rom. VII. 23).

Escucha, o alma mía, dice Hugo de S. Víctor, escucha lo que eres: estás cargada de pecados, las redes del vicio te detienen, te rodean; seducida por las caricias de los sentidos, estás aficionada, encadenada á los miembros de tu cuerpo, desgarrada de cuidados, llevada en sentido contrario por los negocios, apremiada por el temor, agobiada de dolores, entregada al error, atormentada por las sospechas, fatigada por las solicitudes, extranjera en una tierra enemiga,

Como pecosa y humillada es la concupiscencia.

manchada con tus relaciones con muertos; creerías que habitas el infierno (1).

La carne se levanta contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; por cuyo motivo no hacéis vosotros todo aquello que queréis, dice S. Pablo a los Gálatas. (V. 17).

La concupiscencia se parece á la sanguinuela; porque 1.º la sanguinuela se halla en una agua cenagosa y desea sangre con ardor: la concupiscencia va al fango de las pasiones; se sumerge en la carne y en la sangre, y no desea más que lo que mancha... 2.º La sanguinuela y la concupiscencia son igualmente insaciables; no permiten que se difiera el saciar su apetito, sino que quieren satisfacerlo al momento... 3.º Ambas son blandas y débiles... 4.º La sanguinuela es amante de sangre corrompida, se deleita con ella: la concupiscencia sólo se place en pensamientos impuros, malos deseos, acciones vergonzosas. ¿Necesitamos ejemplos? El hombre colérico no piensa más que en satisfacer su odio y su venganza; el goloso no se ocupa más que de su boca; el lujurioso, sólo de sus groseros placeres, etc... 5.º Chupando la sangre de un hombre, las sanguinuelas acaban por debilitar sus fuerzas y matarle: la concupiscencia agota las fuerzas del cuerpo y del alma; es la causa de la muerte temporal y eterna... 6.º La sanguinuela se agarra con tenacidad: la concupiscencia hace lo mismo... 7.º La sanguinuela tiene veneno: la concupiscencia perverte el alma, la envenena y la mata... 8.º La sanguinuela tiene como una lanceta que hiere la piel: la concupiscencia tiene un aguijón con que atraviesa e hiere la conciencia... 9.º La sanguinuela tiene una boca triangular que hace una herida de tres lados: la concupiscencia hace también tres heridas: hiere cuerpo, inteligencia y corazón.

Términos de
gracia que
causa la concu-
piscencia.

Bien manifestas, dice S. Pablo a los Gálatas, son las obras de la carne: que son adulterio, fornicación, deshonestidad, injuria, idolatría, heresías, enemistades, pleitos, celos, enojos, riñas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, glotonerías y cosas semejantes; sobre las cuales os prevengo, como ya tengo dicho, que los que tales cosas hacen no alcanzarán el reino de Dios (2).

Estas son las obras del hombre viejo ó de la concupiscencia, si la voluntad se presta á ellas....

Cuando la concupiscencia ha concebido, dice el apóstol Santiago, da á luz el pecado, y el pecado consumado engendra la muerte:

(1) Audi, ó munda, quibus sis parata in peccatis, iracundia, iras, cupiditas, concupiscentia, avaritia, invidia, contumacia, ira, tristitia, peccata, contraria timoribus, afflictio, dolores, carceres, vires, suspensiones, inquietas, sollicitudines, anxietas, adveniens in terra inimicorum, consummatio cum mortuis, deputata cum his qui inferno sunt. Lib. de Spiritu et Anima.

(2) Manifesta sunt opera carnis: que sunt fornicatio, immunditia, incontinentia, luxuria, idolorum servitus, veneficia, inimicitie, contentiones, iras, iras, discordie, secte, iras, homicidia, ebrietates, comestiones, et his similia, que predicto vobis, sicut predixi, quoniam qui talia agunt regnum Dei non consequentur. c. 19-21.

Concupiscentia cum conceperit, parit peccatum; peccatum vero, cum consummatum fuerit, generat mortem. (I. 15).

Cuando el fuego de la concupiscencia cae sobre alguno, dice S. Gregorio, no puede ya ver el sol de la inteligencia: *Cum in aliquem supercecidit ignis concupiscentie, videri ab eo nequit sol intelligentie.* (Lib. Moral., c. XXXI).

¿De dónde vienen las guerras y los litigios entre vosotros? pregunta el apóstol Santiago. ¿No son vuestros concupiscentias que combaten en vuestros miembros? *Unde bella et lites in vobis? Nonne hinc: ex concupiscentiis vestris, quæ militat in membris vestris?* (IV. 1). Estais llenos de deseos, y no tenéis lo que deseáis: *Concupiscitis, et non habetis.* (Id. IV. 2).

Para cada uno su pasión es una tempestad, dice S. Agustín: Amas el océano del mundo, te tragará; porque sabe devorar á los suyos, y no llevarlos: *Unicuique sua cupiditas tempestas est. Amas sæculum: absorbebit te: amatores suos vorare nati, non portare.* (Serm. XIII de verbis Dom. in Matth.).

El cuerpo que se corrompe, apega al alma, dice la Sabiduría: *Corpus quod corrumpitur, aggravat animam.* (IX. 15).

Si la concupiscencia no fuese fuego, no devoraría la casa, dice S. Crisóstomo. (*Homil. ad pop.*).

Aunque Adán y su raza hayan sido heridos en su inteligencia, en su memoria, en su voluntad y en el apetito irascible, lo han sido sin embargo mucho más profundamente en el apetito concupiscente. Así como una bestia salvaje y hambrienta se arroja sobre su presa para devorarla, de la misma manera la concupiscencia se lanza sobre el hombre para cogerle, arrastrarle á los deleites salvajes y crueles, y entregarle á los atractivos del pecado. Si satisfacéis los antojos de tu alma, ella te hará la risa y fábula de tus enemigos, dice el Eclesiástico: *Si prestes animo tuo concupiscentias ejus, faciet te in gaudium inimicis tuis.* (XVIII. 31).

El hombre que se deja arrastrar y dominar por la concupiscencia, puede aplicarse aquellas palabras del Salmista: No hay parte sana en todo mi cuerpo á causa de tu indignación: se me estremecen los huesos cuando considero mis pecados. Porque mis iniquidades sobrepujan por encima de mi cabeza, y como una carga pesada me tienen agobiado. Encontráronse y corrompiéronse mis llagas, á causa de mi necedad. Estoy hecho una miseria, y encorvado hasta el suelo: ando todo el día cubierto de tristeza. Porque mis entrañas están llenas de ardor, y no hay en mi cuerpo parte sana. Afogado estoy y abatido en extremo; la fuerza de los gemidos de mi corazón me hace prorumpir en alaridos. Mi corazón está contrariado, he perdido mis fuerzas, y hasta la misma luz de mis ojos me ha fuliado ya: *Non est sanitas in carne mea, á facie ire tuæ; non est pax ossibus meis, á facie peccatorum meorum. Quoniam iniquitates meæ supergressæ sunt caput meum, et sicut onus grave gravatæ sunt super me. Patruerunt et corruptæ sunt cicatrices meæ á*

facie insipientie mea. Miser factus sum, et curvatus sum usque in finem: tota die contristatus ingrediebar. Quoniam lumbi mei impleti sunt illusionibus, et non est sanitas in carne mea. Afflictus sum et humiliatus sum nimis: rugiebam à gemitu cordis mei. Cor meum conturbatum est: dereliquit me virtus mea, et lumen oculorum meorum, et ipsum non est meum. (XXXVII. 4 etc.).

La concupiscencia de la carne es el alma varada, gasta y consumida.

El mundo y su concupiscencia pasan, dice el apóstol S. Juan: *Mundus transiit, et concupiscentia ejus.* (I. II. 17). Codiciais, y no lograis, dice Santiago, esto es: quereis satisfacer vuestras concupiscencias, y no podeis, nada hallais en ellas que pueda complaceros: *Concupiscitis, et non habetis.* (IV. 2).

La concupiscencia reduce á su desgraciada víctima al horrible estado del prodigo del Evangelio. La lleva á una tierra lejana y la hace disipar su hacienda, todos los bienes de la gracia, obligándola á vivir en la disipación: *Profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriose.* (Luc. XV. 13). Y después que se lo ha hecho gastar todo, una hambre extraordinaria sobreviene en aquella alma apasionada, y la indigencia llega para ella á pasos agigantados: *Et postquam omnia consummasset, facta est fames valida... et ipse cepit egere.* (XV. 14). Entonces el tirano á quien se ha entregado, la envía á guardar cerdos. Allí, bien quisiera ella saciarse con lo que comen aquellos animales inmundos, pero ni esto le está permitido: *Miseri illum ut pasceret porcos. Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis quas porci manducabant, et nemo illi dabit.* (XV. 15-16).

La concupiscencia es un mal que atormenta el alma dándole una sed y un deseo continuo de las cosas de la tierra que no pueden llenarla ni saciarla. Llega á verse llena de enojos, de pesares, de decepciones, temores y mil dolores.

Desearis, y no teneis lo que deseais: *Concupiscitis, et non habetis.* 1.º Desearis, porque no teneis; y este deseo prueba que sois pobres y desgraciados... 2.º desearis y no teneis, porque la concupiscencia es insaciable... 3.º desearis y no teneis, porque lo que teneis no os basta ya, es insipido para vosotros... 4.º desearis y no teneis, porque en el mismo momento en que una cosa que buscáis con ardor os proporciona un placer efímero, este placer desaparece rápidamente; 5.º desearis y no teneis, porque no poseéis tanto lo que deseais, como ello os posee á vosotros: os tiene, y vosotros no lo teneis; 6.º muchas veces no podeis gozar lo que deseais; 7.º muchas veces no os atreveis á servirlos de ello después de haberlo codiciado largo tiempo. Así el avaro, amontonando riquezas, vive con una sorprendente parsimonia, sufre privaciones, y casi se muere de hambre; en tanto que no tiene, espera; cuando tiene, se priva: hé aquí como la concupiscencia se burla áun de sus víctimas y las hace infinitamente desgraciadas....

La concupiscencia no es más que un sueño que atormenta. El que obedece á la concupiscencia, es castigado por la misma concupiscencia, porque, como se lee en el libro de la Sabiduría, *per que peccat quis, per hanc et torquetur.* (XI. 17). El avaro codicia las riquezas; ellas serán su tormento... El impúdico busca el placer; sus placeres serán su suplicio: esas pocas gotas de miel salvaje amargarán la copa en que bebe... se avergonzará de sí mismo....

Castigo impuesto al culpado por la concupiscencia.

El hombre que cede al impulso de la concupiscencia halla en la misma satisfacción de sus deseos, la pérdida de la razón y de la memoria, de la voluntad, de la libertad, de la salud, de la hermosura, de la reputación, de la vida; halla las tinieblas, el atontamiento, la esclavitud, las enfermedades, los dolores, el ramordimiento, la desesperación, una muerte prematura y cruel, la maldición de Dios y de los hombres, y por fin el infierno, que jamás ha de apagarse.

Estas son las consecuencias del reinado de la concupiscencia....

En el infierno, dice S. Cipriano, hervirán las concupiscencias fritas con su propia grosura, y entre sartenes ardientes los cuerpos miserables serán quemados: *In inferno, in proprio adipe frixæ libidines bullient; et inter sartagines flammeas, miserrabilia corpora cremabuntur.* (Serm. de Ascens. Dom.).

En el desierto desearon con ansia los manjares de Egipto; y tentaron á Dios en el secadal. Otorgóles lo que pidieron, y los hartó hasta el alma: *Concupierunt concupiscentiam in deserto, etc.* (CV. 14-15).

Lo habeis mandado, Señor, y así sucede: todo espíritu desarreglado es el castigo de sí propio, dice S. Agustín: *Iussisti, Domini, et sic est, ut pena sibi sit omnis inordinatus animus.* (Confess.).

Del principio del pecado deriva el castigo, dice S. Crisóstomo: *Unde est fons peccati, illinc est plaga supplicii.* (Homil. ad pop.).

No apruebo lo que hago, dice S. Pablo hablando de la concupiscencia involuntaria que experimentaba: porque no hago el bien, que quiero; sino antes hago el mal, que aborrezco. Y en este lance no tanto soy yo quien obra aquello, cuanto el pecado, á la concupiscencia, que habita en mí: *Quod enim operari, non intelligi: non enim quod volo bonum, hoc ago; sed quod odi malum, illud facio. Nunc autem jam non ego operor illud, sed quod habitat in me peccatum.* (Rom. VII. 15-17).

La concupiscencia proporcionalmente grandes méritos á los que salen de ella.

A fin de que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, dice aquel gran Apóstol, se me ha dado el estímulo á aguijón de mi carne, que es como un ángel de Satanás para que me abofete. Sobre lo cual por tres veces pedí al Señor, que le apartase de mí; y respondióme: Bástate mi gracia; porque el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza, esto es: Brilla más sosteniendo al hombre en medio de las más violentas tentaciones.

Así que con gusto me gloriaré de mis flaquezas ó enfermedades; para que haga morada en mí el poder de Cristo (1).

El mejor custodio de la virtud, dice S. Gregorio, es el sentimiento de la debilidad ante la desgracia y las tentaciones; y sólo la sufrimos con cierta medida, á fin de que el alma fiel que se eleva interiormente á las virtudes más sublimes, pero que exteriormente está tentada, no tenga lugar ni de desesperarse, ni de enorgullecerse. Por el trecho que caminamos en la vía de la perfección, descubrimos lo que hemos recibido de Dios; con nuestras culpas, aprendemos de nosotros mismos lo que somos (2).

Dios, dice S. Bernardo, permite que la concupiscencia viva todavía en nosotros; nos aflige profundamente para humillarnos y para que, conociendo lo que la gracia nos proporciona, nos hallamos inclinados á pedirle sin cesar. Así obra Dios respecto de nosotros, tratándose de faltas ligeras; jamás nos vemos enteramente libres de ellas, para aprender que, si no podemos evitar todos los pecados veniales, no es seguramente con nuestras propias fuerzas que evitamos los pecados graves, y á fin de que siempre con vigilancia y temor pongamos todos nuestros cuidados, toda nuestra solicitud, en no perder la gracia, cuya indispensable necesidad tanto conocemos por una continua experiencia. (Serm. in carnis Domini).

Por cuya causa, continúa el Apóstol, yo siento satisfacción y alegría en mis enfermedades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias en que me veo por amor de Cristo. Pues cuando estoy débil, entonces con la gracia soy más fuerte: *Propter quod placent mihi infirmitates meas, etc.*; *cum enim infirmus, tuus potens sum.* (II. Cor. XII. 40). ¿Veis, dice S. Bernardo, como la debilidad de la carne aumenta la fuerza del espíritu y le da ánimo y vigor. La fuerza de la carne, al contrario, debilita el espíritu. ¿Y qué hay de admirable en que seáis más vigorosos cuando se halla debilitado vuestro enemigo mortal? Nada, á no ser que tengais locamente por amiga esta carne que no deja de conspirar y de rebelarse contra el espíritu (3).

(1) Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae angelus Sathana qui me collapsum. Propter quod tibi Dominum rogo: ut discederet à me; et dimittat mihi. Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perfitur. Libenter igitur glorior in infirmitatibus meis, ut inhabitat in me virtus Christi. II. Cor. XII. 7-9.

(2) Optima virtutum custodia est infirmitas, vel pressurarum, vel tentationum et fidei et suorum, et illis quibus sanctorum jam quidam interius ad summe caput, ad alios tentat exterioris, nec desperationis lapsam, nec elationis incurrit: siquid cognoscimus in profectu quod accipimus, in defectu quod sumus. Lib. IX. Merit., c. VI.

(3) Vides quia carnis infirmitas relevat spiritum, et submisceat viros? Ita, e contrario, roboris carnis fortitudinem debilitat spiritum operari. Et quid mirum, si hoste debilitato tu fortius efficeris? Nisi forte illam tibi inanimato duces anciam, qui cum ceciderit concupiscencia universum spiritum. Serm. in carnis Domini.

Tertuliano prueba que es muy ventajoso, hasta para la carne, que el alma resista á sus concupiscencias, á fin de que la carne también quede purificada de sus vicios. La carne, dice, no es enemiga nuestra: cuando no cedemos á sus deseos, la amamos; porque entonces la curamos; *Caro non est inimica nostra; el quando ejus vitis resistitur, ipsa amatur, quia ipsa curatur.* (Lib. de Resurrect.). La continencia y la mortificación de los sentidos, añade esta grave autor, es infinitamente más dulce que todas las pretendidas dulzuras de la concupiscencia; esta mortificación refrena y cura la concupiscencia que se opone á la caridad y á la sabiduría. Pone al hombre en el feliz estado de no vivir según el hombre de la tierra, y de poder decir con el gran Apóstol: Yo vivo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Porque, desde que no soy yo el que vivo, soy más feliz, y cuando se levanta en mí algún movimiento conforme al hombre viejo, y lo ataco, sujeto en espíritu á la ley de Dios, puedo decir con el mismo Apóstol: Estos movimientos no son míos, no me pertenecen, no soy su autor: *Ubi enim non ego, jam felix ego; el quando secundum hominem, reprobis vultus motus exurgit, cui non consenti, qui mente legi Dei teneat, dicit etiam illud: Jam non ego operor illud.* (II. supra).

¿Qué felicidad encuentran el espíritu, el corazón, la conciencia y la carne en combatir y en vencer la concupiscencia!... Entonces la carne está sujeta al espíritu, el espíritu á Dios, y Dios bendice el cuerpo y el espíritu. Del cuerpo, Jesucristo hace sus miembros y el Espíritu Santo su templo; este Espíritu de amor establece su morada en el alma; la diviniza....

Escuchad á Tertuliano: La trompeta apostólica, dice, anima al combate á los soldados de Jesucristo, haciendo resonar en sus oídos las siguientes palabras: No reina el pecado en vuestro cuerpo mortal de modo que obedezcáis á sus concupiscencias: *Non regnet peccatum in vestro mortali corpore, ut obediat concupiscentiis ejus.* (Rom. VI. 12). Combatamos con valor, á fin de vencer y derribar á nuestros enemigos, y con enjildado también de que no seamos nosotros los vencidos y humillados. En semejante combate, no quedar herido es una victoria completa (1).

La profesión cristiana, dice S. Lorenzo Justiniano, no consiste en hacer milagros, en anunciar el porvenir, en hablar con elocuencia y conocer á fondo las sagradas escrituras; consiste en combatir y reprimir las concupiscencias (2).

(1) Millis christianis apostolica tuba ita sonitu accendit la prelium: Non regnet peccatum in vestro mortali corpore, ut obediat concupiscentiis ejus. Acciter dimicemus, ut hostes nostros mortificemus. In tali autem pugna, sanctas est tota victoria. Ad Mari.

(2) Omnia disciplina christianorum professio, non in miraculis ficticiis, non in futura predicando, non in eloquio composita scripturarumque explanatione; sed in resacando concupiscentiis commendatur. De Inter. conA., c. VII.

Se experimenta mucha felicidad cuando valientemente la concupiscencia.

En vencer el alma para vencer la concupiscencia.

Medios de vencer la concupiscencia.

Los medios de vencer la concupiscencia, son:

1.º El temor de Dios, Señor, traspassa mis carnes con vuestro temor, dice el Salmista: *Confite timore tuo carnes meas.* (CXVIII. 120). Este temor saludable es una flecha poderosa que mata los deseos de la concupiscencia de la carne....

2.º San Pablo indica el segundo medio de alcanzar este fin: Marchad según el espíritu, escribe á los Galatas: *Spiritu ambulate.* (V. 16).

Os halláis comprometidos en una guerra no sólo contra las sugerencias del demonio, dice S. Agustín, sino sobre todo contra vosotros mismos. — ¡Cómo! ¿contra vosotros mismos? me diréis. — Sí, contra vuestras antiguas concupiscencias, contra los malos hábitos que os arrastran y os impiden abrazar una vida nueva. Se os ofrece una vida nueva, y queréis ser viejos en el mal. Suspenso entre la alegría que acompaña á la vida del espíritu y los atractivos de la vida sensual, tenéis que luchar en vuestro interior y contra vosotros mismos. Pero desde el momento en que os disgustéis, quedareis unidos á Dios, y unidos á Dios, os hallaréis en estado de vencerlos, porque Aquel que todo lo vence estará con vosotros. Escuchad lo que dice el gran Apóstol: Estoy sometido á la ley de Dios por el espíritu, y á la ley del pecado por la carne. ¿Cómo servís por el espíritu? Detestando vuestra mala vida. ¿Cómo es que servís por la carne? Porque las sugerencias y malos pasiones abundan en vosotros; pero uniéndolos á Dios, venceréis las rebeliones de la concupiscencia. Volvéos hacia el que os educa. Pero ¿por qué permite este largo combate en que tenéis que luchar contra vosotros mismos? A fin de que comprendáis que de vosotros viene este trabajo. Sois los autores de la flagelación que sufrís; os combatís á vosotros mismos. Dios se venga del que se ha rebelado contra él, permitiendo que el tal rebelde, no habiendo querido tener paz con Dios, se convierta en una guerra contra sí mismo: *Sic vincitur in rebellem adversus Deum, ut ipse sit sibi bellum qui pacem noluit habere cum Deo.*

Que estén vuestros miembros en guardia contra vuestras malas pasiones. ¿Se levanta la ira? Comprimidla, uniéndolos en espíritu á Dios: ha podido surgir, pero á lo menos no encontrará armas; querrá lanzarse con impetuosidad, pero no tendrá con qué herir, puesto que la dejaréis desarmada. Entonces, sucederá que de este movimiento, sin fuerza y sin resultado, será como si no lo hubieseis sentido. (En *Psal. LXXV*). Lo mismo sucederá con las demás pasiones. Obedeciendo al espíritu, haréis impotentes las concupiscencias....

Proceded según el espíritu de Dios, dice S. Pablo, y no satisfaceréis los apetitos de la carne. Porque la carne se levanta contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, por cuyo motivo no haceis lo que queréis: *Caro enim concupiscit adversus spiritum, spiritus*

autem adversus carnem, ut non quacunque vultis, illa faciatis. (Gal. v. 17).

Las pasiones, dice S. Anselmo, no os permiten cumplir lo que queréis: no les permitís tampoco cumplir lo que ellas quieren y así ni vosotros ni ellas haréis lo que queréis: *Concupiscentiæ non permittunt eos implere quod vultis: nolite et eos eis permittite implere quod ipsæ volunt; et sic nec vos nec illæ facietis quod vultis.* Aunque haya en vosotros concupiscencias, no serán pues victoriosas, porque no queréis hacer lo que os sugieran. Pero las buenas obras del espíritu con que cumplireis, no podrán llevarse á cabo sino sufriendo, combatiendo y resistiendo á la concupiscencia: es imposible cumplir con ellas en medio de la alegría. (In *Concupiscentia*).

¿Se levanta en vosotros la concupiscencia? dice S. Agustín: No gadle la obediencia; no la sigais, porque es culpable, es impúdica, es vergonzosa; os alejara de Dios: *Surgeit concupiscentia? Nega te illi; noli eam sequi; illicita est, lasciva est, turpis est, alienat te a Deo.* (Serm. XLV. de Temp.).

No debemos desear más que una cosa, y es no tener malos deseos.

3.º Es preciso huir. Huyendo, dice el apóstol S. Pedro, de la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo: *Fugientes ejus, quæ in mundo est, concupiscentia, corruptionem.* (II. 1. 4). No queráis amar al mundo, ni las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre. (I. Joann. II. 15).

4.º Es preciso dirigirse á Jesús. Para vencer las pasiones cuando agitan vuestro corazón, es menester, dice S. Agustín, invocar el divino poder de Jesús: *Cum fluctuat cupiditate cor tuum, ut cinças tuam cupiditatem, invoça Christi divinitatem.* (Serm. XLV. de Temp.).

5.º Es preciso esperar en Dios. Esperando en el Señor, dice el Real Profeta, no vacilaré: *In Domino sperans non infirmabor.* (XXV. 1).

6.º No te dejes arrastrar de tus pasiones, y refrena tus apetitos, dice el Eclesiástico: *Post concupiscentias tuas non eas, etc.* (XVIII. 30). La concupiscencia es cierta sirena que, haciendo oír una especie de canto melodioso, afeminado y seductor, se esfuerza en atraer á los hombres para devorarlos.

¿Se rebela la concupiscencia? dice S. Agustín: rebelaos contra ella: ¿os ataca? atacadla; ¿vuelve á la carga? rechazadla de nuevo: no os ocupéis más que de una sola cosa, y es que no quede victoriosas: *Rebellant? Rebella! pugnant? pugna! expugnant? expugna: hoc solum vult ne vincant.* (Lib. de Contin.).

7.º Cuando la concupiscencia os insta con solitaciones importunas, acordaos de que no es amiga vuestra como finge serlo, sino vuestra enemiga capital, y haced lo que los buenos soldados cuando el enemigo avanza y se ven atacados....

CONFESION.

Invidiosidad de la
confesion.

El día de la resurreccion, Jesucristo se presentó en medio de sus discípulos y les dijo: La paz sea con vosotros. Y les repitió: La paz sea con vosotros. Así como mi Padre me envió, así os envío yo también a vosotros: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* (Joan. XX. 19-21). Y después que hubo pronunciado estas palabras, alzó hacia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; quedad perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonáreis; y quedad retenidos a los que se los retuviereis: *Hec cum dixisset, insufflavit, et dixit eis: Accipite Spiritum Sanctum; quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt.* (XX. 22-23).

Cuenta S. Mateo que Jesucristo dijo a sus discípulos: Os empeño mi palabra, que todo lo que atáis sobre la tierra, será ese mismo atado en el cielo; y todo lo que desatáis sobre la tierra, será eso mismo desatado en el cielo: *Amen dico vobis, quaecumque ligaveritis super terram, erunt ligata et in celo, et quaecumque solveritis super terram, erunt soluta in celo.* (XVII. 18).

De aquí se infiere que para perdonar ó retener los pecados, para atar ó desatar las conciencia, es necesario conocer las faltas que se han cometido. Y ¿cómo conocerlas sin la confesion?...

Las palabras formales de Jesucristo establecen la confesion del modo más claro y más evidente; esta, por consiguiente, es divina....

Por esto S. Pablo, escribiendo a los de Corinto, les dice: Dios nos ha confiado el ministerio de la reconciliacion: *Dedit nobis ministerium reconciliationis.* (II. v. 18). Y él es el que nos ha encargado a nosotros el predicar la reconciliacion: *Posuit in nobis verbum reconciliationis.* (II. Cor. v. 19).

Si la confesion no reconociera una fundacion divina, nadie se confesaria.... El uso de la confesion prueba la divinidad de su origen.... La confesion es un dogma católico fundado en palabras precisas de Jesucristo: es la creencia de toda la Iglesia, de todos los siglos, de todos los Padres, de todos los Concilios, de todos los Teólogos y de todos los Santos....

Hasta el mismo famoso Voltaire dice: La confesion es una institucion divina que solo ha tenido principio en la misericordia infinita de su Autor; la obligacion de arrepentirse se remonta al dia en que el hombre fue culpable; mas, para manifestar arrepentimiento, es preciso empezar por declarar los pecados.

Arrepentimiento de
la confesion.

Adán fué el primer penitente; se confesó diciendo: He comido el fruto de aquel árbol. (Gen. III. 12). Eva se confesó: La serpiente

me ha engañado, dijo *Serpens decepit me.* (Gen. III. 13). Cain se confesó; pero su confesion fué inútil, porque la hizo con desesperacion: *Me iniquidad, dijo, es tan grande, que no puedo yo esperar perdon: Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear.* (Gen. IV. 13).

Heridos de las serpientes, los Hebreos confesaban en el desierto sus pecados.... El mismo Faraon declaró sus crímenes, pero sin arrepentimiento.... David confesó su falta al profeta Nathan. El pródigo se humilló a los pies de su Padre y le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y en vuestra presencia: *Pater, peccavi in celum et coram te.* (Luc. XV. 18). Samaritana y Magdalena se confesaban a Jesucristo. Pedro igualmente; Alejaos de mí, Señor, dijo, porque soy un pecador: *Era a me, quia homo peccator sum, Domine.* (Luc. V. 8). El buen ladrón en la cruz hace también una confesion pública. (Luc. XXIII. 41).

En la Sagrada Escritura encontramos la confesion ya pública, ya particular....

Se dice en el libro de las Actas de los Apóstoles, que muchos de los fieles venían a confesar y a declarar aquello que habían hecho de mal: *Multique credentium veniebant confitentes, et annuntiantes actus suos.* (XIX. 18).

Se trata aquí de una confesion hecha a un hombre; esto es, a S. Pablo, de una confesion que tiene por objeto obtener el perdon de los pecados. ¿No es ésta la confesion sacramental?

He aquí lo que en el primer siglo de la Iglesia S. Clemente, sucesor de S. Pedro, dice de la confesion: Todo el que tenga cuidado de su alma no se avergüence de confesar sus pecados al que presida, para obtener su perdon. S. Pedro, añade, obligaba a descubrir a los sacerdotes hasta los malos pensamientos. Mientras que estamos en la tierra, convirtámonos, porque una vez estemos en la eternidad, ya no podremos confesarnos ni hacer penitencia. (Epist. II. ad Cor.).

En el siglo II, Tertuliano dice: Muchos evitan declarar sus pecados porque cuidan más de su honra que de su salvacion. Imitan a los que heridos de una enfermedad secreta, ocultan su mal al médico y se atraen la muerte. ¿No vale más salvarnos confesando nuestros pecados, que condenarnos ocultándolos? (De Penit., c. X).

En el siglo III, escribe el célebre Origenes: Si nos arrepentimos de nuestros pecados y los confesamos no sólo a Dios, sino también a aquellos que pueden curar las llagas que nos han hecho, estos pecados nos serán perdonados. (Homil. II. in psal. XXXVII).

En el siglo IV, S. Atanasio se expresa así: De la misma manera que el hombre bautizado está iluminado por el Espíritu Santo, así también el que confiesa sus pecados en el tribunal de la Penitencia, obtiene la remision por el Sacerdote. (Collect. choisie des Pères, t. II). En el mismo siglo dice S. Basilio: Es absolutamente preciso descubrir nuestros pecados a los que han recibido la dispensacion de los misterios de Dios. (Libermann, c. IV).

En el siglo V, S. Ambrosio, según S. Paulino, lloraba de tal manera cuando un penitente se confesaba con él, que le incitaba también

á derramar lágrimas. S. Agustín, en el mismo siglo, pronunciaba estas palabras: Nadie diga: Hago penitencia en secreto á los ojos de Dios, y bastante es que Aquel que debe concederme el perdón, conozca la penitencia que hago en el fondo de mi corazón; si fuese así, inútilmente habría dicho Jesucristo: Lo que desataréis en la tierra, será desatado en el cielo; y en vano también habría confiado las llaves á su Iglesia. No es pues bastante confesarse con Dios, es preciso confesarse también con los que de él han recibido el poder de atar y de desatar. (*Serm. II. in Psal., v. 1.*)

Nunca se ha oído, dice S. Juan Climaco, que vivía en el siglo VI, nunca se ha oído que los pecados cuya confesion se ha hecho en el tribunal de la Penitencia hayan sido divulgados. Así lo ha permitido Dios, á fin de que los pecadores no se apartasen de la confesion, y no se viesen privados de la única esperanza de salvacion que les queda. (*Vit. Patr.*)

En los siglos VII, VIII, IX y X, hallamos pruebas ciertas de la existencia de la confesion auricular. En el siglo XI, dice S. Anselmo: Descubrid fielmente á los Sacerdotes, con una humilde confesion, todas las manchas de la lepra que llevais en vuestro interior, y quedaréis purificados. (*Homil. in decem lepr.*). Poco más tarde, S. Bernardo habla así: ¿De qué sirve declarar parte de nuestros pecados y callar otros? ¿No lo conoce todo Dios? ¿Qué! ¿os atreveis á ocultar algo al que ocupa el lugar de Dios en un tan grande Sacramento? (*Opusc. in septem grad. Confess.*)

En todas las épocas, desde Jesucristo hasta nuestros días, la existencia de la confesion auricular está atestiguada de una manera irrecusable....

La confesion auricular y sacramental ha subsistido y subsistirá siempre, porque es de creacion divina; la confesion pública, que era de origen eclesiástico, ya no tiene lugar, porque ya no existen las razones que la habian hecho establecer....

Cuando Jesucristo vino á la tierra, dice el autor de las *Recherches*, etc., ya encontró la confesion establecida, y al imponer á sus discipulos la obligacion de confesarse, no dió una ley nueva, no hizo más que confirmar y perfeccionar una ley ya existente: *Non enim legem solvere, sed adimplere*. (Math. V. 17). Así como elevó el rito del matrimonio á la dignidad de Sacramento, de la misma manera eleva á semejante dignidad el rito de la confesion. Unió á la confesion gracias especiales, haciéndola parte esencial del sacramento de la Penitencia. Esto explica como el precepto de la confesion no excitó ningún murmullo, ni entre los judíos, ni entre los Gentiles: estaban ya acostumbrados á ella, y nada les parecia más natural: una tradicion constante y universal les hacia sentir su necesidad indispensable.

Necesidad de la confesion.

Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes los perdonáreis, dice Jesucristo á sus Apóstoles. (*Joann. XX. 23*). Por consiguiente,

si queremos obtener el perdón de nuestros pecados, es preciso confesarlos. Jesucristo no promete su gracia y el cielo sino con esta condicion.... *Lo que desataréis en la tierra, quedará desatado en el cielo*. (Math. XVIII. 18). Y como no hay otro medio para desatar que la confesion, puesto que sólo á ella Jesucristo ha unido la libertad del alma, resulta por consecuencia que es necesaria la confesion. La confesion es necesaria para humillarnos, para arrojar lejos de nosotros el pecado y expiarlo....

Dios nos ha confiado el ministerio de la reconciliacion, dice S. Pablo. (*II. Cor. v. 18*). Es pues preciso acudir á los Sacerdotes, si queremos reconciliarnos con Dios.

Si confesamos nuestros pecados, dice el apóstol S. Juan, Dios fiel y justo es el para perdonárnoslos: *Si confiteamur peccata nostra, fidelis est et justus, ut remittat nobis peccata nostra*. (I. v. 9). Si confesamos nuestros pecados; es pues necesario confesarnos. No dice el Apóstol: Si orais, si ayunais, Dios perdonará vuestros pecados; sino: Si confesais vuestros pecados.... Por consiguiente, sólo á la confesion ha unido Dios la remision de los pecados....

Para apoderarse de la ciudad de Bethulia, Holofernes mandó que cortaran el canal que llevaba agua dentro de ella: *Holofernes, dum crevit per gurgitum, reperit quod fons qui suffluebat, et incidi praecepit aqueductum illorum*. (Judith. VII. 6). La confesion es el único canal por donde llega al hombre el agua de la gracia y del perdón. Por consiguiente, sin confesion, no hay gracia, no hay perdón, no hay cielo....

Sobre las palabras del Salmo 99, v. 4: *Introite portas ejus in confessione*, dice S. Agustín; el Profeta indica que nadie puede llegar á la puerta de la misericordia de Dios sino por la confesion de sus pecados: *Ostendens ad portas misericordiae non nisi per confessionem peccati aliquem posse perungere*. (In Psal.).

Dios, dice el mismo Doctor, ha creado al justo; el hombre ha producido al pecador. Pecadores, destruid lo que habeis hecho, á fin de que Dios salve lo que ha hecho. Es menester que aborrezcáis en vosotros vuestra obra, para que améis en vosotros la obra de Dios. Cuando empecéis por detestar lo que habeis hecho, el bien nacerá en vosotros con la confesion de vuestros pecados; el principio de las buenas obras es la declaracion de las malas. (*Tract. XII. in Joann.*)

Después del bautismo, dice S. Bernardo, no tiene el hombre otro remedio que acudir á la confesion: *Post baptismum, nullum aliud est remedium quam confessionis refugium*. (Epist.).

Confesad vuestros pecados uno á otro, dice el apóstol Santiago. (*v. 16*).

Jesucristo dijo á sus Apóstoles: Id é instruid á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos: *Ecce docebo*

omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti: docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum cum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi. (Matth. XXVIII. 19-20). También les dijo á los setenta y dos discípulos, segun nos refiere S. Lucas: El que os escucha á vosotros, me escucha á mí; y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia; y quien á mí me desprecia, desprecia á Aquel que me ha enviado: *Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit; qui autem me spernit, spernit eum, qui misit me.* (Luc. X. 16).

Tenad por pagano y publicano á todo el que no escucha á la Iglesia: *Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* (Matth. XVIII. 17).

La Iglesia, sagrada esposa de Jesucristo, ha pues recibido de su divino Esposo todos los poderes que el mismo tenia, y por consiguiente el de hacer leyes. Mas, he aquí una de las que ha hecho y mandó observar so pena de pecado mortal: *Confessaris todos tus pecados á lo menos una vez cada año.*

Dice el Concilio de Trento: Es tan necesario el sacramento de la Penitencia para la salvacion de los que han caido despues del bautismo, como lo es el bautismo para los que no lo han recibido: *Est autem hoc sacramentum Penitentiae lapsis post baptismum ad salutem necessarium, ut nondum regeneratis ipse baptismus.* (Sess. XIV. de Penit., c. II).

Si alguno, dice el mismo Concilio, niega que la confesion sacramental sea necesaria por derecho divino para la salvacion, tégasele por anatematizado: *Si quis negaverit confessionem sacramentalem ad salutem necessariam esse jure divino, anathema sit.* (Sess. XIV. de Penit., c. VI).

La confesion es pues necesaria, y el que no obedeca á este precepto desprecia á la Iglesia; es anatema.

Siempre ha existido la confesion, dice el abate Ganne; y además, siempre se ha mirado la confesion como el único medio de obtener la remision de los pecados. Y hasta es imposible que haya otro. En efecto: si hubiese en la Religion otro medio distinto de la confesion para volver en gracia con Dios; si bastase, por ejemplo, humillarse en su presencia, ayunar, orar, dar limosna, confesarle la falta en el secreto del corazon, ¿qué sucedería?—Que nadie se confesaria.—¿Y quien seria bastante simple de ir á solicitar con tono suplicante, á los pies de un hombre, una gracia que tan facilmente podría obtenerse sin él y á pesar suyo? De dos medios, los hombres escogerian siempre el que, más fácil, concilia tambien admirablemente los intereses de la salvacion y del amor propio. Desde entonces, ¿á qué queda reducida la confesion establecida por el mismo Jesucristo? ¿Cae y queda sin honor ni efecto en el mundo. ¿Qué es del magnifico poder que dió á sus ministros de perdonar y retener los pecados? ¿No es evidente que este poder tan admirable y tan divino se volveria ridiculo y completamente ilusorio, puesto que jamás podría ejercerse?

Así es que, ó hay obligacion para todos los pecadores de confesar sus pecados á los Sacerdotes, ó bien Jesucristo se ha burlado de sus Sacerdotes diciéndoles: Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes los perdónais, y serán retenidos á aquellos á quienes los retengais. También se habria burlado de S. Pedro cuando le dijo: Te daré las llaves del reino de los cielos. ¿De qué los serviria tener las llaves del Cielo, si se podía entrar en el sin estar abierto por su ministerio?

Ya veis que si la confesion no fuese el único medio, el medio indispensable de obtener el perdon de los pecados, las palabras del Hijo de Dios serian insignificantes, falsas y mentirosas: blasfemia horrible que equivaldria á negar la misma divinidad de Jesucristo. (*Catech. de persév., art. Confess.*).

Para prescindir de la ley de la confesion, añade el Sr. Ganne, es menester desafiar no sólo la autoridad de Jesucristo y de la Iglesia, sino tambien la del sentido comun; es preciso ahogar la voz de la naturaleza que grita á todos los culpables: No hay perdon sin arrepentimiento, y no hay arrepentimiento sin confesion de la falta. (*Ut supra*).

El sacramento de la Penitencia es necesario por necesidad de medio y de derecho divino á todos los que han perdido la inocencia de su bautismo, haciéndose culpables de algun pecado mortal; es el sólo y único medio que Dios ha dejado á su Iglesia para reconciliarlos con Dios.

Mi yugo es suave, y ligera mi carga, nos dice el Salvador; es en la confesion sobre todo en donde tienen aplicacion estas palabras; ¿Podia Nuestro Señor manifestarse más indulgente? Despues de un pecado mortal merecemos el infierno, esto es, suplicios inauditos, eternos, sin alivio. Podia poner á nuestro perdon la condicion que hubiese querido; y ciertamente, tratándose de evitar el infierno, ninguna condicion puede ser dura. Así pues, ¿no seriamos injustos si hallásemos que, obligándonos á confesar nuestros pecados á su ministro, Dios ha puesto muy caro su perdon? Nos será fácil juzgarlo con la suposicion siguiente:

Un hombre del pueblo fué admitido á la corte de un príncipe poderoso. Nada faltaba á su felicidad: honores, riquezas, placeres, todo se lo concedia la munificencia del monarca. Tantos beneficios hubieran debido inspirarle un afecto sin límites y un amor inviolable por el rey. Y no sucedió así. Arrastrado por no sé qué pasión abyecta, el ingrato cometió contra su bienhechor un crimen enorme, que, á la verdad, no llegó á divulgarse entre el público, pero sí llegó á conocimiento del príncipe con todas las pruebas más cabales de la evidencia. Entonces, el rey, usando del derecho que tenia de castigar, pronunció la sentencia del culpable. Pálido, temeroso y con los ojos bajos, el desgraciado fué conducido al lugar del suplicio. Ya el verdugo tenia la espada levantada sobre su cabeza;

Facilidad de la confesion.

todo iba á concluir; ya el ingrato iba á morir, sufriendo el justo castigo de su crimen. Pero, de repente, una voz sonora deja oír un grito penetrante: ¡gracia! ¡gracia! ¡de parte del rey! ¿Veis como este hombre renace á la vida? Apenas se atreve á creer lo que oye; su corazón se dilata de alegría. El enviado del rey se acerca al culpable, y le dice: Mi bondadoso Señor, si, os concede el perdón, pero quiero que declareis vuestro crimen á uno de sus ministros, sin omitir la menor circunstancia. Es la única condición que os impone su generosidad: elidid entre el suplicio y este medio de salvación. Oíd al culpable como transportado de una nueva alegría, exclama al punto: ¡Ah! decidme dónde está este ministro, estoy dispuesto á confesárselo todo. Y está hablando todavía cuando llega un segundo enviado, gritando: ¡Gracia! ¡gracia! ¡de parte del rey! Se acerca al culpable y le dice: Mi amo es bueno, y en prueba de su clemencia os permite elegir entre todos sus ministros el que más confianza os inspire. Lágrimas de enternecimiento corren abundantemente de los ojos del culpable, y aun no ha podido responder cuando llega un tercer enviado gritando: ¡Gracia! ¡gracia! ¡de parte del rey! Y acercándose al culpable le dice: Mi Señor es bueno; no sólo os permite elegir entre todos sus ministros al que más confianza os inspire, sino que obliga al ministro que elijais á que guarde el más absoluto silencio sobre cuanto le confieis, so pena de venir él á ocupar vuestro lugar en el cadalso. Si aceptais, el rey mi amo olvida para siempre vuestra falta, os devolverá sus buenas gracias, vuestros honores y dignidades, y os señalará habitación en su palacio, y sitia en las gradas del Trono. Juzgad cuáles serian los nuevos transportes del paciente, y las bendiciones que la muchedumbre dirigirá al generoso monarca. —Esta es toda la historia de la confesion. ¿Quién se atreverá á decir que es un yugo penoso? (Gauze, *Catech. de Persée*, art. *Confess.*).

Jamás, dice el mismo autor, puede hallarse nada tan tierno, tan paternal, tan sublime, tan propio para reformar las costumbres, tan misericordioso, como la manera con que se verifica la reconciliación del hombre con Dios en el tribunal de la Penitencia. Aquí es verdaderamente en donde, según la palabra del Profeta, se hallan la misericordia y la verdad que se abrazan como dos hermanas separadas desde mucho tiempo, la justicia y la paz: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculata sunt.* (Psal. LXXXIV. 11.) ¿Queréis saber cuánta felicidad y dulzura se encuentra en este beso de reconciliación que el Criador se digna dar á su criatura? Comparad los tribunales humanos con el tribunal de Dios. Cuando un hombre está acusado de un crimen, la justicia humana pone á sus agentes en persecución suya; ya no tendrá día sereno, ya no tendrá noche tranquila aquel desgraciado. Se ve obligado á ocultarse, siempre temblando al menor ruido, hasta que lo detienen. Entonces le cargan de cadenas. Armado ignominiosamente de

cárcel en cárcel, llega al lugar en donde debe pronunciarse su juicio. Sobre el tribunal, á cuyos pies va bien pronto á comparacer, están escritas estas dos terribles palabras: *Justicia, castigo*. Llega el día del juicio, y se despliega un aparato formidable. Delante del culpable están los jueces, que bien puedan castigarle, pero no perdonarle; á su lado están los testigos y los acusadores, y encima de su cabeza, por si se le reconoce culpable, está ya la cuchilla ensangrentada. Si es que no le condena á muerte, vislumbra ya en perspectiva penas infamatorias, cadenas que durarán tal vez tanto como su vida, la deshonra y su separación perpétua ó temporal de todo lo que quiere más en el mundo. Y con todo esto ¿se volverá mejor? ¡Ay de mí! no.

Tal es la justicia humana.

Muy diferente es la justicia divina.

En tanto que castiga en la tierra, Dios no se despoja nunca de su cualidad de padre. Por esto si un hombre, es decir, si uno de sus hijos le ha ofendido, le envía el remordimiento. El mensajero de Dios entra en el corazón del culpable, se sija en él, y le insta sin descanso con su aguijón. Poco á poco el culpable, cansado, se detiene, y entra en reflexion consigo mismo. Entonces se deja oír una voz más dulce que la del arrepentimiento. Turbante tiernos recuerdos mezclados con el triste pensamiento de su estado presente. La vergüenza y el temor se apoderan de su alma, y preparan la llegada de la esperanza. De repente palabras dulces como las de una tierna madre, de una madre que gime, resuenan en su corazón: Vén á mí, vén tú que sufres, tú que estás cargado con un peso que te agobia; vén, y te aliviaré: *Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos.* (Matth. XV. 28). Y estas palabras salen de los labios del mismo juez. Ya no teme, ya se dirige, guiado por los remordimientos, el arrepentimiento y la esperanza, hacia la casa de Dios.

Delante de él está un tribunal sobre el cual la fe lee esta consoladora inscripcion: *¡A la misericordia!* Allí no hay penas infamatorias, no hay cadenas, no hay galeras, no hay cadalso. Sobre este tribunal está sentado un juez que es más que un hombre, pero que no es un ángel; él necesita también misericordia. Es el Vicario de la caridad de Jesucristo revestido con sus entrañas de compasión. No tienen sus labios más que bendiciones, palabras de estímulo y oraciones: de sus ojos correrán pronto lágrimas sobre el culpable arrepentido. Allí no habrá testigos extraños, ni acusadores apasionados; el culpable será el testigo y el acusador de si mismo; basta con su testimonio. (*Catech. de Persée*, art. *Confess.*).

¡Ley dulce!... Dios no pide más que una confesion.... ¡Ley sublime! No admite violencia, no admite tormentos; el penitente es el acusador, el testigo, el juez, el ejecutor de si mismo.... ¡Ley misericordiosa! La justicia humana no necesita más que una declaración para condenar; Dios al contrario, no necesita más que una decla-

racion para absolver.... ¡Pensamiento admirable! Si hubiese oído a un simple mortal, no alcanzaría perdón; mi Dios, á quien he ultrajado tanto, me perdona, me levanta, me abraza, me colma de favores, me abre el cielo y me hace entrar en él: todas estas gracias incomparables se obtienen con una simple declaración!....

En los tribunales de los hombres, dice S. Crisostomo, la confesion y el castigo son la consecuencia de una declaración; pero en el tribunal de la Penitencia, que es el tribunal de Dios, después de la declaración viene la justicia, el perdón y la recompensa: *In exterioris iudiciis, post confessionem, confusio et pena; in dei, iustitia, merces et absolutio.* (Homil. ad pop.).

Para ganar un pleito, ¿cuántos pasos, cuántos viajes, cuántos sudores, cuántas penas y cuidados! Y muchas veces se pierde. ¡Para obtener el perdón de nuestros pecados, para ponernos en regla con Dios, para pagarle las inmensas deudas contraídas, no se necesita más que una declaración! Si un acreedor se contentase con que le declarasen la deuda que han contraído con él, ¿cual es el deudor que se alveria á quejarse? Tal es la conducta inflexible de Dios con respecto á los pecadores: ¡y tan de quejarse de que es demasiado exigente y demasiado severo! Si el que manifiesta encontrarse demasiado penoso el ponerse en la tabla única que puede salvarle, ¿no la tomarian por loco? La confesion es una tabla después del naufragio....

La confesion es demasiado penosa, decís. Pero tenemos que tratar con un amigo, con un padre... *Benedicite, padre mio, porque he pecado.*.... ¡La confesion es demasiado penosa! Pero nos confesamos á un pobre pecador que tambien necesita indulgencia; ¿cómo la podría rehusar? Confesemos nuestras faltas á un solo hombre, y estamos seguros del secreto.... ¡Cómo! ¿descargar nuestra conciencia, reconciliarnos con Dios, recobrar la vida del alma, cerrar el infierno, ahuyentar al demonio, hacernos libres, reparar nuestras pérdidas, pagar nuestras deudas, hallar la paz, subir al cielo, obtener tantas riquezas, tanta felicidad con una simple declaración, y luego tendremos valor para decir que esta declaración es demasiado penosa!.... ¡Ah! no está en esto el trabajo. El trabajo está en la pérdida de la gracia del alma, de Dios y de la eternidad. Pero hasta confesar que hemos perdido todo esto con nuestros pecados para volver á recobrar tan inestimables tesoros....

No hay tal vez ninguna institucion más sabia que la confesion, dice Voltaire. La mayor parte de los hombres que han caído en grandes crímenes, tienen luego remordimientos. La confesion es una cosa excelente, un freno contra los crímenes inveterados. En la más remota antigüedad se confesaban durante la celebracion de todos los antiguos misterios. Los cristianos han santificado esta práctica tan cuerda. Es muy buena para obligar á los corazones ulcerados por el odio á que perdonen, para hacer que los ladrones devuelvan lo

Excediendo y
trabajos de la
confesion. La
manifestación
de los mis-
terios.

que pueden haber quitado á su prójimo. Los enemigos de la Iglesia Romana que han reclamado contra una institucion tan saludable, parece que han deseado quitar á los hombres el freno más eficaz que pudiera ponerse á sus crímenes.

Escuchad á otro escritor, enemigo declarado de toda religion, el autor de la *Historia filosófica y política del comercio de las Indias*; he aquí lo que dice á favor de la confesion: Los jesuitas han establecido en el Paraguay el gobierno teocrático, pero con una ventaja para la religion que constituye su base: hablo de la práctica de la confesion. Ella sola subsana la falta de leyes penales, y vela por la pureza de las costumbres. En el Paraguay, la religion, más poderosa que la fuerza de las armas, conduce al culpable á los pies del magistrado. Allí es en donde, lejos de paliar sus crímenes, el arrepentimiento se los hace agravar; en vez de eludir el castigo, va á pedirlo de rodillas: cuanto más severo y público, más devuelve la calma á la conciencia del criminal. Así el castigo, que en todas las demás partes asusta á los culpables, es aquí un consuelo, ahogando los remordimientos con la expiación. Los pueblos del Paraguay no tienen ni leyes civiles, ni leyes criminales; todas sus leyes son preceptos de religion. El mejor de todos los gobiernos fuera una teocracia en la que se estableciese el tribunal de la confesion.

Más de una vez se han arrepentido los protestantes de haber abolido el uso de la confesion. Los de Nuremberg enviaron una embajada á Carlos V para suplicarle que la volviese á establecer entre ellos, como medio único de prevenir la total ruina de su republica. Los de Strasburgo hubieran querido volverla á poner en uso; y tenían razón. Serian menester volúmenes si quisiéramos contar todos los desórdenes prevenidos ó reparados por la confesion, las malas pasiones que lentamente minan la sociedad ahogada en su gérmen, los odios apagados, las restituciones verificadas, etc. Hoy que un gran número de cristianos se sustraen al cumplimiento de este deber social, ¿qué vemos? Crímenes que dan espanto, crímenes que cada día se repiten y cada día se publican y se leen con una horrible sangre fría como noticias corrientes; el desorden en todas partes, los suicidios, las quiebras, etc. ¡La buena y frecuente confesion contendría todos estos y todos los demás crímenes!

Ya sabemos hoy, dice el abate Gaume, lo que debemos pensar de las virtudes y de la honradez de la gente sin religion, es decir, sin confesion. Esta honrada gente ha hecho la sociedad actual ¡Juzgad del árbol por los frutos! Sin embargo, es una cosa muy notable que todos, indiferentes y negligentes, no tienen más que una voz para prestar homenaje á la confesion. A los ojos de estos indiferentes que no la practican, es eminentemente social. Ved cuán satisfechos están de que se confiesen sus mujeres, sus hijos, sus criados, sus colonos. El alejamiento de la confesion en que ellos mismos viven, es

2. Sentimiento
de los protes-
tantes por
volver á la
confesion.

3. Los indif-
erentes pre-
stan homenaje
á la confesion.

un homenaje tributado á su excelencia. Decidme: ¿en qué época han dejado de practicarla? ¿Será cuando se volvieron más virtuosos, más probos, más puros en sus costumbres? ¡Ah! ¿no sabemos que la confesión no se deja sino cuando quieren entregarse á sus inclinaciones y vivir en libertad? (*Catech. de Persév., art. Confess.*).

4. * Vuestros de la confesión re-
sultante á la sociedad y á las buenas costumbres.

¿De donde pensáis que proceden todos los crímenes que inundan la tierra, tarban las familias y destruyen los imperios? ¿No es del corazón del hombre? ¿No es allí donde se conciben, se preparan y maduran todas las fechorías de que todos los días somos ó testigos ó víctimas? Para salvar la sociedad, para hacer reinar en ella la buena fe, la justicia, el desinterés, la pureza de las costumbres, es menester, empezar por hacer reinar todas estas virtudes en el corazón del hombre. Pero ¿quién se apoderará de él? ¿quién penetrará hasta en sus profundidades y repliegues para purificarlo y hacerlo bueno? Las leyes humanas pueden oponer muy bien algún dique al torrente, pero no les es dado agotar el manantial. Estas obran sobre las acciones; pero se les escapan los deseos y los pensamientos, principios de las acciones. Solo á la religión está reservado este saludable poder. Pero ¿cómo lo ejercerá? ¿por qué camino penetrará hasta el fondo del corazón humano?

Sin duda la predicación es un medio para la religión de llegar al corazón del hombre; pero, dirigiéndose el discurso á todos en general, no se dirige á nadie en particular. Cada uno toma ó deja de él lo que le parece, según sus disposiciones ó también su grado de conocimiento. Por otra parte, el amor propio, tan hábil en engañarnos, nos impide muchas veces conocer lo que se dice para nosotros; y aun más, á menudo sucede que nos falta el valor para hacer una generosa aplicación de lo que oímos. De ahí viene la inutilidad desgraciadamente tan general hoy día del discurso público para la reforma de nuestras costumbres.

¿Qué medio queda entonces á la religión para llevar el remedio hasta el fondo de nuestras llagas? ¡Ah! lo habéis nombrado, lo habéis nombrado temblando quizás: tanta eficacia tiene. Este remedio es la confesión. Allí, en el secreto del tribunal sagrado, el corazón se descubre sin recelo. Allí, el sacerdote, hombre de Dios, defensor incorruptible de sus derechos; el sacerdote, amigo firme y sincero del culpable; el sacerdote, médico, uno á todos los medios de conocer el enfermo toda la autoridad para aplicar el remedio á sus llagas. Quema, corta y separa sin respeto humano y sin misericordia todo lo que está gangrenado, y así como no respeta nada, tampoco respeta la fibra delicada, la pasión favorita que á fin de escaparse de la destrucción se oculta en los últimos repliegues de la conciencia.

Conocido y confesado el mal, el confesor piensa en la curación; y hélo aquí que se dedica á destruir los pensamientos falsos, las afectaciones desarragadas del hombre viejo, consecuentemente anti-

sociales, substituyéndolos por los pensamientos verdaderos, por las afecciones santas del hombre nuevo: en una palabra, comunica al espíritu y al corazón una vida nueva, virtuosa, y por tanto social.

Vienen luego avisos perfectamente apropiados al actual estado del penitente, porque el confesor le conoce y trata de resguardar su corazón, aun tan débil, de nuevas recaídas. Así es como la confesión aplica, apropia la religión á las necesidades de cada hombre: así es como la planta en el corazón del individuo, y por consiguiente en el mismo corazón de la sociedad. Así es como en el tribunal de la Penitencia, el sacerdote es el hombre de la sociedad, el defensor más útil de sus intereses, el gran reparador de sus males.

Encontradme un solo interés público ó privado moral ó material, que la confesión no proteja, y no proteja mil veces con mayor eficacia que los magistrados armados con toda la autoridad de las leyes humanas. Ella protege la santa autoridad de los padres y de los reyes contra la insubordinación de los hijos y de los pueblos; la vida moral y hasta la física de los hijos contra la negligencia y el mal querer de los padres; la inocencia, la reputación, la propiedad, la vida, la tranquilidad de todos contra las pasiones culpables que les amenazan, pasiones cuyo érimen se halla en el corazón de todos los hijos de Adán. Si, hombres ciegos que tenéis la desgracia de no confesaros ya; padres, madres, amos, negociantes, ricos y pobres, jamás sabreis todo lo que debéis á la confesión. Desde luego tiempo que tal vez la deshonra habría manchado el objeto para vosotros más querido, la calumnia habría marchitado vuestro nombre, la injusticia habría arrebatado vuestra fortuna, y una copa de amarguras habría agriado vuestra vida, sin la confesión. ¿Qué digo? sin la confesión quizás algunos de los que se burlan de ella y la desprecian, jamás habrían visto la luz del día. Quien quiera que seáis, ¿podeis decir que no sois de este número?

No hay sociedad sin creencia y sin costumbres; no hay creencias ni costumbres sin religión; no hay religión verdaderamente eficaz sin su aplicación á la sociedad; no hay aplicación real y verdaderamente eficaz de la religión á la sociedad sin confesión. La prueba es que el primer deber que se rechaza cuando quieren librarse de la religión, es la confesión. Saben que ella es la que pone el cristianismo en contacto real y eficaz con nuestro corazón. Mas, en nuestro corazón es en donde se halla el manantial de la felicidad ó de la desgracia de la sociedad. La confesión, que es tan poderosa, y, nos atrevemos á decirlo, que es la única que puede curarlo, es pues eminentemente social. (*Catech. de Persév., art. Confess.*).

El orgullo es el primero de nuestros vicios, el manantial de todos los demás pecados; el principio de nuestras desgracias. El orgullo solo puede curarse por medio de la humildad, y la humildad no puede producirse sino por medio de la humillación. El acto más

5. * La confesión
quita el orgullo.
Ho.

humillante para el hombre degradado, es el relato franco y completo de su vida, de sus pensamientos, de sus deseos, de sus palabras, de sus miradas, de sus acciones y omisiones. La confesion es este relato. Así pues, de todos los medios de ajar nuestro orgullo el más eficaz es la confesion. Jesucristo nos amaba demasiado, queria demasiado sinceramente nuestra regeneracion para dejar de entregarnos este tan saludable remedio. Por esto estableció la confesion.

6. La confesion
la inspira al
hombre.

En el confesionario aprende el hombre su grandeza y su pequenez, y se intruye en los deberes de su estado.... En el secreto del tribunal sagrado es en donde el confesor, amigo prudente, firme, incorruptible, experimentado, hace penetrar su mirada profunda o ilustrada por la fe, hasta el fondo del corazón de la infancia, de la adolescencia, de la edad madura y de la vejez; porque hay lecciones de sabiduría para todas las edades, y remedios para todos los males. Ve, ¡oh!, descubre los artificios de las pasiones, señala al penitente una multitud de vóboras nacientes que el amor propio, la inexperiencia, la ligereza ó la preocupacion le impiden distinguir, y que no obstante crecerian muy pronto y le desgarrarian las entrañas. Le pone en guardia, cualquiera que sea su edad ó su posicion, contra una multitud de ilusiones y máximas peligrosas. Con mano firme traza á cada estado la linea de sus deberes, y asegura sus pasos en la senda de la virtud, que en esta vida tambien es la senda de la felicidad. ¿Qué cosa, decidme, qué cosa pueda reemplazar á estas saludables lecciones? Ni un padre, ni una madre, ni el amigo ordinario conocen lo más íntimo del corazón de su hijo ó de su amigo. Hay secretos que el hombre no puede ni quiere revelar más que á Dios. Por esto Marmontel, lleno de admiracion ante los felices efectos de la confesion, exclamaba en el último siglo: ¿Qué mayor preservativo para la moralidad de la adolescencia, que el uso y la obligacion de ir todos los meses á confesarse?... ¡Cuanto no es pues el poder de la confesion entre los católicos! exclamaba el famoso Tissot, protestante y célebre doctor en medicina. (*Catech. de Percey*, art. *Confess.*).

El Señor ilumina á los ciegos, dice el Salmista: *Domineus illuminat cecos*. (CXLV. 8). En el tribunal sagrado es sobre todo en donde tienen cumplimiento estas palabras del Profeta....

Apresúrese á sumergirse en el baño saludable de la penitencia los que quieren ilustrarse, dice S. Gregorio: *Penitent ad lucerna quod lumen inquirunt*. (Moral.). Allí, en efecto, es donde se ve el mal que hemos hecho..., y el bien que hemos omitido...; allí es donde se halla el remedio para todos los males....

7. La confesion
educativa al
hombre.

No solamente la confesion instruye al hombre en el arte de combatir á sus enemigos y de conocer sus deberes, sino que le reabilita á sus propios ojos, cuando ha sido culpable, y le da el valor

de la virtud. Ved lo que pasa en el jóven, sobre todo en el momento en que comete el primer pecado: ¡qué umbría es, gran Dios, la fruta que acaba de probar! ¡Ya estoy murcillo! dice: he faltado á todas mis promesas; el vestido de mi bautismo está manchado; la alianza de mi primera comunión está rota. Jesucristo no está ya en mi corazón, ya no soy su hijo, y me he deshonrado á los ojos de los ángeles. El desgraciado se ha tambien deshonrado á sus propios ojos; no puede ya bajar al fondo de si mismo sin avergonzarse. Y ved ahí que se pone triste, pesarnos, insufrible á si mismo y á los demás; se acerca la noche, y tiene miedo de morir; aparece el día, y se halla envenenado por los remordimientos. ¡Oh! ¡qué digno es de lástima!

¿Qué será de él? El espíritu lentador, que le habia prometido felicidad para comprometerle á ser culpable, cambia de repente sus baterías. Para detenerle en el mal, abulta á sus ojos la enormidad de su falta, aumenta su vergüenza, le exagera las dificultades del perdón, y sobre todo le manifiesta la imposibilidad absoluta en que se halla de volver á conquistar su virtud entera. Y un gran pesar se apodera de su corazón, y le desanima; suceden nuevas caídas, pierde la esperanza de poder romper sus cadenas, y cansado de luchar, se abandona á toda la ferocidad de sus pasiones; y hé aquí como vienen lágrimas en una familia, escándalos en la sociedad, enfermedades vergonzosas, una vejez prematura, y pronto tal vez otro suicidio más. Recordad las ciudades y los campos, descendid en el secreto de la vida, y decidme si no es esta la historia contemporánea, la historia de cada día!

Mas, ¿á qué debe el hombre el verse reducido á tan triste estado? A los pocos esfuerzos que hace para reconquistar la virtud, á la desesperacion por no poder corregirse y convertirse. Pero, ofrecidle un medio seguro y fácil de rehabilitacion, y le devolveréis su valor, y le salvaréis: este medio es la confesion. Desde el momento en que lo emplea, las pasiones quedan destruidas, cambian sus costumbres, y su corazón está substraído: es ya otro hombre. ¡Cuántos grandes milagros de la gracia se ven en la confesion! (*Catech. de Percey*, art. *Confess.*).

La confesion enerva todas las fuerzas del demonio, descubre todos sus fraudes, pone en claro todas sus astucias y su malicia, discute y resuelve todas las dudas que él engendra....

¿Qué es la confesion, pregunta S. Gregorio, sino la abertura de las apostemas? Arrastrado en medio de la claridad del día por la virtud de la confesion, puesto en desahucio y lleno de vergüenza, el demonio emprende la fuga: *Quid es peccatorum confessio, nisi ulcerum ruptio? Inibat ut virtute confessionis pertrahat ad lucem, et traductus, ac dehumiliatus, discedit*. (Moral.).

Pueden muy bien aplicarse al poder de la confesion aquellas palabras del Génesis concernientes á la Virgen Maria: Ella aplastó la cabeza de la serpiente: *Ipsa conteret caput tuum*. (III. 15).

8. La confesion
es un medio
que reanima la
cabeza de la
serpiente.

18. La confesión
libra de la esclavitud y des-
vincula la ver-
dad de la liber-
tad.

El que hace una buena confesión, puede decir á Dios con el Salmista: Señor, habeis roto mis cadenas: *Dirupisti vincula mea.* (CXV. 16). Nuestra alma ha conseguido la libertad como el pájaro huido de la red del cazador; la red se ha roto, y nos hemos escapado: *Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium; laqueus contritus est, et nos liberati sumus.* (Psalm. CXXIII. 7).

Desatad á Lázaro, dijo Jesucristo, y dejadle marchar: *Soluite eum, et sinite abire.* (Joann. XI. 44).

Este es el milagro que se verifica en la confesión.... Lo que desatáis en la tierra, será desatado en el cielo, dijo Jesucristo á sus apóstoles, instituyendo el sacramento de la Penitencia. En este sacramento es pues en el que quedan rotas todas las cadenas, queda abierta la cárcel, destruida la esclavitud y concedida la verdadera libertad.

Así lo enseñaba S. Pablo: Allí es en donde, dejando el engorroso peso de los pecados, tomamos aliento para correr al combate, ganar la victoria y subir al cielo: *Deponentes omne pondus, et circumstantes nos peccatum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen.* (Hebr. XII. 1).

Allí es en donde el Señor rompe las cadenas de los cautivos, dice el Salmista: *Dominus solvit compedibus.* (CXLV. 7).

19. Por la con-
fesión el pecador
obtiene el perdón
de Dios y se libera
de todos los pecados.

Por medio de la confesión, dice S. Cipriano, desempeñando el pecador las funciones de juez y de ejecutor de la justicia al perseguirse y castigarse á sí mismo, obtiene el perdón de Dios. Porque Dios no juzga dos veces una misma cosa: *Confitendo, eum iudicio et tor-toris vices peccator assumi, semetipsum persequens, Dei veniam impetrat. Neque enim hic in idipsum iudicat Deus.* (De Sacram.). Si confesamos nuestros pecados, dice el apóstol S. Juan, Dios es fiel y justo, y nos los perdonará: *Si confiteamur peccata nostra, fidelis est et justus, ut remittat nobis peccata nostra.* (I. 1. 9).

Con la confesión, dice el venerable Beda, Dios perdona los pecados cometidos; ayuda al penitente á no volver á caer en ellos, y le conduce á la vida en que será imposible pecar: *Tollit dimittendo quæ facta sunt, et adiuvando ne fiant, et perdugendo ad vitam, ubi omnino fieri non possunt.* (In Evang.).

Señor, dice el Rey Profeta, habeis perdonado los crímenes de vuestro pueblo; habeis cubierto con un velo sus iniquidades; habeis apaciguado vuestra indignación, y calmado el ardor de vuestra cólera (4).

La confesión cura, la confesión justifica, dice S. Isidoro; remite todos los pecados. No hay pecado, por grave que sea, que no quede perdonado con la confesión (3). David declara al profeta Nathan: No

pecado contra el Señor; y al momento Nathan le dice de parte de Dios: El Señor os perdona; no morireis. (II. Reg. XII. 13). Hago de S. Victor llega hasta decir: Si el demonio se confesase, obtendría el perdón. (*Lib. de Claustro animæ*). Pero lo que no está permitido al demonio, lo puede el pecador, que debe estar seguro de obtener gracia....

La confesión purifica de toda mancha el alma y el corazón: *Pur-gationem peccatorum faciens.* (Hebr. I. 3). La sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado, dice el apóstol S. Juan: *Sanguis Jesu Christi emundat nos ab omni peccato.* (I. 1. 7). Aproximémonos, dice S. Pablo á los Hebreos, aproximémonos á Jesucristo con un corazón sincero y una fe perfecta, el corazón purificado de las manchas de la mala conciencia, con una aspersión interior, y el cuerpo lavado en agua pura. (A. 22). Esta aspersión, esta agua para es la confesión....

Se dice en el Apocalipsis, que el Señor llevará á los elegidos á la fuente de las aguas de la vida: *Prodest eis ad vitæ fontes aquarum.* (VII. 17). Esta fuente de las aguas de la vida es la confesión.... Bienaventurados los que lavan sus vestidos en la sangre del Cordero, añade el Apocalipsis: *Beati qui lavant stolas suas in sanguine Agni.* (XXII. 14). Mas, en el baño sagrado de la Penitencia es en donde nos lavamos con la sangre del Cordero....

Según los intérpretes, la fuente del Bautismo se llama en las Sagradas Escrituras fuente sellada: *Fons signatus.* (Cant. IV. 22). Os lavais una vez en ella, y luego se cierra, se sella, y no hay medio de acudir allí de nuevo. Pero tenemos en la Iglesia otra fuente, de la que está escrito en el profeta Zacarías: En este día, en el día del Salvador, en el día en que la bondad aparecerá en el mundo, habrá una fuente abierta á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem para la purificación del pecador: *In die illa erit fons patens domus David, et habitantibus Jerusalem, in ablutionem peccatoris.* (XIII. 1).

Esta es la confesión. No es una fuente sellada que excluya para siempre á aquellos á quienes ya ha recibido una vez; es una fuente no solo pública, sino siempre abierta, y abierta para todos los que se presentan: los pecadores pueden llegarse á ella á todas horas, á cada instante; pueden los leprosos lavarse en sus aguas; es siempre muy saludable.

Había en Jerusalem una piscina al rededor de la cual se agrupaban innumerables enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de la agua. Porque un ángel del Señor bajaba á un tiempo dado á la piscina, y enturbia la agua, y el primero que podía bajar á ella cuando estaba agitada, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviese. (Joann. V. 2-4). Esta piscina es la confesión, con la notable diferencia de que la piscina de Jerusalem no curaba más que una vez al año, á un sólo enfermo, y el

11. La confesión
purifica.

(3) Remissionem iniquitatum, pietas tua; apertisti omnem portam eleccionis; nulli estis om-ni-um reus tuorum; et ceteri ab his indignationibus tuis. LXXXIV. 2-4.

(4) Soluit confesio, justificat confesio, veniens donat. Nullo tunc gravio est culpa, qui per confessionem non habuit veniam. LXX. I. c. XII.

cuerpo únicamente; mientras que la piscina de la confesion cura siempre, y cura á todos los enfermos, y todas las llagas del alma, que son infinitamente más terribles y más peligrosas que las del cuerpo.

Id, dijo Jesucristo á los diez leprosos; presentaos á los sacerdotes; y mientras iban, quedaron purificados y sanos: *Ite, ostendite vos sacerdotibus; et dum irent, mundati sunt.* (Luc. XVII. 14). Tales son los efectos de la confesion.

Se lee en el Apocalipsis: Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero: *Beati qui lavant stolas suas in sanguine Agni.* (XVII. 14). Si os gusta la hermosura, dice S. Bernardo, amad la confesion: la gracia y la hermosura están reunidas en ella. En donde se halla la confesion, allí está la hermosura, allí está el adorno: *Ami confessionem si affectas decorem; confessioni jungitur decor, jungitur pulchritudo; confessionem et decorem induisti: ubi confessio, ibi pulchritudo, ibi decor.* (Epist. CXIII. ad virg. Sophiam).

Lavando el alma, purificándola de todas las manchas del pecado, y llenándola de gracia, la confesion le presta la misma hermosura de Jesucristo....

El pecado mortal da muerte al alma; la confesion lo perdona, lo borra, y devuelve la vida al alma. De suerte que, quien se confiesa, puede aplicarse aquel pasaje del Apocalipsis: Tu habías muerto, he resucitado, y tengo en mi poder las llaves del infierno y de la muerte: *Eti mortuus, et ecce sum vivens, et habeo claves mortis et inferni.* (I. 18).

Lázaro, sal fuera, dijo Jesucristo; y de repente el muerto se levantó. (Joann. XI. 43-44). Con la absolucion, el sacerdote repite el mismo milagro.

El que se confiesa, tiene en sus manos las llaves del infierno, y lo cierra....

La confesion apaga las llamas del infierno, dice Tertuliano: *Genitum enim cronologus extinguunt.* (Lib. de Penit., c. IX). Destruye el pecado, que es el único que ha hecho el infierno y precipita allí á los hombres.... La confesion nos libra de la pena eterna que nuestra prevaricacion habia merecido. El que no se confiesa, baja al infierno; pero el que se confiesa, sale de él para no volver más si persevera en el camino del bien.

La confesion es el compendio de todos los castigos, dice S. Ambrosio: *Confessio peccatorum compendium est.* (Lib. II. de Abel, c. IX).

¿Preguntáis cuál es el poder de la confesion? Sus efectos están á vuestra vista. Dando al hombre la consoladora certidumbre de que se le devuelve la amistad de Dios, calma súbitamente su alma

12. La confesion da hermosura.

13. La confesion es una virtud nobilísima.

14. La confesion cierra el infierno.

15. La confesion da la paz.

agitada por los remordimientos; y la vida, que parecia no ser más que un largo suplicio, se cambia en dulce y tranquila, y la muerte pierde su aspecto terrorífico. ¡Oh! ¡qué dulce es poder confiar á un amigo fiel, incorruptible, afectuoso, los penosos secretos de la conciencia, nuestras dudas, nuestras perpeticiones, nuestros temores, nuestros pesares, y todas aquellas penas del corazon que el mundo no sabria comprender ni aliviar! ¡Vergüenza para los católicos que abandonan la confesion! Abandonan la paz y la dicha. (Catech. de Perse, art. Confess.).

La paz verdadera está en la reconciliacion con Dios; la confesion procura esta inestimable felicidad....

La paz de la conciencia, los consuelos interiores y celestiales que se experimentan á consecuencia de una buena confesion, prueban que ésta es de institucion divina; animan para la practica de la virtud....

La confesion es la llave del paraíso.... Cuando Jesucristo decía á S. Pedro: Yo te daré las llaves del reino de los cielos; hablaba también de la confesion.... La confesion conduce á la puerta del cielo, la abre y hace entrar en él al pecador.

La confesion pone al hombre en la feliz necesidad de velar por sus costumbres; y esta vigilancia previene el mal. En efecto: desde el momento en que nos proponemos el ir á confesar, ya velamos sobre nuestra conducta, nos corregimos.... Cuando nos hemos confesado, perseveramos, á lo ménos durante algun tiempo, en el camino del bien. Si nos confesásemos bastante á menudo, nunca ó casi nunca caeríamos en faltas graves; ó si nos sucediese tal desgracia, muy pronto volveríamos á levantarnos....

En fin, la confesion procura los mayores y los más preciosos bienes. La confesion calma la ira de Dios; nos da la gracia santificante; es el remedio de todas las tentaciones y de todos los pecados....

La confesion da la luz, el fervor, la fuerza, la vida y la alegría....

La confesion, dice S. Bernardo, lava y purifica, hace nacer las buenas obras, adorna el alma, la santifica más y más, es la vida del pecador y la gloria del justo. (Epist.).

La penitencia, dice Tertuliano, nace de la confesion, y con la penitencia, Dios queda desarmado. La confesion es la disciplina que humilla y derriba al hombre orgulloso; entonces la misericordia ocupa el puesto de la maldicion. (De Penit., c. IX).

Todas las faltas quedan lavadas por la confesion, dice S. Bernardo; se purifica la conciencia, desaparece la tristeza, es ahuyentado el pecado, vuelve la tranquilidad, renace la esperanza, y se regocija el espíritu: *Omnia in confessione laetantur; conscientia mundatur, amaritudo tollitur, peccatum fugatur, tranquillitas redditur, spes revescit, animus hilarescit.* (Medit., c. XXXVII).

16. La confesion abre el cielo.

17. La confesion nos procura la gloria.

18. La confesion nos procura la vida eterna.

El primero de los desórdenes que produce el pecado, y el origen de todos los demás, es que separa al hombre de su Criador, y rompe la feliz unión que debiera existir entre ellos. Vuestros pecados, dice Dios por boca de Isaías, vuestros pecados son los que han puesto la división entre vosotros y yo. De ahí nace una segunda desgracia, y es que el alma, separada de Dios, pronto pierde sus fuerzas; se hallaba abatida por una languidez mortal. Pero el pecado no es tan sólo una enfermedad, es la profanación del alma. La unión del alma con Dios la santificaba por una especie de consagración; rompiendo esta unión, el pecado la profana y la mancha. Es una lepra espiritual que no sólo destruye las fuerzas del hombre, sino que le pone en la categoría de las cosas inmundas. Así pues la confesión repara estos tres grandes males, fruto del pecado; nos reconcilia con Dios y nos une á él; nos cura, nos santifica y nos consagra.... Con una buena confesión quedan rotas las cadenas del pecado, ahuyentado el demonio y cerrado el infierno; el cielo se abre, el nombre del penitente queda inscrito de nuevo con letras de oro en el libro de vida, y se le devuelve su vestido de inocencia; la augusta Trinidad le mira con complacencia, y los ángeles se estremecen de alegría. Y ved ahí que el alma se halla bella, pura y adornada como en el día de su bautismo; tiene derecho á esperar todo. Con sus ojos humedecidos de lágrimas, el penitente ve á algunos pasos el banquete eucarístico, y más lejos el festín eterno de las bodas del Cordero, al que está llamado y en el que tiene derecho de sentarse....

La confesión debe ser humilde.

En efecto. ¿Que es la confesión? No es ni un relato, ni una historia indiferente; es una declaración de nuestra culpabilidad. Y ¿de qué somos culpables? De todo lo que puede dar mayor confusión.... El penitente debe ser humilde en su exterior; debe presentarse al tribunal de un modo decente y modesto, de rodillas y en la postura de un criminal y un suplicante.... debe ser humilde en el modo de declarar sus pecados, no achacándolos á otros, sino atribuyéndolos únicamente á su malicia, y aniquilándose ante Dios en el conocimiento de su miseria y de la necesidad que tiene de la infinita misericordia....

Viendo la enormidad, el número de sus pecados, su ingratitud hacia Dios, etc., el penitente debe ser humilde, no sólo en su exterior actitud, sino sobre todo interiormente.

El Publicano y la Magdalena nos han dado un hermoso ejemplo de confesión humilde; por esto uno y otra obtuvieron al momento el perdón de sus pecados....

Ved á David: confiesa su falta, pide perdón; prosternado hasta tierra, reconoce y llora su desgracia; ayuna, ora, y con una profunda humildad transmite á todas las generaciones la manifestación de sus errores.

Confesiones que
deben tener la
característica de
humildad.

San Pablo confiesa humildemente al universo sus iniquidades.... Con una humildad profunda, S. Agustín en su admirable libro de las Confesiones declara sus pecados en presencia del cielo y de la tierra.

La confesión humilde excluye toda excusa y pretexto.... Si os excusáis, dice S. Agustín, Dios os acusa; y si os acusáis, Dios os excusa: Si te excusas, Deus te accusat; et si te accusas, Deus te excusat. (Confess.).

La segunda cualidad de la confesión es la sinceridad. Es preciso confesar la falta tal como es, sin aminorarla, disminuirla ni disimular nada.... Pater, peccavi: Padre mío, he pecado, dice el pródigo. Hé aquí, dice S. Ambrosio, la verdadera confesión hecha á Dios, autor de la naturaleza, modelo de misericordia, y juez de la falta. Dios todo lo conoce, y sin embargo espera y exige la declaración sincera de vuestra falta. Cualquiera que manifieste los pecados bajo cuyo peso anda agobiado, se descarga de ellos, y previene toda acusación extraña, por más justa que sea, puesto que se anticipa á cualquier acusador. En vano os propondrías engañar á Aquel que todo lo ve; sin peligro podéis declarar lo que ya sabéis que conoce perfectamente. (De Penit.).

Para obrar el milagro de la resurrección de Lázaro, Jesucristo dijo: Lázaro, sal fuera; Lazare, veni foras. En tanto que el pecador oculta sus faltas, dice S. Gregorio, no sale de la tumba; pero dándolos á conocer, resucita á la vida. ¿Por qué habeis de ocultar vuestros pecados? Arrojad este veneno que os roe, esa vilora que os devora; denunciad á esta iniquidad que os mata; y entonces el confesor os librará y os devolverá la libertad. (Lib. VII. Moral.). Aquel que ha sido mordido secretamente por la serpiente, dice S. Jerónimo, y se halla infectado con su ponzoña, debe manifestar su herida; de lo contrario está perdido. Para curarse, el enfermo debe declarar al médico su enfermedad. Nada paraliza tanto los esfuerzos de Satanás como el divulgar sus maquinaciones infernales; y nada le alegra tanto como el que se ocultan y se disfracen. (In Ecl., c. N.).

Es tan asqueroso el demonio y tan horrible, que no quiere más que tinieblas; la claridad del día le hace huir; y lo mismo sucede con el pecado, hijo del demonio y tan feo como él. Trata de ocultarse, y desde el momento que le descubren desaparece....

El que oculta sus pecados, dicen los Proverbios, no podrá ser dirigido; pero el que los confesase y se arrepiniere de ellos, obtendrá misericordia. (XXVIII. 13).

Las heridas cerradas, dice S. Gregorio, son más crueles y más dolorosas que las que dejan escapar el pus por alguna abertura. (Lib. VII. Moral.).

Divulgaré mi iniquidad, dice el Salmista: Iniquitatem meam annuntiabo. (XXXVII. 19). Señor, os he dado á conocer mi pecado: Delictum meum cognitum tibi feci. (Psal. XXXI. 5).

La confesión
debe ser sin-
cera.

Explicando estas palabras del Profeta, S. Agustín dice: No he ocultado mi pecado, sino que lo he descubierto, para que lo hagáis desaparecer; no lo he ocultado, para que vos mismo lo ocultéis: porque, cuando el hombre lo descubre, Dios lo cubre; cuando lo oculta, Dios lo manifiesta; cuando lo confiesa, Dios lo olvida: *Nam, quando homo detegit, Deus tegit; cum homo celat, Deus nudat; cum homo agnoscit, Deus ignoscit.* (Serm. XXXVI.).

El que oculta su pecado, dice Orígenes, lo conserva, y su pecado le atormenta y le ahoga; pero el que lo acusa, lo expone, y consigue su curación. (*Homil. II, in psal. XXXVII.*)

Dios espera que confeséis sinceramente vuestras faltas, dice S. Ambrosio, no para castigaros, sino para perdonaros; no quiere que el demonio os insulte y os eche en cara el haber ocultado vuestros pecados. Adelantais á este acusador, pues acusándoos vosotros mismos, no se atreverá á presentarse.

Si confesáis vuestros pecados con sinceridad, aunque hubieseis muerto, recibiréis la vida. Acusarse es quitar al demonio todo medio de acusación; es romper los dientes á este león furioso que siempre está pronto á arrojarse sobre su presa. (*Lib. II. de Penit., c. VIII.*)

Por más pecador que sea el que se acusa, añade S. Ambrosio, empieza á ser justo, puesto que el mismo se declara culpable. El pecado oculto se convierte en una llama que devora; el pecado que confesamos, es un fuego que se apaga: *Pecatorum morbus dum tegitur, inardescit; si confessionibus proditur, exorat.* (In psal. XXXVII).

El que confiesa sinceramente sus pecados, dicen los Proverbios, y evade de no volver á caer en ellos, obtendrá misericordia: *Qui confessus fuerit, et reliquerit ea (peccata), misericordiam consequetur.* (XXVIII. 13.)

La confesión sincera hace el oficio de Dios, dice Tertuliano: arrepintiéndose de su pecado y confesándolo, el pecador se juzga á sí mismo y se castiga; y condenándose y castigándose, previene la cólera de Dios, y no le deja nada que castigar (1).

Añádase que la confesión sincera es la retractación del pecado, y por consiguiente la mejor disposición para obtener el perdón. El pecador, haciendo la declaración sincera de su pecado, lo revoca, lo condona, lo destruye y llega á abolirlo en todo lo que de él depende, porque se arrepiente, lo rechaza y lo detesta. Por esta razón merece que Dios se lo perdone y lo borre con su gracia. Si lo oculta y lo disfraza, sucede todo lo contrario....

Humilde y sincera, la confesión borra el pecado y restablece la virtud; mientras que el disimulo deja vivir el pecado y destruye toda virtud.

(1) Confessio vero Dei iungitur; facit enim ut peccatum nudo ipso peccatore constituto, solvetur et aboletur; atque saltem dominus et castigans, tamen Dei preceps, nihilque illi castigandum, aut persequendum reliquit. De Penit.

La confesión de un hombre que se arrepiente, es muy poderosa cerca de la misericordia de Dios, dice S. Agustín: por ella el pecador se hace propicio á Dios; si negase su pecado, no por eso impediría que Dios lo conociese (1).

La confesión sincera tiene lugar, dice el mismo Padre, cuando la boca expresa los sentimientos del corazón: *Vera confessio est, cum idem est sonus oris et cordis.* (Sentent. CXXII).

En tanto que ocultamos nuestras faltas, somos esclavos de Satanás....

La confesión sincera del pecado hace experimentar una ligera amargura; pero más vale sufrirla que conservar un tormento eterno en el fondo del corazón.

La confesión sincera ahuyenta al demonio, dice Hugo de San Victor: *Demonis expulsio est peccati confessio.* (Lib. de Anim.).

Si ocultamos nuestros pecados, dice S. Bonifacio Obispo de Maguncia, Dios los manifestará públicamente á pesar nuestro. Más vale confesarlos á un hombre que está obligado á guardar el secreto, que exponernos á quedar cubiertos de confusión ante todos los habitantes del cielo, de la tierra y del infierno.

La confesión debe ser prudente, sea en la elección de las expresiones que se emplean, sea con relación al honor del prójimo: es preciso no acusarse más que de las faltas propias y declararlas de modo que no se den á conocer los cómplices. No sólo es una imprudencia, sino un pecado contra la caridad y una maledicencia, manifestar sin necesidad los pecados de los otros....

Tratando de la integridad de la confesión y de su necesidad, el Santo Concilio de Trento se expresa del modo siguiente: Si alguno dice que en el sacramento de la Penitencia no es necesario para la remisión de los pecados, y necesario por derecho divino, confesar todos y cada uno de los pecados mortales de que nos acordemos después de un maduro exámen, y hasta de los pecados ocultos, así como de las circunstancias que cambian la especie del pecado, anatematizado sea. (*Sess. XIV. de Penit., can. VII.*) Esto es de fe. Ocultar un pecado mortal en la confesión, es cometer un horrible sacrilegio, es cambiar en veneno un remedio.

Aunque los pecados veniales no sean materia necesaria para la acusación, son sin embargo materias suficientes para la absolución; es útil y más seguro declararlos, ya porque podemos así obtener más fácilmente su perdón, ya porque pudiéramos exponernos á tomar por venial lo que es mortal....

La confesión frecuente preserva admirablemente del pecado. Como jamás nos hallamos libres de las heridas del pecado, dice S. Agus-

2. La confesión debe ser prudente.

4. La confesión debe ser estricta.

De la confesión frecuente.

(1) Apud misericordiam Dei plurimum valet confessio penitens, quae facit peccatore occultando propitium, ipsam negando non facit asecum. Sentent. CXXII.

tin, no debemos descuidar el remedio de la confesion frecuente: *Ut nobis peccatorum vulnera nunquam desse possunt, sic et confessionis medicamenta desse non debent.* (In psal. LXVI).

Id. dijo el profeta Eliseo, á Naaman, que era leproso y se habia presentado al Profeta para obtener su curacion; id. lavaos siete veces en el Jordan, y vuestra carne quedará curada y purificada. Naaman se alejó irritado, cuando sus criados se le acercaron y le dijeron: Señor, aun cuando el Profeta os hubiese mandado alguna cosa difícil, debierais hacerlo; así pues con muchísima más razon debéis obedecerle, ya que solo os dice que os laveis para quedar purificado. Naaman bajo entónces, se lavó siete veces en el Jordan, y quedó perfectamente curado. (IV. Reg. v. 10-14.) Si nos confesásemos de tiempo en tiempo y con buenas disposiciones, obtendríamos para nuestra alma lo que Naaman obtuvo para su cuerpo. Si Naaman no se hubiese lavado siete veces, no habria desaparecido su lepra; el que solo se confiesa raras veces, se expone á no conseguir su curacion. La confesion frecuente es efectivamente el manantial de una ininidad de favores celestiales....

¡Porqué, dice Tertuliano, no empleáis á menudo el remedio de la confesion, puesto que es seguro y estais tantas veces enfermos! (Hus de la confesion, establecida por Jesucristo para curaros! (De Punit.).

Ve muchas veces á confesar, dice S. Luis rey de Francia á su hijo Felipe; escoge un confesor sabio y prudente que pueda enseñarte con seguridad lo que debes hacer ó evitar, y tenga energia para reprenderle y manifestarte tus defectos. (In epa cita).

Acercándose Pedro á Jesucristo, le preguntó: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y se lo perdonaré? ¿Llegará á siete? Jesús le respondió: No te digo á siete, sino á setenta veces siete. (Math. XVIII. 21-22). Si vuestro hermano peca contra vosotros siete veces al día, dice en otra parte Jesucristo, y siete veces al día se vuelve hacia vosotros, diciéndoos: Me arrepiento; perdonadme. (Luc. XVII 4). Esta multitud de perdones indica la ininidad de la misericordia de Dios, pero prueba tambien la necesidad que tenemos de recurrir muchas veces á la confesion; prueba que Jesucristo quiere que nos confesemos á menudo....

La experiencia nos enseña las ventajas de la confesion frecuente, y las desgracias que se atraen los que se apartan por demasiado tiempo del santo tribunal....

Del examen de
conciencia.

El remedio del pecado, dice S. Cesario de Arles, es aplicarse á conocerlo, á fin de destruirlo con una acusacion exacta: si examinamos atentamente nuestro pecado y estudiamos la mordedura de la serpiente, curaremos esta mordedura terrible y venenosa. (Homil. V).

Escuchad tambien á Séneca, que dice: Condenaos tanto cuanto podais; escudriñad vuestra conciencia; llenad primero las funciones de acusador, y luego las de juez: *Quantum potes, teipsum argue, in-*

quire in te; accusatoris primum partibus fungere, deinde judicis. (Epist. XXVIII).

Con el examen de nuestros pecados, dice S. Agustin, empezamos á ver la mala vida que hemos llevado, las malas costumbres que hemos contraído; nos disgustamos entónces de nosotros mismos, y tomamos la resolucion de cambiar de vida. (Confess.).

1.º El examen de conciencia que precede á la confesion, debe ser exacto. Pensamientos, palabras, miradas, acciones, omisiones, mandamientos de Dios y de la Iglesia, deberes del estado, nada debe omitirse....

2.º Este examen debe ser imparcial....

3.º Es preciso hacerlo como Dios lo hará en la hora de nuestro juicio....

Debemos 4.º prepararnos con la oracion...; 2.º hacerlo con fe...; 3.º con recogimiento...; 4.º con arrepentimiento de haber ofendido á Dios....

Cómo hemos
de prepararnos
para este exa-
men.

Los que tienen la desgracia de alejarse de la confesion, pretenden hallar razones que justifiquen su conducta, ó á la menos la excusen; pero están muy mal fundadas. Hé aquí, en efecto, todo lo que suelen decir:

1.º No creo en la confesion.—Si hablais así por ignorancia, debe tenerse lástima de vosotros y conviene instruiros; entónces creéis.... Si hablais así por impiedad, vuestro lenguaje prueba que Dios os ha abandonado y maldecido, y que sois soberanamente desgraciados y despreciables....

2.º La confesion es una incencion de los hombres.—Ya hemos hecho justicia contestando á este aserto y probando la divinidad de la confesion....

3.º Los sacerdotes son hombres como los demás.—Un rey, un ministro, un juez son tambien hombres como los demás. Pero, cuando mandan ó deciden alguna cosa, se miran sus decisiones ó sus órdenes de la misma manera que se mirarian las decisiones ó las órdenes de hombres que no estuviesen revestidos de ningún carácter ni de ninguna autoridad? No es á todos los hombres, sino á sus discípulos legítimos, á quienes Jesucristo dijo: Lo que atais en la tierra, será atado en los cielos; lo que desatais en la tierra, será desatado en los cielos. Este poder hace que en materia de administracion de Sacramentos, los Sacerdotes no sean hombres como los demás felices....

4.º Solo Dios puede perdonar los pecados.—Esto es verdad; pero es una prueba de que los Sacerdotes que los perdonan, tienen todos los poderes de Dios, de que lo representan y absuelven en su nombre....

5.º Yo me confieso á Dios.—Es una cosa muy buena, pero no basta. Dios quiere que os confeséis á un Sacerdote, y sin esto no hay perdón.

6.^o *Es demasiado penoso confesarse.*—Ya hemos destruido esta objecion, demostrando que la confesion es fácil, y manifestando sus ventajas.

7.^o *Sólo los ignorantes se confiesan.*—Decid más bien que sólo dejan de confesarse los que ignoran sus más importantes deberes, o los tiempos. Y por cierto la ignorancia y la impiedad no son argumentos muy sólidos. Los Padres santos se confesaban, y estos hombres bien sabian alguna cosa. Los Papas, los Obispos, los teólogos tambien han sabido y saben algo, etc.; y sin embargo, estos hombres, lumbreras de la Iglesia, se confesaban y se confiesan todavía....

8.^o *¿Qué dirá mi confesor, qué pensará de mí vida sembrada de debilidades y erróneos?*—Vuestro confesor quedará edificado de vuestra humildad y sinceridad.... *¿Qué dirá de mis caídas?* Dirá que es natural y frecuente el caer... que todos estamos inclinados al mal, rodeados de enemigos, etc. Dirá y pensará que si Dios no os hubiese socorrido, habríais ido mucho más lejos por el camino del mal; y que, sin su gracia, no os veria hacer á sus pies la confesion de vuestros pecados, y dejar vuestra pesada carga. Reudencirá á Dios, y os animará á echarlos en brazos de su misericordia. El confesor tambien es un pobre pecador que tendrá lástima de vosotros. *¿Qué dirá vuestro confesor?* Quedará convencido de que sois una alma fuerte que desprecia los respetos humanos, y que vuestro valor, cuando tratáis de levantaros, es mucho mayor que vuestra pasada debilidad, cuando ibais de caída en caída.

9.^o *No me atrevo á confesarme; tengo vergüenza.*—Cae es en efecto vergonzoso; ocultar el pecado, guardarlo en el corazon, lo es mucho más; pero levantarse con la confesion y el arrepentimiento, es un acto honroso ante Dios y los hombres.... David, S. Pablo, la Magdalena, S. Agustín, etc., ¿se han deshonrado acaso haciendo una confesion pública? Y la vuestra se hace en el más profundo secreto....

10.^o *Pero ¿y si mi confesor violaba el secreto de la confesion?*—La ley del secreto de la confesion es tan estricta, tiene tanta extension que un confesor puede decir con S. Agustín: *Quia per confessionem seipsum reus quam quis nascitur. Lo que sé por la confesion, me es ménos conocido que lo que me es enteramente desconocido.* (Manual).

San Juan Climaco observa que Dios vela muy especialmente por su Iglesia en lo relativo á este particular. Jamás se ha oído, dice, que los pecados declarados en el tribunal de la Penitencia, hayan sido divulgados. Dios la permite así, á fin de que los pecadores no se aparten de la confesion, y no se vean privados de la única esperanza de salvacion que les queda. En efecto: si el secreto del tribunal de la Penitencia no hubiese sido inviolable ó inviolado, la práctica de la confesion no subsistiría ya. (Vit. Patr.)

El secreto de la confesion es de derecho natural. Se han visto sacerdotes que apostataban, que perdían el juicio, etc.; pero jamás

estos mismos ministros, indignos ó desgraciados, han violado el secreto de la confesion.

11.^o *Pero yo vuelvo á caer siempre.*—La confesion no nos hace enteramente impecables. Por lo demás, si no os confesaseis, seriais victimas de más frecuentes y terribles caídas.... Confesaos, y confesaos más á menudo; vuestra negligencia sobre el particular es la principal causa de vuestras recaídas....

12.^o *Los que se confiesan, no valen más que los otros; no tienen las costumbres más puras; su carácter y su lenguaje son tan poco dignos de estimacion, como el carácter y el lenguaje de los que no se confiesan.*—Esto es falso. Todos los que caen en desórdenes, empiezan por abandonar la confesion, y vuelven á acudir á ella cuando quieren cambiar de vida. El motivo que ha obligado más de una vez á los protestantes á desear que volviera á establecerse la confesion entre ellos, es el espantoso desarreglo de costumbres que ha venido en pos de la abolicion de esta santa práctica. Varios de sus más célebres escritores han convenido en lo mismo, y han declarado que su reforma tendria que reformarse....

Cuando un jóven ó una jóven se apartan de la confesion, ¿qué les da de ser de ellos?....

Sin embargo, es muy verdad que algunas veces tal ó cual persona que se confiesa no vale más que otra que no se confiesa; pero no han de tomarse los abusos de la confesion por la confesion misma. No achaqueis á la confesion el defecto que sólo debe recaer sobre el penitente que abusa de esta gracia preciosa.

¿Qué nos dice la experiencia? Que si hay padres virtuosos y edificantes, si hay hijos sumisos y respetuosos, etc., son del número de los que se confiesan, y de los que se confiesan á menudo....

Exigiendo que vuestras esposas, vuestros hijos y vuestros criados se confiesan, prestais, sin quererlo, homenaje á la confesion, y reconocéis que es buena. Y, si es buena y ventajosa para ellos, ¿por qué no lo ha de ser para vosotros? Vosotros tambien la hallasteis excelente en la época de vuestra primera comunión: ¿quién ha cambiado, quién se ha vuelto malo: ella, ó vosotros? ¡Ah! bien lo sabéis: la confesion es tan perfecta hoy que la despreciáis, como lo era entonces; y si no la queréis, es porque os habeis vuelto malos y queréis seguir siendo malos.

Cuando, en la hora de la muerte, un pecador que ha despreciado la confesion durante la mayor parte de su vida, quiere confesarse, ¿no confiesa que se ha engañado, y que más vale confesarse que morir sin confesion?

13.^o *Me confesaria, y hasta me he confesado; pero mi confesor es demasiado severo: no me da la absolucion cuando deseo.*—(Queréis hacer una buena confesion? No queráis erigirnos en juez de vuestro padre espiritual. El remedio aplicado demasiado pronto á los que han caído, dijo la Corte de Roma á S. Cipriano que habia

consultado sobre casos de absolucion, no puede serles útil. Una compasion mal entendida emponzonaria la llaga que han recibido, y les seria muy funesta, privándoles de las ventajas que les ofrece una verdadera penitencia. ¿Cómo es posible que la gracia medicinal del perdón surti su efecto, si el que ha de dispensarla se presta á aumentar el peligro, abreviando el tiempo de las pruebas propias á apartarlo? Si se contenta con paliar el mal, en vez de aguardar el tiempo favorable para la aplicacion del remedio, y de emplear una prudente lentitud para cerrar con más seguridad la llaga, esto se llama, hablando con propiedad, *matar al enfermo, y no curarle*. Tanto mejor si los penitentes llaman á la puerta de la Iglesia; pero no deben emplear la violencia para hacérsela abrir. Que aboguen por su causa las lágrimas y los suspiros que vienen del fondo de su corazón, y que expresen el dolor y la confusion que experimentan por su pecado. Debemos considerar la misericordia de Dios, pero tambien hemos de acordarnos de su justicia. Si hay un paraíso, tambien hay un infierno. (*Hist. Eccles.*). El mismo S. Cipriano levanta su voz contra los que piden una reconciliacion demasiado precipitada. (*Epist. ad Martyr.*)

Es preciso abrir la llaga, cortar y tajar, sin consideracion á los gritos del enfermo. Más tarde se le oirá dar gracias al que en un principio le habia tratado con crueldad aparente. Una absolucion dada con ligereza es peligrosa para el que la da, inútil y muchas veces danosa para el que la recibe. *Mi confesor es demasiado severo.* ¡Ah! decid más bien que es el demonio, que son vuestras pasiones, vuestras costumbres las que son demasiado severas; sólo ellas tienen la culpa de que se os rehusa la absolucion.... *Mi confesor es demasiado severo;* pero el mal es profundo, inveterado, y no podrias sanar con un medicamento demasiado flojo. *Mi confesor es demasiado severo;* pero, ¿teneis las disposiciones que se requieren para ser absuelto inmediatamente? ¿Teneis realmente contricion y buen propósito? ¿Hay en vosotros cambio de vida? ¿Habeis hecho á lo ménos generosos esfuerzos para tener mejor conducta? Sed humildes, obedientes, y ya no hallaréis á vuestro confesor demasiado severo....

Cuáles son aquellos á quienes debe rehusarse la absolucion.

Los confesores están obligados á rehusar, ó más bien á diferir la absolucion: 1.º á los que ignoran los principales misterios de la Fe, ó los mandamientos de Dios ó de la Iglesia; 2.º á los padres y madres, amos y amas que no instruyen ó no hacen instruir á sus hijos y criados en los principios de la fe y en las cosas necesarias para la salvacion, ó que no vigilan su conducta; 3.º á los que ejercen profesiones malas por naturaleza y que no pueden ejercerse sin pecar, como las de mágico, cómico, ó de escritor impio ó inmoral; 4.º á los que guardan rencores, que se niegan á perdonar ó á reconciliarse; 5.º á los que han causado algun perjuicio al prójimo, ya en sus bienes, ya en su honra, y no quieren

repararlo segun sus posibilidades, ni prometer hacerlo cuando puedan. 6.º Los pecadores públicos no pueden ser admitidos á los Sacramentos hasta que hayan reparado el escándalo que dieron, con una satisfaccion conveniente; y no basta una promesa, es menester una verdadera reparacion. 7.º Debe rehusarse la absolucion á los que viven expuestos voluntariamente al pecado mortal, si no se alejan de la ocasion; debe tambien rehusarse á las personas que no quieren dejar de ser una ocasion próxima de pecado; 8.º á los que tienen el hábito de pecar mortalmente, si no hacen sinceros esfuerzos para desprendirse del vicio.

Las principales causas de la repugnancia que se experimenta hacia la confesion, son:

- 1.º La ignorancia...; 2.º la pérdida de la fe...; 3.º las pasiones...;
- 4.º los malos hábitos y la voluntad de no renunciar á ellos.

Cuáles son las causas de la repugnancia que se experimenta hacia la confesion.

CONFIANZA EN DIOS.

Hayas de la
confianza en
Dios.

¿PREGUNTAS, dice S. Bernardo, de qué modo podeis conocer si Dios os ha perdonado? Lo sabreis recordando la curación del paralítico. El Señor le dijo: Levántate, toma tu camilla y anda: *Dixit ei Jesus: Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.* (Joann. V. 8). Dios os ha perdonado: 1.º si os levantais llenos del deseo de las cosas celestiales; 2.º si llevais vuestro lecho, esto es vuestro cuerpo, si le sustraéis al imperio de los sentidos y de las locuras de la tierra, de modo que vuestra alma no esté sujeta á sus concupiscencias, sino que ella, como es justo y necesario, le gobierne y le conduzca hasta donde no quisiera ir; 3.º en fin, si camináis olvidando lo que dejáis atrás, y avanzando hacia el cielo, que está delante de vosotros. Desde el momento en que tengais el deseo y buen propósito de adelantar, no dudeis de vuestra curación. Modifícale este deseo, ya os habréis levantado, ya vuestra carga será ligera, ya llevaréis vuestro lecho y andaréis desembarazados del peso del pecado. Sin embargo, no separéis el temor de la confianza, ni la confianza del temor. (*De quatuor orandi modis*).

No es culpable el que experimenta la tentación ó los ataques de la concupiscencia, sino aquel que á ellos consiente, dice S. Agustín: *Qui consentit, non qui sentit, inducitur in tentationem.* (Lib. V. cont. Julian).

Sentir no daña, dice S. Bernardo, pero si consentir; hay más, el cansancio que experimenta el que resiste á sus pasiones, se convierte en corona del vencedor: *Non nocet sensus ubi non est consensus; ita quod resistentem fatigat, vincentem coronat.* (Serm. in Cant.).

¿Cuándo podremos estar seguros de que Dios nos ha perdonado? pregunta S. Basilio. Cuando tengamos los sentimientos del que dijo: Aborreci la iniquidad y la detesté. (Psal. CXVIII. 463). *Quando certo persuasus esse aliquis poterit suam sibi peccata remississe? Nempe, si affectionem animi in se animadvertit similem illius qui dixit: Iniquitatem odio habui, et abominatus sum.* (In Disput. Reg. CCXCVI).

Noticia de con-
fianza en Dios.
que se ve en el
auxilio de
Dios.

Dios, dice S. Agustín, no manda lo imposible, sino que, al dar preceptos, advierte que se haga lo que se pueda y que se pida auxilio en lo que no pueda hacerse; entonces da la fuerza de obrar: *Deus impossibilia non jubet; sed jubendo movet, et facere quod possis et petere quod non possis, et adjuvat ut possis.* (Lib. de natura et gratia, c. XLIII).

El que manda un combate, ayuda también á combatir. Dios

no contempla la lucha que comprendéis como el pueblo contempla el combate del atleta; el atleta no recibe del pueblo más que gritos ó aplausos, pero no socorros; el pueblo lo prepara una corona, pero no le da la fuerza de conquistarla. Dios, al contrario, haya sus miradas sobre los combatientes que le invocan, y les ayuda á ganar la victoria. Prestad atención á la voz de un gran atleta, el Rey Profeta: Cuando yo decía: Mi pie va á resbalar; vuestra misericordia, Señor, acudía á sostenerme: *Si dicebam: Motus est pes meus; misericordia tua, Domine, adjucebat me.* (XCIII. 18). Escuchad á otro atleta incomparable, que se llama S. Pablo: Nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, mas no desesperamos ó sin recursos; somos perseguidos, mas no abandonados; ahogados, mas no enteramente perdidos (1).

Dios es fiel, y no permitirá que seais tentados sobre vuestras fuerzas; pero hará que la tentación os sea provechosa, para que podáis sosteneros (2).

Mi yugo es suave y mi carga es ligera, dice Jesucristo: *Jugum meum suave est, et onus meum leve.* (Math. XI. 30). Las mandamientos de Dios no son pesados, dice el apóstol S. Juan: *Mandata eius gratia non sunt.* (I. V. 3).

Todo lo puedo en Aquel que me conforta, dice S. Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philip. IV. 43). En mi primera defensa, escriba este gran Apóstol á su discípulo Timoteo, nadie me asistió antes todos me desampararon.... Pero el Señor me asistió y alentó (3). El mismo Dios dice: Yo no os dejaré, ni os abandonaré. De manera que nosotros podemos repetir con confianza: El Señor es mi ayuda; no temeré lo que los hombres puedan hacer contra mí (4).

Descargando todas vuestras inquietudes en el seno de Dios, dice el apóstol S. Pedro, porque el mismo cuidará de vosotros: *Omnen sollicitudinem vestram projicientes in eum; quoniam ipsi cura est de vobis.* (I. V. 7).

Tu has visto cuán grandes han sido las persecuciones que he sufrido que sufrir, dice S. Pablo á Timoteo; y como el Señor me ha librado de todas: *Quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus.* (II. Tim. III. 11).

El Señor se ha hecho el empare del pobre, dice el Salmista, socorriéndole oportunamente en la tribulación: cuénten pues en ti,

(1) In combatibus prelosum patitur, sed non angustatur; deprensus, sed non deprehensus; circumdatus non periturus, sed non circumvenitur; deprimatur, sed non perditur. II. Cor. I. V. 29.

(2) Vultus Domini semper non patitur esse lectum super in quem potest; sed facit etiam cum tribulatione inveniam ut possit sustinere. I. Cor. X. 13.

(3) Tu prima mea defensor, cum meo recti afflicti, sed omnino me dereliquisti. Denique subito mihi sollicitus, et confortasti me. II. IV. 16-17.

(4) Ipse enim dicit: Non te derelinam, neque derelinquem illa ut exaltetur gloriatus. Dominus mihi adjutor, non timbo quid faciat mihi homo. Psal. XLII. 5-6.

oh Dios mío, esperen en ti, Señor, los que conocen tu nombre, porque jamás has desamparado, Señor, a los que a ti recurren (1). Yo contemplaba siempre al Señor delante de mí como quien está a mi diestra para sostenerme (2). La misericordia servirá de muralla al que pone su confianza en el Señor: *Esperantem autem in Domino misericordia circumdabit.* (Psal. XXXI. 10). La salvación de los justos viene del Señor, y es él su protector en el tiempo de la tribulación; el Señor los ayudará y los librará; y los sacará de las manos de los pecadores; y salvarlos ha; porque pusieron su confianza en él. (XXXVI. 39-40). Me habéis librado, Señor, de todas las tribulaciones: *Ex omni tribulatione eripisti me.* (LIII. 9). Si me hallare, oh Señor, en medio de la tribulación, Vos me animaréis, porque extendisteis vuestra mano contra el furor de mis enemigos, y me salvó vuestra poderosa diestra. (CXXXVII. 8).

Abraham, no temas, dijo el Señor, yo soy tu protector, y tu galardón sobremanera grande: *Noli timere, Abraham, ego protector tuus sum, et merces tua magna nimis.* (Gen. XV. 1).

Poned constantemente vuestra confianza en Dios, dice S. Agustín, y confiadle todo lo que tenéis; porque él no dejará de levantarlos hacia sí, y no permitirá que os suceda más que lo que puedo seros útil, hasta sin que lo sepáis vosotros mismos (3). No trateis de pertenecer y de ser amos de vosotros mismos, dice el mismo Padre; tened ántes bien á mucha honra el ser criados de Dios clementísimo y omnipotente. Imitemos al servidor fiel que no ve ni oye más que las órdenes de su amo. Que nuestros ojos, nuestros oídos y nuestros corazones sólo á él le vean, sólo á él le oigan, y sólo á él sientan; estémonos sentados sobre la roca inmóvil de la confianza. (Lib. I. Soliloq.).

Yo, dice el profeta Miqueas, fijaré mis ojos en el Señor, pondré mi esperanza en Dios, Salvador mío, y mi Dios me atenderá (4).

Arrojad en el seno del Señor vuestras ansiedades; y él os sustentará: no dejará al justo en agitación perpetua. (Psal. 54. v. 43). Vuestra misericordia, Señor, me seguirá todos los días de mi vida. (Psal. XLII. 6). El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién he de temer yo? El Señor es el protector de mi vida: ¿quién me hará temblar? (5).

Si Dios está por nosotros, dice el gran Apóstol, ¿quién contra nosotros? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom. VIII. 34).

(1) El beatus est Dominus, et agnoscit pauperes, adiutor in necessitatibus, in tribulatione. Et respiciet in te qui noverunt nomen tuum, nuntiam non derelinquit, quiescent te, Dominus. I. 10-12.

(2) A dextris est mihi: ne commovear. XV. 8.

(3) Constantiter Deo eripit, quia te totum committis: ita enim ipse te ad se subducere non desinit, sed quia tibi eripere permittit, nisi quod tibi proci, etiam si nascas. Lib. I. Soliloq.

(4) Ad Dominum aspiciam, exportabo Deum salvatorem meum; audiet me Deus meus. VII. 2.

(5) Dominus illuminatio mea et salus mea: quoniam timor Domini protector vult me: et qui trepidabo? XXVI. 1-2.

Con el auxilio de Dios, todos los esfuerzos de nuestros enemigos se convierten para nosotros en bienes, en recompensas y en coronas....

O Dios protector nuestro, exclama el Real Profeta, echad una mirada y ved la faz de vuestro Cristo: *Protector noster, aspice, Deus, et respice in faciem Christi tui.* (LXXXIII. 10).

Hijos míos, dice S. Juan, estas cosas os escribo, á fin de que no pequeis. Pero aun cuando alguno por desgracia pecare, no desespera, pues tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, Justo y Santo; y él mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo: *Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum: et ipse est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi.* (I. II. 1. et 2).

Jesucristo es nuestro abogado, nuestro patrono, nuestro mediador, nuestro intercesor y nuestra víctima; él mismo se presenta para ser nuestra concion; ofrece á su Padre sus llagas, sus méritos, su pasión, su sangre y su muerte. Por esto, hasta despues de su resurrección, ha conservado sus llagas, y las ha llevado al cielo para presentarlas constantemente á su Padre, y para alcanzarnos con ellas el perdón, la gracia y la gloria....

¿Quién es el que vendrá á juzgaros, dice S. Agustín, sino el que se ha dejado juzgar y condenar por vosotros? En cierto modo ha querido sufrir la sentencia que os esperaba; se ha dejado condenar para absolveros. (In Soliloq.).

Oid á S. Crisóstomo: Si sois impio, dice, pensad en el publicano; si sois impuro, pensad en la mujer adúltera; si sois homicida, pensad en el buen ladrón; si sois criminal, pensad en el blasfemo, considerad á Pablo, que de gran perseguidor se convierte en el más grande predicador del Evangelio. Pero me direis: ¿puedo yo obtener perdón? soy blasfemo, impio, libertino. So ven todos estos crímenes en grandes pecadores que os han precedido. Elegid el puesto que os plazca, y reingrais en él. ¿Queréis ejemplos del Nuevo Testamento? ¿Los queréis del Antiguo? En el Antiguo, mirad á David, etc.; en el Nuevo, mirad á Pablo, etc. Y despues de todo, ¿qué es el pecado y todos los pecados del mundo al lado de la misericordia de Dios? Una telaraña que no puede resistir el soplo del viento: *Quid est peccatum ad Dei misericordiam? Tela aranea, quae vento fronte nequam comparat.* (Homil. II. in Psal. L.).

Si Saulo es un santo tan grande, ¿por qué he yo de desesperar? dice S. Anselmo: *Si Saulus sanctus est, ego quare despero?* (Lib. de Similit.).

El Pontífice que tenemos, dice S. Pablo á los Hebreos, no es tal que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo voluntariamente experimentado todas las tentaciones y debilidades,

2.º Miqueas da confianza á los verdaderos y misericordiosos de Israel.

á excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros en el ser de hombre. Lleguemos pues confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos á tiempo oportuno. (IV 15-16.). Jesucristo puede salvar perpétuamente á los que se acercan á Dios por mediación suya; como que está siempre vivo para interceder por nosotros: *Salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum; semper vivens ad interpellandum pro nobis.* (Hebr. VII. 25.) No entró Jesús en el Santuario hecho de mano de hombres (cual era el de la ley antigua), que era figura del verdadero, sino que entró en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros en el acatamiento de Dios. (Hebr. IX. 24.). Teniendo la firme esperanza de entrar en el *Sancta Sanctorum* ó Santuario del cielo por la sangre de Cristo..... mantengamos inconcusa la esperanza que hemos confesado: *habentes fiduciam in introitu Sanctorum in sanguine Christi, etc.* (Hebr. X. 19).

La confianza en Dios es firme, fundada en obras buenas.

Además de la bondad y de los socorros de Dios, y de la protección y de los méritos de Jesucristo, que nos dan la esperanza de obtener el perdón de nuestros pecados y nuestra salvación, tenemos todavía para más seguridad la palabra de Dios, la gracia, los Sacramentos, la Santísima Virgen, los Santos, la oración, etc.....

Sentid bien del Señor, dice la Sapientia, y buscadle con sencillez de corazón, porque los que no le tienen le encuentran, y se manifiesta á aquellos que tienen confianza en él. (Cap. I. v. 4-29).

Excedencia de la confianza en Dios: misericordia que produce.

Cerca de vos, Señor, sólo la confianza obtiene misericordia, dice S. Bernardo; no derramais el aceite de la misericordia sino en el vaso de la confianza: *Sola spes apud te miserationis obtinet locum; nec oleum misericordia nisi in vase fiduciae, ponis.* (Serm. III. de Annunt.).

El que pone su confianza en mí, dice el Señor por medio de Isaías, heredará la tierra, y poseerá mi santo monte: *Qui fiduciam habet mei, hereditabit terram, et possidebit montem sanctum meum.* (LVII. 13).

Bienaventurado el hombre que confía en el Señor y cuya esperanza es el Señor, dice Jeremías: *Benedictus vir qui confidit in Domino, et erit Domini fides ejus.* (XVII. 7.). Será como el árbol trasplantado junto á las corrientes de las aguas que extiende lácia la humedad sus raíces; no temerá los ardores del estío; sus ramas estarán siempre verdes, ni le hará mella la sequía, y no dejará nunca de dar frutos. (Id. XVII. 8.). Dios, notadlo bien, dice que el que tiene confianza en él es bendecido; porque la confianza honra infinitamente á Dios. En efecto: el que confía en Dios y se arroja en su seno como un niño en el regazo de una buena y tierna madre, publica altamente que Dios es muy bueno, que obedió á su auxilio en sus necesidades, y que lo hallará fiel, no en-

gafiando jamás á los que le entregan su confianza. Abraham confió contra toda esperanza, y por esto Dios le dió con un milagro una posteridad numerosa, y le colmó de bendiciones, y sobre todas la incomparable é inefable bendición de hacer salir de su linaje á Jesucristo y á la Santísima Virgen.

El que no tiene confianza en Dios, es, por lo contrario, reo de una grave injusticia, porque niega su providencia, esto es, pretende que Dios no quiere, no puede, ó no sabe socorrer.

El hombre que pone toda su confianza en Dios, saca de esta misma confianza el auxilio y la gracia para sobreponerse á todas las dificultades y tentaciones.

El que confía en Dios, saca de él una virtud sólida y todos los bienes. Se parece al laurel. El rayo, dice Plinio, hiera á todo lo que encuentra en la tierra, menos al laurel: una gran calamidad puede derribar, romper, destruirlo todo, menos la firme confianza en Dios. La confianza en Dios es una virtud fuerte, siempre verde y lozana, siempre hermosa. Como el laurel, no se seca ni se consume por los vientos abrasadores, por las pruebas ni las tribulaciones. El laurel es el emblema de la victoria: la confianza en Dios es también un presagio cierto de victoria sobre todos los enemigos que el infierno, el mundo y la carne arman contra el hombre.

Nacemos, en verdad, hijos de ira; pero trasplantados en Jesucristo por la confianza en Dios y por el amor que nos tiene, nos convertimos en árboles cargados de fruto de bendición.

Daniel fué arrojado en la fosa de los leones: los leones le respetaron, y salió de allí sin haber recibido herida alguna. ¿De dónde provino este milagro? Provino de que Daniel tenía puesta su confianza en Dios: *Educatque est Daniel de lacu, et nulla laesio inventa est in eo, quia credidit Deo suo.* (Dan. VI. 23).

La casta Susana fué injustamente acusada de un crimen infame: la condenaron á muerte, y pronto fué conducida al lugar del suplicio. Pero, con los ojos preñados de lágrimas, ella miraba el cielo; porque su corazón estaba lleno de confianza en Dios: *Plenus suspirat ad caelum; erat enim cor ejus fiduciam habens in Domino.* (Dan. XIII. 35). ¿La abandonará Dios? No: Dios hizo un milagro en su favor; infundió su espíritu en el joven Daniel; los falsos testigos quedaron convencidos de impostura; la inocencia de Susana fué reconocida; su honor fué salvado, así como también su vida; y sus calumniadores quedaron deshonrados y fueron sentenciados á muerte. (Id. XIII.). La confianza de Susana fué la que obró todas estas maravillas.

Bienaventurados pues todos los que confían en Dios, dice el Rey Profeta: *Beati omnes qui confidunt in eo.* (II. 13).

Si ponemos constantemente nuestros intereses en manos de Dios, no habrá demonio ni enemigo que pueda derribarnos, dice S. Antonio. Muy bien conocía este gran Santo la fuerza de la con-

La confianza en Dios es la única invencible.

fianza en Dios, el que tenía que sostener tan frecuentes y tan crueles combates contra las legiones del inferno. (Vit. Patr.).

Con tu ayuda, Señor, será libertado de la tentación; y al Jado de mi Dios traspasaré toda muralla; dice el Salmista: *In te eripiar á tentatione, et in Deo meo transgrediar murum.* (XVII. 30).

Mira que yo soy el que te lo mando, dijo el Señor á Josué: buen ánimo, y sé constante: no temas ni desmayes; porque contigo está el Señor Dios tuyo á cualquier parte que vayas. (Jos. I. 9).

El Señor es el que da la muerte y da la vida, el que conduce al sepulcro y libra de él. El Señor el que empobrece y enriquece, el que abate y ensalza. (Se lee en el cap. II. del libro I.º de los Reyes).

Cuando falte todo socorro humano, guardémoslo de perder la esperanza, porque entonces llega el socorro divino.

Leemos en el libro de Judith que en todas partes en donde el pueblo de Dios entraba, aunque no tuviese ni arco, ni flecha, ni escudo, ni espada, quedaba victorioso, porque el cielo combatía por él, á causa de la confianza que tenía en Dios. (V. 16).

El justo, dicen los Proverbios, se mantiene á pie firme, como el león, sin asustarse de nada; *Justus, quasi leo, confidens, absque terrore erit.* (XXVIII. 1). En efecto: 1.º la confianza recta ó inocente es valerosa, engendra la libertad y da energía y fortaleza á los justos. 2.º La confianza da tranquilidad á la buena conciencia, y no la deja temer nada. 3.º El que pone su confianza en Dios, no teme más que el pecado. Así S. Hilarión, según cuenta S. Jerónimo, habiendo sido detenido por unos ladrones, le preguntaron éstos si tenía algún temor; y el piadoso solitario les respondió: El que nada teme, no puede temer á los ladrones.—Si; pero los ladrones pueden matarle.—Es verdad; pero precisamente por esto no los temo, pues estoy pronto á morir..... 4.º Los justos saben que Dios cuida de ellos y que los lleva en su corazón; apoyados en él, nada temen. 5.º Dios da á los justos tanta fuerza y confianza en las cosas difíciles y en los peligros, que se atreven á emprender animosamente todo lo que es bien, y así se vuelven terribles para sus enemigos. Ved qué heroísmo concedió Dios á los apóstoles, á los mártires, á S. Juanito, etc.

Lleno de esta fuerte confianza en Dios, de quien hablamos, decía S. Juan el Limosnero, áun cuando todos los hombres que habitan la tierra se presentasen al mismo tiempo en Alejandria para pedir limosna, yo la daría á todos, porque ni el mundo entero puede agotar los tesoros de Dios. (Leont. in eius vita).

Dejad pues, alma sin confianza, dejad de tentar á Dios con vuestra pusilanimidad y vuestra desconfianza. Cuanto más daba S. Juan el Limosnero, tanto más recibía de Dios. Dios es la fuente inagotable; todo el mundo saca agua de ella, y jamás deja de correr con abundancia para todo el mundo.

San Sisois, sacerdote, estaba tan lleno de confianza en Dios, que,

orando un día por la curación de su discípulo Abraham que había pecado por debilidad, decía: Dios mío, que queráis ó no queráis, yo no os dejo antes de que le hayáis curado. Y obtuvo lo que pedía. (Vit. Patr.). Faltando, en el desierto, alimento para S. Melanio y los suyos, exclamó el Santo lleno de confianza: Dios puede disponer aquí para nosotros una mesa servida con abundancia; y al momento, según cuenta Palladio, un ángel les trajo tantos víveres cuantos pudieron consumir.

El Señor está conmigo como un guerrero formidable, dice Jeremías: por esto los que me persiguen, caerán y quedarán sin fuerza; serán enteramente confundidos. (XX. 11).

No perdáis vuestra confianza que ha de obtener tan bella recompensa, dice S. Pedro á los Hebreos: *Nolite amittere confidentiam vestram, quia magnam habet remunerationem.* (X. 35).

El que ora, ore con fe, sin sombra de duda ó desconfianza, dice el apóstol Santiago: *Postulet in fide, nihil hesitant.* (I. 6). Lo que aguardais con confianza de Dios, lo obtendréis infaliblemente, dice S. Agustín: *Quod speras, hoc certo impetrabis.* (In Psal.).

Maldito sea el hombre que confía en otro hombre, y no en Dios, y se apoya en un brazo de carne, dice el Señor por boca de Jeremías: *Mal dictus homo qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum.* (XVII. 5). Será como el matorral del desierto que ignora los días de abundancia. (Id. XVII. 6).

El pecador que no tiene confianza en Dios, 1.º no acierta el negocio de su salvación; 2.º no produce ningún buen fruto; 3.º está privado de la dulce lluvia de la gracia y de la sabiduría; se ve abandonado de Dios; se convierte en juguete del inferno en todas circunstancias, pero sobre todo en la desgracia. Dios debe ser el único refugio, el único asilo del hombre; Dios se place en venir en auxilio y en manifestar su poder y su bondad infinita á los que, llenos de confianza, sólo se dirigen á él.

Es preciso evitar con el mayor cuidado la desconfianza en Dios en las grandes pruebas, y no desesperar; es preciso armarnos de confianza; con ella estamos seguros del divino auxilio, que se manifiesta hasta con milagros. Esto es lo que sucedió á Lot rodando de los infames sodomitas. (Gen. XIX). Así sucedió á Moisés y á los Hebreos, perseguidos por los furiosos Egipcios. (Exod. XIV.); á David perseguido por Saul. (I. Rey. XIII. 27); á Judith y á la ciudad de Bethulia sitiada por Holofernes; al rey Ezequías amenazado por Sennaquearib. (Isai. XXXVII. 36); á los Macabeos atacados por Antíoco.

Viendo Santa Clara que la ciudad y el convento que habitaba iban á caer en poder de los enemigos, se presentó sola y llena de confianza sobre la muralla. Allí, ante los sitiadores, dirigió á Dios la oración del Real Profeta: *Ne tradas bestie animas confidentes tibi*; Señor, no entregues en poder de esas fieras las almas que

Es preciso que
ni desesperar;
sueñen con
Haber
que en Dios.

te confiesan y adoran. (LXXII. 19). Y de repente, heridos de un terror pánico, los enemigos se escaparon y desaparecieron.

La desconfianza viene de la falta de fe; el que desconfía, no cree vivamente que Dios es omnipotente, lleno de prevision y de bondad. La desconfianza viene tambien de la esperanza que ciframos en los hombres y en las criaturas, como si tuviesen más poder y voluntad que Dios para ayudarnos. Esta conducta es digna de los paganos, y muy injuriosa á Dios: por esto la castiga permitiendo que las criaturas en quienes hemos confiado, nos abandonen, nos engañen, perjudiquen ó impidan el buen éxito de lo que deseamos. Por lo contrario, hace prosperar, sobre todo espiritualmente, á los que confían en él. Considera, te ruego, dice Eliphaz á Job, si pereció jamás ningún inocente, ó cuándo los buenos han sido exterminados.... (IV. 7).

CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

(Véase EXAMEN DE CONCIENCIA.)

CONTRICION.

La contrición es el sentimiento de haber pecado. Contrición viene de la palabra *contrere*, manjar, desmenuzar. Este vocablo expresa el estado de un alma desgarrada, penetrada de dolor por haber ofendido á Dios, y que desea ardientemente reconciliarse con él y recobrar la gracia.

El santo Concilio de Trento (sess. XIV. can. IV). define la contrición: un dolor del alma y un aborrecimiento del pecado cometido, con un propósito de no volver á pecar en adelante: *Contritio animi dolor ac detestatio est de peccato commisso, cum proposito non peccandi de cetero.*

Esta contrición debe ir acompañada del deseo de cumplir todo lo que Jesucristo ha ordenado para la remisión de los pecados: por consiguiente debe ir acompañada de la voluntad de confesarles y de satisfacer á la justicia divina. Por esto los teólogos, según Sto. Tomás, definen la contrición: el dolor de haber pecado, acompañado de la voluntad de confesarse y de satisfacer....

Los teólogos distinguen dos clases de contrición: la contrición perfecta, y la contrición imperfecta, que llaman atrición.

La contrición perfecta es la que tiene por motivo el amor de Dios. Reconcilia al pecador con Dios aun antes de la recepción del sacramento de la Penitencia; pero debe siempre encerrar el deseo y la voluntad de recibirlo. Así se expresa el santo Concilio de Trento. (Sess. XIV. can. IV).

La contrición imperfecta es concebida, según el mismo Concilio, por la consideración de la fealdad del pecado, por el temor de las penas del infierno, por la pérdida de la gracia ó de la gloria. El santo Concilio declara que, si excluye la voluntad de pecar y encierra la esperanza del perdón, dispone el pecador á obtener misericordia en el sacramento de la Penitencia. Decide que esta atrición es un don de Dios, y un movimiento del Espíritu Santo, que no habita todavía en el alma del penitente, pero que le excita á convertirse; no le justifica por sí misma sin el sacramento, pero sirve de disposición para recibirlo. (Sess. XIV. can. IV).

Necesidad de la
contrición.

Jesucristo lloró, dice S. Agustín: que llore pues el hombre por sí mismo. ¿Por qué ha llorado Jesucristo sino para enseñar al hombre a llorar sus pecados? Es menester que el pecado y la costumbre del pecado sucumban al sentimiento de haber caído. (*Lib. Confess.*).

Animados del amor de Dios, los más grandes Santos deploraron continuamente sus fragilidades: ¿cómo pues no han de llorar los más grandes pecadores los pecados enormes de que se han hecho reos? La voz de la tortola se ha hecho oír en nuestra tierra, dicen los cánticos. Si las almas fieles e inocentes, figuradas por la tortola, se placen en hacer resonar los desiertos con su amargo dolor, ¿qué conducta habrán de observar las almas que a cada instante se han manchado con nuevas iniquidades?

Habiendo S. Pemen visto expirar a S. Arsenio, exclamó: ¡Dichoso Arsenio, que ha llorado sobre sí mismo en tanto que ha vivido en la tierra! Los que no lloran en esta vida, llorarán eternamente en la otra. (*Vit. Patr.*).

Si pensásemos en nuestros pecados, ni un pedazo de pan comeríamos sin haberlo regado con nuestras lágrimas....

Santa Thais decía a S. Pafancio que, desde su entrada en el monasterio, siempre había tenido ante sus ojos sus pecados, y jamás había dejado de llorarlos. Por esto le respondió aquel gran Santo: Dios los ha borrado. (*Vit. Patr.*).

La contrición es tan esencial en el sacramento de la Penitencia, que no puede suplirse con ninguna otra cosa, y el pecador no puede ser absuelto si no experimenta un pesar sincero de haber ofendido a Dios....

La contrición ha sido necesaria en todos tiempos para obtener la remisión de los pecados. Lo prueban los ejemplos de David penitente, de los Nivitas, de Acab, de Monasés, de Magdalena, del Publicano, del hijo pródigo, de Pedro, etc....

La necesidad de la contrición es de derecho natural y de derecho divino....

La contrición es para el pecador lo que el sol es para la tierra, el agua para los peces, y el aire para nuestros pulmones....

Omnipotente como es, Dios no puede perdonar los pecados del que no se arrepiente....

Efectos y
ventajas de la
contrición.

Las lágrimas de los penitentes son un vino delicioso para los ángeles, dice S. Bernardo: *Lacrymæ penitentium vinum sunt angelorum.* (*Serm. in Cant.*).

Solamente la contrición, dice S. Crisóstomo, quita el pecado. Los otros pesares tienen un resultado muy diferente. ¿Queréis ejemplos? Si habéis perdido vuestra fortuna, vuestro sentimiento no os la devolverá. Si la muerte os ha quitado una persona querida, lloradla hasta el fin del mundo, que, por más esfuerzos que hagáis para de-

volverlo la vida, vuestro impotente dolor no la hará salir de la tumba. Si os han hecho una afrenta sangrienta y os halláis extraordinariamente contristados, vuestra pena no podrá evitar que la hayáis recibido. Si os afligís por estar enfermos, lejos de disminuir la enfermedad, vuestra pena la aumenta. Pero si, al contrario, sentís haber ofendido a Dios, vuestro sentimiento destruye vuestros pecados; vuestras lágrimas, al caer sobre las faltas, las borran.

Diciendo con el profeta Jeremías: La corona ha caído de nuestra cabeza; desgraciados de nosotros, porque hemos pecado: *Cecidit corona capitis nostri: cor nobis, quia peccavimus.* (*Lament. v. 16.*), volvemos a poner sobre esta cabeza descubierta, la gloriosa diadema que antes llevaba. Deplorando la loca audacia que nos ha hecho perder la santidad nacida de nuestro bautismo, nos preparamos un nuevo bautismo (*Homil. V. ad pop.*); pues dice S. Bernardo: La compunción del corazón y las lágrimas sinceras son un verdadero bautismo: *Est baptismus aliquis in compunctione cordis, et lacrymarum assiduitate.* (*Serm. III. in Cant.*).

El dolor sincero de haber pecado, añade S. Bernardo, es un tesoro infinitamente digno de desearse; infunde en el espíritu del hombre una alegría que no puede expresarse. La contrición del corazón, es la curación del alma; es la remisión de los pecados: hace recobrar el Espíritu Santo; pues el hombre llora sus pecados así que el Espíritu Santo le visita (1).

El espíritu compungido es el sacrificio más grato para Dios, dice el Real Profeta: no despreciéis, ó Dios mío, el corazón contrito y humillado: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus: cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* (*I. 19.*).

La contrición, dice S. Efrén, cura el alma, ilumina el espíritu, y borra los pecados: *Compunctio sanctas animæ est, illuminatio mentis est; compunctio remissionem peccatorum nobis acquirit.* (*De die Judic.*). ¡O dichoso dolor, exclama S. Jerónimo, que atrae las miradas de Dios! *O felix penitencia, quæ ad se Dei trahit oculos!* (*Epist. XXX. ad Oceanum.*).

Veid cuántas son las riquezas de la compunción: 1.º es santa y reconcilia el alma con Dios, lo que es el principio de una felicidad inmensa...; 2.º viene del amor de Dios, pues el penitente se arrepiente de haber ofendido a Dios porque ve que Dios, a quien ha ofendido, es un gran bien, es amable en sí mismo y para todas sus criaturas: así pues, el amor de Dios da la única verdadera alegría...; 3.º el penitente desea arrepentirse, y lo hace con alegría; se alimenta de compunción y de lágrimas como de un manjar delicioso. El sentimiento de haber pecado es dulce, humilde, etc., en tanto que todo otro sentimiento es amargo, pesado, impaciente e insufrible. Una conciencia culpable, dice S. Bernardo, es el infierno y la cárcel del

(1) *Bois compunctio transmutat in dulcedinem, et incommensurabile gaudium in mente hominis. Compunctio cordis, sanctus est spiritus contritus, lacrymarum penitus est peccatorum; contritio est in Spiritu Sancto, ut ait qui, cum Spiritu Sancto visitatur, statim homo peccator non peccat. Tract. de modo bene et laudabiliter, c. 1.*

alma: *Infernus quidem et carcer animae, rea conscientia.* (Serm. in Cant.). Así pues, la contrición destruye la culpabilidad del hombre; entonces la conciencia descansa en paz, las lágrimas la purifican, y forman como un río en el que se embarca el alma para dirigirse a su Dios, y llega al puerto de la salvación eterna....

Todos los Santos han hallado en las lágrimas de la compunción una dulzura indecible, como siempre ha sido fácil verlo en la majestuosa serenidad que siempre tiene su rostro.

Cuando ois hablar de las lágrimas de la contrición, dice S. Crisóstomo, no os figureis que sean la imagen del dolor y de los sufrimientos; son más dulces que todas las delicias que pueden gozarse en el mundo. Una sola lágrima de arrepentimiento es más agradable que todas las pretendidas alegrías que pueden dar los deleites. (*Lib. de Compunct. cordis.*) El pródigo, que derramaba un torrente de lágrimas a los pies de su padre, experimentaba una felicidad infinitamente mayor que cuando, entregado a su loca libertad, malgastaba en orgías su salud y su fortuna. Cuando Magdalena a los pies de Jesucristo regaba los de su Dios, experimentó más consuelo en aquel momento supremo que durante toda su vida escandalosa....

Las lágrimas de arrepentimiento y de devoción, dice S. Agustín, tienen una dulzura que no se halla en las falsas alegrías que se buscan en los espectáculos. (*Confess.*)

San Juan Climaco desarrolla admirablemente las ventajas y los frutos de las lágrimas que derraman los servidores de Dios. Mo lleno de admiración, dice, cuando considera la felicidad que procura la compunción. ¿Cómo, pues, es posible que los hombres carnales sólo vean en ella cosas afectivas? Semjante a la cera que contiene miel, ella contiene un manantial inagotable de dulzuras espirituales. Dios visita y consuela de un modo invisible, pero inefable, los corazones despedazados de santo dolor.... (*Grad. V.*)

Se experimenta muchísimo más placer en llorar los pecados, que en cometerlos. Para gustar la paz de una buena conciencia, dice Bossuet, es preciso que esta conciencia esté purificada, y ninguna agua puede hacerlo sino la de las lágrimas del corazón. Corred pues lágrimas de compunción; corred como un torrente, olas bienaventuradas; limpiad esa conciencia manchada, lavad ese corazón profanado, y devolvedme aquella alegría divina que es el fruto de la justicia y de la inocencia, dice el Salmista: *Redde mihi laticum salutaris tui.* (L. 43;—Serm. sobre el amor de los placeres).

¿Quién nos dará, añade, que sepamos saborear este placer sublime de la compunción, que nace, no de la turbación del alma, sino de su paz; no de su enfermedad, sino de su salud; no de sus pasiones, sino de su deber; no del ardor inquieto y siempre variable de sus deseos, sino de la rectitud de su conciencia; placer por consiguiente verdadero, que no agita la voluntad, sino que la calma; que no sorprende la razón, sino que la ilumina; que no halaga super-

flu mengue los sentidos, sino que arrastra completamente el corazón hacia Dios? (*Ut supra.*)

Sólo la compunción puede abrir el corazón a estas divinas alegrías. Nadie es digno de ser recibido a gustar estos castos y verdaderos placeres, si no ha llorado antes el tiempo invertido en engañosos deleites. ¿Podría el pródigo saborear las admirables dulzuras de la bondad de su padre, la abundancia de su casa, las delicias de su mesa, si no hubiese llorado amargamente sus libertinajes, sus extravíos y sus disolutas alegrías? (*Ibid., ut supra.*)

4.ª La contrición ofrece la esperanza de la felicidad eterna; es el arca de la celestial alegría; es la misma celestial alegría saboreada anticipadamente....

5.ª La compunción regocija a Dios, a los ángeles y a todos los elegidos; ¿cómo no colmaría el alma de felicidad? Escuchad a Jesucristo: Un pecador que se arrepiente, dice, causa más alegría en el cielo que noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia: *Ita gaudium erit in celo super uno peccatore penitentiam agentem, quam super nonaginta novem justis qui non indigent penitentia.* (Luc. XV. 7.)

6.ª La contrición alcanza al pecador la paz y el perdón de todos sus pecados: ahuyenta a los demonios, cierra el infierno, y da la victoria contra Satanás, contra el mundo y la concupiscencia; abre el cielo y nos lleva a él....

No cabe perversidad ni degradación allí en donde se ven lágrimas de compunción y humildad; el orden más perfecto reina allí, y el corazón está inundado de bienes; pero si faltan aquellas circunstancias, todo está trastornado, asolado y aniquilado....

La compunción engendra 1.ª la humildad; porque ¿quién se atrevería a enorgullecerse después de haber merecido el infierno? 2.ª la paciencia...; 3.ª el amor a Dios...; 4.ª el amor al prójimo, a quien se esfuerza en preservar del pecado...; 5.ª desprende el alma de la tierra...; y 6.ª la unión con Dios....

Aquellos que sembraban con lágrimas, dice el Salmista, segarán llenos de júbilo. Cuando lloran, esparcen, llorando, sus semillas; mas, cuando vuelvan, vendrán con gran regocijo, trayendo las gavillas de sus mieses: *Qui seminant in lacrimis, in exultatione metent. Eructet ibant et siccant miltentes semina sua; venientes autem, venient cum exultatione, portantes manipulos suos.* (CXV. 5-6).

El Señor es quien sana a los de corazón contrito, y vendo sus heridas, añade el Salmista: *Qui sanat contritos corde, et alligat contritiones eorum.* (CXVI. 3). Dios, dice Isaías, habita en el corazón contrito y humillado, para vivificar el espíritu de los humildes, y dar vida al corazón de los contritos: (*LVI. 15*). ¿Y en quién pondré yo mis ojos, dice el Señor por Isaías, sino en el pobre y contrito de corazón, y qué ojo con respetuoso temor mis palabras? (*LXVI. 2*).

Jesucristo se aplicó estas palabras: El Espíritu del Señor reposó

sobre mí: por lo cual me ha consagrado con su unción divina, y me ha enviado á evangelizar á los pobres, á curar á los que tienen el corazón contrito, á anunciar libertad á los cautivos, y á los ciegos vista, á soltar á los que están oprimidos, á promulgar el año de las misericordias del Señor ó del Jubileo, y el día de la retribucion. Anadiendo despues: La Escritura que acabais de oír hoy se ha cumplido. (Luc. IV. 18. etc.).

Condiciones que
debe tener la
contrición: 1.^a
Debe ser interior.

La contrición debe ser interior, sobrenatural, soberana y universal. El dolor de la penitencia debe nacer del fondo del corazón, ayudado de la gracia, y no debe venir del espíritu ni de la memoria: no se parece á aquellas aguas que se hacen brotar artificialmente con ayuda de aparatos; es un río que sale de su manantial, sale de madre, desarraiga, arranca y arrastra todo lo que encuentra; produce un sano aislamiento que borra los daños causados por el pecado; ningún crimen se le escapa. La contrición no imita á Saul que, matando á los Amalecitas, sólo daba la vida á los que le placían....

Les gustaba llorar, dice S. Bernardo, y lloraban amargamente, porque amargamente también se arrepentían: *Amabant flere, et flebant amare; amare flebant, quia amare dolebant.* (In Psal. 138.).

Pedro lloró amargamente su culpa: *Petrus flevit amare.* (Luc. XXII. 62.). Esta es la contrición del corazón. Magdalena á los pies de su Maestro tenía la contrición interior....

El mal del pecado está en el corazón, y no en otra parte; porque sólo es el corazón el que peca, sólo es el corazón el que se embriaga con el veneno de la desobediencia.... El corazón es pues el único que está enfermo; por consiguiente, en el corazón es en donde debe ponerse el remedio de la contrición....

El Real Profeta dice: Señor, no rechazéis un corazón contrito: *Cor contritum.... non despicies.* (L. 19). Dios dijo por medio del profeta Joel: Rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos: *Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra.* (II. 13).

No hemos de contentarnos con recitar con la punta de los labios un acto de contrición. No basta imaginarse, pensar y decir que nos arrepentimos de haber ofendido á Dios. El corazón es quien es el principio de todos los pecados, hasta de los exteriores. La que sale de la boca, dijo Jesucristo, del corazón sale, y eso es lo que mancha al hombre; porque del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias: *Quia autem procedunt de ore, de corde exeunt, et ea corrumpunt hominem. De corde enim exeunt cogitationes malae, homicidia, adulteria, fornicationes, furtiva, falsa testimonia, blasphemiae.* (Math. XV. 18-19).

En el corazón es pues en donde debe hallarse el arrepentimiento....

Es preciso hundir en el corazón la espada de la contrición: es

preciso que esta espada le hiera y le atraviese de parte á parte. Entonces sucede una maravilla: por donde ha entrado la espada, penetra también la gracia, y purifica; y por donde sale, se va la corrupción del pecado.

Un corazón contrito y humillado es lo que Dios pide al pecador: sin esto todas las manifestaciones exteriores son inútiles; aún más, son errores, mentiras, hipocresía. Podemos engañarnos, pero no podemos engañar á Dios, que sondea lo más profundo de los corazones.

Por esto los santos Padres llamaron contrición á la compuncion del corazón.

Todo sentimiento que no quita la voluntad de pecar, ni el afecto que tenemos al pecado, no es una verdadera contrición. La contrición no sólo merece este nombre cuando habita en el corazón.

No puede restablecerse el orden sino allí en donde ha sido alterado. Por esto, las lágrimas puramente exteriores, las protestas, los gemidos y los gritos no son más que mentiras cuando no ha cambiado la voluntad; la voluntad es el corazón.... Pero tenedlo en cuenta, no hay contrición sin humildad y sin mortificación de la carne....

Venid, dice el Rey Profeta, adorémosle, prosternémonos, y horemos ante el Señor que nos ha criado: *Venite, adoremus, et prosternamur, et ploremus ante Dominum.* (XCIV. 6).

Si, Señor, aceptaréis, purificaréis y bendeciréis un corazón contrito y humillado: *Cor contritum et humilatum, Deus, non despicies.* (L. 19).

Quo si Vos, ó Señor, quisierais sacrificios, dice el mismo Real Profeta, ciertamente os los ofreciera; mas Vos no os complacéis con solos holocaustos, ó con actos de religión meramente exteriores. El espíritu compungido es el sacrificio más grato para Dios: *Sacrificium deo spiritus contribulatus.* (Psal. L. 18 y 19).

Debe hacernos detestar el pecado porque es una ofensa inferida á Dios, el que llora su pecado por la vergüenza que le ocasiona y el castigo que recibe ante los hombres; ó bien por lo contrario que es á la ley natural, no tiene más que una contrición natural é insuficiente.

El pródigo manifiesta una contrición sobrenatural, cuando dice: *Pater, peccavi in celum et coram te.* Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. (Luc. XV. 21). He pecado contra el cielo, es decir, muy gravemente. Mis pecados han subido hasta Dios, y piden venganza.... He pecado contra el cielo, es decir, contra Dios y contra los ángeles.... He pecado contra el cielo, prefiendo la tierra al cielo, la carne al espíritu, la muerte á la vida, el infierno al paraíso, Barrabás á Jesucristo, el demonio á Dios.... He pecado contra el cielo, porque lo he perdido, y he disipado los dones celestiales.... He pecado contra el cielo, porque he pisoteado la sangre de Jesu-

2.^a La contrición debe ser sobrenatural.

cristo; como Judas, ha vendido al Salvador; como el pueblo judío, le ha pedido su muerte; como Pedro, le ha negado de él; como Pilatos, le ha condenado; como Herodes, me ha ofendido de él y le ha despreciado; como los soldados romanos, le ha azotado y coronado de espinas, le ha agobiado bajo el enorme peso de la cruz, le ha crucificado entre ladrones, que son el demonio y mis pasiones, le ha dado á beber hiel, le ha dado la muerte, y he atravesado su costado.... *He pecado contra el cielo*, porque he matado mi alma creada por Dios, hecha á imagen de Dios y para Dios.... *He pecado contra Vos*, contra Vos, ó Dios mío, ante Vos, á vuestra vista, cuando estaba en vuestro poder: me he servido para ultrajaros de los dones naturales y sobrenaturales de que me habíais colmado.... He pecado en presencia de mi ángel de la Guarda, y ahogando la voz de mi conciencia, que protestaba....

Habéis crucificado á Jesucristo, dijo S. Pedro á los judíos; y á este terrible reproche, se arrepintieron del fondo del corazón, y dijeron al Apóstol: ¿Qué hemos de hacer para obtener misericordia? Haced penitencia, les dijo S. Pedro, arrepentíos sinceramente. (Act. II, 36-38).

Los motivos de la contrición sobrenatural son: los pecados que hemos cometido...; y los pecados que hemos hecho cometer contra Dios autor de la gracia y remedio por la fe....

Tres ejercicios pueden ayudarnos á obtener una contrición sobrenatural: 1.º hacer una estación en espíritu al Calvario...; 2.º bajar con el pensamiento al infierno, que hemos merecido con el pecado...; 3.º trasportarnos al cielo, del cual nos hemos hecho indignos.... Con esto vemos que la contrición es un don de Dios. El hombre no puede arrepentirse como debe sin la inspiración y el socorro del Espíritu Santo. El pecador que ha dado muerte á su alma con el pecado y la ha muerto para la eternidad, no puede resucitar sin el auxilio de Dios, que es el autor de la vida....

La contrición debe ser un pesar superior á todos los demás pesares. ¿Por qué? Porque el pecado es el mayor de todos los males, el solo y único mal. El pecado dirige un ataque contra Dios y el alma.... El pecado es el soberano mal delante de Dios... y el soberano mal para el hombre....

Una herida profunda y muy peligrosa requiere un poderoso remedio, dice S. Ambrosio. El pecado es una gran aflicción, que hace necesaria una gran satisfacción: *Grandi plaga alto et prolixa opus est medicari: grande scelus grandem habet necessarium satisfactionem.* (Serm.).

David nos ofrece un modelo de contrición soberana. Reconoce su falta, se humilla, se arrepiente, se confiesa pecador, llora, deja el manto real y la diadema; ayuna, se cubre con un cilicio y se retira á la soledad....

Se lee en el libro de Judith, que el pueblo de Dios, situado por

Holofernes en Bethulia, se puso á llorar, á dar profundos gemidos y á clamar al Señor, diciendo: Hemos pecado, hemos obrado injustamente, hemos cometido iniquidades. (VII, 18-19). He aquí un modelo de contrición soberana.

Hallamos otro en S. Pedro, que lloró amargamente hasta su muerte la falta que había cometido negando á Jesucristo.

Es preciso, sobre todo, que el pecado mortal nos disguste más que todos los otros males que puedan sucedernos. La razón de esto es evidente: con el pecado mortal hemos atacado y perdido á Dios; Dios es el mayor de los bienes, el único soberano Bien: es pues preciso que sintamos esta pérdida más que cualquiera otra. Si de otra parte sucediese, nuestra contrición no sería soberana.

Sin embargo, para que el dolor sea soberano, no es necesario que sea exteriormente el más sensible de todos los dolores, es decir que experimentemos en el apetito sensitivo las mismas impresiones de sentimiento, que derramemos tan abundantes lágrimas y se exhalen de nuestro pecho los mismos sollozos que si, por ejemplo, hubiésemos perdido á un padre ó á una madre. ¿Por qué? Porque, mientras el alma esté unida al cuerpo, se mueve más por los objetos sensibles que por los que no caen bajo la impresión de los sentidos. Basta que el dolor sea concebido verdaderamente en el ánimo, por el entendimiento; y en la voluntad; por el entendimiento, conociendo la gravedad de la ofensa de Dios; y en la voluntad, aborreciendo seriamente los pecados: y así no es necesario que el dolor sea algún movimiento del apetito sensitivo, porque el Concilio de Trento solamente le llama *animi dolor*, y la palabra *ánimo* no significa el apetito sensitivo, sino el entendimiento y la voluntad.

La contrición puede ser verdadera sin esta impresión sensible, que no está en nuestro poder.

La contrición debe ser universal, esto es, debe extenderse á todos los pecados mortales que se han cometido, sin exceptuar ninguno, puesto que todos atacan á Dios, hacen al alma enemiga suya, esclava del demonio, y digna del infierno.

Tened cuidado, dice Bossuet, porque hay muchas veces en el corazón pecados que sacrificamos, pero también hay el pecado querido, la pasión favorita; y cuando hemos de sacrificar este pecado, esta pasión, el corazón suspira en secreto, y sólo con mucha dificultad puede resolverse. La contrición universal hiere á este pecado, á esta pasión, y la extermina sin misericordia; entra en el alma como un Jaseo en la tierra de los Filisteos: todo lo destruye y derrita y así se al dolor universal. Y ¿por qué esta ejecución sangrienta? Es que tiene la compunción de un Judas, la de un Antioch; la de Balaam; compunciones falsas é hipócritas, que encierran la conciencia con las apariencias de un dolor superficial. El dolor de la penitencia se da propuesto cambiar á

1.º La contrición debe ser soberana.

4.º La contrición debe ser universal.

Dios, pero es preciso cambiar antes al hombre, y Dios no cambia nunca, si no es por el esfuerzo de esta reprobación... Teméis la mano de Dios y sus juicios, ya es una santa disposición; el santo Concilio de Trento (sess. XIV. de Penit. can. 17), quiere también que este temor os lleve a detestar todos vuestros crímenes. (Sermon sobre la integridad de la Penit.).

Delo ven, pero
puedo y de su
potestad.

La contrición es un dolor de los pecados cometidos, con el firme propósito de no volver a caer en ellos. Así es que la contrición abraza el pasado y el porvenir; el pasado para detestar las caídas, el porvenir para evitarlas.

La voluntad sincera y formal de no volver a pecar mortalmente en el porvenir, es tan necesaria para obtener el perdón de nuestras culpas, como necesario el arrepentimiento de los pecados que hemos cometido. El dolor de haber ofendido a Dios no puede ser verdadero si no va acompañado de una resolución sincera de no volver a pecar, resolución tan firme como puede permitirlo la fragilidad humana. Pues es burlarse de Dios el confesar haberle ofendido sin sentirlo; y es una ilusión el decir que sentimos haber cometido lo que estamos resueltos a cometer de nuevo, y haber hecho lo que queremos volver a hacer. La contrición sincera debe excluir toda afección al pecado; así pues, el que no tenga la firme resolución de no volver a caer en el pecado, es que aún lo ama....

Hay muchos hombres, dice S. Agustín, que confiesan con frecuencia que son pecadores, y sin embargo se placen todavía en pecar. Su palabra es un reconocimiento, y no un cambio; declaran las llagas de su alma, y no las curan; confiesan la ofensa, y no la borran. Sólo el odio del pecado y el amor de Dios constituyen una verdadera contrición: *Multi assidue se dicunt esse peccatores, et tamen adhuc illos delectat peccare. Professio est, non emendatio; accusatur anima, non sanatur; pronuntiatur offensio, non tollitur. Poenitentiam certam non facit, nisi adiutis peccati et amor Dei.* (Lib. de Morib.).

La resolución de no ofender a Dios se llama buen propósito. El buen propósito es una parte esencial de la contrición, y debe tener las mismas condiciones que ella: debe ser interior, sobrenatural, soberano y universal. No es en el fondo más que la misma contrición en lo relativo al porvenir. La resolución de no ofender más a Dios es rigurosamente necesaria: sin ella, el hombre se engaña, y trata de engañar a Dios. Es a la vez una ceguera y un crimen....

Cuando Jesucristo hubo curado al paralítico de la piscina, le dijo: Bien ves como has quedado curado: no piques pues en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor: *Jam noli peccare, ne deterius aliquid tibi contingat.* (Joan. V. 14).

Tres señales principales dan a conocer que ha habido buen propósito: 1.º los esfuerzos hechos y que se hacen para corregirse; 2.º el que se huyan las ocasiones próximas de pecado; y 3.º el cambio de vida.

1.º Los esfuerzos hechos y que se hacen para corregirse. ¿Tienen vuestras aspiraciones al cielo? ¿Trabajáis para sujetar la carne al espíritu, y el espíritu a Dios? ¿Dejáis el mundo a un lado para no ocuparos más que de Dios? Si así sucede, hacéis esfuerzos para corregiros, tenéis buen propósito. Pero, si no os paráis en refrenar la concupiscencia; si habéis conservado la afección al mundo; si no hacéis ningún esfuerzo para ser mejores, no tenéis buen propósito.

2.º Que se huyan las ocasiones próximas de pecado. ¿Tenéis los sentimientos del Rey Profeta, cuando decía: Aborreci la injusticia y la detesté? *Iniquitatem odio habui, et abominatus sum?* (CXVIII. 163). En este caso, tenéis buen propósito. Pero, aborreciendo una cosa, debe huirse. Si os horroriza un asesino, le evitáis; si os horroriza un veneno, no lo tragáis; si os horroriza un perro rabioso y teméis su encuentro, os ponéis en lugar seguro....

Cuando Dios sacó el universo de la nada, dijo: Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe unas aguas de otras: *Fiat firmamentum in medio aquarum, et dividat aquas ab aquis.* (Gen. 1. 6). Una prueba de buen propósito es que nos alejemos de las aguas corrompidas de la concupiscencia y nos acerquemos a las aguas de la gracia.

Está convertido y seguro del perdón, dice S. Gregorio, el que llora su pecado y no descuida nada para no volver a recaer: *Perferte convertitur qui, quod prave egerat, plangit, et quod rursum plangat, ultra non repetit.* (In lib. I. Reg., lib. III. c. VII).

Sin Agustín dice que el que vuelve a abrir sus antiguas heridas, no está convertido. Cuando un enfermo está curado, dice, despidete al médico; pero, cuando estamos curados del pecado, hemos de volvernos hacia Dios, unirnos constantemente con él, y decir con el Salomista: *Me es venturoso adherirme a Dios y poner mi esperanza en él.* La presencia de Dios nos ilumina, nos purifica y beatifica: Dios obra sobre el que le está sujeto y le obedece: le guarda; pero al contrario, cuando Dios está ausente, volvemos a caer. (In Psal.).

3.º El primer instinto que experimenta un hombre tocado de Dios y verdaderamente contrito, es el de alejarse del mundo. La misma vez que nos llama a la contrición, nos llama a la fuga, a la vigilancia, al alejamiento de las ocasiones próximas de pecar. El hombre contrito y lleno de buen propósito, no es ya mundano; la mujer que se arrepiente y tiene buen propósito, no es ya la mujer cómoda, complaciente; la mediadora halál, la amiga obisosa que permitía correspondencias secretas. Ya no encuentra espe-

(Con qué sencillez se oscura el buen propósito)

dientes y facilidades; aprende otro lenguaje, y sabe decir: No, no puedo ya; sabe pagar al mundo con negativas prontas y serias. El penitente no vive ya como los otros, no trata ya de agradar, se desagrada á sí mismo. Siente su mal; se disgusta á la vez no sólo del mundo que le ha engañado, sino de sí mismo, por haberse dejado sorprender por groseros atractivos. Se acuerda de los numerosos pecados que ha cometido con sus desgraciadas complacencias.

Habiéndose convertido cierto sujeto que llevaba una vida criminal con una joven, dejó enteramente de ver aquella á quien él perdía y que le perdía á él. Un día, sin embargo, la encontró por casualidad, pero pasó de largo sin detenerse. Entónces ella le dirigió la palabra: —¿No me conoces ya? dijo: soy Juliana. —Podeis ser quien queráis, le respondió él; pero yo no soy el mismo que era antes. He jurado no ofender más á Dios, y salvar mi alma; imítadme.... Todo pecador debe seguir el ejemplo de aquel joven, y tomar la firme resolución de no volver á pecar....

CONVERSION.

El Señor me librará de toda mala obra, dice S. Pablo, y me conducirá á su reino celestial. A él sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amen: *Liberavit me Dominus ab omni opere malo, et saluum faciet in regnum suum celeste, cui gloria in secula seculorum. Amen.* (II. Tim. IV. 18).

Adán, David, Pablo, Magdalena, Agustín, etc., y todos los pecadores que se convierten, no se convierten sino por la gracia y la misericordia de Dios....

Dios es, dice S. Pablo, quien por un efecto de su buena voluntad obra en vosotros, no sólo el querer, sino el ejecutar: *Deus est enim qui operatur in vobis et velle, et perficere, pro bona voluntate.* (Philipp. II. 13).

Sin mí, dice Jesucristo, nada podeis hacer: *Sine me nihil potestis facere.* (Joann. XV. 5). El que está en pecado mortal, ha muerto: así pues, el que ha muerto no puede naturalmente resucitar; sólo Dios puede hacerlo. Nos perdemos sin Dios; pero no podemos volver á la vida, no podemos convertirnos sin el auxilio de Dios....

Señor, dice el Salmista, el rey os ha pedido la vida, y le habeis concedido alargar sus días por los siglos de los siglos: *Vitam petiit a te, et tribuisti ei, etc.* (XX. 3). El Señor envió desde el cielo á librarme: ha entregado al oprobio á los que me pisoteaban: *Misisti de celo, et liberavit me; dedit in opprobrium conculcantes me.* (Psal. LVI. 4).

Dios es el que hace habitar dentro de una casa muchos de unas mismas costumbres, y que con su fortaleza pone en libertad á los prisioneros, como también á los que le irritan, los cuales moran en los sepulcros: *Deus qui habitare facit unius moris in domo, qui educit cinctos in fortitudine, similibet eos qui erasperant, qui habitant in sepulchris.* (Psal. LXXVIII. 7). Dios envió su misericordia y su verdad, y sacó mi alma de entre los cachorros leones: *Misisti Deus misericordiam tuam, et veritatem tuam; et eripuit animam meam de medio catulorum leonum.* (Psal. LVI. 4-5). En el desierto hendi una peña, y les dió para beber como un caudaloso río, pues lizo brotar de una roca raudales de aguas, que corrieron á manera de ríos: *Interrupti petram in eremo, et alligavit eos velut in abyso multa; et educit aquam de petra, et deduxit tanquam flumina aquas.* (Psal. LXXVII. 15-16). No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da toda la gloria, para hacer brillar tu misericordia y tu verdad: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* (Psal. CXIII. 9). De aquí se infiere que la conversión es obra de Dios y no puramente nuestra. El Señor desata á los cautivos, el Señor ilumina á los ciegos: *Dominus solvit compedidos, Dominus illuminat cecos.* (Psal. CXIV. 7-8).

La conversión viene de la gracia y de la voluntad de Dios.

dientes y facilidades; aprende otro lenguaje, y sabe decir: No, no puedo ya; sabe pagar al mundo con negativas prontas y serias. El penitente no vive ya como los otros, no trata ya de agradar, se desagrada á sí mismo. Siente su mal; se disgusta á la vez no sólo del mundo que le ha engañado, sino de sí mismo, por haberse dejado sorprender por groseros atractivos. Se acuerda de los numerosos pecados que ha cometido con sus desgraciadas complacencias.

Habiéndose convertido cierto sujeto que llevaba una vida criminal con una joven, dejó enteramente de ver aquella á quien él perdía y que le perdía á él. Un día, sin embargo, la encontró por casualidad, pero pasó de largo sin detenerse. Entónces ella le dirigió la palabra: —¿No me conoces ya? dijo: soy Juliana. —Podeis ser quien queráis, le respondió él; pero yo no soy el mismo que era antes. He jurado no ofender más á Dios, y salvar mi alma; imítadme.... Todo pecador debe seguir el ejemplo de aquel joven, y tomar la firme resolución de no volver á pecar....

CONVERSION.

El Señor me librará de toda mala obra, dice S. Pablo, y me conducirá á su reino celestial. A él sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amen: *Liberavit me Dominus ab omni opere malo, et saluum faciet in regnum suum celeste, cui gloria in secula seculorum. Amen.* (II. Tim. IV. 18).

Adán, David, Pablo, Magdalena, Agustín, etc., y todos los pecadores que se convierten, no se convierten sino por la gracia y la misericordia de Dios....

Dios es, dice S. Pablo, quien por un efecto de su buena voluntad obra en vosotros, no sólo el querer, sino el ejecutar: *Deus est enim qui operatur in vobis et velle, et perficere, pro bona voluntate.* (Philipp. II. 13).

Sin mí, dice Jesucristo, nada podeis hacer: *Sine me nihil potestis facere.* (Joann. XV. 5). El que está en pecado mortal, ha muerto: así pues, el que ha muerto no puede naturalmente resucitar; sólo Dios puede hacerlo. Nos perdemos sin Dios; pero no podemos volver á la vida, no podemos convertirnos sin el auxilio de Dios....

Señor, dice el Salmista, el rey os ha pedido la vida, y le habeis concedido alargar sus días por los siglos de los siglos: *Vitam petiit a te, et tribuisti ei, etc.* (XX. 3). El Señor envió desde el cielo á librarme: ha entregado al oprobio á los que me pisoteaban: *Misisti de celo, et liberavit me; dedit in opprobrium conculcantes me.* (Psal. LVI. 4).

Dios es el que hace habitar dentro de una casa muchos de unas mismas costumbres, y que con su fortaleza pone en libertad á los prisioneros, como también á los que le irritan, los cuales moran en los sepulcros: *Deus qui habitare facit unius moris in domo, qui educit cinctos in fortitudine, similibet eos qui erasperant, qui habitant in sepulchris.* (Psal. LXXVIII. 7). Dios envió su misericordia y su verdad, y sacó mi alma de entre los cachorros leones: *Misisti Deus misericordiam tuam, et veritatem tuam; et eripuit animam meam de medio catulorum leonum.* (Psal. LVI. 4-5). En el desierto hendi una peña, y les dió para beber como un caudaloso río, pues lizo brotar de una roca raudales de aguas, que corrieron á manera de ríos: *Interrupit petram in cremo, et alluvavit eos velut in abyssu multa; et educit aquam de petra, et deduxit tanquam flumina aquas.* (Psal. LXXVII. 15-16). No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da toda la gloria, para hacer brillar tu misericordia y tu verdad: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* (Psal. CXIII. 9). De aquí se infiere que la conversión es obra de Dios y no puramente nuestra. El Señor desata á los cautivos, el Señor ilumina á los ciegos: *Dominus solvit compedidos, Dominus illuminat cecos.* (Psal. CXIV. 7-8).

La conversión viene de la gracia y de la voluntad de Dios.

Señor, atraedme en pos de Vos, dice la Esposa de los Cantares: *Traheme me post te.* (I. 3).

Dios es el que cambia los corazones. Les quitaré su corazón de piedra, y les daré un corazón de carne, dice el Señor por boca de Ezequiel: *Auferam cor lapideum de carne vrorum, et dabo eis cor carneum* (XI. 19), á fin de que anden por el camino de mis preceptos, guarden mis leyes y las practiquen, con lo cual sean ellos el pueblo mío y yo sea su Dios. (Id. XI. 20).

Observad, dice S. Agustín, las bestias salvajes y hasta los animales domésticos sobre los cuales establece el hombre su imperio. Ni el caballo, ni el león se doman por sí mismos; así sucede con el hombre. Para domar al león y al caballo, es preciso el hombre; para domar al hombre, es preciso Dios; y el hombre no se doma por medio de la naturaleza, sino por medio de la gracia. (Serm. IV. de verbis Domini in Matth.).

Señor, dice Jeremías, convertidme á Vos, y yo me convertiré; porque Vos sois el Señor mi Dios: *Converte me, et convertiar, quia tu Dominus Deus meus.* (XXXI. 18).

Convertidos á Vos, Señor, y nos convertiremos; renovad nuestros días como desde el principio: *Converte nos, Domine, ad te, et convertemur; innova dies nostros, sicut á principio.* (Lament. V. 21).

Quiero misericordia, dice Jesucristo, y no sacrificio; porque yo no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores: *Misericordiam volo, et non sacrificium; non enim veni vocare justos, sed peccatores.* (Matth. IX. 13). Jesucristo ha dado su vida por la conversión de los pecadores, y por rescatarlos....

Estoy en la guerra, dice el Señor en el Apocalipsis, y llamo; si alguien oye mi voz, y me abre su corazón, entraré en él, y con él cenaré, y él conmigo: *Ecce sto ad ostium, et pulso; si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse mecum.* (III. 20).

Hijo mío, dame tu corazón: *Probe, fili mi, cor tuum mihi.* (Prov. XXIII. 26).

No quiero la muerte del que muere, dice el Señor Dios: *Convertis y vivetis.* (Ezech. XVIII. 32).

Juro por mí mismo, dice el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que quiero que el impío se convierta, deje su mal camino y viva: *Convertis, convertis de vuestros caminos perversos.* Y ¿por qué habéis de morir, ó vosotros los de la casa de Israel? (Ezech. XXXIII. 11).

Dios, dice S. Agustín, empieza por obrar en nosotros para excitar nuestro querer, y coopera concluyendo la conversión en los que la quieren. Nos previene para curarnos; nos acompaña en la salud para hacernos merecer. Nos previene hablandonos; nos sigue para nues-

tra glorificación. Nos previene para que vivamos en la piedad; nos acompaña para que vivamos con él en la eternidad (1).

El Señor dice el Eclesiástico, es paciente hacia los mortales, y derrama sobre ellos su misericordia; ve la presunción de sus corazones, que es mala, y conoce el trastorno de ellos, que es perverso: por esto derramó de lleno sobre ellos toda su misericordia.... La misericordia de Dios se extiende sobre toda carne.... Tiene lástima de cualquiera que reciba la enseñanza de la misericordia y que se apresura á practicar sus preceptos. (XVIII. 9-14).

El mismo Dios vendrá y os salvará, dice Isaías: *Deus ipse veniet, et salvabit vos.* (XXXV. 4).

Alma infiel, dice el Señor por boca de Jeremías, has seguido tus corrompidas inclinaciones; sin embargo, vuelve á mí, y te recibiré: *Tu fornicata es; tamen revertere ad me, dicit Dominus, et ego suscipiam te.* (III. 1).

Pecadores, arrojad lejos de vosotros todas las provariedades con que os habeis manchado, y hacedos un corazón nuevo y también un espíritu nuevo. (Ezech. XVIII. 31).

Si yo, que soy vuestro soberano Juez, me inclino en favor vuestro, y si me valgo de todos los medios para no lanzar contra vosotros la sentencia de condenación; si yo, vuestro Dios, olvidado con vuestras provariedades, diferí y no quiero la venganza; si perdono fácil y prontamente; si os curo cuando estabais más lejos de la curación, ¿por qué os habeis de perder? Teneis por abogado á mi Hijo hecho hombre y muerto para vosotros; tenéis por juez á vuestro protector: ¿por qué habeis de perecer? Pecadores, no podéis resistir á mi poder ni sustraeros á mi justicia; pero mi misericordia no os rechaza: echaos en mis brazos; entonces me desarmaréis y os perdonaré....

He aquí lo que dice el Señor Dios de los ejércitos por medio del profeta Zacarías: *Vuelve á mí, pueblo mío, y yo volveré á tí: Hec dicit Dominus exercituum: Convertimini ad me, et convertar ad vos.* (I. 3).

San Gregorio dice muy acertadamente: Dios, que rechaza al pecador, acoge al penitente; también llama á sí á sus enemigos, perdona los pecados á los que se convierten, exhorta á los perezosos, consuela á los afligidos, instruye á los que lo desean, ayuda á los combatientes, fortifica á los que trabajan, oye á los que llaman hácia él desde el fondo del corazón (2).

En otro tiempo, dice S. Pablo, éramos unos insensatos, unos incrédulos, metidos en el error: *Eramus aliquando et nocipientes increduli, errantes.* (Tit. III. 3). Con la conversión nos hemos vuelto

(1) Ipse, ut volumus, operatur iniquitatem, qui voluntatem cooperatur peccatis. Provocat ut desinamus et subsequatur ut vivamus; provocat ut vocemur, et subsequatur ut justificemur. Item cum ut peccatores, et subsequatur ut cum illo semper vivamus. In gratia et lib. arbitrio. c. XVII.

(2) Deus, qui ab initio delinquentem, convertitur ad penitentem; vocat etiam, salvat, donat peccata, convertit, hortatur, pios, consolatur affligit, docet studiosos, adiuvat diligentes, confirmat firmos, auguit quos continent. In Psal. VII. Psalm.

prudentes, llenos de fe, ciudadanos del cielo. El pecador que no ama más que la tierra, se vuelve habitante del cielo con su conversión, dice S. Jerónimo: *Terra eram, caelum factus sum.* (In Psal. CXXXIII).

Señor, dice el Real Profeta, habéis prevenido con bendiciones de vuestra dulzura al rey; persististeis sobre su cabeza una corona de piedras preciosas. (XX. 4). Os ha podido la vida, y lo habéis concedido los largos días del tiempo y de la eternidad: *Vitam petuit d te, et tribuisti ei longitudinem dierum in seculum, et in seculum seculi.* (XX. 3). Su gloria es grande por la salvación que le habéis dado, le rodeáis de gloria y de grande hermosura: *Magna est gloria eius in salutari tua; gloriam et magnum decorem impones super eum.* (XX. 6). Hareis que el sea bendición eterna; le llenareis de alegría, manifestándoos a él. (XX. 6).

Aguardando al Señor, él me sacó del lago de la miseria, y del inmundio cieno: *Eduxit me de laeo miseriae, et de luto foveae.* (XXXIX. 3).

Oh Señor, Vos habéis derramado la bendición sobre la tierra: Vos habéis libertado del cautiverio a Jacob. Perdonado habéis las maldades de vuestro pueblo; habéis sepultado todos sus pecados.... Oh Dios, volviendo Vos el rostro hacia nosotros, nos dareis vida; y vuestro pueblo se regocijará en Vos. (Psalm. LXXIV. 2-3-7).

El Señor ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de lágrimas, y mis pies del precipicio. Aceptó ser yo al Señor en la región de los vivos: *Eripuit animam meam de morte, oculos meos a lacrymis, pedes meos a lapsu; placebo Domino in regione vivorum.* (Psalm. CXIV. 8-9).

Señor, atraednos; corremos en pos de Vos peribiendo la fragancia de vuestros perfumes: *Trahe me; post te curremus in odorem unguentorum tuorum.* (Cant. I. 3).

El Señor saca del vicio al pecador a quien convierte, le lleva de nuevo a la virtud, le conduce de la ignorancia a la fe, de la carne al espíritu, de la tibieza al fervor, de la justificación a la perfección, de los actos fáciles a las acciones más grandes y más heroicas, de la tierra al cielo, del temor al amor, del amor de los placeres al de las cruces y a la mortificación, etc....

¡Cuántas admirables maravillas en una verdadera conversión!.... Negra soy, pero hermosa, dice la Esposa de los Cantares: *Nigra sum, sed formosa.* (I. 4). El alma pecadora es negra; pero se vuelve hermosa por medio de la conversión y la penitencia....

El pecador está encadenado; pero cuando se convierte, Dios rompe sus cadenas, le entrega un cetro real, le da poder sobre los demonios, que habían sido crueles para él, y le promete, si persevera, un esplendor eterno.

Se han disipado las tinieblas, y la verdadera luz brilla ahora en el corazón convertido, dice el apóstol S. Juan: *Tenebrae transierunt, et verum lumen jam lucet.* (I. II. 8). Voo un cielo nuevo y una nueva tierra. (Apoc. XXI. 1).

La obra de la creación del universo en seis días, es el emblema de la obra de la conversión y de la justificación del pecador. El primer día, la luz se levanta sobre sí: Hágase la luz de mi gracia en este corazón lleno de tinieblas, dice el Señor; y la luz queda hecha: *Fiat lux; et facta est lux.* (Gen. I. 3). El segundo día, se crea el firmamento, esto es, el alma se pone sobre las cosas de la tierra: *Fiat firmamentum.* (I. 16). El tercer día, aparece la tierra, y es separada de las aguas: el pecador no está ya sumergido y perdido en el océano de la concupiscencia; se convierte en una tierra fértil que produce frutos de salvación. El cuarto día, el sol toma su lugar en esta creación; la caridad se apodera del corazón; la luna y los astros, es decir, la fe y todas las virtudes, brillan en él. El día quinto nacen los pecos y los pájaros: el pecador convertido nada en las aguas de la misericordia de Dios; águila para volar al cielo, se dirige rápidamente hacia las montañas eternas. En fin, el día sexto, que vio al primer hombre, y en él a toda su raza, creado a imagen de Dios, ve al pecador que vuelve a ser la imagen y la semejanza viva de su Criador: y luego el convertido descansa en el Señor: *Requiescit die septimo.* (Gen. II. 2).

Con la conversión, Dios cambia el corazón del penitente: de un corazón mezquino, vil, cobardo, esclavo y corrompido, etc., hace un corazón grande, elevado, fuerte, real y santo, etc.

Abandonado el pecador, a semejanza del templo de Jerusalén cuando el Señor permitió que fuese profanado, por afecto de la gloria de Dios omnipotente, mientras persevera en el pecado; es elevado como fue después aquel a una gloria soberana, aplicado que esté aquel grande Señor, dice la Escritura: *Qui derelictus in ira Dei omnipotentis est, iterum in majni Domini reconciliatione cum summa gloria exaltabitur.* (II. Machab. v. 20).

Señor, dice S. Agustín, me habéis llamado, habéis gritado, y habéis destruido mi sordidez; habéis hecho aparecer vuestros relámpagos, habéis resplandecido, y habéis destruido mi oscuridad; me habéis inflamado, y he recobrado la vida; y suspiro por Vos. He gustado de Vos, y ahora tengo hambre y sed; me habéis tocado con vuestra divina mano, y ardo en el deseo de vuestra paz. (1).

En el pecador convertido se verifica lo que profetizó Isaías de la venida de Jesucristo al mundo, cuando dijo: Dios mismo en persona vendrá, y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y quedarán expeditas las orejas de los sordos; entonces el cojo saltará como el ciervo, y se desatará la lengua de los mudos; porque las aguas robosarán en el desierto, y correrán arroyos en la soledad; pues que realmente ciego, sordo, cojo y mudo es el pecador antes de su conversión, ó más bien antes que el agua de la Divina

(1) Vocatus, et clamatus, et reperti sumus latentes meos; conversasti, splendisti, et fulgasti: cessabant tenebrae, flagasti, et duci cepimus, et habito tibi. Gustavi, et esurio, et sitio. Tenebris non es, et exiisti in pacem vitam. Lib. Confess.

La mano del Señor estuvo sobre mí, dice el mismo Profeta, y me sacó fuera en espíritu del Señor, y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos, é hice me dar una vuelta al rededor de ellos: estaban en grandísimo número tendidos sobre la superficie del campo, y secos en extremo. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿crees tú acaso que estos huesos vuelvan á tener vida? Yo le contesté: Vos lo sabéis. Señor Dios: *Eti hominibus, putamus vivent ossa ista? Et dixit Dominus Deus, in quati.* (XXXVII. 3). Y él me dijo: Profetiza acerca de estos huesos, y los dirás: Huesos áridos, escuchad la palabra de Dios: *Et dixit mihi: Vaticinare de ossibus istis, et dices eis: Ossa arida, audite verbum Domini.* (XXXVII. 4). Profetizé, pues, como me lo había mandado, y el espíritu entró en los muertos, y resucitaron: *Et ingressus est in ea spiritus, et vixerunt.* (XXXVII. 10). Y él me dijo: Hijo de hombre, todos esos huesos representan la familia de Israel; ellos (*los hebreos*) dicen: Secáronse nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza, y nosotros somos ya ruinas cortadas. Por tanto profetiza, y los dirás: He aquí lo que dice el Señor Dios: Yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré fuera de ellas, y os conduciré á la tierra de Israel. Y sabreis que soy el Señor, cuando yo habré abierto vuestras sepulturas, y os habré sacado de ellas, y habré infundido en vosotros mi espíritu, y tendréis vida y os haréis descansar en vuestra tierra; y sabreis que yo, el Señor, hablo y lo puse por obra, dice el Señor Dios. (XXXVII. 11-14).

Todos estos prodigios se cumplen de un modo más admirable todavía, en el alma del pecador que se convierte....

No tienes que holgarte por tu ruina, ó tu, enemiga mía, que todavía yo volveré á levantarme, dice el profeta Miqueas; y cuando estuvieres en las tinieblas del cautiverio, el Señor será tu luz: *Ucrudi, consurgam; cum sederem in tenebris, Dominus lux mea est.* (VII. 8).

Dios se volverá hacia nosotros, dice el mismo Profeta, y nos tendrá compasión; sepultará en el olvido nuestras iniquidades, y arrojará á lo más profundo del mar todos nuestros pecados: *Revertetur, et miserabitur nostri; deponet iniquitates nostras, et proiciet in profundum maris omnia peccata nostra.* (VII. 19).

Si te convirtieras al Todopoderoso, dijo Elifaz á Job, serás restablecido y mejorarás de tu moral la culpa: *Si reversus fueris ad Omnipotentem, edificaberis, et longe facies iniquitatem á tabernaculo tuo.* (XXII. 22-23).

Lavos, dijo el Señor por medio de Isaías, purifícase, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar mal, aprended á hacer bien, buscad lo que es justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad á la viuda. Y comed y argüidme: Aunque vuestros pecados os hayan tenido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve; y aunque fueren teñidas de encarnado como el vermeón, se volverán del color de la lana más blanca. (I. 16-18).

¡Cuántas maravillas en una verdadera conversión!

¡O milagro, exclama S. Agustín, ó misericordia! Mirad: ayer este hombre vivía dado á la embriaguez; hoy es un modelo de sobriedad: ayer era una sentina de impureza; hoy está lleno de modestia: ayer era un blasfemo; hoy alaba á Dios: ayer era esclavo de la criatura; hoy es fiel servidor del Criador. (*In Psal. LXXXVIII.*) Ayer era una bestia feroz; hoy es un cordero; ayer despreciaba, insultaba, maltrataba, maldecía á los pobres; hoy les respeta, les honra, les ama, les cuida, les bendice y se despoja por ellos. Estos son grandes milagros; y ¿quién los produce? La gracia omnipotente de la conversión....

Si alguno se purificare de estas cosas, dice S. Pablo, será un vaso de honor, santificado y útil para el servicio del Señor, preparado para todas las buenas obras: *Si quis se emundaverit, erit vas in honorem sanctificatum et utile Domino, ad omne opus bonum paratum.* (II. Tim. II. 21).

¿Qué eran los Apóstoles antes de bajar el Espíritu Santo?

El día de Pentecostés oyóse de repente un ruido del cielo. Ruidos los Apóstoles, vieron como unas lenguas de fuego que se dividieron y descendieron sobre cada uno de ellos; y todos quedaron llenos del Espíritu Santo. (*Act. I. 2-4*).

¡Qué obrero es el Espíritu Santo! exclama S. Gregorio: instruye en un instante, y enseña todo lo que quiere. Desde que está en contacto con la inteligencia, ilumina; sólo su tacto es la ciencia misma. Desde que ilumina, cambia el corazón: este corazón renuncia de repente á sus afecciones de la tierra, y no es ya el mismo. Reflexionemos en qué estado encuentra á los santos Apóstoles, y lo que hace de ellos! Pedro, que temblaba á la voz de una criada, y que renegaba de su Maestro, se alegra en medio de los golpes, en las cadenas, en las cárceles: es más fuerte que el mundo entero. (*In Act. apost.*).

Ved á S. Pablo que sólo respira amenazas y sangre: *Spirans minarum et crucis.* (Act. IX. 4). Saulo, ¿por qué me persigues? le dijo Jesucristo. — ¿Qué querrás que haga, Señor? Saulo, Saulo, ¿quid me persequeris? — Domine, ¿quid me vis facere? (Act. IX. 4-6). Ya se preparó á obedecer, dice S. Agustín, aquel que se excomulgó de rabia y anhelaba perseguir; ya el perseguidor se transforma en predicador; el loco se convierte en cordero; el enemigo en un defensor: intrépido: *jam parat se ad obediendum, qui prius succubabat ad persequendum; jam formatur ex persecutore predicator, et lupus opus ex hoste miles.* (Serm. XIV. de Sanct.).

Como el infierno, Saulo no suspiraba sino por la muerte y el martirio de los fieles; cambiado ya en Pablo, se convierte en modelo de todas las virtudes, y no respira más que la gloria de Dios y la salud del universo. Poco antes, quería hollar el nombre de Jesucristo y destruir á todos los cristianos; ahora, he aquí que sólo desea morir por ellos, y no deja de consagrarles su

La conversión de un pecador es la mayor de las gracias; en el más admirable de los milagros.

vida, exponiéndose á las fatigas de los viajes, á los trabajos, á las persecuciones, al hambre, á la sed, á las cárceles, á las cadenas, á las flagelaciones, á los naufragios, á los peligros, á los tormentos y á mil muertes para extender el reino de Jesucristo y de su Iglesia: de tal manera que parece transformado enteramente en Jesucristo y puede muy bien decir: Jesucristo es mi vida, y la muerte es para mí una ventaja: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrium.* (Philipp. 1. 21). Vivo, y no soy yo el que vive, sino Jesucristo el que vive en mí: *Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20).

El cordero muerto por sus ovejas, dice S. Agustín, cambió en cordero á Pablo que era un lobo. *Ab Agno pro ovibus mortuo, fit oviculus de lupo.* (Serm. XIV. de Sanct.).

Manifestaré á Pablo, dijo Jesucristo, cuánto habrá de sufrir por mí nombre: *Ego ostendam illi quanta oporteat eam pro nomine meo pati.* (Act. IX. 16).

El que se esforzaba en borrar el nombre de Jesucristo, dice S. Agustín, debe ahora sufrir para honra de este divino nombre. ¡O misericordioso castigo! *Quam faciebat contra nomen, patitur pro nomine.* ¡O avaricia misericordiosa! (Ut supra).

Pablo queda abatido y convertido; recobra al punto la vista, está lleno de fuerza; predica Jesucristo..... No tiene vergüenza de su cambio, dice S. Crisóstomo; no teme renunciar á lo que antes constituía su gloria: *Non erubescit mutationem, neque formidabat destruere ea in quibus antea clarescebat.* (De Landib. S. Pauli).

Bajo todos conceptos la conversion de las naciones paganas es el mayor de los milagros. Es el mayor de los milagros: 1.º bajo el punto de vista del asunto: son hombres orgullosos, carnales, crueles, bárbaros é indisciplinados los que se someten á la cruz de Jesucristo.....; 2.º bajo el punto de vista de los motivos que hacen obrar el milagro: la conversion y la santidad cristiana consisten en la mortificacion de los sentidos y de las pasiones, en la humildad, en la castidad, la paciencia, el amor á los enemigos, y otras virtudes que repugnan á la naturaleza corrupta.....; 3.º bajo el punto de vista de los instrumentos: es obra de doce pescadores, pobres, despreciables, ignorantes, groseros, sin apoyo, sin dinero y sin elocuencia.....; 4.º en fin bajo el punto de vista del objeto: tiene por objeto, no la gloria de la tierra, sino la gloria celestial; por el camino de las cruces, á pesar de las inclinaciones de la naturaleza, por el camino de las cruces, á pesar de las pruebas y de toda clase de privaciones.....

Explicando el capítulo séptimo del Evangelio de S. Lucas, que cuenta como arrojó Jesús un demonio del cuerpo de un mudo, dice el venerable Beda: Tres milagros se obraron en este hombre: era ciego, y vió; mudo, y habló; poseído del demonio, y quedó libre. Estos tres milagros se repitieron cada día en la conversion de

los pecadores: el demonio es arrojado; reciben la luz de la fe; y su boca, que estaba muda, se abre para alabar á Dios (1).

Convertir á un pecador por medio de la enseñanza y de la oracion, dice S. Gregorio, es un milagro más portentoso que resucitar á un muerto: *Majus est miraculum predicationis verbo et orationis solatio peccatorem convertere, quam mortuum suscitare.* (Lib. III. Dialog., c. XVII). En efecto: el muerto no pone obstáculos á su resurreccion; en tanto que el pecador endurecido opone á los esfuerzos del apóstol su perversa voluntad. Es mayor milagro, dice en otra parte el mismo Santo, conover la obstinacion de un pecador, que hacer vibrar el rayo. (Ut supra).

La justificacion del impio, dice S. Agustín, es una obra mayor, más difícil, más divina que la creacion del universo: *Justificatio impii majus, difficilius et divinius est opus, quam creatio universi.* (Homil.).

¡Qué grande es, exclama el Eclesiástico, qué grande es la misericordia del Señor, y la clemencia que ejerce en favor de los que se convierten á él! *Quam magna misericordia Domini, et propitius illius convertentibus ad se!* (XVII. 28). Esta misericordia no puede concebirse ni expresarse; porque es inmensa, incomprendible, infinita.....

Quereis tener una idea de la extension de la misericordia de Dios hacia el pecador á quien perdona? 1.º Medid la grandeza de los suplicios del infierno que el pecador ha merecido...; 2.º considerad la bajeza y las miserias del hombre que ofende á Dios: la misericordia divina las absorbe como el mar absorbe una gota de lluvia; el abismo de nuestra miseria llama al abismo de la misericordia...; 3.º estadid la multitud y la enormidad de los pecados que el hombre ha cometido: la misericordia de Dios es infinitamente mayor, no sólo porque borra la mancha que han impreso en el alma, y la injuria que han hecho á Dios, por mas numerosos y graves que sean por otra parte; sino tambien, y sobre todo, porque pone en lugar suyo la gracia y la amistad de Dios, y hace del pecador un hijo y heredero del Padre celestial asegurándole la gloria eterna.

Añadid que la gracia de la conversion perdona siempre al penitente, primero parte de la pena, y luego toda la pena debida al pecado. Digamos pues con el Rey Profeta: Las misericordias del Señor son superiores á todas sus obras: *Misericordias ejus super omnia opera ejus.* (CXIV. 9).

¡O infinita misericordia de Dios! exclama S. Crisóstomo. Cuando el mundo entero estaba bajo el yugo del pecado, vino el Criador del universo, y alejó las causas del pecado, y las hizo desaparecer, á fin de que ninguno en el porvenir pudiese desesperar

(1) Tunc cum esset in quo homines perierant erant: Coecus videt, mutus loquitur, possessus à demonio liberatur. Quod quoniam completur in conversione peccatorum, ut, ex ipso peccato dimittitur, cum tunc respiciat deinde ad homines. Tunc liberatur prius qui liberantur.

de su salvación. Si sois impíos, pensad en el publicano; si sois impuros, ved el perdón concedido á la mujer adúltera; si sois homicidas, considerad al ladrón clavado en la cruz; si estais cubiertos de crímenes, pensad en Pablo el perseguidor, primeramente enemigo cruel de Jesucristo, y luego predicador del Evangelio; primeramente cubierto de pecados, y luego dispensador de las gracias de Dios; primeramente zizania, luego espiga de trigo; primeramente leño hambriento, y luego pastor del rebaño fiel; primeramente vil plomo, y luego oro puro; primeramente pírala, y después admirable piloto. ¿Qué es el pecado en presencia de la misericordia divina? Una telaraña que nunca resiste al viento: *Quid enim est peccatum ad misericordiam? Tela aranea, que, vento flante, nusquam comparet.* (Homil. II. in Psal. L. et in Serm. V.).

¿Quién no ha de admirar, dice Casiano, la operación milagrosa de Dios en la conversión de los pecadores, y no ha de exclamar con todo el afecto de su alma: He sabido que Dios es grande cuando ha visto que de un avaro hacia un prodigo, de un voluptuoso un hombre casto, de un orgulloso un hombre humilde, de un ser débil y delicado un hombre mortificado y un soldado invencible, de un amigo de la opulencia y de los placeres, un penitente que ayuna y se priva de todo para aliviar á los pobres? Estas son seguramente las más admirables obras de Dios; estos son los más grandes prodigios que ha obrado en la tierra. (*Lib. Justific.*).

¿Quién de entre vosotros, dice Jesucristo, si tiene cien ovejas y pierde una, no deja las noventa y nueve para ir á buscar la que ha perdido hasta que la encuentra? Y cuando la ha encontrado, la pone sobre sus hombros lleno de alegría. Y llegando á su morada, reúne á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que habia perdido. (*Luc. XV. 1-6*). En verdad os digo que habrá más alegría en el cielo por un sólo pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan hacerla: *Dico vobis, quod ita gaudium erit in celo super uno peccatore penitentem agente, quam super novaginta novem justis qui non indigent penitentia.* (*Luc. XV. 7*).

Recita yo de ti este gozo en el Señor, dice S. Pablo á su discípulo Filémon: da en nombre del Señor este consuelo á mi corazón: *Infice cor meum in Domino.* (I. 20). Es lo que sucede cuando un pecador se convierte. El pecador experimenta una felicidad, una paz indecibles. La Iglesia, esta tierna madre, derrama lágrimas de alegría: como el padre del prodigo, recita á este hijo extraviado, lo abraza, le oprime en su seno maternal, le despoja de sus andrajos, le adorna con vestidos espléndidos, mata al bocado gordo, etc., y exclama: Mi hijo habia muerto, y ha resucitado; lo habia perdido, y lo he vuelto á encontrar: *Filius meus mortuus erat, et resurrexit, perierat, et inventus est.* (*Luc. XV. 24*).

Esta consuelo, dice S. Pablo, da en nombre del Señor.

Pecando y doliéndose á sí mismo, el hombre entristece á la Iglesia: convirtiéndose, llena de consuelos el corazón de esta tierna madre, como la vuelta del hijo prodigo llena de consuelo el corazón de su padre.

La paz reina en el alma del pecador que vuelve de sus extravíos: *Factus est in pace locus ejus.* (Psal. LXXV. 3). Dios abunda su caridad con las dolencias de la paz: *Loquetur pacem in eos qui concubantur ad eam.* (Psal. LXXXIV. 9). El Señor sacia el alma que ha renunciado las cosas del mundo: la sacia con bienes, á ella que está hambrienta y deseosa de volver en sí misma: *Satiabit animam inanimam; et animam esurientem satiat bonis.* (Psal. CXLV. 9). Señor, puede decir el pecador convertido: me habeis indicado el camino de la vida; me colmáis de alegría manifestándome vuestro rostro; en vuestra diestra están las delicias de la eternidad. (*Psal. XV. 44*).

Cuando el Señor, añade el Salmista, libre á Sion de su cautiverio, estaremos llenos de alegría: *In convertendo Dominus captivitatem Sion, facti sumus consolati.* (CXV. 4).

En el momento de la conversión es cuando el Señor consuela el alma, repara todas sus ruinas, fertiliza aquel desierto, y hace de él su jardín predilecto; le inspira alegría, acciones de gracias y cánticos de alabanzas. (*Isa. LI. 3*). Entonces es cuando el pecador exclama con S. Agustín: Hermosura siempre antigua y siempre nueva, ¡qué tarde he empezado á amarte! (*Lib. Confess.*).

Hombres ciegos, envenenados en el vicio, que buscáis vuestra felicidad en los placeres insensatos de la carne y del mundo; ¡ah! si conocierais los dones de Dios, las castas é incomparables delicias que disfruta un corazón que renuncia el mundo y á sus engañosos placeres, y que se da á Jesucristo con una sincera conversión, ¡qué viles y despreciables os parecerían entonces el mundo, sus alegrías, sus riquezas y honores! Exclamariáis con el Rey Profeta: Un día pasado en vuestra morada vale más que mil, Señor, bajo las tienditas de los pecadores: *Melior est dies una in atria tuis super mille.* (LXXXIII. 11).

El pecador reconciliado con Dios puede decir con S. Pablo: Jamás he visto el ojo, jamás he percibido el oído, jamás he imaginado el corazón del hombre lo que Dios reserva á los que le aman: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, que preparavit Deus ut qui diligunt illum.* (I. Cor. II. 9).

El mundo corrompido, los pecadores endurecidos, no conocen ni conciben estos inefables consuelos; no comprenden más que las cosas terrenas, y no las de Dios, dice S. Pablo: *Animalis homo non percipit ea que sunt spiritus Dei.* (I. Cor. II. 14). El Padre celestial, dice Jesucristo, oculta estas maravillas á los sabios y á los prudentes del siglo, y no las revela más que á los pequeños. (*Matth. XI. 25*). Las oculta á los pecadores orgullosos que no quieren convertirse; pero las revela á los pecadores que se humillan y piden gracias....

El fin con-
vertirse.

Un pecador que no quiere convertirse, está sin Jesucristo, dice S. Pablo; pero el que desea su conversión, está en Jesucristo: estaba apartado de Dios; y se acerca a él por la sangre del Salvador: *Eratis sine Christo; nunc autem in Christo Jesu: vos qui eratis longe, facti estis prope in sanguine Christi.* (Eph. XI. 12-13).

Una gracia extraordinaria descansaba en el corazón de los primeros fieles, dicen las Actas de los Apóstoles: *Et gratia magna erat in omnibus illis.* (IV. 33). ¿No tenemos las mismas gracias para convertirnos? Las gracias no nos faltan; nosotros somos los que faltamos. Tenemos la enseñanza, la palabra de Dios, su ley, sus inspiraciones, los Sacramentos, el recordamiento, etc. No seamos ciegos, ni sordos, ni mudos, y nos convertiremos....

Imitemos a los Thesaloniceuses, que tanto se habían aprovechado de las gracias que les había llevado S. Pablo. Vosotros mismos sabéis, les decía aquel gran apóstol, que nuestra llegada entre vosotros no ha sido sin fruto: *Ipsi scitis, fratres, introitum nostrum ad vos, quia non inanis fuit.* (I. II. 4).

La gracia de Dios Salvador nuestro se ha revelado a todos los hombres, escribe el gran Apóstol a su discípulo Tito: *Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus.* (II. 11); para enseñarnos a renunciar a la impiedad y a los deseos del siglo, y a vivir en el siglo con templanza, justicia y piedad: *Erudiens nos, ut abnequantes impietatem, et secularia desideria, sobrie et iuste, et pie vivamus in hoc seculo.* (Id. II. 12).

Basta querer convertirse.... El que quiere, puede.... Si oís hoy la voz de Dios, no se endurezcan vuestros corazones: *Hodie ei cecitatem ejus audiveritis, nolite obdurare corda vestra.* (Psal. XCIV. 8).

Aí que el pródigo hubo dicho: Me levantaré e iré a mi padre: *Surgam, et ibo ad patrem meum.* (Luc. XV. 18); se levantó y se puso en camino: *Et surgens venit ad patrem suum.* (Id. XV. 20).

Sabemos, dice S. Pablo a los Romanos, que el tiempo corre y que ha llegado ya la hora de despertarnos de nuestro entorpecimiento: *Et hoc scientes tempus, quia hora est jam nos de somno surgere.* (III. 11). Os conjuramos en nombre de Jesucristo para que os apresuréis a reconciliarnos con Dios, escribe el mismo apóstol a los Corintios: *Obsecramus pro Christo reconciliamini Deo.* (II. V. 20). Os exhortamos a que no recibais en vano su gracia; porque dice el mismo por boca de Isaias: Os he oído en tiempo favorable, os he socorrido en el día de la salvación. He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí ahora el día de la salvación (1). Apresuremosnos a purificarlos de todas las manchas del cuerpo y del espíritu (2).

Levantados, vosotros que dormís, salid de entre los muertos, y Je-

(1) Exhortamini in hoc tempore gratiam Dei recipitis; ut cito. Tempore oportuno exaudietis, et in die salutis salvati eritis. Ecce nunc tempus acceptabile, ecce jam dies salutis. II. Cor. VI. 1-2.

(2) Mundemus nos in omni temptatione carnis et spiritus. II. Cor. VII. 1.

suicristo os iluminará, prosiguiendo diciendo el Apóstol a los Efesios: *Surgite, qui dormitis, et exurge a mortuis; et illuminabitur Christus.* (v. 14). Lavámonos, pecadores, es el día de la gracia; Jesucristo, sol de justicia, se ha levantado para vosotros....

Años cada día unos a otros, escribo a los Hebreos, mientras dura lo que la Escritura llama hoy, no sea que alguno de vosotros, seducido por el pecado, caiga en el endurecimiento (1).

Levántate preso, dijo el ángel a Pedro que estaba atado y en la cárcel; y al punto se le cayeron las cadenas de las manos: *Surgit celatiter; et ceciderunt catene de manibus eius.* (Act. XII. 7). Tómate vuestro calzado, vuestro cinturón y vuestro vestido, y seguidme: y Pedro, saliendo, le seguía. Mas, después que hubieron pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad, y se abrió por sí sola delante de ellos. (Act. XII. 8-10). Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora veo que el Señor ha enviado a su ángel, librándonos de las manos de Herodes y de la expectación de todo el pueblo judaico. (Act. XII. 11).

Porque Pedro se levanta inmediatamente, quedan rotas sus cadenas; se abre la cárcel, toma su calzado, su cinturón, su vestido, sigue al ángel, pasa la primera y la segunda guardia, la puerta de hierro gira sobre sus goznes; es la puerta que conduce a la ciudad. Vuelto en sí, reconoce que el Señor ha enviado a su ángel y le ha librado de la mano de sus enemigos.... Añadamos ahora que todas estas maravillas tienen lugar en el pecador que no dilata su conversión. Caen las cadenas de sus pecados y de su dura esclavitud: la cárcel del infierno se abre y suelta su víctima; toma el calzado de la verdad, el cinturón de la pureza, el vestido de la gracia y de Jesucristo; escucha y sigue a su ángel custodio, los santos pensamientos, las saludables inspiraciones; atraviesa los obstáculos del mundo y de la concupiscencia; cede la puerta del endurecimiento y se dirige a la ciudad eterna. Reconoce la mano y bondad de Dios; está lleno de reconocimiento, y como Pedro, proclama las maravillas de la misericordia divina. Está libre de sus enemigos, y ya ha llegado a Dios.

Es preciso imitar a David: Ya lo he dicho, exclama este profeta, ahora empiezo a convertirme, vuelvo a Dios sin dilación; este cambio, lo conozco, es verdaderamente obra de la diestra del Altísimo: *Et dixi: Nunc capi, hac iniunctio dextra Excelsi.* (LXXVII. 11).

Podría decirse; aunque en otro sentido, al pecador que dilata su conversión, lo que Alejandro obispo de Alejandría decía a S. Atanasio que huía del episcopado por temor y humildad: *Fugis, Athanasii; ad nos effugies.* Atanasio, huís; pero no os escaparéis. Pecadores, huid de Dios que os llama, que quiere que volváis a él; ¡pues bien! no os escaparéis del Dios vengador que ha de juzgaros y condenaros: *Fugis; at non effugies.*

(1) Adhortamini conversionem per singulos dies, ne quis forte seducatur, et non abluatur, qui non habet salutem. III. II.

Jesucristo está ahora á la puerta de vuestro corazón, llama, quíere entrar en él para purificarle, para colmarle de gracias y cam-biarle en paraíso; abridle este corazón enfermo, manchado y as-queroso; mañana quizás sería demasiado tarde....

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?—¿Quién sois, Se-ñor?—Yo soy Jesús Nazareno á quien tú persigues.—Señor, ¿qué quereis que haga?—Levántate, véte á Damasco, y allí se te dirá todo cuanto debes hacer....

Y ahora, Saulo, díes Ananías, ¿qué aguardas? Levántate, reci-be el bautismo y purifícale de tus pecados, invocando el nombre del Señor. (Act. XIII. 7-8-10-16).

Pecadores, Dios os dice como á Saulo: ¿Por qué me perseguís? Tened la prontitud de voluntad de este recién convertido, y exclamad: Señor, ¿qué quereis que haga? No faltará un caritativo Ana-nías que os diga: Levantaos de la tumba de vuestras iniquidades, recibid el bautismo de la penitencia, y purifícaos de vuestros pecados, invocando al Dios que perdona....

Pecadores, díes el Eclesiástico, tened piedad de vuestra alma, haciéndoos agradables á Dios con una conversión pronta y sincera: *Miserere animam tuam, placens Deo.* (XXX. 24).

El que quiera hacer limosna, dice S. Agustín, debe empezar por sí mismo. En su infinita bondad, Dios no sólo nos aconseja sino que nos conjura que salgamos del triste estado del pecado mortal. Escuchémosle, no sea que más tarde, en el día del juicio, no quie-ra escucharnos. Oigámosle cuando nos dice por medio del Profeta: Tened piedad de vuestra alma, haciéndoos agradables á Dios. ¿Qué responderéis á esta apremiante invitación? Dios os conjura que ten-gais piedad de vosotros mismos; y no quereis! *Deus te rogat ut tui misereris; et non vis! Aboga por vuestra causa ante vosotros; y nada puede alcanzar! Cauam tuam apud te agit; et d. te non po-tes impetrare!* ¿Cómo habrá de prestar atención á vuestras súplicas, cuando le imploreis en el día del juicio, si os negais á escu-charle ahora que os ruega tengais lástima de vosotros? *Et qui-modo te audiet ille in die iudicii supplicantiem, cum tu cum pró-terito nolueris muliere rogantem?* (Homil.).

Es muchísima malicia, dice S. Bernardo, no tener piedad de vos-otros y rechazar la confesión, que es el remedio único después del pecado; guardar en vuestro seno un fuego que os devora, en vez de apresurarse á arrojarlo lejos; no dar oídos, atenta y docilmente, al profeta que os da este sabio consejo: Tened piedad de vuestra alma; tratad de agradar á Dios. ¿Con quién puede ser bueno el que es cruel consigo mismo? (1).

(1) *Magna reuera inobis tui te non miserari, et solum post peccatum remissionis con-fessionis á teipso repellere; ignemque in sinu tuo involvere, potius quam excutere; nec prebere auribus oñibus quibusque qui ait: Miserere animam tuam, placens Deo. Proinde, qui sola negavit, et d. locus? Epist.*

Hijo, cuando estés enfermo, no desuécides de ti mismo, ántes bien haz oración al Señor; y él te curará: *Fili, in tua infirmitate non desicias te ipsum, sed ora Dominum; et ipse curabit te.* (Ecol. XXVIII. 9).

Lavaos, pues, díes el Señor por boca de Isaías, purifícaos, apartad de mí vista la malignidad de vuestros corrompidos pensamientos; cesad de obrar mal: *Lecamini, mundi estote, auferite malum cogitationum vestrarum ab oculis meis; quiescite agere perverse.* (I. 16).

Oh prevaricadores, entrad en vosotros mismos: *Redite, prevari-catores, ad cor.* (Isai. XLVI. 8).

Levántate, levántate; ármate de fortaleza, oh brazo del Señor, únade Isaías: *Consurge, consurge, induere fortitudinem brachium Domini.* (LI. 9). Levántate, levántate; ármate de tu fortaleza, ó Sion; vistete los vestidos de gala, ó Jerusalem, ciudad del Dios Santo; porque ya no volverá en adelante á pasar por medio de tí incircunciso ni inmundo (1).

Alzate del polvo, levántate, Jerusalem; levántate, toma aliento; rompe las cadenas del cautiverio, oh esclava hija de Sion. Hé aquí lo que dice el Señor: De balde fuisteis vendidos, y seréis rescatados sin dinero (2).

Buscad al Señor en tanto que puede ser hallado; invocadle mien-tras está cercano: *Quarite Dominum dum inveniri potest; invocate eum dum prope est.* (Isai. LV. 6). Oid cómo comenta S. Bernardo estas palabras de Isaías: Notad, nos dice, que hay tres causas que impiden que hallen á Dios los que le buscan: No le buscan en el tiempo preciso, ó no lo buscan como deben, ó bien en donde es menester (3).

Que abandone su camino el impio, díes Isaías, y el hombre inícuo sus pensamientos; que vuelvan al Señor; y tendrá lástima de ellos; que vuelvan: el Señor es rico en misericordia (4).

Levántate, oh Jerusalem, prosigue Isaías, recibe la luz; porque ha venido tu lumbrera y ha nacido sobre tí la gloria del Señor: *Surge, illuminare, Jerusalem; quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta es.* (LX. 1).

Animo, ó pecadores que hasta ahora estuvisteis sepultados en las tinieblas del pecado y del olvido de Dios; habéis estado echados, y dormisteis en el lecho de todas las iniquidades; habéis estado en-cerrados en la cárcel del demonio, y habéis sufrido el cautiverio del infierno. Animo, levantaos, salid de este sueño y de esta cárcel;

(1) *Consurge, consurge, induere fortitudinem tui, Sion; et induere vestimenta glorie tue, Jerusalem; exite Sion; quia non possidet ultra et pertransit per te incircuncisus et immundus. Act. 1.*

(2) *Excutere de pulvere, consurge, sion, Jerusalem; solvo vincula cordi tui, captiva filia Sion. Quis hunc dixit Dominus? Gratias agimus tibi, es, et sine argento redimimur. Luc. XII. 2-3.*

(3) *Attende tres causas quare invocant fratres solent, cum non videlicet tui in tempore quicquid, non autem oportet, nec autem ubi oportet. Epist.*

(4) *Heretiqui malum viam sicut, et vir iniquus cogitationes suas, et revertatur ad Dominum; et misericordia eius est ad Domini iniquum, quoniam nihil est ad ignoscen-dum. Luc. LV. 2.*

mirad; recibid la luz de Dios y de su gracia; despertad, levantad la cabeza, abrazos con vuestras dos manos a la cruz de Jesucristo vuestro Salvador, que os ofrece el uso de la vista, la libertad y la alegría; sed ilustrados, recibid como un espejo la luz de la fe, del arrepentimiento y de la gracia, a fin de que quedéis transformados y que con el cambio de vuestra vida y vuestros buenos ejemplos seáis también vosotros astros esplendorosos.

Jerusalén, exclama el profeta Baruch, desnúdate del vestido de luto correspondiente a tu aflicción, y vistete del esplendor y magnificencia de aquella gloria perdurable que te viene de Dios: *Eripe te, Jerusalem, stola tuctus et unctionis tue: induet te decore et honore eius, quia a Deo tibi est sempiterna gloria.* (V. 4). El Señor te revestirá con un doble manto de justicia, y pondrá sobre tu cabeza una diadema de honor sempiterna: *Circumdabit te Deus diploide iustitie, et imponet mitram capiti honoris eterni.* (Id. V. 2).

Convertos, dice el profeta Ezequiel, y haced penitencia de todas vuestras maldades; y no sería ésta la causa de vuestra perdición: *Convertimini, et agite penitentiam ab omnibus iniquitatibus vestris: et non erit vobis in ruinam iniquitas.* (XVIII. 30).

Ahora pues, dice el Señor, convertíos a mí de todo vuestro corazón con ayunos, con lágrimas y con gemidos. Rasgad vuestros corações, y no vuestros vestidos. (Joel. II. 12-13).

Aún cuarenta días, y Nínive quedará destruida: *Adhuc quadraginta dies, et Nínive subvertetur.* (Jonas, III. 4). Es pues preciso que nos apresuramos.... A ejemplo de los Nínivitas, dejad de pecar, haced penitencia.... Entonces Dios retirará sus amenazas, y os perdonará...

Pecadores, que debierais haber muerto para el pecado, ¿cómo perseveráis en tan horrible estado? dice el gran Apóstol: *Qui enim mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivemus in illo?* (Rom. VI. 2).

¡Ah! lejos de perseverar en el mal, reconozcamos con S. Agustín nuestra desgracia por no haber amado antes a Dios; ¿cuánto he tardado en amaros, hermosura siempre antigua y siempre nueva, exclama; cuánto he tardado en amaros! *Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova; sero te amavi!* (Lib. Confess.).

En vez de continuar siguiendo por el camino del mal, dedíenos a comprender, con el Profeta, cuán amargo y malo es haber abandonado al Señor vuestro Dios: *Scito quia autum et amarum est reliquere te Dominum Deum tuum.* (Jerem. II. 19).

Si el justo, dice el Señor por medio de Ezequiel, se aparta de su justicia y comete la iniquidad y todas las abominaciones que suelen hacer el impío; ¿por ventura tendrá él vida? Todas las obras de virtud que había hecho, serán olvidadas, morirá en la prevaricación en que ha caído, y en el pecado que ha cometido (1).

(1) Si autem convertit se iustus a iustitiis suis, effecerit iniquitates, acceptum omnino abominacionibus suis, operatus autem fuerit iniquitatem, cumque fuerit iniquitatem, non servabitur: in prevaricatione sua, et in peccato suo quod peccavit, in quo mortuus est. XVIII. 24.

Si el justo que cae y no se levanta está perdido, ¿cuál será la suerte de aquel que siempre ha sido pecador y quiera serlo hasta el fin? ¿Qué! ¿queremos perseverar en la enemistad de Dios, en la esclavitud, en la muerte del alma, perder el cielo y hacernos maledores cada día más y más de un infierno eterno!...

El que vive en el pecado mortal, no vive, dice S. Agustín. Que muera para el pecado; a fin de no morir para la eternidad; que se convierta, para no ser condenado: *Qui male vivit, non vivit. Moriturus, ne moriatur, mutetur, ne damnetur.* (De Morib.).

Para convertirse, es preciso renunciar al pecado y dejarlo. La muerte nos separa de todo: la conversión, que es la muerte del pecado, debe también separarnos del pecado.

Así como Jesucristo resucitó de muerte a vida para gloria del Padre, dice el gran Apóstol, debemos también nosotros andar con una vida nueva: *Ut quomodo Christus correxit a mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vite ambulemus.* (Rom. VI. 4). Sabed que nuestro hombre viejo fue crucificado juntamente con él, a fin de que el cuerpo del pecado quede destruido en nosotros y que de hoy más ya no seamos esclavos del pecado, porque quien ha muerto de esta manera, queda ya justificado del pecado. Consideraos también como muertos al pecado por el bautismo, y que vivís ya para Dios en Jesucristo nuestro Señor (1).

Comentando estas palabras, dice S. Próspero: ¿Qué es morir para el pecado, sino dejar de vivir ya de acciones condenables, no escuchar más los deseos de la carne, no codiciar nada y ser como el que está muerto? Un muerto no dice mal de nadie, no desprecia a nadie, no tiene odio, no trata de inclinar a los demás al pecado, no daña a nadie, no es envidioso, no se burla de los afligidos, no obedece a la lujuria ni a la gula. (In Sentent.).

Así como habeis empleado los miembros de vuestro cuerpo en servir a la impureza, dice S. Pablo, y a la injusticia para cometer la iniquidad, de la misma manera debéis emplearlos ahora en servir a la virtud, a fin de santificaros (2). Dejemos pues las obras de las tinieblas, y revestámonos de las armas de la luz. Derrosgos de nuestro Señor Jesucristo, y no tratéis de contentar los antojos de vuestra sensualidad (3).

Purifíquenos de la levadura añeja, dice el mismo apóstol, a fin de que seáis una masa enteramente nueva: *Exurgate vena fermentum, ut sitis nova conspersio.* (I. Cor. V. 7). Formado de tierra, el pri-

(1) Mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivemus in illo? et doctrinam corpus peccati et alio non servamus. Quomodo autem vivemus in illo? et peccato, in quo etiam mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivemus in illo? (Rom. VI. 2-4).

(2) Sicut etiam vobis peccato servivimus, ita et iniquitatem ad iniquitatem, ita etiam vobis iniquitatem servivimus in iniquitatem. (Rom. VI. 12).

(3) Abiicite opera tenebrarum, et induite arma lucis. Tenebras tenebras servivimus in tenebras, et tenebras tenebras in tenebras. (Rom. XIII. 12-13).

Ita prout dicitur
per el peccatum.

®

mer hombre es el terreno; viniendo del cielo, el segundo es el celestial: así como hemos llevado impresa la imagen del hombre terreno, llevemos también la imagen del hombre celestial (1).

Que todo sea nuevo, corazones, voces y obras, dice Sto. Tomás: *Nova sint omnia, corda, voces et opera.* (Hymn. in Fest. Corp. Christi).

Jesucristo ha muerto, dice S. Anselmo, para hacernos morir para el pecado, y ha resucitado con el objeto de hacernos resucitar para las obras de justicia (2).

Jesucristo, dice S. Pablo, ha muerto por todos, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos (3). Si alguno está en Jesucristo, ya es una criatura nueva; lo viejo que había en él, ha desaparecido, y todo viene á ser nuevo, pues que todo ha sido renovado: *Si qua ergo in Christo nova creatura, vetera transierunt: Ecce facta sunt omnia nova.* (II. Cor. V. 17).

Es preciso, dice á los Efesios, desnudarnos del hombre viejo, según el cual habéis vivido en otro tiempo, el cual se corrompe siguiendo la ilusión de las pasiones. Renovaos en el interior de vuestra alma, y revestidos del hombre nuevo que ha sido criado á semejanza de Dios en justicia y en santidad verdadera (4).

Como Abraham, el que quiere convertirse, dice S. Jerónimo, debe salir de la tierra que habita, que es su cuerpo; debe dejar su parentela; debe abandonar á los Caldeos, que son los demonios, y habitar la región de las virtudes. (Comment.).

Renunciad á todos vuestros pecados, dice el Apóstol á los Colosenses: *Nunc autem deponite et vasa omnia.* (III. 8). Desnudaos del hombre viejo con sus acciones, y revestidos del nuevo: *Exspoliantes vos veterem hominem, et induentes novum.* (Coloss. III. 9).

San Bernardo dice con mucho acierto: Hay dos hombres, el antiguo, y el nuevo; el viejo Adán, y Jesucristo: aquel de la tierra, éste del cielo; la vejez nos representa Adán, la novedad á Jesucristo. Hay tres vejezes y tres novedades; porque hay la vejez del corazón, de la lengua y de la carne, y así pecamos de tres maneras, por pensamientos, por palabras y por obras. En el corazón se encuentran los deseos de la carne y de la tierra, el amor impuro y el amor del siglo; en la boca, la jactancia y la maledicencia; en la carne, la concupiscencia y el pecado. Todo esto es la imagen del hombre viejo, y todo esto debe renovarse. El corazón se renueva excluyendo los deseos carnales y terrestres, y admitiendo el amor á Dios y á

(1) Primus homo de terra, terrenus; secundus homo de celis, celestis. Sicut portavimus imaginem terrenam, sic et imaginem celestem. I. Cor. XV. 47-49.

(2) Christus mortuus est et nos iniquitatem peccatis, et resurrexit, ut ad justitiam opera resurgeremus. De Similit.

(3) Pro omnibus mortuus est Christus: ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit. II. Cor. 5. 15.

(4) Desnudare vos secundum pristinam conversationem veterem hominem, qui corrumpitur, secundum desideria erroris. Removet autem spiritus sanctus vestrum, et subleat cuncta levitatem, que secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritate. IV. 22-24.

la patria celestial. La jactancia y la maledicencia deben dar lugar á la confesión sincera de los pecados que hemos cometido y al elogio del prójimo. La concupiscencia y los crímenes, esta vejez del cuerpo, deben desaparecer á su vez ante la continencia y la inocencia, de tal manera que estas virtudes aniquilen los vicios que le son contrarios. (Serm. XXV).

Señor, dice el Salmista, has librado de la muerte á mi alma, y preservado á mis pies de la caída, á fin de que pueda ser grato, á los ojos de Dios en la luz de los vivientes: *Eripisti animam meam de morte, et pedes meos de lapsu, ut placeam coram Deo in lumine viventium.* (LV. 13).

Apartate del pecado, endereza tus acciones y purifica tu corazón de toda iniquidad, dice el Eclesiástico: *Averte á delicto, et dirige manus, et ab omni delicto munda cor tuum.* (XXXVIII. 40). El Señor exige pues tres cosas para que una conversión sea perfecta: 1.ª que nos apartemos del pecado, esto es, que nos alejemos del espíritu y de la voluntad; y formemos la resolución de no pecar más; 2.ª que dirijamos nuestras manos para hacer buenas acciones; y 3.ª que purifiquemos nuestro corazón de toda iniquidad por la contrición, la confesión y la satisfacción....

Arrojad lejos de vosotros, dice Ezequiel, todas las prevaricaciones con que os habéis manchado, y formos un corazón nuevo y un nuevo espíritu (1).

Así como el viejo Adán, dice S. Bernardo, ha poseído al hombre entero y lo ha penetrado hasta el fondo de las entrañas, así también ahora Jesucristo, que todo lo ha curado, todo lo ha rescatado, y todo quiere glorificarlo, debe poseerlos enteramente: *Sicut fuit vetus Adam effusus per totum hominem, et totum occupavit, ita modo totum obtineat Christus, qui totum curavit, totum redemit, totum et glorificabit.* (Serm. XXV).

Habiendo perdido á Jesucristo, la Santísima Virgen y S. José volvieron al templo, y le hallaron en medio de los Doctores. Al encontrarle, sus padres quedaron maravillados, y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo líamos de aflicción te hemos andado buscando: *Ece pater tuus et ego dolentes querebamus te.* (Luc. II. 48). El alma que ha perdido á Jesucristo, debe buscarle: 1.ª con el dolor y las lágrimas de un corazón contrito; 2.ª con una gran solicitud y un gran celo; 3.ª debe buscarlo entre los Doctores, esto es, entre los hombres instruidos y piadosos....

Las dos alas con que el alma se dirige á Jesucristo, son la inteligencia ilustrada de Dios, y la voluntad excitada y afirmada por él....

Renunciando, dice el apóstol Santiago, á todas las impurezas

(1) Projice á vobis omnes prevaricationes vestras, in quas prevaricati estis; et facite vobis cor novum et spiritum novum. XVIII. 31.

Dice el alma la conversión del pecador y le da su gracia al pecador, á su vez, debe buscar su conversión y cooperar á la gracia.

y á todos los desarreglos, recibid con docilidad la palabra divina, que ha sido como sugerida en nosotros y que puede salvar vuestras almas (1).

Es preciso destruir el árbol silvestre que está en nosotros, ó ingerir el ramo cultivado, que es Jesucristo y la virtud. Este ingerto se arraigará mediante la savia divina de la gracia y de los santos sacramentos.

Rescindamos las cadenas del pecado y sacudamos lejos de nosotros el molesto yugo del demonio, dice el Salmista: *Dirumpamus vincula carnis, et propiciamus a nobis iugum ipsorum.* (II. 3):

Es preciso que el pecador diga con el Real Profeta: Compadosos de mí, Señor, según la grandeza de vuestra misericordia; y según la multitud de vuestras bondades, borrad mi iniquidad. Lavadme cada día mis ojos y más de mis manchas, y purificadme de mi pecado (2). No os acordéis más, Señor, de nuestras antiguas iniquidades; anticipase a favor nuestro vuestras misericordias; pues nos hallamos reducidos a una extrema miseria. Socorrednos, o Dios Salvador nuestro; y por la gloria de vuestro nombre libradnos, Señor, de todas nuestras necesidades (3).

Libró á los que yacían entre túneles y sombras de muerte, aherrajados en la aflicción y entre cadenas; pero clamaron al Señor en su angustia, y librólos de sus misérias: rompió sus cadenas (4).

Acercaos a Dios con ardientes deseos de convertirlos, y él se acercará a vosotros, dice el apóstol Santiago: *Appropinquate Deo, et appropinquabit vobis.* (IV. 8).

¿Queréis saber por qué camino nos acercamos á Dios? Es 1.º dejando al demonio, y resistiéndole; 2.º humillándonos; 3.º desearlo volver á Dios.... Mirad qué prodigio, hermanos míos! Dios S. Agustín: Dios habita en lo más alto de los cielos; si os eleváis, huye de vosotros; si os humilláis, baja á vosotros. (Hm!) Nos acercamos á Dios: 4.º por la penitencia...; 5.º por el amor á Dios, practicando obras de caridad; 6.º orando....

San Gregorio dice que los pecadores forman muchas veces buenas resoluciones, pero vuelven á caer en sus mismos pecados así que están tentados, porque su corazón no ha cambiado.

(2) Adjectives common immediately at abundance realties, in monentualino are
constitutions vestium, auribus et saltus culmine vestium. I. 29.

(2) *Microrus* *noti*. There occurred a maximum of 10000 eggs/l. water. It occurred just following the spawning period, 0-14 September 1969. A single larva was also collected then, and a second larva was collected on 15 September.

[illegible]

(4) *Solentes in laqueo et vincti manibus, vinctos in misericordia dei Tero. R. clamaverunt ad Dominum, cum tribulatione, et de succubatione cordium liberati eos. Psal. 124, 1-12.*

no se convierten a Dios seriamente. Quieren ser humildes, exclaman, pero a condición de que no se les desprecie; consistentes en contentarse con lo que tienen, pero a condición de que han de usar también de su superfluo; se proponen vivir castos, pero sin mortificar su carne; ser pacientes, pero sin sufrir pruebas. Quieren virtudes sin tomarse el trabajo de adquirirlas; no saben librar un combate en campo raso, y quieren triunfar de una ciudad fuerte. (Pastor.) Por el contrario, la humillación es el camino de la humildad, dice S. Bernardo; los sufrimientos conducen a la paciencia, la mortificación a la castidad, el ayuno a la sobriedad. (In Psal. I.

Nos alejamos de Dios de tres maneras, dice Hugo de S. Victor: por la vanidad, por la afección á uno mismo, y por la curiosidad hacia el prójimo. Volvemos á Dios con la confesión de nuestras faltas, con la compunción del corazón y la mortificación de la carne: es preciso que la verdad se encuentre en las palabras, la pureza en el alma, la sobriedad en la manera con que satisfacemos las necesidades del cuerpo. (*Lib. de Anima*).

Explicando aquellas palabras de S. Lucas (VII. 36): *Había en la ciudad una mujer criminal*; S. Gregorio dice: Esta mujer, entregada desde luego al libertinaje, usaba perfumes para agradar y atraer; pero luego puso a los pies de Jesucristo lo que había vergonzosamente empleado para adornar su cuerpo, y lo ofreció a Dios de un modo digno de elogios. Sus ojos habían deseado las cosas de la tierra, y ahora están llenos de lágrimas; su boca había pronunciado palabras de orgullo, y ahora besa los pies del su divino Maestro. Sacrifica todo lo que había servido para sus criminales placeres, y practica tantas virtudes como faltas había antes cometido. Quiere que todo lo que en ella había ofendido a Dios, manifieste la sinceridad de su penitencia. ¿Qué motivo alligaba a esta mujer a obrar así? El ardiente deseo de convertirse y de obtener misericordia.....

Acordaos, dice S. Pablo á los Hebreos, de aquellos primeros días de vuestra conversión en que, después de haber sido iluminados, habéis sostenido un combate de persecuciones y habéis sufrido grandes aflicciones. (X. 32).

Recordarán los beneficios del Señor, y volverán á él, dijo el Salmista: *Reminiscentur, et convertentur ad Dominum*, (XXI, 28).

Esto hizo que el hijo pródigo se levantara, saliese del lugar en que vivía en una profunda miseria, y volviese a su padre. Comparó el triste estado en que se hallaba con la felicidad que experimentaba en la casa paterna. Esta comparación le hizo reflexionar, y exclamó: ¡Oh! ¡cuántos cristianos tienen pan en abundancia en la casa de mi padre, mientras que yo, hijo suyo, estoy aquí pereciendo de hambre! *Et autem reversus, dixit: Quamtu mercari in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo!* (Luc. XV, 17).

17). ¡Qué dichoso era á su lado, y qué desgraciado soy lejos de él!... ¡Qué dichoso era en la época de mi primera comunión y cuando me acercaba á menudo á la sagrada mesa, etc!... ¡Cuán desgraciado soy, al contrario, desde que habiendo abandonado á mi Dios, los Sacramentos y la oración, me he lanzado en la vía criminal de las pasiones engañosas!... *Surgam, et ibo ad Patrem meum. No; yo iré á mi Padre y le diré: Padre mío, pequé contra el cielo y contra ti.*... (Luc. XV. 18).

Señor, dice el Real Profeta, rompisteis mis cadenas; á Vos ofreceré yo un sacrificio de alabanza, é invocaré el nombre del Señor: *Dirupisti vincula mea: tibi sacrificabo hastiam laudis, et nomen Domini invocabo.* (CXV. 46-47).

No olvidemos, dice S. Pablo á los Romanos, que Jesucristo resucitado de entre los muertos no muere ya otra vez, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre él: *Scientes quod Christus resurgens ex mortuis jam non moritur; mors illi ultra non dominabitur.* (VI. 9).

Habiendo quedado libres del pecado, os habeis hecho esclavos de la justicia: *Liberati á peccato, servi facti estis justitie.* (Rom. VI. 18).

Pudiendo cantar sobre la derrota de la muerte este cántico de resurrección: O muerte, ¿dónde está tu victoria? Inferno, ¿dónde está tu aguijón? jamás hemos de entrar en su imperio entregándonos al pecado....

En otro tiempo no errais sino tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Y así proceded como hijos de la luz: *Eratis aliquando tenebræ; nunc autem lux in Domino: ut filii lucis ambulate.* (Ephes. v. 8).

Si habeis resucitado con Jesucristo, buscadlo, que está en el cielo, en donde está sentado á la diestra de Dios; saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra: *Si conxurrestis cum Christo, qua sursum sunt, querite, ubi Christus est in dextera Dei sedens; qua sursum sunt, sapite, non qua super terram.* (Colosa. III. 1-2).

Os habeis convertido, dejando los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero; perseverad: *(1. Thess. I. 9).* Todos somos hijos de la luz é hijos del día; no pertenecemos ni á la noche ni á las tinieblas; no nos dejemos pues vencer del sueño; velemos antes bien y seamos sobrios: *Omnes vos filii lucis estis, et filii di; non sumus noctis, neque tenebrarum: igitur non dormiamus, sed vigilemus et sobrii simus.* (1. Thess. v. 5).

Marchad con paso firme por el recto camino, y si alguno llega á vacilar, tened cuidado de no extravíarse; antes bien se corrija: *Gressus rectos facite pedibus vestris, ut non claudicet quis erroris, magis autem sanetur.* (Hebr. XII. 13).

El que persevera, no será dañado por la muerte segunda: *Qui vicerit, non dabitur á morte secunda.* (Apoc. II. 11).

El sacerdote que busca y recibe al pecador con una gran muestra de humildad y de caridad, puede llegar á reducirle y á destruir los pecados, dice S. Gregorio: *Ad destruenda peccata percutire ille potest, qui peccatores magna humilitatis extensione et magna caritatis affectione demulcet.* (Pastor).

Pastores y confesores, abrid vuestro corazón, á fin de que los pecadores entren en él para salir convertidos, desapareciendo todos sus errores por medio de vuestra paciencia y caridad.

Anda, dijo el Señor á Jeremías, y repite hacia el septentrion y haz que se oigan estas palabras: He aquí lo que dice el Señor: *Convertite, oh tu rebelde Israel, que no torceré yo mi rostro para no mirarte; pues yo soy santo y misericordioso, y no conservaré siempre mi enojo.* (III. 42).

«¿Cuántas veces deberé perdonar á mi hermano cuando pecare contra mí? ¿Sieta?» preguntó Pedro á su divino Maestro. Le perdonarás setenta veces sieta, le respondió Jesucristo. (Matth. XVIII. 21-22), es decir siempre que el pecador esté dispuesto á enmendarse y convertirse.

Los Santos Padres indican cinco motivos que han hecho que Dios perdonara al hombre y no al ángel. El primero es que el hombre ha pecado por fragilidad de la carne; por esta razón ha obtenido misericordia. El segundo es que el ángel ha pecado sin ser tentado de nadie; mientras que el hombre ha pecado tentado de la serpiente. El tercero es que todos los ángeles no han caído, sino solamente parte de ellos; mientras que en la persona del primer hombre, toda la naturaleza humana, toda la humanidad ha quedado perdida. Según S. Gregorio, aunque Adán ha pecado, su posteridad no ha sido del todo indigna de perdon, porque no ha sido su cómplice. El cuarto es que el ángel, teniendo una grandísima inteligencia, ha pecado con su plena voluntad y con malicia, mientras que el hombre no ha pecado con malicia y su voluntad ha sido solicitada y seducida. El quinto es que el ángel ha recibido desde el momento de su creación el más alto grado de honor que pudiera recibir, y que por la contemplación de su Criador debía haberse confirmado en la gracia y haberse hecho impecable. He aquí por qué, caído de un alto, no le ha sido dado levantarse de su caída por medio de la penitencia. Colocado por el contrario en la tierra con un cuerpo formado de barro, el hombre, que debía reproducirse antes de llegar, sin morir, á mejor vida, fue colocado en un estado más lejano de la bienaventuranza que el ángel; por esto se le ha dado para hacer penitencia un espacio de tiempo no concedido á los ángeles.

Deberá de los pastores y de los confesores con respecto de los pecadores.

Por qué perdonó Dios al hombre y no al ángel?

CORRECCION.

La correccion
es necesaria.

Al fin el impío morirá infelizmente, dicen los Proverbios, porque desechó la amonestación; y se hallará engañado por el exceso de su locura: *Morietur, quia non habuit disciplinam, et in multitudine stultitiae suae decipietur.* (v. 23). El que descuida la corrección, descarriado anda, añaden los Proverbios: *Qui increpationes relinquit, errat.* (X. 17).

Acuérdense de estas palabras de la Escritura los superiores, los predicadores, los padres, los amos y las amas, y no se descuiden de cumplir con el deber de la corrección.

Es una crueldad, dice S. Juan Climaco, quitar el pan de la mano de un niño que tiene hambre; pero el que tiene obligación de corregir á alguno y no lo hace, se perjudica á sí mismo, y perjudica al que ha dejado de corregir. Cae en tres faltas que habria debido evitar: 1.º Se priva de la recompensa que habria recibido si hubiese llenado el deber de la corrección; 2.º Escandaliza á los que son testigos de su negligencia; 3.º Daña por fin á aquellas á quienes tenia obligación de reprimir. Por más fértil que sea un terreno, es menester cultivarlo; de otra suerte le invadirán las malezas y las malas yerbas. (*Grad. IV. de obed.*).

Quien escusa el castigo, quiere mal á su hijo; mas, quien lo ama, le corrige continuamente, dicen los Proverbios: *Qui parit virga; odit filium suum; qui autem diligit illum, instanter erudit.* (XIII. 24). El que corrige con cuidado, es el que ama, dice S. Jerónimo: *Qui diligenter corripit, diligit.* (Epist.).

El que por miedo de afligirle, no corrige á su hijo caído en falta, parece que cede á una demasiado grande ternura; pero, en realidad, no le ama verdaderamente; y hasta podríamos decir que le aborrece, porque es causa de que su hijo se vuelva perezoso, insolente y rebelde; en una palabra, le hace tal, que pronto se verá obligado á aborrecerle. La indulgencia demasiado exagerada de los padres, hace viciosos á los hijos; pero el que ama verdadera y cordialmente á su hijo, le reprende asiduamente, le forma, le corrige, y cuando es necesario, se vale del castigo para reprimir los vicios y hacer nacer las virtudes en su corazón.

Pegada está la necedad, dicen los Proverbios, al corazón del niño; mas la vara del castigo la arrojará fuera: *Stultitia colligata est in curia pueri, et virga disciplinae fugabit eam.* (XXII. 15). Esta necedad es la puerilidad, la ligereza, la petulancia, la pereza, la disipación, la rudeza, la irreflexión, la inexperiencia, la imprudencia, la inconstancia, la concupiscencia: todas estas miserias

son innatas en el niño, y deben hacerse desaparecer y destruir con los avisos, las reprensiones y las correcciones.

No escasees la corrección al muchacho; pues, aunque le des algun castigo, no morirá, dicen los Proverbios: *Noli subtrahere á puero disciplinam; si enim percusseris eum virga, non morietur.* (XXIII. 13). Aplícale la vara del castigo, y librarás su alma del infierno: *Tu virga percuties eum, et animam ejus de inferno liberabis.* (XXIII. 14).

La corrección es para el niño lo que el freno para el caballo y el aguijón para el buque....

Los padres que son demasiado indulgentes para sus hijos, no emplean castigos, pero los exponen á los suplicios del infierno. El que es demasiado indulgente con su hijo, es su más cruel enemigo. Si amais pues á vuestros hijos, padres y madres, emplead la vara y las correcciones, no sea que vayan á parar en el infierno; si les librais de aquellas, será para condenarles á éste: Elegid.

Lo repetimos; la salvación y la felicidad de los hijos resultan de una buena educación y de la justa severidad de los padres. Al contrario, una condescendencia licenciosa y la ausencia de corrección son el principio de la mala conducta y de la reprobación de los hijos: caen en excesos y crímenes que les llevan á su desgracia eterna. Cuántos hijos, en el infierno, maldicen á sus padres y les llaman de imprecaciones durante los siglos de los siglos por haber cerrado los ojos y descuidado reprenderles, corregirlos y pegarlos á propósito, siendo causa de su pérdida eterna!

Nos explicamos el odio de estos desgraciados; porque tales padres les han dado, no la vida, sino la muerte; no el cielo, sino el infierno; no la felicidad, sino la desgracia sin término y sin límites. El niño guarda hasta su vejez y hasta la muerte las costumbres de su infancia y de su juventud, según aquellas palabras de la Sagrada Escritura: La senda por la cual comenzó el joven á andar desde el principio, esa misma seguirá también hasta en sus años posteriores: *Adolescens juxta viam quam etiam cum senuerit non recedet ab ea.* (Prov. XXI. 6). El árbol que temprano se encorva, sigue con su mala inclinación hasta que le cortan y le arrojan al fuego.

El médico que ata al loco furioso, el padre que castiga á su hijo vicioso é indisciplinado, se hacen insupportables á los que corrigen, dice S. Agustín, pero ambos obran por afecto. Pues si el padre ó médico les dejan demasiado libres, y son causa de su muerte, esta conducta no es bondad, sino una verdadera crueldad. No se descuidan las correcciones tratándose del caballo y del mulo, seres desprovistos de razón, que se resisten con coques y mandiscos á los que les atan para domarlos y curarles; al contrario, se persiste hasta que por medio del látigo ó de los remedios se haya obtenido el resultado apetecido: ¡con cuánta más razón debe el hombre no abandonar al hombre, el hermano á su hermano, el padre á su hijo, el amo á su criado, el superior á

su inferior, y no dejarle perecer por la eternidad! Más tarde éstas comprenderán qué bien infinito se les ha hecho cuando, a pesar de sus quejas, se les imponía una corrección preciosa. (*Epist. I. ad Romifac.*)

El castigo y la reprensión acarcean sabiduría, dicen los Proverbios; pero el hijo abandonado á sus deseos, cubrirá de confusión á su madre: *Virga atque correptio tribuunt sapientiam; puer autem qui dimittitur voluntati suae, confundit matrem suam* (XXIX. 15).

La impunidad, dice S. Bernardo, es hija de la incuria, madre de la insolencia, raíz de la impudencia, y nodriza de las transgresiones: *Impunitas incuria soboles, insolentia mater, radix incontinentiae, transgressionum nutritrix*. (Lib. IV. de Consid., c. VI).

Un caballo sin domar, dice la Escritura, no puede manejarse; y el hijo abandonado á sí mismo, se hace insolente. Halaga al hijo, y te hará temblar; juega con él, y te llenará de pesadumbres y en tristecor. No os ríais con él, no sea que al fin tengáis que llorar y que os haga rechinar de dientes. No le deis poder sobre sí mismo en su mocedad, y no disimuleis sus travesuras. Dobladle la cerviz durante su juventud, y castigadle mientras es niño, no sea que se endurezca y os niegue la obediencia, lo que causará dolor á vuestra alma. Instruid á vuestro hijo, y trabajad en formarle, para no ser cómplices en su deshonor. (*Ecl. XXX. 8-13*).

Si no corregís á vuestro hijo, se precipitará en todos los vicios y desórdenes.... Es espantoso el ejemplo que cuenta S. Gregorio de un niño de cinco años que tenía la costumbre de blasfemar sin que le reprendiese ni corrigiese su padre. El demonio lo arrancó de los brazos paternos y se lo llevó al infierno.

Excelente y ventajosa es la corrección.

La corrección es el camino de la vida para el que la da y para el que la recibe.... La reprensión, dice Clemente de Alejandria, es una medicina que cura las afecciones peligrosas del alma; es un bálsamo que cicatriza las antiguas llagas, borra las manchas de la vida impura y licenciosa; quema y corta las excrescencias del fasto, del orgullo y de la carne. Es el verdadero régimen del alma enferma; le enseña lo que debe hacer, y la preserva de lo que es dañoso. El que ejerce la corrección, da una prueba de benevolencia, y no de odio. (*Lib. I. Parag., c. V.*)

Las correcciones, dice S. Gregorio Nacianceno, son el camino real del cielo: *Corruptiones sunt regia ad caelum via*. (*Orat. de Plaga grand.*)

La corrección es el custodio de la esperanza, el guía que conduce á la vida, la dueña de las virtudes; procura al hombre la realización de las promesas celestiales y las recompensas eternas. Debemos aceptarla por nuestra salvación y para alejarnos del pecado; porque dice el Salmista: *Servius de la corrección para prevenir la cólera de Dios y vuestra pérdida: Apprehendite disciplinam,*

ne quando irascatur Dominus, et pereatis de via justa. (II. 12).

La corrección es una sal que evita que el corazón se corrompa....

El trillo separa el trigo de la paja; la arja separa el buen grano de la zizaña. La corrección es á la vez una criba y un trillo; cuando nos servimos de ella, aparta el vicio y conserva la virtud.

Las reprensiones y las correcciones nos eximen de las tentaciones del demonio, del mundo y de la concupiscencia, y nos ayudan....

Hugo de S. Victor dice muy bien que la corrección detiene los malos deseos, pone un freno á las pasiones de la carne, derriba el orgullo, doma la intemperancia, destruye la ligereza y reprime los malos movimientos del espíritu y del corazón. (*Instit. monast. ad Noct.*)

El mismo Dios castiga al que ama, dice S. Pablo á los Hebreos, y azota á todos los que recibe entre sus hijos: *Quem enim diligit Dominus, castigat; flagellat omnem filium quem recipit*. (XII. 6). Yo á los que amo los reprendo y castigo, dice el Señor en el Apocalipsis: *Ego quos amo, arguo et castigo*. (III. 19). Por esta razón, cuando Dios no castiga á los pecadores, les da una prueba visible y espantosa de su odio; como cuando los castiga, les da la prueba más grande y segura de su amor, segun aquellas palabras del Real Profeta: Señor, tú atiendas á sus ruegos; fuisteles propicio, oh Dios, aun vengando todas las injurias que te hacían: *Deus, tu propitius fuisti eis, ulciscens in omnes adinventiones eorum* (XCVIII. 8); y segun estas otras palabras del segundo libro de los Macabeos: Porque señal es de gran misericordia hacia los pecadores el no dejarlos vivir largo tiempo á su aliojo, sino aplicarles prontamente el azote para que se enmienden: *Klenim multo tempore non sinere peccatoribus ex contentia agere, sed statim ultiones adhibere, magis beneficii est indicium*. (VI. 13).

Si escatimais la corrección, vuestro hijo se volverá malo á inútil; si la empleáis á menudo, mejorará. La edad temprana es como la arcilla, á la que se dan todas las formas que se quieren....

La corrección es el bien supremo del alma, la limina, la purifica, la embellece, la adorna de todas las virtudes y la hace perfecta. Por lo que, el que desprecia las advertencias y la corrección, desprecia y odia á su alma; da la misma manera el enfermo que odia á los remedios y al médico, odia su salud, porque existe la medicina para curarnos. La corrección es para el niño y el hombre que obedecen á la carne y se inclinan al vicio, lo que el arado es para el campo, la pala y el escurrido para el jardín, la lima para el hierro, el crisol para el oro, el trillo para el trigo, el freno y la espuela para el caballo, y un febrifugo para la calentura....

La reprensión y la corrección son una obra de misericordia, una limosna espiritual, la señal cierta de una caridad y de una amistad sinceras....

Una correccion regular hace parte de la regla, dice S. Bernardo: sirve no solo para mantener en el camino del bien á los que lo siguen, sino tambien para apremiar á los que se conducen mal; da materia á la obediencia, y es un remedio para los que desobedecen; impide que nos entreguemos al pecado y que abandonemos la regla: *Parvula regula est regularis correctio; et in ea reperitur non solum bona vite instructio, sed etiam emendatio pravi; inceduntur in ea et precepta obediencie, et inobediencie remedia, et ne peccando quidem á regula recedatur.* (De Precept. et Dispens.).

La correccion preserva de la muerte espiritual y del infierno; libra del pecado; previene la caída, y salva de la condenación; pone finalmente obstáculo á las faltas y á la ruina en que ordinariamente caen los jóvenes y los inferiores á quienes los padres y los superiores dejan una peligrosa y engañosa libertad y abandonan á los impulsos de la cruel concupiscencia....

Dios corrige con pruebas y tribulaciones. Las tribulaciones son los remedios que Dios en su amor emplea para curarnos, para apartarnos de la carne, del mundo y del pecado, para dirigirnos en el camino del espíritu y de las virtudes, y para atraernos á él; porque la carne, el mundo y el demonio nos engañan, nos ciegan y nos pierden atrayéndonos con el emponzoñado atractivo de los placeres. Por esto S. Crisóstomo nos representa á Dios enviando castigos á Adán y oponiéndolos á las seducciones de la serpiente: Dios es un amigo, dice, y el demonio un enemigo; Dios es nuestro Salvador y curador de nosotros; el demonio es nuestro enemigo y el seductor del hombre. El demonio quiso apoderarse de Adán haciéndole varias; Dios dispuso á Adán reprimendas y correcciones. Pero, ¿cómo se esforzó Satanás en seducir al hombre, y cómo le castigó Dios á su vez? Satanás exclamó: Sereis como dioses: *Eritis sicut dii*. Dios, por el contrario, dijo: Sois tierra, y volveréis á la tierra: *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. ¿Quién de los dos ha sido más útil á nuestro primer padre? ¿El que le dijo: Sereis como dioses; ó el que le indicó: Sois polvo y volveréis al polvo? Dios inflige la muerte; la serpiente promete la inmortalidad; pero el que promete la inmortalidad arroja del paraíso, mientras que el que inflige la muerte conduce al cielo. ¿Veis ahora cuán peligrosas son las reprimendas y correcciones de un amigo, y cuán peligrosas y perniciosas las lisonjas de un enemigo? Este ejemplo prueba evidentemente que debemos dar gracias á los que nos reprenden y corrigen: sólo nuestros verdaderos amigos emplean reprimendas y correcciones. (De Reprehens. ferend.).

Levántense pues valerosamente los predicadores contra los vicios, y no los adulen jamás. Hagan lo mismo los padres, los amos, los superiores relativamente á las personas con quienes deban tratar...

Los que se valen del azote, pagan santamente y hieren con mucha ventaja: tales heridas hacen salir la corrupción del cuerpo, y devuelven pronto una robusta salud. Los pecadores deben de-

sear esos golpes que les curan, les santifican y les salvan. Vale mil veces más ser castigado por verdaderos amigos, que verse arrastrado y precipitado en el infierno por crueles adúladores.

El que reprende á una persona, dice la Escritura, se reconciliará después con ella más fácilmente que el que la engaña con palabras lisonjeras: *Qui corripit hominem, gratiam postea inveniet opud eum magis quam ille qui per linguam blandimenta decipit.* (Prov. XXVIII. 23). El castigo y la reprensión acarrean sabiduría: *Virga alique correctio tribuit sapientiam.* (Prov. XXIX. 15).

La correccion es un espejo en que vemos las manchas que nos desfiguran, y podemos así hacerlas desaparecer. Es un conjunto de remedios que curan el alma y la hacen hermosa: el que la evita, huye de su curación. He aquí por qué exclama S. Bernardo: ¡Admirable perversidad! nos irritamos contra el que nos cura reprendiéndonos, y amamos al que nos hiere y nos mata adalidándonos: ¡Mira perversitas! medicanti irascitur, qui non irascitur sagittanti! (Serm. XLII. in Cant.).

Reprender y corregir, dice Clemente de Alejandría, es señal de benevolencia, y no de odio: el amigo y el enemigo nos humillan ambos; pero el uno lo hace por burla, y el otro por alocío: *Benevolentia, non odii signum est reprehendere: ambo enim probum objiciunt, et amicus, et inimicus; sed inimicus quidem irruens, amicus vero benecolens.* (Lib. I. Pedag., c. VIII).

Me habeis castigado, Señor, dice Jeremías, y he sido corregido cual un novillo indómito: *Castigasti me, et eruditus sum quasi juvenculus indomitus.* (XXXI. 18).

Dice el libro segundo de los Reyes que David destruyó á los Moabitas, y á los prisioneros, haciéndolos tender en el suelo, los midió á cordel; dos fueron las cuerdas con que los midió y sorteo, una para dar muerte, y otra para salvarles la vida. (VIII. 2). Así debe obrar el que emplea la correccion: debe emplearla con medida, peso y justicia; debe dividirla en dos partes y darla de dos maneras, con severidad y dulzura, ha de matar el pecado y hacer revivir la virtud.

Según los que han de reprender y corregir que deben ser severos y dulces; deben mezclar la fuerza á la bondad, y la bondad á la energía. Sin esto no se corrige; las graves enfermedades no se curan sin emplear el hierro ó el fuego....

Miseria é ignominia, dice la Escritura, experimentará el que huya la correccion: *Egestas et ignominia est qui deserit disciplinam.* (Prov. XIII. 18).

Oíd á S. Gregorio: Si hay, dice, la vara de la correccion, que haya tambien el maná de la dulzura: por esto exclama el Real Profeta: Señor, vuestra vara y vuestro báculo me han consolado. La vara nos hiere; el báculo nos guía. Hállese pues en la correccion el amor, pero no un amor débil; haya severidad, pero no una

Cómo deben dirigirse las correcciones.

severidad desesperante; haya celo, pero un celo prudente y moderado; haya piedad, pero no una piedad demasiado indulgente; a fin de que, mezclando la justicia y la clemencia, el que está obligado a reprender y corregir derrame la dulzura y el temor en el corazón de aquellos a quienes reprende. Hagase obedecer por el temor, y amar por la dulzura. (*Pastor*, c. VI).

El golpe dado con la vara no debe ser una estocada ó una puñalada que mate, sino un disciplinazo que cure los vicios, segun las palabras del Deuteronomio: Yo mato y yo doy la vida: *Ego percussit, et sanabo.* (XXXII. 39).

Una educación cuerda y severa hace que los niños crezcan robustos y energicos; los hace vivir largo tiempo en perfecta salud; y al contrario, una disciplina blanda y demasiado indulgente vuelve a los niños débiles y enfermizos; maduran pronto, como lo prueba la experiencia.

Nosotros abrigamos, calentamos, servimos, acariciamos, alimentamos cuidadosamente y amamos a nuestros hijos, dice S. Ambrosio: debemos pues cuidar de no dañarlos y matarlos con una disciplina ya afeeminada, ya bárbara. (*Serm.*).

Cuidad y curad á los niños y á los pecadores como un médico hábil y bueno, sirviéndoles de medicamentos proporcionados á la necesidad de cada uno; emplead no sólo el hierro y el fuego sino también los ligamentos, las hilas espirituales, los refrescos y todo lo que puede servir para purificar y cerrar la llaga, calmar los dolores y aliviar al enfermo. Si la herida es profunda, hacéd corpes en ella un bálsamo que la cicatrice; si es parulenta, limpiadla poco á poco, y que vuestras palabras se perezcan á la cubilla; si la llaga se enroca, canteridla con las amigdalas del juicio de Dios; si se extiende, limitadla con el ayuno y la mortificación. Las correcciones deben tener por fin la destrucción del pecado y los progresos de la virtud: los golpes deben dar al vicio para detenerlo; y no deben tocar á la reputación, ni deben ir acompañados de injurias, de ira, de insolencias y de ultrajes; porque obrando así no se curarían las llagas viejas, antes se abrirían otras nuevas.

La benevolencia calma la cólera, dice S. Ambrosio; hace que recibamos la corrección con fruto como un don precioso; y lejos de hacer un enemigo del que la recibe, hace de él un amigo. Empleada así, la corrección corta y hiere y purifica; pero sin dolor. La reprensión severa pone, en verdad, la falta en descubrimiento; pero cuando se emplea con dulzura, el enfermo acepta el remedio sin demasiada repugnancia, y su amargura le es agradable. (Lib. I Oficio, c. XXXIV).

El beso de Judas, dice S. Crisóstomo, dejó escapar como un veneno sutil; Pablo, al contrario, castigó fuertemente al incestuoso de Corinto, pero le salvó. (*De Reprehens ferend.*)

No todos los que favorecen, son amigos, dice S. Agustín; ni

todos los que biena, enemigos: más vale amar con severidad que engañar con dulzura. El que así a un frenético o despierta a alguno de un letargo, le causa; y sin embargo lo ama. ¿Quién no ama más que Dios? Y sin embargo no deja de advertirnos por un lado con bondad, y por otro nos amenaza y asusta para nuestro bien. A la dulzura que implica para consolarnos, que muchas veces el amargo remedio de la tribulación. Prefiero curarme con una reprensión misericordiosa, que ser engañado y pervertido con embalsadoras lisonjas. Has veridas que hace un amigo, valea más que las caricias y los besos de un enemigo. (*Epist. XLVIII. ad Vincent.*).

La corrección, 1.º debe tener por principio la caridad, y no el odio; la compasión, y no la indignación y la ira. No obre el que corrige como un enemigo, sino como un médico que lucha contra una enfermedad portada y trata de curar al enfermo.... Que estén exentos de avaricia y de injurias los avisos y las repreensiones, dice S. Agustín: *Monitus acerbitate, oburgatio contumelia caret.* (De Amici.). Es preciso corregir con humildad y compasión, dice S. Ambrosio: *Corripere humiliter, compotenter.* (De Correct.).

2.º La correccion debe estar mezclada de dulzura; el que la da, debe conservar cuidadosamente un rostro sereno y valerse de palabras benévolas....

3.ª La corrección debe por fin darse en tiempo oportuno, cuando es preciso, y como es preciso; debe ser proporcionada a la falta...

Advertir y dejarse advertir, dice S. Isidoro de Pelusa, es propio de la verdadera amistad: *Monere et moneri proprium est vero amicitia*. (Lib. Sentent.).

El que corrige, debe acordarse que desempeña el oficio de un ángel, y que por consiguiente ha de cumplir con este ministerio de un modo angelico, sin ira y sin pasión, con sinceridad, calma, modestia y bondad, manifestando entrañas de caridad y compasión.

No seas negligente, dice S. Agustin, para corregir a vuestros hijos, vuestros criados y todos los que están a cargo vuestro: advertidos, instruides, exhortados, amenazados; pero sobre todo reprehendidos fuertemente, dice S. Pablo, y obligados a enmendarse. Mas, al llenar este sagrado deber, guardaos de enorgulleceos (1).

¿Queréis saber qué espíritu os dirige cuando empleáis la corrección? Ved cómo obráis: ved si lo hacéis con dulzura, ó con dureza; con bondad, ó con demasiada severidad; con benevolencia, ó con odio; con modestia, ó con arrogato. Si halláis en vosotros las primeras disposiciones, la dulzura, la bondad, la benevolencia y

[illegible]

la modestia, sabed que el espíritu de Dios es el que os dirige en vuestras correcciones. Si no tenéis más que las segundas, á saber, la dureza, la rigidez, la ira, el odio y el orgullo, sabed que obedecéis entonces al espíritu del demonio.

¿No sois del número de aquellos de quienes Dios se queja diciendo: Habéis descuidado mis repreensiones? *Inreprehensiones negligentes.* (Prov. I. 25).

En la boca del escudado está la vara ó el castigo de su soberbia, dicen los Proverbios: *In ore stulti virga superbie.* (XIV. 3).

El orgullo lleva á injuriar y á afrontar castigando.... Los orgullosos, dice S. Gregorio, tienen la costumbre de corregir con altanería é impetuosidad, y jamás con bondad: saben herir rigurosamente; pero no saben compadecer. (*Pastor.*)

Los orgullosos, dice Orígenes, tienen más habilidad para herir á sus inferiores que para hacerlos mejores. Salomón lo atestigua: *In ore stulti virga superbie;* porque reprendiendo obran con pasión y malicia. (*Homil.*)

La corrección impetuosa, dice Hugo de S. Victor, viene del insensato; la corrección mezclada de dulzura y de mansedumbre es obra del sabio. He aquí por qué el arca encerraba el maná y la vara. (*Instit. monast. ad Norid.*)

Las correcciones deben tener por fin extirpar el vicio y dar nacimiento á la virtud: no deben pues ser injuriosas, ni deben darse con ira, ni acompañarse de reproches picanes é insolentes. Pero la mayor parte de las correcciones van manchadas con esos graves defectos. Si corregis, es para que el corregido se vuelva mejor: ¿por qué pues, reprendiendo, sois peores? ¿Es por medio del escándalo que podéis apartar al prójimo de sus defectos? ¡Ah! ¡cuántos hay que quieren corregir y que necesitan más corrección que aquellos á quienes reprenden! Tienen el sagrado deber de ser modelos de todas las virtudes todos aquellos que por su estado se ven precisados á ejercer la corrección. En las correcciones obramos á menudo sin discernimiento; castigamos con severidad una falta ligera, y con blandura otra grave. Cuando hemos de levantar la voz, nos callamos, y gritamos cuando es menester callarnos....

Por consiguiente se escandaliza en vez de edificar.... Hasta se ven padres que acompañan sus repreensiones y correcciones con blasfemias, imprecaciones, maldiciones, y algunas veces con golpes peligrosos. ¿Es así, padres culpables é indignos de este nombre, es así como debéis proveer, reprender y castigar á vuestros hijos?... Os quejáis si os faltan al respeto, os desobedecen y os desprecian; pero ¿cómo queréis que semejantes correcciones puedan hacerlos enmendar y volver prudentes? Son propias, al contrario, para hacerlos peores....

Debemos aprovecharnos de las correcciones.

Convertíos, dice el Señor en el libro de los Proverbios; convertíos á la fuerza de mis repreensiones; mirad que os comunicaré mi espíritu, y os enseñaré mi doctrina: *Convertimini ad corre-*

ptionem meam; en proferam vobis spiritum meum, et ostendam vobis verba mea. (I. 23). El que escucha las repreensiones saludables, conversará entre los sabios, dice el Señor: *Auribus que audit inreprehensiones cito, in medio sapientium commorabitur.* (Prov. XV. 31).

Aceptad todos los días la corrección, dice S. Juan Climaco; es un agua que da vida: *Omni die objurgationes, quasi aquam vitæ, bibe.* (Grado IV).

El que se somete á las correcciones, se enseorea de su corazón, dice la Escritura: *Qui adquisierit in increpationibus, possessor est cordis.* (Prov. XV. 32). Tiene imperio sobre su corazón, y hasta sobre el corazón del que le reprende y corrige: es dueño de su corazón, lo gobierna, y no le permite entregarse á los vicios; sino que lo resguarda y lo acostumbra á practicar la virtud. Es dueño de su corazón por humildad, por dulzura, por paciencia y obediencia; está convencido de que la corrección es una obra de misericordia, una limosna hecha al alma, un remedio eficaz, una señal de caridad y de tierna afición.... El que escucha la corrección y se aprovecha de ella, no sólo es dueño de su corazón y lo gobierna, lo que puede llamarse el primero de los imperios, sino que posee también el corazón de los otros y se hace amar de ellos....

Los cielos no tienen inteligencia, y sin embargo se dejan gobernar y dirigir por una mano inteligente; es su felicidad y la del universo. Lo mismo debe suceder con los jóvenes, los inferiores y todos los que no tienen experiencia: si tienen sentido y conciencia, se dejan gobernar, instruir y dirigir por un hombre prudente, por alguno que les sea superior. Entonces aprenden de él la ciencia de ser buenos, que no habrían adquirido por sí mismos, y hacen todas sus acciones con regla, peso y medida....

El que escucha los avisos, las repreensiones y las correcciones, no sólo es dueño de su corazón y del de los demás, sino que posee también el corazón de Dios....

Es querer nuestro propio bien el querer que nos adviertan, nos repriman y nos corrijan. Es querer nuestro propio bien querer al hombre que, por deber ó caridad, da estas advertencias, y conformarnos con ellas; porque así aprendemos á detestar los vicios á combatirlos y evitarlos, á amar las virtudes, á esforzarnos en adquirirlas y practicarlas, á conocer, amar, servir y adorar á Dios; nos aseguramos así la gracia para la tierra, y el cielo para la eternidad....

Sabedlo, el que os reprende y os corrige de vuestras faltas, de vuestros errores y de vuestros vicios, es un ángel enviado por el Cielo, un ministro santo que os trae la voluntad de Dios y descubre vuestra alma de la tierra. Sabed que lo que hace tiene un precio infinito para vosotros, y que por consiguiente debéis recibirlo con respeto, reconocimiento y amor. Recordad que es un

Cómo hemos de recibir las correcciones.

ángel el que os corrige, y que Dios se lo impone como un deber riguroso. Dadlo pues gracias como lo hacía S. Carlos Borromeo, siguiendo en esto el ejemplo de S. Ambrosio.

Así como un enfermo inquieto por la salvación de su cuerpo, dice S. Basilio, escucha y observa todo lo que manda el médico, aunque el tratamiento sea penoso y exija grandes sacrificios, así también el que es humilde y desea verdaderamente la salvación de su alma, recibe la corrección sin dificultad y con alegría, por más viva y agria que por otra parte sea (1).

¡Qué bueno es que el corregido manifieste su arrepentimiento! exclama el Eclesiástico; así se hayo el pecado voluntario: *Quam bonum est correptionem manifestare penitentiam! sic enim effugies voluntarium peccatum.* (XX, 4).

Es una especie de martirio que tiene su dignidad, dice S. Agustín, el sufrir voluntariamente a los que nos dirigen reprensiones: *Genas quidam martyrii est, non ignobile, reprehendentes aquanimiter ferre.* (lib. de conflict. viitor.). Los que reciben correcciones, reprimendas, castigos, golpes con humildad, paciencia, reconocimiento y amor, aparecerán en el juicio de Dios, en presencia del universo, resplandecientes de hermosura y émulos de los mártires.

Recibid las correcciones con reconocimiento y alegría. ¿Por qué? 1.º Porque, obrando así, honraréis perfectamente a Dios y le ofreceréis un sacrificio agradabilísimo; 2.º porque adquiriréis cierta semejanza con Jesucristo, que dijo por boca del Real Profeta: Soy un gusano, y no un hombre, el oprobio de los hombres y la abyección del pueblo: *Ego autem sum vermis, et non homo, opprobrium hominum, et abjectio plebis.* (XXI, 7); 3.º porque, humillándoos profundamente y sufriendo con paciencia, seréis victoriosos de vosotros mismos; es la más bella, la más importante y gloriosa de las victorias; 4.º porque la corrección es una gran gracia de Dios...; 5.º porque aseguraréis vuestra salvación...; 6.º porque recibir con reconocimiento y alegría las correcciones, es el más alto grado de la perfección...; 7.º porque os libraréis de las penas del infierno...; 8.º en fin, porque daréis a los demás el ejemplo y el modelo de una virtud heroica. Alegraos pues, recibid regocijo en las reprensiones, correcciones y castigos.

Al contrario, el que recibe mal las reprensiones, ofenda a Dios por toda semejanza con Jesucristo, se vuelve parecido al demonio, es un orgulloso y anda de caída en caída; maldito de Dios, pierda todas las virtudes que tenía, da un grande escándalo y se prepara horribles tormentos en el infierno.

El que no quiere obrar sino por sí mismo, se conduce como un

(1) Sicut infirmus anxius de salute corporis, libenter recipit quicquid docuit medicus, ita scilicet videt et asperat cruciatibus animae suae humilis, et quicquid salutem animae docuit, libenter recipit in illiusmodi subiectione, quatenus auctoritatem et scientiam habeat.

impio, dicen los Proverbios: *Qui confidit in cogitationibus suis, impie agit.* (XII, 2).

Se debe aceptar siempre humildemente la corrección, y hasta amarla y desearla; porque mejora la conducta del que la recibe, y le hace progresar en humildad, en paciencia, en virtud, y en perfección. Jesucristo reprende con dureza a la Caminea; pero ésta recibe humillándose la reprensión y la negativa del Hijo de Dios, y merece por esta causa oír el siguiente elogio: ¡O mujer, la fe es muy grande! Vé y hágase según tu voluntad: *¡O mulier, magna est fides tua! fiat tibi sicut vis.* (Matth. XV, 28).

Si guardais silencio cuando alguno os reprende por una cosa de que sois culpable ó inocente, imitais a Jesús, dice el abate Isaías: *Jesus autem tacuit.* (Matth. XXVI, 63). Pero si respondéis: ¡Qué he hecho? ya no lo imitais; y si devolvéis reprensión por reprensión, ofendéis a Dios. (Orat. VIII).

San Horacio enseña que el remedio más eficaz contra el pecado, cualquiera que sea, es recibir con paciencia las correcciones. (Viv. Patr.).

Removid a vuestra voluntad; aceptad la humillación de la reprensión y de la corrección; no rechazéis tampoco las burlas; y triunfared de vosotros mismos, del demonio y de todos vuestros enemigos.

El que se sujeta al que le corrige, será coronado de gloria, dice la Escritura: *Qui adquisit arguenti, glorificabitur.* (Prov. XIII, 18).

Recibid las correcciones, dice el Señor, no sea que digais: ¿Por qué detesté yo la corrección, y no se rió mi corazón a las reprensiones? (Prov. E, 12). ¿Por qué no quise escuchar la voz de los que me amonestaban, ni la instrucción de mis maestros? En toda suerte de males ó cicios me vi casi engolfado en medio de la congregación y del pueblo. (Ibid. E, 13-14).

Muy á menudo aquel á quien se reprende y á quien se quiere corregir, 1.º no escucha la advertencia que se le da...; 2.º evita y huye del que le reprende por miedo de oír nuevas observaciones...; 3.º desprecia no sólo las correcciones, sino también al que tiene la caridad de hacerlas; le insulta, le llena de palabras duras, de risas burlescas y de afrontas... Cuando alguno se conduce así, todo está perdido. Ved á ese joven, á aquella doncella que rompen todo yugo, que no pueden sufrir las miradas ni las palabras de un padre, de una madre, de un director ó de un amigo, ¿qué es de ellos? Diciéndose sabios, pararon en ser unos necios, dice el Espíritu Santo: *Discientes se esse sapientes, stulti facti sunt.* (Rom. I, 22).

Se dicen sabios, y se han vuelto locos. Pretenden saber bastante, y rechazau los avisos caritativos, la piadosa vigilancia, las correcciones ventajosas. Bien pronto, nuevos prodigios, dejan la casa paterna;

Es una gran falta no aprovecharse de las correcciones.

pierden la piedad y la modestia, se alejan de la confesion, evitan las buenas compañías, y se van á una tierra extraña, en donde, rodeados de amigos falsos, disipan todos los dones de Dios; pisotean su gracia y pierden el temor, la honra, la inocencia y la virtud.... Se ponen al servicio del demonio y al de la vanidad, del libertinaje y de la dissipacion.... Ya están guardando el inmundado rebaño de las más viles pasiones, privados de todos los bienes, y hundidos en el abismo de todos los males. ¡Ah! ¡qué bien ha sabido pintar S. Pablo esta vial! Diciéndose sabios, exclama, se han vuelto necios: *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt*. Y esta necedad es tanto más digna de lástima y más terrible, cuanto es criminal, puesto que es voluntaria. El que no hace caso de la correccion descarriado anda, dicen los Proverbios: *Qui autem increpationes relinquit, errat*. (X. 47).

Las correcciones son el camino del cielo; el que las huye, se aleja del cielo; deja el camino de la vida, y toma el del infierno.

El que aborrece las reprensiones, es un insensato, añaden los Proverbios: *Qui odit increpationes, insipiens est*. (XII. 1). Es un insensato, porque 1.º da pruebas de orgullo....; 2.º da pruebas de torpeza persistiendo en sus vicios y en sus extravíos....; 3.º manifiesta que no quiere ser instruido, ni corregirse; por esto se vuelve incorregible....; 4.º manifiesta un mal carácter....; 5.º da á conocer que está profundamente sumergido en el mal....

Las correcciones, dice S. Crisostomo, son para los pecadores lo que un bálsamo excelente es para el herido. El enfermo que rechaza al medico, es un insensato; tan insensato es el que no recibe con reconocimiento la correccion (1).

Quien quiera que seáis, vosotros los que no queréis ser reprendidos, dice S. Agustin, con esto mismo de no querer ser reprendidos tenéis la mayor necesidad de serlo; porque no queréis que se os manifiesten vuestros vicios; no queréis que los apaguen y los desarraiguen; no queréis que se os presente á vuestros propios ojos tal como sois, no sea que viendo vuestra fealdad deseais hacerla desaparecer y suplicar al que se esfuerza en quitáros la que no os deje por más tiempo con vuestra deformidad (2).

Tenga presente que ha sufrido una gran pérdida el que no puede aguantar una correccion, dice S. Juan Climaco. (Grado IV).

Miseria ó ignominia experimentará el que huye la correccion, dicen los Proverbios. (XIII. 18). El que aborrece la correccion, perecerá: *Qui increpationes odit, morietur*. (Prov. XV. 10). Quien desecha la instruccion, menosprecia su propia alma: *Qui abiicit disciplinam, despiciat animam suam*. (Prov. XV. 32).

(1) In paucis la officium correptionum, quod in vulneribus remedia. Merito, sicut insipiens est qui plurimum rejicit, ita et stultus est qui non grato animo suscipit correptionem. De Reprehensio. Jeronim.

(2) Quicumque corripit non via, ex eo tunc corrigendus est, tunc corripit non via. Non via contra tunc via vitiis deponitur, non via ut flectatur: non via tunc tamen, ut cum deo vitiis deponitur, reformetur deinde, cum supplicis se in illa exponebat. Idem. Respondeo. 1.

El que es reprendido y se endurece en el mal, le sorprenderá de repente su total ruina, y no tendrá remedio: *Viro qui corripientem dura cervix contemnit, repentinus ei superveniet interitus, et cum suavis non sequetur*. (Prov. XXIX. 1).

El aborrecer la correccion es indicio manifiesto de hombre pecador, dice el Eclesiástico: *Qui odit correptionem, vestigiis est peccatoris*. (XXI. 7).

El que no quiere corregirse y detesta las reprensiones, prueba que el veneno de la seducción de la serpiente circula en sus venas y le ha endurecido el corazón para que no ceda y no obedezca á la verdad.

El pecador, dice la Escritura, huye de la reprension y halla siempre ejemplos en que apoyar sus antojos: *Peccator homo elabit correptionem, et secundum voluntatem suam inveniet comparationem*. (Eccl. XXXII. 21). El que detesta la reprension, encuentra pretextos: cita el ejemplo de los demás, hace comparaciones, alega vanos motivos para defenderse, justificarse y hacer que se excuse su conducta, sus costumbres y sus acciones, poniéndolas en paragon con la conducta y las acciones de los otros. Pretende valer más que ellos.... Pretende tener el derecho de imitarlos.... Pretende que los vicios de los demás la disculpen.... como si debiésemos imitar á los que obran mal! En todo encuentra excusas para aplicarlas á sus pecados, dice el Salmista: *Ad excusandas excusationes in peccatis*. (CXL. 4). Quiere presentar sus faltas con la capa de la inocencia y hacerlas virtudes, á fin de perseverar en los males hábitos y vivir según sus corrompidos deseos.

CREACION.

(Véase también Angeles, Hermosura del universo y Dignidad del hombre).

In principio creavit Deus caelum et terram: En el principio crió Dios el cielo y la tierra. (Gen. I. 1.). En el principio, esto significa que Dios ha creado todas las cosas en su Hijo y por su Hijo, que es la idea de la subiduría del Padre. Esto es lo que enseña el apóstol S. Pablo en su epístola á los Colosenses. Es por Jesucristo, dice, que todo ha sido creado en el cielo y en la tierra, tanto las cosas visibles como las invisibles; no sólo los Tronos, sino también las Dominaciones, los Principados y las Potestades: todo ha sido creado por él y para él: *In ipso condita sunt universa in caelis, et in terra, visibilia et invisibilia, sive Throni, sive Dominaciones, sive Principatus, sive Potestates: omnia per ipsum, et in ipso creata sunt.* (1. 16). El tiene ser ante todas las cosas, y todas subsisten por él, y por él son conservadas: *Et ipse est ante omnes, et omnia in ipso constant.* (Colos. 1. 17).

In principio: En el principio, no de la eternidad, sino del tiempo. El tiempo es la medida del movimiento que ha impreso al cielo y á los astros. La criatura ha principiado con el tiempo, y el tiempo con la criatura; ambos son de Dios, dice S. Agustín. (Sentent. CCLXX).

En el principio: esto es, antes que todas las cosas; de modo que Dios no ha creado nada antes que el cielo y la tierra. Los ángeles no han sido creados antes que el mundo físico, sino al mismo tiempo. Así lo enseña el Concilio de Letran....

En el principio, esto es, en el poder del Dios de la eternidad.... Crear es producir seres con el solo acto de la voluntad. No puede esta facultad atribuirse á Dios de una manera más enérgica y más sublime de lo que lo ha hecho Moisés. — Dios dijo: Sea hecha la luz: *Dirigitque Deus: Fiat lux; y la luz fué: Et facta est lux.* (Gen. I. 3).

Así es como aquel patriarca nos representa sucesivamente todas las producciones de Dios: no le cuestan más que una palabra, un solo acto de voluntad, un pensamiento.

Dios ha hablado, y todo se ha hecho; ha mandado, y todo ha sido creado, dice el Rey Profeta: *Dirixit, et facta sunt; mandavit, et creata sunt.* (CXLVIII. 5).

Y Judith dice: Obedeciente todas las criaturas, pues fueron hechas con un sólo decir suyo: envió su espíritu, y fueron criadas: ninguna puede resistir á su voz. (XVI. 17).

El dogma de la creación nos da la verdadera noción de los atributos de Dios. Dios es el ser necesario ó existente por sí mismo, puesto que es la primera causa sin la cual ninguna cosa hubiera salido de la nada: es eterno; nada existía antes que él, y ha precedido á todos los tiempos: es omnipotente; ¿quién puede resistir al que obra con su sola voluntad? Es infinito: nada puede darle límites; ¿qué causa, qué espacio podían limitarle antes de la creación? Es un espíritu puro, puesto que ha sacado de la nada la materia, y obra con inteligencia. Para conocer todo lo que es, todo lo que será, todo lo que puede ser, no se necesita más que conocer la extensión de su poder; no debe costarle más regir el mundo que lo que le costó crearlo....

La diferencia que hay entre el Criador y el obrero consiste en que el primero no necesita más que su propio poder para producir seres, y el segundo, al contrario, tiene necesidad de emplear la materia para hacer una obra....

Si la materia fuese increada, sería independiente de Dios; Dios no tendría ningún poder sobre ella, ni podría dominarla.

La eternidad es un atributo que no pertenece más que á Dios. Lo que es eterno, es Dios; y la materia no es Dios....

Dios creó. Este término crear significa dos cosas, en la Escritura: 1.º sacar de la nada; 2.º dar forma á alguna cosa....

(Véase el capítulo primero y segundo del Génesis. Véase también el libro de Job).

CRISTIANO.

¿Qué es un cristiano?

El cristiano es el que imita á Jesucristo, que está unido con Jesucristo, que vive de la vida de Jesucristo y lo posee.... El cristiano está muerto para los vicios...; vive para la virtud: el cristiano es un soldado...; un piloto...; un arquitecto....

Es menester que el que vea á un cristiano, crea ver á Jesucristo; porque el cristiano debe ser la imagen viva del Salvador, y como otro Jesucristo: *Alter Christus*. Debe parecerse á Dios; Adán fué creado á su semejanza, como lo atestiguan aquellas palabras del Génesis: Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra; y Dios creó al hombre á su imagen. (I. 26-27). La profesión del cristiano es conducir al hombre á su antiguo estado, á su primera grandeza y felicidad, esto es, á la semejanza con Dios.

Se llama cristiano, dice S. Ambrosio, el que ama la castidad, el que huye de la embriaguez, detesta el orgullo y evita la envidia como un veneno diabólico. (*Serm. LVIII*).

Cristiano viene de Cristo, y estos dos términos son como sinónimos.

Es preciso, dice S. Ambrosio, que la conducta corresponda al nombre, á fin de que el nombre no venga á ser una palabra vana y un gran crimen: *Actio respondeat nomini, ne sit nomen inane et crimen immane*.

Citemos por entero otro hermoso pasaje de este santo doctor.

Señamos, dice, lo que somos; y lo que somos por profesión, manifestémoslo con nuestras obras antes que con nuestro nombre, á fin de que el nombre esté de acuerdo con las acciones y las acciones correspondan al nombre. De otra suerte el nombre sería una palabra vana y un gran crimen. Es menester evitar que á la honra que se nos ha dispensado correspondamos con una vida abominable; á una profesión divina, con una conducta criminal; al hábito del cristiano, con los vicios del mundo; al lenguaje de la paloma, con los actos del corvo; á la apariencia del cordero, con la ferocidad del lobo. (*In Dignit. Sacerd., c. III*).

Es cristiano, dice S. Agustín, el que es misericordioso para todos, que no se commueve por ninguna injuria, que socorro á los abandonados, que se alige con los afligidos, que toma parte en el dolor del prójimo como si le fuese propio, que no cierra su puerta á los desgraciados, que no ultraja á nadie, que sirve á Dios de día y de noche, que se ocupa constantemente en meditar la ley divina, que es pobre á los ojos del mundo, pero rico á los ojos de Dios. Es cristiano aquel cuya alma es sencilla y recta, cuya conciencia es fiel y pura, cuyo espíritu descansa en Dios y pone toda su esperanza en Jesucristo. Es cristiano el que prefiere los bienes del cielo á los

de la tierra, y el que desprecia el mundo para unirse á Dios. (*De Vit. Christ., c. XIV*).

El cristianismo es la profesión de la santidad, el estudio de la virtud, la imitación de la vida de Jesucristo.... ¿A qué, dice S. Antonio, no hemos de abandonar de buen grado, para ganar el reino de los cielos, unos bienes que tarde ó temprano debe arrebatarlos la muerte? El cristiano no debe ocuparse de las bagatelas que no puede llevar consigo. Busquemos y deseemos lo que conduce al cielo, la sabiduría, la pureza, la justicia, la vigilancia, la caridad hacia los pobres, la fe en Jesucristo, un espíritu valeroso que sepa domar la ira. (*Vit. Patr.*).

Hacer buenas obras es confirmar el título de cristiano; porque sólo es verdaderamente cristiano el que arroja su fe y sus obras según los preceptos de Jesucristo.

El cristiano debe vivir en Jesucristo. Mas, dice el apóstol S. Juan, el que dice que mora en Jesucristo, debe seguir el mismo camino que él siguió: *Qui dicit se in ipso manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse ambulare*. (I. II. 6).

El cristiano es el compendio del Evangelio, dice Tertuliano: *Christianus est compendium Evangelii*. (Apolog.).

En su panegírico de S. Atanasio, S. Gregorio Nacianceno pudo pronunciar estas bellas palabras: Alabando á Atanasio, elabore la virtud: *Athanasium laudans, virtutem laudabo*. (Orat. de S. Athan.).

No se vive útilmente en este mundo sino reuniendo méritos que sean títulos para la vida eterna, dice S. Agustín: *Nique in tempore utiliter vivitur, nisi ad comparandum meritum, quo in aternitate vivatur*. (Lib. de Civit.).

No sois vosotros los que me habeis elegido, dijo Jesucristo á sus apóstoles, sino yo el que os he elegido y destinado para que vayais por todo el mundo, y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero, á fin de que cualquier cosa que pidierais al Padre en mi nombre, os la conceda: *Non vos me elegistis; sed ego elegeri vos, et posui vos, ut eati, et fructum afferatis, et fructus vester maneat, ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, det vobis*. (Joan. XV. 16).

El cristiano que es superior al mundo, no puede desear ni buscar lo que pertenece al mundo....

El cristiano debe valerse de la cruz como de un instrumento para cultivar su cuerpo, su alma, su espíritu y su corazón. Sólo con la cruz podremos conseguir arrancar las malezas y las espinas que nacen sin cesar en el campo del Señor....

Los primeros cristianos 1.º escuchaban asiduamente la palabra de Dios; 2.º comulgaban á menudo; 3.º rogaban al Señor y celebraban sus alabanzas. Es preciso obrar de la misma manera. Tres cosas son necesarias para la vida del cuerpo: el sol, el pan, el aire ó la respiración; tres cosas son también necesarias para la vida del alma: el sol espiritual que ilumina la inteligencia, es decir, la palabra de

Cómo debe obrar un cristiano.

Dios el pan eucarístico, y la oración, que es la respiración del alma.

El apóstol S. Pedro exige de los cristianos una santidad plena y universal: *Sed sancti, dice, en todo vuestro proceder: In omni conversatione sancti sitis.* (1. i. 45). Hay cristianos que parecen ángeles en la iglesia, y son demonios en su casa. Es menester que la vida sea cristiana, esto es, pura y santa en los actos, en el lenguaje, en los pasos, en el alimento, en el estudio, en el trabajo, en el sueño, en el ejercicio de la autoridad, etc. Al pie de los Altares el cristiano debe orar con el fervor de los Serafines; en la administración de justicia debe manifestarse dulce y justiciero como los Tronos; en la represión de su codicia debe tener la firmeza de las Dominaciones; en el gobierno de los negocios de su casa debe imitar á los Principados; en las tentaciones debe reproducir el heroísmo y la generosidad de las Potencias; en sus luchas contra el demonio, el mundo y la carne, necesita la fuerza de las Virtudes; en el cumplimiento de los deberes y actos de la vida pública, la fidelidad de los Arcángeles; en la mesa, en viaje, fuera de su casa y en su interior, de día y de noche, la decencia, la modestia y la pureza de los Angeles.

Sois también vosotros á manera de piedras vivas edificadas encima de Jesucristo, siendo como una casa espiritual, como un nuevo orden de sacerdotes santos, para ofrecer víctimas espirituales que sean agradables á Dios por Jesucristo: *Et ipsi tanquam lapides vivi superedificamini domus spirituales, sacerdotium sanctum, offerre spirituales hostias, acceptabiles Deo per Jesum Christum.* (Petr. I. ii. 5).

Es preciso que el cristiano sea una piedra viva por la fe y la caridad. He aquí la semejanza que existe entre una piedra y un cristiano: 1.º Para que pueda emplearse, es preciso que la piedra esté pulimentada; para servir en la construcción de la celestial Jerusalén, el cristiano debe también ser pulimentado con el cincel de la penitencia, etc. Esto es lo que tan bien expresan las siguientes palabras del himno de S. Ambrosio: Las piedras vivas de esta ciudad santa están cortadas por las persecuciones y los dolores; luego la mano del divino Arquitecto pone cada una en su lugar, y las coloca en los sagrados muros, en donde han de permanecer eternamente:

*Tensionibus, pressuris
Expositi lapides,
Suis contactantur locis
Per manus artificis:
Disponuntur permansuri
Sacris edificis.*

2.º Así como la piedra debe tener ciertas dimensiones, etc., de la misma manera el cristiano debe tener la dimensión suficiente

para poder ocupar un lugar en el muro de la salvación. 3.º La piedra debe ser buena y sólida: el cristiano debe ser piadoso y fuerte, etc. No debe ser indigno de ser colocado sobre la piedra fundamental que es Jesucristo. 4.º En una construcción, una piedra sostiene á otra piedra: según la recomendación del Apóstol, los cristianos deben sufrirse y ayudarse unos á otros: *Alter alterius onera portate.* (Gal. VI. 2). 5.º La piedra está ligada con otra piedra por medio del cemento, para que no forme más que un solo cuerpo y un todo: los cristianos deben estar unidos con los lazos de la caridad, á imitación de los primeros fieles, que no tenían más que un corazón y una alma: *Erat cor unum et anima una.* (Act. IV. 32).

Los cristianos deben ser las ovejas del Salvador, los discípulos y los miembros de Jesucristo, el templo del Espíritu Santo, los hijos de Dios, la luz del mundo, la sal de la tierra....

Los cristianos deben ser crucificados con Jesucristo; deben, como el gran Apóstol, haber muerto para el mundo, para sus pompas y sus obras. Mas, 1.º, el que está clavado en una cruz no puede mover sus pies, ni sus brazos, ni sus manos; así no deben los cristianos valerse jamás de sus manos ni de sus pies para hacer el mal. 2.º El crucificado sufre constantemente: el cristiano sujeto á la ley de Jesucristo castiga y mortifica sin cesar sus sentidos y su carne. 3.º El crucificado no se ocupa de riquezas, de honores, ni de placeres: lo mismo le pasa al cristiano.... 4.º Aunque vivo todavía, el crucificado ha muerto ya para todo lo que le rodea: el cristiano debe también haber muerto para todas las cosas de la tierra....

Poned toda vuestra atención, dice el apóstol S. Pedro, en juntar con vuestra fe la fortaleza, con la fortaleza la ciencia, con la ciencia la templanza, con la templanza la paciencia, con la paciencia la piedad, con la piedad el amor fraternal, la caridad ó amor de Dios. Porque, si estas virtudes se encuentran en vosotros y crecen cada día más y más, harán que no sea estéril é infructuoso el conocimiento que tenéis de Jesucristo. Mas quien no las tiene, está ciego, y anda á tientas, olvidado de qué manera fué lavado de sus antiguos delitos. (1. i. 5-6-7-8-9.). Tales son las virtudes que, según S. Pedro, deben adornar á un cristiano. Porque, uniendo la fortaleza á la fe, la ciencia á la fortaleza, la templanza á la ciencia, la paciencia á la templanza, la piedad á la paciencia, el amor fraternal á la piedad, la caridad ó amor de Dios, quedan abrazados todos los deberes de la vida cristiana, y se llega á su perfección. Por medio de la fe, de la piedad y la caridad, tributamos á Dios lo que se le debe; y por medio de la fortaleza, de la ciencia, la templanza y la paciencia, cumplimos con los deberes que tenemos con respecto á nosotros mismos; y por medio del amor fraternal damos cumplimiento á los que se nos imponen con relación al prójimo....

Haced lo posible, añade S. Pedro, para que el Señor os halle sin mancha, irreprensibles y en paz: *Satagite immaculati, et iniolati ei inveniri in pace.* (II. III. 14).

Es preciso ser irreprensibles: 1.º en presencia de Aquel á quien nada se oculta; 2.º en el juicio del tribunal á quien nada puede engañar; ni del que nadie puede escaparse; 3.º es preciso serlo á fin de agradar á Dios, y no para agradar á los hombres; á fin de procurar la honra de Dios, y no la vuestra, para la suya propia....

¡Ay, ay, ay, de los moradores de la tierra! exclama S. Juan en el Apocalipsis: *Va, va, va habitantibus in terra!* (VIII. 13); es decir, ay de aquellos que se alicionan á los bienes de la tierra! El verdadero cristiano no es aquí en la tierra más que un viajero y un extraño: el que habita realmente la tierra y la ama, no halla en ella más que miseria y muerte.

Aguarda al Señor, dice el Salmista, y pórtaate varonilmente; cobro aliento tu corazón, y espera con paciencia al Señor: *Expecta Dominum, viriliter age, et confortetur cor tuum, et sustine Dominum.* (XXXI. 14). Mientras dure la vida presente, trabajad para adquirir la que no acaba nunca; mientras poseáis vuestro cuerpo, morid para el mundo y la carne, á fin de que así sólo viváis en Dios. En medio de los sufrimientos del martirio, S. Diácono decía: Soy cristiano, y nada más: este es mi nombre, mi nobleza, mi patria y mi doctrina. (*Vie. Sanct.*) Somas cristianos, decía Sta. Blandina á sus inicuos jueces, y entre nosotros no se cometen pecados. (*Vit. Sanct.*)

Las obras son las que hacen al cristiano, dice S. Agustín. En vano os llamáis cristianos si vivieseis como paganos, y en vano os darán el nombre de paganos si vivieseis como cristianos. (*Tract. V. in L. Epist. Joann.*)

No basta tener el nombre de cristiano, dice S. Ignacio, sino que es preciso serlo prácticamente; no es el nombre el que hace feliz, sino las buenas obras. (*Epist.*). El cristiano es un ser celestial en la tierra, dice S. Gregorio: *Christianus in terra celestis.* (Lib. V. Moral.).

El cristiano es como imposible en los sufrimientos; no le vencen los obstáculos.

La mujer prudente edifica ó realza su casa, dicen los Proverbios; la necia la destruye con sus propias manos. (*AVI. 1*). Para construir la casa espiritual, dice el venerable Beda, es preciso tener una fe firme, el casco de la salvación en la cabeza, la palabra de la verdad en la boca, la buena voluntad en el espíritu, el amor de Dios en el corazón, la caridad y la castidad por cinto, la pureza en las acciones, la sobriedad en las costumbres, una bondad constante, la paciencia en las tribulaciones, la esperanza en el que nos ha criado, el deseo de la vida eterna, y la perseverancia hasta el fin. (*In Psal.*)

¿Quereis vivir como cristianos? Seguid los consejos de S. Buenaventura; y para esto, 1.º, poned toda vuestra confianza en Dios. 2.º Purificad en todo lo posible vuestro corazón de toda clase de vicios y concupiscencias. 3.º Romped todos los lazos que os alejen de Dios, á fin de que podáis unirlos á El con espíritu sano y puro. 4.º Sufrid con paciencia y hasta con alegría las tribulaciones, y no os alegréis más que en la cruz de Jesucristo. 5.º No os quejéis de nada ni de nadie, acordándoos que habeis ofendido á Dios. 6.º Despreciaos, y desead ser desgraciados por los demás, sin dejar de honrarlos. 7.º Huid de los honores, de las riquezas y de la fama, como de los peligros. 8.º Humillaos, persuadios que sois el criado de todos, y sedlo, á fin de imitar á Jesucristo, que, siendo Dios, tomó la forma de un esclavo por amor vuestro. 9.º No os mezcléis en ningún negocio en el que no pueda hallarse el bien de vuestra alma. 10. Guardad vuestros sentidos y vuestra lengua, á fin de no sentir, no oír ni decir más que cosas útiles. 11. Buscad la soledad, y dedicad en ella á la oración. 12. Haced vuestras oraciones con tanto respeto y fervor como si vieseis delante de vosotros á los ángeles y al mismo Dios. 13. Respetad con una veneración profunda á la Santísima Virgen. 14. Huid de la compañía de las personas de diferente sexo. 15. Evitad la pereza y la tristeza; y á fin de no perder jamás la serenidad y la paz, no resistáis á nadie, no contradigáis á nadie, á no ser que lo exijan la honra de Dios ó la salvación de vuestra alma. 16. Conformaos en todo con la voluntad de Dios; haced que todas las cosas sean para edificación vuestra, y no os ofendáis de nada. 17. Guardad cuidadosamente vuestro corazón. 18. Sed bienhechores para todos, para imitar á Dios. 19. Tened constantemente vuestra alma arreglada con Dios, á fin de que hagáis todas vuestras obras, hasta las más viles en apariencia, con tanto fervor como si las hicierais en presencia de Jesucristo. 20. Obedeced no sólo á vuestros superiores, sino á vuestros iguales, y aun á vuestros inferiores, á fin de acostumbraos á hacer la voluntad de los otros y jamás la vuestra; no ofendáis á nadie, no murmureis, no digáis mal de nadie, no seáis para nadie motivo de murmuración ó de maledicencia. 21. Escudad vuestras virtudes y las gracias y los consuelos que recibís, las tribulaciones á que estéis sujetos; no las reveleis más que á vuestro padre espiritual, ó á un amigo especial y experimentado, para pedirle consejos y auxilios. 22. Haced que siempre y en todas partes Dios esté presente á vuestra memoria y á vuestro espíritu, recordando que marcháis bajo su vista y que os mira: de esta suerte le temeréis y le amaréis. 23. Estad alerta á fin de prevenir y evitar las emboscadas del demonio. 24. Examinad cada día vuestra conciencia, y confesad vuestros extravíos con humildad, á fin de que conserveis ó recobreis la pureza de vuestra alma; huid de todas las ocasiones próximas del pecado, y acordaos de la muerte, del juicio, del cielo y del infierno. 25. Y cuando hayáis hecho

todas estas cosas, miraos como un pecador y un servidor inútil. (*Specul.*).

Al morir, Sta. Catalina de Sena pronunció ante sus religiosas esas notables é imperecederas palabras: Es preciso que el cristiano tenga una gran confianza en la Providencia; es preciso que sepa que todo lo que le sucede y todo lo que á los demás también sucede, está dispuesto por sus cuidados, y que aquella se guíe, no por el odio, sino por un amor infinito. (*In eius vita*).

¿Quién subirá al monte del Señor? ¡oh! ¿quién podrá estar en su santuario? pregunta el Rey Profeta. Aquel, responde, que tenga las manos inocentes y el corazón puro: aquel que no en vano recibió su alma y jamás ha sido perjuro. Aquel recibirá la bendición del Señor, y obedecerá la misericordia de Dios su Salvador. (1).

Huid del mal y practicad el bien: Declina á malo, et fac bonum. (XXXVI. 37). Estos son, en dos palabras, todos los deberes del cristiano.

Exaltaos mutuamente á los combates del Señor, dice S. Eucher; sirva cada uno de vosotros á Dios con actividad; sea ferviente en la oración, atento á las piadosas lecturas, puro, sobrio, arrepentido de sus faltas, honesto, modesto, sincero, dulce, moderado, grave y lleno de caridad. (*Epist.*).

En la vida espiritual, dice el P. Álvarez, el agua de la compunción es necesaria para purificarnos, el fuego del Espíritu Santo para inflamarnos, el hierro de la tribulación para domarnos, la sal de la mortificación para preservarnos de la corrupción, la leche de la pureza para fortificarnos, el pan de las virtudes para alimentarnos, la miel de los consuelos para animarnos, una gran dosis de celo para llevar á cabo nuestras buenas obras, el óleo de la caridad para dulcificarnos, y el vestido de la gracia para cubrimos. (*Proverb.*).

Escuchad á S. Egipte: Si quereis ver claro, dice, arrancad vuestros ojos; si quereis oír bien, volved los oídos; si quereis hablar bien, sed mudos; para andar bien, cortad vuestros pies, y para trabajar bien, mutilad vuestras manos. Si quereis amaros de veras, aborrecos; si quereis vivir bien, mortificos; si quereis enriqueceros, salid perder; si quereis ser ricos, sed pobres; si quereis estar entre delicias, vivid en la aflicción; si quereis tener seguridad, no dejéis jamás de temblar; si quereis ser elevado, humillaos; si quereis ser honrado, despreciados y honrad á los que os desprecian; si quereis recibir el bien, sufrid el mal; si quereis estar en reposo, trabajad; si quereis que os bendigan, desead ser maldichos. ¡Oh! qué gran sabiduría estriba en saber estas cosas y en practicarlas! Pero, precisamente porque esta ciencia es útil, hay pocos cristianos que la posean. (*In eius vita*).

(1) *Quis ascendit in montem Domini, aut stabit in loco sancto eius? Insuper manibus, et mundo corde, qui non accepit in vano nomen eius, qui juravit in dolo proximo suo. Ille accipiet benedictionem a Domino, et misericordiam a Deo salvatoris suo. XXXVI. 3-5.*

Soy la verdadera vid, dice Jesucristo, y mi Padre es el labrador. Cortará todas aquellas ramas mías que son estériles, y podará todas las que llevan fruto, á fin de que produzcan todavía más. Permaneced en mí, y yo permaneceré en vosotros. El sarmiento no pueda dar fruto por sí mismo si no permanece unido á la vid; así sucederá con vosotros si no estais unidos conmigo. Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. Quien está unido pues conmigo, y yo con él, ese da mucho fruto. Sin mí nada podeis hacer. El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento inútil; y se secará, y lo cogerán, y será arrojado al fuego, y arderá (1).

Yo soy la vid, dice Jesucristo, y vosotros los sarmientos: *Ego sum vitis, vos palmites*. ¿Por qué se compara Jesucristo á la vid antes que á cualquier otro árbol? 1.º A causa de la abundancia de los frutos que produce la vid, el cristiano debe producir abundantes frutos. 2.º A causa de la dulzura de este fruto, el cristiano debe ser dulce, paciente y resignado. 3.º Porque la vid produce el vino, y Jesucristo es llamado precisamente el vino que engendra á las vírgenes, el cristiano debe tener sed de Jesucristo y trabajar para procurarse este vino delicioso, que reparará sus fuerzas.... 4.º Porque la vid se extiende mucho, el cristiano debe extender y aumentar el número de sus virtudes. 5.º La vid no se levanta por sí misma, sino que se arrastra por el suelo; el cristiano debe complacerse en la humildad. 6.º La vid sigue la dirección que se le da; el cristiano debe renunciar á su voluntad, y obedecer constantemente á Dios y á la Iglesia. 7.º La vid tiene flores odoríferas y hojas anchas; el cristiano debe derramar por todas partes el buen olor de Jesucristo y cubrirse de él como de un brillante follaje. 8.º El racimo puesto en la prensa, da vino; el cristiano debe resignarse á pasar por la prensa de las pruebas, si quiere producir actos de virtud....

Permaneced en mí, dice Jesucristo: *Manete in me*. Porque, 1.º, sin mí nada podeis hacer: *Sine me nihil potestis facere*; conmigo seréis fecundos en frutos divinos. 2.º Sin mí seriais áridos; conmigo viviréis. 3.º Sin mí seriais cortados y arrojados al fuego; conmigo permaneceréis y seréis trasportados al cielo.... *Permaneced en mí*; como la rama de la vid saca su vida, su savia y sus frutos del tronco que la lleva, así también el cristiano saca de Jesucristo todas sus virtudes, todos sus méritos, la vida de la gracia y la vida eterna.

(1) *Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est. Iscariot. XV. 1. Omnia palmitum in me non feruntur fructum, tollet enim; et amovet ea. Qui autem in me permanet, purgetur, ut fructum plus efficiat. XV. 2. Manete in me, et ego in vobis. Sicut palmus non potest ferre fructum si non sit in me, ita et vos non potestis facere fructum nisi sitis in me. Manete in me, et ego in vobis. XV. 4. Ego sum vitis, vos palmites; qui manet in me, et ego in eo, facit fructum multum; qui non est in me, non facit fructum. XV. 5. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmus, et ardebit, et colligetur enim, et in ignem mittetur, et urdet. XV. 6.*

El cristiano debe permanecer en Jesucristo y producir frutos.

Si alguno no permanece en mí, dice Jesucristo, será arrojado fuera como el sarmiento inútil...; se secará...; será recogido...; le echarán al fuego...; y arderá...: *Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palus; et ardeat, et colligenti eum, et in ignem mittent, et ardet.* Meditemos á menudo y con atención sobre cada palabra de este versículo del Evangelio.

Cortada la rama de la vid, dice S. Agustín, no tiene aplicación ninguna, ni para la agricultura, ni para las obras de arte. Esta rama no tiene más que uno de estos dos destinos: ó permanecer unida á la vid, ó ser quemada; si no permanece unida á la vid, ha de ir al fuego: *Ligna vitis præcisa, nullis agricolarum usibus prosunt; nullis fabrilibus operibus deputantur. Unum de duobus palmis congruit, aut ignis; si in vite non est, in igne erit.* (Tract. LXXXI in Joann.).

Si queréis ser cristianos, uníos á Jesucristo, vivid de Jesucristo y seguid sus ejemplos.

Quien dice que mora en Jesucristo, debe seguir el camino que él siguió, dice el apóstol S. Juan. (I. II. 6.). S. Próspero dice muy oportunamente: ¿Qué es seguir el camino que Jesucristo ha seguido, sino despreciar todas las prosperidades que ha despreciado, no temer las adversidades que ha sufrido, practicar lo que ha enseñado, esperar lo que ha prometido, hacer bien hasta á los ingratos, no devolver mal por mal, erar por nuestros enemigos, tener compasión de los malos, ir á recibir á los que nos persiguen, sufrir á los hipócritas y á los orgullosos, y en fin, estar, según la expresión del apóstol S. Pablo, muerto para la carne, á fin de no vivir más que de Jesucristo? (*De Vit. contemplat.*).

Seremos cristianos, dice S. Cipriano, si imitamos á Jesucristo: *Erimus christiani, si Christum fuerimus imitati.* (Serm.).

Ser cristiano, dice S. Leon, es despojarnos de toda semejanza con el hombre terrestre, y tomar la forma del hombre celestial: *Hoc est christianum esse, nimirum, terreni hominis imagine deposita, celestem formam induere.* (Serm. de Cuadrag.).

Los primeros cristianos y los hombres cristianos de todos los siglos han imitado á Jesucristo.

Los primeros cristianos no tenían más que un mismo corazón y una misma alma; todos estaban unidos á Jesucristo y en Jesucristo; le imitaban de tal manera, que ellos también eran otros Jesucristos: *Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una.* (Act. IV. 32). S. Jerónimo, S. Agustín, y S. Basilio enseñan que los primeros cristianos han echado los cimientos de la vida religiosa....

Oid como S. Justino describe las virtudes de los cristianos de su tiempo: Toda comarca, por más apartada que esté, es su patria, dice, y la patria la miran como un país extraño. Están revestidos de un cuerpo de carne, pero no viven según la carne; están en la tierra, pero su conversacion es del cielo; son pobres, y enriquecen á los otros; todo les falta, y nudan en la abundancia. (*Epist. ad Diog.*).

Los verdaderos cristianos de todos los siglos han sido modestos en sus vestidos, de rostro sereno, prudentes en sus palabras, asiduos á la oracion, grandes en la fe, llenos de esperanza y de caridad, profundamente humildes, circunspectos en los consejos, animados de una tierna piedad, activos en obras buenas, satisfechos en los oprobios, dulces de costumbres, y llenos de subiduría, de virtud y de gracia ante Dios y los hombres: Tal es la vida cristiana y la imitación de Jesucristo.

Leemos en la vida de S. Willibald, que este Santo daba abundantes limosnas, velaba asiduamente, amaba la oracion, era muy compasivo ante la desgracia, estaba lleno de una caridad perfecta, era poderoso en doctrina, y santo en su conversacion. La dulzura de su rostro manifestaba la candidez de su alma; la mansedumbre de sus palabras era indicio de la piedad de su corazón; no omitía nada de cuanto podía conducirlo á la salvacion eterna, practicándolo y enseñándolo á los otros. Tomaba muy poco reposo, no daba jamás oídos á sus inclinaciones y á su voluntad, era amante del trabajo, y paciente por las injurias, rechazaba las alabanzas, era pobre de dinero, pero rico en virtudes, humilde ante el mérito, terrible contra el vicio, sin que perdiese jamás de vista á Dios. Este es el verdadero cristiano. El retrato de este Santo es el de todos los Santos y de todos los buenos cristianos; porque el buen cristiano es un Santo, así como el mal cristiano es un réprobo.

Basilio, dice S. Gregorio Nacianceno en el panegirico de este Santo, estaba intimamente unido á Dios: la virtud era su patria; tenía por tesoro la sobriedad, por alimento la sabiduría, por mansion la justicia, la verdad y la pureza.

Leed la vida de los Santos, y vereis que todos han vivido de Jesucristo, para Jesucristo y en Jesucristo....

Este precepto te recomiendo, hijo Timoteo, y es que según las predicciones hechas antes sobre ti, así cumplas ó llenes tu deber militando como buen soldado de Cristo: *Hoc præceptum commendo tibi, fili Timothee, secundum præcedentes in te prophetias, ut milites in illis bonam militiam;* (I. I. 48).

¿En dónde está vuestro rey? dice S. Basilio. En el cielo. A este punto debéis dirigir vuestros pasos, soldados de Jesucristo. Olvidad todo lo que haya en la tierra. El soldado no construye casas, no compra tierras, ni se aplica al comercio, ni busca ganancias. Cobra su haber y recibe su alimento del rey; levanta su tienda en las plazas públicas y en los campos; come porque es preciso comer; bebe agua, duerme poco, está muchas veces de camino, pasa muchas noches de centinela; es paciente, obediente, disciplinado; sufre el frío y el calor, presenta frecuentes y terribles combates al enemigo, halla muchas veces en ellos la muerte, pero no retrocede, y su sangre es gloriosa, digna de las recompensas reales. Soldados de Jesucristo, obrad de la misma manera; haced á lo

El cristiano debe imitar al soldado.

méus para el cielo, para una corona eterna, para el Rey de los reyes, lo que el soldado hace para la tierra, para obtener algunas insignias honoríficas, para un príncipe mortal. Ocupese vuestro espíritu en el pensamiento de los bienes eternos. Proponeros pasar sin las riquezas y todas las cosas inútiles; desechad todos los cuidados y los estorbos de la vida. (*Prof. Ascet., Serm. I*).

Oíd á Tertuliano: Estamos llamados, dice, á la milicia del Dios vivo. Ningún soldado debe marchar al combate sumergiéndose en las delicias: no es de una cama de donde ha de salir para ir á recibir al enemigo, sino de una tienda dura y pobre que no reclama más que un momento para ser trasladada de un lugar á otro. Hasta en la paz, el soldado aprende ya lo que es guerra con sus trabajos, con incomodidades de mil especies, andando con las armas, plantando el campamento, haciendo trincheras, y secando pantanos. Se fortifica con los sudores que sufre, y se prepara así á no temblar en el momento del peligro. Anda de la sombra al sol, y del sol á la lucha; tan pronto se pone un vestido ligero, como una coraza; pasa del silencio á los gritos, y del reposo al bullicio de la batalla. (*Ad Martir., c. III*).

Instruido por los preceptos y las órdenes de su divino Capitán, el soldado de Jesucristo, dice S. Cipriano, no palidece en el momento del combate, sino que se prepara á la victoria.

Los soldados de Jesucristo pueden morir, pero no ser venidos; y son invencibles precisamente porque no temen la muerte: *Miles Christi, præceptis eius et monitis eruditus, non expavescit ad pugnam, sed paratus est ad coronam. Milites Christi cuius non possit, mori posse, et hoc ipso invictos esse, quia mori non timeant.* (*Ad Martir., c.*).

¡Cristianos, exclama S. Crisóstomo, sois soldados muy delicados y muy débiles, si creéis vencer sin combate, y triunfar sin hacer guerra! Ejerced vuestras fuerzas, combatid con valor, herid sin cuidado. Considerad el juramento, la condicion, la milicia; el juramento que hicisteis á Jesucristo vuestro Rey, la condicion qua habéis aceptado, la milicia en cuyas filas os alistasteis. (*Homil. in Martir., c.*).

Estando conforme con El Evangelio, toda la vida del cristiano, dice S. Agustín, es una cruz y un martirio: *Tota vita christiani hominis, si secundum Evangelium vivatur, crux est, atque martyrium.* (*Senten.*).

Es indudable que toda correccion, dice S. Pablo á los Hebreos, por da pronto parece ser un motivo de tristeza y no de alegría; mas despues producirá en los que son labrados con ella fruto apreciable de justicia: *Omnis disciplina in præsentem quidem videtur non esse gaudium, sed doloris; postea autem fructum pietatissimum exercetis per eam reidet iustitia.* (XII. 11).

La gordura de la carne y la molición, dice S. Bernardo, son mar-

tificados por los golpes del Señor que fortifican las virtudes del alma. La carne queda cautiva, y el alma vuela al cielo en alas de las virtudes; la carne pierde lo que tenía de superfluo, y el alma adquiere las cualidades que le faltaban. Así pues, si á consecuencia de las flagelaciones que nos vienen del Señor, aumentan las virtudes y quedan borrados los vicios; si aprendemos á despreciar las cosas temporales y á amar las cosas del cielo; si buscando las recompensas eternas experimentamos alguna grave enfermedad, ó alguna fuerte tentación, ó la pérdida de los bienes de la tierra, debemos sacar fuerzas y paciencia del pensamiento consolador que nos presenta las ventajas de las pruebas del Señor. Su número y su extension no deben hacernos descuidar nada de lo que puede aumentar la gloria de nuestra victoria y la riqueza de nuestra corona. Otrando así, manifestaremos con qué ardor nos dirigimos á Dios, puesto que vamos hacia él no sólo durante la tranquilidad y reposo, sino también al través de alicciones, pruebas y cruces. A consecuencia de la caída del hombre, no podemos volver á las alegrías eternas sin seguir un camino sembrado de espinas, de dolores y lágrimas. Desde la solitud del paraíso terrenal no se puede subir al cielo sino por el camino del Calvario. Por esta razon, fuertes con la esperanza de la santidad que nos espera, debemos estimar como una gran ventaja todas las adversidades. (*Lib. de Consid.*).

Por lo demás, ¡qué mayor placer, dice Tertuliano, que rechazar el deleite, despreciar todas las cosas de la tierra, gozar de una verdadera libertad, tener una conciencia sin mancha y una vida tranquila, no experimentar ningún temor de la muerte, pisotear los vanos ídolos incensados por las pasiones, domar el inferno y vivir de Dios? Estos placeres incomparables, estos espectáculos de los cristianos, son sanos, gratuitos y perpétuos. (*Apolog.*).

El cristiano fiel, es, por decirlo así, partícipe de los divinos atributos: es santo..., omnipotente..., inmutable..., celestial..., casi impecable..., muy bueno..., sabio..., imperturbable..., liberal..., recto..., constante..., prudente..., igual..., fuerte..., sincero..., se parece á su Padre, á Dios...

Para ser semejantes á Dios en la gloria, debemos parecerlos en la en santidad, en virtud, en gracia, en amor, en trabajo, en dolor, y debemos asimismo llevar nuestra cruz segun aquellas palabras del gran Apóstol á los Romanos: Y siendo hijos de Dios, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, con tal que padecemos con él, á fin de que seamos con él glorificados: *Si autem filii, et hæredes; hæredes quidem Dei, coheredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* (VIII. 17).

Sereis mi pueblo fiel, dijo el Señor por medio de Jeremías, y yo seré vuestro Dios siempre benévolo: *Eritis mihi in populum, et ego ero vobis in Deus.* (XXX. 22).

Gratitud de los cristianos.

Venidos de quezaco al cruce, libere en medio de sus trabajos.

La grandeza del cristiano consiste, no en pasar por tal, sino en serlo realmente, dice S. Jerónimo: *Esse christianum grande est, non videri.* (Epist. ad Paulin.).

Debemos corresponder con nuestra conducta á un título tan glorioso. Diciendo que un hombre es cristiano, entiendo que es un hombre perfecto, dice S. Ambrosio: *Christianum dum dico, perfectum dico.* (Serm. XII. in Psal. CXVIII.).

Por esto dijo también S. León: Reconoce, ó cristiano, tu dignidad; y puesto que has llegado á ser partícipe de la naturaleza divina, no vuelvas á caer, con una conducta degradante, en tu antigua hajeza; acuerdate de qué jefe y de qué cuerpo eres miembro: *Agnoace, ó christiane, dignitatem tuam, et divinae consors factus natura, noli in veterem civitatem degeneri conversatione redire; memento cuius capitis et cuius corporis sis membrum.* (Serm. de Nativ.).

Los cristianos son hijos de las promesas.

Los cristianos son hijos de la promesa, esto es, prometidos por Dios. 1.º Dios había prometido por medio de los profetas que habría cristianos, ó una nación de cristianos... 2.º Por medio de los mismos profetas ha prometido á los cristianos la justicia y la salvación, que provienen de su fe y de su obediencia á Jesucristo. La generación de los cristianos no es natural, sino sobrenatural y libre; se verifica por medio de la gracia, que es su padre, y por el consentimiento de la voluntad, que es su madre. Los cristianos han sucedido á los judíos incrédulos y arrojados de la filiación espiritual y de la familia de Abraham, y por consiguiente de la herencia de bendición, esto es de la justicia y de la salvación prometidas á Abraham. *Major servet minori.* El hijo mayor será pospuesto al más joven. (Gen. XXV. 23); es decir, los judíos serán pospuestos á los cristianos; éstos serán los preferidos, así como la ley antigua ha de ceder su puesto á la ley nueva. Así se expresa S. Agustín al comentar este versículo del Génesis.

Jesucristo lo dijo: Muchos que eran los primeros en este mundo, serán los últimos; y muchos que eran los últimos, serán los primeros: *Multis autem erunt primi novissimi, et novissimi erunt primi.* (Matth. XIX. 30).

Los judíos han vendido su derecho de primogenitura; crucificando al Salvador del mundo, han perdido la bendición.

Medios que pueden servir para adquirir el premio cristiano.

Hay excelentes medios para ser buenos cristianos: 1.º el recuerdo de la presencia de Dios...; 2.º la intención para...; 3.º la confianza en Dios...; 4.º la oración...; 5.º el valor y la perseverancia...; 6.º no despreciar nunca las cosas pequeñas...; 7.º trabajar para la eternidad y no para el tiempo...; 8.º pensar todos los días, al levantarnos, que aquel día es tal vez el último de nuestra vida...; 9.º observar las leyes de Dios y de la Iglesia....

CRUZ (LA).



UESTRA cruz, ó Jesús mío, dice S. León, es manantial de todas las bendiciones, causa de todas las gracias: por ella los creyentes merecen hallar fuerza en su debilidad, gloria en el oprobio, vida en la muerte (1).

Poder de la cruz: gracias que de ella emanan.

El elocuente doctor S. Crisóstomo enumera también los tesoros y las gracias que nos vienen de la cruz. La cruz, dice, es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, el guía de los ciegos, la salvación de los desesperados, el báculo de los cojos, el consuelo de los pobres, el freno de los ricos, la perdición de los orgullosos y el castigo de los malos. Nos hace triunfar del demonio, doma el infierno, instruye la juventud, sostiene á los débiles y aviva la esperanza en los corazones abatidos; es el piloto de los que surcan las aguas del mundo, el puerto de los naufragos, un muro impenetrable que protege al cristiano contra las asechanzas de todos sus enemigos. Es madre de los huérfanos, defensa de las viudas, consuelo del justo, asilo de los afligidos y desamparados. Es custodio de los niños, apoyo de la edad viril, socorro de los ancianos, á quienes alcanza la gracia de una buena muerte. Es luz que ilumina á los que están sumergidos en las tinieblas, y salvadura de los que el mundo estúpido, ciego é impio mira como insensatos. La cruz es la libertad de los esclavos, filosofía de los grandes, magnificencia de los reyes, su escudo más sólido, y la condenación de los impíos. Es objeto de las alabanzas de los profetas, estandarte que precede á los apóstoles, principio de la gloria de los mártires, de lausteridad de los religiosos, y de la castidad de las vírgenes; alegría del sacerdocio, fundamento de la Iglesia, centinela que vela por el mundo. Ha destruido los templos paganos, y destruye los ídolos. Es escándalo de los judíos ciegos y endurecidos, ruina de los incorregibles malvados que la desprecian, fuerza de los débiles, remedio de los enfermos, curación de los leprosos y paralíticos, pan de los hambrientos, agua bienhechora que apaga la sed de los sedientos, vestido de los que están desnudos. La cruz se levanta á la entrada del camino que han de seguir los pecadores que vuelven á Dios; es el árbol de la vida eterna. (Homil. IV. de Cruce).

La cruz, dice Casiodoro, es la luz de los humildes, la vida de los cristianos. (Homil. IV. de Cruce).

La cruz, dice S. Juan Damasceno, es llave del paraíso, sosten de los débiles, cayado de los pastores, guía de los que vuelven de

(1) Cruz tua, omnium hinc benedictioque, omnium est causa gratiarum per quam credentibus datur virtus de infirmitate, gloria de opprobrio, vita de morte. Serm. VIII. de Pass.

La grandeza del cristiano consiste, no en pasar por tal, sino en serlo realmente, dice S. Jerónimo: *Esse christianum grande est, non videri.* (Epist. ad Paulin.).

Debemos corresponder con nuestra conducta á un título tan glorioso. Diciendo que un hombre es cristiano, entiendo que es un hombre perfecto, dice S. Ambrosio: *Christianum dum dico, perfectum dico.* (Serm. XII. in Psal. CXVIII.).

Por esto dijo también S. León: Reconoce, ó cristiano, tu dignidad; y puesto que has llegado á ser partícipe de la naturaleza divina, no vuelvas á caer, con una conducta degradante, en tu antigua hajeza; acuerdate de qué jefe y de qué cuerpo eres miembro: *Agnoace, ó christiane, dignitatem tuam, et divinae consors factus natura, noli in veterem civitatem degeneri conversatione redire; memento cuius capitis et cuius corporis sis membrum.* (Serm. de Nativ.).

Los cristianos son hijos de la promesa, esto es, prometidos por Dios. 1.º Dios había prometido por medio de los profetas que habría cristianos, ó una nación de cristianos, ... 2.º Por medio de los mismos profetas ha prometido á los cristianos la justicia y la salvación, que provienen de su fe y de su obediencia á Jesucristo. La generación de los cristianos no es natural, sino sobrenatural y libre; se verifica por medio de la gracia, que es su padre, y por el consentimiento de la voluntad, que es su madre. Los cristianos han sucedido á los judíos incrédulos y arrojados de la filiación espiritual y de la familia de Abraham, y por consiguiente de la herencia de bendición, esto es de la justicia y de la salvación prometidas á Abraham. *Major servet minori.* El hijo mayor será pospuesto al más joven. (Gen. XXV. 23); es decir, los judíos serán pospuestos á los cristianos; éstos serán los preferidos, así como la ley antigua ha de ceder su puesto á la ley nueva. Así se expresa S. Agustín al comentar este versículo del Génesis.

Jesucristo lo dijo: Muchos que eran los primeros en este mundo, serán los últimos; y muchos que eran los últimos, serán los primeros: *Multis autem erunt primi novissimi, et novissimi erunt primi.* (Matth. XIX. 30).

Los judíos han vendido su derecho de primogenitura; crucificando al Salvador del mundo, han perdido la bendición.

Hay excelentes medios para ser buenos cristianos: 1.º el recuerdo de la presencia de Dios...; 2.º la intención para...; 3.º la confianza en Dios...; 4.º la oración...; 5.º el valor y la perseverancia...; 6.º no despreciar nunca las cosas pequeñas...; 7.º trabajar para la eternidad y no para el tiempo...; 8.º pensar todos los días, al levantarnos, que aquel día es tal vez el último de nuestra vida...; 9.º observar las leyes de Dios y de la Iglesia....

Medios que pueden servir para adquirir el cristianismo.

CRUZ (LA).

UESTRA cruz, ó Jesús mío, dice S. León, es manantial de todas las bendiciones, causa de todas las gracias: por ella los creyentes merecen hallar fuerza en su debilidad, gloria en el oprobio, vida en la muerte (1).

Poder de la cruz: gracias que de ella emanan.

El elocuente doctor S. Crisóstomo enumera también los tesoros y las gracias que nos vienen de la cruz. La cruz, dice, es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, el guía de los ciegos, la salvación de los desesperados, el báculo de los cojos, el consuelo de los pobres, el freno de los ricos, la perdición de los orgullosos y el castigo de los malos. Nos hace triunfar del demonio, doma el infierno, instruye la juventud, sostiene á los débiles y aviva la esperanza en los corazones abatidos; es el piloto de los que surcan las aguas del mundo, el puerto de los naufragos, un muro impenetrable que protege al cristiano contra las asechanzas de todos sus enemigos. Es madre de los huérfanos, defensa de las viudas, consuelo del justo, asilo de los afligidos y desamparados. Es custodio de los niños, apoyo de la edad viril, socorro de los ancianos, á quienes alcanza la gracia de una buena muerte. Es luz que ilumina á los que están sumergidos en las tinieblas, y salvadura de los que el mundo estúpido, ciego é impio mira como insensatos. La cruz es la libertad de los esclavos, filosofía de los grandes, magnificencia de los reyes, su escudo más sólido, y la condenación de los impíos. Es objeto de las alabanzas de los profetas, estandarte que precede á los apóstoles, principio de la gloria de los mártires, de lausteridad de los religiosos, y de la castidad de las vírgenes; alegría del sacerdocio, fundamento de la Iglesia, centinela que vela por el mundo. Ha destruido los templos paganos, y destruye los ídolos. Es escándalo de los judíos ciegos y endurecidos, ruina de los incorregibles malvados que la desprecian, fuerza de los débiles, remedio de los enfermos, curación de los leprosos y paralíticos, pan de los hambrientos, agua bienhechora que apaga la sed de los sedientos, vestido de los que están desnudos. La cruz se levanta á la entrada del camino que han de seguir los pecadores que vuelven á Dios; es el árbol de la vida eterna. (Homil. IV. de Cruce).

La cruz, dice Casiodoro, es la luz de los humildes, la vida de los cristianos. (Homil. IV. de Cruce).

La cruz, dice S. Juan Damasceno, es llave del paraíso, sosten de los débiles, cayado de los pastores, guía de los que vuelven de

(1) Cruz tua, omnium hinc benedictioque, omnium est causa gratiarum per quam credentibus datur virtus de infirmitate, gloria de opprobrio, vita de morte. Serm. VIII. de Pass.

sus extravíos, perfección de los que adelantan en el camino de la virtud, salvación del alma y del cuerpo, antidoto contra todos los males, y principio de todos los bienes (1).

O cruz santa, exclama Raban-Maur, seas la remisión de los pecados, el alimento de la piedad, el aumento de los méritos, el remedio de los que sufren, el refugio de los oprimidos, el custodio de la salud, y la felicidad de los desgraciados. (*De laude crucis*).

La anchura de vuestra cruz, Señor, dice S. Bernardo, es la caridad; su longitud, la longanimidad; su altura, la esperanza; su profundidad, el temor. El que os halla, sólo os halla en la cruz. El alma debe unirse a este árbol de vida para recoger sus tan sabrosos frutos. (*De crucis laudib.*).

Habiendo el pueblo murmurado de Dios en el desierto, Dios, para castigarle, envió unas serpientes cuyas heridas eran mortales. Moisés pidió gracia para el pueblo culpable; y Dios le respondió: Haz una serpiente de bronce, y levántala en señal de perdón; cuantos heridos la miren, sanarán: *Orasque Moyses pro populo; et locutus est Dominus ad eum: Fac serpentem æneum, et pone eum pro signo; qui percussus aspexerit eum, vivet.* (Num. XXI. 7-8). Según todos los intérpretes, la serpiente de bronce era el símbolo de la cruz de Jesucristo.

El árbol de vida y la vara con que Moisés hacía tantas maravillas, eran también símbolos de la cruz.

El hermoso río que dividía en cruz y regaba el paraíso terrenal, representaba la cruz que á todas partes lleva las vivificadoras aguas de la gracia....

El arco de la alianza ante la cual retrocedió el Jordán y se derribaron las murallas de Jericó, era también una figura de la cruz....

La cruz, dice S. Agustín, es el principio de toda nuestra felicidad y de nuestras riquezas; ella nos libra de la ceguera del error; ella nos hace pasar de las tinieblas á la luz; ella da paz á los vencidos; ha unido á Dios los que de Él se apartaban; ha convertido extranjeros en ciudadanos. La cruz termina las discordias, asegura la paz, y distribuye todos los bienes con abundancia. Hoy la cruz está plantada, y el mundo se halla santificado; la cruz está lavada, y los demonios han huido; la cruz está levada, y la muerte ha quedado abatida; la cruz ha vencido, y la muerte sufrió la derrota. Hoy el demonio está encadenado, el hombre ha visto rotas sus cadenas, y Dios es glorificado (2).

(1) Cruz Crucis, christi est narratio, hinc infirmorum sanatio, peccatorum remissio, se convertentium emendatio, peccatorum perfectio, salutis animarum et corporis, omniumque bonorum omniumque datus. Lib. IV. de fide. c. XII.

(2) Cruz nobis totius crucis beatitudinis est: hinc nos á peccatis liberavit; crucis hinc á tenebris rediit hinc facta deus hinc res rediit quiete hinc animas deo coniungit hinc presentem crucis coelestis. Hinc observatio amplexus est hinc pax firmamentum, hinc donorum omnium altitudo largitio. Hodie crucis dux est et crucis sanctificatio est. Hodie crucis, hinc est et dominus duxerit salutem. Hodie crucis dux est, et tunc salutem est. Hodie crucis, hinc, et tunc salutem est. Hodie duxerit salutem est, hinc salutem est, et Deus glorificatus est. Serm. de Pasa.

Os colocaré como mi sello, dijo el Señor por boca del profeta Aggeo: *Ponam te quasi signaculum.* (II. 24). El sello de Jesucristo es su cruz. Este sello nos dispone para resistir á las seducciones de la carne, del mundo y del demonio; nos hace discípulos, soldados y mártires de Jesús crucificado. En este mismo sentido dijo el gran Apóstol: Yo llevo en mi cuerpo impresas las señales del Señor Jesús: *Ego signata Domini Jesu in corpore meo porto.* (Gal. VI. 17). Así es que la penitencia voluntaria, la mortificación, la abnegación, la austeridad, la humillación, el desprecio, la paciencia, los oprobios, las persecuciones, las cadenas, las cárceles, el martirio y la muerte por Dios, son la huella del sello de Jesucristo.

El sello del demonio, por el contrario, es el deleite; allí en donde veáis este vicio degradante, tened cuidado y huid. Obedecer á sus propias pasiones, amar la molición, la desmedida libertad, la ambición, estimarse á sí mismo, buscar las altanzas, las honras, y entregarse á la vanidad, al orgullo, etc., es llevar el sello de Satanás, es estar señalado con el carácter de la bestia....

La cruz es el poderoso remedio que cura la fiebre del orgullo, hace cesar los arrebatos de la ira, calma el frenesí de los sentidos, disipa la melancolía del perezo, etc. Así pues, cuando recibáis una cruz, y tengáis que llevarla sabed que recibís un don excelente que os hará muy agradable á Dios: Dios os imprime entonces su sello.

Por medio de la cruz, adquirimos cierta semejanza con el Hijo de Dios.

Jesucristo, dice Lactancio, extendió sobre la cruz sus manos, que han medido la tierra, para significar que de Oriente á Occidente vendría á cobijarse bajo su poderosa protección un gran pueblo formado de todas las naciones y hablando todos los idiomas (1).

En la cruz, sobre todo, se ha manifestado la bondad de Jesucristo. Allí es en donde, 1.º nos ha manifestado su infinito amor, á fin de atraernos por medio del amor del reconocimiento; pues Jesucristo, al padecer y morir, no se hallaba impelido por ninguna necesidad, por ninguna esperanza de utilidad propia; no obedecía más que al afecto que nos profesaba. 2.º Ha rescatado á los hombres en la cruz, no con el poder de la divinidad, sino con la justicia y la humildad de su pasión, dice S. Agustín: *In cruce redemit homines, non per potentiam deitatis, sed per justitiam et humilitatem passionis.* (Serm. in Parasce.). 3.º En la cruz nos ha presentado un modelo de obediencia, de constancia, de paciencia, de penitencia, de valor, de mortificación y de todas las virtudes. 4.º En la cruz es en donde ha condenado la sabiduría insensata y la

Sobre la cruz
representase la
bondad de Dios.

(1) Extendit in passione manus suas, orbemque dimensit, ut jam tunc ostenderet ab omni parte venire ad crucem crucemque populum, ex omnibus linguis et tribubus sub eius semine esse venturum. Lib. IV. c. XXVI.

vanidad del mundo; ha dado al hombre caído por el orgullo y los placeres el modelo de la verdadera vida; le ha indicado el modo de volverse á levantar con la humildad de la cruz.

La cruz es la cátedra de la bondad divina, del amor parisimo é infinito de Dios... Dios ha amado al hombre desde toda la eternidad; pero, para manifestarlo este amor, sólo tuvo que pronunciar una palabra: *Pecavimus*; mientras que para rescatarlo tuvo que padecer trabajos indecibles, derramar su sangre y sufrir la muerte... Clavado en la cruz, Jesucristo está suspendido entre el cielo y la tierra como mediador para reconciliar á los hombres con Dios; recibe las flechas que la cólera de Dios dirige contra los hombres; é impide que lleguen hasta ellos. El satisface por todos los crímenes; extiende su brazo, como un arco, para lanzar hacia Dios, su Padre, las flechas abrasadoras de su oración y de su amor; hiera el corazón de su Padre, y hace brotar de allí el perdón y la gracia para todos los hombres... Mirad, dice S. Agustín, las heridas de Jesús clavado en la cruz; reparad en la sangre del que muere, y notad á qué precio paga el que rescata: *Respiciat vulnera pendentes, sanguinem morientes, pretium morientis*. (Tract. de Virgin.). Tiene la cabeza inclinada, dice en otra parte este gran Santo, para besar á los hombres; el corazón abierto para amarlos; los brazos extendidos para abrazarlos; y todo su cuerpo expuesto para rescatarnos. Aprecia toda la magnitud de estas manifestaciones de amor; pesadlas en vuestro corazón á fin de errar enteramente en él al que por nosotros fué clavado en la cruz (1).

¡O inefable é inmensa bondad de Dios, exclama S. Efraím, que, por medio de la cruz, ha proporcionado tantos y tan grandes bienes al género humano: *¡O ineffabilem atque immensam benignissimam Dei bonitatem, qui tot et tanta bona per crucem generi humano donavit!* (Serm. de Cruce).

El Calvario es la grande escuela de se enseña con un lenguaje sublime el amor de Jesucristo á los hombres.

En la cruz brilla la sabiduría de Dios.

Jesucristo, dice el gran Apóstol, me ha enviado para predicar el Evangelio, pero no con discursos estadados, para que no se haga inútil la cruz de Jesucristo. Pues la predicación de la cruz es una locura á los ojos de los que se pierden; mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la virtud y poder de Dios: *Misit me Christus evangelizare; non in sapientia verbi, ut non evocetur crux Christi. Verbum crucis peregrinibus stultitia est; illi autem qui salvi sunt, id est, nobis, Dei virtus est*. (1. Cor. 1. 17-18). Así está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y deshecharé la prudencia de

(1) *Ognet habet inclinatum ad osculandum, cor apertum ad diligendum, brachia extensa ad emplexandum, ibidem corpus corporum ad possidendum. Hinc quanta pietas, cogitatio; hinc in altitudo vestro cordis apparet; et tota volis agnoscere la corde, qui totus pro nobis datus fuit cruci. Serm. in Passioe.*

los prudentes. ¿Qué es de los sabios? ¿qué ha sido de los Doctores de la ley? ¿en dónde están los espíritus curiosos de las ciencias de este mundo? ¿no ha convencido Dios de fátua la sabiduría de este mundo? En efecto; viendo Dios que el mundo con su sabiduría no había conocido la sabiduría divina, ha querido salvar, con la locura de la predicación, á los que croyesen en El. Los judíos piden milagros, y los griegos ó gentiles quieren ciencia. (*Ibid.* 1. 1. 19-20-22). Mas nosotros predicamos sencillamente á Cristo crucificado, lo cual es motivo de escándalo para los judíos, y parece una locura á los gentiles; si bien es Cristo la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios, para aquellos que, ya sean judíos ya gentiles, han sido llamados á la fe: *Nos autem predicamus Christum crucifixum, judaís quidem scandalum, gentibus autem stultitiam; ipsis vocatis judaís atque gravis Christum Dei crucifixum, et Dei sapientiam*. (1. Cor. 1. 22-23-24). Lo que parece una locura en los misterios de Dios, es mayor sabiduría que la de todos los hombres; y lo que en Dios parece debilidad, es más fuerte que toda la fortaleza de los hombres: *Quia quod stultum est Dei, sapientius est hominibus; et quod infirmum est Dei, fortius est hominibus*. (1. Cor. 1. 25).

Lo que en Dios parece debilidad y locura, esto es, lo que los locos miran como locura y debilidad en Jesucristo que nace, sufre y muere, es decir, su humanidad, su pobreza, su humildad, su pasión y su cruz, han sido precisamente, con sabiduría y poder, la victoria de Jesucristo, la salvación del mundo, la derrota del infierno, la apertura del cielo, la calma de la ira celestial, el aniquilamiento de la sentencia de muerte fulminada contra los hombres, el manantial fecundo de todas las gracias, de todas las bendiciones, de la resurrección y de la vida del universo, y en fin, de una gloria eterna para Dios, los ángeles y los hombres, dice S. Ambrosio. (Serm. de Cruce).

En lo que más brilla la sabiduría y fuerza de Dios, es en haber triunfado de todo por medio de una cosa que parece tan insensata y débil como la cruz. El Cordero ha vencido á lobos y leones....

Puede verse el mismo designio de la Providencia en la elección de los apóstoles. Para convertir y salvar al mundo, obra superior á todas las fuerzas humanas. Jesucristo escoge doce hombres sin estudios, sin letras, sin fuerza, sin riquezas, sin apoyo y sin ningún crédito en el mundo. Pero Dios, dice S. Pablo, escogió á los necios según el mundo para confundir á los sabios; eligió á los flacos del mundo para confundir á los fuertes, y á las cosas viles y despreciables del mundo, á aquellas que no eran nada, para destruir las que son al parecer más grandes, á fin de que ningún mortal se jactase ante su acatamiento: *Sed quia stulti sunt mundi, elegit Deus ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt, destrueret; ut non gloriaretur omnis caro in conspectu eius*. (1. Cor. 1. 27-29).

En la debilidad de la humanidad de Jesucristo, en su pasión y

en su muerte, quedaron ocultas su majestad, su divinidad y su fuerza infinita. Por esta razón, al morir en la cruz, conmovió espantosamente toda la tierra, abre los penascos, resucita los muertos, oscurece el astro del día.

Ciencia que enseña la cruz.

La cruz es ante todo el precio de nuestra redención: luego es el libro de la salutaridad y de la ciencia divinas. El hombre más ignorante puede leer este libro divino escrito con sangre y clavos; y verá en él: 1.º el amor infinito de Jesucristo...; 2.º la enormidad del pecado mortal...; 3.º el rigor de las penas del infierno; pues si Dios ha sufrido tanto para expiar pecados que no eran suyos, si el Padre ha tratado de este modo a su Hijo único, la misma inocencia, porque se había encargado de nuestras faltas, qué suplicios no están reservados a los reprobos por los crímenes que han cometido personalmente, ellos por otra parte tan viles y despreciables?... 4.º la cruz enseña todas las virtudes y perfecciones...; 5.º da a conocer cuánto vale el alma del hombre, que ha costado toda la sangre de un Dios...; 6.º indica cuán grande será la dicha de los elegidos, puesto que para proporcionársela, Jesucristo se ofreció en holocausto. Así es que todos los Santos han tomado la cruz casi como el único libro que han tenido constantemente abierto, estudiándolo y meditando noche y día...

San Pablo dice: No me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* (1. Cor. ii. 2.). Y tenía una ciencia tan basta y profunda, que confundía a los filósofos de Atenas y al mundo entero. Este gran apóstol dice que la ciencia de la cruz es la ciencia por excelencia, la más sublime de la ciencias.

Santo Tomás de Aquino, príncipe de los teólogos, afirma que ha aprendido al pie de la cruz muchísimo más que en todos los libros.

San Buenaventura, que habla del mismo modo, dice hablando de la cruz: Esta es el libro que me enseña cuanto digo y escribo: *Iste est liber qui mihi suggerit omnia quae doceo et scribo.* (In Speculo). En efecto, á los pies de mi Crucifijo, mi alma saca del cielo mayores luces que de todas las lecturas, estudios y discusiones: *Al pedes omni hujus Crucifigi, anima mea majora haurit lumina, quam ex omni lectione, disputatione, studio.* (In Speculo.)

El leño sobre el cual estaban clavados los miembros de Jesucristo moribundo, dice S. Agustín, es el púlpito desde el cual el divino Maestro enseña al mundo: *Lignum illud ubi fixerant membra morientis, cathedra fuit magistri docentis.* (Serm. in Parasce.). ¡Y nos admiraremos si los mártires confunden y hacen palidecer á sus jueces y verdugos con sus celestiales respuestas y su fuerza divina!...

Reflexionad, dice S. Ambrosio y comprendereis que la cruz de Jesucristo ha sido un tribunal; de lo alto de la cruz, Jesucristo ha

absuelto al ladrón lleno de fe y arrepentimiento, y ha condenado al ladrón incrédulo é impenitente....

Con arreglo al libro de la cruz serán juzgados todos los hombres el último día....

Dios me libre, dice el gran Apóstol, de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está muerto y crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo: *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi; per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* (Gal. VI. 14.).

Oíd á S. Agustín: El Apóstol, dice, podía gloriarse en la sabiduría, en la majestad, en el poder de Jesucristo; y se glorifica en la cruz: *In cruce.* Lo que hace sonreír al filósofo según el mundo, viene á ser un tesoro para el Apóstol. Allí en donde resplandeció la humildad, allí está la majestad; allí en donde resplandeció la debilidad, está el poder; allí en donde se encuentra la muerte, está la vida. Si quereis ser discípulos de la cruz, no os avergonzáis por ello: á esto fin recibisteis en la frente, sitio del pudor, aquel signo sagrado (1).

El gran Apóstol, dice S. Bernardo, no ve nada tan glorioso como llevar el oprobio de Jesucristo. La ignominia de la cruz es agradable para el que no es ingrato hacia el Crucificado. La cruz es preciosa; podemos amarla, tiene sus delicias. En el madero de la cruz se dilata la vida y se forma el fruto de la dicha. De allí mana el óleo de la alegría, de allí el bálsamo salta gota tras gota. La cruz no es un árbol silvestre, es el árbol de la vida para los que la abrazan; da frutos, da salvación. Si otra cosa fuera, ¿cómo ocuparía toda la tierra del Señor? (2).

Estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo, dice S. Pablo; y vivo, ó más bien, no soy yo quien vive, sino Jesucristo el que vive en mí: *Christum crucifixo sum cruci: vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 19-20).

Todo lo que el mundo mira como una cruz, dice S. Bernardo, lo miro yo como delicias; y lo que el mundo considera como delicias, lo miro yo como una cruz: *Quicumque mundus reputat crucem, ego delicias reputo; et quae mundus delicias, ego reputo crucem.* (Serm. XXV. in Cant.).

Mirad, dice S. Pablo á los Hebreos, mirad á Jesús autor y con-

Gloria y felicidad cuyo principio es la cruz.

(1) Potest Apostolus gloriari in sequenti Christo in conjugata, in potestate, sed dicit: In cruce. Ut modo sublimis emulsi, de Apostolus thesaurum regni. Ut scilicet, in cruce, ubi interitum, ubi potestas, ubi gloria, ubi vita. Si vis ad vitam venire, nulli crucifigi, id est, cruci, crucifigi in sole potest, sequi crucis acceptis. Serm. XXV. de verb. Apost.

(2) Nil aliud gloriosum pulchrum, quam Christi potestate opprobrium. Grata ignominia crucis est, quae crucifixo mortuo non est. Crux pretiosa est, et crucis amari potest, et crucis habet cultum. Semper lignum crucis videri crucifixo, crucifixo in cruce, ubi interitum, ubi potestas, ubi gloria, ubi vita. Non est aliquid oritur, lignum vite est appellationem, arbor fructifera, arbor salutaria est, aliquid puerum dominum occidit et crucifigit. Serm. XXV. in Cant.

sumador de la fe, el cual en vista del gozo que le estaba preparado en la gloria, sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia: *Aspicientes in auctorem fidei, et consumatorem Jesum, qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta.* (XII. 2). Este incomparable apóstol, imitando a su divino Maestro, dijo a los Colosenses: Me gozo de lo que padeceré por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecerá Cristo en sus miembros, sufriendo trabajos en pro de su cuerpo místico, que es la Iglesia: *Gaudet in passionibus, et adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea, pro corpore ejus quod est Ecclesia.* (I. 24).

La cruz es tan dulce para el que ama a Dios, que deja de ser una cruz y se convierte en camino de la vida y de la felicidad. La dulzura, la felicidad, los consuelos verdaderos están en la cruz. Llévala con resignación, abrazada, y experimentaréis sus felices efectos. De la cruz se pasa al cielo....

El mundo pagano se ha apartado de los deleites para unirse a la cruz, y es que ha encontrado en ella más dulzura que en las voluptuosidades. Millares de vírgenes abandonan cada día a sus padres, renuncian a un gran porvenir en el mundo, a un enlace brillante, se sobreponen a los halagos con que acarician su juventud, truecan las riquezas, los honores y los placeres por la cruz, y así es que la cruz les parece más gloriosa y atractiva que el mundo con sus alegrías, bienes y promesas. Ciegos, los mundanos no ven en la cruz más que el peso, asperezas, clavos y sangre; no conocen las dulzuras, los consuelos, la paz, los méritos y la gloria que también da. No ven que Dios ayuda a llevar la cruz, y convierte en miel la hiel que en ella encuentran. Una gota, de los placeres del mundo se convierte en un mar de amargura; la amargura de la cruz, que no es más que una gota, se cambia ya en esta vida, y sobre todo durante la eternidad en un océano de delicias. Así tiene cabal cumplimiento aquella promesa de Jesucristo: Y cualquiera que habrá dejado casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padres, ó esposa, ó hijos ó heredades á causa de mi nombre, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna. (*Math. XIX. 29*). Así también se realizan aquellas otras palabras de Jesucristo: Venid á mí, todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo de vuestras almas; porque suave es mi yugo, y ligero el peso mío. (*Math. XI. 29, 30.*)

Durante la pasión del Salvador, Simón el Cirineo le ayudó á llevar su cruz; hoy, el Salvador es quien ayuda al cristiano á llevar la suya. Tengo sed, dijo el Señor desde lo alto de la cruz: *Sitit.* (*Joann. XIX. 28*). Este gran Dios tenía sed de ver cómo nos aprovechábamos de sus sufrimientos y de su muerte; tengamos nosotros también esta sed de nuestra salvación, y amaremos la cruz; y Jesucristo nos derramará en abundancia el agua de la gracia, hasta que nos inunde de gloria....

Crucifiquemos al hombre viejo con todas sus concupiscencias; después de habernos hecho semejantes á Jesús crucificado, nos pareceremos á Jesús glorificado.

En aquel día, dice Isaías, el renuevo de la raíz de Jesé que está puesto como señal ó estandarte de salud para los pueblos, será invocado de las naciones: *In die illa, radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur.* (XI. 10).

Este estandarte es la cruz. El Señor lo enarbolará entre las naciones: *Et levabit signum in nationes.* (Isai. XI. 12). Extenderé mi mano sobre las naciones, dijo el Señor, y enarbolaré mi estandarte entre los pueblos: *Ece levabo ad gentes manum meam, et ad populos extulbo signum meum.* (Isai. XLIX. 22). Y el Señor tendrá un nombre y una señal eterna que jamás desaparecerá: *Et erit Dominus nomen in signum æternum, quod non auferetur.* (Isai. LV. 13).

Dios ha salido, dice el profeta Habacuc; su gloria ha cubierto los cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas. El resplandecerá como la luz: en sus manos tendrá un poder infinito, cuernos tiene en sus manos, y allí está escondida su fortaleza: *Splendor ejus ut lux erit, cornua in manibus ejus, ibi abscondita est fortitudo ejus.* (III. 3, 4).

Este poder es la cruz, la fuerza de la cruz con la que Jesucristo triunfa de la muerte, porque la hace andar delante, como vencida. Con la cruz destruye y pisotea al demonio: *Egreditur diabolus ante pedes ejus.* Por ella avasalla á todos sus enemigos, la muerte, Satanás, el infierno. Los dos brazos de la cruz han sido los dos cuernos, instrumento del poder de Jesucristo; con ellos exterminó á sus enemigos y á los nuestros....

Cuando esté elevado en alto en la tierra, todo lo atraeré hacia mí, dijo Jesucristo: *Ego, si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad meipsum.* (*Joann. XII. 32*).

¡O admirable poder de la cruz! exclama S. Leon: ¡O gloria inefable de la pasión! Sobre el Calvario vemos el tribunal del Señor, el juicio del mundo y el poder de Jesús crucificado. Si, Señor, todo lo atraéis hacia vos; en el mismo momento en que extendáis las manos hacia un pueblo incrédulo que os ultrajaba, el mundo entero se volvia hacia vuestra cruz para bendeciros. Todo lo atraéis hacia vos, precisamente en el instante en que execrando el crimen de los judíos, todos los elementos se sublevaran llenos de horror; el sol se oscurece, la tierra tiembla, las penas se parten, la muerte devuelve sus víctimas. Todo lo atraéis hacia vos: el velo del templo se desgarró, el Santo de los Santos se escapó del poder de los indignos pontífices, á fin de que la figura se convirtiera en realidad, que las profecías se cumplan, y que la ley antigua ceda su puesto al Evangelio. Todo lo atraéis hacia vos: el universo entero verá lo que estaba revelado con ocultos misterios en el único templo de la Judea; el universo entero divisará la verdad en la luz. (*Serm. VIII de Pass.*)

Cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí. (Joann. XII. 32). Vemos esta profecía cumplida por el lugar que ocupa la cruz, por los honores que se le rinden, por la gloria que la rodea, y por los milagros que cumple.... La cruz ha atraído hacia sí el mundo entero....

Por la virtud de la cruz se ahuyenta á los demonios, quedan curados los enfermos, ven los ciegos, oyen los sordos, hablan los mudos, sanan los cojos, las tormentas se calman, los incendios se apagan y resucitan los muertos. Por la virtud de la cruz se ha levantado en el mundo una luz celestial, se han construido templos á Jesucristo crucificado, brilla en todas partes, y sucederá lo propio hasta el fin del mundo: *Et ego, si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad meipsum.* (Joann. XII. 32).

La cruz es el carro dosado el que Jesucristo vencedor triunfa de Satanás, del pecado, del mundo, de la muerte, del infierno, del hombre y del mismo Dios. Es lo que dice S. Pablo: Jesucristo ha desarmado á los principados y á las potestades, los ha expuesto á la ignominia, triunfando de ellos con su poder: *Expoliatis principatus et potestates, tradidit confidentes, palmam triumphans illos in semetipso.* (Colos. II. 15). Ha cancelado la cédula del decreto firmado contra nosotros, que nos era contrario; quitóla de en medio, enclavándola en la cruz: *Delens, quod adversus nos erat, chirographum decreti, quod erat contrarium nobis; et ipsum tulit de medio, affigens illud cruci.* (Coloss. II. 14).

La cruz, dice S. Cipriano, es la piedra con que David hió la frente de Goliath y le mató: *Cruz est lapis qua David frontem Goliath percussit et occidit.* (Lib. II. Testim., c. XVII).

Cuando el catecúmeno, dice S. Agustín, recibe en su frente la señal de la cruz, el demonio, aquel Goliath espiritual, queda herido y ahuyentado: *Quando catechumenus in fronte signatur, spiritualis Goliath percutitur, et diabolus effugatur.* (Serm. CXCIII).

Lo que por el madero había perecido en Adán, dice Tertuliano, resucita por el madero de Jesucristo: *Quod perierat Adam per lignum in Adam, id restitueretur per lignum Christi.* (Lib. de Resurrect.).

Habiendo salido de las manos de Dios y caído por orgullo, éstamos perdidos, dice S. Agustín; cuando la cruz consiguió que hallásemos otra vez lugar en los brazos del Señor, y pudiésemos volver á levantarnos. (Serm. in Parasce.).

Contemos con la Iglesia los triunfos que Dios ha obtenido por la cruz: por ella Dios ha reinado: *Regnavit á ligno Deus.* (Hymn. Pass.). Dios reina por su cruz; la cruz es su cetro real. En la cruz Jesucristo fué declarado Rey. Allí, encima de su cabeza, dice el Evangelio de S. Lucas, había un letrero escrito en griego en latín y en hebreo, en el que se leían las palabras siguientes: *Este es el Rey de los judíos: Erat autem et superscriptio scripta super eum litteris græcis, et latinis, et hebraicis. Hic est Rex judæorum.* (XXIII. 38). Mas, los Pontífices de los judíos decían á Pilatos: No pongas

Rey de los judíos, sino que el ha dicho: Yo soy el Rey de los judíos. Pilatos los contestó: Lo escrito, escrito está: *Diebant ergo Pilato pontifices judæorum: Noli scribere: Rex judæorum; sed quia ipse dixit: Rex sum judæorum. Respondit Pilatus: Quod scripsi, scripsi.* (Joann. XIX. 21-22). Que todas las lenguas confiesen al Señor Jesucristo, dice el gran Apóstol. (Philipp. II. 11). Ha sido declarado Rey en la cruz; está escrito, y es para siempre. Ha sido declarado Rey del universo; Dios reina por la cruz: *Regnavit á ligno Deus.*

Viendo la cruz, los paganos y los idolatras quedan asustados y quieren derribarla. ¿Ejecutarán su proyecto? No; se echarán á sus plantas y la abrazarán: *Regnavit á ligno Deus.* Los reyes de la tierra se levantan contra el rival que se les presenta; quieren romper el arma que desconocen. El Real Profeta, inspirado por el Espíritu Santo, había previsto esta rebelión y este combate. ¿Por qué causa, dice, se han embravecido tanto las naciones, y los pueblos maquinan vanos proyectos? Los reyes de la tierra se han coligado, y se han confederado los príncipes contra el Señor y contra su Cristo. (Psal. II. 1. 2). ¿Quedarán victoriosos? No; el que reside en los cielos, se burlará de ellos; el Señor se mostrará á ellos: *Qui habitat in caelis, irridebit eos, et Dominus subsannabit eos.* (Psal. II. 4).

Los doctos, los sabios de la tierra, los filósofos combaten la cruz; ¿la derribarán? No; caerán á sus pies: *Regnavit á ligno Deus.* Enemigos declaradas de la cruz las pasiones, el orgullo, la avaricia, el deleite, la persiguen; ¿quién vencerá? La cruz: *Regnavit á ligno Deus.* El demonio y el infierno quieren reducirla á cenizas; ¿lograrán su objeto? No; la cruz les sepultará en llamas inextinguibles: *Regnavit á ligno Deus.* Todo se desencadena contra Jesús crucificado; todos los brazos enemigos están en movimiento; y Jesucristo clavado en la cruz tiene inmóviles los brazos, y estos brazos ponen el universo á sus pies, y quedan vencidos los millones de revoltosos que le amenazan; se prosternarán y abrazarán la cruz para obtener gracia: *Regnavit á ligno Deus.*

Jesucristo triunfa por medio de su cruz; los apóstoles triunfarán también por la cruz de Jesucristo. Ahí tenemos, dice con mucha elocuencia S. Crisóstomo, ahí tenemos á Pedro, que, solo, armado con una cruz de madera, camina hacia una ciudad habitada por un pueblo envejecido en la corrupción. Preguntámosle: Pedro, ¿á dónde vas?—Voy á Roma.—¿A qué?—A subyugar á los dueños del mundo, á destruir sus ídolos y sus altares, derribar el Capitolio, y á pesar de su orgullo, hacerles hincar la rodilla ante la cruz.—¿Qué empresa! Y ¿para llevarla á cabo, ¿en dónde están tus recursos, tus soldados y tus armas?—No tengo, ni podría tampoco vencer con todas estas fuerzas. Solo con mi cruz de madera, venceré.—¿Estás en tu juicio? ¿Puede concebirse empresa más temeraria y loca?—Llamadme temerario y loco y todo lo que os plazca; pero sabed que el Cielo responde del éxito. Y

en efecto: así que se aproxima, tiemblan los dioses del Capitolio, y el paganismo presente su próxima ruina. Y apenas llega á la gran ciudad, habla, y le escuchan; manda, y le obedecen; truena, y la cruz, el gloriosísimo estandarte flota á lo lejos sobre los despojos del paganismo que se hunde. Envidiosos los Césares, habían tramado la ruina de la cruz; y miradla, sin embargo, como ya brilla en el Capitolio, en su trono y en su frente. Con mucha más razón puede decirse de Pedro armado con su cruz, que del primero de los Césares: Vino, vió y triunfó. Pronto la voz de Pedro se extiende á lo lejos, en regiones desconocidas. Se hace oír y penetra allí en donde jamás habían podido penetrar las legiones romanas. Despues de un intervalo de seiscientos años y muchas guerras y combates, Roma sólo había conseguido ser la capital de un imperio; y sólo por obra de un hombre que no entiende el arte de la guerra y no conoce más que una cruz de madera, llega á ser en poco tiempo la capital del mundo. Ya en tiempo de los Apóstoles S. Pablo escribía á los romanos, diciéndoles: Vuestra fe tiene era en todo el universo: *Fides vestra annuntiatur in universo mundo.* (1. 8).

La cruz abraza el universo: se extiende de oriente á occidente; sus brazos alcanzan del septentrion al mediodía. Desde toda la eternidad estaba predestinada á salvar el mundo; su fuerza y su virtud se aplican á todos los hombres y á todos los tiempos; libra las almas del purgatorio, y las toma y las conduce al cielo.

Jesucristo ha comunicado á su cruz su poder, su majestad, su sabiduría y su eternidad. Le ha comunicado su eternidad, á fin de que, colocada en el cielo, como lo enseñan los santos Padres, sirva allí de trofeo imperecedero. Cuando llegue el fin del mundo, el fuego consumirá hasta los elementos; pero el leño de la cruz de Jesucristo será preservado, y entrará triunfalmente en el cielo. Jesucristo lo dijo á entender cuando dijo: Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre. *Et tunc parebit signum Filii hominis in celo.* (Matth. XXIV. 30).

Tal es la creencia de S. Juan Crisóstomo, de S. Cirilo, de S. Efraim, de Suarez. La cruz será colocada y brillará en el cielo como el eterno estandarte de las victorias de Jesucristo. También lo indica Isaías cuando dice: *Et erit Dominus nomenclatus in signum æternum, quod non auferetur.* (LII. 43).

San Jerónimo piensa que las cinco llagas de Jesucristo quedarán eternamente impresas en su cuerpo, á fin de ser un eterno monumento de su bondad y de nuestra redención. (*Lib. super Matth.*).

San Gregorio llama la cruz el lazo del universo: *Universitatis vinculum.* (Homil. in Evang.). S. Pablo expresa la misma verdad cuando dice: Todas las cosas se han reconciliado por Él, y en Él, restableciendo la paz entre cielo y tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz: *Per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis ejus, que in terris, sive que in celis sunt.* (Coloss. I. 20).

La cruz brilla en la cúspide de los templos cristianos, para anunciar la casa de Dios; domina en las plazas públicas, para que los hombres aprendan á respetarla en todas partes; se levanta en las encrucijadas de los caminos, para que el viajero piense en encomendarse á Dios; está colgada del cuello de la mujer para recordarle que debe observar la modestia; se halla en nuestras casas, en medio de nuestros campos, á fin de preservarlos de todo accidente; está colocada sobre la tumba de los muertos, como una señal de resurrección....

Con la cruz el hombre triunfa de todo..... triunfa del demonio, del mundo, de sí mismo y de Dios.....

Apareciósele un estandarte en forma de cruz á Constantino la víspera de una batalla decisiva; y sobre aquel estandarte se leían estas palabras: *In hoc signo vinces.* Vencerás con esta señal. Ganó en efecto una brillante victoria al enemigo. Así como Constantino, triunfarémos con la cruz de aquellos contra quienes tengamos que luchar.

Los principales frutos que pueden recogerse en la cruz, son siete: 1.º, compasión...; 2.º, compunción...; 3.º, acción de gracias...; 4.º, imitación...; 5.º, esperanza...; 6.º, admiración...; y 7.º, amor á caridad....

Frutos que pueden recogerse en la cruz.

Me gozo de lo que padezco por vosotros, dice S. Pablo, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer á Cristo en sus miembros sufriendo trabajos en pro de su cuerpo místico, que es la Iglesia: *Gaudio in passionibus, et adimpleo ea que desunt passionum Christi, in carne mea, pro corpore ejus, quod est Ecclesia.* (Coloss. I. 24). La pasión de Jesucristo es cabal y perfecta en sí misma: siendo de un mérito infinito, es más que suficiente para rescatarnos. Sin embargo, le falta algo que debe proceder de nosotros; hablamos de la parte que debemos tomar en los sufrimientos y méritos de Jesucristo, en una palabra, de nuestra cooperación. No sólo Jesucristo debía sufrir en sí mismo; debía también sufrir en sus miembros; y por esta comunidad de sufrimientos, su cuerpo, que es la Iglesia, se engrandecía y perfecciona. Aceptando las penas y los dolores de la vida, los fieles participan de los méritos de la pasión, se vuelven semejantes á Jesucristo crucificado. Esto es lo que quiere decir S. Pablo con aquellas palabras: Estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer á Cristo en sus miembros sufriendo trabajos en pro de su cuerpo místico, que es la Iglesia. Con la aceptación de las cruces, los fieles se hacen partícipes de la naturaleza divina, como dice el apóstol S. Pedro: *Divine consortes naturæ.* (H. I. 4). Se hacen también partícipes de la gloria de Jesucristo por la eternidad, dice S. Pablo: *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* (Rom. VIII. 17).

Aquí debemos observar con S. Ambrosio, S. Crisóstomo y otros Doctores:

Como hemos de llevar nuestra cruz.

I. Que, como la Iglesia es un cuerpo místico, animado de una sola y misma alma, teniendo una misma vida con Jesucristo, debe sufrir una sola y misma pasión con él; de la misma manera que en el cuerpo del hombre el sufrimiento es común a la cabeza y a los miembros. S. Pablo es quien hace esta admirable comparación: Si un miembro padece, dice, todos los demás se compadecen; y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él. Vosotros pues sois el cuerpo místico de Cristo y miembros unidos á otros miembros: *Si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra; sive gloriatur unum membrum, congaudent omnia membra. Vos estis corpus Christi, et membra de membro.* (I. Cor. XII. 26, 27). Así es que Jesucristo no decía á Saulo que perseguía á su Iglesia: ¿Por qué persigues mi Iglesia? sino: ¿Por qué me persigues? *Quid me persequeris?* (Act. XXVI. 14). Así como Jesucristo comunica su gracia y su paciencia, comunicó también sus sufrimientos, y compadece á los que sufren.

II. *Cumple lo que resta que padecer á Jesucristo*, es decir, conviene que anuncie el Evangelio y de á conocer Jesucristo á las naciones, á fin de que la Iglesia crezca, se perfeccione y participe plenamente de la pasión y redención del Salvador.

III. *Cumple lo que resta que padecer á Jesucristo*. Esto significa también que el fiel, con sus buenas obras, se aplica la expiación de Jesucristo, y satisface sufriendo la pena temporal debida al pecado.

Ha tendido su arco, y me ha convertido en blanco de sus flechas, dice Jeremías: *Tendit arcum suum, et posuit me quasi signum (scopum) ad sagittam.* (Lament. III. 12).

1.º El fiel debe saber que toda la vida del cristiano es el sufrimiento interior ó exterior, enviado ó buscado voluntariamente; debe aguardarlo todos los días y hasta desearlo. Porque todos los días le arrojan flechas Dios, el demonio, el mundo, la carne, los amigos, los enemigos ó las malas lenguas. Ha tendido su arco, y ha hecho de mí el blanco de sus flechas: *Tendit arcum suum, et posuit me quasi signum ad sagittam.* Las enfermedades, los contratiempos, las pruebas son flechas de Dios....

2.º El cristiano debe también saber que estas flechas, de cualquier parte que vengan, son flechas de amor, y no de odio.

Dios nos hiere con flechas, 1.º para abatir nuestra desobediencia y nuestro orgullo, y para someternos: así derribó á Saulo y le convirtió; 2.º para castigar nuestros pecados y hacernos expiar; así castigó á los judíos; 3.º para destruir y sobre todo debilitar en nosotros la concupiscencia de la carne. Lanza contra los lujuriosos flechas, que son enfermedades, contradicciones, decepciones y remordimientos; les obliga de este modo á combatir y vencer su inclinación; 4.º para guiar al hombre por el camino de la paciencia, de la santidad y de la perfección: así hirió Dios á Job y á Tobias; 5.º para aproximar el hombre á Jesucristo, y hacerle semejante á Él.

Dios ha resuelto manifestar con la admirable paciencia de los Santos, la virtud de su cruz. El mismo, al venir al mundo, no escogió otros bienes que los sufrimientos y el Calvario.

¿Queréis encontrar á Dios? Buscad la cruz; en ella está clavado; allí, allí tan sólo le hallaréis.

Si os hallais agobiados de pesares, alegraros; habéis encontrado á Jesucristo y estáis con Él....

Bienaventurados, nos dice, los que padecen persecuciones por la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos: *Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam, quoniam ipsorum est regnum celorum.* (Matth. V. 10). Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos. (Id. V. 11, 12). Cuando sufris, Dios está con vosotros: El mismo Dios lo dice por boca del real Profeta. Estaré con él en sus tribulaciones, lo salvaré y le llenaré de gloria. Le saciaré con una vida muy larga, y le haré ver el Salvador que enviaré: *Cum ipso sum in tribulatione, eripiam eum et glorificabo eum. Longitudine dierum replebo eum, et ostendam illi salutare meum.* (Xc. 13. 16).

Cuando S. Antonio, después de los terribles combates que tenía que sostener contra los demonios, decía á Jesucristo: ¿En dónde estabas, ó buen Jesús? *Ubi eras, bone Jesu?*—Antonio, estaba presente, le contestaba Jesús; pero quería verte combatir. (Vi. Patr.).

6.º Dios hiere al hombre á flechazos para matar en él los deseos y los pensamientos mundanos, y hacer entrar en su alma los pensamientos y el deseo del cielo. Así es como el Señor prepara al hombre para entrar en la ciudad de los elegidos, según aquellas palabras de la Escritura: Es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (Act. XIV. 42); y aquellas otras palabras de Jesucristo: El reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y sólo los que se la hacen á sí mismos, son los que se apoderan de él: *Regnum celorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.* (Matth. XI. 12).

Sepa bien el cristiano que debe sufrir todos los días de su vida, y estar constantemente extendido sobre la cruz, como blanco de las flechas de Dios. Aún más: no debe cesar de pedir á Dios alguna aflicción, como hacía S. Francisco Javier, que, en sus contiños y penosos trabajos, en sus pruebas y persecuciones sin número, rogaba á Dios que no le privase de las cruces que tenía, y se las diese antes bien en mayor número. (In qua vita).

Para llevar con resignación las cruces y triunfar de las pruebas, pensemos que nos hallamos colocados en la tierra como un blanco para las flechas de Dios, y hallémonos dispuestos á recibir con paciencia y valor todas las tribulaciones; nos vienen del cielo y tienden á la gloria de Dios y á nuestra salvación. Tengamos nuestra

alma unida á Dios por la fe, la esperanza y el amor. El que habita con el pensamiento, y sobre todo con el deseo entre los bienaventurados, y habla con ellos, mira los bienes y los males de este mundo como poca cosa. Elevernos pues nuestra alma sobre las cosas de la tierra, hagámosla salir en cierto modo de nuestro cuerpo para colocarla entre los ángeles: *Nostri conversatio in caelis est.* (Philipp. III. 20).

Cuando así suceda, y nuestra alma sea más fuerte que las cruces con la resignación y la paciencia, ya no las sentirá, y realmente se verá libre de ellas. Entonces exclamará con S. Pablo: Estoy inundado de consuelo; rebosó da gozo en medio de todas mis tribulaciones: *Repletus sum consolatione; superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII. 4).

Sigamos á Jesucristo al Calvario.... Miremos cuantos millares de cristianos, niños, mujeres, ancianos de todas condiciones, de generacion en generacion, desde hace diez y ocho siglos, se dirigen hacia aquella montaña de salvacion eterna y suben á su cima, llevando la cruz sobre sus hombros. Sigámosles: van al cielo....

CRUCES LAS.

Todos los que quieren vivir virtuosamente segun Jesucristo, han de padecer persecucion, dice S. Pablo: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.* (II. Tim. III. 12).

Preguntaréis tal vez qué significan estas palabras, pues muchas almas piadosas y cristianas observan tranquilamente y sin persecucion una vida santa. S. Crisostomo responde que por persecucion debemos entender todas las dificultades, los trabajos y dolores que experimentan los que se aplican á la piedad, á causa de los esfuerzos que se ven precisados á hacer para poner un freno á sus pasiones, practicar la continencia, la humildad, la templanza, y aplicarse al servicio y al amor de Dios. (Homil. de Cruce).

Jamás, dice S. Leon, faltan cruces ni persecuciones, si somos fieles observadores de la virtud: *Numquam desit tribulatio persecutionis, si nunquam desit observantia pietatis.* (De Quadreg. IX. c. 1). Y como hemos de vivir en todo tiempo piadosamente, añado este santo Doctor, tambien en todo tiempo hemos de llevar la cruz: *Sicut ergo totius est temporis pie vivere, ita totius est temporis crucem ferre.* (Ut supra).

San Agustin dice que las almas fervientes sufren por la mala vida de los impíos. (De Morib.).

Así sucedía con el Rey Profeta, que decía: Veíalos prevaricar y me consumía de dolor: *Vidi prævaricantes, et tabescebam.* (CXVIII. 458).

Por otra parte, las almas piadosas sufren muchas veces las bur-las que les dirigen los impíos....

Pero por persecucion es preciso entender sobre todo las tentaciones del demonio. Por esto dice el Eclesiástico: Hijo mio, cuando te dispongas á entrar al servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentacion: *Fili, accedens ad exercitum Dei, sta in iustitia et timore, et prepara animam tuam ad tentationem.* (II. 1). Es imposible, dice S. Crisostomo, que el que hace la guerra á los malos espíritus esté al abrigo de las vejaciones: *Impossibile est qui malis bellum indixerit, pressuris careat.* (Homil. de Cruce). No le es lícito al atleta de Dios buscar las delicias; no les es lícito á los combatientes entretenerse en festines. Y la vida presente es un combate, una lucha, una guerra, una persecucion, un camino sembrado de lazos, una arena ardiente. Otra época será la del reposo; el tiempo actual es el de las cruces....

Es preciso, dice S. Pablo, pasar por medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (Act. XIV. 21).

Oportet, es preciso, es necesario, así debe ser; porque, 1.º, Dios así lo ha decretado; ha decretado que vayamos al cielo por el camino

Necesidad de las cruces.

del sufrimiento; queramos ó no, está acordado. Llevemos pues voluntariamente las cruces que nos vienen, puesto que es indispensable que lo hagamos. Rechazándolas, aumentaríamos su peso y su número, perderíamos el mérito de haberlas llevado y la recompensa.

2.ª *Oportet*, es preciso; porque es justo que el reino de Dios, que es tan grande y tan bello, se compere con obras heroicas y sufrimientos. La cruz es la puerta del cielo.

3.ª *Oportet*, es preciso; porque Jesucristo, nuestro Jefe, ha abierto el cielo con su pasión, su sangre y su muerte....

4.ª *Oportet*, es preciso; porque todos los Santos han emprendido este camino para llegar á la felicidad suprema. No hay otro....

5.ª *Oportet*, es preciso; porque los pecados deben expiarse con las cruces, y los movimientos de la concupiscencia han de reprimirse con el dolor.

6.ª *Oportet*, es preciso; porque esta vida está llena de miserias, de tentaciones, de persecuciones, etc., á las cuales nadie puede sustraerse....

7.ª *Oportet*, es preciso; porque estamos rodeados de enemigos numerosos é implacables que han jurado nuestra ruina: estos enemigos son el demonio, el mundo, la carne....

8.ª *Oportet*, es preciso; porque el que no ha humedecido sus labios en la copa de las amarguras, no merece disfrutar de las delicias....

9.ª *Oportet*, es preciso; porque somos culpables, y únicamente con la penitencia y las cruces podemos obtener misericordia....

10.ª *Oportet*, es preciso; á fin de que nos desprendamos del mundo, lo despreciemos y demos preferencia á la gracia y al cielo....

Para llegar á ser iguales á S. Lorenzo, es preciso que paseis por la prueba del fuego; para ser semejantes á S. Vicente, es necesario que sufráis con alegría el suplicio de la parrilla candente.

El alma, dice S. Agustín, tiene dos verdugos, que no la atormentan al mismo tiempo, sino alternativamente: el temor y el dolor. Cuando disfrutais de un bienestar, teméis perderlo; y cuando lo habéis perdido, miris: *Sunt duo tortores animæ, non simul torquentes, sed sunt cruciatibus alternantes, timor et dolor. Quando tibi bene est, times; quando male, doles.* (In Psal.).

Las cruces vigilan de cerca.

Los sufrimientos, las cruces y las pruebas no deben atribuirse al demonio, ni á la carne, ni á un enemigo cualquiera, sino á Dios; pues, desde toda la eternidad, Dios las ha previsto, preparando á cada cual las suyas: á uno le prepara unas, á otro otras, á fin de que por medio de ellas todos nos asimilemos á Jesucristo, que sufrió, murió y resucitó.

A Dios atribuye el Real Profeta todas las cruces: Nos habéis probado, experimentado, Señor; nos habéis acrisolado al fuego, como se acrisola la plata: *Probatí nos, Deus; igne nos examina-*

sti, sicut examinatur argentum. (LXV. 10). Hemos pasado por el fuego y por el agua; mas nos habéis conducido á un lugar de refrigerio: *Transivimus per ignem et aquam, et eduxistis nos in refrigerium.* (LXV. 12). Nos habéis couido con una faja de dolor: (LXV. 11). ¿Hasta cuándo nos has de alimentar con pan de lágrimas, y hasta cuándo nos darás á beber lágrimas con abundancia? *¿Cibabis nos pane lacrimarum, et potum dabis nobis in lacrimis, mensura?* (LXXIX. 6).

Dios me ha dado bienes, dice Job, y él me los ha quitado; ha sucedido lo que el Señor ha dispuesto: bendito sea el nombre del Señor! *Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum!* (I. 21). No dice Job: Dios me ha dado bienes, y el demonio me los ha quitado; sino: Dios me ha dado, Dios me ha quitado....

Manifestaré á Pablo, dijo el Señor, cuánto ha de sufrir por mi nombre: *Ego ostendam illi quanta oportet eum pro nomine meo pati.* (Act. IX. 16). El que obraba contra el nombre de Jesucristo, dice S. Agustín, debía sufrir por esto sagrado nombre: ¡ó severidad llena de misericordia! *Qui faciebat contra nomen, patiatur pro nomine: ¡ó sæctia misericordia!* (De laudib. Paul.).

Las cruces que Dios envía en el tiempo, vienen siempre de su misericordia: si Dios no entregase la humanidad á los sufrimientos en la tierra, comenzaría su justicia eterna y terrible....

Que padezcan los malos, dirá alguno, es justo; pero los buenos! Los buenos nacen culpables; con las cruces se purifican más y más; y aumentan el número de sus coronas; sin las cruces se volverían malos, y no hallaríamos ya conformidad entre ellos y Jesucristo; los buenos sufren para obtener la conversión de los malos y para expiar sus pecados.

Por otra parte, suele tenerse mala idea de las cruces. Las cruces son un tesoro.... Nada es malo sino el pecado.... El trabajador á quien el amo paga su jornal, ¿puede hallar á mal que le hayan hecho trabajar? El soldado ¿puede hallar injusto que le ejerciten y le envíen al combate?....

Reprendo y castigo á todos los que amo, dice el Señor en el Apocalipsis: *Ego, quos amo, arguo et castigo.* (III. 19). Jesucristo envía cruces á los fieles: 1.ª para aumentar sus méritos....; 2.ª para mantenerlos en la humildad....; 3.ª para hacerlos expiar sus pecados....; 4.ª para manifestar con mayor brillo su bondad, su poder y su sabiduría, como sucedió cuando la resurrección de Lázaro, y como experimentaron el fuego, el purgatorio, los mártires, etc....

En todas las ciudades por donde paso, dice el gran Apóstol el Espíritu Santo me dice que me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero nada de esto tomo, ni aprovo más mi vida que á mi mismo ó á mi alma contento estoy mientras que de esta suerte con-

Dios ama á aquellos á quienes envía cruces.

Las cruces inspiran valor.

cluya felizmente mi carrera y cumpla con el ministerio recibido del Señor Jesús: *Spiritus Sanctus per omnes civitates mihi protestatur, dicens: Quoniam vincula et tribulationes me manent. Sed nihil horum eceor, nec facio animam meam pretiosiores quam me, dummodo consuminem cursum meum, et ministerium cervi quod accepi a Domino Jesu.* (Act. XX. 23-24).

Estoy pronto no sólo á ser aprisionado, sino á morir también por el nombre del Señor Jesús: *Ego enim non solum alligari, sed et mori paratus sum propter nomen Domini Jesu.* (Act. XXI. 13).

El valor heroico de S. Pablo ha sido imitado por millares de mártires y por los Santos de todos los siglos. Si las cruces fuesen tan pesadas, como lo dicen los ciegos partidarios del mundo, no habrían los Santos subido al cielo con paso tan firme, tan rápido y alegre. Los mayores Santos siempre han sido los que más cruces han recibido; y como el gran Apóstol rebotaban de alegría en medio de todas sus pruebas; ningún trabajo podía detenerlos.....

No Dios viene al
valor crucificado
no para sufrir
las cruces.

Ha padecido persecuciones y vejaciones, dice S. Pablo á Timoteo; y ¿qué grandes han sido! Pero el Señor me ha sacado á salvo de todas ellas. (II. II. 11).

Estoy con él en la tribulación, dice el Señor; pondrélo en salvo, y llenarle he de gloria: *Cum ipso sum in tribulatione: eripiam eum et glorificabo eum.* (Psal. XLI. 13).

Nada temas, dice el Señor por boca de Isaías, que yo soy tu sosten: *Ne timeas, ego adjuvi te.* (XLI. 13).

¿Quién es el que ha esperado en Dios en la adversidad, y ha sido desoido? Ved á José, á Jeremías, á Daniel, á los tres niños en el horno, á Job, á Tobías, á la vinda de Naím, al Centurión, al buen ladrón, á los apóstoles, á los mártires, etc.....

Cuán grande es
el número de
las cruces.

En su segunda carta á los Corintios, S. Pablo nos hace una abreviada enumeración de las cruces, comprendiendo tan sólo en ella las cruces que vienen de los peligros: Me he visto muchas veces en peligro en los viajes, dice; peligros en los ríos, peligros entre los ladrones, peligros de parte de mis allegados, peligros en las ciudades, peligros en los desiertos, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos: *In itineribus, saepe, periculis fluminum, periculis latronum, periculis ex genere, periculis in civitate, periculis in solitudine, periculis in mari, periculis in falsis fratribus.* (II. XI. 26). El Apóstol pasa luego á otras cruces: He vivido, dice, en medio de trabajos y pesares; sufriendo vigiliat, con hambre y sed, con frío y desnudez. (II. Cor. XI. 27). Hemos sufrido toda suerte de tribulaciones: combates por de fuera, por dentro temores: *Omnia tribulationem passi sumus: foris pugna, intus timores.* (II. Cor. VII. 5). Cruces por causa de contratiempos, enojos, tristezas, aflicciones, pérdidas, decepciones, celos, maledicciones, calumnias, etc..... Cruces por causa de enfermedades que nos afligen ó

afligen á nuestros parientes y amigos, etc..... Cruces por causa de la muerte de un padre, de una madre, de un esposo, de una esposa, de un niño, etc.....

Habiendo el pecado entrado en el mundo, ha traído toda clase de miserias, de tribulaciones, de calamidades, etc.....

Las cruces, nos dan una semejanza perfecta con el Hijo de Dios, Jesucristo crucificado; lo que es una ventaja y una dignidad inmensa..... Pareciéndonos á Jesucristo y llevando su cruz, tomaremos parte en su gloria eterna..... Las cruces no sólo nos dan una perfecta semejanza con Jesucristo, sino que por ellas nos convertimos en hermanos suyos, hijos de Dios y sus herederos.....

Las cruces, dice S. Gregorio, aumentan nuestro celo por las buenas obras: *Studium bonae operationis ipsa adversitas auget.* (Pastor.). Sucede con el hombre lo que con el fuego, que cobra fuerzas á medida que le agitan los vientos, añade el mismo Santo: *Sic ignis flatu premitur ut crescat.* (Ut supra).

Los sufrimientos son útiles, necesarios para volver á levantar y curar la naturaleza caída; son nuestro supremo bien. Si fuese la piedra inteligente, ¿no debería alegrarse de los golpes del cincel, que, cortándola, la convierte en elegante estatua? Si la madera fuese inteligente, ¿no sufriría con paciencia que el cepillo la desbastase, la puliese y la transformase en trono? El justo debe pues alegrarse de las aflicciones y sufrirlas con alegría; pues las aflicciones son para el fiel lo que el fuego es para el oro, la lima para el hierro, el cincel para la piedra, el cepillo para la madera, el trillo para el trigo, etc.....

Las cruces son muy ventajosas á los pecadores para hacerles volver en sí mismos y convertirlos. Cerró con un seto de espinas el camino que seguís, dice el Señor por boca de Oseas: *Septem viam tuam spinis.* (II. 6). Entonces dirá la criatura extraviada: Volveré á mi primer esposo: *Et dicet: Revertar ad virum meum priorem.* (Id. II. 7).

Dios cierra con espinas los caminos de los pecadores, cuando los detiene y les impide caer en el pecado, enviándoles enfermedades, pesares, y exponiéndolos á las odias y decepciones: éstas son otras tantas espinas de que Dios se sirve para cerrar la puerta del pecado á los prevaricadores. O bien les quita las ocasiones próximas de caída, lo que es una gran misericordia de Dios, aunque el pecador, devorado por la conciencia, pueda hallar ruda y cruel tal conducta de la Providencia. Volviendo en sí misma, agobiada por los sufrimientos, el alma culpable, adultera, dice: Volveré á mi primer esposo: *Revertar ad virum meum priorem;* es decir, volveré á Dios, á quien he abandonado. Habla así, dice S. Gregorio, porque, abatida bajo el peso de la adversidad, desea y busca á Dios como verdadero bien y como único capaz de aliviarla; y ve por fin que no ha encontrado más que decep-

Ventajas que
proporcionan
las cruces.

ciones, amarguras y agudas espinas en los pretendidos placeres y ventajas que desea y buscaba fuera de Dios. Porque, cuando el alma empieza a ser desgarrada por las espinas y herida cruelmente por el mundo que amaba, comprende perfectamente que era mucho más feliz con su primer esposo, que es Dios. Así vuelve el prodigo en sí mismo, cuando de todas partes llueven penas sobre él y le angustian. Ordinariamente, la adversidad emienda y corrige a aquellos a quienes una voluntad depravada ha corrompido. (Lib. IV, cap. 1.)

Así como el hombre, al pecar, borra lo que es de Dios, dice S. Anselmo, así Dios, al castigarle, borra lo que es del hombre: *Sicut homo, peccando, rapit quod Dei est; ita Deus, puniendo, aufert quod hominis est.* (Lib. de Similit.).

Oíd a S. Agustín: Si sois oro, ¿por qué teméis el fuego? Solo cuando los golpes del trillo os hayan separado de la paja, apareceréis tal como eráis en la espiga. Si sois fruto del olivo, ¿por qué teméis la prensa? Vuestra calidad sólo podrá conocerse cuando el peso aplastador del lagar os separe de las heces (1).

Oíd al mismo Doctor: La uva cuelga de la vid, y la oliva del olivo. Generalmente estos dos frutos están destinados al lagar. En tanto que están unidos al árbol, estos frutos gozan del aire libre; pero ni la uva se transforma en vino, ni el olivo en aceite sino por la acción del lagar. Así son los hombres que Dios ha predestinado antes de todos los siglos para ser perfectamente semejantes a su Hijo único, que sobre todo en su pasión se ha visto sujeto a la presión del lagar. Antes de llegar a ser esclavos de Dios los hombres gozan en el siglo de una especie de deliciosa libertad, son como las uvas y las olivas en el árbol. Pero, ya que está escrito: Hijo mío, cuando te consiegres al servicio de Dios, vive en la justicia y en el temor, y prepara tu alma a la tentación; es preciso que el que quiere servir a Dios sepa que se presenta al lagar. Allí será quebrantado, aplastado, prensado, no para que pierza en la tierra, sino para que se convierta en vino exquisito y aceite dulcísimo, destinado a la bodega de Dios. Queda despojado de los desechos caudales, como el jugo de la uva lo queda de la raspa y houpela. Por esto dice el Apóstol: Despojaos del hombre viejo, y revestidos del nuevo. Tal transformación sólo puede verificarse en el lagar (2).

San Antiocho dice: Así como es difícil que la cera reciba la huella

(1) Si natus es, quid tunc agam? Eris in senectute, ad agendum tuas vires tollet. Si natus es, quid tunc tristem? Non morietur, quia ante, etiam si morietur, etiam non morietur a te separari potest. Si clemens es, quid tunc praesumam? Praes. Non delicta tollit, species tua tunc estiam condita iniqua, si a seipso vult amari. De Temp. lib. 1, c. III.

(2) Uen pendet in valibus, at oliva in arboribus. His enim pro molibus feruntur solent
terminari: propter: Et quando pendet in fructibus suis, tamquam libere non pertinetur,
at hoc non unum est, nec oliva oleum tunc pressurum. Sic sunt et homines, quos
predominavit deus ante seculum, conformes fieri imaginis innocentis: Falli, qui principis in
passione suam totius expressus est. Huiusmodi ergo homines, ante suum accident in

del sello, á no ser que se ablande y derrita al fuego, así tampoco puede el hombre recibir la huella divina, á no sujetarse á las cruces, los trabajos y las pruebas (1).

Dios, por boca de Isaías, nos enseña la inutilidad de las tribulaciones: Os tiraré del freno para que no os despenéis: *Infrénate te (tribulación) no interesa.* (XLVIII. 9). El sufrimiento es un freno poderoso... Jeremías dice: El Señor ha enriedado del cielo el fuego de las tribulaciones en mis huesos, y me ha llenado de ciencia; ha tendido una red delante de mis plantas, para impedirme caer en el mal. (*Lament. I. 43*). El sufrimiento es la red con que Dios pesca a los hombres, los saca del agua envenenada del vicio, y los atrae a su corazón. Dios no concede ninguna gracia a los hombres sin hacerlos preceder de alguna adversidad.

Las aflicciones dan lugar á muy meritorios ejercicios de las virtudes atrevidas y heroicas. Las pruebas que cayeron sobre Job, le hicieron perfecto; la ceguera formó y santificó á Tobías; la calumnia immortalizó á José; la persecucion purificó á David; los leones dieron á conocer la virtud de Daniel; los hornos ardientes santificaron á los Matabeos.....

Preguntan algunos Doctores por qué Job, atormentado por gra-
 ves y numerosas tentaciones, salió victorioso de la prueba, y por
 qué Adán cedió a una ligera súplica de Eva, perdiéndose así el
 y toda su raza. S. Agustín nos lo explica: Job, dice, fue ven-
 cido en un muladar; Adán fue vencido en el paraíso: *Vicit homo*
(Job) in stercore; victus est (Adán) in paradiso. (Homil.)

Así pues, los sufrimientos nos hacen victoriosos, mientras que las delicias nos abaten. Los dolores y las adversidades de Job le afirman en su virtud: las delicias de que disfrutaba Adán, preparan su caída y le hacen esclavo del demonio....

¿Cómo sirven los malos a los buenos? dice S. Agustín. No es adu-
lándolos ni acariciándolos, sino persiguiéndolos. Los perseguidores
han sido para los mártires lo que la lima y el martillo son para
el hierro y el oro, y los molinos para el trigo. Los malos se consu-
men para purificar a los buenos; son para éstos lo que la paja es
para el oro puesto en un hornillo; la paja se consume y reduce-
a cenizas, pero el oro queda proliado (2).

Los males son
utilizados para los
buenos por-
que en fin a
esto se con-
vierte.

servitium Dei, fructum in hoc saeculo longumque delicias libertate, venit uero aut opera pendentes, et, quoniam dictum est: Pa. ancedens ad servitium Dei, ab in iustitia et timore, et praeter amissionem et tentationem, occidit ducunt ad servitium Dei ad totumque se vendit, et quoniam: contradiendum, confiteri, compungitur, non ut in hoc saeculo praesent, et item apostolus: de sedulitate. Exercent enim omnes desiderium interiusque quibus timore. Propter quod et Apostolus dicit: Exite vos vetera humiliter et imitate novum. Rationem poro illius de praesent. In Pa. LXXXIII.

(1) Sicut vera, nihil reculescat aut perminuatur, non facile in se recipit signi impressio-
nem: ita et homo, qui interiorum et multarum intrinsecus probetur exercitio. *Homil.*
LXXXV

(2) *Quomodo mali seruiant bonis* Non obsequendo, sed perssequendo, quomodo pures
bonos martyrisque quomodo laicos vel mulieres auro, modis tribus: ut illi expendant, illi
conspiciantur, quomodo in firmis carceribus pones serui auro, illi pones coadunantur
circum proditor. *Serm. LXVIII*

Felicidad y alegría que dan las cruces.

Estoy inundado de consuelo, reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones, dice S. Pablo: *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VIII. 4).

Agoziado por los padecimientos, dice S. Crisóstomo, Jesucristo se alegraba: sufrimientos corporales, alegrías espirituales. Y no son las cruces las que engendran la alegría; la alegría procede de que padecemos por Jesucristo. (*Homil. de Cruce*).

Los apóstoles, después de haber sido azotados, se retiraron muy gozosos por haber sido considerados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús: *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act. V. 41). Notad esta expresión: Se retiraron muy gozosos porque habían sido considerados dignos de sufrir. Las cruces son pues un gran favor, y proporcionan una felicidad inmensa....

Regocijados, dice el apóstol S. Pedro, porque tomáis parte en los sufrimientos de Jesucristo, pues así seréis también colmados de alegría en la manifestación de su gloria. Bienaventurados sois los que os veis ultrajados por el nombre de Jesucristo, porque el honor, la gloria y la virtud de Dios y su Espíritu descansan sobre vosotros. Si alguien sufre como cristiano, que no se avergüence de ello; glorifique antes bien á Dios (1). S. Pedro indica dos motivos que deben llevarnos á sentir alegría en las pruebas; estos motivos son: 1.º, que con las cruces participamos de los méritos de la pasión de Jesucristo; 2.º que habiendo sufrido con Jesucristo, resuscitarémos para entrar en la gloria eterna....

Las cruces son pues preciosas; debemos recibirlas con regocijo. En efecto: 1.º, las cruces nos separan de este mundo; nos impiden, dice S. Gregorio, confundir el camino con la patria: *Ne viam pro patria diligamus.* (Moral., c. XXIII). Se nos envían, dice S. Agustín, para que, al dirigirse el viajero á su patria, no tome la posada por su casa y no se aficione á ella: *Ne viator tendens ad patriam, stabulum pro domo diligit.* (In Sentent. CLXXXVI).

2.º Es preciso regocijarnos en las cruces, porque son la señal de la elección, de la predestinación y de la filiación de los hijos de Dios. El Señor, dijo S. Pablo á los Hebreos, castiga á aquel á quien ama, y á cualquiera que recibe por hijo suyo le azota, y le prueba con adversidades: *Quem enim diligit Dominus, castigat, flagellat autem omnem filium quem recipit.* (XII. 6). Esto hace decir á S. Agustín: Si no recibís sufrimientos ni azotes, no debéis contaros en el número de los fieles: *Si exceptus es á passione flagellorum, exceptus es á numero fidelium.* (Lib. de Pastor).

(1) Comunicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si expetramini in nomine Christi, boni eritis; quoniam quod est bonorum, gloriæ et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requirit. Si autem ut Christiani, non ardeatis gloriari autem Deum in isto nomine. I. IV. 13-14-16.

San Ambrosio califica la paciencia en las cruces con el nombre de madre de los fieles. (Lib. I. Epist. IV).

El ángel dijo á Tobias que se había vuelto ciego: Porque eras agradable al Señor; ha sido necesario que la tentación te probase: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* (XII. 43).

Bajo el golpe de las tribulaciones, el cristiano, dice S. Efraim, debe mantenerse firme como un yunque: aunque herido sin cesar, permanece éste hijo é inalterable. El cristiano debe tomar á Jesucristo por trinchera y fortaleza; refúgiase en él al punto que estalle la guerra, y diga con el Salmista: Sed para mí un Dios protector, un lugar de refugio, y salvadme. (*De Fid. t. I*).

3.º Es preciso regocijarse en las cruces, porque nos hacen semejantes á Jesús crucificado, al Hijo único de Dios, y nos obtienen su apoyo. Porque, como dice el gran Apóstol, no es tal el Pontífice que tenemos que sea incapaz de compadecerse de nuestras penas y enfermedades: *Non enim habemus Pontificem qui non possit compatiri infirmitatibus nostris.* (Hebr. IV. 15).

4.º Es preciso regocijarnos en las cruces, porque nos libran de los dos grandes males del hombre, el pecado y la concupiscencia. Las cruces son nuestro mayor bien; son una expiación para los pecados cometidos, y un antidoto que nos impide volver á enfermar. Son la sal que preserva de la corrupción....

5.º Es preciso regocijarnos en las cruces; porque, si os afligís por ellas, las haréis más pesadas, disminuiréis vuestro mérito, y hasta podeis perderlo. Si, por el contrario, las sufrís con resignación y alegría, las aligeraréis, y aumentaréis vuestro mérito....

6.º Cuando nos regocijamos en las cruces, éstas dan nacimiento á las mayores virtudes, que encuentran ocasión de desarrollarse y agrandarse....

Ved el soldado en el campo de batalla combatiendo á la vista de su general y esperando carrera y honores: ¡qué entusiasmo le anima! ¡que prodigios de valor! Una bala de cañon se le lleva quizás un brazo ó una pierna, y apenas siente el golpe.

Las cruces hacen fáciles y dulces las más difíciles virtudes....

7.º Las cruces elevan al hombre; le hacen superior á las cosas de la tierra. Sujeto á la prueba, pone en el Cielo sus afectos y esperanzas. Semejante al águila que cerniéndose en los aires, desprecia las honduras y ve de muy alto los sucesos, se rio de las olas y de los despojos que arrastran.

Gerson dice muy admirablemente: Así como el arca de Noé se elevaba más y más á medida que crecían las aguas del diluvio, así también el alma grande, dulce y resignada se eleva á medida que las aguas de las tribulaciones suben, se desencadenan y son más impetuosas. (*Serm. de omnibus Sanctis, part. II*).

Así es que las almas generosas que aman tiernamente á Jesu-

cristo, nada hallan más agradable, más envidiable ni más dulce que sufrir por él. Entónces estas almas son semejantes á Jesucristo, y Jesucristo derrama el rocío de los divinos consuelos sobre estas cruces tan firmes; sus espinas desaparecen, y ya no tienen más que flores suaves y exquisitos frutos. Tal es la idea expresada por el Real Profeta en las siguientes palabras: A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, vuestros consuelos, Señor, llenaron de alegría mi alma: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuae satisfecerunt animam meam.* (XCH. 19). S. Pablo emplea el mismo lenguaje; A medida, dice, que se aumentan en nosotros las aflicciones por amor de Cristo, se aumenta también nuestra consolación por Cristo: *Sicut abundant passionibus Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra.* (II. Cor. I. 5). Reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones: *Superabundo gaudium in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII. 4).

El Señor dió á Moisés un leño que, sumergido en las aguas amargas, las volvía dulces; así también la cruz de Jesucristo dulcifica todos nuestros padecimientos.

Una gran Santa decía: Como en el Cielo no hay aflicciones, deseo permanecer en la tierra, para poder sufrir mucho tiempo por Jesucristo.

Bienaventurados seréis, dice el apóstol S. Pedro, si sois infamados por el nombre de Jesucristo, porque la honra, la gloria y la virtud de Dios y su Espíritu mismo reposa sobre vosotros: *Si reprobrámini in nomine Christi, beatí eritis: quoniam quod est honoris, gloria et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit.* (I. IV. 14). Así en los que sufren por Jesucristo descansan, 1.º el honor de Dios...; 2.º su gloria...; 3.º su fuerza y su poder...; 4.º el Espíritu Santo....

Ahora exponamos las razones que prueban que las cruces que se llevan por Jesucristo vienen á ser el principio de una gran dignidad y de una gran gloria: 1.º Llevarlas es un acto heroico de paciencia, de fuerza y de caridad cristianas. 2.º Son un vestido real. 3.º Jesucristo ha dado sublimidad á los sufrimientos; los ha glorificado y casi divinizado muriendo en la cruz, así como ha dedicado á la humanidad uniéndola á Dios, de tal manera que ha hecho al hombre Verbo, y este hombre es real y propiamente Dios. Así como se dice con verdad que Dios se ha encarnado y hecho hombre, decimos igualmente que Dios ha sufrido, ha sido crucificado y ha muerto. Jesucristo pues ha consagrado en sí mismo, en su humanidad las cruces, las aflicciones, las pruebas, los sufrimientos, la paciencia, la pobreza, la humildad, la obediencia y el desprecio de sí mismo y del mundo.

La 4.ª razón que prueba que es una gran dignidad y una gran gloria sufrir con paciencia por Jesucristo, es que Jesucristo, el

Espíritu Santo y toda la Santísima Trinidad es honrada de la manera más excelente, no con la inmolación de animales, sino con los sacrificios de los que sufren: estos sacrificios son la obra de un ser razonable; son una imitación del sacrificio de Jesucristo en la cruz, y no forman en cierto modo con él más que un solo y mismo sacrificio de un precio infinito....

La 5.ª razón es que Dios promete una riqueza infinita y una brillante corona á los que llevan sus cruces: hasta les prepara los laureles del martirio; porque una larga paciencia en las aflicciones tiene el mérito del martirio: los que han sufrido con paciencia se vuelven semejantes á Jesucristo glorificado, así como semejantes han sido á Jesucristo crucificado....

La 6.ª razón es que la cruz, santificada por el contacto del cuerpo de Jesucristo, es digna de honor; y no solo ella, sino todo lo que puede ser su imagen.

La 7.ª razón es que las cruces y las tribulaciones ilustran maravillosamente á la Iglesia; pues ninguna secta existe que haya tenido mártires y Santos como los que honran á nuestra religión católica, apostólica y romana....

o sufrir, ó morir, exclamaba santa Teresa: *Aui pati, aut mori.* (En ejus vita). Señor, vivir siempre para sufrir siempre, decía S. Juan de la Cruz. (*In ejus vita*). Señor, no me librés de esta cruz, á no ser que queráis enviarme otras mayores, repelía S. Francisco Javier. (*In ejus vita*).

Es preciso desear las cruces, porque son el camino de la perfección. S. Ignacio de Loyola, interrogado sobre cuál era el camino más corto, más seguro y más lucrativo para ser perfecto, respondió: Este camino consiste en sufrir y sobrellevar grandes y numerosas pruebas por el amor de Jesucristo. Pedid, añadió él, esta gracia á Dios; porque aquel á quien Dios la concede, recibe mucho; en este único don se hallan encerrados numerosos y grandes beneficios. (*Ita Ribaden., in ejus vita*).

Los sufrimientos de la vida presente, dice S. Pablo á los Romanos, no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros: *Non sunt condignae passionibus hujus temporis ad futuram gloriam que revelabitur in nobis.* (VIII. 18).

Si pensais que un débil sufrimiento, de corta duración, os asegura una gloria eterna; si pensais cuánto ha sufrido Jesucristo por vosotros, fácilmente llevaréis vuestra cruz, por más pesada que sea. No siempre hemos de tragar agua amarga, dice S. Bernardo: durante toda la eternidad beberemos las cristalinas aguas de la vida. Solo gota tras gota caen sobre nosotros las aguas amargas; y beberemos un día en el río, en el océano de la vida durante todos los siglos de los siglos. (*Serm. 1*).

Es preciso desear las cruces.

Las mayores cruces no son nada comparadas con la recompensa que les está destinada.

CURIOSIDAD.

Deven haberse
prohibido por
la curiosidad.

EVa, se apercibió, dice la Sagrada Escritura, de que la fruta prohibida era buena para comer, y bella á la vista, y de aspecto deleitable; cogió del fruto, y comióle, y dió tambien de él á su marido, quien igualmente comió: *Vidit mulier quod bonum esset lignum ad vescendum, et pulchrum oculis, aspectuque delectabile; et tulit de fructu illius, et comedit; dedisque viro suo, qui comedit.* (Gen. III. 6). Y los ojos de ambos se abrieron; y conocieron que estaban desnudos: *Et aperti sunt oculi amborum; cumque cognovissent se esse nudos....* (Gen. III. 7).

O Eva, dice S. Bernardo, conformaos con la orden que habeis recibido; aguardad el cumplimiento de la promesa que se os ha hecho; evitad lo que os está prohibido; no perdais las prerogativas que se os han concedido: *Serva, ó Eva, commissum; expecta promissum; cave prohibitum; ne perdas concessum.* (De Grad. humil.). ¿Por qué miráis tan atentamente lo que debe ser vuestra muerte? *Quid tuam mortem tam intente intuearis?* Por qué dejáis esparrancar con tanta frecuencia vuestros ojos sobre esta fruta? *Quid illo tam crebro vagantia lumina iacis?* ¿Por qué os placeis en considerar lo que no os está permitido comer? *Quid spectare libet quod manducare non licet?* Hago uso de mi vista, decís, y no de mi mano; no me está prohibido mirar, sino comer. Aunque esta mirada no sea una falta, es sin embargo el indicio de una falta próxima. Porque, en tanto que Eva se ocupa de otra cosa diferente de la observancia de la orden del Señor, la serpiente se esconde en su corazón, y le habla de un modo seductor y lisonjero; debilita y turba su corazón con bellas promesas, y le quita todo temor con sus mentiras: No moriréis, dice: *Nequaquam morte moriemini.* (Gen. III. 4). Excita su curiosidad, y despierta sus deseos inspirándole gula; provoca su voluntad; alaba lo que está prohibido; desaprueba y condena lo que está mandado; presenta la fruta, y arrebatla el paraíso: *Porrigit pomum, et subripit paradysum.* Eva traga el veneno que debía matarla á ella y juntamente á aquellos de quienes debía ser madre: *Haurit virus peritura, et peritura paritura.* (Ut supra).

Así es como la curiosidad de Adán y Eva ha traído el diluvio de males que inunda al universo.

Hijos de Eva, ¡cuántas curiosidades tenemos! Curiosidad de los ojos, curiosidad de los oídos, curiosidad de las manos y de los pies, curiosidad del espíritu, curiosidad de la memoria, curiosidad de la voluntad, curiosidad del corazón, etc. ¡Qué lamentables desgracias producen!...

De la curiosidad nacen todos los vicios, todos los excesos, todos los crímenes: deseamos experimentar un placer prohibido....

De la curiosidad salen todas las herejías: los innovadores curiosos sospechan, y quieren escudriñar.... Las pesquisas de la curiosidad terminan en la herejía, dice S. Agustín: *Curiositas invenit hæresim.* (De Morib.).

Tertuliano llama á los filósofos curiosos patriarcas de las herejías. (In Apolog.).

Hé aquí por qué dice S. Nilo: No trateis de descubrir los misterios de Dios; limitaos á creer y adorar. (In vit. Patr.).

Perdisteis la vista, dice Séneca; ¡oh! ¡cuántas codicias destruirá en vosotros esta pérdida! ¡cuántas cosas no vereis ya que, á haberlas visto, debieran arrancaros los ojos! ¿No comprendéis que, para conservar la inocencia, no hemos de ser curiosos? La curiosidad descubre el adulterio, el incesto, la avaricia y todos los males. Los ojos son el aguijón de nuestras pasiones: nos llevan á todos los crímenes: *Oculi certe irritamenta sunt vitiorum, ducesque scelerum.* (De Remedi. fortuit.).

El infierno y la muerte nunca dicen basta: así tambien son insaciables los ojos de los hombres, dicen los Proverbios: *Infernus et perditio nunquam implentur; similiter et oculi hominum insatiabiles.* (XXVII. 20).

La curiosidad es un fuego que devora; es un abismo sin fondo: por esto jamás está lleno.

El curioso, dice S. Agustín, quiere saber lo que no le importa; pero el hombre prudente no se ocupa más que de sus negocios: *Curiosus avidè scrutatur ea quæ ad se non pertinent; studiosus vero diligenter perquirat ea quæ ad se attinent.* (Medit.).

Mirando Thalés los astros, cayó en un foso, y le ridiculizaron, diciéndole: Bien mereceis esta caída, ya que pretendéis conocer los cielos, ó ignorais lo que teneis á vuestras plantas. ¡Qué numerosos son los imitadores de Thalés!...

¿De qué sirve, dice el autor de la Imitation de Jesucristo, de que sirve muchísima aplicación en escudriñar las cosas oscuras y desconocidas, puesto que no hemos de ser condenados en el juicio de Dios por no haberlas sabido? Es mucha locura desmenuar las cosas útiles y necesarias, y dedicarnos á cosas inútiles y vanas. (Lib. I. c. III).

En efecto, dice el Eclesiástico: no es necesario el ver por nuestros ojos los ocultos arcanos de Dios: *Non est tibi necessarium ea quæ abscondita sunt, videre oculis tuis.* (III. 23).

Queremos ignorar lo que Dios quiere que sepamos, y queremos saber lo que quiere que ignoremos....

No queráis, dice el Eclesiástico, escudriñar con ansia las cosas superfluas: *In supercucis rebus noli scrutari multipliciter.* (III. 24).

La curiosidad
es insaciable.

Quiéren saber
lo que es inútil
y malo, y que-
den ignorantes
de lo útil y bu-
no.

Dejad á un lado las cosas vanas, inútiles de que no teneis una necesidad absoluta; porque nos hacen perder inútilmente el tiempo, el talento y el trabajo....

Es preciso contener y reprimir la curiosidad que divaga por una y otra parte; que os impide observar lo que debéis ver, y aplicarla á lo que os ha de ser ventajoso....

Muy bien dice S. Gregorio: Es un gran vicio la curiosidad; mientras que lleva el espíritu á examinar vidas ajenas, oculta al que la escucha, los deberes que ha de llenar; de tal modo que sabe las cosas ajenas y se ignora á sí mismo. Cuanto más hábil es el espíritu del curioso para comprender el mérito de los demás, tanto menos conoce sus propias cualidades: *Grave curiositatis est vitium; quia dum cuiuslibet mentem ad investigandam vitam proximæ exterioris ducit, semper eis sua intima abscondit; ut aliena sciens, se nesciat, et curiosi animus quanto peritius fuerit alieni meriti, tanto fiat ignarus sui.* (Homil. XXXVI. in Evang.).

Debemos conocer la voluntad y la ley de Dios, la religion, la virtud, nuestros deberes; y descendamos esta ciencia....

Debemos ignorar el vicio, el mundo, etc.; y nuestra curiosidad nos inclina á querer conocerlo.

La curiosidad debe ser prudente y sabia.

El que se mete á escudriñar la majestad de Dios, será abatido del peso de su gloria, dicen los Proverbios: *Qui scrutator est majestatis, opprimetur á gloria.* (XXV. 27). El que quiera mirar hito á hito el sol, se quedará ciego.... Querer sondear los secretos de la Divinidad, es buscar el error y la herejía....

No os metáis en inquirir lo que es sobre vuestra capacidad, dice el Eclesiástico, ni trateis de escudriñar aquellas cosas que exceden de vuestras fuerzas; sino más bien pensad siempre en lo que os tiene mandado Dios, y no seáis curiosos escudriñadores de sus muchas obras: *Altiora te ne quæsieris, et fortiora te ne scrutatus fueris; sed, quæ præcipit tibi Deus, illa cogita semper, et in pluribus operibus ejus nec fueris curiosus.* (III. 22).

Sentamos por precedente, dice S. Agustín, que Dios puede algo que nosotros no podemos comprender: *Deum Deum aliquid posse quod fateamur investigare non posse.* (Epist. III. ad Volus.).

El Eclesiástico nos prohíbe escudriñar lo que es superior á nuestras fuerzas, por cinco razones: 1.ª, porque debemos ocuparnos exclusivamente de las cosas necesarias, es decir, de los preceptos de Dios; pues, aplicándonos enteramente á ellos, apenas puedo el entendimiento bastar para comprenderlos y cumplirlos....; 2.ª, porque lo que es superior á nuestras fuerzas está naturalmente fuera del alcance de nuestras pesquisas....; 3.ª, porque son cosas que nos son inútiles....; 4.ª, porque son superiores á nuestros sentidos y á nuestra inteligencia....; 5.ª, porque la mayor parte de los hombres se dejan seducir por sus propias opiniones, y la ilusión de los sentidos les detiene en la vanidad. (Ecl. III. 26). Muchísimas de las ma-

ravillas que no pueda pénétrar el espíritu del hombre, están delante de nuestra vista.... (Ibid. III. 25).

La curiosidad imprudente induce á error, seduce y engaña. Creemos comprender lo que comprendemos mal, ó lo que no comprendemos. Entónces caemos en error, y á él arrastramos á los demás.

Así ha sucedido con la mayor parte de los filósofos. Han tenido y han expresado sobre Dios, sobre la religion, sobre la virtud, muchas ideas fuera de lugar, falsas, peligrosas y erróneas; y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios, dijo S. Pablo á los Romanos: *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt.* (I. 22).

San Próspero dice perfectamente: Sin sol, la tierra no es más que tinieblas; así todo cuanto queramos saber sólo con las fuerzas de la naturaleza, sólo mediante las luces de la razon y sin el auxilio de la revelacion, sobre Dios, sobre el hombre y sus deberes, no es más que tinieblas y oscuridad. Solamente el mismo Dios puede explicar la verdadera doctrina en estas materias. (In Sentent.).

Quiéren algunos bajar hasta el fondo del mar, y sólo encuentran allí barro: al sondear los filósofos las profundidades de las cosas para hallar allí la sabiduría, no han encontrado más que errores....

Siempre nos engañamos cuando, con las únicas fuerzas de la razon, queremos explicárnoslo todo.

De ahí vienen á tropel los errores, los disencimientos, las contradicciones, las oscuridades: todos quieren tener razon; todos pretenden conocer la verdad. Se dicen sabios, y se vuelven locos: *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt.* (Rom. I. 22).

Así se pierde la fe; así se pierde el alma; así se pierde á Dios....

Por esta razon escribía el papa Urbano á Carlos de Anjou: Dios no ha querido conservar y salvar su pueblo por la dialéctica; el reino de Dios está en la sencillez de la fe, y no en la lucha de los razonamientos: *Non in dialectica placuit Deo sercare populum suum; regnum Dei in simplicitate fidei est, non in contentione sermonum.* (Lib. I. Onirocrit., c. XXVIII).

Algunos, dice S. Pablo, quieren hacer de Doctores de la ley, sin entender lo que hablan ni lo que afirman: *Volentes esse legis doctores, non intelligentes neque quæ loquuntur, neque de quibus affirmant.* (I. Tim. I. 7). Andan siempre aprendiendo sin llegar jamás al conocimiento de la verdad: *Semper discites, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes.* (II. Tim. III. 7).

Evitad, escribe aquel gran Apóstol á Tito, su discípulo, evitad las cuestiones necias, las genealogías y contiendas y debates sobre la ley, porque son inútiles y vanas: *Stultas autem questiones, et genealogías, et contentiones, et pugnas legis devota, sunt enim inutiles et vane.* (III. 9).

Cuando Dios habla por medio de su Iglesia, debe cesar toda curiosidad, toda disputa; debemos someternos y creer, seguros de no poder jamás ser engañados....

DEBERES DE LOS AMOS.

Sin el pecado los hombres hubieran sido iguales é independientes unos de otros. El pecado, dice S. Agustín, es la única causa de la diversidad de condiciones. (*De Lib. arb.*).

Después de haberse el hombre sujetado voluntariamente al demonio, mereció perder la independencia en la que se hubiera hallado respecto de sus semejantes. La igualdad que debía existir entre todos los hombres, ha desaparecido para siempre, y es el colmo de la locura y de la absurdidad tratar de restablecerla. Sería antes preciso volver á dar al hombre los privilegios de la inocencia primitiva; sería preciso reintegrar á la naturaleza humana de todos sus antiguos derechos, y abolir las penas que le ha impuesto el Creador después del pecado. Sería preciso hacer á todos los hombres, desde su nacimiento, igualmente, fuertes robustos y vigorosos, igualmente dotados de todas las ventajas corporales y espirituales; sería preciso, en una palabra, hacer desaparecer todas las necesidades y todas las miserias que sujetan necesariamente un número dado de individuos á aquellos de quienes se ven obligados á reclamar socorros, asistencia y protección. Hasta tanto que se haya verificado este cambio maravilloso en la naturaleza, dejemos moe al género humano con la esperanza del reino quimérico de la igualdad....

Reconozcamos, en hora buena, que es contrario al orden primitivo el que los hombres se hallen sujetos á otros hombres; esta verdad recordará á los superiores y á los amos que el derecho natural no les da ningún poder sobre sus inferiores y sus criados que tienen la misma naturaleza que ellos y han salido del mismo tronco; y que, por el contrario, sólo á consecuencia de la subversión de este derecho, causada por los horribles estragos del pecado, ejercen dominio sobre otros hombres, iguales suyos; que solamente de Dios debieran depender.

Pero si esta reflexión es muy á propósito para rebajar el necio orgullo de muchos amos que obran respecto de sus criados como si no hubiesen salido del mismo barro que ellos, no hemos de deducir que éstos tengan derecho de alzarse contra sus amos y de desobedecerles.

Ante Dios todos los hombres son iguales; sólo el mérito personal puede establecer alguna diferencia....

El primer deber de los amos es la humanidad, la bondad. Vosotros amos, dice S. Pablo, manifestad á vuestros criados la misma humanidad, sin tratarlos con rudeza ni amenazas, considerando que

Deberes de los amos. 1.ª La humanidad.

unos y otros tenéis un mismo Señor allá en los cielos, y que no hay en él acepción de personas: *Et vos, domini, eadem facite illis, remittentes minas, scientes quia et illorum et vester Dominus est in celis, et personarum acceptio non est apud illum.* (Ephes. VI. 9).

Todos tenemos por Padre á Dios: todos somos hermanos y miembros de Jesucristo: todos estamos destinados á la misma herencia celestial; pero sólo participarán de ella aquellos que por su fidelidad á la gracia hayan conservado la nobleza de un origen tan santo. Aunque fuesen príncipes y reyes, todos los prevaricadores de la ley han de quedar absolutamente excluidos.

Amos, dice en otra parte aquel gran Apóstol, tratad á los siervos según lo que dictan la justicia y la equidad, sabiendo que vosotros, lo mismo que ellos, tenéis también un Amo en el cielo: *Domini, quod justum est et æquum, servis præstate, scientes quod et vos Dominum habetis in celo.* (Coloss. IV. 1).

Si tenéis un criado fiel, dice el Eclesiástico, queredle como á vuestra alma: *Si est tibi servus fidelis, sit tibi quasi anima tua.* (XXXIII. 31). Tratad pues humanamente á vuestros servidores, dueños de la tierra: esta es la consecuencia que saca el gran Apóstol de que los deberes de los criados hacia los amos nacen de los deberes de los hijos hacia sus padres y sus madres. Recíprocamente, los deberes de los amos hacia sus criados, son análogos á los de los padres y de las madres hacia sus hijos. Deben tener por ellos ternura y cuidados. Unos y otros responderán á Dios, ya del mal que hayan hecho, ya del bien que hayan dejado de hacer....

La caridad de los padres de familia no debe limitarse á sus hijos. Si la Escritura les obliga hasta á tener cuidado de las bestias que están á su disposición, ¿no han de estar más obligados por justicia y por caridad á extender sus cuidados á los criados que les sirven? Si álguien, dice S. Pablo, no mira por los suyos, mayormente si son de la familia, este tal negado ha la fe y es peor que un infiel: *Si quis suorum, et maxime domesticorum, curam non habet, fidem nequeat, et est infidelis deterior.* (I. Tim. V. 8).

La tercera obligación de los amos respecto de sus criados es la vigilancia, que consiste en elegir bien á sus servidores á fin de no tener en su casa más que gente prudente y temerosa de Dios, servidores que no sean ni violentos, ni blasfemos, ni dados á la embriaguez, ni insolentes, ni libertinos, ni de mal ejemplo. Esto es de la mayor consecuencia para los amos, y sobre todo para los hijos, que, inclinados siempre á imitar todo lo que ven, aprenden de los criados imprudentes é inmorales lo que jamás debieran saber: añadamos que un criado de malas costumbres basta para desmoralizar á todos sus compañeros. Cuando no se encuentran en

2.ª Los criados.

3.ª La vigilancia.

un criado las cualidades que son de esperar y que convienen, ni las virtudes propias para edificar, es preciso trabajar para corregirle, vigilarle especialmente; y si no se vuelve mejor, despedirle lo más pronto posible, antes de que haya corrompido á sus compañeros.

Los amos deben vigilar constantemente á los criados, y no permitirles frecuentar las tabernas, ni ausentarse durante la noche, ni tener entrevistas con personas de diferente sexo. No deben tampoco dejar dormir á sus propios hijos en la cama de sus criados, á no ser que estén perfectamente seguros de su moralidad. Pero, dirán los amos, si hemos de estar tan alerta sobre la conducta de nuestros criados, y hemos de imponerles una vida severamente arreglada, no podremos tener ninguno, ni siquiera encontrarlo. Confieso que muchas veces es muy difícil hallar criados y criados virtuosos; sin embargo los hay. Por otra parte, imponiéndoles las condiciones de que acabo de hablar, serán mucho más reservados, se corregirán; y si son verdaderos cristianos, perseverarán; así haréis su felicidad y la vuestra. Indicio es de un estado social deplorable el que un criado que no podáis tener á causa de su mala conducta, sea recibido por otros amos. La puerta de todas las casas debiera estar cerrada para cualquier criado indigno de confianza. Se quejan algunos muchas veces de los criados; ¡ah! pero, si viven en el desorden, ¿quién los corrompe? Algunas veces son sus amos, por su debilidad, su poca vigilancia, su impiedad, su inmoralidad, su funesto ejemplo.... Sois mal servidos, decís; y vosotros, amos, ¿cómo servís á Dios? ¿cómo vigiláis á vuestros criados? Vuestros criados os desobedecen; pero ¿obedecéis vosotros á Dios? Buenos amos buenos criados; malos amos malos criados. Si no vigiláis á vuestros sirvientes, no os quejéis: su perversidad es obra vuestra; vigilad, y quedaréis más satisfechos....

Según las leyes del Evangelio, no les está permitido á los amos tener á su servicio gente inútil que haya de permanecer ociosa. La ociosidad es un manantial de desórdenes. Estos criados perezosos se corrompen pronto, y corrompen á los que les rodean. Es pues preciso cuidar de que no pierdan el tiempo, pero también es preciso no agobiarlos bajo el peso del trabajo; no olvidéis nunca que son vuestros semejantes, y no bestias de carga....

Debeis exigir que vuestros sirvientes santifiquen el domingo y cumplan con el deber pasenal. Todo criado que no vaya á misa ó no cumpla con la parroquia, debe ser indigno de vuestra confianza; debeis despedirle.

Pero ¿despedirá á sus criados por semejantes faltas el amo impío que tampoco va á misa, que desprecia á Dios y á la Iglesia, viola las sagradas leyes de la religión, y se burla de los Sacramentos? No sin duda. Es apóstata, y los que le sirven se le parecen....

O amos cobardes, ciegos ó impíos, ¿cuán culpables sois! Hábéis

renegado de vuestra fe, sois peores que el infiel: *Fidem negavit, et est infidelis deterior*....

El cuarto deber de los amos es instruir ó hacer instruir á sus sirvientes en los misterios de la religión, si los ignoran, en las obligaciones del cristiano, y particularmente en los deberes de su estado. Deben prepararles para la primera comunión, y si la han hecho, deben tener cuidado de que asistan á las pláticas de la parroquia, y también á las instrucciones de doctrina cristiana. Deben enseñarles á orar, y mientras sea posible, deben rezar en familia con ellos por la mañana y por la noche....

Los amos no deben permitir disputas entre sus criados, ni tampoco ninguna amistad particular, sobre todo cuando tengan sirvientes de diferente sexo. Deben advertirles sus defectos con caridad, pero el mismo tiempo con energía, cuando los defectos sean graves. Si las advertencias no les corrigen, despedirles. La buena conducta y la salvación de los que componen vuestra casa, deben preferirse á todos los intereses y á todas las consideraciones humanas. En estas cosas debemos ser enérgicos é inflexibles, y no tener ante la vista más que á Dios y el interés espiritual del prójimo.

El rey David nos declara que no permitía en su casa sirvientes de mala conducta, y los que procedían irreprensiblemente, aquellos eran sus ministros: *Occuli mei ad fideles terre ut rediant mecum; ambulanti in via immaculata, hic mihi ministrabat.* (Psal. c. 6.)

El sexto deber de los amos, y el más sagrado, es dar buen ejemplo. Están obligados á ello por conciencia. ¡Desgraciado el amo que inclina á sus criados al mal ó los escandaliza! No es raro sin embargo encontrar amos que tratan de corromper y perder á pobres criados ó criadas! Amos infames, crueles y bárbaros, que son en cierto modo demonios encarnados! Su crimen es el crimen de los crimenes, la injusticia de las injusticias! Podemos llamarlos, según la Escritura, el dolmo de la impiedad: *Vocabuntur termini impietatis.* (Malach. I. 4.)

Los amos han de cuidar á sus sirvientes en sus enfermedades. Fuera crueldad por parte de los amos abandonar á unos desgraciados que están enfermos hallándose á su servicio, y obligarles á abandonar la casa, sobre todo si no tienen asilo ni parientes que puedan socorrerles. La caridad hace un deber de esta conducta, y hasta podríamos decir que es un deber de justicia. Debe llamarse al médico; y deben emplearse los remedios que prescribe.... En fin, los amos pecan cuando por descomiso no proporcionan á sus sirvientes enfermos los socorros espirituales....

4.º La instrucción.

5.º La corrección.

6.º El buen ejemplo.

7.º La asistencia.

1.º El salario.

Los amos han de pagar fiel y exactamente á sus sirvientes el salario que les deben. Sería una grave injusticia negarles alguna cantidad.

Los amos pecan cuando se niegan á dar un justo salario á los que se ofrecen para servirlos, ó cuando abusan de la desgraciada situación de un sirviente sin amo, ó de un obrero sin trabajo, no pagándoles más que una cosa insignificante, y obligándoles á optar entre morir de hambre ó aceptar las condiciones desfavorables.

La Sagrada Escritura recomienda enérgicamente que se pague con puntualidad el salario de los criados. El precio del mercenario que os da su trabajo, dice el Levítico, no ha de quedar en vuestro poder hasta la mañana. El mismo día en que os dejó, antes de que se ponga el sol, le entregad el precio de sus trabajos, porque es pobre y no tiene más que aquello para vivir; no sea que clame contra vosotros al Señor, y vuestra conducta se juzgue pecaminosa. (XIX).

Tobías recordaba á su hijo esta obligación: A cualquiera que haya trabajado algo por tí, dale luego su jornal, y por ningún caso retengas en tu poder el salario de tu jornalero. (IV, 15).

El Eclesiástico compara al crimen del homicida la injusticia de los que defraudan el salario al sirviente ó al obrero: *Qui effundit sanguinem, et qui fraudem facit mercenario, fratres sunt.* (XXXIV, 27).

Los amos están obligados á dar á sus sirvientes y á sus trabajadores un alimento suficiente y sano....

Cometen una injusticia cuando sujetan á sus criados á trabajos excesivos, capaces de destruir ó debilitar notablemente su salud. Mucho común es este abuso en los ricos avaros. Obligan á adolescentes á hacer cosas superiores á sus fuerzas; les exigen un trabajo no interrumpido; les ocupan día y noche. Muchas veces estos desgraciados no se atreven á quejarse; y después de algunos años de tan duro servicio, contraen enfermedades. Y como la salud y la fuerza del cuerpo son la única riqueza de los criados, y se encuentran con que les han quitado todo recurso, se ven condenados ó á tener que sucumbir á una muerte temprana, ó á tener que pasar su vejez entre sufrimientos y dolores. Estos desapiadados avaros cuidan sin embargo mucho de no hacer trabajar con exceso á sus buyes y á sus caballos, temerosos de perderlos; pero no tienen la misma atención con sus criados, ni tampoco algunas veces consigo mismo: cuánto les aguijonea la sed del oro!....

DEBERES DE LOS CRIADOS.

Los criados tienen cuatro deberes que cumplir con respecto á sus amos: El amor, el respeto, la obediencia y la fidelidad. ¿Qué se entiende por el amor que los sirvientes deben á sus dueños? Se entiende un afecto sincero que une los sirvientes á los intereses de aquellos en cuyo servicio se hallan.

Deberes que los criados han de cumplir con respecto á sus amos.

Los criados deben: 1.º Ver á Dios en la persona de sus amos...; 2.º, mirar su voluntad como la de Dios; 3.º, aficionarse á ellos con el fin de agradar á Dios...; 4.º, proponerse por término de sus penas y trabajos la recompensa eterna...; 5.º, ser finalmente buenos y previsores con respecto de aquellos á quienes sirven.

Primer deber, el amor.

El segundo deber de los criados hacia sus amos, es el respeto.

2.º deber, el respeto.

Todos los que están debajo del yugo de la servidumbre, dice el gran Apóstol, han de considerar á sus señores como dignos de todo respeto, para que el nombre y la doctrina del Señor no sean blasfemados: *Quicumque sunt sub iugo servi dominos suos omni honore dignos arbitrentur: ne nomen Domini, et doctrina blasphemetur.* (I. Tim. VI, 1).

San Pedro se expresa de la misma manera: Sirvientes, dice, sed sumisos á vuestros amos con todo acatamiento, no sólo á los que son buenos y justos, sino también á los de recia condición, porque es grato á Dios que con la mira de agradarlo padezcamos los males y las penas que injustamente nos hacen sufrir: *Servi, subditi estote in omni timore dominis, non tantum bonis et modestis, sed etiam iniquis. Hoc est enim gratia si propter Dei conscientiam sustinet quis tristitia patiens injuste.* (I. p. 18-19).

Los sirvientes deben respetar á sus amos: les está prohibido burlarse de ellos, maldecirlos, contradecirlos, despreciarlos, insultarlos, etc....

Deben honrar á sus amos con sus palabras, sus modales dignos, y deben también defender su honor....

Deben procurar siempre por su reputación, no hablar nunca de ellos sino en términos respetuosos y llenos de afecto, y sobre todo ocultar con prudencia sus defectos. En esto pecan gravemente muchísimos criados indiscretos, inconsiderados, imprudentes, ingratos y malvados, que comiendo el pan de sus amos no se avergüenzan de publicar por todas partes sus caprichos, sus debilidades, sus antipatías, sus disputas, sus divisiones; revelan los secretos de familia, y violan así las leyes del derecho natural, las de la sociedad civil, y el precepto de la caridad cristiana....

2.º deber, la obediencia.

Servos, dice S. Pablo, obedeced en todo á vuestros amos temporales, no solamente sirviéndolos cuando tienen la vista fija sobre vosotros, como si no tratarais más que de agradar á los hombres, sino con sencillez de corazón y temor de Dios: *Servi, obedite per omnia dominis, non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed in simplicitate cordis, timentes Deum.* (Coloss. III. 22).

Servos, dice en otra parte aquel gran Apóstol, obedeced con temor y respeto á vuestros señores temporales como al mismo Jesucristo: *Servi, obedite dominis cum timore et tremore, sicut Christo.* (Ephes. VI. 5). No tratéis de servirles tan sólo cuando os vean; haced ántes bien de todo corazón lo que os exige la voluntad de Dios, como servidores de Jesucristo: *Non ad oculum servientes, sed ut servi Christi facientes voluntatem Dei ex animo.* (Ephes. VI. 6).

Exhortad á los sirvientes, escribe á su discípulo Tito, á que sean obedientes á sus dueños, y les complazcan en todo lo que puedan, y no les contradigan: *Servos dominis suis subditi esse, in omnibus placentes, non contradicentes.* (II. 9). Obedeced á vuestros superiores y estadles sumisos, escribió á los Hebreos: *Obedite praepositis vestris, et subjacite eis.* (XIII. 17).

Los criados no deben tan sólo obedecer á sus amos porque su condición les obligue á ello, sino también por amor á su deber. Los que no obedecen sino á la fuerza, discutiendo y murmurando, son culpables ante Dios.

Solamente en el caso en que sus amos les mandasen una cosa mala, les está permitido desobedecer. Pero entonces, hasta están absolutamente obligados á hacerlo.

3.º deber, la fidelidad.

El cuarto deber de los criados con relación á sus amos es la fidelidad. ¿En qué consiste esta fidelidad? Consiste desde luego en trabajar concienzudamente, luego en cuidar de los intereses de sus amos y en conservarlos, sin causales nunca perjuicios. S. Pablo lo recomienda: Exhortad á los sirvientes, dice á Tito, á que no defrauden en nada á sus amos, y á que demuestren una lealtad perfecta: *Non fraudantes, sed in omnibus fidei bonam ostendentes.* (II. 10).

Ni tampoco les está permitido para recompensarse, y so pretexto de que sus amos no les dan sueldos proporcionados á sus servicios, tomar nada más que el precio ajustado.

Tampoco les es lícito dar nada de lo que pertenece á sus amos.... Si se perciben de que á ellos les roban ó les causan algún perjuicio, tienen obligación de avisarlo, aunque los culpables fuesen los mismos hijos de la casa. Pero ántes deben procurar apartarles del mal, ó si ya está hecho, inclinarles á repararlo....

Los criados y los trabajadores pecan también contra la justicia y están obligados á la restitución cuando no emplean fielmente su tiempo, ó no trabajan según sus fuerzas....

Finalmente, un criado debe también, como otro José, cuidar con atención de que nada se pierda ó estropee: la negligencia en esta ocasión compromete la conciencia. Si, por culpa suya, la ropa blanca se pierde ó se desgarró, los muebles se rompen, el aceite ó el vino se vierten, y los comestibles se echan á perder; si cosas que ha dejado expuestas á merced de todos, son robadas por ladrones, él es el responsable de todos los perjuicios....

Pero, dirán algunos, los amos no lo han visto. ¡Buena excusa, en verdad! No es durante la ausencia de los amos cuando sobre todo deben brillar la fidelidad y la vigilancia de un buen criado?

El que cuida bien de su amo y de sus bienes, será colmado de honores, dicen los Proverbios: *Qui custos est domini sui, glorificabitur.* (XXVII. 18).

DEBERES DE LOS HIJOS.

Primer deber
de los hijos que
pueden de sus pa-
dres el amor.

HONRA á tu padre y á tu madre, dice el Señor en su cuarto mandamiento, para que vivas largos años sobre la tierra: *Honora patrem tuum et matrem tuam, ut sis longævus super terram.* (Exod. XX. 12).

Este cuarto precepto obliga desde luego á que los hijos amen á sus padres.

Todos los deberes del hombre con relación á Dios están contenidos en los tres primeros mandamientos; sus deberes con relación al prójimo se hallan incluídos en los siete restantes. Y como en la tierra el padre y la madre ocupan el primer puesto, Dios pone el cuarto mandamiento como el primero de los siete que nos ligan con el prójimo.

San Pablo observa que es el primer mandamiento al que Dios ha acompañado una recompensa: *Quod est mandatum primum in promissione.* (Ephes. VI. 2). Dios se ha valido del término *honrar* mejor que de *amar*, porque la palabra *honrar* todo lo comprende, dice el catecismo del santo Concilio de Trento. En efecto; puede amarse á alguno sin temerle; se le puede temer sin amarle; pero no se le puede honrar verdaderamente sin profesarle sentimientos de amor y de respeto, sin temer desagradarle y sin obedecerle; puesto que fuera una burla decir que se honra una persona cuyas ordenes no se observan y cuyas necesidades no se asisten.

Amar al padre y á la madre, es tener para ellos un afecto real, y dárles pruebas de ello en ocasiones dadas.... Este amor es natural; los mismos paganos lo declararon obligatorio; y no hay ninguna nación que no mire como un monstruo á un hijo que falte á este sagrado deber. La naturaleza da esta inclinación á los hijos, inspirándoles reconocimiento á favor de sus padres, de quienes han recibido la vida....

Tribunal á vuestra madre el mismo amor que os tiene. Dadle vuestro corazón, puesto que os ha dado á luz con peligro de su vida.

Mucho debeis á vuestra madre, dice S. Ambrosio, por la herida inferida á su pudor, por la pérdida de su virginidad, por los peligros de muerte á que se ha visto expuesta llevándoos en su seno y al ponerlos al mundo; los suspiros y las fatigas de una madre, los peligros que corre, son innumerables: *Tu matri debes pudoris injuriam, virginitalis dispendium, partus periculum; matri longa fœditas, matri longa discrimina.* (In c. II. Luc.).

¡Cuántas inquietudes, cuántos cuidados, cuántos sudores, cuántas fatigas, cuántas vigilias, cuántos trabajos, cuántas privaciones sufren los padres para sus hijos! No pueden apetecerse motivos más

apremiantes para obligar á éstos á amarlos. Por esto, en los últimos instantes de su vida, Tobías no dejó de ponerlos á la vista de su hijo, diciéndole: Honra á tu madre todos los días de tu vida, porque debes acordarte de lo que ha sufrido y á cuántos peligros se ha expuesto por tí. (VIII. 4).

Este amor no debe estar solamente en el corazón; debe tambien manifestarse exteriormente en todas las circunstancias. Los hijos deben tener para sus padres atenciones, complacencias continuas, palabras dulces y respetuosas; deben buscar con ahínco medios de agradarles, á fin de manifestarles la inviolabilidad del afecto que les anima....

¿Qué se entiende cuando se dice que los hijos deben respeto á sus padres? Significa que deben hablarles con urbanidad, con humildad y veneración; sufrir, excusar y ocultar sus defectos....

Aunque nos veamos elevados á una gran dignidad, debemos abrigar sentimientos de respeto hacia nuestros padres, por más que ellos sean pobres, cargados de aflicciones y de males repugnantes.... Aunque estéis sentado entre los magnates, dice el Eclesiástico, acuérdete de tu padre y de tu madre: *Memento patris et matris tuæ, in medio enim magnatorum consistis* (XXIII. 18); para que no suceda que Dios se olvide de tí á vista de los mismos, y que infatigado con su familiaridad, tengas que sufrir tales oprobios, que quisieras más no haber venido al mundo y maldiras el día de tu nacimiento. (Ecclesi. XXIII. 19).

Respetad á vuestro padre y á vuestra madre, dice el gran Apóstol, para que seáis felices y viváis largo tiempo en la tierra: *Honora patrem tuum, et matrem tuam, ut bene sit tibi, et sis longævus super terram.* (Ephes. VI. 2-3).

Respetad á vuestros padres y amadles; respetadles interior y exteriormente; respetadles previniendo sus deseos, obedeciéndoles, ayudándoles....

Sólo el insensato desprecia á su madre, dicen los Proverbios: *Stultus homo despicit matrem suam.* (XV. 20).

¿Qué cosa debe ser más querida para el hijo, qué cosa le toca más de cerca y está ligada con él por medio de lazos más sagrados y estrechos que sus padres? Por esto el hijo que les respeta, se respeta, y el que los desprecia, se desprecia á sí mismo; aun más, desprecia á Dios ó le respeta, según desprecia ó respeta á su padre y á su madre. Los padres son los representantes de Dios y como su viva imagen.

Platon, un pagano, enseña que los hijos deben respetar á sus padres como dioses de la tierra y representantes de la Divinidad. (*Dial. II. de Legib.*)

Dios ha transmitido su honor, su derecho y su imperio á los padres, mandando á los hijos que los respeten como á representantes suyos. Dios ha dado al padre su paternidad, el poder de producir

2.º deber de los
hijos, el res-
pcto.

á su semejante; hé aquí por que Dios exige que los hijos respeten á sus padres. Reciben de su padre el ser y todos los bienes; es decir, la cualidad de hombres, de seres racionales, de reyes del universo: su padre es el instrumento de que Dios se sirve para esto. Es pues justo y necesario que los hijos le respeten como principio y autor de su existencia, humanamente hablando.

Quien teme al Señor, honra á sus padres, dice la Escritura: *Qui timet Dominum, honorat parentes*. (Eccli. III. 8).

Honra á tu padre con todo tu corazón, y no te olvides de los gemidos de tu madre, dice el Señor: acuérdate de que sin ellos no habrías nacido, y correspóndeles con arreglo á lo que han hecho por ti. (Eccli. VII. 29-30).

Dios, la conciencia y la naturaleza exigen que respetemos á nuestros padres....

Por mas defectos que puedan tener un padre y una madre, los hijos no deben notarlos; no les es lícito originar en juocos de sus progenitores....

Hijos, obedeced á vuestros padres con la mira puesta en el Señor; porque es esta una cosa justa, dice el gran Apóstol: *Filii, obedite parentibus vestris in Domino, hoc enim justum est*. (Ephes. VI. 1).

Tobías da órdenes á su hijo; y esto lo responde al momento: Haré, oh padre mio, todo lo que me habeis mandado: *Omnia quaecumque precepisti mihi, faciam, pater*. (V. 4).

Tres veces seguidas cree Samuel que Heli le llama: tres veces se levanta al punto, y corriendo á Heli le dice: Ya estoy aquí, puesto que me habeis llamado: *Ece ego, vocasti enim me*. (I. Reg. III. 5).

Escucha, oh hijo mio, las correcciones de tu padre, dicen los Proverbios, y no deseches las advertencias de tu madre: *Audi, fili mi, disciplinam patris tui, et ne dimittas legem matris tue*. (I. 8).

El hijo debe escuchar con respeto y atención las órdenes de sus padres y someterse á ellos con humildad. Y esto, 1.º, porque obedecer á sus padres es obedecer al mismo Dios, puesto que los padres ocupan el lugar de Dios y le representan: 2.º, porque es el mejor medio de andar por buen camino....

Hijo mio, dicen los Proverbios, observa los preceptos de tu padre; consérvales constantemente grabados en tu corazón: haz que te acompañen en tus viajes, que te guarden durante tu sueño y sean objeto de tus pensamientos al despertar: *Conserua, fili mi, precepta patris tui...; liga ea in corde tuo jugiter...; cum ambulaveris, gradiantur tecum; cum dormieris, custodiant te, et exigiles loquere cum eis*. (VI. 20-22).

Escucha á tu padre que te dió la vida, y no desprecies á tu madre cuando se hallare en la vejez: *Audi patrem tuum, qui genuit te, et ne contemas eum senueris mater tua*. (Prov. XXIII. 22).

Hijos, dice el Eclesiástico, escuchad los preceptos de vuestro pa-

dre, y obrad conforme os digo, si quereis salvaros: *Judicium patris audite, filii; et sic facite ut salvi sitis*. (III. 2).

El sabio llama *sentencias* las órdenes y los avisos de un padre.... El hijo, dice Boecio, debe ser atento, dócil y cariñoso: dócil de carácter, atento para ejecutar las órdenes de sus padres, y cariñoso para atender lo que lo dicen. (Lib. II. de Consolat.).

La obediencia es un deber esencial de los hijos; porque sus padres son sus superiores, sus dueños; tienen por derecho divino la facultad de mandarlos. Jesucristo obedeció á la Virgen, su santísima Madre, y á S. José, que le servía de padre. Isaac, Jacob, José y los otros patriarcas tenían para sus padres una sumisión que debe servir de modelo á los hijos de los cristianos. Y no sólo durante la infancia es cuando deben obedecer á sus padres, sino durante toda su vida, y hasta despues de su muerte, ejecutando con puntualidad sus últimas voluntades. Estos principios están grabados por la naturaleza en el corazón de los hombres.

Los hijos deben hacer pronto y con alegría lo que sus padres les mandan.... Esta obediencia pronta y alegre es tan necesaria á los hijos, que viene á ser su carácter esencial, de manera que, así como un rayo separado del sol no luce ya, así como un arroyo separado de su manantial deja de correr y se seca, y una rama separada del árbol se vuelve árida; de la misma manera, dice S. Pedro Crisólogo, un hijo que deja de ser obediente, deja por la misma razón de ser hijo. Se vuelve un monstruo en la naturaleza, y es indigno de vivir en ella. Hé aquí por que S. Pablo ha recomendado tan de veras la obediencia á los hijos, diciéndoles: Hijos, obedeced en todo á vuestros padres, porque esto es agradable al Señor: *Filii, obedite parentibus per omnia, hoc enim placitum est in Domino*. (Colos. III. 20. Serm. IV).

Los hijos deben obedecer en todo á sus padres, cuando sus órdenes no son contrarias á la ley de Dios....

Habiendo el hijo de Tobías tardado un día más en volver de su viaje al lado de sus padres, se entristecieron éstos y empezaron ambos á llorar: Sobre todo su madre, inconsolable, lloraba amargamente, y decía: Ay de mí, ay hijo mio, ¿por que te hemos enviado tan lejos, á tí, lumbrera de nuestros ojos, bánculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad? Teniendo en ti sólo juntas todas las cosas, no debíamos alegrar de nosotros. (Tob. X. 3-5).

La madre de Tobías indica aquí el deber que tienen impuestos los hijos de asistir á su padre y á su madre....

Los hijos, dice Aristóteles, jamás podrán dar á Dios y á sus padres bastantes gracias por todo lo que les deben. (Lib. IX. Ethic.).

Despues de Dios, todo lo tenemos de nuestros padres: es pues un deber indispensable asistirles en sus necesidades.... Habiéndolo recibido todo de sus padres, el hijo no se pertenece, pertenece enteramente á sus padres....

1.º deber, la obediencia.

1.º deber, la obediencia.

Muy bien dice S. Ambrosio: Alimentad á vuestro padre, alimentad á vuestra madre: aunque hayais alimentado vuestra madre, no le habeis podido pagar todavía los dolores, las angustias que por vosotros ha sufrido; no le habeis dado alimentos que compensen los que, por un tierno afecto, os ha ofrecido cuando os criaba; no habeis satisfecho las necesidades que ha sufrido por vosotros, privándoos de comer lo que hubiera podido dáaros, y de beber lo que podía alentar su leche. Ha ayunado por vosotros; por vosotros ha tomado sustento. Se ha privado de alimentos que tal vez le gustaban: por vosotros ha aceptado manjares que le repugnaban: ha velado y llorado por vosotros; y podríais abandonarla en la necesidad? ¡Oh hijos! ¡qué terrible juicio se os prepara, si no cuidais á vuestra madre! Le debeis lo que tieneis, porque le debeis lo que sois (1).

Hijo mío, dice el Eclesiástico, alivia la vejez de tu padre, y si chochea, perdónaselo: *Fili, suscipe senectam patris tui, et si defecerit sensu, veniam da.* (III. 14-15). Acuérdalo de tu padre y de tu madre, á fin de que Dios no te olvide: *Memento patris et matris tuæ, ne forte obliviscatur te Deus.* (Ibid. XXIII. 48-49).

Los hijos están obligados á cumplir con los deberes de la asistencia á sus padres durante su vida, en la hora de su muerte, y después de su muerte....

Deben socorrerles en su pobreza, y proporcionarles, en razón de la fortuna que tengan, todo lo que es necesario para su vida....

Cuando están enfermos y en peligro de muerte, deben aumentar sus cuidados, ya respecto de su cuerpo, ya principalmente con respecto á su alma.

Después de su muerte, deben rogar y hacer rogar por ellos, y ejecutar sus últimas voluntades....

Cada cual reverencie á su padre y á su madre: *Unusquisque patrem suum et matrem suam timeat.* (Levit. XIX. 3).

Entre tanto el niño Jesús iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría; la gracia de Dios estaba en él, dice S. Lucas: *Puer autem crescebat, et confortabatur plenus sapientia; et gratia Dei erat in illa.* (II. 40).

Jesucristo estaba siempre con María y José; y cuando les dejó, fué para ir al templo: *Et invenierunt illum in templo.* (Luc. II. 46). Y les estaba sujeto: *Et erat subditus illis.* (Id. II. 51).

Samuel se hizo grande cerca del Señor; se fortalecía y crecía amado de Dios y de los hombres: *Magnificatus est Samuel apud*

(1) *Pasce patrem tuum, pasce matrem tuam; et si poveris matrem, adhuc non reddidisti dolores, non reddidisti cruciatus quos pro te passa est: non dedisti alimenta quæ tribuit lenius ploribus affecta, iniungens talia tuis visceribus: non reddidisti fructum quæ pro te illa toleravit, unum quod tibi nocuisse esset, adiret; ne quid, quod læti noceret, haberet. Tūc tūc puerum; tūc mactabatur; tūc illam quæ voluit cibum non accipere, tūc, quæ noluit, cibum sumptis tibi vigiliis; tūc servit ut tu illum accere pateris. O fili, quatenus tūc semis paterem, si non paterem paterem! Illi debet quod habes, cui debet quod es. In c. XVIII. Luc.*

Dominum, proficiebat atque crescebat, et placebat tam Domino quam hominibus. (1. Reg. II. 21-26).

Todos los Santos en general, durante su infancia y mientras han vivido sus padres, han dado ejemplos del amor, del respeto, de la obediencia y asistencia que debemos á los autores de nuestros días...

Observan, y con razón, que Dios en el capítulo tercero del Eclesiástico, promete nueva grandes bienes á los hijos que cumplen con su deber respecto de su padre y de su madre. El primero consiste en riquezas temporales y espirituales: El que honra á su madre, acumula tesoros: *Sicut qui thesaurizat, ita et qui honorificat matrem suam.* (III. 5). El segundo bien es que semejante hijo será también feliz en sus hijos: El que honra á su padre, tendrá consuelo en sus hijos: *Qui honorat patrem suum, jucundabitur in filiis.* (III. 6). El tercero es que será oído al tiempo de su oración: *In die orationis suæ exaudietur.* (III. 6). El cuarto es que aquel que honra á su padre vivirá larga vida y el que le obedece dará consuelo á su madre: *Qui honorat patrem suum, vita vivet longiore; et qui obedit patri, refrigerabit matrem.* (III. 7). El quinto es que la bendición del padre alianza la casa de los hijos: *Benedictio patris firmat domos filiorum.* (III. 11). El sexto es que quedará cubierto de gloria, ya porque el padre á quien se tributan honores glorifica á sus hijos, ya porque honrando á su padre, un hijo se cubre de gloria á los ojos de todos: *Gloria hominis ex honore patris sui.* (III. 13). El séptimo es que Dios, en el tiempo de las pruebas vendrá en su ayuda y lo salvará: *In die tribulationis commemorabitur tui.* (III. 17). El octavo es que obtendrá fácilmente el perdón de sus pecados: Sus pecados, dice la Escritura, desaparecerán como el hielo al soplo de la primavera: *Et sicut in sereno glacies, solvetur peccata tua.* (III. 17). El noveno es que Dios le bendice en todo: *Deus prospector est ejus qui reddit gratiam.* (III. 34).

Cumplir con nuestros deberes respecto de nuestros padres, es amontonar inmensos tesoros, poniéndolos bajo la custodia de Dios. El que honra á sus padres, expia sus pecados; obtiene la gracia de no volver á caer en ellos, y todo lo que pide á Dios.

Porque Dios mira como tributado á sí mismo el honor que se tributa á los padres; honra á los que les honran, oye á los que les escuchan, obedece á los que les obedecen, ama á los que les aman, asiste á los que les asisten; es liberal é indulgente hacia aquellos que son generosos é indulgentes por ellos....

Dios considera como un sacrificio que borra los pecados de los hijos, y les alcanza el perdón la obediencia debida á los padres. Si, según el Levítico (IV.), el sacrificio en que se hacía correr la sangre de los animales expiaba los pecados, ¿cuánto más no los ha de expiar la obediencia tributada por los hijos, sacrificio en el cual su voluntad está como sacrificada á sus padres y á Dios? Esta reflexión es de S. Gregorio: *Si sacrificium quo mactabatur caro animalis ex-*

Qui venturas
pauca sperant
de his: non
cumplunt su de-
ber non sus pa-
dres.

placuit peccatum, multo magis expiabit illud obedientia filiorum, quia coluntur eorum parentibus Deoque subalternantur, et quasi tractantur. (Moral).

Los hijos que honran á sus padres, adquieren títulos á sus oraciones y á su bendición.....

El que honra á sus padres será honrado por sus propios hijos... De este modo recompensó Dios á Isaac, á Jacob y á José.

Honrad á vuestro padre y á vuestra madre, á fin de que viváis mucho tiempo en la tierra. (*Exod. XX. 12*). Aun cuando vuestra muerte fuese prematura, habreis vivido largo tiempo, porque habreis vivido bien, esto es en la justicia, con reputación, alabanzas y gloria. Vivireis largo tiempo; porque aseguraréis vuestra salvación para la tierra de los vivos.....

Cumpliendo vuestro deber con respecto de vuestros padres, hareis su alegría y la vuestra, la de la sociedad y la de Dios; pasareis días felices, y alcanzareis la muerte de los justos y la corona eterna.

Hay muchos hijos que no cumplen con su deber. Cráneos de que se hacen culpables.

Muchos hijos andan enajenados desde su nacimiento; desearriáronse desde el seno de sus madres; no hablan más que falsedades; dice el Salmista: *Alienati sunt peccatores à vulva, erraverunt ab utero, locuti sunt falsa. (LVIII. 3).*

El pecado de los hijos de Heli era enorme á los ojos del Señor, dice la Escritura: *Erat peccatum puerorum grande nimis coram Domino. (I. Reg. II. 17).* ¿Cuántos hijos hay que merecen la misma calificación....?

El que hurta á su padre y á su madre, dicen los Proverbios, y pretende no haber pecado, es semejante en el crimen al homicida: *Qui subtrahit aliquis à patre suo et à matre, et dicit hoc non esse peccatum, pariceps homicidæ est. (XXVIII. 24).* El que descuida á sus padres y los abandona, debe ser colocado entre los homicidas; aún más, entre los paricidas.... El que falta á sus padres y los desprecia, es el más ingrato de los seres, el más perverso, el más culpable que pueda existir. La prueba es palpable. Sus padres son los autores de su vida; ha recibido de ellos el ser y todo lo que tiene; son respecto de él los representantes del Criador. Todo lo que son los hijos, y todo lo que tienen, viene más bien de sus padres que de ellos mismos. Aquellos, pues, que abandonan á sus padres en la necesidad y les tratan con desprecio, son paricidas que insultan á la naturaleza y al mismo Dios. Muchas veces semejantes hijos se manifiestan crueles para los extráneos; se vuelven ladrones, asesinos, y acaban por sufrir una muerte ignominiosa.... No son ya hombres, son demonios.....

¡Oh! ¡Cuán infame es el que á su padre desampara! (*Quam male famæ est qui derelinquit patrem! (Eccl. III. 48).*)

El odio y el desprecio profesados á un padre ó á una madre son un pecado mortal. Pecan contra la honra debida á su padre y á

su madre, 1.º, aquellos que los desprecian en su corazón, aunque no lo manifiesten exteriormente; aquellos que les hablan con desden ó acritud, les injurian ó les ultrajan....; 2.º, los que se burlan de su padre ó de su madre y les ponen en ridículo....; 3.º, los que hablan mal de ellos en su ausencia, ó revelan sus faltas, sus defectos ó debilidades....; 4.º, los que reprenden á sus padres con orgullo, ó con palabras ofensivas y llenas de acriminaciones....; 5.º, los que les entristecen, les agrían, les contradicen ó les provocan á la ira con palabras picantes ó miradas de desprecio.

Cuando los padres ó las madres sostienen cosas no razonables y se irritan sin motivo, los hijos deben sufrirlas con la misma bondad que sus padres manifestaron por sus extravíos de la infancia; deben evitar toda polémica; y sin embargo no es lo que con más frecuencia ocurre. ¿No sucede acaso que los padres ó las madres se irritan de ordinario por las respuestas demasiado atrevidas y las resistencias obstinadas de sus hijos....?

6.º También faltan los hijos á sus deberes cuando amenazan á sus padres, levantan la mano sobre ellos ó los hieren, aunque sea ligeramente. Esto es un crimen execrable, es una especie de impiedad y de sacrilegio; porque los padres deben ser sagrados para sus hijos. Tal conducta es una monstruosa violación de las leyes de la naturaleza y de la gracia.... 7.º Faltan los hijos que desdennan el trato de su padre ó de su madre y se avergüenzan de reconocerlos porque son pobres y de poca ó de mala educación, y los que se niegan á saludarlos, á hablarles, etc.; 8.º, los que no consultan á sus padres en sus negocios importantes y del dominio de la autoridad paterna, como por ejemplo la elección de estado, un proyecto de casamiento, etc....; aquellos que en vez de seguir su parecer y sus consejos, no hacen ningún caso de ellos, y sin motivo razonable hacen todo lo contrario de lo que se les dice; faltan igualmente de un modo grave á los deberes de la piedad filial.

La mayor parte de los hijos pecan contra el amor y el respeto que deben á sus padres por diferir la ejecución de sus órdenes; murmuran de ellos, disentan y les echan miradas llenas de ira. Lejos de tener algún mérito, la obediencia otorgada con semejantes condiciones es un verdadero pecado. La obediencia forzosa se parece á la de los demonios, quienes ejecutan á pesar suyo las órdenes de Dios.

Para ser agradable á Dios, la obediencia debe ser voluntaria, pronta, sin murmuración, sin dilación, completa, ora sea en lo tocante á lo temporal, ora en lo espiritual.... El deber de la obediencia en todo lo que legítimamente se manda, es tal, que no puede excusarse de pecado mortal á un hijo que, en materia grave, obra contra las órdenes ó las prohibiciones expresas de sus padres.

¿Cuán culpables son los hijos indóciles que no quieren hacer más

que su gusto, que manifiestan altamente dar poca importancia á lo que les dicen, que se creen capaces de obrar por sí mismos, que á despecho de sus padres mantienen amistades peligrosas, frecuentan sitios de libertinaje y malas compañías, y viven sin yugo ni disciplina, no escuchando más que sus caprichos y sus pasiones! Si desobedecen, se excusan con mentiras, ó se irritan con tanto orgullo y audacia como si la autoridad residiese en ellos y se les hiciese la mayor injusticia....

¡Cuán culpables sois también vosotros, hijos, que no asistís á vuestros padres necesitados! Y no vengáis diciendo que, lejos de seros de alguna utilidad, estos padres os son gravosos por su mucha edad, su caducidad y sus enfermedades. No os contestaré que siempre no se han visto así, ni que sin sus cuidados y trabajos no tendríais lo que poseéis, ni seríais lo que sois; sino que os confundiré con S. Ambrosio poniendoos por ejemplo á los animales. Los cisnes, por ejemplo, cuando ven viejos á aquellos de quienes tienen la existencia, construyen un retiro para alojarlos y preservarlos de las injurias del aire; van á calentarlos, abrigándolos con sus alas, y proveen con abundancia á su alimento.

No digáis tampoco que nada les debéis de lo que poseéis; y que es el fruto de vuestros trabajos y de vuestra industria, lo concedo; pero ¿no les debéis la vida, la fuerza, la salud que disfrutáis? ¿No os han alimentado, vestido y cuidado en el tiempo en que no podíais procuraros lo necesario? ¿Yo es justo que les devolváis ahora lo que han hecho por vosotros? Y la debilidad que les agobia, las enfermedades que han contraído, ¿no son consecuencias de las inquietudes, de los cuidados y trabajos que han pasado para criaros? ¿Podeis pues, sin cometer la más negra ingratitud y la más atroz injusticia, rehusarles los socorros que necesitan? Lo que les daréis, lo habeis ya recibido centuplicado.... Que no teneis más que lo necesario, añadís; pero ¿cuántas veces vuestros padres se han privado por vosotros de lo necesario? Y si os veis en la miseria, ¿no puede ser un castigo de la dureza que les habeis manifestado, no sólo rehusándoles lo necesario, sino tal vez arrebatándoselo con bárbara crueldad?

Si los hijos están obligados á socorrer á sus padres de quienes no han recibido riquezas, ¿cómo calificar la conducta de aquellos hijos desnaturalizados que dejan sin auxilios á unos padres y á unas madres que han tenido la debilidad de despojarse de todo durante su existencia para procurarse un honroso bienestar? ¡Mónstruos! No han visto antes que ya nada más tienen que esperar de aquellos á quienes deben la felicidad y la vida: y ahora los abandonan, los desprecian, les disputan una módica pensión, les miran como una carga que quieren sacárselos unos sobre otros, y á veces les miran vivir mucho tiempo con un secreto disgusto. Estos hijos, indignos de vivir, son como mónstruos en la naturaleza, y el Espíritu Santo los califica de inímites. (Ecclesi. III. 18).

Cuando los padres están enfermos es sobre todo cuando los hijos deben aumentar sus cuidados para aliviarlos. ¡Ay! si los animales que nos pertenecen están atacados de algún mal, nada nos duele para curarlos; y algunas veces, por falta de auxilios ó por descuido de llamar á un médico, dejamos morir á uno de nuestros parientes más próximos, á un padre, á una madre, á un esposo, á una esposa, á un hermano, á una hermana. Con trabajo pudiera creerse en tanta dureza, avaricia é ingratitud, si no viésemos con frecuencia tan espantosos ejemplos.

En fin, los hijos deben proveer á las necesidades espirituales de sus padres durante su vida, en sus últimos momentos, y después de su muerte.... Pero ¡ay de mí! ¡cuántos hay que son infieles en cumplir estos deberes esenciales! ¡cuántos hay que no se cuidan de rogar por sus padres, ó de ejecutar sus últimas voluntades! Ávidos, presurosos para apoderarse de los bienes que han dejado, no piensan más que en apoderarse del despojo de los muertos y aprovecharse de su herencia, sin cuidarse del triste estado en que su padre ó su madre pueden hallarse, tal vez por causa de la demasiada ternura con que les amaban. Semejantes en esto á los crueles hermanos de José, se divierten en el mismo lugar que ha sido teatro de su inhumanidad....

Hijos desnaturalizados que habeis faltado al deber del amor, del respeto, de la obediencia ó de la asistencia, llorad y convertíos, pues sois muy culpables. Si no volvéis en vosotros mismos, os esperan grandes desgracias y terribles castigos en esta vida, y sobre todo en la eternidad....

Infame es y desventurado aquel que da pesadumbres á su padre, y arroja de su hogar á la madre, dicen los Proverbios: *Qui affligit patrem et fugat matrem ignominiosus est et infelix.* (XIX. 26).

No hay nada tan degradante como afligir ó injuriar á aquellos á quienes debemos la existencia y cuanto poseemos. Dios, autor de la naturaleza, castiga severamente este crimen. Los hijos que de él se hacen reos, son siempre y en todas partes desgraciados; Dios permite que sus hijos les agobien á su vez de pesares, de injurias, de vergüenza y de maldiciones. Es la pena del Talion....

A aquel que maldice á su padre ó á su madre, dicen los Proverbios, apágasele la luz de la candelilla en medio de las tinieblas: *Qui maledixit patri suo, et matri extinguetur lucerna ejus in mediis tenebris.* (XX. 20).

La luz es el símbolo de la reputación y del honor: el que desprecia, insulta y maldice á sus padres, se pierde y se envilece ante los hombres.

La luz es el símbolo de la razón y de la inteligencia: el hijo perverso no tarda en sentir como se alteran estos preciosos bienes.

La luz, una tea, son el símbolo de la posteridad: la posteridad del hijo culpable morirá ó bien será execrable. En esto si que la pena del Talion será inexorablemente impuesta.

Desgracia y castigo reservados á los hijos desnaturalizados.

La luz es el símbolo de la vida: el que falta á sus padres, se ve muchas veces privado de la vida corporal, y siempre de la vida de la gracia y de la gloria....

La luz, una tea, son el símbolo de la piedad, de la santidad, de la religion, del culto divino: por esto se encienden luces durante la misa y los oficios. El que desobedece á sus padres, el que no los asiste ó los desprecia, pierde la piedad; abandona la religion, y es abandonado de Dios.

La luz es el símbolo de la autoridad, de las riquezas y del poder; porque el fuego es el rey de los elementos, como la vista es la reina de los sentidos; el que falta á sus deberes hacia sus padres, pierde todos estos bienes.

En fin, la luz es el símbolo de la alegría, de la prosperidad, de la felicidad; alegra la vista y el alma. El hijo desnaturalizado no prospera, se ve privado de la alegría y de la felicidad; cae en la ceguera y pierde su alma.... Un padre es para su hijo cierto sol; la madre es la luna que rodea con sus suaves rayos. Maltratándolos, el desgraciado se sustrae á las claridades que sobre él derramaban. Entonces se halla sumergido en las tinieblas: *Qui maledicti patris suo, et matris, extinguetur lucerna eius in mediis tenebris*....

A quien hace mofa de su propio padre, añaden los Proverbios, y desprecia los dolores que al parirle padeció su madre, sáquele los ojos los ciervos que viven á lo largo de los torrentes, y comanselos los aguiluchos: *Oculum qui subannat patrem, et qui despiciat partum matris sue, effodiant eum corvi de torrentibus, et comedant eum filii aquila*. (XXX. 17). Que los cuervos y los aguiluchos arranquen y devoren los ojos del que se burla de sus padres, es decir, que este hijo sea encadenado, ya en la tierra, al palo de la ignominia; que los demonios se arrojen sobre él, le precipiten en el infierno, y semejantes á voraces y crueles aves de presa, le arranquen los ojos y se alimenten con su sustancia.

El que exaspera á su madre es maldito de Dios, dice el Eclesiástico: *Est maledictus á Deo qui exasperat matrem*. (III. 18).

Con ultraje á su padre Noé, y fué maldecido él y toda su posteridad. Los hijos de Heli desobedecieron á su padre, y Dios les hirió de muerte....

Hallándose en viaje el profeta Eliseo, salieron de la ciudad vecina unos niños que se burlaron de él, diciendo: Sube, calvo! Sube, calvo! Volvióse Eliseo, echóles una mirada y les maldijo en nombre del Señor; y de repente salieron dos osos del bosque, y despedazaron á cuarenta y dos de aquellos niños. (IV. Rey. II. 23-24).

Castigado sea de muerte el que maldijere á su padre ó á su madre, manda el Señor en el Levítico: *Qui maledixerit patri suo, aut matri, morte moriatur*. (XX. 9).

En el Deuterónimo, Dios señala las más rigurosas penas. Si alguno tiene un hijo rebelde é insolente que no atiende á lo que le mandan el padre y la madre, y que, castigado, se resiste con des-

precio á obedecerles, prendante y llévenle ante los ancianos de la ciudad, y á la puerta donde está el juzgado, y les dirán: Este hijo nuestro es protervo y rebelde; hace befa de nuestras reprensiones y las desprecia. Entónces morirá apedreado por el pueblo, para que arranquies el escándalo de en medio de vosotros, y á fin de que todo Israel oyéndolo tiemble. (XII. 18-21).

Aunque la pena impuesta por esta ley no esté ya en vigor, no por esto subsiste ménos el deber de la obediencia, y Dios encuentra en los tesoros de su justicia medios de castigar al que la desprecia. Si no se apedrea ya al culpable, sufre otras penas no ménos severas y más terribles.

Los hijos que faltan á sus padres se atraen la maldición de Dios en esta vida y en la otra; y nada es tan atroz y tan temible como la maldición divina; nada es tampoco tan fatal. Así como Dios promete una recompensa y su bendición en este mundo y en el otro á los que honran á su padre y á su madre, de la misma manera extiende ya en esta vida, y sobre todo en la eternidad, sus venganzas y maldiciones sobre los hijos culpables.

Que se examine el fin de la mayor parte de los hijos perversos, y se verá que ordinariamente mueren de un modo trágico y miserable. Preguntad á la mayor parte de aquellos á quienes la justicia condena á la cárcel, á los presidios ó á la muerte, cuál ha sido el principio de sus desórdenes y de sus crímenes; y confesarán que es el desprecio con que han tratado á sus padres.

Si las consecuencias de la culpabilidad de los hijos no son siempre las mismas, á lo ménos á los ojos de los hombres, Dios permite que más tarde sus hijos les hagan sufrir tantos y mayores pesares que los que ellos causaron á sus padres. La historia nos presenta infinitos hechos sobre el particular.

Hijos, jóvenes, apartad de vuestras cabezas tamañas desgracias. Instruíos ahora de vuestros deberes para con los autores de vuestros días, y sed fieles en cumplirlos. Amad á vuestros padres; honradles; no les habéis sino con humildad, respeto y deferencia; no les desprecéis; no les injuriéis nunca; pedídes perdon de vuestras faltas pasadas; estad llenos de miramientos por ellos; no hagáis nada sin consultarles; obedecedles como al mismo Dios; rogad por ellos; privaos de lo necesario ántes que permitir jamás que les falte alguna cosa. Hacedles por fin todos los servicios de que seáis capaces. Y Dios os bendicirá, os recompensará en esta vida, y sobre todo en la otra con la posesión de la felicidad eterna....

DEBERES DE LOS PADRES.

Responsabili-
dad de los pa-
dres.

Los padres deben mirar á sus hijos como si no les perteneciesen, y deben tambien acordarse de que Dios, autor de la vida, los ha puesto entre sus manos encargándoles el cuidado de formar serri-
dores fieles. Los hijos son de Dios. Pues ¿qué tenemos que nos perte-
nezca, nosotros que ni siquiera nos pertenecemos á nosotros mismos?

El Señor dice á todos los padres y á todas las madres. Tomad este niño, alimentadle; y os recompondré: *Accipe puerum istum, et nutre mihi: ego dabo tibi mercedem tuam.* (Exod. II. 9.). No cometais ese crimen contra el muchacho, porque sois responsables de su sangre: *Nolite peccare in puerum, et sanguis ejus exquiratur.* (Gen. XLII. 22.). El alma de los padres responderá de la de los hijos, dice el Señor: *Anima ejus erit pro anima illius.* (IV. Reg. X. 24.).

Guardad á vuestro hijo. Si se pierde, vuestra alma pagará por la suya, añade el Señor: *Custodi eum istum: qui, si lapsus fuerit, erit anima tua pro anima illius.* (III. Reg. XX. 39.).

Os podré cuenta de la sangre de vuestros hijos, ó de su perdición, dice el Señor: *Sanguinem ejus de manu tua requiram.* (Ezech. III. 18.).

Ocupando el lugar de Dios respecto de sus hijos, los padres y las madres tendrán que darle cuenta de cómo los han tratado....

El primer de-
ber de los pa-
dres es ser vir-
tuosos.

El primer deber de los padres es ser virtuosos. El Evangelio nos dice que Zacarías, padre, é Isabel, madre de Juan Bautista, eran ambos justos á los ojos de Dios, guardando como guardaban todos los mandamientos y leyes del Señor irreprensiblemente: *Erant autem justi ambo ante Deum, incedentes in omnibus mandatis Domini sine querela.* (Luc. I. 6.).

Yo andaba en la inocencia de mi corazón en medio de mi familia, dice el Rey Profeta: *Perambulabam in innocentia cordis mei, in medio domus meae.* (c. 3.).

Es una hermosa cualidad la virtud de los padres; es la mayor riqueza para ellos y para sus hijos. La virtud de los padres, como sus vicios, pasa y se arraiga en el alma de sus hijos desde el mismo acto de la concepción. Una sangre impura engendra hijos viciosos; una sangre pura da hijos inclinados al bien.

En una familia, el padre y la madre deben, con el brillo de sus virtudes y la santidad de sus costumbres, resplandecer como el sol y la luna; entónces los hijos serán como estrellas centelleantes, y ésta casa se convertirá en un firmamento, en un cielo de Dios....

El que está encargado de corregir á los otros, debe estar exento de vicios, dice S. Gregorio; el ojo fastidioso con algún grano de polvo no puede ver una mancha, y aquel cuya mano está llena de barro, no puede limpiar sus vestidos: *Mundus esse dicitur debet, qui curat aliena corrigere; quin nequaquam pure maculam in*

membro considerat oculus, quem pulvis gravat; et super possitas sordes tegere non valet manus quæ lutum tenet. (Lib. Moral.).

Padres y madres, dice S. Ambrosio, si no preservais y purificais vuestro corazón de toda mancha de pecado, no podeis corregir á vuestros hijos. Comenzad por pacificar vuestro corazón, si quereis que la paz baje al corazón de los otros. Porque, ¿cómo purificaréis el corazón de los otros, si no habeis antes purificado el vuestro? *Nisi tum prius interiora tua vacua feceris ab omni labe peccati, non potes aliis ferre medicinam. A te igitur pacem incipe, ut cum fueris ipse pacificus, pacem aliis feras. Quomodo enim potes aliorum corda mundare, nisi tuum ante mundaveris?* (Lib. de Offic.).

El hombre, añade aquel mismo Santo, debe estar sujeto á Dios para poder mandar: *Homo, ut possit imperare, debet Deo esse subiectus.* (Ut supra.).

El que quiere que su inferior le esté sumiso, debe él tambien someterse á su superior, dice S. Agustín. Padres, reconoced la orden. ¿Qué cosa más justa y razonable que obedecer á Dios, á fin de que os obedezcan vuestros hijos? ¿Qué cosa más hermosa? Si vivis sumisos á Dios, vuestro hijo vivirá sumiso á vosotros. Servid al que os ha criado, á fin de que os sirva vuestro hijo, don precioso de Dios; si os negais á servir á Dios, nunca obtendreis una sumision perfecta de vuestra familia. Si os sublevais contra Dios, vuestros hijos se sublevarán contra vosotros y serán vuestro tormento. (In Psal. CXLVII.).

Solo sabe mandar el que sabe obedecer; nadie conoce el yugo que impone, á no haberlo llevado él mismo. ¿Quereis, padres, saber mandar á vuestros hijos? Recibid las órdenes de Dios y obedecelas. ¿Quereis que vuestros hijos lleven el yugo precioso y amable de Jesucristo? Llevadlo tambien....

El hijo de Tobías decía á su esposa: Somos hijos de Santos: *Filii Sanctorum sumus.* (II. 48.). ¿Que hijos podrian hablar así? Por esto Raquel dijo á su hijo Tobías: Bendito seas tú, hijo mio, que eres hijo de un hombre de bien, de un hombre virtuosísimo: *Benedictio sit tibi fili mi, quia boni et optimi viri filius es.* (Tob. VII. 7.). Gábelo le dijo tambien por su parte: Bendigate el Dios de Israel, porque eres hijo de un hombre muy de bien, justo y temeroso de Dios, y limosnero: *Benedicte te Deus Israel, quia filius es optimi viri, et justus, et timens deum, et elemosynas facientis.* (Tob. XIX. 9.). Si los padres no son virtuosos, ¿cómo han de inspirar el amor de la virtud á sus hijos?...

El segundo deber que los padres y las madres tienen que cumplir es dar buen ejemplo á sus hijos.

Se dice en el Evangelio que un hombre rico y poderoso creyó en Jesucristo, y toda su familia á imitacion suya: *Credidit (Regulus), et domus ejus tota.* (Joann. IV. 53.). El hijo sigue pronto el

Segundo deber,
el buen ejem-
plo.

ejemplo de sus padres. Se parece á la yedra, que, no pudiendo sostenerse sola, se agarra al árbol ó al muro.....

El hijo es como la cera blanda; toma fácilmente todas las formas que le dan.....

El padre de familia que es el jefe de la casa, debe ser su modelo y preceder á su esposa y á sus hijos, dándoles buen ejemplo.

Los padres con sus escándalos causan la pérdida de sus hijos: los sacrifican al demonio, dice el Rey Profeta: *Immolaverunt filios suos, et filias suas demoniis.* (CV. 37).

Querer dar lecciones á los niños, y contradecir con malos ejemplos las máximas emitidas, es una vergüenza y un crimen; es acariciar con una mano, y herir con la otra. Es preciso que las palabras concuerden con las acciones; porque tal conducta está en oposición con las palabras: inútilmente se levanta la voz.....

San Agustín dice de su madre Sta. Mónica: Regaba con sus lágrimas y alimentaba con sus buenos ejemplos los preceptos de vida que sembraba en mi corazón; *Præcepta vite quæ in animo plantaverat, rigabat lacrymis, alevat exemplis.* (Lib. Confess.).

¿Qué impresion quereis que las buenas advertencias y los sabios consejos de un padre blasfemo, impio, incrédulo, colérico, dado á la embriaguez, ó de una madre impúdica, irreligiosa y arrebatada, hagan en el ánimo de sus hijos?.... (Véase Buen ejemplo).

Tercer deber,
la oración.

El tercer deber de los padres es la oración. Están obligados: 1.º, á rogar por sí mismos...; 2.º, á rogar para sus hijos...; 3.º, á enseñarles temprano á orar, á forzarles á hacerlo; á enseñarles la obligación y la excelencia de las oraciones.....

Cuarto deber,
la educación.

El cuarto deber de los padres es dar á sus hijos una buena educación.

La educación mira especialmente al corazón. Es preciso alejar del corazón de los hijos los vicios, extirpar lo posible su principio, y hacer germinar las buenas costumbres, las virtudes, los consejos evangélicos.....

Nuestros filósofos corrompidos é ímpios han enseñado á los jóvenes que no hay Dios ni otra vida; que la religión es una fábula, que el hombre no es más que un animal; que toda la moral consiste en buscar el placer y huir del dolor. Este curso de educación está pronto concluido; no se necesitan ni colegios ni preceptores para entenderlo hábilmente: por esto nuestros jóvenes libertinos han sabido pronto tanto como sus maestros, y todos los días podemos sorprendernos viendo los frutos de esta moral humana, natural, filosófica, ó más bien animal, más digna, dice Bergier, de los establos de Epicuro que de una escuela de educación. (*Art. education*).

Todo está perdido en el hombre y en la sociedad, cuando el corazón de los hijos está corrompido ó mal dirigido por los padres.....

En todo plan de educación es menester que entre la urbanidad...

dad..., los buenos modales..., la cultura.... Los padres que se descuidan en dar estas excelentes costumbres á sus hijos, hacen de ellos seres groseros, mal educados, tontos y detestables.

El primer fruto de una buena educación es la alegría que prepara á los padres y á los hijos.... El segundo fruto es que aleja de ellos la miseria..... El tercero es que proporciona á los padres alabanzas y honra..... El cuarto es que confunde la enemistad y los celos, y alegra la amistad.....

El padre de aquel niño viene á morir, dice el Eclesiástico, y es como si no muriese, porque deja después de sí otro su semejante. (XXX. 4). Este es el quinto fruto de una buena educación. Al morir, parece que el padre resucita en sus hijos: éstos reproducen su vida, su sabiduría, su virtud y los hacen como inmortales..... La mala educación produce resultados enteramente opuestos.

El quinto deber de los padres es dar á sus hijos instrucción religiosa.

Quinto deber,
la instrucción religiosa.

Padres y madres, dice S. Pablo, educad á vuestros hijos, corrigiéndolos é instruyéndolos según la doctrina del Señor: *Patres, filios vestros educate in correptione Domini.* (Ephes. VI. 4).

Corriga á tu hijo, dicen los Proverbios: *Erudi filium tuum.* (XIX. 18).

¿Tenéis hijos? dice el Eclesiástico. Adoctrinadlos y domadlos desde su niñez. *Filii tibi sunt? Erudi illos et curva illos á pueritia illorum.* (VII. 25).

Es preciso enseñar á los hijos ante todo el santo nombre de Jesús, de María, de José, el Padre nuestro, el Ave María, el Credo, los tres principales misterios del cristianismo, cuáles son nuestras postrimerias, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, las ventajas y la necesidad de la oración y de la gracia, y lo que son los Sacramentos. No debe descuidarse nada para enseñarles todo el catecismo, ó hacérselo aprender, si no nos hallamos en la posibilidad de cumplir nosotros mismos con este deber.

La instrucción religiosa que debe darse con cuidado desde la más tierna edad hasta la primera comunión, no debe descuidarse después, sino desarrollarse.....

La necesidad que tienen los padres de dar una instrucción religiosa á sus hijos, manifiesta cuán necesario es que ellos tambien estén instruidos en la misma materia.

Dice el Génesis que José puesto al frente de la casa de Putifar, la gobernaba y cuidaba de cuanto se le había confiado: *Præpositus omnibus, gubernabat credita sibi domum, et universa quæ ei tradita fuerant.* (XXXIX. 4). Y por amor de José, el Señor derramó la bendición sobre la casa del Egipcio: *Benedixitque Dominus domui Egyptii propter Joseph.* (XXXIX. 5).

Sexto deber,
la vigilancia.

Los padres están obligados á la vigilancia:

Vigilancia de parte de la madre, cuando lleva á su hijo en su seno, á fin de no cometer ninguna imprudencia, ya andando, ya trabajando, comiendo ó bebiendo, ya haciendo fuerzas, y también para que no se encolerice, etc.

Vigilancia de parte del marido para rodear de cuidados á su esposa; para hacer el mismo ó mandar hacer los más penosos trabajos que tengan que ejecutarse.... Vigilancia para evitarle malos tratamientos....

Vigilancia de ambos para nombrar padrinos virtuosos y para hacer bautizar pronto al niño recién nacido....

Vigilancia de parte de la madre para amamantar ella misma á su hijo, si puede; y si no es posible, para procurarse una nodriza de buenas costumbres, buena reputación y salud perfecta.

Porque está declarado por los facultativos y por la experiencia que el niño, al mamar la leche de su nodriza, mama al mismo tiempo sus enfermedades, sus vicios ó sus virtudes....

Vigilancia para no hacer acostar los niños en la misma cama de sus padres antes de un año y un día.... No deben colocar la cuna en un sitio húmedo ó en el suelo, por riesgo á algún accidente, ni dejar los niños solos en la casa.... Es menester tenerlos ó hacerlos tener con prudencia y modestia....

Vigilancia para darles la instrucción necesaria, hacerles frecuentar la confesion, y prepararles á la accion más importante de la vida, la primera comunión.

Vigilancia para apartarlos de malas compañías....

Vigilancia para darles buenos principios, hacerles amar temprano la virtud, y detestar el pecado....

Vigilancia para apartarlos de frecuentar las personas de diferente sexo, y hacerles evitar relaciones secretas....

Vigilancia para guiarlos al entrar en sociedad.

Vigilancia para no poner trabas á su vocacion cuando es conveniente, y sobre todo cuando es excelente.

Finalmente vigilancia para alimentarlos y vestirlos segun su condicion, con limpieza, pero sin dar pábulo á su vanidad.

Séptimo deber,
la correccion.

Y vosotros tambien, padres, dice el gran Apóstol, no provoquéis con excesivo rigor á vuestros hijos; mas educadlos, corrigiéndolos é instruyéndolos segun el Señor: *Et vos, patres, nolite ad iracundiam provocare filios vestros; sed educate illos in disciplina et correptione Domini.* (Ephes. VI. 4).

Corregid á vuestro hijo mientras es tiempo; que ni sus lágrimas ni sus gritos os detengan; extirpad sus vicios nacientes. Lo que no obtengais hoy, no lo obtendréis mañana. No hay defecto que no pueda destruirse en un niño si las reprimendas y correcciones son prudentes y constantes. Castigad, pero sin ira. Hállese mezclada la severidad con la dulzura. El que se da á la ira corrigiendo, se perjudica á sí mismo y perjudica al niño, dicen los Proverbios. Con la cólera,

exaspera y escandaliza á su hijo, léjos de curarle. Corregir con ira no es obedecer á la caridad, sino á la pasion.... Hecha con calma, la correccion inspira respeto; hecha con arrebató, excita la rebeldia y no produce ningun bien....

No seas en tu casa como un leon, dice el Eclesiástico, aterrando á tus domésticos y oprimiendo á tus súbditos: *Noli esse sicut leo in domo tua, evertens domesticos tuos, et opprimens subjectos tibi.* (IV. 35).

El que ama á su hijo, le hace sentir á menudo el azote ó castigo, dice la Escritura: *Qui diligit filium suum, assiduus illi flagella.* (Eccli. XXX. 4).

La correccion debe hacerse sin debilidad, sin ira, en el momento oportuno y de un modo conveniente.... (Véase Correccion).

La bendicion del padre afirma las casas de los hijos; pero la maldicion de la madre las arruina hasta sus cimientos, dice el Eclesiástico: *Benedictio patris firmat domos filiorum; maledictio matris eradicat fundamenta.* (III. 4).

Se ven ejemplos admirables de los felices efectos de la bendicion de los padres, en las bendiciones que Sem y Jafet recibieron de su padre Noé, Isaac de Abraham, Jacob de Isaac, Tobias, etc.

Cam nos manifiesta cuales son los funestos resultados de la maldicion paterna.

San Agustín cuenta un hecho de este género, del cual fué testigo todo el Norte del África: una madre que tenia diez hijos los maldijo, y su maldicion entregó sus miembros á un temblor espantoso, y anduvieron errantes y miserables.... ¡Cuántas familias hay que se arruinan ó parecen á causa de la maldicion de un padre ó de una madre!....

Oíd á S. Pablo: el que no cuida de los suyos, ha renegado de su fe y es peor que un infiel: *Si quis suorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior.* (I. Tim. V. 8).

Los padres culpables y negligentes, dice el Salmista, inmolan sus hijos á los demonios: *Immolaverunt filios suos et filias suas demonibus.* (CV. 37). Y la tierra está manchada, infectada y profanada por ellos.

Las mujeres insensatas y escandalosas tienen hijos perversos, dice la Sabiduría: *Mulieres insensate sunt, et nequissimi filii eorum.* (III. 42).

Una raza, dice Séneca, está siempre conforme con sus autores, y la sangre que degenera no hace más que reproducir la primera estirpe: *Hædit ad auctores genus, stirpemque primam degener sanguis refert.* (In Prov.).

Los vicios del alma se transmiten á los hijos lo mismo que los del cuerpo. Los padres culpables son como los verdugos de su raza; cometiendo el mal, asesinan el alma de sus hijos. Son, dice la

Octavo deber,
deben castigar
á sus hijos.

Cuán culpables son los padres que desprecian el cumplimiento de sus deberes. De gracias que no preparan.

Sabiduría, los desapiadados asesinos de sus hijos: *Filiorum suorum necatores sine misericordia.* (XII. 5). Los sacrifican: *Filios suos sacrificantes.* (Sap. XIV. 23).

Los hijos y los nietos imitan á sus padres, se lee en el cuarto libro de los Reyes: *Filii eorum et nepotes, sicut fecerunt patres sui, ita faciunt.* (XVII. 44).

Si no mirás fielmente por el bien de vuestros hijos, dice S. Cipriano, sino los educas con un piadoso y profundo afecto, sois un padre prevaricador y traidor. Esforzándoos para dejarles tierras más bien que para alcanzarles virtudes que les hagan dignos del Cielo, haciéndoles queridos del demonio antes que de Jesucristo, faltas doblemente á vuestros deberes y cometéis dos crímenes, porque no les aseguráis el auxilio de Dios Padre, y les enseñáis á preferir la riqueza á Jesucristo (1).

Los padres que aman á sus hijos según la carne, como ciegos é insensatos, no se atreven á reprenderles y á castigarles, y les dejan satisfacer todos sus caprichos. ¿Qué sucede de ahí? Que sus hijos se vuelven audaces, libertinos, inquietos, incorregibles; caen finalmente en graves excesos, y acaban con una muerte prematura, y algunas veces vergonzosa é infame. Son para sus padres una causa de grandes dolores, de ignominia y de desesperación. Estos se arrepienten algunas veces, pero demasiado tarde, de haber sido tan negligentes y tan débiles; ven que en vez de haber sido útiles á sus hijos y de haberles amado, los han tratado como enemigos y los han sacrificado con sus propias manos. Porque, así como el látigo es necesario para el caballo y el aguijón para el buey, ambos son necesarios para los hijos; de otra suerte se vuelven bestias salvajes, indómitos y feroces.

O ciegos y desgraciados padres, bien os ha pintado el profeta Joel: Pusieron, dice aquel profeta, á los muchachos en el lugar de la prostitución, y vendieron á las doncellas: *Posuerunt puerum in prostibulo, et puellam ceciderunt.* (III. 3).

No sois padres, exclama S. Bernardo, sino asesinos: *Non patres, sed peremptores.* (Serm. in Cant.).

Los crímenes de vuestros hijos se convertirán en vuestros propios crímenes; responderéis de ellos ante Dios! ¡Oh! ¡qué terribles serán sus juicios para aquellos padres malditos que entregan sus hijos al vicio, al demonio y al infierno!.....

Immolaron á sus hijos é hijas, dice el Salmista; por lo que se denunció la saña del Señor: *Immolaverunt filios, et iratus est furore Dominus.* (CV. 37. 40).

(1) *Prevaricator et proditor, pater, es, nisi filio tuis fideliter commisit, nisi conservaveris eis religio et vera pietate prospectis: qui studies terrene magis quam celestis patrimonio, filios tuos diabolo magis committis quam Christo, tu delinquis, et germinas ac duplex crimen admittis, et quod non proparas, filius tuis Dei Patris auxilium, et quod docuit filios patrimonio plus amare quam Christum. Serm.*

El Señor, dice la Escritura, castiga el pecado de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación: *Visitans peccata patrum in filios in tertiam et quartam generationem.* (Num. XIV. 18).

Heli se manifestó demasiado débil con sus hijos: no cuidó de reprenderles y corregirles; ¿y qué sucedió? ¿qué sucedió á sus hijos? Mira, dice el Señor, yo voy á hacer una cosa en Israel, que á todo aquel que la oyere, le retinirán de terror ambos oídos: he aquí que voy á desencadenar contra Heli todos los azotes con que he amenazado su casa: dará principio á ello, y lo concluiré. Porque ya le predije que había de castigar perpetuamente su casa, á causa de la iniquidad que ha cometido no corrigiendo á sus hijos, sabiendo que se portaban indignamente. Por esto he jurado á la casa de Heli que su iniquidad no podrá jamás expiarse ni con victimas, ni con ofrendas. (I. Reg. III).

Heli, sin embargo, reprendía á sus hijos, pero con demasiada debilidad, dejando á un lado la severidad; pero pagó su negligencia con una muerte horrible, y sus hijos fueron muertos.....

Escuchad estas palabras del profeta Jeremías, son terribles: Señor, dice, la iniquidad de los padres la castigas después de ellos en sus hijos: *Reclis iniquitatem patrum in sinum filiorum eorum post eos.* (XXXII. 18).

Los padres indignos se preparan castigos durante su vida, en la muerte y por la eternidad.....

La buena reputación adquirida por los padres es una honra y una recomendación para sus hijos, cuando estos siguen conservándose dignos del origen de que proceden; puesto que de la buena reputación del padre resulta gloria al hombre, dice el Eclesiástico, y es desdoro del hijo un padre sin honra: *Gloria enim hominis ex honore patris sui, et dedecus filii pater sine honore.* (III. 43).

La conducta de los hijos viene á ser también otro motivo de honra ó de vergüenza para sus padres; los hijos de sus hijos, dicen los Proverbios, son la corona de los ancianos, y gloria de los hijos son las virtudes de sus padres: *Corona senum filii filiorum, et gloria filiorum patres eorum.* (XVII. 6.). El hijo mal criado es la afrenta del padre: *Confusio patris est de filio indisciplinato.* (Eccl. XXII. 3).

Los hijos religiosamente educados son la felicidad, la alegría, el consuelo y la gloria de sus padres. Son respetuosos, previsores, afables, llenos de dulzura y de bondad.... Perpetúan de edad en edad la buena reputación de que goza desde largo tiempo su familia, reputación que la honra. Semejante casa se mantiene siempre lo mismo. Del padre á los nietos, es constantemente un modelo de justicia, de sabiduría y de virtud; en una palabra, es la casa bendita de Dios y de los hombres.

Semejantes familias excitan la admiración de todo el mundo, do generación en generación..... Son un tesoro nacional y como un

El honor de los padres brilla en sus hijos; y cuando estos son buenos educados, son á su vez la honra y la gloria de sus padres.

®

pararayos que aparta la maldición de Dios de la cabeza del pueblo á que pertenecen.

¡Felices familias unidas y en paz en la tierra, van de edad en edad á unirse en el seno de Dios, en donde el padre bendecirá para siempre á su hijo, y el hijo á su padre, y todos juntos á Dios....

Modelos que los padres de bien seguir.

Aunque viuda á los veinte años, Autusa, madre de S. Crisóstomo, no quiso contraer segundas nupcias. Tomó á su cargo el cuidado de inspirar los primeros principios del cristianismo á sus hijos. Jamás hubo madre más digna de llevar este nombre. Los mismos paganos no podían cansarse de admirar sus virtudes; y un filósofo famoso exclamó hablando de ella: ¡Qué admirables mujeres se encuentran entre los cristianos! (Surius, in eius vita).

Eucracia, madre de S. Taraiso, quiso formar por sí mismo el corazon de su hijo á las prácticas religiosas, y lo consiguió admirablemente. Entre otras lecciones que le daba, insistía particularmente en aconsejarle el alejamiento de las malas compañías. (Surius, VII, Sancti).

Cuando el martirio de los cuarenta confesores de Sebasta, el juez mandó que les colocaran en carros, y los arrojasen en una hoguera. Todos estaban muertos ó moribundos, ménos el más jóven, llamado Meliton, á quien hallaron aún lleno de vida. Los verdugos le dejaron, con la esperanza de que podrían inducirle á renegar de la fe; pero su madre, que estaba presente, no pudo sufrir la falsa y cruel lástima que inspiraba su hijo; hasta se atrevió á echársela en cara á los verdugos, y acercándose á él, lo exhortó á que perseverase; y luego le tomó entre sus brazos y lo colocó en el carro con los demás mártires. Anda, hijo mío, le dijo; anda; concluye con tus compañeros el feliz viaje que habeis empezado juntos, no sea que llegues el último á la mansión de Dios. (Ut supra).

Santa Mónica, madre de S. Agustín, no cesaba de llorar por los extravíos de su hijo y de rogar por él. Id, le dijo un obispo, seguid haciendo lo que habeis, y es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas. (Ut supra).

La madre de S. Bernardo tuvo un cuidado extraordinario de educar bien á sus hijos; les inspiraba á todos vivos sentimientos de piedad, y quiso criarlos ella misma, por miedo de que, si los confiaba á mujeres extrañas, pudieran recibir alguna mala impresión. Tuvo siete hijos, quienes se consagraron todos á Dios. (Ut supra).

La reina Blanca quiso también amamantar ella misma á su hijo Luis XI, y se encargó de cuidar de su educación. Le había inspirado desde la cuna un gran respeto hacia las cosas santas, vivos sentimientos de celo y de piedad, y un amor extraordinario á la castidad. Te amo á buen seguro, hijo mío, le decía á menudo en su infancia; te amo con toda la ternura de que es capaz una madre; pero preferiría muchísimo más verte caer muerto á mis pies, que

verte cometer alguna vez un pecado mortal. Tal impresión habian hecho estas palabras en el espíritu de S. Luis, que confesó varias veces no haberlas jamás olvidado y haberlas traído cada día á su memoria para fortalecerse contra los atractivos del pecado. (Ut supra). Escuchad lo que decía á su hijo Felipe cuando se vió moribundo: Hijo mío, la primera cosa que te mando observar, es que ames á Dios con todo tu corazon y desees sufrir todos los tormentos, más bien que pecar mortalmente. Si Dios te envía adversidades, suéfralas con resignacion y piensa que las has merecido. Vé á confesar á menudo, oye misa con devocion, y sé bueno para los pobres. Mantén las buenas costumbres de tu reino, y corrige las malas. No cargues á tu pueblo de impuestos; sirvete de hombres prudentes y concienzudos. Escucha la palabra de Dios, y consévala en tu corazon. Que nadie sea bastante atrevido para decir ante tí malas palabras ya contra la modestia, ya contra la caridad. O á menudo gracias á Dios. Sé justo para todo el mundo. Honra al Clero. Respeta á tu padre y á tu madre. Trabaja para hacer desaparecer el pecado de la tierra. Queridísimo hijo, te doy todas las bendiciones que un buen padre puede dar á su hijo. (Hist. de Francia).

La madre de S. Francisco de Sales, excesivamente atenta en alejar de su hijo todo lo que pudiera tener un sólo apariencia del vicio, no le perdía de vista. Le llevaba á la iglesia y le inspiraba un profundo respeto á la casa de Dios y á todas las cosas de la religion. Le leía la vida de los Santos, y agregaba á esta lectura reflexiones que estuvieran á su alcance. Quiso tambien que le acompañase al visitar los pobres, que se acostumbrase á hacerles pequeños servicios, y que distribuyese él las limosnas. Todo esto tenía lugar antes de que el Santo cumpliera los diez años. La condosa, que se veía precisada á separarse por mucho tiempo de su hijo, porque éste tenía que educarse, aumentó su celo para fortalecerle en la virtud; le recomendaba sobre todo el amor á Dios y á la oracion, y el horror al pecado y á las ocasiones que á él nos llevan. Le repetía tambien muchas veces aquellas mismas palabras que la reina Blanca tenía costumbre de decir á su hijo S. Luis: Hijo mío, preferiría verte muerto que saberte río de un sólo pecado mortal. (Guadesci, in eius vita).

Santa Juana-Francisca de Chantal cuidaba esmeradísimo de la educacion de sus hijos, y estaba continuamente á la guarda de su inocencia. La única gracia que pedía á Dios por ellos, era que viviesen toda su vida de modo que mereciesen un lugar en el cielo. Ella trataba á sus domésticos como á sus hermanos y hermanas, y como coherederos que habian de ser en el reino celestial. De aquí se originaba el celo que tan servientemente desplegaba para inducirlos á que trabajasen para su salud. (Guadesci, in eius vita).

La venerable Ringarda, viuda, miró siempre la educacion de sus hijos como uno de sus principales deberes. Pedía sin descanso á Dios las gracias que ellos necesitaban. Estaba atenta en prevenir

hasta los primeros indicios de sus nacientes pasiones, de manera que la virtud les parezca natural. Les acostumbraba á la templanza, á la mortificación y á la penitencia, haciéndolos llevar vestidos sencillos, y obligándoles á observar las reglas de la más exacta sobriedad. Sus ejemplos daban un nuevo grado de fuerza á sus instrucciones. (*Quodesc., in ejus vita*).

San Agustín se acusa de las fallas que notaba en los niños, quienes, por más jóvenes que sean, parecen susceptibles de celos, de ira y de venganza.

Vemos en efecto que los hijos pierden con lágrimas lo que les sería dañoso si se lo concedieran; se enfurecen contra sus superiores, y quieren sujetarles á sus caprichos. Manifiestan desde muy temprano sentimientos de orgullo y de vanidad.

San Agustín vituperaba la costumbre que existe de excusar lo que hay de reprehensible en los niños, alegando la debilidad de los años; de lo que se sigue que un exceso de complacencia deja formar en ellos hábitos que llegan á ser criminales cuando empiezan á hacer uso de su razón. Pues no hay, al contrario, ninguna edad que no sea capaz, hasta cierto punto, de alguna corrección sensible, que, empleada á tiempo, ha de ahogar el germen de las primeras pasiones....

Los primeros principios de la educación tienen una gran influencia toda la vida; y es natural que los que hayan sido formados con la virtud desde la infancia, sigan siempre las máximas del Evangelio como regla de su conducta. Las primeras impresiones tienen una fuerza inmensa cuando están ayudadas y sostenidas por los cuidados y los ejemplos de padres piadosos.

Toda la suerte de la vida depende de las ideas que se dan á los hijos, de los sentimientos que se les inspira, y de las costumbres que se les hace contraer en sus primeros años. Es más importante de lo que se piensa acostumbrarles entónces á pequeños sacrificios, hacerles sentir los peligros de los placeres de los sentidos, y ponerles en guardia contra sus impresiones; enseñarles que estos placeres aminoran la fuerza del alma; convencerles, en una palabra, de que es más fácil dominar las pasiones en su principio que más tarde, y que si no triunfamos de ellas en su nacimiento, tendremos un trabajo infinito en domarlas. Es preciso persuadirles bien que, en la juventud, la porga, la ferocidad, la aversión al trabajo y el amor á los placeres son todas las disposiciones más peligrosas....

DEMONIOS.

No hay duda que hay espíritus malhechores que se llaman *illegitimos demonios*, pues la Sagrada Escritura nos lo atestigua y todas las naciones lo han unánimemente reconocido.

Las naciones paganas han creído en la existencia de ciertos genios, unos buenos y otros malos; deduciendo de esto que era preciso ganar el afecto de los buenos con respetos, ofrendas y oraciones, y apaciguar la cólera y la malignidad de los malos. De ahí nacieron la idolatría, el politeísmo, las prácticas supersticiosas, la magia, divinación, etc. Esta creencia ha sido también la de los filósofos paganos....

La revelación ha venido á ilustrarnos sobre la existencia de los demonios. Moisés nos dice que la primera mujer fué engañada y desobedeció á Dios por sugerencias de un enemigo perñado oculto bajo la forma de serpiente. (*Gen. III. 4*). Dice el libro del Deuteronomio que los israelitas inmolaron sus hijos é hijas á los demonios. (*XXIII. 17*). El Salmista menciona el mismo hecho: *Immolaverunt filias suas et filios suos demoniis*. (*CV. 37*).

Jesucristo ha hablado de la existencia de los demonios; los arrojaba del cuerpo de los poseídos. También nos hablan de ellos los Apóstoles. La existencia de los demonios es un dogma de la Iglesia católica....

Demonio quiere decir espíritu, genio, inteligencia: así es que esta palabra, que significa un ser dotado de conocimiento, nada tiene de odioso en sí mismo. En el Nuevo Testamento, el nombre de demonio se toma siempre á mala parte, significa un espíritu malo, enemigo de Dios y de los hombres....

Al principio de la creación, Dios sacó los ángeles de la nada, como todo lo demás. Los hizo buenos; porque Dios no puede ser el autor de ninguna cosa mala. Está escrito que todas las obras de Dios eran muy buenas: *Erant valde bonæ*. (*Gen. I. 31*).

La Escritura nos enseña que desde el momento de su creación todos estos ángeles, que eran casi innumerables, se hallaron colocados en el cielo. Nos enseña también que muchos de entre ellos se rebelaron contra su Criador, y que en castigo de su crimen fueron condenados á eternos suplicios. A estos últimos aplica la Escritura el nombre de demonios. Los demás ángeles permanecieron fieles á Dios, y fueron confirmados en la gracia.

Por su naturaleza los ángeles son espíritus inteligentes, activos, inmortales, desprendidos de toda materia, y destinados por Dios á vivir y á alimentarse puramente de la contemplación....

Los ángeles son las criaturas que más de cerca se parecen á la

hasta los primeros indicios de sus nacientes pasiones, de manera que la virtud les parezca natural. Les acostumbraba á la templanza, á la mortificación y á la penitencia, haciéndolos llevar vestidos sencillos, y obligándoles á observar las reglas de la más exacta sobriedad. Sus ejemplos daban un nuevo grado de fuerza á sus instrucciones. (*Gradesc. in ejus vita*).

San Agustín se acusa de las fallas que notaba en los niños, quienes, por más jóvenes que sean, parecen susceptibles de celos, de ira y de venganza.

Vemos en efecto que los hijos pierden con lágrimas lo que les sería dañoso si se lo concedieran; se enfurecen contra sus superiores, y quieren sujetarles á sus caprichos. Manifiestan desde muy temprano sentimientos de orgullo y de vanidad.

San Agustín vituperaba la costumbre que existe de excusar lo que hay de reprehensible en los niños, alegando la debilidad de los años; de lo que se sigue que un exceso de complacencia deja formar en ellos hábitos que llegan á ser criminales cuando empiezan á hacer uso de su razón. Pues no hay, al contrario, ninguna edad que no sea capaz, hasta cierto punto, de alguna corrección sensible, que, empleada á tiempo, ha de ahogar el germen de las primeras pasiones....

Los primeros principios de la educación tienen una gran influencia toda la vida; y es natural que los que hayan sido formados con la virtud desde la infancia, sigan siempre las máximas del Evangelio como regla de su conducta. Las primeras impresiones tienen una fuerza inmensa cuando están ayudadas y sostenidas por los cuidados y los ejemplos de padres piadosos.

Toda la suerte de la vida depende de las ideas que se dan á los hijos, de los sentimientos que se les inspira, y de las costumbres que se les hace contraer en sus primeros años. Es más importante de lo que se piensa acostumbrarles entónces á pequeños sacrificios, hacerles sentir los peligros de los placeres de los sentidos, y ponerles en guardia contra sus impresiones; enseñarles que estos placeres aminoran la fuerza del alma; convencerles, en una palabra, de que es más fácil dominar las pasiones en su principio que más tarde, y que si no triunfamos de ellas en su nacimiento, tendremos un trabajo infinito en domarlas. Es preciso persuadirles bien que, en la juventud, la porga, la ferocidad, la aversión al trabajo y el amor á los placeres son todas las disposiciones más peligrosas....

DEMONIOS.

No hay duda que hay espíritus malhechores que se llaman *illegitimos demonios*, pues la Sagrada Escritura nos lo atestigua y todas las naciones lo han unánimemente reconocido.

Las naciones paganas han creído en la existencia de ciertos genios, unos buenos y otros malos; deduciendo de esto que era preciso ganar el afecto de los buenos con respetos, ofrendas y oraciones, y apaciguar la cólera y la malignidad de los malos. De ahí nacieron la idolatría, el politeísmo, las prácticas supersticiosas, la magia, divinación, etc. Esta creencia ha sido también la de los filósofos paganos....

La revelación ha venido á ilustrarnos sobre la existencia de los demonios. Moisés nos dice que la primera mujer fué engañada y desobedeció á Dios por sugerencias de un enemigo perñado oculto bajo la forma de serpiente. (*Gen. III. 4*). Dice el libro del Deuteronomio que los israelitas inmolaron sus hijos é hijas á los demonios. (*XXIII. 17*). El Salmista menciona el mismo hecho: *Immolaverunt filias suas et filios suos demoniis*. (*CV. 37*).

Jesucristo ha hablado de la existencia de los demonios; los arrojaba del cuerpo de los poseídos. También nos hablan de ellos los Apóstoles. La existencia de los demonios es un dogma de la Iglesia católica....

Demonio quiere decir espíritu, genio, inteligencia: así es que esta palabra, que significa un ser dotado de conocimiento, nada tiene de odioso en sí mismo. En el Nuevo Testamento, el nombre de demonio se toma siempre á mala parte, significa un espíritu malo, enemigo de Dios y de los hombres....

Al principio de la creación, Dios sacó los ángeles de la nada, como todo lo demás. Los hizo buenos; porque Dios no puede ser el autor de ninguna cosa mala. Está escrito que todas las obras de Dios eran muy buenas: *Erant valde bonæ*. (*Gen. I. 31*).

La Escritura nos enseña que desde el momento de su creación todos estos ángeles, que eran casi innumerables, se hallaron colocados en el cielo. Nos enseña también que muchos de entre ellos se rebelaron contra su Criador, y que en castigo de su crimen fueron condenados á eternos suplicios. A estos últimos aplica la Escritura el nombre de demonios. Los demás ángeles permanecieron fieles á Dios, y fueron confirmados en la gracia.

Por su naturaleza los ángeles son espíritus inteligentes, activos, inmortales, desprendidos de toda materia, y destinados por Dios á vivir y á alimentarse puramente de la contemplación....

Los ángeles son las criaturas que más de cerca se parecen á la

majestad divina, infinita en perfecciones. Dios los ha creado para formar su corte. Y es una cosa segura que la munificencia de Dios ha derramado á manos llenas sobre aquellas hermosas inelinguencias los dones naturales de que hemos recibido algunas particulares.

Al caer, nada han perdido los ángeles rebeldes de su naturaleza, de su vasta inteligencia, de su agilidad, de su espiritualidad; no han perdido más que su inocencia, su hermosura, su felicidad. Bien es verdad que para ellos es una pérdida inmensa.... ¿Qué ha sido de estos ángeles caídos? Nos lo dice S. Agustín. El demonio es el doctor de la mentira, el adversario del género humano, el inventor de la muerte, el preceptor del orgullo, el príncipe de la malicia, el autor de los crímenes, el príncipe de todos los vicios, el instigador de los vergonzosos deleites (1). ¿Puede darse nada más corrompido ni más malo que nuestro enemigo? dice en otra parte aquel padre: *Quid pravius, quid malignius, quid adversario nostro nequius?* (In *Serm. commun.*, serm. IV).

La Sabiduría pinta á los demonios del modo siguiente: Son monstruos de una especie desconocida, llenos de un furor inaudito, respiran llamas, vomitan negro humo, y lanzan de sus ojos horribles centellas; no sólo pueden exterminar con sus mordeduras, sino que únicamente con su vista pueden matar de espanto (2).

Jesucristo y sus apóstoles atribuyen á los demonios los mayores crímenes, la incredulidad de los judíos, la traición de Judas, la ceguera de los paganos, las enfermedades crueles, las posesiones y las obsesiones. Llamán á Satanás padre de la mentira, príncipe de este mundo, príncipe del aire, antigua serpiente, diablo.

En los exorcismos, el demonio es llamado espíritu inmundado, miserabilísimo, tentador, engañoso, padre de la mentira y de las herejías, feroz, serpiente, autor de la impudicia, ser desprovisto de prudencia, insensato, devastador, horrible, afeminado, envenenador, monstruo de los monstruos, ser arrojado del paraíso, de la gracia de Dios, de la mansión de la felicidad, de la asamblea y de la sociedad de los ángeles, criatura reprobada y maldita de Dios por la eternidad, orgullosa, infame, llena de crímenes, de abominaciones y de blasfemias, cubierta de maldiciones, cargada de excomuniones y merecedora de los fuegos del infierno. Hé aquí los nombres y los títulos que la Iglesia da al demonio, apostrofándole en los exorcismos. Por ellos, juzgad lo que es efectivamente.

Causa de la caída de los demonios.

Tertuliano, S. Basilio, S. Cipriano, S. Bernardo, el abate Rupert, Suarez, y una multitud de teólogos, dan como probable que lo que hizo pecar á Lucifer en el cielo y le llevó al orgullo, fué la envidia

(1) *Diabolus doctor mendacii, adversarius generis nostri, inventor mortis, superbum insinuator, radix malitiae, aculeorum caput, princeps omnium vitiorum, perceptor torporum voluptatum.* *Ad Julianum.*

(2) *Aud tunc generis ita plenus ignotis bestias, aut vaporem ignium spirantes, aut fum odorem proferentes, aut horrentes ab oculis scintillas emittentes: quibus locusta potest illos exterminare, sed aspectus per timorem occidere.* *Eccl. 49-50.*

que experimentó en el momento en que Dios le reveló que su Hijo se haría hombre, y le mandó sujetarse á Jesucristo encarnado. Tavo envidia de que el Hijo de Dios tomase la naturaleza humana, y no pudo sufrir ser pospuesto al hombre, él, el más noble, el más hermoso y el más inteligente de los ángeles; no pudo sufrir esta unión hipostática del hombre con el Verbo; desató que esta unión se verificase en él mismo, y se negó á reconocer por superior suyo al hombre hecho Dios por la encarnación. No habiendo Dios querido acceder á su deseo, Lucifer se rebeló contra él y contra Jesucristo, y aconsejó á los ángeles que le siguiesen en su rebelión. En su carta á los Hebreos, parece que S. Pablo favorece este sentimiento: Y otra vez Dios al introducir á su primogénito en el mundo, dijo: Adórenlo todos los ángeles de Dios: *Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terrarum, dicit: Et adorent eum omnes angeli Dei.* (I. 6). Los ángeles que adoraron los secretos de Dios, se sometieron á sus voluntades y reconocieron por dueño suyo á Jesucristo hecho hombre, fueron conservados en su feliz estado; aún más, fueron elevados hasta lo más alto de los cielos y confirmados en la gracia.

El orgullo es el que hizo caer al ángel desgraciado, que ha sido comparado, á causa de sus luces, á la estrella de la mañana. ¿Cómo, dice Isaías, caíste del cielo, oh lucero, tú que tanta brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitado por tierra? *Quomodo cecidisti de caelo, Lucifer; qui mane oriebaris, corruisti in terram?* (XIV. 12). ¿Cómo, ó Lucifer, te has vuelto tenebroso y eres el espíritu malo de las tinieblas? ¿Cómo has caído del punto más alto al grado más bajo, de la gloria á la ignominia, de la vida á la muerte, del cielo al infierno?

El príncipe de los ángeles rebeldes se llama Lucifer, porque brillaba de gracia y de gloria en el cielo, como brilla en el firmamento la estrella de la mañana, que se llama Lucifer, esto es, porta-luz. Esto, en sentido místico, significa que la ruina de Lucifer tuvo lugar en la aurora, esto es, en el mismo principio de la creación del mundo.

Lucifer, continúa Isaías, tú decías en tu corazón: Escalaré el cielo y levantaré mi trono sobre los astros de Dios: *Diabebas in corde tuo: In caelum conscendam, super astra Dei exaltabo solium meum.* (XIV. 14).

¿Cómo has caído, tú que eras el sello de la imagen de Dios? *Tu signaculum similitudinis;* esto es, ninguna criatura se parecía más á Dios que tú; estabas lleno de sabiduría y colmado de hermosura; vivías en medio de las delicias del paraíso de Dios; en tus vestiduras brillaban toda suerte de piedras preciosas; perfecto has sido en tus obras desde el día de tu creación, y has permanecido tal hasta que la maldad se ha hallado en ti. (*Ezech. XVIII. 12-15*). Y ¿cuál ha sido esta iniquidad, sino haberte mirado demasiado á ti mismo y haberte hecho un lazo con tu propia excelencia?

Desgraciado, cien veces desgraciado, exclama Bossuet, la criatura que no quiere mirarse en Dios, y fijándose en sí misma, se separa

del manantial de su ser, que lo es también, por consiguiente, de su perfección y de su felicidad! Este orgulloso, que se había constituido en Dios de sí mismo, puso el cielo en rebelión; y Miguel, que se halló á la cabeza del orden en que esta rebelión hacia tal vez más prosélitos, exclamó: ¿Quién es como Dios? *Quis ut Deus?* Y de esto le viene el nombre de Miguel, esto es: ¿quién es como Dios? Como si hubiera dicho: ¿Quién es el que quiere presentarse como otro Dios, y ha dicho en su orgullo: Me elevaré hasta los cielos, dominaré todos los espíritus y seré semejante al Altísimo? ¿Quién es pues este nuevo Dios que así quiere alzarse sobre nosotros? Pero no hay más que un solo Dios; unámonos todos para seguirle, y digamos todos juntos: ¿Quién es semejante á Dios? *Quis ut Deus?* Porque, ved lo que de repente sucede á este falso Dios que quería hacerse adorar: Dios le ha herido, y ha caído con los ángeles imitadores suyos. Tú que te elevabas á lo más alto de los cielos, has sido precipitado al infierno; á la más honda mazmorra: *Ad infernum, detraheris, in profundum laci.* (Isai. XIV. 45). En su caída, conservó todo su orgullo, porque su orgullo debe ser su suplicio. (Bossuet, sobre los Demonios).

Su trabajo una gran batalla en el cielo, dice el Apocalipsis: Miguel y los ángeles suyos peleaban contra el dragón; y el dragón con sus ángeles lidiaba contra él. Pero éstos fueron los más débiles, y después no quedó ya para ellos lugar ninguno en el cielo. Así fue abatido aquel dragón descomunal, aquella antigua serpiente llamada diablo, y también Satanás, que anda engañando á toda la tierra; y fue precipitado, y con él los ángeles suyos (1).

Seré semejante al Altísimo: *Similis ero Altissimo.* El demonio, dice San Bernardo, no permaneció en la verdad, porque no se apoyó en el Verbo. Quiso sentarse, el que ni de pie podía tenerse por sí mismo. Y él decía: Me sentaré. Pero Dios, pensando de otra manera, no le permitió sentarse ni quedarse de pie; entonces el demonio cayó; Jesucristo lo dice: Yo estaba viendo á Satanás desde el principio del mundo caer del cielo á manera de relámpago: *Videbam Satanam sicut fulgur de celo cadentem.* (Luc. X. 18). Así pues, que no se le de sí mismo el que está de pie, si no quiere caer; descansa antes bien sobre el Verbo. El Verbo lo dice: Sin mí nada podéis hacer: *Ergo, qui stat, si non vult cadere, non fidat sibi; sed nitatur Verbo. Verbum loquitur: Sine me nihil potestis facere.* (Serm. LXXXV. in Cant.).

Me sentaré, será semejante al Altísimo. ¡Oh impudente, exclama el mismo padre: oh impudente! Millones de ángeles le sirven; y centenares de millones están prontos para ejecutar sus órdenes; y tú

(1) Et factum est proclium magnum in caelo. Michael et angeli eius prestantes erant draconem, et draco pugnavit et angeli eius. Et non valuerunt, neque locus inventus est corpori eius in caelo. Et projectus est draco ille magnus, et repleta antiqua qui vocatur diabolus, et Satanah, qui seducit universum orbem, et projectus est, et angeli eius cum illo (2a. 7-9).

te sentarás! Los querubines están de pie, y no se sientan. ¿Qué has hecho para ser digno de sentarte? (1).

Ha visto, dice Isaías, al Señor sentado en un solio excelso y elevado; y los serafines estaban de pie: *Vidi Dominum sedentem super solium excelsum; seraphim stabant.* (VI. 4-2). ¿Por qué, prosigue S. Bernardo, tú que aparecías por la mañana, ó Lucifer, por qué no permaneciste en la verdad, sino es porque no fuiste Serafín? Pues Serafín quiero decir iluminado é inflamado.

Pero tú, miserable, has tenido la luz sin calor. Más te hubiera valido ser abrasado que brillante; debías reprimir aquel orgullo de parecer; y como tú servías de espejo, debías humillarte. Pero, al contrario, tú dijiste: Subiré sobre las nubes, y me sentaré. Y has caído! Los serafines están de pie y firmes; porque la caridad nunca fenecce, dice S. Pablo: *Caritas nunquam cerdit.* (1. Cor. XIII. 8). Están de pie, admirados, perdidos en la contemplación de aquel que está sentado sobre su trono; permanecen en eterna incommutabilidad y en incommutabile eternidad. Tú, Lucifer, le propusiste sentarte! ¡Oh impio! por esto vacilaron tus pies, y queriendo subir, caíste. El Hijo del Eterno, que está sentado sobre un trono, es el Señor de los ejércitos que todo lo juzga con calma. Solo la Trinidad se sienta: solo tiene inmutabilidad; pero los serafines están de pie. (Serm. III. in Isai.).

El crimen de los ángeles rebeldes fué pues, 1.º una excesiva complacencia en su hermosura y excelencia; 2.º su negativa á querer depender de Dios, la voluntad de bastarse á sí mismos y de vivir únicamente por ellos; 3.º haber querido irrogarse la beatitud y alcanzarla con sus propias fuerzas, sin querer obtenerla del poder y de la bondad de Dios; 4.º haber querido elevarse sobre los otros ángeles, y haberse negado á estar bajo las órdenes de nadie, ni siquiera de Dios.

Lucifer pecó, 1.º por un orgullo intolerable; 2.º por su rebelión, así como por la de sus ángeles, contra Dios y contra la Iglesia celestial.... 3.º Lucifer y sus ángeles cometieron un crimen de lesa majestad divina, queriendo apoderarse del trono del mismo Dios.... 4.º Lucifer trató de arrastrar á la rebelión á los ángeles; y trata aún todos los días de alistar á los hombres bajo su enseña...; 5.º es el autor de todos los pecados; pero también es la criatura que se halla sumergida en lo más profundo del infierno....

La primera causa de la caída de los ángeles fué el orgullo.

La segunda causa de su caída fué su misma nada. Tenían su grandeza y su perfección de la mano de Dios: hubieran debido reconocerlo así; pero polvos y débiles, á causa de la nada de que habían sido saculos, quisieron descansar sobre sí mismos; no hallaron más que la nada, y cayeron. Alejándose de Dios, su única fuerza, quedaron reducidos á la debilidad suprema.

(1) O impudente, ó impudente! Nulla militum militumque ei, et draconem tantum nulla assistunt ei, et tu sedes! Cherubim stabant, et non sedebant. Quis toleravit, et qui sedes? (Serm. in Isai.).

La tercera causa de su caída fué el mal uso que hicieron de su libertad.

¿Qué han ganado? ¡Ay! todo lo han perdido.... Eran ángeles de luz, y se han convertido en espíritus de tinieblas; eran buenos, hermosos y felices, y se han vuelto malos, perversos, horribles y muy desgraciados.

Las mismas causas que han perdido á los ángeles, pierden á los hombres que les imitan. Adán quiso seguir su ejemplo, y cayó en un abismo de males, del que jamás habría salido sin la infinita misericordia de Dios....

Temblemos.... Si los ángeles han caído estando en el cielo, si Adán ha caído estando en el paraíso terrenal, si Sansón, David y Salomón han caído, si caen los cedros del Líbano, ¿qué temor y que humildad no debemos abrigar nosotros que no somos más que débiles cañas? Por esto el gran Apóstol nos exhorta á trabajar en la obra de nuestra salvación con temor y temblor: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* (Philipp. II. 42).

Por que ha salvado Dios al hombre y no al ángel.

Los santos Padres indican cinco causas principales que han hecho que el perdón se negara al ángel y se concediera al hombre.

La primera es que el hombre ha pecado por fragilidad de la carne; mientras que el ángel, no teniendo cuerpo, no tenía esta fragilidad....

La segunda es que el ángel ha pecado sin ser tentado por nadie; mientras que el hombre ha sido tentado y seducido por el demonio....

La tercera es que no ha caído toda la raza de los ángeles, sino sólo parte de ellos; mientras que en la persona de Adán toda la naturaleza humana ha caído. La posteridad de Adán no era indigna del perdón, puesto que no había tomado parte con su voluntad en el pecado del primer hombre. Así lo siente S. Agustín....

La cuarta es que el ángel, á causa de su gran inteligencia, ha pecado con plena voluntad y malicia; mientras que el hombre, dotado de una inteligencia más escasa, ha pecado por debilidad y obedeciendo á un impulso extraño, más bien que por una voluntad muy deliberada y por malicia....

La quinta es que el ángel ha sido creado en el más alto grado de honor que pudiera alcanzar mientras estaba aún en el camino del mérito, y debía ser confirmado en gracia por la contemplación de su Criador. El hombre, por el contrario, había sido creado en un orden inferior. Colocado en la tierra, destinado á multiplicar su raza antes de llegar á mejor vida, se hallaba más apartado de la bienaventuranza....

El demonio es homicida.

Vosotros sois hijos del diablo, dijo Jesucristo á los escribas y fariseos, orgullosos y criminales, y así queréis satisfacer los deseos de vuestro padre: El fué homicida desde el principio, y criado justo, no permaneció en la verdad: Vos ex patre diabolo estis, et desideria pa-

tris vestri vultis facere. Ille homicida erat ab initio, et in veritate non stetit. (Joann. VIII. 44).

Con su rebelión, el demonio se dió la muerte.... Ha sido homicida del primer hombre, y lo es de la raza humana.... Hasta quería destruir á Dios, si hubiese podido, á fin de usurpar su puesto. Y lo que no ha podido hacer á Dios en el cielo, se lo ha hecho en la tierra, haciendo que los judíos matasen á Jesucristo....

El demonio es el padre de la muerte; no ha engendrado jamás otra cosa más que la muerte. No sabe hacer vivir: como un ladrón hábil y feroz, no sabe más que despojar, degollar y reirse de los crimenes que puede cometer....

El que comete pecado, del diablo es hijo, porque el diablo continúa pecando desde el momento de su caída, dice el apóstol S. Juan: *Qui facit peccatum, ex diabolo est, quoniam ab initio diabolus peccat.* (I. III. 8). El demonio es el príncipe del pecado, y el padre de todos los males, dice S. Cirilo: *Princeps peccati diabolus est, et pater malorum.* (Catech. II).

El demonio es padre de todos los crimenes y de todos las herejías.

El demonio es el autor de todos los crimenes, de todas las mentiras y de todos los errores: por esto es el padre de los herejes y de las herejías. Sin él jamás habría existido el pecado; y sin él, por consiguiente, jamás habría habido miserias, enfermedades, muerte é infierno; porque todas estas cosas terribles son la pena del pecado.... Ningun ser es tan culpable, criminal, depravado é infame como lo es Satanás....

Yo estaba viendo, dice Jesucristo á sus apóstoles, caer del cielo á Satanás á manera de relámpago: *Videbam Satanam sicut fulgur de caelo cadentem.* (Luc. X. 18).

Por que comparece Jesucristo al demonio el relámpago y el rayo?

Lucifer es comparado al relámpago y al rayo: 1.º á causa de su agilidad....; 2.º á causa de su poder para dañar....; 3.º porque llega pronto, pero pasa y desaparece de la misma manera, si no se le escucha....; 4.º porque aparece algunas veces bajo una forma brillante y pura; aunque rechazado, y despreciado y maldecido, se transforma en ángel de luz....

Sed sobrios y velad continuamente, dice el apóstol S. Pedro; porque el diablo, vuestro enemigo, anda girando al rededor vuestro como un león rugiente en busca de presa que devorar: *Sobrii estote et vigilate, quia adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens circuit querens quem devoret.* (I. V. 8).

Por que es llamado león el demonio?

Satanás es llamado león; porque, 1.º, como el león, vela.... 2.º Es cruel como el león.... 3.º Ruga como el león.... 4.º El león que se arroja sobre su presa, obedece á la ira, á la rabia, al hambre; y lo mismo sucede con el demonio: el león desprecia y pisotea las sobras de su presa; el demonio desprecia y pisotea á los que perverte y mata.... 5.º El león se oculta para sorprender á su presa;

el demonio tambien..... 6.º El leon se enfurece; Satanás tambien..... 7.º El leon huele mal; el demonio esparce por todas partes el mal olor de las pasiones y del pecado..... 8.º El leon y el demonio desean poder devorar..... 9.º El leon y el diablo rondan buscando su presa: *Circuit quarens quem devoret*..... 10. El leon ataca sobre todo á los animales de gran tamaño y poderosos, desprecia á los pequeños y á los débiles; no come más que lo que coge vivo; el demonio hace del justo su víctima privilegiada, ataca sobre todo á las almas más piadosas, más santas, más elevadas en virtud y más heréticas; desprecia los corazones cobardes y carnales..... 11. El leon y el demonio se lanzan con más furor sobre el hombre cuando se ven heridos...

El demonio es fuerte.

El Evangelio llama al demonio *el fuerte armado*: *Fortis armatus*. (Luc. XI. 21). ¿Tratais de indagar cuál es la naturaleza de este enemigo? Es un espíritu..... ¿Deseáis verle? Es invisible..... ¿Queréis conocer su carácter? Es muy malo y muy astuto..... ¿Su poder? Es, dice S. Pablo, el dueño y el gobernador del mundo, esto es, de los siglos; *Mundi rector*. (Ephes. VI. 12). Revestido, dice aquel gran apóstol, de toda la armadura de Dios para poder contrarrestar á las asechanzas del diablo; porque no es nuestra pelea solamente contra hombres de carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos *esparcidos* en los aires (1).

Notad estas palabras: *principados, potencias, príncipes*, del mundo. Según los santos Padres, los demonios han conservado, después de su caída el mismo nombre jerárquico que tenían en el cielo antes de haber caído. Como en un ejército, unos mandan, otros obedecen y tienen señalado un puesto más bajo. De ahí su fuerza inmensa. Los que son llamados *principados, potencias, príncipes*, son jefes entre los demonios.

Si tenéis deseos de conocer el lugar que ocupa el demonio, sabed que domina la tierra y cae sobre nosotros desde lo alto de los aires..... Si buscáis su morada, sabed que está en todas partes, noche y día..... Si preguntáis cuál es su inteligencia, sabed que es muy vasta y superior á la de los hombres más sabios.....

Hombres de gran fuerza, dice el Salomista hablando de los demonios, arremeten contra mí: *Irnerunt in me fortes*. (LVIII. 4). ¿Cómo arrancar su presa á un hombre esforzado? dice Isaías: ¿cómo recobrar aquellos que ha arrebatado un varón valiente? *Nam quid tollitur á forti preda? Aut, quod captum fuerit á robusto restat esse poterit?* (XLIX. 24).

Si consideráis su naturaleza, el demonio es un gigante, dice Orígenes. (Homil. VII. c. XII).

Espíritus inteligentes, activos, ágiles y vigilando sin cesar, los

(1) Inhibite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli. Quoniam non est vis collectiva adversus carnem, et virgines, sed adversus principatus et potestates, adversus mundi rectorum, contra spiritualia coelestia in coelestibus; Ephes. vi. 11-12.

demonios tienen un gran poder, triplicado todavía por su audacia, su odio y crueldad. Cayendo, han conservado todas sus fuerzas.

Los demonios son tan fuertes, que S. Pablo hasta los llama dioses de este siglo: *Deus hujus seculi*. (II. Cor. IV. 4).

Semejantes expresiones nos prueban con evidencia cuán fuerte y poderoso es el diablo.....

Lo que obliga á decir con mucha razón á S. Crisóstomo: Si los demonios están así organizados en ejércitos, si son espíritus, si son los amos del mundo, ¿cómo, decidme, os entregáis al placer, y cómo los vencemos sin armas (1)?

Añadid á la fuerza y al poder de los demonios, su número prodigioso. Y toda esta espantosa multitud no cesa de hacernos una guerra encarnizada!...

¿Qué á S. Agustín: S. Pablo, exclama, llama príncipes á los demonios; pero, para que no creáis que son príncipes del cielo y de la tierra, los llama solamente príncipes del mundo, esto es, príncipes de los amantes del mundo, del mundo lleno de tinieblas, del mundo de los impíos y de los malos, del mundo del que se dice en el Evangelio que al presentarse Jesucristo en él, este mundo no le conoció. Son los príncipes de aquel mundo contra el cual el Salvador lanzó el aterrador anatema: *¡Va mundo!* Desgraciado mundo!... Padre mío, dice en otra parte, no ruego por el mundo: *Non pro mundo rogo*. (S. Aug., in psal. LIV).

Los demonios son los príncipes del mundo del que habla Jesucristo cuando dirigiéndose á su Padre, le dice: Oh Padre justo, el mundo no te ha conocido: *Pater juste, mundus te non cognovit*. (Joann. XVII. 25); del mundo que el Rey Profeta llama tierra de olvido: *Terra oblivionis* (LXXXVII. 43); del mundo del que se dice en el Apocalipsis: *Va, va, va habitantibus in terra!* Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra! (VIII. 13). Los demonios son los príncipes de un mundo semejante al que el diluvio cubrió con sus aguas; son los príncipes de los que llevan la señal *o divina* de la bestia, y adoran su imagen, como dice el Apocalipsis: *Habebant characterem bestia, et adoraverunt imaginem eius*. (XVI. 2).

Se dice en el Apocalipsis que el dragón se apostó en la arena del mar: *Draco... stetit supra arenam maris*. (XII. 17-18). ¿Qué significan estas palabras? ¿Por qué el demonio, que es este dragón, se detuvo á orillas del mar en la arena? La Escritura quiere decir con esto que el demonio no es fuerte y no prevalece sino contra los hombres estériles en buenas obras, e inconstantes como la arena de las orillas del mar; quiero decir también que Satanás no domina más que á los que se exponen á los huracanes, á las tempestades, á las olas encrespadas y furiosas de las pasiones; á

De qué modo es fuerte el demonio, y contra qué ejércitos.

(1) Si tales instructe sunt acies, si incorporales principatus, si cuncti domini, quomodo alio, de; quomodo, delectatis? et quomodo mortem vincere poterimus? (Homil. XXII).

aquellos, en una palabra, que se parecen á la arena de las orillas del Océano, arena expuesta á todas las tempestades, y muchas veces arrebatada, dispersada y sumergida. En las orillas del mar del mundo es en donde está el dragón para atormentar y anegar á sus víctimas en las aguiladas olas de la concupiscencia, del vicio y del crimen....

Jesucristo ha venido, dice S. Agustín, y ha encadenado al demonio. Pero, me diréis: Si está encadenado, ¿por qué es todavía tan poderoso? Es verdad, hermanos míos, que todavía es muy poderoso; pero no reina más que sobre los tibios, los negligentes y los que no temen verdaderamente á Dios (1).

Satanás reina sobre todos los hijos del orgullo, dice Job: *Ipsa est rex super uniceros filios superbia*. (XII. 25).

¿Contra quién es fuerte el demonio? Contra los sordos, los ciegos, los mudos, los cojos, los paralíticos, los muertos espirituales....

¿Contra quién es fuerte? Contra los padres negligentes, escandalosos, que cierran los ojos para no ver los vicios de sus hijos; contra los hijos desobedientes, sin amor y sin respeto á aquellos que les han dado la vida.

¿Contra quién es fuerte el demonio? Contra aquel joven que imita al hijo pródigo, contra aquella joven que, faltando á las promesas de su bautismo, se despoja del sagrado vestido de Jesucristo, se viste con el de Satanás, no recae ya sus sentidos, y arroja de su corazón el amor de Dios, sustituyéndole por el amor corrompido del mundo y de las pasiones de la carne....

¿Contra quién es fuerte el demonio? Contra los avaros, los hipócritas y los que abandonan la oración, la vigilancia y los Sacramentos, etc....

El demonio sólo es fuerte porque le ayudamos.

Mientras que los hombres dormían, dice Jesucristo, vino cierto enemigo suyo y sembró zizania en medio del trigo: *Cum dormirent homines, venit inimicus, et super seminavit zizania in medio tritici*. (Matth. XIII. 25).

Jesucristo, es verdad, ha encadenado al demonio con su cruz; le ha dicho como en otro tiempo al Océano: Hasta este sitio llegarás, y de aquí no has de pasar; aquí se estrellará el orgullo de tus olas: *Usque huc venies, et non procedes amplius; et hic confringes tumentes fluctus tuos*. (XXXVIII. 44).

Mirad á aquel león encadenado: ve una presa, se lanza; pero se halla detenido; se lanza de nuevo con más furor, y muérdolo su cadena de rabia: vanos esfuerzos, rabia inútil; su presa está demasiado lejos, no puede alcanzarla: ella nada teme; pero si se acerca mucho el león, lanzándose de nuevo la cogerá y devorará. El perro encadenado puede ladrar, pero no puede morder, dice

(1) *Veni Christus, et alligasti diabolum. Sed dicit aliquis: Si alligatus est, quomodo adhuc tantum timebat? Verum est, fratres, quia, nonnulli periculi, sed tepida et negligenter, et Deum in vertice non timebant, desinunt. Serm. cxcvii.*

S. Agustín, más que al imprudente que se pone á su alcance. (Serm. CXCVII).

¿Cuán insensato es el que se deja devorar por el león encadenado, ó morder por el perro alado! A ellos os parecéis, pecadores imprudentes. Como ellos, os dejáis morder y devorar por el demonio. Encadenado no puede alcanzarlos para desgarrarlos: puede rugar, ladrar, solicitarlos; pero no puede exterminar más que al que lo quiere, añade S. Agustín. Porque el demonio no daña violentando, sino persuadiendo: no nos arranca á viva fuerza nuestro consentimiento; no puede más que pedirlo (4).

Los demonios no nos combaten porque hacemos su voluntad, dice el abate Abraham; nuestras voluntades son las que se cambian en demonios y nos atormentan. (Vit. Patr.).

Preguntado sobre la manera de que podían valerse los demonios para cogernos, el abate Achille respondió: Con la ayuda de nuestra voluntad: *Per voluntates nostras*; y añadió: Nuestras almas son la leña, el diablo es la segur, y el leñador es nuestra voluntad. Nuestras voluntades perversas son pues las que hacen que seamos cortados y derribados: *Ligna sunt animae, securis diabolus, manubrium voluntatis nostrae. Per malas ergo voluntates nostras incidimur*.

He aquí porqué dice S. Bernardo: Que cese la voluntad propia, y no habrá infierno: *Cesset voluntas propria, et infernus non erit*. (Serm. de Ressurrect.).

Sujetaos á Dios, dice el apóstol Santiago: resistid al demonio, y huirá de vosotros: *Subdite estote Deo: resistite diabolo, et fugiet a vobis* (IV. 7). Resistidle con una fe viva y firme, dice el apóstol S. Pedro: *Cui resistite fortes in fide*. (I. V. 9).

Cuando el demonio se acerca y trata de excitar en vosotros movimientos de ira, de orgullo, de impureza, etc., resistidle con valor; y al momento le ahuyentaréis. Porque delante de un alma firme, el demonio tiembla; con los que titubean, es, por el contrario, terrible como un león.

El enemigo antiguo, dice S. Gregorio, es fuerte: contra los que la escuchan, y débil contra los que le oponen resistencia. Si cedemos á sus sugestiones, es formidable como un león, es vencedor; pero si le rechazamos fuerte y prontamente, queda aplastado como una hormiga. Así pues, para los unos es un león, y para los otros una hormiga: las almas carnales tienen trabajo á escaparse de su crueldad; mientras que las almas puras pisan su debilidad con el pie de la virtud (2).

(1) Et ille ad se non perueniret: accedens leturum patens, sollicitus pollet, mordere cupiens non potest, nisi voluntatem. Non enim corpore, sed assensu nocet, nec extorquet a nobis consentium, nisi velit. Serm. CXCVII.

(2) Antiquus hostis contra committentes fortis est: ita contra resistentes debilis. Si cedamus ejus suggestionibus sensum perducit, quod hoc debemus semperque potest: si autem resistimus, quasi formica attigitur. Alii ergo hoc est, alia formica; qui crudelitatem illius carnales timetis: via toleranti spirituales vero intempestum illius pise virtutis evincunt. Lib. V. Moral.

El demonio es muy débil.

¿De qué modo, dice Isaias, arrancáremos su presa á un hombre tan esforzado? ¿cómo recobrar aquello que ha arrebatado un varón tan valiente? Hé aquí lo que dice el Señor: Lo serán quitados al hombre esforzado los prisioneros que ha hecho, y será recobrada la presa que arrebató el valiente. (XLIX. 24-25).

Si considerais la naturaleza del demonio, dice Orígenes, es un gigante; y nosotros somos pigmeos; pero si seguimos á Jesús, que lo ha privado de su fuerza, el demonio no nos inspirará ya ningún temor (1).

El demonio es muy débil ante los hombres valerosos y heroicos. Es un león rugiente, es terrible: *Leo rugiens*. (I. Petr. V. 8). Es una serpiente que se arrastra por el suelo; es muy débil. Dios, que le ha dejado sus fuerzas para suplicio suyo, lo ha puesto un freno. No puede dominar más que á aquellos á quienes Dios desprecia y abandona: ¡triste poder y reino vergonzoso!.....

El demonio es débil, puesto que emplea la habilidad, la astucia, los rodeos, la mentira; es débil, puesto que se arrastra y se oculta. Es impotente; Jesucristo lo ha derrotado..... ¿Quién es el que le vence y le derriba? El que está vigilante, el que huye, el que ruega, el que desconfía de sí mismo y se mortifica.

Una sola palabra de Jesucristo ahuyentaba á legiones de espíritus infernales del cuerpo de los poseídos: ¿qué fuerza no ha de tener la presencia de Jesucristo, su gracia, la sagrada comunión? Sólo una señal de la cruz asusta á los espíritus de las tinieblas, y les hace huir.

San Bernardo asegura que cualquiera que invoque los santos nombres de Jesús, de María y de José, es invencible, aunque todos los demonios luchan contra él. Tertuliano decía á los perseguidores de la religión, que un poseído, cualquiera que fuese, no podía resistir á un simple cristiano. El demonio es pues muy débil. (*Apolog.*). Una simple resistencia estrella sus fuerzas y le pone en derrota, dice el apóstol Santiago: *Resistite diabolo, et fugiet á vobis*. (IV. 7).

Los Santos de todos los siglos, de todas las edades y de todos los sexos, han triunfado del demonio y le han aplastado la cabeza: siguiendo su ejemplo, todos nosotros podemos quedar victoriosos de este enemigo salvaje.....

El demonio está en el aire, en las aguas, en la tierra, en el infierno.....

Nuestros perseguidores, dice Jeremías, han sido más rápidos que las águilas: nos han perseguido en las montañas; nos han tendido lazos en el desierto: *Velociores fuerunt persecutores nostri: aquilæ celi: super montes persecuti sunt nos: in deserto insidiati sunt nobis*. (Lament. IV. 19). En un abrir y cerrar de ojos están en donde quieren; andan más veloces que el pensamiento; todo lo ven sin

El demonio está en todos partes: vigila para cazar para perderlos.

(1) Si naturam spectes, gloriam gigas est, nos locustæ; si sequamur Jesum, qui eam crucemur, quasi nihil erit in conspectu nostro, Hieron. vii. c. xii.

ser vistos; todo lo oyen sin ser oídos ni apercebidos. El demonio está siempre en acecho, y da vueltas sin cesar al rededor nuestro, buscando víctimas: *Circuit quærens quem devoret*. (I. Petr. V. 9).

Estas idas y venidas, este círculo que forma al rededor nuestro, indican: 4.º que el demonio es un vagabundo entregado á la inestabilidad, porque, al abandonar á Dios con el pecado, ha perdido la estabilidad de espíritu. El, que quería sentarse en el trono del Omnipotente, ha sido condenado á andar siempre errante, á no sentarse nunca, ni siquiera en el infierno. Jamás tendrá descanso ni sueño.

2.º Estas expresiones indican también la ira y el deseo insaciable de dañar que le animan.

3.º Pintan sus astucias, sus engaños y sus rodeos.

4.º Príncipe del mundo, recorre sin cesar su imperio.

5.º Ojea como un cazador.

6.º Las vueltas que da, son el emblema de su sagacidad y de sus exploraciones.

7.º Obliga á los hombres culpables á acabar de recorrer el círculo de sus iniquidades, á fin de caer entónces en el círculo de la desdichada eternidad.....

Satanás, antes de atacar, examina el vicio, la inclinación, la parte débil de cada uno.

Oíd á S. Leon: Satanás, dice, conoce á quien ha de abrasar con el fuego de la codicia, á quien ha de coger por la gula, á quien ha de poseer por la lujuria, á quien ha de inocular el veneno de la envidia; conoce al que ha de turbarse por los pesares, excederse por la alegría, agobiarse por el temor, y dejarse seducir por la admiración. Tantea las inclinaciones de cada uno; descubre sus cuidados, escudriña sus afectos, busca los medios de dañar, explotando sobre todo las inclinaciones del hombre (1).

Conoce todo lo que pasa en la tierra. Ve los pensamientos, los deseos, las palabras, los pasos, las acciones y las omisiones de todos los hombres..... Sabe y conoce todo lo que ha sucedido desde el principio del mundo..... Sondea las entrañas y los corazones. Sabe todos los giros y rodeos, los pliegues y dobleces que tiene que seguir para insinuarse, seducir, vencer, derribar, asesinar y llevar al infierno.....

Todo en él se convierte en ojos, en oídos, en lengua, en espíritu, en inteligencia, en astucia, en ciencia. Aunque sumergido en las más profundas tinieblas, todo lo ve, todo lo comprende, todo lo nota, todo lo aprecia.....

(1) Novit cui adhaerent motus cupiditatis; cui illecebras prave ingerit; cui apponit inaltissima licentia; cui infundit vias invidie. Novit quem moror eorumque, quem gloriofolia, quem meti opprimat, quem admiratione seducat. Omnium discit consuetudines, ventis, scrutatur affectus: et in causis quærit nocendi, ut quocumque viderit salutis occupari. Sermon VII. Natal. Dom.

Chisla del demonio.

Malicia, habilidad y astucia del demonio.

El demonio, dice S. Cipriano, es llamado serpiente, porque se desliza y arrastra como ella; se adelanta insensiblemente, ocultando su marcha á fin de engañar. Su astucia es tan grande, sus planes tan hábiles y capciosos, que hace tomar la noche por el día, el día por la noche, el veneno por el remedio; lleva la desesperación bajo pretexto de esperanza, á la deserción bajo pretexto de fidelidad; ofrece á nuestros homenajes el ante-Cristo bajo el nombre de Cristo. De esta suerte, haciendo pasar la mentira por verdad, escamotea sutilmente la verdad misma: (*De Simplicit. Pelator.*).

Satanás se transforma en ángel de luz para seducir, dice el gran Apóstol: *Une enim Satanás transfiguratur se in angelum lucis.*

La malicia, la habilidad y las astucias de Satanás se manifiestan: 1.º en que observa cuáles son los lugares menos fortificados, como dice S. Jerónimo: *Loca minime munita observat.* (*Comment.*).

2.º En que, como también dice S. Jerónimo, no presenta jamás al hombre el pecado descubierto, sino que se sirve de rodeos; no se lanza de repente, sino que se adelanta poco á poco y echando completamente á pique la débil navecilla. Para hacer caer en el pecado, se oculta; porque es tan asqueroso, tan horrible y tan infecto, que si se presentase, haría morir de miedo á todo el mundo; nadie querría acercarse á él. Oculta la fealdad del pecado, de aquel pecado, que, hijo de Satanás, es asqueroso, horrible é infecto como su padre; disfraza el pecado con la apariencia y el nombre de dulzura, de flores lozanas, de felicidad y hasta de virtud. Oculta el anzuelo del pecado, y sobre todo del deleite, á fin de que quedeis cogidos á este aguijón penetrante y mortal, mientras saboreáis un placer engañoso y emponzoñado. Impela al hombre al vicio paso á paso; comienza por hacerle cometer faltas ligeras, y le arrastra así á las mayores. (*Homil. ad pop.*).

El demonio, tan audaz, bien quisiera, si se atreviese y pudiese, hacernos desde luego tan malvados como él; pero, demasiado astuto, prevé que no tendría éxito su seducción. Bien quisiera atacarnos á campo abierto; pero, demasiado maligno, teme que se le escape su presa. Va por grados, dice Bossuet, y se oculta. Su fealdad, como ya hemos dicho, y la fealdad del pecado que quiere hacer cometer, darían horror; oculta una y otro; porque si el hombre pudiese ver al demonio y al pecado tales como son, jamás, jamás se daría al demonio ni al pecado....

El demonio se arrastra como la serpiente, y toma sus movimientos y rodeos; ya enseña la cabeza, ya la cola. Se arrastra cuando está lejos; para que no le vean, y muere así que está cerca....

Estudia nuestras inclinaciones y las admite: así es que no tentará por impureza al avaro, porque para ser libertino habría de ser prodigo. No tentará por avaricia al impudico. Transportará en espíritu al ambicioso á la cumbre del poder; llevará al orgulloso á

adorarse á sí mismo; enviará hambre al hombre dominado por la gula, etc....

Seduce al libertino de un modo, al sabio de otro, al escrupuloso de diferente manera. Ataca al niño, á los jóvenes, al hombre adulto, al anciano; á cada uno según su edad, su parte débil, su inclinación.

Ataca ora al cuerpo, ora al espíritu, ora al corazón.... Hierre ya por fuera, ya por dentro; busca el paraje más débil; sube por asalto; presenta la flor, y oculta la espina; dora la copa.... Mirad esta flor: ¡qué hermosa! respirad el agradable olor que despiden.... Examinad esta copa: ¡qué excelente licor contiene! bebed, bebed.... Pero, deteneos! esta flor y esta copa están envenenadas; si las tomáis, moriréis al momento para la eternidad....

No es más que un pensamiento, dice aquel maligno espíritu, una simple mirada, una complacencia.... Probado, ya os detendréis cuando queráis. Si buscáis la felicidad, aquí la podéis hallar.... Tened cuidado; ya se avanza el asesino; el incendio empieza por una chispa.... Que un buque vaya á pique, ya recibiendo de repente una gran cantidad de agua, ya tomándola poco á poco, el echo es que el buque va á pique.... El demonio, este monstruo astuto, dice Bossuet, va por grados; inclina primero á Judas á la avaricia, luego le induce á vender á su Dios, más tarde á la traición, y por fin á la desesperación, á la cuerda, al infierno.

Veid como el maligno espíritu ataca á nuestros primeros padres. La serpiente, dice la Escritura, que era el más astuto de todos los animales, dijo á la mujer: ¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no coméis del fruto de todos los árboles del paraíso? ¿Cur precipitatis vobis Deus, ut non comedetis de omni ligno paradisi? (*Gen. III. 1*). Esta sola pregunta es un crimen. ¿Por qué, serpiente infernal, te metes en lo que Dios ha mandado? Lo que Dios ha prescrito es sagrado.... ¿No obra así Satanás respecto de todos los hombres para seducirlos? ¿Por qué no habéis de hacer esto? les dice: ¿Por qué no habéis de ver á tal persona? ¿Por qué no habéis de ir á tal sitio? ¿Por qué, etc....?

Eva le respondió: Dios nos ha prohibido comer del fruto del árbol que está en medio del paraíso; para que no mirásemos. Cui respondit mulier: De fructu ligni quod est in medio paradisi, precepit nobis Deus ne comederemus, et ne tangeremus illud, ne forte moriamur. (*Gen. III. 2-3*). ¡Imprudente Eva! ha tenido la debilidad de escuchar un instante á la serpiente, y sólo por esto ha empezado á sucumbir y á ser culpable. ¡Ay de mí! ¿no nos conducimos nosotros también de este modo?....

La serpiente, viendo la debilidad de Eva, va más lejos: al crimen de la pregunta une el crimen de la negativa, y responde á la mujer: De ninguna manera, no sufriréis la muerte; *Nequaquam morietur*. (*Gen. III. 4*). ¡No obra el demonio de una manera parecida con nosotros? No hay tanto mal en esto como so

dice; es exageracion; son demasiado severos. Qué! ¡el infierno por tan poca cosa?... En tercer lugar, al crimen de la pregunta y de la negativa, la serpiente añade el crimen de la afirmacion, para instar á Eva y seducirla del todo: No moriereis, dice, porque Dios sabe que el día que comais de esta fruta se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal: *Scit enim Deus quod in quocumque die comederitis ex eo, aperientur oculi vestri, et eritis sicut dii, scientes bonum et malum.* (Gen. III. 5).

Ya está Eva seducida y perdida! La mujer vió, pues, que aquella fruta era buena para comer, y bella á los ojos, y de un aspecto delectable; y cogió del fruto, y comióle; y dió tambien á su marido, que comió como ella: *Vidit igitur mulier quod bonum esset lignum ad vescendum, et pulchrum oculis, aspectusque delectabile; et tulit de fructu illius, et comedit; deditque viro suo, qui comedit.* (Gen. III. 6). Y los ojos de ambos quedaron abiertos; y reconocieron que estaban desnudos, etc. (Gen. III. 7). Estos son los felices y los dioses que ha hecho el demonio. Todos los que escuchan la serpiente, hallan las mismas recompensas....

O desgraciados mortales que dais oído al demonio, padre de la mentira y de la muerte, enemigo jurado de la felicidad del hombre y del mismo Dios!....

Los demonios, dice S. Pedro, os seducen con palabras engañosas, y harán con vuestras almas un tráfico infernal: *Fictis verbis de vobis negabantur.* (II. II. 3).

Estos orgullosos espíritus de las tinieblas, dice el Salmista, me han oculto sus redes y sus lazos: *Abconderunt superbi laqueum mihi.*

Cuando el demonio, aquella serpiente resbaladiza que no puede correrse, se presenta, dice S. Jerónimo, si no le aplastais la cabeza, es decir, si no resistis inmediatamente á su primera sugestion, se precipita toda entera al fondo de vuestro corazon, sin que podais sospecharlo: *Cum venerit diabolus, serpens lubricus, cuius, si capitis, id est, prima suggestioni non resistitur, totus in interna cordis, dum non sentitur, illabitur.* (Comment.).

El demonio es llamado serpiente, y tomó la forma de este reptil para seducir á nuestros primeros padres, porque, 1.º, la serpiente es hábil y astuta por naturaleza.... 2.º, Se mantiene en emboscada, ataca al hombre sin ser visto, y le muere de improviso.... 3.º, La serpiente se arrastra, inyecta su veneno y mata al hombre; el demonio obra de la misma manera.... 4.º, La serpiente toca en el suelo con todas las partes de su cuerpo; el demonio no inspira más que el amor de las cosas terrestres y carnales....

Para sorprender y engañar á Adán y á Eva, la serpiente, observadlo, dijo cinco mentiras evidentes: la primera: No moriereis; *Neguaquam moriemini*; la segunda: Vuestros ojos se abrirán: *Aperientur oculi vestri*; la tercera: Seréis como dioses: *Eritis sicut dii*; la cuarta: Conocereis el bien y el mal: *Scientes bonum et ma-*

lum; la quinta: Dios sabe que lo que digo es verdad: *Scit enim Deus quod in quocumque die, etc....*

El Señor, dice Isaías, el Señor con su espada cortante, larga y fuerte, tomará residencia á Leviathan, serpiente enorme á Leviathan, el tortuoso monstruo, y le matará: *Visitabit Dominus in gladio suo duro, ei grandi, ei forti super Leviathan, serpentem rectem, ei super Leviathan, serpentem tortuosum, ei occidet.* (XXVII. 4). Armado con una espada, es decir, con su cruz. Está serpiente es llamada enorme, á causa de su fuerza; tortuosa, 1.º, á causa de su genio depravado, y 2.º, á causa de sus astucias y dobleces con que rodea al hombre....

El demonio aparta siempre del bien; lo presenta como inútil, demasiado penoso ó impracticable, etc.... Siempre lleva al mal y lo presenta como ventajoso, dulce, agradable, etc.... Autor de la muerte, jamás conduce á la vida de la gracia y de la gloria, sino á la pérdida de la inocencia y á la muerte espiritual en la tierra y en la eternidad....

El demonio, que se ha declarado enemigo personal de Dios, no pudiendo hacer nada contra El, se venga con su imagen, dice Bossuet, y desgarrándola la deshonra, llenando su espíritu envidioso de malos deseos de venganza. Espíritu negro, espíritu tenebroso, espíritu furioso y desesperado, que afecta un fausto insolente en vez de su grandeza natural; que emplea astucias maliciosas en vez de una sabiduría celestial; que no respira más que odio, disension y envidia en vez de la caridad y de la sociedad fraternal. Parece que Satanás y todos sus ángeles dicen: No seremos nosotros los únicos miserables; ¡cuántos hombres morirán de nuestra mano! ¡Ah! ¡cuántos sitios vamos á dejar vacantes, y cuántos se hallarán entre los criminales que pudieran haberse sentado entre los jueces! El odio de los demonios contra nosotros es tal, notadlo bien y pasmos de tanto exceso, es tal el odio que contra nosotros tienen, que se placen no sólo en arruinarnos, sino tambien en manchar nuestra alma y degradarla. Si, prefieren todavía corrompernos á atormentarnos, prefieren quitar la inocencia á quitar el reposo, hacernos malos á hacernos desgraciados. Y es verdad que cuando estos crueles vencedores se han hecho dueños de un alma, entran en ella con furia, la roban, la saquean y la violan. Estos corruptores la violan, no tanto para satisfacerse, como para deshonrarla y envilecerla. La inclinan á que se entregue á ellos, y luego la desprecian: la tratan como son tratadas las mujeres que vienen á ser el ludibrio de aquellos por quienes se han cobardado ó indignamente prostituido....

Los demonios están llenos de odio y de envidia contra nosotros; nos hacen una guerra encarnizada á causa de las gracias y de los bienes celestiales que Dios nos concede, y porque estamos destinados á ocupar un día los tronos que han perdido con su orgullo....

Ocho del demonio contra el hombre y guerra que lo hace.

El demonio es vuestro enemigo, dice el apóstol S. Pedro: *Adversarius vester diabolus.* (I. V. 8).

El demonio es un fautor de querellas, un falso testigo, un acusador. Nos ataca á nosotros, ataca nuestra salvación y nuestra felicidad eterna. Quiere conquistarnos á fin de tenernos por compañeros, después de habernos tenido por cómplices. Y todo esto, 1.º, por odio á Dios, á fin de que Dios no reciba nuestras adoraciones. Su orgullo le inspira un odio tan grande á Dios, que, según el parecer de varios graves autores, aun cuando Dios le prometiese perdonarle á condición de que se humillase, preferiría sufrir eternamente antes que renunciar á su orgullo y á su odio.... 2.º, Nos hace la guerra por envidia.... 3.º Nos la hace por orgullo; quisiera que nos volviésemos semejantes á él para dominarnos y reinar sobre nosotros....

Tenemos que sostener un combate contra los demonios, dice S. Pablo.... Es una lucha sin tregua....

Los odios más furiosos y más implacables entre los hombres no son más que una sombra, comparados con los de los demonios. En ellos todo es odio, celos, deseos de eterna venganza....

El demonio in-
vo la tentación
de atacar al
mismo Jesu-
cristo.

¿Por qué permitió Jesucristo que el demonio le tentase? 1.º para enseñarnos que la tentación no es pecado, no exponiéndose temerariamente á ella y resistiéndola....; 2.º, para enseñarnos á vencer, pues Jesucristo es nuestro modelo, nuestro capitán; y por esto quiso entrar en la lid para derribar al demonio y hacernos ver cómo se le vence....; 3.º, para tomar parte en nuestras tentaciones....

¿Por qué permitió Jesucristo que el demonio le tentase? Contestaré con S. Agustín: ¿Por qué quiso hacerse hombre, nacer en un pesebre, sufrir y morir en una cruz? Fué por bondad hacia nosotros y también por bondad hacia nosotros fué tentado. (Serm.).

Jesucristo, dice S. Gregorio, ha querido vencer nuestras tentaciones con sus tentaciones, así como quiso ser victorioso de nuestra muerte con su muerte. (Homil. XVI. in Evang.).

Si la enfermedad de Jesucristo es nuestra fuerza; si sus heridas son nuestra curación; si su muerte es nuestra vida, podemos también asegurar que su tentación es nuestra victoria.... por eso vino el Hijo de Dios, dice el apóstol S. Juan, para destruir la obra del demonio: *In hoc apparuit Filius Dei, ut dissolvat opera diaboli.* (I. III. 8).

En su odio y desvergüenza, Satanás se atreve á atacar á Dios; ¿cómo ha de dejarnos á nosotros....?

Jesucristo sufrió ser tentado por el demonio; pero le arrojaba del cuerpo de los pecados, y dió el mismo poder á sus discípulos....

Gravedad y fir-
meza del demonio
contra los
hombres.

El demonio, como león rugiente, anda girando al rededor de nosotros en busca de presa que devorar, dice el apóstol S. Pedro. (I. V. 8). No dice el Apóstol que el demonio trata de morder, sino que trata de devorar....

¿Ay de la tierra y del mar! dice el Apocalipsis, porque el diablo bajó á vosotros arrojado del cielo y está lleno de furor, sabiendo que le queda poco tiempo: *Vni terræ et mari, quia descendit diabolus ad eos, habens iram magnam, sciens quod modicum tempus habet.* (XII. 12).

Simón, Simón, dijo Jesucristo á Pedro, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo cuando se criba: *Simón, Simón, ecce Satanás expetivit eos, ut cribaret sicut triticum.* (Luc. XXII. 34).

El dragón, dice el Apocalipsis, se irritó, y marchóse á guerrear: *Et iratus est draco, et abijt facere prælum.* (XII. 17).

La crueldad y la rabia del demonio, dice el Salmista, le llevan á perseguirme, á apoderarse de mí, y á hundir en el polvo mi gloria. (VII. 6). Mis enemigos, añade, me tienen corcado por todas partes; tienen puestas sus miras para dar conmigo en tierra; están acechándome como el león preparado á arrojarse sobre su presa, ó como el leoncillo que en lugares escondidos está en espera: levántate, ó Dios mío; preven el golpe, y arrojálos por el suelo, libra mi alma de las garras del impio. (XVI. 11-13). El jabalí del bosque todo lo ha destruido, y se apacenta en ella esa fiera singular ó solitaria: *Exterminavit eam aper de sylva, et singularis ferus departus est eam.* (LXXIX. 14).

Servireis á dioses extraños, que no os darán descanso ni de día ni de noche, dice el profeta Jeremías: *Serviteis diis alienis die ac nocte, qui non dabunt vobis requiem.* (XVI. 13). Estos pretendidos dioses, que son tan crueles, son los demonios....

Cada vez que pecamos, dice S. Jerónimo, caemos bajo el imperio del demonio, que jamás nos da descanso, pues nos impela siempre á añadir un crimen á otro crimen hasta hacer de ellos una montaña: *Quidquid peccamus, imperium est demonum, qui nunquam nobis dant requiem; sed semper impellunt delictis augere delicta, et cumulum facere peccatorum.* (Comment.).

¿Qué más depravado, qué más perverso y más malo que nuestro adversario? dice S. Agustín. Introdújo la guerra en el cielo, la seducción y el pecado en el paraíso terrenal, el odio en la vivienda de los dos primeros hermanos; siembra la zizaña en todas nuestras obras. En el alimento oculta el anzuelo de la gula; en la conversación el de la envidia; en la administración el de la avaricia; en la corrección el de la ira; en la autoridad el del orgullo. Despierta en el corazón los malos pensamientos; coloca en los labios la mentira, la maledicencia, el falso testimonio, la blasfemia; emplea los miembros para cometer actos de iniquidad; si estamos despiertos, nos induce á obrar mal; si dormimos, suscita sueños vergonzosos. Lleva á la disolución á los que tienen un carácter alegre, y á la desesperación á los tristes. En fin, para abra-

Devastaciones
producidas por
los demonios.

viar todos los males del mundo, vienen de su infernal depravación (1).

¿No habeis sembrado buena simiente en vuestro campo? ¿Cómo tiene zizaña? dicen los criados al amo. Algun enemigo mio la habrá sembrado, responde el dueño: *Nonne bonum semen seminasti in agro tuo? Unde ergo habet zizania? Inimicus homo hoc fecit.* (Matth. XIII. 27-28).

En todas partes y en todo tiempo siembra zizaña el demonio: la siembra en el cielo, en la tierra, en el corazón del hombre, en el seno de la familia y de la sociedad, y la sembrará eternamente en el infierno.....

¡Hasta cuándo, ó espíritus del desorden, exclama el Rey Profeta, estaréis acometiendo á un hombre todos juntos para acabar con él, y derrocarlo como á una pared desnivelada, ó como á una tapia ruinosa! (LXI. 4-5). No tratéis más que de precipitarlo de su elevación; le aduláis con la punta de los labios para perderlo, y le maldicís en secreto.

O Dios, los gentiles han entrado en tu heredad, han profanado tu santo templo. (Psal. LXXVIII. 4). Los enemigos del hombre vienen á ser sus dominadores, le oprimen y le hacen sufrir la humillación de su tiránico poder. (Psal. CV. 32).

Los guardias que recorren la ciudad, me han encontrado, dice la Esposa de los Cantares; me han golpeado y me han herido. (V. 7).

Ved las devastaciones que produce el demonio en nuestros primeros padres y al rededor suyo: tienen la desgracia de escucharle, y al momento vienen la desnudez, la vergüenza, el temor, la excusa, la concupiscencia, la esclavitud, los sufrimientos, la maldición, su expulsión del jardín de delicias, la esterilidad de la tierra, el trabajo, la tristeza, el remordimiento, las lágrimas, la penitencia, la muerte temporal y espiritual, el cielo cerrado, y el infierno abierto. Y estas desgracias recaen á la vez, no sólo sobre Adán y Eva, sino también sobre toda su posteridad.....

Después de haber sumergido á nuestros primeros padres en esta abismo, desaparece Satanás. Ya no les dice: Seréis como dioses. Los ha hecho semejantes á él; ya están cumplidos sus crueles deseos...

Es natural que la serpiente derrame su veneno y dé la muerte... Fiándose en la serpiente, Adán se volvió terrestre, carnal; se embruteció, y no pensó más que en la materia. La misma suerte aguarda á aquellos de su raza que escuchan á Satanás.

El demonio, dice S. Gregorio, coge y oprime; seduce á fuerza

de asechanzas asusta con amenazas, persuade con lisonjas, abate con la desesperación, y engaña artificiosamente con promesas (1).

San Bernardo hace también una descripción de los demonios y de su carro: su malicia, dice, tiene un carro de cuatro ruedas, que son la crueldad, la ira, la audacia y la impudencia. Este carro se precipita á la efusión de la sangre; no se detiene ante la inocencia; no disminuye su velocidad con la paciencia, ni le arredran el temor ni el pudor. Le arrastran dos caballos fogosos y sin freno, prontos á llevar á todas partes la desolación y la muerte: son el poder y el lujo; dos cocheros, el orgullo y la envidia le dirigen (2).

El demonio, dice Orígenes, quita al hombre la virtud del alma; le priva de la libertad y de muchas de las ventajas del cuerpo; le arrebatla los bienes espirituales y temporales; le aleja del temor de Dios, le entrega á las pasiones, le precipita á las miserias de esta vida y á los suplicios de la eternidad. (Homil.).

El pescador coge el pez con el anzuelo; el cazador se apodera de las bestias salvajes con auxilio de los lazos, y de los pájaros por medio de la liga y de la red: el demonio hace inauditos esfuerzos para sujetar y coger el cuerpo y el alma por medio de diversos dolores, grandes cuidados, pesares, dificultades, escrúpulos, querellas, malas inclinaciones, etc., á fin de que no se le escapen y sean su presa en la tierra, y sobre todo en el infierno.

Ved, dice S. Basilio, con qué malicia y perfidia obra el demonio en lo que nos concierne: nos priva de las virtudes que le hemos dado, y nos da los vicios que no queríamos. Le sacrificamos nuestras virtudes; á él que es rico en malicia y en vicios, y esto para nuestro inmenso y visible detrimento; porque, cuanto más le damos, más heridas trata de hacernos. (In Deuter. XV).

¡Hombre infeliz, exclama S. Bernardo, á quién sirves, á quién sigues! No ves á Satanás, precipitado al abismo eterno, que cae del cielo con la velocidad del rayo? (Serm. XXXIX. in Cant.).

Cuando Dios inspira saludables pensamientos de penitencia, de limosna ó de piedad, llega el demonio para disiparlos ó corromperlos, á fin de que no los ejecuten, ó si los realizan, los hagan con mal fin, de mal modo, ó valiéndose de medios perversos, ó al menos haciéndolos indiscretamente, es decir, con demasiada ó con poca aplicación.....

¿Cómo ha quedado solitaria la ciudad antes tan populosa? dice Jeremías en sus lamentaciones...? *Quomodo selet sola civitas plena populo...?* Ha sido tomada por sus perseguidores en medio de

(1) *Opprimendo rapit, dissolvendo circumvenit, minando terret, suadendo blanditur, desperando transit, promittendo facit.* Homil. in Eccl.

(2) *Habet namque malitia (dabolus) currum suum quatuor rotis consistentem: rotas, impotentia, audacia, impudentia. Vallis enim rotas, cui currus iste ad effundendum sanguinem; qui non invocantur sicutus, nec patientia retardantur, nec timore franguntur, nec sollicitudo phoret; trahitur autem duobus modis: perniciem equi, et ad omnem perniciem portus, terrena potentia et seculari pompa; pensantur duobus his equis auriga duo, tumor et livor.* Serm. XXXIX. in Cant.

(1) *Quid pravitas, quid malignitas, quid adversario nostro nequitia? Qui posuit in circuitu bellum, in paradiso invadem, circum inter primos trebrat: et in oculis operis nostro zizania seminavit. Nam in convitiis posuit gulam, in generationibus luxuriam, in exortatione iram, in conversatione iracundiam, in gubernatione eversionem, in correctione iram, in dominatione superbiam: in corde posuit cogitationes malas: in ore posuit lacerationes falsas, in multis operationibus iniquas: in vigilando mori ad priva operis, in dormiendo ad somnia turpis. Latens movet ad iacobulorum, latens attrahit ad disperandum. Sed, ut brevius loquar, omnia mala mundi sua sunt pravitate commissa.* (Serm.).

angustias: *Omnes persecutores ejus apprehenderunt eam inter angustias.* (I. 1-4). Sus enemigos se han enseñoreado de ella; sus pequeños han sido arrastrados al cautiverio, arrancándolos el opresor: *Facti sunt hostes ejus in capite, parvuli ejus: ducti sunt in captivitatem ante faciem tribulantis.* (I. 5). Ya ha desaparecido toda su hermosura; sus príncipes han venido á ser como carneros desgarriados; que no hallan pastos, y han marchado desfallecidos delante del perseguidor que los conduce. (I. 6). Los enemigos vieron á Sion, y mostraron de sus solemnidades: *Viderunt eam hostes, et deriserunt sabbata ejus.* (I. 7). Hasta á sus pies llegan sus inmundicias: ella no se acordó de su fin; está profundamente abatida sin haber quién la consuele. *Sordes ejus in pedibus ejus; nec recordata est finis sui; aperta est vehementer, non habens consolatorem.* (I. 9). El enemigo echó su mano á todas las cosas que Jerusalén tenía más apreciables: *Manum suam misit hostis ad omnia de utilitibus ejus.* (I. 10). Ha tendido una red á mis pies, y me ha hecho caer hacia atrás; me ha llenado de desolación, y durante todo el día consumida de tristeza: *Expandit rete pedibus meis, convertit me retrorsum, posuit me desolatam; tota die merore confectam.* (I. 13). Ha venido á ser para mí como un oso en acecho, como un león en lugar oculto: *Ursus latitans factus est mihi; leo in absconditis.* (III. 10). Él ha destruido mis senderos, y me ha destruido: *Semitas meas subvertit, et confregit me.* (III. 11). Me ha llenado de amargura, y me ha embargado de ajeno. (III. 15). Ha quebrado todos mis dientes, dándome pan lleno de arena; ceniza me ha dado á comer. (III. 16). Y la paz ha huido de mi alma; no sé ya lo que es felicidad. (III. 17).

Tal es el cuadro que el Profeta hace de las devastaciones que los enemigos han causado á Jerusalén. Todos estos estragos, todas estas desgracias no son más que una débil imagen de los estragos y de las desgracias que causa el demonio cuando reina en un alma y la domina.

No habiendo el demonio podido vencer á Dios cuando le atacó en el cielo, lo ataca en la tierra, y no pudiendo alcanzar á Dios, todo lo corrompe, hasta los elementos: como nada puede crear, emplea sus fuerzas para destruirlo todo.... Es un viejo adúltero, dice S. Agustín, que no trata más que de seducir. (*In psal.*)

Ved cómo trata á Job. Roba sus rebaños y degüella los pastores; hace caer fuego del cielo sobre sus ovejas y sobre sus criados, y los consume. Roba sus camellos y mata á sus guardas. Envía un huracán violento que derriba la casa, en donde se hallaban en la mesa los hijos de Job, y quedan todos muertos. Llena al mismo Job, desde el extremo de los pies á lo alto de la cabeza, de una lepra horrible. Y con los restos de su vaso de arcilla roto, aquel patriarca, sentado en un estercolero, se quita la podredumbre de las úlceras que le cubren. (I. 17). El demonio hubiera ido aún mucho más lejos si Dios se lo hubiese permitido....

Ved cómo trata el demonio á los poseídos. Citemos un sólo ejemplo tomado del Evangelio: Un hombre del pueblo dijo á Jesús: Maestro, yo he traído á tí un hijo mío poseído de cierto espíritu maligno que le hace quedar mudo, el cual, donde quiera que le tome, le tira contra el suelo, y le hace echar espuma por la boca y crujiir los dientes, y se vuelve enteramente seco. Trádmelo, contestó Jesús. Trajéronsele; y apenas vió á Jesús, cuando el espíritu empezó á agitarle con violencia; y tirándose contra el suelo, se revolcaba echando espumarajos. Y Jesús preguntó á su padre: ¿Desde cuánto tiempo le sucede esto? Desde la niñez, respondió. Y muchas veces le ha precipitado el demonio en el fuego y en el agua, á fin de acabar con él. (*Marc. IX.*)

Si el demonio causa tantos estragos en el cuerpo, juzgad qué estragos causará en el alma del pecador cuando la posea y reine en ella como tirano. ¡Juzgad qué tormentos debe imponer á los réprobos en el infierno!

Todo es bueno para el demonio mientras pueda derribar y destruir.... Toda la ocupación de los demonios, dice Tertuliano, es hacer caer al hombre: *Opera eorum est hominis exercitio.* (Epist.).

Esta rabia y estos estragos de Satanás se nos pintan por el profeta Ezequiel bajo el nombre y figura de Faraón Rey de Egipto. ¡Espectáculo espantoso! Al rededor suyo están los muertos á quienes dió crueles heridas. Allí yace Asur, dice el Profeta, con toda su muchedumbre; allí ha caído Elam y todo el pueblo que le seguía; allí Mosoch y Tuval, y sus príncipes, y sus capitanes, y todos los otros que están nombrados; número indecible, tropel infinito, multitud inmensa: están al rededor suyo derribados por el suelo y nadando en su sangre. Faraón está en medio saciando su vista con una carnicería tan terrible, y consolándose con su pérdida y la ruina de los suyos: Faraón con su ejército, y Satanás con sus ángeles. (Bossuet, sobre los demonios).

Pero, si el demonio causa tantas desgracias en la tierra, ¿qué horribles tormentos no hará sufrir á los réprobos en el infierno? O Dios, no permitas que jamás caigamos entre las manos de este enemigo feróz....

El dios de este siglo, dice S. Pablo, ha cegado el entendimiento de los incrédulos: *Deus hujus seculi excecavit mentes infidelium.* (II. Cor. IV. 4).

El dios de este siglo es el demonio, que es el dios de los que viven según la corrupción del siglo. Es el dios de este siglo, no por derecho de creación, sino por su perversidad, sus escándolos, sus sugestiones, su imperio y su tiranía....

Lo propio del orgullo, dice el elocuente Obispo de Meaux, es atribuirlo todo á sí mismo; y por esto los soberbios se consideran los dioses de ellos mismos, sacudiendo el yugo de la autoridad soberana. Por esta razón, habiéndose henchido el demonio con una arro-

El demonio en el siglo.

gancia extraordinaria, las Escrituras han dicho que había aspirado á la divinidad. Escalaré el cielo, dijo, colocaré mi trono encima de los astros, y seré semejante al Altísimo. (Isai. XIV. 13-14). Arrojado del cielo, y precipitado en el abismo, y reunidos con él todos los compañeros de su insolente empresa, conspiró con ellos para sublevar contra Dios á todas las criaturas. Pero, no contento con sublevarlas, concibió entonces el insolente designio de someterlo todo en el mundo á su tiranía: atacó á Adán, y le hizo su esclavo: enariguellecido con este éxito feliz, y no olvidando su primer designio de igualarse á la naturaleza divina, se declaró abiertamente rival de Dios; y tratando de revestirse de la majestad divina, como no tiene poder de hacer nuevas criaturas para oponerlas á su dueño, ¿qué hizo? Por lo ménos adulteró todas las obras de Dios, dice el grave Tertuliano: enseñó á los hombres el modo de corromper su uso; y los astros, y los elementos, y las plantas, y los animales, todo lo hizo servir de idolatría; abolió el conocimiento de Dios, y por toda la redondez de la tierra se hizo adorar en lugar suyo, según lo que dijo el Salmista: Los dioses de las naciones son los demonios: *Dii gentium demonia*. (XCV. 5). Por esto el Hijo de Dios lo llama el príncipe del mundo: *Princeps mundi*. (Joann. XIV. 30). Y el Apóstol el dios de este siglo: *Deus hujus seculi*. (II. Cor. IV. 4).

¿Y con qué insolencia se ha portado este rival de Dios? ¡Siempre ha tratado de hacer lo que Dios hacía, afectando la misma pompa. Dios tiene sus vírgenes que le están consagradas! ¿No ha tenido el diablo sus vestales? ¿no ha tenido sus altares y sus templos, sus misterios y sus sacrificios, y ministros de sus impuras ceremonias que hizo tan semejantes como pudo á las de Dios, porque tiene envidia de Dios, y en todo quiere parecer su igual?

Cuando Jesucristo vino á la tierra, añade Bossuet (*Hist. universal*), todo era dios ménos el mismo Dios, y el universo no era más que un vasto templo de ídolos.

Como las pasiones y el pecado son hijos del demonio, este padre hace también adorar á sus hijos, ó más bien se hace adorar en las pasiones y en el pecado. Así es que el avaro adora el oro, el borracho á Baco; el impúdico á Cupido y á Venus, etc. Hé aquí pues á todos los hombres amantes de sus depravadas pasiones adoradores de los demonios; son idolatras; y hé aquí al demonio adorado en las pasiones, en los crímenes y en los escándalos....

El Evangelio nos dice que el demonio, acabadas todas estas tentaciones, se retiró de él, pero sólo por algún tiempo: *Et consummata omni tentatione, diabolus recessit ab illo, usque ad tempus*. (Luc. IV. 13). Como el demonio persevera en la afección al pecado, nada descuida, después de haber hecho caer al hombre, para impedirle que se vuelva á levantar, ó para hacerle caer de nuevo si se levanta....

El demonio estaba todo el día maquinando engaños, dice el Salmista: *Et dolos tota die meditabatur*. (XXXVII. 13). Este antiguo

El demonio no es cónsul mayor, es muy pequeño, y sólo en portar insignias.

enemigo de todo lo que existe, no deja de tender por todas partes las redes de la deyección....

La gran aplicación con la que el demonio reme todas sus fuerzas, todos sus recursos, todos sus instantes con el designio de causar nuestra ruina, es lo que le hace tan terrible. Todos los espíritus angélicos, dice Santo Tomás, son muy decididos y determinados en sus empresas: la resolución de perdersnos que ha hecho el demonio; es fija, decidida é invariable. Es un enemigo que jamás duerme, jamás deja su odiosa malicia. (*De Peccat.*).

Los demonios, dice S. Martín, tienden lazos á los que no están alerta: se apoderan de los que no saben resistirles, y devoran á los que han cogido; y jamás están satisfechos: *Insidiantur incantatis, capiunt nescientes, captos decorant, exsaturari non queunt decoratis*. (Test. Sulpit., in ejus vita).

Aun cuando derribéis al demonio, dice Tertuliano, no abateis su audacia; inflammaréis, al contrario, su ira: *Tunc plurimum accenditur dum extinguatur*. (Epist.). Cuando parece que su furor está del todo apagado, entonces es cuando se enciende con mayor fuerza. Esto dice Jesucristo en el Evangelio: Cuando el espíritu inmundo ha salido de algun hombre, anda errante por lugares desiertos buscando dónde hacer asiento, sin que lo consiga. Y dice: Volveré á mi casa, de la que he salido. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando, habitan allí; conque viene á ser el postrer estado de aquel hombre más lastimoso que el primero: *Et sunt novissima hominis illius peiora prioribus*. (Matth. XII. 43-45). Siempre activo, no reposa ni se cansa nunca.... Tres veces atacó á Jesucristo; tres veces fué rechazado; y estaba todavía decidido á volver á empezar. Aguarda la hora favorable, y jamás pierde la esperanza de vencernos.... Rechazadle mil veces, y mil veces volverá á la carga. Escupidle en el rostro, despreciable, maldecible; y se burlará de ello, pues no tiene vergüenza: su único fin es seduciros, poseeros, perdersnos. No hay entre los hombres, por malos que sean, un odio comparable al de los demonios. Los hombres que tienen odio se alejan de aquel á quien aborrecen, le huyen, no quieren verle ni hablarle; el demonio, al contrario, á pesar de su odio implacable, no se aleja, no huye; quiere siempre ver y adular al hombre á quien aborrece.... En fin hace temblar, hasta cuando se consigna contra él una victoria, porque entonces se pone furioso....

Los buques que nada llevan, dice S. Crisóstomo, no temen á los piratas; los que los temen, son los que van cargados de oro, de plata y de piedras preciosas: hé aquí por qué el demonio no se decide fácilmente á perseguir al pecador, sino antes bien al justo, que posea grandes riquezas, es decir, muchas virtudes y méritos: *Sicut navigia cuncta non metuent piratas, sed onusta auro, argento et lapidibus pretiosis; sic et diabolus non facile persequitur peccatorem*,

El demonio persigue á los que van cargados de oro, de plata y de piedras preciosas.

sed iustum potius, ubi multae sunt opes, id est, virtutes et merita. (Homil. IV. in Isai.).

El ladrón no ataca al mendigo, sino al rico. El demonio, que es el ladrón de los ladrones, deja, por decirlo así, descansar al pecador, porque todo lo ha saqueado en él, el cuerpo y el alma, el espíritu y el corazón, el tiempo y la eternidad; pero trata de robar y de asesinar al hombre cargado con el tesoro de las virtudes.

El justo es una presa que el demonio mira como muy deliciosa. Alimentándose constantemente de pecadores, Satanás encuentra solo un alimento que es siempre el mismo; le repugna, lo desprecia y lo arroja. Pero codicia al justo, que no le pertenece, y del cual no ha podido alimentarse todavía; lo devora con el deseo, y le persigue tenazmente.

Es muy difícil escapar del demonio.

Los demonios, dice Salvo, tienden al hombre tantos lazos seductores en la tierra, que es casi imposible escaparse de ellos; evitando muchos de estos lazos, solemos acabar casi siempre por ser cogidos en alguna parte: *Demonies tamen multas in via ista humano generi illecebrarum insidias praeferunt, ut etiam plurimas earum aliquis effugiat, tamen ab aliqua capiat.* (Lib. VI. de Provid.).

Se dice en el Evangelio que Jesucristo ahuyentaba una multitud de espíritus infernales del cuerpo de los poseídos. Y habiendo preguntado a un demonio que se había apoderado de un desgraciado, cómo se llamaba. Me llamo *Legión*, contestó, porque somos muchos. (Marc. V. 9).

De modo que, cuando un demonio no puede vencer solo, reune un gran número; se reúnen todos, si es preciso, para coger y exterminar a un alma; la atacan por todas partes....

Algunos demonios cuando pueden vencer y asesinar a un alma.

El demonio, dice Isaías, habita los sepulcros y los templos de los ídolos, como la carne del cerdo, y echa en sus tazas un caldo profano ó prohibido. (IX. 4). Esto significa que el demonio se alegra de la muerte de los hombres, y que desea habitar entre aquellos que han privado de la vida y de la gracia....

El demonio se ríe de su presa, y la devora con alegría....

Todos mis enemigos, dice el profeta Jeremías, han sabido mis desastres, y se han regocijado: *Omnes inimici mei audierunt malum meum; letati sunt.* (Lament. I. 21). Se gozan en el mal que han hecho, dicen los Proverbios, y hacen gala de su maldad: *Latanur cum malefecerint, et exultant in rebus pessimis.* (II. 14).

Su maligna alegría se manifiesta cuando consigue destruir el reino de Jesucristo.... Su placer es tener cómplices en la tierra y en los infiernos.... Habiéndose perdido sin esperanza, y hundido sin recurso, dice Bossuet, no son ya capaces sino de aquella negra y maligna alegría que sienten los malos en tener cómplices, los envidiosos en tener compañeros, los fracasados abatidos en arrastrar en pos de sí a los demás. No seremos los únicos miserables, dicen.

Han querido igualarnos a los hombres, y hélos finalmente que ya son nuestros iguales en el pecado y en los tormentos. Esta igualdad les gusta.... No les queda más que el placer oscuro, maligno y cruel de hacer víctimas, después de haber perdido para siempre la felicidad suprema.

El demonio, dice Orígenes, es un tirano á quien Dios entrega los hombres para atormentarlos y castigarlos cuando se rebelan contra su admirable majestad, á fin de que humillados, afligidos y abatidos, vuelvan á él y se sujeten á su divino yugo: *Tyrannus est diabolus, cui Deus verandos tradit homines, dum contra eum superbiunt, ut eos humiliet, affligat et conterat, donec resipiscant, et sub Deo se humilient.* (Homil.). Y si no se corrigen, los demonios serán los ejecutores de las venganzas de Dios durante la eternidad....

Los demonios son los ejecutores de la justicia de Dios.

Los demonios, dice el Eclesiástico, son espíritus creados para ministros de la venganza divina; los cuales con su furor hacen sufrir continuamente sus castigos, y aplacarán la cólera de aquel Señor que les crió: *Sunt spiritus qui ad iudicandum creati sunt, et in furore suo confirmaverunt tormenta, et furorem ejus qui fecit illos placabunt.* (XXXIX. 33-34). Han sido creados para la venganza, es decir, destinados á cumplir la venganza divina. Dios ha hecho de los demonios los perseguidores y los verdugos de los impíos; son los ministros de su ira, y castigan los crímenes de los pecadores obstinados: habiéndose éstos sujetado voluntariamente á los demonios con sus pecados, les estarán también sujetos, á pesar suyo, para sufrir la pena de sus extravíos.

Después de su caída, los demonios han conservado su poder y la fuerza de voluntad. Si se dice que la fuerza de la voluntad de los ángeles rebeldes provenía, antes de su caída, de la conformidad de esta voluntad con la de Dios, conformidad que han perdido, no se piensa en que Dios quiere hacerlos servir de ministros de su justicia, y que así la voluntad de los demonios se halla conforme con la de Dios: satisfaciendo su voluntad depravada, ejecutan lo que Dios ha decidido por una voluntad que es siempre buena.

El juicio de los demonios, que tiempo há que les amenaza, va viniendo á grandes pasos, dice S. Pedro: *Quibus iudicium jam olim non cessat.* (II. II. 3). Están encadenados, atormentados y tenidos como en reserva hasta el día del juicio: *Tradidit cruciandos in iudicium reservari.* (Id. II. II. 4).

Castigos de los demonios.

Orgulloso Satanás, dice Isaías, has sido precipitado al infierno: *Ad infernum detraheris.* (XIV. 15). Condenados á un suplicio eterno y sufriendo la terrible maldición de Dios, los demonios están en la más honda mazmorra del infierno, debajo de todos los réprobos.

Fortalezco en el Señor y en su virtud omnipotente, dice S. Pablo: *Confortamini in Deo, et in potentia virtutis ejus.* (Ephes. VI. 40).

De qué modo se triunfa del demonio.

Para poder contrarrestar á las asechanzas del diablo, revestis de toda la armadura de Dios: *Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli.* (Ibid. VI. 14).

Emplead sobre todo el escudo de la fe para poder apagar todos los dardos inflamados del espíritu maligno: *In omnibus sumentes scutum fidei, in eo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere.* (Ibid. VI. 16): S. Pedro indica el mismo medio: Resistid al demonio firmes en la fe, dice: *Cui resistite fortes in fide.* (I. V. 9).

La tentación de nuestro enemigo el demonio es terrible, dice S. Bernardo; pero nuestra oración es todavía más temible para él. Su malignidad y su doblez tratan de dañarnos; pero nuestra sencillez y nuestra caridad le oponen una victoriosa resistencia, y constituyen su tormento. No puede sostener nuestra humildad; nuestro amor hacia Dios le abrasa; nuestra mansedumbre y nuestra obediencia le atormentan: *Gravis equidem nobis est inimici tentatio; sed longe gravior illi oratio nostra. Ledit nos iniquitas ejus atque versutia; sed multo amplius nostra cum simplicitate et misericordia torquet. Humilitatem nostram non sustinet; uritur caritate nostra; mansuetudine et obedientia cruciatur.* (Serm. in Cant.).

Cuando pisoteamos los pecados, nos sobreponemos al poder del demonio, dice S. Crisóstomo; si nos irritamos contra él, se irritará inútilmente contra nosotros; y por el contrario, si nos manifestamos débiles con él, será cruel con nosotros: *Conculcabimus diaboli potentiam, si peccata conculcaverimus; si nos savierimus adversus eum, ipse non erit nobis exous; si nos mansueti in eum fuerimus, tunc ipse saevus erit.* (Homil. XXII).

No perdáis jamás de vista la mirada de vuestro adversario, que inmóvil os contempla, dice S. Basilio: *In adversarium immotum oculum intendito fixus.* (In Epist. S. Petri).

El que quiere arrojar al demonio, debe empezar por hacerse dueño de las inclinaciones de su corazón....

La resistencia detiene al demonio, la energía le subyuga, la fe estrella su poder. Fortificada con la esperanza, inflamada con la caridad, y armada con la oración, la fe queda victoriosa de Satanás...

Los príncipes de las tinieblas, dice S. Bernardo, se espantan de la luz de las buenas obras; porque las tinieblas no pueden resistir la luz: *Terrentur principes tenebrarum visa luce bonorum operum; quia stare ante lucem tenebræ non possunt.* (Serm. in Cant.).

Sed sobrios y estad alerta, dice el apóstol S. Pedro: *Sobrii estote et vigilate.* (I. V. 8).

Resistid al demonio, dice el apóstol Santiago, y huirá lejos de vosotros: *Resistite diabolo, et fugiet a vobis.*

A fin de quedar victorioso, el soldado de Jesucristo debe prepararse, ceñirse, armarse y proveerse de todo lo necesario en el combate que debe presentar al demonio.

Por lo demás, desde que Jesucristo ha destruido con su muerte el imperio del demonio, el poder de este espíritu se ha debili-

tado mucho, sobre todo respecto del cristiano consagrado á Dios por el bautismo, y salvado así de las potencias tenebrosas.... Libertándonos de nuestros pecados, que nos tenían bajo el yugo de los espíritus malignos, Jesucristo con su preciosa sangre, dice Clemente de Alejandría, nos ha emancipado de los amos crueles á quienes estábamos sujetos. (*De Pedag.* c. V).

San Agustín nos enseña que, cuando la Escritura nos exhorta á resistir al demonio y á combatir contra él, entiende que debemos resistir á nuestras pasiones y á nuestros desarreglados apetitos; porque por medio de ellos nos subyuga el demonio. (*Lib. I. de Agon. Christ.*, c. II).

La confesion, la sagrada comunión, el temor de Dios, el pensamiento de su presencia y la señal de la cruz son armas que nos hacen invencibles y abaten siempre al demonio.

DEMORA EN LA CONVERSION (1).

Necesidad de
no diferir nuestra
conversión.

Es preciso convertirse, y convertirse pronto.... Es preciso apresurar nuestra marcha, y correr a nuestra conversión, dice S. Juan Crisóstomo: *Cum opus est, et vehementer cursu.* (Homil. ad pop.). Es preciso disponernos pronto a proseguir nuestro viaje, porque el camino es largo y la vida corta: la vocación de Dios nos insta; hay peligro en la tardanza.

No tardes en convertirte al Señor, ni lo diferas de un día para otro, dice el Eclesiástico: *Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem* (V. 8). ¿Quién es el que, habiendo cogido una víbora, no la suelta al momento? ¿Quién es el que dejaría voluntariamente veneno en sus entrañas? ¿Quién tendría en su casa a un enemigo capital, a un asesino? ¿Quién aguantaría el fuego en la mano? El pecado mortal es una víbora, un veneno, un enemigo, un asesino y un fuego devorador. Por consiguiente, así que lo sintamos en nuestro corazón, debemos arrojarlo....

San Agustín deplora con amargas lágrimas el tiempo que tardó en convertirse: Hermosura siempre antigua y siempre nueva, exclama, ¿cuanto he tardado en amarte! (*Lib. confess.*).

¿Por qué, dice el Señor en el Eclesiástico, por qué os reteneis todavía? Vuestras almas están ardiendo de sed: *Quid adhuc retardatis? Anima vestra sitiunt vehementer.* (II. 32).

El que concede el perdón, dice S. Agustín, os abre la puerta; ¿qué aguardáis? Deberíais regocijaros si os abriese el día que llamaseis: no habéis llamado, os abre; y sin embargo os quedáis fuera! No os detengáis pues. Tened lástima de vuestra alma, y tratad de agradar á Dios. Haced limosna á vuestra alma: no os decimos que le deis, sino que no rechazéis á lo menos la mano que le da (2).

Para convertirte
es preciso:
1.º tiempo.

El que trata de diferir su conversión, se funda en el tiempo que le queda que vivir; espera tener ocasión de hacer penitencia: dos cosas muy inciertas, y sin embargo dos cosas de una necesidad absoluta. El que promete el perdón, dice S. Gregorio, no promete otro día al pecador: *Qui penitenti veniam spondit, peccanti diem crastinum non promittit.* (Homil. XII. in Eyang.). Dios os promete, dice S. Agustín, que el día en que os convirtáis, ha de olvidar

(1) Véase la pág. 485. Es menester no diferir nuestra conversión.

(2) Reco indulgentie datur apert tibi ostium: quid moraris? Gaudere deberes si aperiret aliquando pulcritudinem non potest, et aperit; et foras remanet. Ne ergo differas. Miserece nimis tui peccati Deo. Exhibe animam tuam eleemosynam. Non dicimus ut tu ei des, sed ne repellas manum dantis. Homil.

vuestros pecados cometidos; pero jamás os ha prometido otro día de vida: *Promisit tibi Deus quoniam quo die conversus fueris, obliviscetur mala tua praterita; sed nunquam vitam crastini diei promittit tibi.* (Homil. XII. inter 4). No conocemos nuestro último día, á fin de que empleemos santamente toda nuestra vida, dice en otra parte el mismo Santo. (Serm. XXXIV).

Dios, que promete la indulgencia al que se arrepiente, añade aquel ilustre Padre de la Iglesia, no ha prometido otro día al que dilata su conversión: *Qui penitenti promittit indulgentiam, dissimulanti diem crastinum non spondit.* (Sentent. LXXI).

No os glorifiqueis de cosa que habéis de hacer el día de mañana, dicen los Proverbios, pues no sabéis lo que dará de sí el día siguiente: *Ne glorieris in crastinum, ignorans quid supercrastina pariat dies.* (XXVII. 1).

Cada día debe estar dispuesto como si hubiese de ser el último, dice Séneca: *Omnis dies tamquam ultimus ordinandus.* (Epist. XII).

No tardes en convertirte al Señor, dice el Eclesiástico, ni lo diferas de un día para otro: *Ne moreris converti ad Dominum, et ne differas de die in diem.* (V. 8). Comentando este pasaje, dice S. Crisóstomo: Nadie sabe lo que le espera el día que aun no ha amanecido; hay peligro en demorar, y debemos temer hacerlo; la salvación no es cierta y segura sino en tanto que no se difiere: *Nescit quid paritura sit supercrastina dies; periculum enim et metus est in differendo, salus vero certa et secunda, si nulla sit dilatio.* (Homil. II. in Epist. II. ad Cor.).

El pecador dice: Mañana, mañana me convertiré: *Cras, cras convertiar.* Este retardo, hace observar S. Agustín, mata á muchos; dicen «mañana, mañana,» y la puerta se les cierra al instante; se quedan fuera dando gritos de cuervo, porque no han sabido gemir como la paloma (1).

Hijos rebeldes, convertíos á mí, dice el Señor por boca de Jeremías: *Convertimini, filii, revertentes dicit Dominus.* (III. 44).

Es preciso apresurarnos á emplear los medios que Dios nos da para nuestra conversión, temerosos de que nos falle el tiempo si tardamos, dice S. Agustín (2).

Estad atentos, añade aquel gran Doctor, y comprended que es preciso que nos descuidemos en trabajar la vna del Señor, ni confiemos en que hemos de recibir la recompensa si sólo empezamos al mediodía ó casi al terminar el jornal. Se nos ha prometido, en verdad, la paga, pero se nos ha prohibido quedar rezagados. ¿Qué ha de dar y qué ha de hacer el dueño de la vna? Esto le añade. En cuanto á vosotros, acudid cuando se os llama. No

(1) Ipsa res est que multos occidit, cum dicunt: Cras, cras; et subito ostium elidunt; remanent foris cum voce corvina quæ non habuit genitum columbinum. Serm. xvi. de verbis Domini.

(2) Remedia conversionis ad Deum nullis circumscriptionibus sunt differenda, ne tempus correctionis percat tarditas. Sentent. LXXX.

queréis trabajar temprano, ¿ignoráis si vivireis á las once! Os llaman á las seis; acudid. ¿Por qué despedís al que os invita? Estais seguro del salario, convengo en ello; pero no estais seguros del día. Tened cuidado de no privaros con vuestra demora de lo que se os promete si os apresurais. (Serm. LXXVII. de verbis Eeang.).

El pecador que difiere su conversion contando con el tiempo, imita la temeridad de Pedro, á quien dijo Jesucristo: Pedro, tu renegarás de mí.—No, Señor, yo no renegaré de vos.....

Jesucristo nos dice formalmente á todos: Si no vigilais sin cesar, os sorprenderé. Y nosotros nos atrevemos á responderle: No, Señor, dormiremos á nuestro gusto, y no nos sorprenderéis; porque os prevendremos, y cuando queremos volver á vos, una confesion hecha con premura, en el momento de la enfermedad y la víspera del día de la muerte, nos salvará de vuestra ira. Pero ¿qué! el Hijo de Dios ha declarado que la ciencia del tiempo y de los instantes concedidos al hombre es uno de los secretos que se ha reservado su Padre: *Non est estrarum nostre tempora et momenta quo Pater possit in sua potestate.* (Act. I. 7). ¡Y queremos nosotros descubrir este impenetrable secreto; y fundaremos nuestras esperanzas en un punto oculto que se esconde completamente á nuestros conocimientos! Nos engañamos, nos burlamos, nos seducimos groseramente á nosotros mismos.

No os fieis del tiempo que os engaña, es un peligrooso impostor; os roba tan sutilmente que no os apercibís de su robo. Por consiguiente no contéis los días que Dios puede daros, sino los que puede quitaros; no consideréis solamente que puede perdonar, sino tambien que puede castigar. No fundeis vuestra esperanza ni baseis vuestro porvenir en una cosa oculta.....

El pecador que difiere su conversion porque cuenta con el tiempo, trata de engañarse, y el tiempo le ayuda tambien en su engaño. No advierte que el tiempo pasa rápidamente, porque, aunque eternamente varia, casi siempre presenta el mismo aspecto. Sólo largos años descubren su impostura. La debilidad, las canas, la alteracion visible del temperamento, nos fuerzan á notar que una gran parte de nuestro ser se ha hundido y aniquilado; pero el tiempo, para engañarnos, nos despoja poco á poco; nos lleva tan dulcemente á los extremos opuestos, que llegamos á ellos sin pensarlo. Así es que la malignidad del tiempo hace correr insensiblemente la vida; y no pensamos en nuestra conversion. Caemos de repente y sin creerlo en brazos de la muerte, y sólo sentimos nuestro fin cuando lo tocamos. (Bossuet, sobre la necesidad de trabajar para nuestra salvacion.)

¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, exclama el mismo obispo, dejareis agravar vuestros corazones? ¿hasta cuándo os dejareis engañar por la ilusion del tiempo? ¿cuándo reconocereis de buena fe que la vida es corta? ¿quiereis aguardar al último suspiro? Mas en

cualquier estado que os halleis, ya esté vuestra edad en su flor, ya en su fuerza, el Apóstol dice á todos que el tiempo se aproxima. Los días se empujan unos á otros; diferimos el de nuestra conversion, y al fin no lo encontramos. Ann tenemos tiempo; pequemos todavia. Ahí está el escollo en que se pierden los temerarios. Y sin embargo, el último día está oculto..... (Ibid.).

Nada depende menos del hombre que el tiempo futuro; es pues una ceguedad terrible diferir nuestra conversion, contando con el tiempo. Tener seguridad en lo que está absolutamente fuera de nuestro poder, es la más insigne locura, la locura que tiene consecuencias más formidables é irreparables.....

El tiempo se compone del pasado, del presente y del porvenir: el pasado ya no existe, el presente vuela y desaparece, y el incierto porvenir no ha llegado todavia: tal vez no llegue para nosotros; pero si llega, desde aquel momento ya no existe.

Así pues, si oyereis hoy la voz del Señor, dice el Salmista, guardaos de endurecer vuestros corazones: *Hodie, si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (XCIV. 8).

¿Qué hace el pecador que tarda en convertirse? Da á Dios un tiempo que ha de venir, un tiempo que el pecador no tiene, que no le pertenece, que tal vez no tendrá nunca como un tiempo en que no podrá convertirse; porque, dice Bourdaloue, sólo podemos convertirnos en tiempo presente; y él emplea para sí el presente; tiene el tiempo presente, y jamás lo da á Dios. No quiere nunca convertirse en el tiempo en que siempre puede, que es la hora actual; y quiere hacerlo siempre en el tiempo en que nunca puede, que es el día de mañana.....

Si el que os debe una cantidad de dinero os dijese, cuando se lo pedís, mañana os pagará, y siempre os diese la misma respuesta, ¿llegaríais á cobrar? ¿os contentaríais con esa mañana? Pronto echaríais de ver que el deudor se burla de vosotros. He aquí pues la conducta de aquellos pecadores que retardan siempre el momento de su conversion.

¡Para mañana los negocios! decía un rey ciego y entregado á sus pasiones y á sus cortesanos; y le asesinaron aquella misma noche. ¿Para qué, rey estúpido, guardas para mañana los negocios? ¡Lo mismo dices tambien, ó pecador: Mañana me convertiré! Esta noche, dentro de una hora, dentro de un instante quizás, Dios pedirá tu alma. ¡Aguarda pues á mañana para tratar del negocio de tu salvacion!

Todo es incierto en el tiempo que está por venir: su existencia, su duracion, sus condiciones: es un abismo de incertidumbre y de oscuridad; y sin embargo continuais diciendo: Mañana me convertiré, mañana trataré del importante negocio de mi salvacion! Es cierto que soy pecador; y siendo así, es tambien cierto que tengo necesidad de hacer penitencia, que necesito una penitencia cierta; y tomo el porvenir, que es muy dudoso, para dedicarme á esta penitencia, de la que no se me puede dispensar!

Si se prende hoy fuego en vuestra casa, ¿aguardaréis á mañana para pedir socorro y apagarlo? Si cakis hoy en el agua, ¿aguardaréis á mañana para salir del conflicto?

Señor, dice el pecador retardando su conversion, Señor sois mi Dios, mi amor, y queréis que vuelva hoy á vos; pero, Señor, tened paciencia; yo quiero dar al mundo, á los placeres y al demonio mi cuerpo mi corazón, mi alma, mi salvación y mi eternidad por algún tiempo todavía; quiero darles mi juventud y la edad viril; ya os daré mi vejez, mis canas y los gustados restos de mi vida. Ya os contentaréis con ello, Señor, porque sois muy bueno. ¡Qué insulto! ¡No equivale esto á imitar á los verdagos de Jesucristo? ¿no es esto escupirle en el rostro, darle bofetadas, azotarle, etc.? Y quisierais, pecadores insolentes y locos, que Dios sufriese semejantes ultrajes, y que después de una vida tan criminal os diese la corona de vida prometida tan sólo á los que legítimamente combaten!

¡Cuántas almas han perdido el día de mañana! ¿Y aún cuando tuvierais este día, sabríais aprovecharos de él para convertirlos? No. ¿Por qué no empezáis hoy? ¿teméis que vuestra penitencia sea demasiado larga por un día? Sois criminal, y queréis seguir siendo así. Siempre queréis tiempo, siempre lo perdéis!

Contáis con el tiempo para convertirlos. ¡Ah! temerarios, ¿tendréis? ¿tendréis bastante? ¿lo tendréis favorable? ¿tendréis tiempo de abrir al fin los ojos, hacer una buena confesion y arrepentirlos? ¿tendréis á vuestra disposición todos los medios necesarios para convertirlos?

Así pues es un grave error contar con el tiempo que es tan incierto, y retardar el momento de convertirse....

El tiempo sólo, aun suponiendo que lo tuviésemos, no basta para llevar á cabo una conversion. Pecando mortalmente, nos matamos por la eternidad. Y un muerto no puede resucitarse á sí mismo. La muerte del pecado es eterna por su naturaleza; y no puede el pecador volver por sí mismo á la vida. Para obrar semejante prodigio, el mayor de los prodigios, es necesariamente precisa la mano del Omnipotente, la gracia eficaz....

Dios es la misma bondad; nuestra confianza en él debe ser grande, inquebrantable. Pero no se deduce de esto, dice el célebre Bourdaloue, que tengamos derecho á contar con él, aun en perjuicio suyo; ni que su bondad pueda jamás servir de fundamento á nuestra temeridad. Más, este es sin embargo el falso principio en virtud del que obra un pecador cuando difiere su conversion, porque se lisonja de conseguir un día la gracia de la penitencia. Prometerse esta gracia para mantenerse en la costumbre del pecado, es querer, 1.º, que Dios sea fiel al que le desprecia; 2.º es querer que sea fiel á expensas de su gloria, de su servicio y de sus intereses, y volviendo contra él sus propias armas; es, 3.º atacarle y combatirle con el más amable de todos sus atributos, que es su misericordia; 4.º y finalmente, es querer que su fidelidad le haga ser prevaricador y fautor de nuestra iniquidad, á pesar de ser Dios como es....

Para convertir-
se al pecador,
2.º, la gracia.

4.º Es querer que Dios sea fiel al que le desprecia; pero Dios ha dicho: ¡Ay de los que me desprecian! ¿no os despreciaré yo á mi vez? (*Vae, qui spernis! et ipse sperneris*). (Isai XXXIII. 1). Despreciáis á Dios, pecadores, cuando, resistiendo á sus inspiraciones, continuáis la cadena de vuestras iniquidades; cuando, después de haber llamado á la puerta de vuestro corazón, se la habeis constantemente cerrada, etc.... Dios os abandonará á vosotros mismos....

2.º Diferir la conversion contando con la gracia, es querer que Dios sea fiel á expensas de todos sus intereses. En efecto: nosotros queremos convertirnos cuando seamos un desecho del mundo, etc.... ¿Es así como ha de tratarse á Dios? ¿Es así como hemos de atraernos y merecer su gracia?

3.º Diferir la conversion contando con la gracia, es atacar también la misericordia de Dios. ¿Cómo? ¿no lo veis? Pecar contra Dios porque Dios es bueno; no dejar de ultrajarle; aguardar y decir: No quiero todavía cambiar de vida, porque Dios es misericordioso; ya tengo tiempo.... ¿no es burlarse?... ¡Si Dios fuera inflexible, nos apresurariamos á dejar el pecado y á volver á él; y porque es bueno, lo hemos de diferir! ¿No es justo y muy natural que un corazón que así se burla de la gracia, agote sus manantiales, para abrir de repente los manantiales de las venganzas (*Sobre la Demora en la conversion*).

Dios tiene prisa de reinar sobre nosotros, porque á él pertenece el reino, y es debido á su soberana grandeza el pronto establecimiento. Sólo puede reinar de dos maneras, ó por su misericordia, ó por su justicia. Reina por su misericordia sobre los pecadores convertidos; reina por su justicia y su venganza sobre los pecadores endurecidos ó impenitentes.

4.º Diferir la conversion porque contamos con la gracia, es querer que Dios se haga fautor y cómplice de nuestros desórdenes. En efecto: nosotros quisiéramos un Dios ciego, insensible, débil, que dejase impune el pecado y nos permitiese el delito, la ira, la destemplanza, el olvido y la infraccion de sus leyes. (Bourdalo: *Sobre la Demora en la conversion*).

Es preciso servirnos de la gracia cuando Dios la ofrece; de otra suerte no conseguiremos más que justicia.... San Efrén dice: Nadie vende sus mercancías después de estar cerrada la feria; y el soldado que no aparece en el campo de batalla sino después del combate, no recibe ni corona, ni alabanzas; antes, al contrario, es despreciado y condenado. El que aguarda á convertirse en la hora de la muerte, no es más que un soldado cobarde que sólo merece el desprecio de Dios y su condenacion. (*Tract. de Morie*).

Contáis con la gracia; pero cuanto más tardáis en convertirlos, más obstáculos le oponéis, multiplicando vuestros pecados y aumentando vuestro endurecimiento; y cuantos más obstáculos oponéis á la gracia, menos debéis contar con ella.

Para convertirse, es preciso: 2.º, la voluntad.

El pecador que difiere su conversión no puede contar ni con el tiempo, ni con la gracia. ¿Con qué podrá contar? ¿Con su voluntad? Hagámosle ver que esta esperanza no es ménos engañadora que las otras.

Es un efecto del pecado, dice Bourdaloue, que ni siquiera puede el hombre asegurarse de su voluntad propia. De todas las cosas del mundo es la que más debiera estar en su poder, y sin embargo es aquella de que ménos puede disponer. Mejor podemos contar con la gracia que con la voluntad propia; porque los socorros de Dios parten de un principio inmutable, en vez de que nuestra voluntad se inclina á cambios perpetuos. Dios quiere una voluntad ilustrada, firme y eficaz; y nosotros muchas veces ni siquiera sabemos lo que queremos.... (Sobre la Demora en la conversión).

¿Queréis convertirlos algún día, ó perecer desgraciadamente en la impenitencia? El último partido os liga con el infierno, y no lo queréis. ¿Queréis pues convertirlos? Pero convertirse es arrepentirse y cambiar de vida. Si queráis convertirlos un día, ¿por qué no hoy? Bien quisiera hoy, pero no puedo, decís; tengo tal empresa, tal ó cual negocio, etc. ¿Queréis pues diferir y halagar alguna pasión, creyendo que tendréis voluntad de arrepentiros? ¿Quién ha oído hablar alguna vez de tal prodigio?

Pero ¿no puedo yo disponer de mi voluntad? Si; y esto es lo que debe haceros temblar, porque de vosotros depende.... Y si vuestra voluntad es hoy tan ligera, tan poco resuelta, tan caprichosa, hoy que sois ménos criminal, ménos esclavo, y estais ménos comprometido, etc.; si no queréis convertirlos todavía, ¿podréis quererlo más tarde, cuando mil obstáculos nuevos se opongan á ello? ¿Qué absurda contradicción! ¿Lo queréis, seréis más fuertes, y os hallaréis más dispuestos, cuando las pasiones os dominen enteramente, y una cadena de iniquidad más larga, más fuerte y más pesada os sujete de pies á cabeza? Cuando sólo hay algunas caídas, titubéis; ¿qué hacedis pues cuando os posea la costumbre? ¿Qué locura dejar que se fortifique un enemigo á quien podemos vencer actualmente, y que será probablemente invencible más tarde!

Dos obstáculos, casi invencibles, nos impiden ser dueños de nuestra voluntad: la inclinación y el hábito. La inclinación hace el vicio amable; el hábito lo hace necesario. No tenemos en nuestro poder el principio de la inclinación, ni el fin de la costumbre: la inclinación nos encadena y nos arroja en una cárcel; la costumbre nos llueva en ella, cierra la puerta y la tapia, para no dejarnos ninguna salida.

Nos hisonjeamos de poder vencer tal costumbre, de poder salir, cuando queramos, del triste estado del pecado; ¡qué ilusión, qué error! Con una larga costumbre, arraigándose el crimen en el corazón, no hace el alma más que débiles y vanos esfuerzos para levantarse; y volviendo siempre á caer sobre sus llagas, se siente tan extenua-

da, que el cambio de sus costumbres y su vuelta al camino recto que hallaba tan fáciles, empiezan á parecerle imposibles.

Así es que esta conversión, que no queréis todavía, pero que os hisonjeais de llevar á cabo más tarde, la queréis aún ménos después que ahora. Si no queréis convertirlos ahora que estais ligados por lazos débiles, ¿lo queréis cuando os halléis ligados con indisolubles lazos, y hayais perdido vuestras fuerzas y mil medios que hoy tenéis y más tarde no tendréis? Por otra parte, jamás podréis tener voluntad de convertirlos, si Dios no os ayuda á inclinar esta voluntad depravada y endurecida hácia vuestra salvación. ¿Os debe Dios tal auxilio? ¿os lo concederá? ¿lo mereceréis después de haberlo crucificado todos los días? Y si Dios se retira, ¿no estará todo perdido para vosotros? Si Dios se retira, jamás volveréis á ver ni encontrareis vuestra pretendida voluntad que hoy se retira. Desprovistos entonces de tiempo, de gracia y de voluntad, viviendo sin Dios, moriréis sin Dios, moriréis en la impenitencia final, y el infierno será el premio terrible, pero muy merecido, de la fatal demora en vuestra conversión....

Pecadores que evitais el convertirlos, no os escaparéis de los terribles pero justos castigos del Cielo....

Que Dios, dice S. Agustín, os parezca tan misericordioso, que no veais en él su justicia! Cuando hayais amontonado tesoros de ira para el día de las venganzas, ¿no hallaréis la justicia de Aquel cuya bondad habeis despreciado? *Non sic tibi videtur Deus misericors, ut non videatur et justus. Cum tibi thesaurizaveris iram in die irae, quomodo experieris justum quem contempsisti benignum?* (Serm.).

Dios es paciente porque es eterno. Pero, como dice S. Jerónimo, la flecha es arrojada con tanto más vigor, cuanto más tirante está la cuerda del arco; así sucede con el juicio de Dios: cuanto más diferido parece, más formidable será para el pecador obstinado y endurecido: *In arcu quanto longius trahitur chorda, tanto de eo distractor exhibet sagitta; sic extremi judicii dies, quanto longius differtur ut veniat, tanto, cum cenerit, de illo distractor sententia procedet.* (Comment. in Epist. ad Rom.).

La cólera divina se avanza á pasos lentos para ejercer la venganza, dice S. Lorenzo Justinián; pero compensa el retardo del castigo con la gravedad del suplicio: *Lento gradu ad vindictam tui procedit ira divina; tardiatemque supplicii gratiate compensat.* (In Ligno vite, c. IV.). El Altísimo, añade, es paciente para castigar; pero condena más severamente, por no haberos convertido, á los que sufro largo tiempo para que se conviertan; y cuanto más les aguarda á fin de que se corrijan, con ménos misericordia los juzgará por no haber querido cambiar de vida (1).

(1) Altissimus enim est patiens reus; quia, quoniam diu, ut convertantur, tolerat, non conversionis furoris daturus est; quanto diutius expectat ut emendantur, tanto gravius iudicabit, si negligenter. *U. supra.*

Designación que concierne la demora en la conversión.

No queráis engañaros á vosotros mismos, dice S. Pablo á los Gálatas; Dios no puede ser burlado: *Nolite errare; Deus non irridetur.* (VI. 7). No digáis: ¡Oh! la misericordia del Señor es grande; el perdonará nuestros muchos pecados. Porque tan pronto como ejercer su misericordia, ejercer su indignación, y con ésta tiene hijos sus ojos sobre el pecador (1).

No confiéis en vuestras riquezas para prescindir de Dios, y no digáis: Tengo todo lo que necesita mi vida; porque esto sólo servirá para condenaros en el tiempo de la venganza. Teneis con qué vivir; pero ¿tendréis con qué morir? ¿De qué le sirve al hombre, dice Jesucristo, el ganar todo el mundo si pierde su alma? *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animam vero suam detrimentum patitur?* (Math. XVI. 26). ¿De qué sirvieron al impio Baltasar sus riquezas y grandezas cuando fue pesado y se halló ser demasiado ligero para el cielo? *Inventus est in statera, et inventus est minus habens.* (Dan. V. 27).

No sigáis, hallándoos con fuerzas, los malos deseos de vuestro corazón; ni digáis tampoco: ¿Qué poderoso soy ó? ¿Quién me obligará á dar cuenta de mis acciones? Porque el Dios vengador se hará justicia. No digáis: He pecado; ¿y qué mal me ha sucedido? No tardeis en convertirviros al Señor, y no lo diferáis de día en día; porque su ira vendrá de repente, y en el día de la venganza os perderá (2).

Pecadores impenitentes, escuchad estas terribles palabras del Apóstol de las naciones: ¿Despreciais las riquezas de la bondad de Dios, de su paciencia y de su larga tolerancia? ¿Ignorais que la bondad de Dios os invita á la penitencia? Y sin embargo, por la dureza de vuestro corazón y por vuestra falta de arrepentimiento, amontonáis un tesoro de cólera para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios, que dará á cada cual según sus obras, premiando con la vida eterna á aquellos que con la perseverancia de las buenas obras buscan la gloria, el honor y la inmortalidad; pero sobre los espíritus de contención y de terquedad, que no acuden á la verdad y creen en la iniquidad, caerán la ira y la indignación, la tribulación y la angustia (3).

(1) Et ne dicas: Misericordia Domini magna est; multitudinis peccatorum meorum misericordia. Misericordia enim et ira ubi cito possumus, et in peccatores respicit ira illius. *Rom. II. 4-7.*

(2) Ne separis in fortitudine tua conspectum capite tui; et ne dixeris: Quomodo perit mihi? Quia tuas sublevis propter aeternam? Deus enim vindictam visitabit. Ne dixeris: Peccavi; et quid mihi accidit? Non tardes converti ad Dominum, et in diffusus de die in diem. Solito enim venit ira illius, et in tempore vindictae disperdet te. *Eccl. I. 2-4.*

(3) An divites bonitate ejus, et patientia, et longanimitate contentis? Ignoramus quoniam benignitas Dei ad penitentiam te adducat? Secusquam autem duritiam et impunitatem cor, thesaurizat tibi iram in die irae et revelationis justi iudicii Dei, qui reddet unicuique secundum opera ejus. In quibus, qui secundum patientiam boni operis, gloriam, et honorem et immortalitatem quaerunt, vitam aeternam; illi autem qui sicut ex contentione, et qui non acquiescent veritati, credunt autem iniquitati, iram et indignationem, tribulationem et angustiam. *Rom. II. 4-9.*

Pecadores que diferís vuestra conversión, no os lisonjéis de la impunidad que parece disfrutais; con un Dios tan justo, nada queda sin recompensa ó castigo. Por lo demás, la impunidad actual de que os alabais es el más terrible castigo que Dios puede imponeros; porque esta impunidad actual y aparente es la ceguera espiritual y el endurecimiento del corazón; castigos casi tan terribles y tremendos como los mismos fuegos del infierno....

En tanto que no va ó no siente ninguna pena, el alma criminal se persuade, dice S. Agustín, de que Dios no la juzga; mientras que, por el contrario, abusar de la paciencia de Dios y no querer comprender la bondad de aquel que no nos castiga en el momento, es ya una espantosa condenación (1).

Dios, dice Boecio, es muy paciente; parece que no nota las atroces ofensas y las blasfemias de los pecadores, pues es omnipotente en sí mismo y en todas las cosas; porque la paciencia es la potencia en acción; mientras que la impaciencia es señal de impotencia. (*Lib. III. de Consolat.*)

Dios sólo reina en los hombres de dos maneras: reina en los pecadores convertidos, porque se someten voluntariamente; reina en los pecadores condenados, porque los sujeta á pesar suyo. En aquellos hay un reino de paz y de gracia; en éstos un reino de rigor y de justicia; pero en todas partes un reino soberano de Dios, porque aquellos practican lo que Dios manda, y éstos sufren el suplicio que Dios les impone. Dios recibe los homenajes de los primeros, y hace justicia á los otros. Pecadores á quienes Dios llama á la penitencia y resistís á su voz, os halláis entre los dos extremos; no hacéis ni sufrís lo que Dios quiere: despreciais la ley, y no sufrís la pena; rechazáis el atractivo, y no os agobia la ira. Desafiáis hasta la bondad que os atrae, hasta la paciencia que os aguarda: vivís dueños absolutos de vuestras voluntades, independientes de Dios, sin miramientos por vuestra parte, sin sufrir nada de la suya; y él no ruina sobre vosotros, ni por vuestra obediencia voluntaria, ni por vuestra sujeción forzada. Es un estado violento, os lo digo; no puede subsistir mucho tiempo. Dios tiene prisa de reinar sobre vosotros: ved en efecto cómo os insta. ¡Cuántas dulces invitaciones! ¡cuántas terribles amenazas! ¡cuántas secretas advertencias! ¡cuántas nubes lejanas! ¡cuántas tempestades próximas! Mirad cómo rechaza todas vuestras excusas; no permite ni que esté termino sus negocios, ni que aquel otro vaya á cerrar los ojos de su padre. (*Luc. IX. 59.*) Otro le dice: Os seguiré, Señor; pero permitidme que vaya á despedirme primero de mi casa. Jesús le responde: El que pone la mano en el arado y vuelve sus ojos atrás, no es apto para el reino de Dios. (*Luc. IX. 61-62.*). Toda tardanza le importuna:

(1) Animus sibi male consciat, dum videtur sibi nullam poenam pati, credit quia non iudicat Deus; cum abest patientia Dei, et non intelligit parcens benignitatem, jam sit magna damnatio. *Sextent. CXXXVIII.*

¡tanta prisa tiene de reinar sobre vosotros! Si no reina por su bondad, bien pronto, y más pronto de lo que pensais, querrá reinar por su justicia, porque suyo es el imperio, y se pertenece á sí mismo, y es propio de su grandeza establecer pronto su reino. (Bossuet).

Obstáculos en la conversión: ¿cuáles de la conciencia con que á ella acudimos?

Hay tres clases de hombres que difieren su conversión: los unos no piensan nunca en ella; otros esperan siempre; y los terceros sólo cuidan muy débilmente de este asunto. Y he aquí tres grandes obstáculos para su conversión..... Estas tres clases de hombres desprecian su verdadera conversión. Los primeros, endurecidos en sus crímenes, miran su conversión como cosa imposible, y no cuidan de dedicarse á ella. Los segundos se figuran que es demasiado fácil, y la difieren de día en día, como obra que está en sus manos y que harán cuando bien les venga. Los terceros, convencidos del peligro que producen las dilaciones, empiezan; pero, empezándola con flojedad, la dejan siempre imperfecta. He aquí tres terribles defectos que es preciso evitar y destruir.....

Oid lo que dice S. Agustín de los obstáculos que le impedían convertirse: Las simplicidades de las simplicidades y las vanidades de las vanidades me contenían: *Retinebant me unguis ungarum, et vanitates vanitatum.* (Lib. VIII. Confes., c. XI). Mis antiguas amigas (los deleites) agitaban mi vestido carnal, y me decían con un dulce murmullo: ¿No las abandonarás? Y si así lo haces ¿qué será de nosotras sin ti? Y si así lo haces ¿no te será ya permitido ni esto ni aquello? [Y qué crueles eran para mí las palabras *esto y aquello*! ¡Ah! Señor, aleje vuestra misericordia de mi alma lo que aquellas falsas amigas me sugerían: ¡cuántas infamias trataban de inspirarme; cuántas torpezas! Y yo las escuchaba todavía un poco: no me hacían la guerra de frente, pero ellas murmuraban detrás de mí; y mientras que me alejaba, trataban de hacerme volver la cabeza para que las viese todavía. Yo titubeaba para arrancarme de ellas, sacudir su yugo, é ir á donde Dios me llamaba: ellas me detenían; y la violenta costumbre me decía: ¡Pecadoras que podéis pasar y vivir sin ellas? Pero ya su lenguaje era necio y fastidioso para mí (1).

El que conozca las tinieblas de su ceguera, dice S. Gregorio, el que conozca la luz eterna que le falta, grite desde el fondo de sus entrañas como el ciego de nacimiento. Jesús, hijo de David, ten

(1) Antiquarum meorum concubitus vestem meam circumdant, et circumspiciunt: *Quid enim non tibi habuit? hoc et aliud ultra in seculum?* [¿Qué no me tenía? ¿Y qué más allá en el siglo?]. Et que susceperant in me, hoc et tunc? Que susceperant, donec mecum, avertit ab ultimo meum in misericordia tua. Quis enim susceperat? aliis dolorosa? Et quid ultra in seculum? Quis enim susceperat? non tamen libera coram te, quando in clementia, non venit á te? non tamen tunc, et desinuntiam quasi? Sicut veloxitas et resistentia: extendunt brachia me, custodient aliquando aliquando ab eis, et transibunt quod videri, cum dicitur mihi consuetudo violenta? (Præterea si non habet potestatem? Sed qui regulantur hoc dicitur. Lib. VIII. Confes., c. XI).

piedad de mí. Pero oigamos lo que el Evangelio añade hablando de este ciego que levantaba la voz: Y los que le acompañaban le reprendían para que callase: *Et qui prebant, increpabant eum, ut taceret.* (Luc. XVIII. 39.). ¿Qué significan los que preceden á Jesucristo que llega, sino la multitud de los deseos carnales, y el tumulto de los vicios? Antes de que Jesucristo entre en nuestro corazón, estos deseos agitan nuestro espíritu con tentaciones, y turban la voz de nuestra alma en la oración. Pero oigamos lo que hacía entonces aquel ciego que deseaba recobrar la vista. Gritaba mucho más fuerte: Hijo de David, ten piedad de mí *Ipse vero multo magis clamabat: Fili David, miserere mei.* (Luc. XVIII. 39.). Hagamos lo mismo en todas las ocasiones que quieran detenernos cuando nos dirigimos hacia Dios. (*In hoc versu Evang.*).

Sigamos escuchando á S. Agustín: Si por una parte, dice, las vaciedades de las vaciedades, las vanidades de las vanidades, mis antiguas amigas, el poder de la cruel costumbre trataban de detenerme en la esclavitud y desgracia; por otra parte, en el lugar á donde volvía mis miradas y á donde deseaba ardentemente llegar, la casta dignidad de la continencia, llena de serenidad y de caricias celestiales, me instaba para que corriese á ella, quitándome toda duda y vacilación, y me alargaba para recibirme y abrazarme sus piadosos y santos brazos cargados de almas llenas de buenos ejemplos. Aquí me presentaba una multitud de jóvenes y doncellas, una juventud numerosa; allí todas las edades, y respetables viudas, y todas las vírgenes, y en todos una castidad, una pureza fecundas. Se me manifestaba aquella divina continencia como una madre fecunda que ha concebido y dado la vida á esta numerosa familia de elegidos, y los ha concebido de vos, ó Señor, de vos, su divino Esposo. Y se burlaba de mí con una sonrisa de dulce exhortación, diciéndome: Pues ¿qué! ¿no has de poder tú lo que pueden éstos y éstas? ¿Pueden ellos hacer por sí mismos lo que hacen? ¿No es con los auxilios del Señor, su Dios, que viven como ángeles? El Señor Dios me ha entregado á ellos para hacer almas para el cielo. ¿Por qué titubeas y no te cobras solidamente? Arroja á Él; nada temas, no se retirará, no te abandonará para dejarte caer. Arroja te lleno de seguridad y de confianza en su seno: él te recibirá y curará. Y yo, que escuchaba aún las necedades y frustrerías, me avergonzaba de mis vacilaciones. La continencia proseguía: Cierra los oídos, no atiendas á estos miembros impuros, á esta carne del pecado; mortifícalos: te hablan de placeres mentirosos que no están arreglados á la ley del Señor, y que no son nada, comparados con el placer del cumplimiento de esta ley. Este combate de las pasiones contra la virtud que tenía lugar en mí, era obra mía contra mí mismo. (Lib. VIII. Confes., c. XI).

Es cierto que el pecador que difiere su conversión experimenta el mismo combate que experimentaba S. Agustín pecador todavía.

¿Qué hemos de hacer para desprendernos de nuestra conversión?

Por una parte, la concupiscencia, las pasiones, los placeres, la carne, el mundo y el demonio quieren detenerle; y por otra parte, la hermosura de la virtud, los remordimientos, la palabra de Dios, las santas inspiraciones, la gracia, el temor de la muerte, del juicio y del infierno, la felicidad del cielo y la duración de la eternidad, le instan á que se convierta.

Así pues, lo que hemos de hacer para volver á Dios, es cerrar los oídos y el corazón á la voz engañosa y seductora de la concupiscencia, de las pasiones, del demonio, del mundo y de la carne, y abrirlo á la voz de la virtud, de la gracia, etc....; no titubear, y querer con una voluntad firme y decidida, como el hijo pródigo, David, S. Pablo....

Aun cuando los pecadores hayan caído por culpa suya, es preciso no dejarles perecer: tengamos lástima de ellos, démosles la mano; y como es menester que se ayuden ellos también con un gran esfuerzo, si quieren levantarse de su caída, para darles suficiente valor, hagamos ante todo desaparecer de su mente la falsa idea de que no puedan vencerse las inclinaciones ni los hábitos viciosos. Convencenzonlos bien de que su conversión es posible con la gracia y la voluntad....

Según S. Agustín, dos cosas son necesarias para que el hombre pueda llevar á cabo una empresa. Es preciso, 1.º, que tenga en sí mismo un poder, una fuerza y una virtud proporcionada á la ejecución; y 2.º que el objeto le agrade. En efecto: no pudiendo obrar el corazón del hombre sin algún atractivo, puede en cierto modo decirse que lo que no le agrada le es imposible. (Homil.).

De ahí vienen las dos razones que llevan á la mayor parte de los pecadores endurecidos á desesperar de su conversión. Primeramente sus malas costumbres, tantas veces victoriosas de sus buenos designios; les hacen creer que no hay fuerza contra ellas. Luego, suponiendo que se les propone, esta vida prudente y moderada que se les propone, les parece insípida, sin atractivo y sin ninguna dulzura; de manera que no se sienten con bastante valor para abrazarla....

Pecadores, la gracia del Señor da fuerza y poder para vencer las malas inclinaciones: ánimo.... Esta gracia destruirá vuestra repugnancia, y hará que lleveis con felicidad una vida nueva.... La buena voluntad, la oración, la confesión, hé aquí los medios que os guiarán á Dios y alcanzarán vuestra conversión y el perdón; os darán las delicias que se experimentan en la paz de una conciencia inocente, y os asegurarán la felicidad del cielo....

DESEOS (Buenos).

Què hemos de desear? Hemos de desear á Jesucristo. Si alguno tiene sed, dice Jesucristo, venga á mí y beba: *Si quis sitit, veniat ad me et bibat.* (Joann. VII. 37).

Sedienta está mi alma, dice el Rey Profeta, del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios! *Sitivi anima mea ad Deum, fontem vivum: quando veniam, et apparebo ante faciem Dei!* (XLI. 3).

Jesucristo es llamado el Deseado de los collados eternos: *Desiderium collium eternorum.* (Gen. XLIX. 26); es decir, deseo de los ángeles, de los patriarcas y de los profetas, etc. El profeta Ageo llama á Jesucristo el deseado de todas las gentes: *Desideratus cunctis gentibus.* (II. 8).

Jesucristo es llamado el deseado de todas las gentes: 1.º porque es soberanamente digno de ser deseado. Aunque las naciones infieles no lo desearan, y ni siquiera le conociesen, necesitaban sin embargo de su venida para verse libres de sus numerosas miserias: por esto le deseaban, no con un deseo sobrenatural, sino con un deseo natural, como la tierra seca desea la lluvia. Tener necesidad, es, en resumen, desear lo que pueda aliviar la necesidad que se experimenta. Pero, así que las naciones oyeron que los Apóstoles hablaban de él, de su vida, de su doctrina, de su santidad, de su moral y de sus milagros; desde el momento que la predicación tocó su corazón y las entermejó, empezaron á desear sobrenaturalmente á Jesucristo; y cuanto más lo conocieron, más le desearon y le amaron, hasta tal punto, que no sólo daban sus riquezas, sino su vida y su sangre con alegría por Él. La multitud innumerable de los mártires lo atestiguan: por esto le llama el patriarca Jacob esperanza de las naciones: *Expectatio gentium.* (Gen. XLIX. 10).

2.º Se llama Jesucristo el deseado de las gentes porque, ha completamente llenado y satisfecho todos los deseos. La Iglesia, con sus cánticos de alegría, expresa el deseo que tiene de Jesucristo: *O Jesús, nuestra redención, amor y deseo nuestro: Jesu, nostra redemptio, amor et desiderium.* (Him. in Ascens.).

Las naciones que antes de la venida de Jesucristo seguían la ley natural y creían en Dios, los prosélitos y los que se convertían al judaísmo, así como los judíos deseaban y aguardaban al Cristo á quien miraban como Salvador del mundo, como un rayo celestial, como el esplendor de la luz eterna, como el sol de justicia que debía iluminar el universo sepultado en las tinieblas de la ignorancia y de la iniquidad, que debía arrancar de la muerte á los hombres, que debía curarlos, justificarlos y santificarlos; así an-

helaban á Jesucristo Adán, Enoch, Noé, Sem, Abraham, Isaac, Jacob, José, Job, etc.....

Jesucristo en el Cielo es el deseado de todos los elegidos, de todos los Angeles; todos desean tener el goce de su Divinidad y de su humanidad; él llena y satisface sus deseos; los embriaga.

Jesucristo es el único deseo de las almas justas; no desean más que agradarle, amarle cada día más y más; servirle y poder poseerlo.....

Oid aquel bello himno de S. Bernardo:

Desidero te milles;
Mi Jesu. ¿quando venies?
Me letum ¿quando facies?
Me de te ¿quando saties?

Jesu, rex admirabilis,
Et triumphator nobilis,
Dulcedo ineffabilis,
Totus desiderabilis.

Quando cor nostrum visitas,
Tunc lucet ei veritas,
Mundi vilesit vanitas,
Et intus fervet caritas.

Jesu, summa benignitas,
Mira cordis jucunditas,
Incomprehensa bonitas,
Tua me stringat caritas.

¡O Jesu mi dulcissime,
Spes suspirantis anime!
Te querant pie lacrimae,
Te clamor mentis intima.

Jam, quod quiesivi, video;
Quod concupiivi, teneo;
Amore, Jesu, langueo,
Et corde totus ardeo.

¡O beatum incendium,
Et ardens desiderium!
¡O dulce refrigerium,
Amare Dei Filium!

Mil veces os deseo, ó Jesús mío;
¿quando vendreis? ¿quando me daréis la alegría? ¿quando me satisfareis con vuestro mismo cuerpo?

O Jesús, Rey admirable, noble, triunfador, dulzura inefable, enteramente digno de ser deseado.

Quando visitais nuestro corazón, entonces ve la verdad, desprecia la vanidad del mundo, y la caridad te devora.

O Jesús, benignidad suprema, admirable alegría del corazón, incomprensible bondad, abrázame fuertemente vuestro amor.

¡O Jesús, que me embriagais de delicias, esperanza del alma que suspira por vos! las lágrimas de vuestro afectísimo siervo os llaman, y también un grito salido del fondo de mi alma.

Veo al que he buscado, y poseo al que he deseado: ó Jesús, desfallezco de amor; mi corazón es un incendio.

¡O dichoso incendio, que ardiente deseo! ¡O qué dulce refrigerio es el amor del Hijo de Dios!

¿Teneis hambre? Desead á Jesús; él es el pan de los Angeles, el maná que contiene en sí lo necesario para contentar todos los gustos. ¿Teneis sed? Desead á Jesús; es el manantial de las aguas vivas que apagan la sed; es el vino que embriaga el alma, el vino que hace germinar vírgenes. ¿Estais enfermo? Desead á Jesús; es el médico, el Salvador, la salud misma. ¿Estais en víspera de la muerte? Desead á Jesús; él es la vida y la resurrección. ¿Quereis hermosura y riquezas? El es la misma hermosura y un océano de todos los tesoros. ¿Quereis verdaderos honores, verdaderos placeres? El os hará rey y os colmará de delicias. ¿Quereis un sincero amigo? Jesús es el mejor de los amigos y el único amigo. ¿Quereis sabiduría? El es la increada sabiduría del Padre. ¿Quereis santidad y vida? El es la santidad y la vida por esencia. ¿Sois pecador? Invocad á Jesús; él murió para rescataros. ¿Deseáis vencer á vuestros enemigos? El triunfó del demonio, del mundo, de la carne, de la muerte, del infierno y de la indignación de su Padre; él es el camino, la verdad y la vida; el que le sigue, no anda en las tinieblas.

Desead á Jesús: suspirad por Jesús. En él hallaréis todos los bienes; fuera de él están todos los males. Decid con S. Francisco de Asís Jesús mío, mi amor y mi todo: *Jesús meus, amor meus et omnia.* (S. Bonav., in ejus vita.)

Cantad con la Iglesia: Jesús es la gloria de los Angeles; es una dulce armonía para el oído; es miel exquisita para el labio, y néctar celestial para el corazón:

*Jesús decus angelicum,
In aure dulce canticum,
In ore mel mirificum,
In corde nectar calicum.*

O Jesús, abrasad mi corazón con el ardiente deseo de amaros.... Tratando de la desigualdad que existe entre los bienaventurados, Sto. Tomás dice que gozarán con más abundancia de la presencia divina los que en este mundo la hayan deseado con más ardiente amor; porque la dulzura del goce está en razón de los deseos. Como la flecha que parte de un arco muy tirante hiende los aires con rapidez y penetra profundamente en el blanco, el alma fiel que se habrá lanzado con una gran impetuosidad de deseos hacia Dios, fin de sus esperanzas, penetrará profundamente en el abismo de la esencia divina. (1.ª q. 5.ª art. 7.ª).

Si quisiéramos resumir en algunas palabras lo que debe ser el objeto de nuestros deseos, deberíamos decir: 1.º Hemos de desear á Jesucristo.

2.º Hemos de desear nuestra conversión, el perdón de nuestros pecados y la gracia de no recaer....

3.º Hemos de desear la virtud, la gracia y la cooperación á la gracia....

4.º Hemos de desear el cumplimiento de la voluntad de Dios....

5.º Hemos de desear el reino de Jesucristo en todos los corazones....

6.º Hemos de desear el cielo....

Esto es lo que hemos de desear en la tierra...; estos son los únicos deseos que hemos de conservar siempre; los únicos que serán capaces de hacernos felices en esta vida y en la otra; los únicos que puedan satisfacer nuestro corazón; los únicos que sean dignos del hombre hecho a imagen de Dios, y destinado a gozar eternamente de su presencia.... Todos los deseos opuestos a los que hemos manifestado, son deseos de muerte y de maldición. Así, el deseo de los bienes de la tierra, el de los placeres, de los honores del mundo, son deseos de muerte. El deseo que tenga por fin la criatura, el cuerpo o el tiempo, es un deseo de muerte....

Según los deseos que se apoderan de nuestro corazón y lo gobiernan, podemos saber ya en esta vida si hemos de salvarnos o condenarnos.

Excelencia y ventajas de los buenos deseos.

La gran perversidad del corazón, dice Alvarez, tiene su origen el deseo del mal; el espíritu excitado y vencido por este deseo se entrega al pecado; de un pecado cae a otro, hasta que llega al hábito; del hábito cae en el endurecimiento del corazón y a la extrema miseria; de la misma manera la perfección suprema del corazón empieza por el deseo del bien; aumentando este deseo las fuerzas del alma, solicitándolo e instándolo, le hace producir buenas obras; por la reiteración de las buenas obras, le hace adquirir el hábito de la virtud; y por medio de este buen hábito lo lleva a amar a Dios por ser quien es; y así, obedeciendo a sus buenos deseos, el alma llega a la perfección. Este deseo es la puerta por la cual entran en el santuario de la santidad! Este es el viento que aleja el buque del corazón del escollo de las cosas terrenales; lo empuja y lo hace llegar pronto y felizmente al puerto de salvación. (In Isaiam).

He venido, dijo el ángel a Daniel, para daros a conocer la verdad, porque sois un varón de ardientes deseos: *Ego veni ut indicarem tibi, quia vir desideriorum es*; (IX. 23). No temáis, oh varón de deseos, continuó el ángel: la paz está con vos; alentaos y fortificaos: *Noli timere, vir desideriorum: pax tibi; confortare, et esto robustus*. (X. 19).

Desee la inteligencia, dice la Sabiduría, y me fué concedida; a invocó el Señor el espíritu de sabiduría, y se me dió: *Optavi, et datus est mihi sensus, et venit in me spiritus sapientie*. (VII. 7). Tuvieron sed, añade la Sabiduría, y os invocaron, Señor; y un arroyo brotó para ellos de lo alto de una roca, y su sed quedó apagada con las aguas que salieron de la piedra: *Sitierant, et invocaverunt te; et data est illis aqua de petra altissima, et situs de lapide duro*. (XI. 4).

El que esté lleno de buenos deseos, hallará el verdadero reposo, añade la Sabiduría.

El Señor, dice el Salmista, ha saciado al alma vacía de los deseos del mundo, ha saciado de bienes al alma sedienta de gracias: *Satiavit animam inanimem; et animam esurientem satiavit bonis*. (CXL. 9).

Tratando de ver a Jesús para conocerle, Zacheo se adelantó corriendo, y subióse a un árbol en un sitio por el que debía pasar el Salvador. Llegado que hubo Jesús a aquel sitio, levantando los ojos, le vió y díjole: Zacheo, baja luego, porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa; y Zacheo bajó presurosamente, y le recibió gozoso.... Puesto en su presencia, Zacheo dijo: Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres; y si he defraudado algo a alguno, le voy a restituir cuatro veces más. Jesús le respondió: Hoy ha sido día de salvación para esta casa. (Luc. XIX. 3-6-8-9). El buen deseo de Zacheo le procuró: 1.º la dicha de ver a Jesús; 2.º la de hacer grandes limosnas; 3.º la de recibir a Jesús en su casa; 4.º, y finalmente, la de oír de los mismos labios de Jesucristo aquellas palabras que debían causarle una indecible alegría: Hoy la salvación ha entrado en esta casa: *Hodie salus domui huic facta est*.

Ilene mi Dios, según las riquezas de su bondad, todos vuestros deseos con la gloria que os dé en Jesucristo, dice el gran Apóstol a los Filipenses: *Deus meus implet omne desiderium vestrum, secundum divitias suas, in gloria in Christo Jesu*. (IV. 19).

Venga el que tiene sed, dice el Señor en el Apocalipsis; y el que quiera, tome gratuitamente el agua de vida: *Qui sitit, veniat; et qui vult, accipiat aquam vite gratis*. (XXII. 17).

Berramaré las aguas sobre la tierra sedienta, dijo el Señor por boca de Isaias: *Effundam aquam super sitientem*. (XLIV. 3). Vosotros que tenéis sed, venid todos a las aguas, apresuraos, comprad y comed; venid, comprad sin dinero y sin ninguna otra permuta vino y leche: *Omnes sitientes, venite ad aquas; propestate, erant absque argento et absque ulla commutatione vinum et lac*. (Isai. LV. 1).

Desearo la vida eterna, se consigue, mientras que fortifiquemos y conservemos este deseo. Si deis con energía voluntad: Dios mío, os deseo, os quiero; Dios será vuestro, porque la bondad de Dios no le permite nunca negarse a un corazón que lo desee; y ninguna fuerza puede arrebatarle al que le posea. Dios no es un amigo variable que se cansé con el tiempo. Pues qué? con su mano bienhechora, habría de arrancar este Dios tan bueno a sus propios hijos de su seno paternal en que quieren vivir? Nada está más lejos de su pensamiento; y de todas las verdades, la más cierta, la mejor fundada, la más inmutable, es que Dios no puede faltar al que lo desee, y que nadie pueda perder a Dios más que el que primero se aleja de él voluntaria y espontáneamente. ¿No hizo bien S. Pablo excitándonos a desear las cosas celestiales, puesto que deseándolas con ardor las adquirimos? Saboreaos, dijo, en las cosas del Cielo, y no

en las de la tierra: *Quæ sursum sunt, sapite; non quæ super terram.* (Coloss. III. 2).

El deseo de los justos se dirige al bien, dicen los Proverbios: *Desiderium iustorum omne bonum est.* (XI. 23). El verdadero medio de crecer en virtudes, es desearlas; porque por el deseo creamos interinamente las virtudes, las fortificamos, las multiplicamos y las practicamos exteriormente, sin detenernos ni por el respeto humano, ni por el temor, ni por el sufrimiento, ni por las amenazas, ni por las persecuciones, ni por la misma muerte. Y mirad los tesoros encerrados en un buen deseo: el pobre que desea ardentemente dar limosna y no puede, tiene por este sólo hecho el mérito de la limosna; merece tantos y muchas veces más que el rico que tiene costumbre de socorrer á los pobres. El enfermo, el desvalido que desea ayunar ó llevar cilicio, tiene el mérito del ayuno y del cilicio. El religioso ligado por obediencia á una función vil, oscura, de poco valor en apariencia, que arda en deseos de hacer lo que los demás hacen, que desea predicar, instruir, oír confesiones, visitar á los desvalidos, á los pestilentes, ir á convertir á los infieles con riesgo de su vida, etc., y ofrece á Dios todos esos piadosos y arduos deseos, tiene tantos méritos como si le fuese dado hacer en realidad todas estas santas y sublimes obras buenas. Dios agradece estos deseos como si fueran acciones. S. Pablo asegura que así sucede en su segunda carta á los Corintios. Cuando un hombre, dice, tiene gran voluntad de dar, Dios la acepta, no exigiendo de él más que lo que puede, y no lo que no puede: *Si enim voluntas prompta est, secundum id quod habet, accepta est, non secundum id quod non habet.* (VIII. 42). Con estas palabras, el Apóstol indica que Dios atiende más bien á la voluntad contenida en el deseo, que al mismo don. Y la razón está en que la perfección de una virtud está en la voluntad firme, en el buen deseo, antes que en el nombre y grandezas de las obras. Por esto dice S. Agustín: Dios corona la buena voluntad, cuando ve que falta poder para obrar: *Bonam Deus voluntatem coronat, quando non invenit facultatem.* (De Coelest. vita).

San Bernardo dice también: Dios paga sin duda ninguna lo que no ha podido hacer la buena voluntad: *Deus indubitanter tribuit bonæ voluntati, quod defuit facultati.* (Epist.). Santo Tomás nos da de ello una razón evidente: el valor formal de la acción exterior, dice aquel gran Doctor, depende enteramente de la bondad del acto interior, porque la acción vive de la voluntad: *Quia tota formalis bonitas operis exterioris pendet à bonitate actus interioris, quia à voluntate elicitur.* (2. 2. q. art. 5).

Estemos pues llenos de buena voluntad, de buenos deseos; y nos enriqueceremos para el Cielo....

Podeis merecer tanto como queráis, dice S. Bernardo; el mérito crece en proporción de la buena voluntad: *Tantum merebitur quantum vis; et bona crescente voluntate, crescit pariter et*

meritum. (Serm. LXXXV). No es andando, añade aquel santo Doctor, cómo se busca y se encuentra á Dios, sino con ayuda de los deseos: *Non pedum passibus, sed desiderii quæritur Deus.* (Serm. LXXXIV).

¿Gusta el goce al deseo? pregunta aquel Padre. No; el goce es el aceite; el deseo es la llama: el hombre de deseo se verá colmado de alegría; pero su deseo no tendrá fin; y por consiguiente se verá sin cesar herido á buscar nuevas alegrías: *Numquid consummatio gaudii, desiderii consummatio est? Oleum magis est illi; nam ipsam flammam. Adimplebitur letitia; sed desiderii non erit finis; ac per hoc nec quærendi.* (Serm. LXXXIV). De ahí provendrán, continúa S. Bernardo, una saciedad sin disgusto, una curiosidad insaciable, aunque sin arrebatos, un eterno inexplicable deseo que no viene de la indigencia, una embriaguez sobria, nacida, no de una copa, sino del descubrimiento de la verdad, y teniéndose, no de vino, sino de Dios (1).

¿Cuántas riquezas y cuántos tesoros están encerrados en los deseos santos! ¿y qué fácil es adquirir con ellos méritos, y la salvación y la corona que no se marchitará nunca!....

¿No es el deseo de hacernos felices el que indujo á Dios á crear-nos á imagen suya? ¿No es un deseo inexplicable de salvarnos el que le indujo á encarnarse, á nacer en un establo, á sufrir y morir por nosotros en una cruz? Tengo sed, exclamaba de lo alto de la cruz Sítio. Tenía sed de rescatar nuestras almas y salvarnos. ¿No es el deseo de hacernos bien el que le hace decir: Heme aquí llamando á la puerta de vuestro corazón; si alguno escuchare mi voz, y me abriere la puerta, entraré á él, y el cenaré conmigo y yo con él? *Eccē sto ad ostium, et pulso: si quis aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse mecum.* (Apoc. III. 20). ¿No es un ardiente deseo el que le ha inspirado aquellas palabras: Mis delicias consisten en estar con los hijos de los hombres? *Delicia mea est cum filiis hominum.* (Prov. VIII. 31). ¿No es un deseo infinito de colmarnos de favores el que le ha llevado á instituir el augusto Sacramento de nuestros altares, á darse á nosotros? Ha deseado, dijo á sus Apóstoles en la víspera de su muerte, he deseado ardentemente comer este cordero pascual con vosotros, antes de mi pasión: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum, ante quam patiar.* (Luc. XXII. 15).

Este Dios de amor se anticipa á aquellos que le desean, y se manifiesta á ellos, dice la Sabiduría: *Præoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat.* (VI. 13).

(1) Illic libi antecipio sine fastidio. Illic insatiabilis libi sine inquietudine carnis. Illic ubi non illud alius insequibile desiderium: cessamus equatam. Hinc desuper totius illi electus, vero, non miris, ingurgitans; non mandatis vino, sed ardens Deo, Serm. LXXXIV.

Dios está lleno de favores deseados á nuestro favor.

El hombre que se despierta en su busca desde la madrugada, el que es la sabiduría del Padre, no tendrá ningún trabajo que hacer, pues lo hallará sentado a su puerta: *Qui de luce vigilaverit ad illam, non laborabit; assidentem enim illam foribus suis inveniet.* (Sap. VI. 15).

O Jesús, exclama la Iglesia en el himno de la Ascensión: ¿cómo es pues el deseo de clemencia que os ha vencido, que os ha llevado a cargaros con nuestros crímenes, y a sufrir una muerte cruel para sustraernos nosotros a la muerte eterna?

*Quid te vici clementia,
Ut ferres nostra crimina;
Crudelem mortem patiens,
Ut nos à morte tolleres?* (Hymn. in Ascens.).

San Gregorio Nazianzeno invita a que todos los hombres deseen a Dios, haciendo sobresalir su infinita bondad, que tanto se place en ejercer. Después de haber cuidadosamente desarrollado esta consideración, concluye diciendo: Dios desea ser deseado; tiene sed: ¿podrías creerlo? Tiene sed de nosotros en medio de su abundancia. (*Orat. in S. Baptisma*).

Por más infinito y rico que sea Dios por sí mismo, podemos sin embargo obligarle. Y ¿cómo esto? Deseando que nos haga bien; porque da con un deseo más ardiente de obligar, de lo que deseamos serlo?

¿No reconoceremos que este Dios de bondad es semejante a un manantial que con la continua fecundidad de sus aguas claras y frescas parece ofrecerse a los sedientos pasajeros? Siempre rica, siempre abundante, la naturaleza divina no puede crecer ni disminuir, a causa de su plenitud; lo único que le falta, si así puede decirse, es que vayan a sacar de su seno las aguas de la vida eterna. He aquí por qué S. Gregorio tiene razón al decir que Dios tiene sed de que nosotros tengamos sed de él: *Sint sitiri*; y al añadir que considera como un beneficio que nosotros le demos con nuestros deseos medios de hacer bien. Es hacer una injuria a esta bondad infinita el no desear ardientemente que nos enriquezca.

Así como brama el ciervo sediento por los manantiales de agua, así mi alma clama por vos, ó Dios mío, dice el Profeta: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus.* (XII. 3). Mi alma está sedienta del Dios fuerte y vivo: *Sitiet anima mea ad Deum, fontem vivum.* (Ps. XLII. 3). Hijos de Jerusalén, dice el Esposo de los Cantares, conjuroos que si hallareis a mi amado, le notificéis como desfallezco de amor: *Adjuro vos, filie Jerusalem, si inveniritis dilectum meum, ut nuntiatis ei quia amore langueo.* (V. 8). O querido mío, ¿por qué no puedo hallarle y abrazarle? exclama aquella Esposa desolada

*Alcance de los
Santos para
luz. Imá-
genes.*

por haber perdido a su Dios, objeto de sus ardientes deseos. ¿A dónde ha ido tu muy amado? (V. 17). Alza la alabada de mi puerta para que entrase mi amado; pero se había ya retirado, y pasado adelante: mi alma había quedado desmayada al oír de su voz: le busqué; mas no le hallé: le llamé a voces, y no me respondió. (V. 6). ¿No habéis visto al amado de mi alma? ¿Vean, quem diligit anima mea, vidistis? (III. 3). Yo dormía, y mi corazón estaba velando. (V. 2).

Llena del anhelo de ver a Jesucristo, Magdalena corre muy temprano al sepulcro; y no hallando al objeto de su amor, pues Jesucristo había ya resucitado, derrama un torrente de lágrimas. Se le aparece el Salvador sin darse a conocer, y le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? *Mulier, quid ploras? quem quæris?* (Joann. XX. 13). Suponiendo ella que sería el hortelano, le dijo: Señor, si vos sois el que le habéis quitado de aquí, decidme en dónde lo habéis puesto, y yo me lo llevaré. (XX. 15). Jesús no pronunció más que esta palabra: *Maria!* (XX. 16). Al punto ella le reconoció, se prosternó, y le adoró.

San Pablo deseaba morir para estar con Jesucristo: *Desiderium habens disolvi, et esse cum Christo.* (Philipp. 1-2-3).

Toda la vida de un buen cristiano es un santo deseo de ir de virtud en virtud, de perfección en perfección, de vivir y de morir por Jesucristo..... Esta es la única verdadera vida; no hay otra.

Tres cosas hay que excitan los deseos del hombre: la hermosura, los beneficios y el amor. Sólo una de ellas hasta muchas veces para inflamar su corazón; pero Dios posee las tres en grado supremo: ¿cómo pues podemos negarnos a desearle y amarle?

Deseáis tener riquezas, placeres, honores; y ¿los hay acaso comparables con los que Dios posee, con los que os reserva, si los deseáis?

No debemos cesar de bucear a Dios, porque no se debe dejar de amarlo, dice S. Agustín: *Deus est sine fine querendus, quia sine fine amandus.* (Civ.).

El deseo de conocer, de amar y servir a Dios es cosa tan ardiente como el fuego: el deseo no puede contenerse interiormente, sino que se lanza fuera por medio de suspiros, palabras y obras.....

Cuatro cualidades tiene el ciervo: 1.º Es enemigo declarado de las culebras, y les hace una continua guerra. ¿Queremos también que Dios nos lleve de santos deseos? Hagámos al demonio, antigua y venenosa serpiente, una guerra encarnizada.... 2.º Cuando se ve el ciervo perseguido por los cazadores, huye con rapidez y no para hasta alcanzar la cumbre de las más altas montañas. Perseguidos también nosotros por el demonio, el mundo y la concupiscencia, subamos pronto a las montañas eternas, e imploremos el socorro del Cielo; entonces quedarán nuestras almas llenas de pia-

*Motivos que
nos excitan a
tener hermosas
deseos.*

*Lo que debe
lucir para
tener hermosas
deseos.*

dosos deseos. 3.º Los ciervos observan por instinto aquel precepto de S. Pablo á los Gálatas: *Alter alterius onera portate*; ayúdnos unos á otros á llevar vuestras cargas. (VI. 2); porque, cuando los ciervos manan en manada, reclinan su cabeza cargada con el peso de sus cuernos en la grupa de los que les preceden. Así, pues, si queremos tener deseos santos; seamos caritativos y condescendientes con el prójimo. 4.º Cuando los ciervos están devorados de ardiente sed, ningún obstáculo puede impedirles buscar agua. Venzamos de la misma manera todos los obstáculos que se oponen á la realización de nuestros buenos deseos.

DESESPERACION.

Los motivos que alegamos para dejarnos llevar de la desesperación, son los siguientes: 1.º Que son demasiado grandes nuestros pecados para poder esperar misericordia. Así fué la desesperación de Cain. Mi maldad, dijo el primero de los desesperados, es tan grande, que no puedo esperar perdón: *Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear*. (Gen. IV. 13).

Causas de la desesperación.

2.º Enumeramos las faltas de que nos hemos hecho culpables... 3.º Ponemos por delante la fuerza de costumbre, que nos impide esperar cuando podemos corregirlos....

Hay también otras causas de desesperación, y son: 4.º los escrúpulos; 5.º la falta de confianza en Dios; 6.º la astucia del demonio para hacer que el hombre peque, ocultándole la fealdad del pecado, y tratando de presentárselo lleno de dulzuras y encantos. Y luego, cuando ha triunfado, á fin de tenerlo en el camino del mal, le presenta mil obstáculos que le impiden levantarse de aquella caída; 7.º las grandes tentaciones; 8.º el aburrimiento; y 9.º la adversidad.... Pero todos esos motivos de desesperación están mal fundados y son engañosos; porque no hay ningún crimen que no pueda perdonarse mediante un sincero arrepentimiento y una verdadera penitencia. Dios lo asegura por medio de su Profeta: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies*: Señor, seguro es que no despreciaréis, á un corazón contrito y humillado. (Psalm. L. 19).

Jesucristo murió para todos; y por consiguiente se salvarán cuantos acudan á aquella sangre de infinito valor.... Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Entre el último suspiro de un moribundo y el infierno, puede mediar un océano de misericordia....

El que desespera de la misericordia de Dios, comete un enorme crimen: hiere á Dios en la niña del ojo, y se condena á sí mismo á la muerte eterna. Judas pecó en cierto modo más gravemente dejándose llevar de la desesperación, que haciendo traición á Jesucristo; su desesperación fué la que le llevó á ahorcarse y le precipitó en el infierno.

La desesperación es un crimen.

El que se ahorca, no puede ya respirar, dice S. Agustín; ni tampoco el que se entrega en brazos de la desesperación puede recibir el soplo vivificador del Espíritu Santo. (Homil. XXVII).

El pecado seguido de la desesperación no tiene ya remedio, dice el mismo Padre: *Peccata cum desperatione mors est*. (Homil. XXI).

La desesperación hace que la misericordia de Dios se retire. Jamás podrá aliarse el perdón con la desesperación.... Desesperan

algunos porque han cometido grandes y numerosos pecados y no reflexionan que el más grande de los crímenes es su desesperación. No debe salirse de un crimen con otro crimen mayor todavía.

La desesperación es una falta deplorable.

Pariosos los egipcios que perseguían al pueblo de Dios para exterminarlo ó para retenerlo cautivo, hundieron como plomo en aguas impetuosas: *Submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus*. (Exod. XV. 10). Tal es la triste suerte que aguarda á los que desesperan....

Alejad de vosotros la desesperación, y no alijais al Espíritu Santo que en vuestro corazón habita: si os deseperais, se retirará, porque el espíritu de Dios no sufre la desesperación. La desesperación es el más dañoso de los vientos que agostan el alma; una oración hecha en medio de la desesperación, no sube al trono de Dios.

El fuego consume el leño; la desesperación consume el alma, es como un humo que levantándose de las profundidades del infierno destruye toda alegría, toda felicidad....

La fiebre mina las fuerzas del cuerpo; la desesperación arrebatada al alma todo su vigor.... Una madre experimenta atroces dolores en el parto; pero, como dice el Evangelio, se alegra luego con el presente que Dios le ha hecho. La desesperación causa también crueles dolores á aquellos de cuyo corazón brota; pero lleva consigo dolores más crueles todavía.

La desesperación causa en el alma una profunda herida, la agita y la turba, sumergiéndola en las tinieblas. Es un gusano roedor; es un verdugo que hace constantemente sufrir horribles dolores y mata....

La desesperación sume al alma en olas de tristeza; nos hace evitar los buenos consejos, y nos ciega....

Si en tiempo de la adversidad desmayares, perdiendo la esperanza, descaecera tu fuerza, dicen los Proverbios: *Si desperaveris lassus in die angustia, imminuetur fortitudo tua*. (XXIV. 10).

Nada es más execrable que la desesperación, dice el venerable Beda; el que cae en ella, pierde el fruto de todos sus trabajos; y lo que es mucho más terrible, pierde el valor de defenderse y de combatir en defensa de la fe. (Sentent.).

Cometer un pecado es matar al alma, dice S. Agustín; pero deseperar es bajar al infierno. (Lib. II de Summo bono, c. XIV).

Santo Tomás enseña que la desesperación es el mayor de todos los pecados, no considerado en sí mismo, porque la apostasia y el odio á Dios son mayores todavía, sino porque la desesperación es causa de todos los pecados; á todos los crímenes nos abandonamos con la desesperación. La esperanza anima, porque es el manantial de la paciencia y el principio de la victoria; dilata y fortifica el alma, manifestándole el premio y el triunfo de la virtud. Pero la desesperación atonta, empuñeñe el corazón, le quita su vigor, y aumenta las tentaciones y los combates. (2. 2. q. 20. art. 3).

La ocupación de los demonios, dice el abad Isidoro, consiste en hacer caer el alma en el pecado, y sobre todo en tenerla sumergida en la desesperación, á fin de perderla con seguridad y para siempre. Los demonios hacen decir al alma desesperada: Quisiera morir y quedar anquilada. ¿Por qué salí de la nada? Quisiera no existir. Pero el que espera, dice: No moriré; antes bien viviré, y publicaré las maravillas del Señor: *Non moriar; sed vivam; et narrabo opera Domini*. (Psal. CXVII. 17.). El mismo abad Isidoro respondía al demonio que le llevaba la desesperación, asegurándole que después de todos los trabajos y todas las penitencias había de sufrir las penas eternas: Aun cuando yo fuese al infierno, ocuparía tú, ó Satanás, un lugar inferior al mío. Con este medio triunfaba de la tentación. (Apud Sophron. in Prato Spirit., c. CX).

En el lecho de la muerte, Dios abandona al pecador que desepera; se retira, todo se pierde.... La desesperación lleva á la impenitencia final, y la impenitencia final al infierno, lugar de desesperación eterna. En el lecho de la muerte, el deseperado verá su crimen, y la justicia de Dios, y su condenación, y los demonios, y el infierno. Verálo el pecador; y se irritará, rechinará los dientes y se consumirá; pero los deseos y esfuerzos de los pecadores se desvanecerán como el humo: *Peccator videbit, et trahetur; dentibus suis fremet et tabesceat; desiderium peccatorum peribit*. (Psal. CXI. 10).

El Omnipotente destruirá para siempre al que se abandona á la desesperación; lo arrebatará, lo arrancará de la mansión en que habita, y lo desarraigará de la tierra de los vivos, dice el Salmista. (II. 7). Verálo los justos, y temblarán, y reiránse de él, diciendo: Hé ahí el hombre que no contó con el favor de Dios: *Videbant iusti, et timebant, et super eum ridebant, et dicent: Ecce homo, qui non posuit Deum adiutorem suum*. (Psal. I.I. 8-9).

No desmayéis dejando abatir vuestro ánimo, dice S. Pablo: *Ne fatigemini, animis vestris deficientes*. (Hebr. XII. 3).

¿Por qué estás triste, ó alma mía, exclama el Real Profeta; y por qué me tienes en esta agitación? Espera en Dios, porque aun captará sus alabanzas; la salvación viene de su mirada: *Quare tristis est anima mea, et quare conturbas me? Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi, salutare cultus mei*.... (XII. 6).

Pedro fué muy culpable: tres veces negó públicamente á Jesucristo; pero esperó, y se ha salvado.... Judas vendió á su Dios; deseperó, y fué condenado....

La esperanza puebla el Cielo; la desesperación puebla el infierno....

Puestos al lado de una gota de la sangre de Jesucristo todos los crímenes cometidos desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos, abultan menos que una gota de agua comparada con el Océano; y aunque uno sólo de nosotros estuviese cargado con todas

Es horrible la muerte en la desesperación.

No debemos nunca desesperar.

las iniquidades de los pecadores, no debería desespérer, porque la misericordia de Dios es infinita.

Si se os llena de insultos, si se os abruma de pesares, y se os desprecia, ¿habéis de desespérer? No: mirad la gloria celestial reservada á vuestra paciencia. Si perdéis todos vuestros bienes, ¿habéis de desespérer? No: considerad atentamente las riquezas de la eternidad, los tesoros que han de ser el premio y la recompensa de vuestra pobreza, de vuestra esperanza y de vuestra resignación. Si estáis enfermos, no os desespereis; con vuestra confianza en Dios tendréis una juventud y una salud eternas. Si la muerte os arrebatara un hijo querido, no os abandonéis á la desesperación: le volveréis á hallar en el Cielo revestido de gloria. Si os arrojan de vuestra patria, no os desespereis: vuestra verdadera patria es el Cielo; suspirad por ella....

Resistencia de-
sta la desespera-
ción.

Los medios que hemos de emplear para prevenir y combatir la desesperación, son:

- 1.º Poner nuestra confianza en Dios...; 2.º frecuentar los Sacramentos...; 3.º hacernos una ley de la resignación...; 4.º orar...; 5.º tener una sincera devoción á la Santísima Virgen.

DESOBEDIENCIA.

¿Aquel á quien desobedeceis con la violación de sus mandatos no fuese más que vuestro Señor y dueño, dice S. Gregorio, y no vuestro Criador, vuestro Redentor y vuestro Dios, la transgresión de que os haríais culpables sería grave; pero juzgad qué grave y vituperable es, siendo aquel á quien os negais á obedecer, vuestro Dios, vuestro Criador, vuestro Redentor y conservador! Desobedeceis las órdenes de vuestro Dios que os sacó de la nada, que os creó á su imagen, que os hizo superiores á todos los seres corpóreos, y os declaró rey, y rey por toda la eternidad! No es Dios vuestro de una manera especial el que os ha colmado de tantos y tan grandes favores? Y sin embargo despreciais sus preceptos, que no son comandos á todas las criaturas, pero que debéis observarlos porque han sido hechos para vosotros, os son propios y han sido puestos bajo la guardia de vuestro libre albedrío. (Lib. Moral).

No obedecer al Señor, dijo Samuel á Saul, es un pecado equivalente al de magia; resistirle es un crimen igual al de idolatría: *Quasi peccatum ariolandi est, repugnare; et quasi zelus idolatriæ nolle acquiescere.* (1. Reg. XV, 23).

La desobediencia es un pecado equivalente al de magia; porque no puede desobedecerse á Dios sino consultando á los demonios y recibiendo sus respuestas al pie de sus altares. Resistir á Dios es idolatría; porque el que resiste á Dios, adora su propia voluntad y la pone en el lugar de la de Dios.

Ved la paridad que existe entre la obediencia y el ejercicio de la magia, entre la desobediencia y la idolatría.

El diablo presagia el porvenir por medio de signos ó índices erróneos y engañosos: el desobediente interpreta la voluntad de Dios, ó más bien la pisotea, apoyándose en la interpretación de su razón, de su juicio, de sus concepciones y falsas ideas, nacidas de la ceguera, terquedad ó impiedad. No es esto solo: á la voluntad de Dios revelada y conocida, el desobediente prefiere su propia voluntad, como si la hallase más racional y mayor que la de Dios; se proclama más sabio y prudente que él. Con su conducta, niega la omnisciencia de Dios, su piedad incomparable, su bondad sin límites, y su poder; niega por consiguiente que Dios sea Dios, y erigiendo en divinidad su juicio y su voluntad, los adora como á ídolos suyos.

Pero el ídolo es un Dios mentiroso que emite oráculos falsos. El desobediente que prefiere su juicio y su voluntad al juicio y á la voluntad de Dios, adorándolos como divinidades dignas de su confianza, y consultándolos como oráculos llenos de prudencia, es cla-

las iniquidades de los pecadores, no debería desespérer, porque la misericordia de Dios es infinita.

Si se os llena de insultos, si se os abruma de pesares, y se os desprecia, ¿habéis de desespérer? No: mirad la gloria celestial reservada á vuestra paciencia. Si perdéis todos vuestros bienes, ¿habéis de desespérer? No: considerad atentamente las riquezas de la eternidad, los tesoros que han de ser el premio y la recompensa de vuestra pobreza, de vuestra esperanza y de vuestra resignación. Si estáis enfermos, no os desespereis; con vuestra confianza en Dios tendréis una juventud y una salud eternas. Si la muerte os arrebatara un hijo querido, no os abandonéis á la desesperación: le volveréis á hallar en el Cielo revestido de gloria. Si os arrojan de vuestra patria, no os desespereis: vuestra verdadera patria es el Cielo; suspirad por ella....

Resistencia de-
sta la desespera-
ción.

Los medios que hemos de emplear para prevenir y combatir la desesperación, son:

- 1.º Poner nuestra confianza en Dios...; 2.º frecuentar los Sacramentos...; 3.º hacernos una ley de la resignación...; 4.º orar...; 5.º tener una sincera devoción á la Santísima Virgen.

DESOBEDIENCIA.

¿Aquel á quien desobedeceis con la violación de sus mandatos no fuese más que vuestro Señor y dueño, dice S. Gregorio, y no vuestro Criador, vuestro Redentor y vuestro Dios, la transgresión de que os haríais culpables sería grave; pero juzgad qué grave y vituperable es, siendo aquel á quien os negais á obedecer, vuestro Dios, vuestro Criador, vuestro Redentor y conservador! Desobedeceis las órdenes de vuestro Dios que os sacó de la nada, que os creó á su imagen, que os hizo superiores á todos los seres corpóreos, y os declaró rey, y rey por toda la eternidad! No es Dios vuestro de una manera especial el que os ha colmado de tantos y tan grandes favores? Y sin embargo despreciais sus preceptos, que no son comandos á todas las criaturas, pero que debéis observarlos porque han sido hechos para vosotros, os son propios y han sido puestos bajo la guardia de vuestro libre albedrío. (Lib. Moral).

No obedecer al Señor, dijo Samuel á Saul, es un pecado equivalente al de magia; resistirle es un crimen igual al de idolatría: *Quasi peccatum ariolandi est, repugnare; et quasi zelus idolatriæ nolle acquiescere.* (1. Reg. XV, 23).

La desobediencia es un pecado equivalente al de magia; porque no puede desobedecerse á Dios sino consultando á los demonios y recibiendo sus respuestas al pie de sus altares. Resistir á Dios es idolatría; porque el que resiste á Dios, adora su propia voluntad y la pone en el lugar de la de Dios.

Ved la paridad que existe entre la obediencia y el ejercicio de la magia, entre la desobediencia y la idolatría.

El diablo presagia el porvenir por medio de signos ó índices erróneos y engañosos: el desobediente interpreta la voluntad de Dios, ó más bien la pisotea, apoyándose en la interpretación de su razón, de su juicio, de sus concepciones y falsas ideas, nacidas de la ceguera, terquedad ó impiedad. No es esto solo: á la voluntad de Dios revelada y conocida, el desobediente prefiere su propia voluntad, como si la hallase más racional y mayor que la de Dios; se proclama más sabio y prudente que él. Con su conducta, niega la omnisciencia de Dios, su piedad incomparable, su bondad sin límites, y su poder; niega por consiguiente que Dios sea Dios, y erigiendo en divinidad su juicio y su voluntad, los adora como á ídolos suyos.

Pero el ídolo es un Dios mentiroso que emite oráculos falsos. El desobediente que prefiere su juicio y su voluntad al juicio y á la voluntad de Dios, adorándolos como divinidades dignas de su confianza, y consultándolos como oráculos llenos de prudencia, es cla-

ro que confía y obedece á oráculos engañosos. Combate contra Dios. En efecto: el hombre que hace su voluntad, desprecia la voluntad de Dios y declara la guerra al Omnipotente, erigiéndose en Dios de sí mismo. Así como el goloso no tiene más Dios que su vientre, el impudico no tiene más Dios que el objeto de su pasión, el ambicioso la gloria, el avaro el oro, el ebrio el vino, el desobediente también no tiene más Dios que su juicio. Esto hizo decir á S. Bernardo: *Comprendéis toda la enormidad de un crimen comparado á la idolatría y á la magia? Los jóvenes enfermos de este mal tienen á menos someterse á los ancianos; critican y desprecian sus acciones y sus palabras con frente erguida é insolente; los juzgan, los vituperan y se burlan de ellos. Pero su conducta no queda impune: con tal comportamiento van de caída en caída, y lejos de prosperar y ser felices, caen en el infortunio.* (Serm. in Psal.).

Jonás desobedeció á Dios: el Señor envió una furiosa tempestad; y ya el navio iba á zozobrar, cuando los marineros arrojaron á aquel desobediente al mar. El mar se calmó de repente. (Jon. I). Los marineros, dice S. Crisóstomo, arrojaron primero las mercancías al mar, pero no se aligeró el buque. Y ¿por qué? Porque nada es tan pesado como la desobediencia: *Nauta jacuum fecerunt; navis vero nequaquam alleviatur. Quare? Quia nihil tam onerosum et gravis quam inobedientia.* (Homil. V. ad Pop.).

Desobediencia que
quita la des-
obediencia.

Si el sol negara su luz; si los elementos fueran infieles á su misión, y si por desobediencia la tierra cesara de ser fecunda, ¿qué sería del hombre y del mundo entero? Si los miembros del cuerpo se negaran á obedecer al alma que los manda, ¿qué sería del hombre? Si un ejército desobedeciera á su jefe, ¿qué resultaría? Si una nación desobedeciera á su rey, ¿en qué pararía la sociedad, comercio, etc.? ¿Cuántos desórdenes no estallan en una familia en que los hijos no obedecen ni á su padre ni á su madre?.... Pues consecuencias todavía más terribles trae el desobedecer á Dios. El alma queda entonces inestable, confundida y devastada. Todo en ella es ceguedad, esclavitud, maldición y muerte.... El infierno se establece en ella, ó más bien la misma alma es un verdadero infierno, pudiéndose aplicar aquellas palabras de Job: Tierra de dolor y de tinieblas, en la que se extiende la sombra de la muerte, y habitan la turbación y el horror eterno. (X. 22).

Las mismas consecuencias produce el que una nación ó un gobierno desobedezca á la Iglesia. El que os escucha á vosotros, me escucha á mí, y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia: *Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit.* (Luc. X. 16).

Como el pecado de desobediencia, dice San Gregorio, es hijo del orgullo, los desobedientes se resignan á escuchar las reprimendas que se les dirigen, pero no quieren confesar humildemente su falta ni corregirse.

Desobediencia que
quita la des-
obediencia.

La serpiente dijo á Eva: ¿Por qué os ha prohibido Dios comer la fruta de todos los árboles de este jardín? Eva le respondió: Comemos fruta de los árboles de este jardín; pero, respecto del árbol que está en el centro, Dios nos ha prohibido tocarlo, para que no muramos. La serpiente replicó á la mujer: De ninguna manera moriréis. La mujer advirtió que esta fruta era buena para comer, y buena y deleitable á la vista; tomó, comió, y dio de ella á su marido, que comió igualmente. (Gen. III. 1-6).

Ved ahí una desobediencia grande y formal de que se hicieron culpables Adán y Eva. ¿Cuál fué su castigo? 1.º La pérdida de la inocencia; 2.º el sentimiento de la desnudez; 3.º la vergüenza; 4.º el temor; 5.º las excusas; 6.º la concupiscencia; 7.º las tentaciones; 8.º los reproches; 9.º los dolores del parto; 10.º el dominio del hombre en la mujer; 11.º la maldición; 12.º la disminución de la fertilidad de la tierra, el trabajo y los sudores; 13.º la expulsión de nuestros primeros padres del paraíso terrestre; 14.º la muerte; 15.º la corrupción; 16.º la pérdida del Cielo; 17.º el infierno....

Porque Adán, dice S. Gregorio, no quiso someterse á Dios, perdió el derecho que tenía de dominar su carne, á fin de que la confusión de su desobediencia le envolviera enteramente, y dominado, esclavo, conociese lo que había perdido por su orgullo: *Adam, quia Auctori suo esse subditus noluit, sui carnis suam, quam regebat, amissit, ut in se ipso inobedientia sua confusio redundaret, et superatus disceret quid elatus amississet.* (Lib. XXXV. Moral., c. XIII).

Si el alma, dice S. Bernardo, desea reinar en el cuerpo y en los sentidos, es necesario que ella también esté sujeta á su Dueño; porque fallará á su inferior tal como se haya manifestada respecto da aquel á quien debe estar sometida: *Anima, si regnare desiderat super membra sua, necesse est ut sit ipse Superiori suo subiecta; quoniam tale inveniet inferius suum, qualem se exhibuerit superiori.* (Serm. I. in Fest. Omn. Sanct.).

La criatura se arma para vengar la injuria de la desobediencia que cometió contra el Criador: *Armatur enim creatura ad ultionem sui injuriam Creatoris.* (Id. ut supra). Que el alma cuya carne se rebela, sepa pues que no ha sido sujeta como correspondiente á las potencias que le son superiores: *Et ideo nocenti animae, quae rebellat sibi inveniit carnem suam, se quoque minus quam oportet, superioribus potestatibus esse subiectam.* (Id. ut supra).

También dice S. Agustín: Acata la orden y obedeced á Dios, y la carne os obedecerá. ¿Qué puede darse más justo y más bello? Estais sujetos á vuestro Amo, y vuestro inferior os está sujeto. Servid pues al que os ha creado, á fin de que lo que habéis creado para vosotros os sirva también á su vez, porque es evidente que si os desdecáis de someteros á Dios, jamás conseguiréis dominar á la carne. Si no obedecéis al Señor, vuestro esclavo os perseguirá. (1).

(1) Agustinus scribit: Tu Deus, ubi esero obedisti quid iustitiam quid pacemque Tu Meum, minus ubi. Servo, tu, si qui bene te, ubi te servas quod est iustitiam propter te. Si autem non contemnis, tu, service Deo, nunquam efficias ut ubi carni qui non obtemperas Domini, turquis á servo. In Psal. CXLVII.

Cuando Adán se rebeló contra Dios, vió y sintió que los animales, la tierra, sus propios miembros y sus sentidos le desobedecían y se le rebelaban....

En la época del diluvio los hombres no quisieron obedecer á Noé que les amenazaba con la justicia de Dios; y perecieron todos....

Los Sodomitas no quisieron obedecer á Dios; y una lluvia de fuego y de azufre les exterminó....

Faraón no quiso obedecer á Dios; y se vió obligado á obedecer á los mosquitos y á las langostas.... Los Egipcios no quisieron obedecer á Dios; y fueron sepultados en el fondo del mar, hundiéndose como plomo: *Submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.* (Exod. XV. 40).

Si desobedecéis á la voz del Señor Dios, perecereis, dijo Moisés á su pueblo: *Peribitis, si inobedientes fueritis voci Domini Dei vestri.* (Deuter. VIII. 20).

Mas, quien se ensobreciere, añadió Moisés dirigiéndose al pueblo, y no quisiere obedecer el mandato del Sacerdote, que por aquel tiempo es ministro del Señor vuestro Dios, ni al decreto del Juez, ese tal será muerto; con lo que arrancaréis el mal de en medio de Israel: *Qui superbiert, nolens obedire Sacerdotis imperio, qui ministrat Domino Deo tuo, et decreto Iudicis, morietur homo ille; et auferes malum de Israel.* (Deuter. XVII. 12).

Coré, Dathan y Abiron desobedecieron: la tierra abrió sus abismos, y les sepultó con todo lo que les pertenecía. (Num. XVI).

Saul desobedeció á Dios; y Dios le rechazó: y Samuel dijo á aquel Rey: El Señor quiere que su voz sea obedecida, pues la obediencia vale más que el sacrificio. Y porque habeis rechazado la palabra del Señor, el Señor os rechaza, á fin de que no seáis ya Rey: *Pro eo ergo quod abieceristi sermonem Domini, abiecit te Dominus, ne sis Rex.* (I. Reg. XV. 22-23). Por esto dice S. Gregorio que por la desobediencia Saul cayó y perdió la gloria de la gran dignidad con que habia sido investido: *Idco per inobedientiam cecidit, gloriam tantæ dignitatis amisit.* (In hæc verba Script.).

Este castigo de Saul fué justo: no habiendo querido someterse á Dios, debia haber sido privado de su reino....

Jonás quiere desobedecer á Dios, y es arrojado al mar; pasó tres dias en el vientre de una ballena, y sólo se le salvó cuando pidió gracia. Jonás, dice S. Gregorio, cayó en falta, fué precipitado en el abismo, y se le tragó un pez. La tempestad halló al fugitivo de Dios, le ligó la sueta, le recibió el mar, y halló encierro en una ballena. (Lib. VI. Moral., c. XII).

Encontrando dura la orden de Dios, Jonás huyó lejos de Dios, que es la salvación segura de los que le obedecen; se entregó á los vientos desencadenados, al tempestuoso mar, á las olas que se levantan hasta los cielos, á los marineros infieles que le arrojan al mar, á un buque que sólo está separado de la muerte por una tabla de cuatro dedos de grueso.

Insensato y estúpido es el pecador que desobedece; porque abandonando á su Criador, coloca su esperanza en las criaturas, entre las que no halla más que inquietud, turbación, peligros, tempestad, naufragios, y monstruos que le devoran.... Oid á S. Agustín: Tenga cuidado de apaciguar la ira de Dios el que quiera huir de ella: *Qui vult fugere Deum iratum, fugiat ad placatum.* (Homil.).

Obedezcamos á Dios por temor de que no nos persiga.

El hombre está creado para obedecer á Dios; si le desobedece, obedece al infierno.

El que no hace la voluntad de la bondad y de la misericordia de Dios, quedará sujeto á su justicia y á su venganza....

DESPRENDIMIENTO.

A fin de que el espíritu ocupado un sólo con los bienes temporales no ponga menos cuidado en poseer los eternos, el cristiano debe tener tanta confianza en la divina Providencia, dice S. Gregorio, que, aun cuando no pueda procurarse lo necesario para la vida, debe estar bien convencido de que nunca le ha de faltar: *Tanta debet esse in Deum fiducia, ut presentis vite campibus quicquid non providet, tamen sibi hoc non desit certissime sciat; ne dum mens quis occupatur ad temporalia, minus provident eterna.* (Pastor).

No lleveis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos, dijo Jesucristo á sus discípulos: *Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris.* (Matth. X. 9). Cuando viajéis, no lleveis ni alforja, ni dos vestidos, ni más de dos zapatos, ni tampoco palo: *Non perat in via, neque duas tunicas, neque calceamenta, neque virgam.* (Id. X. 10). No amontoneis tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla roen, donde los ladrones registran y roban; atesoraos antes bien tesoros para el Cielo, donde no hay orin, ni polilla, ni ladrones.... No os acogéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacaréis vestidos, para cubrir vuestro cuerpo. Mirad las aves del Cielo como no siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y sin embargo vuestro Padre Celestial las alimenta. Pues ¿no valeis vosotros mucho más sin comparación que ellas? Y tocante á los vestidos, ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad como crecen los lirios de los campos; ellos no labran, ni tampoco hilan; y sin embargo os aseguro que ni el mismo Salomón con toda su gloria se vistió con tanto primor como uno de ellos. Si Dios viste pues así la yerba de los campos que hoy existe y mañana es arrojada al fuego, ¿cuánto mejor no os ha de vestir á vosotros, hombres de poca fe! Así que, no vayais diciendo acogidos: ¿dónde hallaremos con qué comer y beber? ¿dónde hallaremos con qué vestiremos? como hacen los paganos, que con los que andan ansiosos tras todas estas cosas; pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta. Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán con exceso. No andéis pues acogidos por el día de mañana, que el día de mañana harlo cuidado traerá por sí; bastará á cada día su propio alim. ó tarea. (Matth. VI. 25-34).

El que es más grande que el mundo, dice S. Cipriano, no debe desear ni buscar lo que pertenece al mundo: *Nihil appetere jam, nihil de seculo desiderare potest, quod seculo major est.* (Serm. in orat. Rom.).

Quede exenta vuestra vida de avaricia, dice el gran Apóstol; con-

tentaos con lo presente, puesto que Dios mismo dice: No te desampararé, ni abandonaré jamás: *Sint moris sine avaritia, contenti presentibus; ipse enim dicit: Non te desaram, neque derelinquam.* (Hebr. XIII. 5). Marta, Marta, dijo Jesucristo á aquella mujer que se afanaba y acogojaba por mil cuidados: Os inquietais demasiado, os turbais por muchas cosas; y sin embargo una sola es necesaria: *Martia, Martha, sollicita es, et turbaris erga plurima; porro unum est necessarium.* (Luc. X. 41-42).

Ciertamente es un gran tesoro la piedad, la cual se contenta con lo que basta para vivir, dijo S. Pablo á Timoteo: *Est autem quæstus magnus pietas cum sufficientia.* (I. VI. 6). Nada hemos traído á este mundo; y sin duda que tampoco podremos llevarnos nada: *Nihil enim intulimus in hunc mundum; haud dubium quod nec auferre quid possimus.* (Ibid. VI. 7). Teniendo pues con qué comer y con qué cubrirnos, contentémonos con esto: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus.* (Ibid. VI. 8).

Pero, añade aquel gran Apóstol: Los que pretenden enriquecerse, caen en la tentación y en el lazo del demonio y en varios deseos inútiles y dañosos que hundén á los hombres en el abismo de la muerte y de la perdición: *Nam qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia et nociva, quæ mergunt homines in interitum et perditionem.* (Ibid. VI. 9).

Los que practican el desinterés, evitan todos los males. Ya sabéis, dijo S. Pablo á los Hebreos, que tenéis bienes mejores que este mundo, y que no acabarán nunca. (X. 34).

Si no tenéis nada, dice S. Jerónimo, estáis libres de un gran peso; seguid en vuestra desnudez á Jesucristo desnudo: *Si non habes, grandi opere liberatus es: nudum Christum nudus coquer.* (Ad Rust.).

Pobreza no es vileza, es una gloria. Por otra parte, el que nada desea y es rico en Dios, no es pobre. El Cielo se compra con el desinterés y el desprecio de los bienes perecederos....

Dejad los bienes de la tierra, dice S. Agustín, y recibiréis los del Cielo; porque el reino de los Cielos se compra con el desprendimiento. (Lib. de Civit.). Los que son desinteresados, dice S. Gregorio, no tocan el suelo, vuelan, porque nada desean de la tierra: *Volant qui terram quasi non tangunt, qui in ipsa nihil appetunt.* (Moral.).

El que quiere poseer á Dios, dice S. Próspero, renuncia al mundo, á fin de que Dios sea su feliz posesión: *Qui vult possidere, renuntiat mundo, ut sit illi Deus bona possessio.* (Lib. II. de Vita contempl.).

El hombre desinteresado es semejante á Dios, dice el filósofo Sexto. (Sentent. c. II.).

Gran tesoro es para el alma, dice Seneca, no pedir nada á la tierra, no rogar á nadie, y poder decir: *Fortuna, nada te pido; no me ocupas de tí.* Tiene poco el que no teme el frío, ni el hambre, ni la sed? Ni Júpiter es mas rico. Lo que basta, es mucho; y lo que no basta, es muy poca cosa. Alejandro, dueño del mundo, era pobre, porque

Ventajas del desprendimiento.

no estaba contento. ¡Lo que hasta á la naturaleza toda, no habria de bastar al hombre! ¡Los hay que llevan sus deseos más allá de cuanto existe: tanta es la ceguedad de su espíritu! *Tanta est cecitas mentium.* (In Prov.).

Los amigos de
dilectores.

Abraham dejó su país, á sus parientes y sus riquezas para obedecer á Dios.... Jeerucristo no buscaba más que almas.... Los Apóstoles no tenían ni oro ni plata.... No ha deseado, dijo S. Pablo, ni la plata, ni el oro, ni el vestido de nadie: *Argentum, et aurum, aut vestem nullius concupivi.* (Act. XX. 33).

Mirad á S. Antonio á S. Francisco de Asís, á todos los anacoretas, etc.... Es cierto que los Santos de todos los siglos y de todos los lugares han practicado un desinterés heroico....

Entre todas las virtudes, el desprendimiento es la que, aun en el mundo, es más alabada y estimada.... Cuando se quiere ensalzar á un hombre virtuoso, no se dice que es casto, dulce, humilde, etc.; sino es un hombre desinteresado.... Esta virtud es tan preciosa, que pueda decirse que ella sola basta....

Lo que ha de
hacerse para
tener dispo-
sición.

Depositad en el seno de Dios; dice el apóstol S. Pedro, todas vuestras solicitudes, porque el mismo vela por vosotros: *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis.* (I. V. 7).

¡Como, dice S. Agustín, como el que ha tenido cuidado de vosotros ántes de vuestro nacimiento, no ha de tenerlo ahora que sois lo que ha querido que fueseis? Dios no os hará falta en ninguna circunstancia; no le falleis, ni os falleis tampoco á vosotros mismos: *Qui habuit tui curam antequam esses, quomodo non habebit curam cum jam hoc est quod voluit ut esses? Nusquam tibi deest; tu illi noli deesse; tu tibi noli deesse.* (Serm.).

El cristiano debe obrar con Dios como el niño que no se inquieta por nada y descansa tranquilo en el seno de su madre, dejándole á ella todos los cuidados. Dios es nuestro padre y también nuestra madre....

Vos que sois bueno y omnipotente, dice S. Agustín, tendreis cuidado de cada uno de nosotros, como si no hubiese más que uno, y de todos los hombres como si uno sólo existiese: *O tu, bone omnipotens, qui sic curas unumquemque nostrum, tamquam solum cures; et sic omnes tamquam singulos.* (Ut supra).

Como Dios es el Criador de todas las cosas, es también el conservador de ellas y su providencia.

No os inquietéis por vuestros negocios, dice S. Crisostomo: confiadlos ántes bien á Dios; porque si os ocupáis de ellos, lo hareis con la inteligencia y el poder del hombre; y vuestros negocios irán mal; pero si los confiáis á Dios, Dios cuidará de ellos: *Ne cures tua, sed ea Deo permitte; nam si satagas, tamquam homo satagas; si vero dimittas, Deus providebit.* (Homil. ad pop.).

Confíandolo todo á Dios, el proveerá perfectamente en todo lo relativo á lo temporal, á lo espiritual, etc....

Es preciso someternos á la voluntad de Dios y darle gracias por todo, á imitación del santo varón Job, que después de haber sido colmado de bienes, fué agobiado de males durante algun tiempo, mereciendo más tarde por su resignación y su paciencia que Dios le devolviese todos sus bienes, y aun se los aumentase. Todo me lo habia dado Dios, y todo me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado: Bendito sea el nombre del Señor: *Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est: (Sic nomen Domini benedictum! (I. 21).*

IMAGEN DEL HOMBRE.

El hombre es creado á imagen de Dios.

Dios sacó el universo de la nada: un sólo signo de su voluntad; y aquella única palabra *fiat* bastó. A este universo le faltaba un jefe, un rey. Todo existía, ya, menos aquel rey que debía reinar sobre todo lo creado, puesto que todo estaba creado para él. Entonces la augusta Trinidad entró como en consejo, y pronunció luego solemnemente la decisión siguiente: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra. (Gén. I. 26). Sólo el hombre ha sido creado á imagen de Dios: el hombre es el fin, el objeto del mundo creado....

Clemente de Alejandría llama al hombre planta celestial: *Planta celestis*. (Lib. Strom.). porque tiene su raíz en el Cielo. Las plantas tienen su raíz en la tierra; pero el hombre tiene su raíz en regiones superiores: el árbol se nutre de la tierra; pero el hombre no puede vivir más que del Cielo....

¿Qué mayor honra podía usarse al hombre, dice S. Ambrosio, que haber sido creado á imagen de su Creador? *Quis major honor homini potest esse, quam ut ad similitudinem sui Factoris conderetur*. (Lib. de Dignit. humani condit., c. III).

Si examinamos detenidamente y con precisión el origen de nuestra creación, dice S. Leon Papa, veremos que el hombre ha sido hecho á imagen de Dios; á fin de que imite á su divino Autor; pues la dignidad de nuestra raza consiste en que la semejanza de la Divinidad brille en nosotros como en un espejo (1).

Hombre animal, que la rebajas hasta hacerte semejante á las bestias, y muchas veces hasta hacerte inferior á ellas, y envidias su estado, es menester que hoy comprendas la dignidad por las admirables singularidades de tu creación, y por los otros honores que se te han tributado. Has sido creado, no como las demás criaturas, por una palabra de mandato: *Fiat*, hágase; sino por una palabra de consejo: *Faciamus*. Hagamos. Dios toma consejo consigo mismo, como al ir á hacer una obra suya.... Antes del hombre, todo lo que Dios había creado en el universo, era incapaz de conocer, amar, servir á su Creador y poseerlo. Dios dió al hombre todas estas prerogativas divinas por cuya razón para formarle no se propuso otro modelo que á sí mismo. Por medio de estas palabras: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; Dios expresa todas las hermosuras del hombre, y á la par todas las riquezas que le dió con su gracia, entendimiento, voluntad, rectitud, inocencia, conocimiento

(1) Si filius atque, sequens creaturis, nobis intelligamus exordium inveniamus hominem sicut ad imaginem Dei conditum, ut scribit qui sancti Auctores; et hunc esse naturam, nostri generis dignitatem, si in nobis, in quibus speculo, dicitur benignitatis formam resplendere. *Sermones I. de seculo X. mensis.*

claro de Dios, amor infuso de este primer Ser, y seguridad de gozar con él de la misma felicidad....

«Hagamos al hombre;» á estas palabras aparece la imagen de la Augusta Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Semejante al Padre, tiene el ser; semejante al Hijo, tiene la inteligencia; semejante al Espíritu Santo, tiene el amor. Dios tiene la inteligencia, la voluntad, el amor; el hombre, hecho á imagen de Dios, posee también la inteligencia, la voluntad y el amor. He aquí la imagen de la Santísima Trinidad; es el cumplimiento de aquellas palabras: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*....

El hombre se parece á Dios por tres conceptos: 1.º por naturaleza, porque somos de una naturaleza razonable é inteligente, así como Dios es también razonable é inteligente....; 2.º por la gracia, que, dice S. Bernardo, consiste en las virtudes....; 3.º la semejanza perfecta é infinita con Dios tendrá lugar en el Cielo, con la presencia y la gloria beatífica.... Tributemos el honor que es debido, dice S. Gregorio Nazianzeno, á la imagen de Dios que está en nosotros; reconozcamos nuestra dignidad: *Imaginis decus imagini reddamus; dignitatem nostram agnoscamus*. (Serm. de Nativ.).

La imagen natural de Dios está en el alma, que es espíritu, que no es material, que es ágil, inmensa, inteligente, libre, inmortal. Esta imagen de Dios es natural en el hombre; no la pudo perderse por el pecado de Adán; pero ha perdido su hermosura y perfección. Es otra imagen de Dios en el hombre, una imagen sobrenatural, que consiste en la gracia y justificación del hombre, por la cual el hombre se hace partícipe de la naturaleza divina; y esta imagen será cabal en la gloria y vida eterna. Porque la gracia, dice S. Agustín, es el alma del alma: *Gratia est anima animae*. (Tract. de Cogn. verae vitae.). Adán fué creado en esta gracia, que es una verdadera imagen de Dios. Esta semejanza del alma con Dios por la gracia, depende de la voluntad del hombre; pecando, la pierde; pero por la gracia y la justificación vuelve á hallarla y se rehabilita....

Sólo el hombre ha sido hecho á semejanza de Dios. El sol, que tan resplandeciente es y bello, no está hecho á imagen de Dios. La luna y las estrellas, que adornan el firmamento, no están hechas á imagen de Dios. La tierra y sus variadas producciones no están tampoco hechas á imagen de Dios. El vasto Océano, á pesar de su inmensidad, no está hecho á imagen de Dios. Sólo el hombre y el ángel tienen esta prerogativa infinitamente preciosa.

O hombre, exclama S. Pedro Crisólogo, ¿por qué, siendo tan honrado por Dios, te deshonras? ¿por qué eres tan vil á tus ojos, tú tan grande y precioso á los ojos de Dios? ¿No ves que, al deshonrarte, deshonras á Dios, cuya imagen eres? (Serm.).

Esta naturaleza razonable del hombre, que constituye la imagen de Dios, encierra seis cualidades principales, seis propiedades excelentes.

Trascripción del texto.

tes. La primera cualidad es que el alma es espiritual é indivisible, como Dios también es espíritu indivisible.... La segunda es que el alma es inmortal.... La tercera es que está dotada de inteligencia, de voluntad y de memoria.... La cuarta es el libre albedrío de que goza.... La quinta es que es apta para la sabiduría, la virtud, la gracia, la beatitud, la visión de Dios y todo bien.... La sexta es que preside y domina con su poder todo en el hombre y en la creación.... Añádese una séptima propiedad: así como todas las cosas están eminentemente contenidas y encerradas en Dios, así se hallan también todas las cosas en el hombre. Con su inteligencia, todo se lo apropia, porque se representa en su espíritu una imagen ó semejanza de todo.... Las cosas más preciosas, dice S. Crisóstomo, no pueden compararse al alma, ni tampoco el mundo entero. *Nullius rei pretium est cum anima conferendum, ne totus quidem mundus.* (Homil. III. in Epist. ad Cor.).

Jamás hubiésemos podido conocer nuestra grandeza, ni habríamos tampoco comprendido jamás nuestro alto destino, sin el auxilio de la revelación de la Sagrada Escritura. El Señor Dios, dice el Génesis, derramó sobre el rostro del hombre un soplo de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional: *Dominus Deus inspiravit in faciem ejus spiraculum vite, et factus est homo in animam viventem.* (II. 7). Y no es que Dios tenga boca, como los hombres, para dar un soplo; sino que la Escritura habla así para darnos á entender que Dios estima el alma y la quiere como á una emanación de su propia vida. Bien es verdad que ha sacado el alma de la nada, como á todas las demás criaturas; pero al decirnos el Espíritu Santo que es un soplo divino, quiere decirnos que Dios la ha producido con un afecto tan particular y tan tierno, que es como si la hubiese sacado de las regiones de su corazón.

Además, la Sagrada Escritura no nos dice que Dios ha hecho nuestra alma con sus manos, como nuestro cuerpo, ni que la haya creado hablando, como ha creado á todos los demás seres; sino respirando, aspirando, para darnos á entender que es como si hubiese dado nacimiento á una queridísima concepción que llevara en sus entrañas durante toda la eternidad. Es como si la Sagrada Escritura dijera que el alma procede del interior de Dios, así como la respiración ó el soplo no es más que una salida ó entrada continua de aire que va á visitar el corazón, no le deja más que un sólo momento, y luego vuelve á él al punto para refrescarlo y conservarle la vida; de la misma manera nuestra alma no ha salido de Dios sino para volver á entrar en él; no la ha expirado sino para volverla á aspirar de nuevo. Pues si ella ha, en cierto modo, aliviado su corazón al salir de él, parece que lo aligera y lo consuela en cierto modo cuando allí mismo vuelve por alguna amorosa aspiración, ¡oh si supiésemos lo qué es nuestra alma para el corazón de Dios! No puede vivir sin ella; el mismo Dios no está contento sin ella.

Ved el lazo admirable que Dios ha querido poner entre su Espíritu y el nuestro.

El Espíritu Santo es una sagrada emanación del corazón de Dios, emanación que le colma de una manera infinita en sí mismo; y nuestra alma es un soplo de Dios, soplo que le da complacencia hasta fuera de sí mismo. El Espíritu Santo es la última de las inefables producciones de Dios en sí mismo; y nuestra alma es la última de todas las admirables producciones de Dios fuera de sí mismo....

El alma está tan admirablemente elevada encima del cuerpo, que puede decirse que se acerca más á Dios que la ha creado, que al cuerpo á que está unida. Y á decir verdad, ella sola, entre todas las criaturas de la tierra, tiene algunos rasgos visibles de las perfecciones de Dios; es más elevada que el Cielo, más profunda que el abismo, más vasta que el universo, y es duradera como la eternidad. Dios es espíritu, y el alma es espíritu; Dios es simple é indivisible, y el alma es simple é indivisible; Dios es inmóvil, todo lo pone en movimiento y lo vivifica, y el alma es lo mismo respecto del cuerpo que anima; Dios es inteligente, y el alma es inteligente; Dios quiere, y el alma quiere; Dios se ama, y el alma, amando á Dios, se ama verdaderamente á sí misma; Dios ha hecho todas las cosas, y el alma obra, y los límites de su acción no pueden señalarse; Dios es libre y domina todas las cosas creadas, y el alma tiene el libre albedrío, y según su voluntad mueve los miembros del cuerpo; Dios todo lo tiene presente en su memoria, y el alma posee también esta facultad; Dios es omnipotente, y el hombre, si quiere, dispone del poder divino, hace cosas admirables, y comprende otra multitud en la extensión de su espíritu; Dios es el fin de todas las cosas, y el hombre es el fin de todas las criaturas; Dios está todo en el mundo, y todo en cada parte del mundo; y el alma también rige el cuerpo, y está entera en el cuerpo, y entera en cada una de sus partes. Y, lo que es más perfecto, como Dios Padre, conociéndose con su inteligencia, produce al Verbo, su Hijo, y amándole produce el Espíritu Santo; así también el hombre, conociéndose, produce en su alma una palabra inteligente, expresión de sí mismo, y de allí procede el amor en su voluntad, dice S. Agustín. (Serm. XIV. de Temp.).

El alma participa de la nobleza, del dominio, de la sabiduría, de la grandeza de Dios y de su divino Espíritu....

No os admiréis pues de que diga S. Agustín que salvar á una alma es cosa más grande que crear el Cielo y la tierra. (Serm. XXIV. de Temp.). De todas las perfecciones la más divina es la de ser cooperador de Dios, volviendo á llevar las almas á su Criador.

Si separáis, dice el Señor por medio de Jeremías, lo que tiene mucho precio de lo que es despreciable, seréis en cierto modo la boca mía: *Si separaveris pretiosum á vili, quasi os meum eris* (XV. 49).

El alma es una piedra preciosa que vale más que el mundo entero; porque, hecha á imagen de Dios, participa del mismo Dios; es como parte de su aspiración divina. Por este motivo S. Agustín y

Sio. Tomás enseñan que la conversión y la justificación del pecador es más difícil, más grande y admirable que la creación del mundo. S. Crisóstomo enseña que convertir á una alma es un don más grande y más agradable á Dios, que erigirle un templo. Por más considerables que sean las cantidades de dinero que se consagran en construir un templo magnífico, nada son, comparadas con la salvación de una alma y con su valor. Salvar á una alma es una limosna mayor que dar diez mil talentos, que dar el universo si fuera posible; porque una alma es más preciosa que cuanto existe: es de un valor infinito, puesto que ha costado la sangre de un Dios y todo ha sido hecho para el hombre, el Cielo, la tierra, los mares, el sol, las estrellas, los animales, las plantas, los vegetales y los minerales....

Aun cuando toda la tierra, dice Filón, se volviese oro puro, ó aun cuando se volviese otra cosa más rica todavía, y todos los arquitectos, todos los joyeros la empleasen toda para levantar pórticos, vestíbulos y palacios á Dios, ni siquiera sería digno todo esto junto de servir de escabel á sus pies; y una alma en estado de gracia, es digna de recibirle y de abrigarle! (*Lib. de Cherub.*).

Señor, dice el Rey Profeta, habeis colocado al hombre casi al igual de los ángeles; y le habeis coronado de gloria y de honor, y le habeis dado el imperio sobre las obras de vuestras manos: *Minuisti eum paulo minus ab angelis; gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum.* (VIII. 6).

Todo lo pusisteis á sus pies, los rebaños, los animales del campo, las aves del Cielo, los peces del mar que hienden sus ondas: *Omnia subiecit sub pedibus ejus, oves et boves universas, insuper et pecora campi, vulvures caeli et pisces maris qui perambulant semitas maris.* (VIII. 8).

Todo os pertenece, dijo el gran Agóstol á los Corintios: vosotros empero sois de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios su Padre: *Omnia vestra sunt; vos autem Christi, Christus autem Dei.* (I. 23-24).

El alma en el hombre es directora, dueña, reina no sólo de todos los miembros, sino de todos los sentidos, de las pasiones, de los pensamientos y de los deseos. Así pues es preciso que refrene sus concupiscencias y sus desarreglados apetitos, y que no se deje jamás gobernar y dominar por ellos. Refrenad vuestro cuerpo con la razón, como dice S. Basilio, así como el escudero sujeta su caballo con el freno. (*Homil. XI.*).

Hagamos al hombre, dijo el Señor, á imagen y semejanza nuestra, y domine á los peces del mar, y á las aves del Cielo, y á las bestias, y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueva sobre la tierra. (*Gen. I. 26.*).

Dios hizo pues al hombre rey de todas las cosas; el palacio del universo ha sido construido y adornado para el hombre-rey....

El mundo es el templo de Dios; el hombre es su sacerdote para

orar y dar gracias á Dios en nombre de todas las criaturas; pues solo él posee la razón y la palabra. Todas las criaturas ponen sus riquezas á los pies del hombre-rey: ellas mismas se ofrecen á su servicio; pero le dicen: Estamos á tus órdenes; lleva al trono de Dios tus adoraciones por nosotros y por ti. Todo es tuyo; úsalo todo por Dios, y da también gracias de todo á Dios, que nos ha creado para tí. Nuestro fin es servirte el tuyo, ó hombre que eres nuestro rey, es servir á Dios....

El hombre, dice S. Ambrosio, ha sido creado el último por muy justas razones: habiendo todo sido hecho para él, todo debía precederle para tributario homenaje y ofrecerse á sus necesidades. Ha sido hecho el último como reuniendo en sí mismo todo el universo, como siendo la causa del mundo por la cual todo ha sido hecho, como teniendo por propiedad todos los elementos y morando en ellos. Vive entre las bestias salvajes, nada con los peces, vuela sobre los pájaros, y trata conversacion con los Angeles; habita la tierra y sube al Cielo; atraviesa los mares, y, cultivador de la tierra, viaja sobre las olas, pescador en las aguas, y atravesando los aires, es el heredero y el dueño de la tierra y del Cielo. (*Lib. VII., epist. XXXVIII.*).

No cabe duda que el hombre ha sido hecho para reinar. ¿Por qué pues, exclama S. Basilio, ó hombre-rey, te haces esclavo de tus miserables inclinaciones? ¿por qué te haces esclavo del pecado? ¿por qué te constituyes cautivo del demonio? Dios te manda que ocupes el primer lugar entre las criaturas, y las rajas; y tú estrallas tu reino, rompes tu dominio y tu cetro, y ocupas el último lugar? Has sido hecho para dominarlo todo; y todo te domina. ¿Todo debe obedecerte; y tú obedeces á todo! ¿Qué desquiciamiento más espantoso! (*Homil. XI.*).

Todos los cristianos probos y santos son unos reyes, dice S. Gregorio; porque dominando todas las concupiscencias, ponen un freno á la lujuria, al orgullo, á la gula y á la ira. Son reyes que, lejos de sucumbir á las tempestades de las tentaciones, mandan y obligan á los vientos, á las tempestades y á los mares furiosos y desencadenados que se aquieten. (*Serm. de Nativ.*).

Alégrate, hombre-rey, descendiente de Dios, dice Orígenes, alver las insignias de tu dignidad real. Te llaman rey, porque está escrito: Eres de una raza real. Y porque eres rey, con justo título Jesucristo, tu Señor y tu Rey, se llama Rey de los reyes y Señor de los señores. Te hace rey de todas las cosas, reinando en tí. Así pues, si el alma reina en tí, y la carne obedece; si sujetas la concupiscencia al yugo de tu imperio; si tienes enfrascados y cautivos tus vicios, sabrás que eres rey y que mereces serlo. Cuando seas así, serás tenido como rey por Jesucristo, Rey de los reyes, y serás llamado á oír sus divinos consejos. Si reinas sobre tí mismo, reinará sobre Dios, pues podrás obtener de él cuanto quisiéres. (*In Evang.*).

¿Qué cosa, más real, dice S. Leon, que someter el espíritu á Dios

y la carne al espíritu? ¿Qué cosa más sacerdotal que rendir homenaje á Dios con la conciencia pura, y ofrecerle en el altar del corazón puros holocaustos de piedad? Entonces somos reyes y sacerdotes, como dice el Apocalipsis: *Fecit nos regnum et sacerdotes.* (1. 6, Serm. de Nativ.).

El verdadero y más bello reino del hombre, es que Jesucristo, Rey, reine en él y le gobierne: entonces recibe de Jesucristo su dignidad real y su reino, y se convierte en verdadero rey: porque entonces reina y gobierna por justo derecho. Reina, 1.º, sobre sí mismo, sobre todas sus facultades y movimientos.... 2.º reina sobre cuanto lo rodea, y todo lo somete á su imperio; 3.º reina sobre el prójimo, á quien debe su afecto y su amor. Cuando el hombre se une á Dios, el mismo se domina á sí mismo piadosa y santamente, y modera sus acciones: aprende fácilmente á gobernar y mandar á los demás. Entonces es un reino de paz, y de dicha, la prenda del reino eterno: entonces todo pertenece al hombre: el hombre emperador de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios: *Omnia terra sunt; vos autem Christi, Christus autem Dei.* (1. Cor. III. 22-23).

La extensión del reino del hombre acá en la tierra, es la fe; su anchura, la esperanza; su altura, la caridad; su profundidad, la humildad; su duración será el Cielo por toda la eternidad....

La primera dignidad real del hombre consiste en ser fiel servidor de Dios.

Derramaré mi espíritu sobre mis siervos y siervas, dijo el Señor por medio de Joel: *Super servos meos et ancillas effundam spiritum meum.* (II. 29). Y allí donde reina el espíritu de Dios, allí está la verdadera dignidad real.

El título de servidor de Dios es muy ilustre, nobilísimo y muy honroso. El Jefe Supremo de la Iglesia se enana con él, y aun toma otro mucho más inferior que aumenta su brillo; se llama servidor de los servidores de Dios: *Servus servorum Dei.* Servir á Dios es reinar. Por esto dice el Rey Profeta: Oh Señor, siervo vuestro soy, siervo vuestro é hijo de esclava vuestra.—Yos rompisteis mis cadenas: *O Domine, quia ego servus tuus, ego servus tuus et filius ancilla tua. Dirupisti vincula mea.* (CXV. 16).

Abraham se llamó siervo de Dios. (*Gen. XVI. 24*); Moisés hizo lo mismo. (*Numer. XII. 7*); y lo propio Job. (1. 8). Aún más: Jesucristo tomó este nombre en Isaías. Y S. Pablo, al principio de sus Epístolas, no se da otro título: Pablo, servidor de Jesucristo: *Paulus servus Christi.* La Bienaventurada Virgen, Madre de Dios, se llama también sierva del Señor: *Eccae ancilla Domini.* (Luc. 1. 38). Cuando el ángel Gabriel se presentó como enviado de Dios á aquella Augusta Virgen; cuando, lleno de respeto y de veneración hacia ella, le dijo: Te saludo, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres; cuando aquel embajador del Cielo le dijo que había hallado gracia ante Dios, añadiéndole que había de

concebir en su seno, y había de dar á luz un hijo, cuyo nombre sería Jesús, que había de ser grande, y había de ser llamado Hijo del Altísimo, y el Señor había de darle el trono de David, su padre, y había de reinar eternamente; cuando añadió todavía que el Espíritu Santo vendría en ella y la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra, por cuyo motivo el sagrado fruto que nacería de ella sería llamado Hijo de Dios; y en presencia de tantas grandezas, de una elevación, de una dignidad única, celestial y divina, que hicieron á María Madre de Dios, erigiéndola en Reina del Cielo y de la tierra por toda la eternidad, entonces la humilde Virgen pronunció aquellas palabras: He aquí la esclava del Señor: *Eccae ancilla Domini.* (Luc. 1. 38).

El título de servidor de Dios es pues un título que honra, un título que implica una dignidad real....

Santa Ágata contestó al presidente pagano que le echaba en cara el llevar una vida de esclava, viviendo como los cristianos, siendo noble: La humildad y la esclavitud de los cristianos son muy superiores en grandeza y en honor á los reyes de la tierra. (*In ejus via*).

Así es que el título de servidor de Jesucristo prueba la grandeza del hombre, prueba que el hombre es de la naturaleza de los Ángeles, en cuanto á su alma. Los mismos Ángeles en el Cielo, reinando con Dios, no son más que servidores suyos. Y sólo este título les erige en Reyes....

Si es ya una honra tan grande ser servidor de Dios; si este título manifiesta la grandeza del hombre, ¿qué diremos del honor y de la grandeza infinita del título de hijos de Dios?

Mirad, dice el apóstol S. Juan, que tierno amor hacía nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamásemos hijos de Dios, y lo seamos en efecto: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus.* (1. III. 4). Este augusto título de hijos de Dios nos permite participar de sus divinos atributos. Como Dios es Santo por esencia, así el justo engendrado á la justicia por Dios y hecho hijo de Dios, tiene la santidad; como hijo de Dios, llega á ser poderoso y puede decir con S. Pablo: Todo lo puedo por medio de aquel que me conforta: *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philipp. IV. 13). Llega á ser inmutable; de modo que uniéndose á Dios no podrían conmovérle ni ruegos ni amenazas. Llega á ser celestial, olvida y desprecia la tierra. Llega á ser como impenetrable.... Llega á ser bueno hacia sus semejantes; como un sol bienhechor, derrama sus beneficios sobre todos, y á todos abraza con el ardor de su caridad. Llega á ser sabio en la primera de las ciencias, la Religión y la virtud, porque Dios es su dueño, y la unión de Dios le instruye de todo. Es imperturbable, porque teniendo su alma fija en Dios, desprecia todas las vicisitudes del mundo y del siglo. Es liberal, exento de envidia, devuelve bien por mal; y así ha- ce de sus enemigos amigos constantes. Tiene rectitud en sus miras

El hombre, ser-
vidor de Dios.

El hombre hijo
de Dios.

como en sus acciones; es paciente, igual, constante, fuerte, prudente, sincero, á imitación de Dios, que es su Padre!...

Los cristianos se glorian de ser hijos de Dios, y lo son en efecto. Siendo esto así, deben trabajar con celo y perseverancia para su perfección, y ejercitarse en obras heroicas y divinas....

Oid á S. Cipriano: Cuando la carne os solicita, dice, responded: Soy hijo de Dios, he nacido para mayores cosas que para satisfacer mis corrompidos sentidos. Cuando el mundo os tienta con sus placeres, sus riquezas ó honores, responded: Soy el hijo de Dios destinado á las riquezas, á los placeres y honores celestiales. Cuando el demonio trate de seduciros, responded: Retirad á tu inferno, Satanás: no quiera Dios que yo, hijo de Dios, llegue á ser hijo del diablo! Nacido para un reino eterno, desprecio como humo, como barro, todo lo que puede ofrecérseme más lisonjero aquí en la tierra. (*Lib. de Spect.*). Sois hijos de Dios: imitad á Jesucristo; os llama á hacer la voluntad de Dios, á acercaros más y más á él.... apresuraos, corred por el camino que ha de conducirlos á nuestro Padre celestial.

Dios es nuestro Padre.

¡Hijos de Dios! (Dios es pues nuestro Padre) ¡Dios mío, qué grande es el hombre! Cuando una familia se encuentra con títulos de nobleza que cuentan siglos de antigüedad, se considera orgullosa y feliz. Pero, ¡qué son todos los títulos, honores y dignidades de este mundo, comparados con el título de cristiano, que nos hace hijos de Dios, y nos permite llamar á Dios nuestro Padre!....

¡Veis aquel pastor que cuida de un rebaño en el campo? Es noble; Dios es su Padre.... ¡Veis aquel mendigo delante de vuestra puerta, apoyado en su bastón, cubierto de andrajos y mutilado? ¡Es noble, y Dios es su Padre! Todos los días y á cada instante del día puede decir con toda verdad: Padre nuestro que estás en los Cielos... ¡Qué grande es, exclama S. Cipriano, la indulgencia de Dios! (Qué cúmulo de dignidad y de bondad para nosotros, no sólo permitirnos que le llamemos nuestro Padre, sino quererle, mandarlo, siendo realmente así! Jesucristo es Hijo de Dios, y nosotros tenemos también el título de hijos del mismo Padre! Jamás nos hubiéramos atrevido á llamarle Padre nuestro si no nos lo hubiera permitido y hasta mandado. Debemos pues recordar, carísimos hermanos míos, y debemos saber que cuando decimos que Dios es nuestro Padre, debemos obrar como hijos de Dios; á fin de que, así como nos alegramos de que Dios sea nuestro Padre, se alegre él también de tenernos por hijos (1).

Sois hijos del Dios vivo, dice el profeta Oseas: *Dixerat eis: Filii Dei viventes.* (I. 10).

Esta dignidad y elevación del hombre de tener por Padre á Dios,

(1) Meminisse, itaque, fratres filiationis, ut scire debemus, quia, quando Patrem Deum dicimus, quasi illi Dei agere debemus; ut, quomodo nos ipsi placemus de Deo Patre, sic illi placeat et ille de nobis. Serm.

y de ser su hijo, es muy grande, es casi infinita. Que Dios, dice S. Leon, llame hijo suyo al hombre, y que el hombre llame Padre á Dios, es un favor superior á todos los favores: *Omnia dona excedit hoc donum, ut Deus hominem vocet filium, et homo Deum nomen Patrem.* (Serm. VI de Nativ.). Por cuya razón el mismo Sto. Doctor enseña que el hombre debe imitar á Dios, su Padre, vivir con su vida, á fin de tener una vida divina, y no terrestre ni carnal. Reconoce su dignidad, ó cristiano, dice; y hecho partícipe de la naturaleza divina, cuida de no volver á tu antigua vileza con una degradada conducta: *Agnosce, ó christiane, dignitatem tuam; et divina consors factus naturæ, noli in veterem vilitatem degenerare conversatione redire.* (Serm. I. de Nativ.). Siendo de una raza escogida y real, continúa S. Leon, corresponded á vuestra vocación, amad lo que ama vuestro Padre; que haya semejanza entre él y vosotros, á fin de que vuestro Padre no os aplique aquellas palabras de Isaías: *He criado hijos, y los he engrandecido; y ellos me han menospreciado: Filios enutivi, et exaltavi; ipsi autem spernerunt me.* (I. 2). Poned antes bien en práctica aquellas palabras de Jesucristo: *Sed vosotros perfectos, así como perfecto es vuestro Padre celestial: Estote vos perfecti, sicut et Pater vester celestis perfectus est.* (Matth. V. 48).

Observad lo que dice el Evangelio de S. Juan: A todos los que recibieron el Verbo, que son los que crean en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios; los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios por la gracia (I. 12-13); á los que son semejantes al Hijo único de Dios, á quien el Padre dijo desde toda la eternidad: Sois hijos míos; os engendro hoy: *Filius meus es tu; ego hodie genui te.* (Psalm. II. 7).

Los cristianos no son hijos de los dioses vivos y muertos, hijos de los ídolos, sino hijos del verdadero Dios, del Dios vivo, que es la vida misma, la vida divina é increada, vida que les comunica.

En esta generación y filiation, el Padre es Dios; la fecundidad es la gracia preveniente; la madre es la voluntad que consiente, coopera á esta gracia; la familia que nace de ella, son los justos; el alma de esta familia es la caridad. El ejemplo de esta filiation es la filiation del Verbo de Dios; porque, así como Dios Padre engendra desde toda la eternidad á un Hijo que le es consubstancial é igual en todo, de la misma manera engendra en el tiempo á unos hijos que son por gracia lo que por naturaleza es el Hijo de Dios. Así lo dice S. Pablo á los romanos: Aquellos que Dios ha especialmente previstos, han sido también predestinados por él, para que se hicieran conformes á la imagen de su Hijo, por manera que sea el mismo Hijo el primogenito entre muchos hermanos: *Quos præcivit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus.* (VIII. 29).

Todos aquellos que se rigen por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios, continúa el Apóstol. No habéis recibido inmediatamente el

espíritu de servidumbre en el temor, para obrar todavía solamente por temor, como esclavos; sino que habeis recibido el espíritu de adopción de los hijos, en virtud del cual llamamos: ¡Oh Padre, Padre! Y el Apóstol lo prueba, añadiendo: El mismo Espíritu Santo está dando testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos también herederos; herederos de Dios, y coherederos de Jesucristo; con tal, no obstante, que padezcamos con él, á fin de que seamos con él glorificados. (VIII. 14-17).

Para ver con mayor exactitud, para examinar más profundamente y comprender también más esta adopción del hombre por Dios, es preciso observar que en esta adopción la gracia, la caridad y los otros dones del Espíritu Santo no son los únicos que se nos han dado, pues se nos ha dado el mismo Espíritu Santo, que es el primero á creado de los dones que Dios hizo á los hombres. Dios hubiera podido, en la justificación y por medio de la gracia y de la caridad infusa, hacernos sólo justos y santos, lo que hubiera sido una gracia y un beneficio inmenso de Dios, aun cuando no nos hubiera adoptado por hijos suyos; pero no se ha detenido en este primer favor, ha querido hacernos de tal manera justos, que pudiese adoptarnos por hijos. Luego, hubiera podido hacer esta adopción dándonos sólo la caridad, la gracia y los dones creados, dones indudablemente inmensos; pero la infinita bondad de Dios ha querido formar ella también parte de sus dones, y santificarnos por sí mismo y adoptarnos. Por esta razón el Espíritu Santo se ha unido á sus dones con su propia voluntad, á fin de que dando la gracia y la caridad, se diese también el mismo personal y substancialmente, según aquellas palabras del Apóstol: Por medio del Espíritu Santo ha sido derramada en nuestros corazones la caridad de Dios, y el se nos ha entregado: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*. (Rom. V. 5). Por esto lo llama el Apóstol espíritu de adopción: *Spiritum adoptionis*. (Rom. VIII. 15). Tal es la suprema estimación que Dios ha hecho de nosotros; y esta es también nuestra suprema grandeza y elevación, pues recibiendo la gracia y la caridad, recibimos al mismo tiempo la persona del Espíritu Santo, que uniéndose por sí misma á la caridad y á la gracia, habita en nosotros, nos vivifica, nos adopta, nos dedica y nos lleva á todo bien.

¿Queréis que digamos más todavía? Escuchad. El Espíritu Santo, bajando personalmente en el alma justa, trae consigo las demás personas divinas, el Padre y el Hijo, de las cuales es inseparable. Así es que la Santa Trinidad entera viene personal y substancialmente en el alma justificada y adoptada, y permanece y habita en ella como en su propio templo, en tanto que el alma persevera en la justicia, á tenor de aquellas palabras de la primera Epístola de S. Juan: Dios es caridad ó amor; y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él: *Deus caritas est; qui manet in caritate, in Deo manet, et Deus in eo*. (Joann. I. Epíst. IV. 16). Y á tenor de aquellas otras palabras del gran Apóstol á los Corintios: El que

está unido á Dios, forma un mismo espíritu con él: *Qui adheret Domino, unus spiritus est*. (I. VI. 17). Es lo mismo que Jesucristo pidió á su Padre la víspera de su muerte en aquel divino discurso en que dijo: A fin de que todos sean una misma cosa, y que como Vos ¡oh Padre! estais en mí y yo en Vos, por identidad de naturaleza; así sean ellos una misma cosa en nosotros por unión de amor. *Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint*. (Joann. XVII. 21); es decir, que participen todos del mismo espíritu que es uno, que estén unidos á él, y por él á las demás personas divinas; que no sean todos más que uno en él; de tal manera que todos sean como si no fuesen más que uno, y esto en el Espíritu Santo, como las tres personas divinas no son más que uno en una sola naturaleza divina. Así es como lo explican S. Cirilo. (Lib. II. in Joann. c. XVI); S. Atanasio. (Orat. IX. contra Arian.), y Folet siguiendo esta misma doctrina.

Así, en la justificación y adopción del alma, la gracia y la caridad se nos comunican, y con ellas el Espíritu Santo y toda la Divinidad, la Santísima Trinidad que se uno á sus dones substancialmente para uniros también substancialmente á ella, y para santificarnos, adoptarnos y dedicarnos. Y con esta adopción, 1.º recibimos la dignidad suprema de la filiación divina, á fin de que seamos en efecto hijos de Dios no sólo accidentalmente por la gracia, sino también substancialmente por naturaleza, y seamos como dioses; pues Dios nos comunica y nos da realmente su naturaleza. 2.º Por medio de esta adopción, adquirimos, como hijos, derecho á la herencia celestial, á la beatitud y á todos los bienes de Dios, nuestro Padre.... 3.º Con esta filiación, conseguimos una admirable dignidad de obras y de méritos, es decir, que nuestras obras tienen una dignidad, un valor y un precio grandísimos, y plenamente proporcionados y convenientes á su recompensa, á la vida y á la gloria eternas, que se han hecho para los que son verdaderamente hijos de Dios; y es indudable que estas obras salen del mismo Dios, del Espíritu Divino que habita en nosotros, y nos las inspira y coopera á ellas.

De lo que acabamos de decir, resulta: 1.º Que la justicia inherente á la gracia justificante por medio de la cual somos justificados y adoptados, por hijos de Dios, no es simplemente una cualidad, como lo creen algunos, sino que abraza muchísimas cosas: la remisión de los pecados, la fe, la esperanza, la caridad y otros dones, y el mismo Espíritu Santo, autor de los dones, y por consiguiente la Santísima Trinidad. Porque el hombre recibe todo esto en la justificación infusa, como lo dice el Santo Concilio de Trento. (Sess. VI. c. VII).

Resulta también, 2.º, que los que piensan que en la justificación y adopción sólo se nos da el Espíritu Santo en cuanto á sus dones, y no en cuanto á su sustancia y persona, están en un error; porque S. Buenaventura enseña que el Espíritu Santo acompaña personalmente á sus dones, y que se convierte en posesión perfecta de las

almas justificadas y adoptadas. (In 1.ª Sent., d. 14, art. 2.º q. 1.ª). El Maestro de las Sentencias enseña lo mismo. (Lib. I, dist. XIV, y XV, según S. Agustín y otros Doctores). Scot, Gabriel y Marsilio hablan de la misma manera. Sto. Tomás enseña claramente esta doctrina. (1.ª p. 8.ª 43, art. 3.ª et 6.ª; et q. 88, art. 8.ª). Dice que el Espíritu Santo se da a todos los justos no sólo en cuanto al efecto, sino también en cuanto a su propia persona. Lo mismo enseñan Vazquez, Valencia y Suárez. (Lib. XII, de Deo trino et uno, c. V). Suárez cita, en apoyo de esta doctrina, que da como cierta, á S. Leon, á S. Agustín y á S. Ambrosio.

De esta doctrina resulta: 3.º Que nuestra adopción, aunque una en sí misma, es sin embargo doble en virtud. La primera, por la cual somos adoptados como hijos de Dios por la caridad creada y por la gracia infusa en el alma, lo que es una inmensa participación de la naturaleza divina, y por la segunda, recibimos el Espíritu Santo y la naturaleza divina por la gracia, y por el somos dedicados y adoptados como hijos de Dios. Así pues esta doble adopción comienza acá por la gracia; pero en el Cielo terminará con la gloria eterna, con la visión beatífica y la perdurable posesión de Dios....

4.º Se sigue pues de esta doctrina que, de la misma manera que Jesucristo es Hijo de Dios por naturaleza, como Dios, por la generación eterna, y como hombre, por la unión hipostática; de la misma manera somos hijos adoptivos de Dios; pero de un modo mucho más noble y real que los hijos adoptivos de los hombres. Porque éstos nada reciben, físicamente hablando, de su padre adoptivo; sólo reciben una denominación moral con la cual tienen derecho á su herencia; pero nosotros recibimos de Dios la gracia, y con la gracia la misma naturaleza de Dios; y como entre los hombres llamamos con propiedad padre al que comunica á otro su naturaleza humana engendrándole, así á Dios le llamamos Padre no sólo de Jesucristo, sino de nosotros mismos, porque nos comunica su naturaleza por medio de la gracia que comunica á Jesucristo con la unión hipostática, haciéndonos así hermanos de Jesucristo.

De ahí hemos de aprender cuán grande es el beneficio de la filiación y de la adopción divinas. Pocas personas conocen esta infinita dignidad tal como acaba de ser demostrada. Pocas personas reflexionan sobre esto y pesan esta grandeza del hombre con la detención que merece. Todos debiéramos ciertamente admirar, llenos de respeto, tal grandeza; y los predicadores, los doctores, deberían explicar y exponer esta sublime grandeza del cristiano, á fin de que los fieles comprendiesen bien que son los templos vivos de Dios, que llevan al mismo Dios en su corazón, y que por consiguiente deben marchar con Dios, conversar dignamente con tal huésped que en todas partes les acompaña, en todas partes está y todo lo ve.

Con mucha razón dice pues el gran Apóstol: ¡No sabéis que vuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo que está en vosotros, que os ha sido dado por Dios, y que no os pertenecéis, pues habéis

sido comprados á un crecidísimo precio? Glorificad á Dios y llevadle en vuestro cuerpo (1).

O cristiano, exclama S. Leon, reconoce tu grandeza, y siendo partícipe de la naturaleza divina, no te degrades; acuérdate de que Jefe y de qué cuerpo eres miembro. Acuérdate que, libre del poder de las tinieblas, has sido transportado á la luz y al reino de Dios. Con el sacramento del Bautismo, te has convertido en templo del Espíritu Santo; no ahuyentes de tu corazón con acciones criminales un huésped tan grande, y libérate de ponerte de nuevo bajo la esclavitud del demonio; pues tu precio es la sangre de Jesucristo, que te juzgará en la verdad, porque la misericordia te ha rescatado (2).

Oid á S. Agustín: El primer nacimiento viene del hombre y de la mujer; la segunda natiuidad procede de Dios y de la Iglesia. Y hé aquí que han nacido de Dios, y resulta que un Dios ha habitado en nosotros. ¡Qué gran cambio: Dios se ha hecho hombre, y el hombre se ha vuelto espíritu!

¡Qué maravilla es esta. ¡Qué honor es este, hermanos míos! Elevad vuestra alma para esperar y tomar lo único digno de desearse, y renunciad á los placeres del siglo. Se os ha comprado á costa de mucho precio: por vosotros el Verbo se ha hecho carne; por vosotros el que era Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre; á fin de que vosotros, que erais hijos de los hombres, os convirtierais en hijos de Dios: *Propter vos Verbum caro factum est: propter vos, qui eratis Filii Dei, factus est filius hominis; ut qui eratis filii hominum, efficeremini filii Dei.* (Serm. XXIV, de Temp.). El mismo gran Doctor dice en otra parte: Los hombres son hijos de los hombres cuando obran mal; pero cuando obran bien son hijos de Dios. Dios, de hijos de los hombres hace hijos de Dios; porque del Hijo de Dios hace el hijo del hombre. ¡Admirad qué grande es esta participación de la Divinidad! El Hijo de Dios se ha hecho partícipe de nuestra mortalidad, á fin de que el hombre mortal sea partícipe de su Divinidad. El gran Dios que os promete la Divinidad, os manifiesta una caridad infinita (3).

Escuchad lo que dice S. Cirilo de Jerusalén: Conociendo, exclama, nuestra grandeza, conduzcámonos espiritualmente para hacernos dignos de la adopción de Dios; porque aquellos que se conducen según el espíritu de Dios, son hijos de Dios. Obremos de esta manera, no

(1) *Id est, meminit quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis à Deo, et non estis vestri. Ergo enim non estis propter magnum, glorificatis et portabitis templum in corpore vestro.* 1.ª Cor. VI, 19-20.

(2) *Accepisti, o christiane, dignitatem tantam, in divinis concursus debemus naturam, non in rebus, et debemus deignari, quod sumus vestri. Meminit quoniam capitis et corpus vestrum, non estis vestri. Recipere quia, effectus de potestate temporariam, transietos es in Dei filium et regnum. Per Baptismum sacramentum Spiritus Sancti factus est templum. Non tantum habetis spiritum propter se, sed etiam ad gloriam, et dicitur: tu iterum solusque agnoscit, quia propter tantum sanguinem est Christi, qui in vobis in se habet, qui misericordia te redemit. Serm. I, de Noë.*

(3) *Fili hominum accit, quando nate faciunt: quando bene, filii Dei. Huius enim fecit Deus et filii hominum filii Dei, qui ex filio Dei facti sunt filii hominum. Vultis quoniam estis filii partem deitatem? Filii enim Dei partem: mater, mortalia, adfectus est, ut mortalis homo filii partem deitatem accit, qui tunc partem deitatem ostendit in se caritatem. In Psal. 144.*

sea que se nos dign: Si facis hijos de Habrahan, obrarais como Habrahan. Gloriquemos a nuestro Padre celestial con obras santas, a fin de que, viendo los hombres nuestra buena conducta, alaben a nuestro Padre que está en los cielos. (Catech. VII).

Aquellos en quienes Dios ve la imagen de su Hijo, dice S. Ambrosio, los admite por su Hijo en el número de sus hijos. (Lib. V. de Fide, c. III).

Podemos admirar las obras de los hombres, dice S. Cipriano, sabiendo que somos hijos de Dios? Cae de la cumbre de su grandeza aquel que admira otra cosa que no sea Dios: *Numquam humana opera mirabimur quicquid se cognoverit filium Dei? Deicit se de culmine generositatis suae qui adstrari aliquid post Deum potest.* (Lib. de Spectaculis). Cuando llamamos a Dios nuestro Padre, prosiguen el mismo, debemos conducirnos como hijos de Dios; a fin de que, creyendolos dichos por tener a Dios por Padre, sienta también el satisfacción en tenernos por hijos. Conduzcámonos como hemos de conducirnos siendo templos de Dios, teniendo a Dios dentro de nosotros, y a fin de que, habiendo comenzado a ser celestiales y espirituales, no nos ocupemos más que de las cosas del espíritu y del Cielo (1).

Ya no sois extraños ni advenedizos, dijo S. Pablo a los Efesios, sino conciudadanos de los Santos y domésticos ó familiares de la casa de Dios: *Jam non estis hospites, et advena, sed estis cives Sanctorum et domestici Dei.* (II. 19).

Conciudadanos de los Angeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, de los Santos y de todos los elegidos...., tenéis el derecho de ciudadanía en la Iglesia de Jesucristo; sois de la casa y de la familia de Dios, de la Iglesia de Dios; Dios es vuestro Padre, María y la Iglesia son vuestras madres, los elegidos son vuestros hermanos. Sois de la familia del Mesías-Rey, Dios y hombre, de la república cristiana, en la cual tenéis derecho a los Sacramentos de la Iglesia, a todos los dones de Jesucristo, y estáis inscritas como ciudadanos y herederos de la vida eterna. Sois ha dado un Ángel para protegeros, y lleváis el nombre de un Santo. Nada os falta.

¡Cuán grande y dichoso es el hombre!

¿No sabeis vosotros que sois templo de Dios? dijo S. Pablo a los Corintios: *Nescitis quia templum Dei estis?* (I. II. 16). Sois el edificio, no del hombre, sino de Dios; y por consiguiente, sois un templo, no profano, sino un templo santo, en el cual habita Dios mismo por la fe, la gracia, la caridad y todos sus dones. Sois el tabernáculo de Dios, los vasos consagrados a Dios....

No sabeis, añade el gran Apóstol, que vuestros cuerpos son tem-

El hombre es templo de Dios y casa de Jesucristo.

(1) Quando Deum Patrem dicimus, quasi filii Dei agere debemus; ut quomodo nos homines placemus de Deo Patri, sic etiam placemus et illi de Deo. Conversamur quasi Dei templum, et Deum in nobis constant habere; ut qui colentes et agnoscimus esse spiritus, non nisi spiritualiter et castissime, cogitemus et agamus. *Tract. de Gen.*

plos del Espíritu Santo que habita en vosotros, el cual habeis recibido de Dios? *An nescitis quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis a Deo?* (I. Cor. VI. 19).

No violemos jamás este templo. Si alguien profana el templo de Dios, Dios le perderá, dice S. Pablo, porque el templo de Dios es santo, y vosotros sois este templo: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos.* (I. Cor. III. 17).

Jesucristo, dice S. Pablo, se ha dejado ver como hijo en su propia casa, cuya casa somos nosotros: *Christus tanquam filius in domo sua, quae domus sumus nos.* (Hebr. III. 6).

¿No sabeis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? dijo S. Pablo: *Ne scitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi?* (I. Cor. VI. 15). Sois el cuerpo místico de Cristo y miembros unidos a otros miembros: *Vos estis corpus Christi, et membra de membris.* (Ibid. I. XII. 27).

Así pues, si somos hijos, dijo S. Pablo a los romanos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos de Jesucristo: *Si autem filii, et haeredes; haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi.* (VIII. 17).

Habeis sido comprados a gran precio, dice S. Pablo. Glorificad pues a Dios y llevadle siempre en vuestro cuerpo: *Empti estis pretio magno. Glorificate et portate Deum in corpore vestro.* (I. Cor. VI. 20). Ya no os pertenecéis: *Non estis vestri.* (I. Cor. VI. 19).

Habeis sido entregado a la muerte, Señor, dice el Apocalipsis, y con vuestra sangre nos habeis rescatado para Dios: *Occisus es, et redimisti nos in sanguine tuo.* (V. 9).

Hermoso es el sol, precioso; pero no ha costado la sangre de Jesucristo. Ricas en esplendor son la luna y las estrellas; pero no han costado la sangre de Jesucristo. La tierra y los mares muchísimo valen; pero no dio Jesucristo su sangre por ellas. Sólo el hombre ha costado la sangre de un Dios; Jesucristo sólo ha muerto por el hombre.

Tan grande es el hombre y tan noble, que todo el oro, todo el dinero del mundo y todo el universo no vale lo que él vale. No se encontró un precio digno del hombre en las criaturas, ni en el mundo entero, no habiéndose hallado más que en la sangre de un Dios! Si pones pues en una balanza la sangre de Jesucristo por una parte, y por otra al hombre, el precio del hombre mueve la sangre de Jesucristo. Y si es imposible apreciar el valor de la sangre de un Dios, es también imposible apreciar el valor del hombre. Si queréis que os diga lo que valeis, decidme antes cuánto vale la sangre de Jesucristo.

No habeis sido rescatados con oro ni plata, dice el apóstol S. Pedro, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero in-

Los cristianos son miembros de Jesucristo, herederos y coherederos suyos.

El hombre costó la sangre de Jesucristo.

maculado y sin tacha: *Non corruptibilibus auro vel argento redemptus estis; sed pretioso sanguine quasi Agni immaculati Christi et incontaminati.* (I. 1, 18-19).

El hombre es tan grande, que participa de la eternidad. Dios, y es un secreto inefable.

El hombre, creado a imagen de Dios, es ya una especie de Divinidad; pero lo es sobre todo en su generación por Jesucristo cuando se convierte en Dios, cuando participa de la naturaleza divina.

El Verbo se hizo carne: *Verbum caro factum est.* (Joann. 1, 14). He aquí el hombre divinizado.....

Hemos de felicitar a la naturaleza humana, dice S. Agustín, por haberla el Verbo tomado así, por haberla colocado inmortal en el Cielo, y por haber la artillo sido elevada tanto que se encuentra hoy a la derecha del Padre. ¿Quién no felicitaria su naturaleza hecha inmortal en Jesucristo, y quién no esperaría para sí mismo igual maravilla por Jesucristo? *U Dominus, induto corpore, factus est homo ita et nos homines ex Verbo Dei deificamur, eo quod recepimus ut in carne.* (Serm. de Nativ.).

Así como el Señor, dice S. Atanasio, se ha hecho hombre tomando un cuerpo, los hombres han sido dedicados por el Verbo de Dios al ser el recibido en la carne. (Serm. IV. contra Arian.).

En la encarnación el Verbo eterno se une a la humanidad como a esposa, a fin de unirse, enlazarse con todo el género humano, y por este medio hacer inmortales a los mortales, celestiales a los habitantes de la tierra, y también en dioses a los hombres. Jesucristo ha querido ser hermano nuestro en su carne y en su sangre. Pues, como escribe S. Agustín, el que llama a Dios Padre nuestro, llama hermano suyo a Jesucristo: *Nam qui dicit Deo Pater, Christo dicit frater.* (In Psal. XLVIII).

Jesucristo, dice S. Gregorio Nazianceno, ha nacido en la carne para hacernos nacer en el espíritu; ha nacido en el tiempo, para hacernos nacer para la eternidad; ha nacido en un establo para darnos nacimiento para el Cielo (1).

Escuchad a S. Agustín: Dios se ha hecho hombre para que el hombre se convirtiese en Dios; para que el hombre comiese el pan de los Angeles, el Señor de los Angeles se ha hecho hombre: *Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus; ut panem Angelorum manducaret homo, Dominus Angelorum factus est homo.* (Serm. IX de Nativ.).

Escuchad a S. Gregorio Nazianceno: El Verbo del Padre es hombre, y un hombre que nos pertenece a fin de unir por esta mezcla a Dios con el hombre. En ambos casos es un solo Dios, un Dios hecho hombre, a fin de convertirse a mí, mortal en un Dios (2).

Por la misma razón, dice Clemente de Alejandría, que Jesucristo con su encarnación ha cambiado la tierra en Cielo, y que ha hecho

(1) Natus est Christus in carne, ut nos nasceretur in Spiritu; natus est in tempore, ut in eternitate; natus est in humilitate, ut in gloria; natus est in mundo, ut in celestibus. (Serm. de Nativ.).
(2) Patrie Verbum est homo noster, ut in unione mixtionem Deum hominibus misceret. Unus utramque Deus est, habens homo effectus, ut me ex mortali Deum efficiat. (In Diat.).

angeles, o más bien dioses de los hombres. (*Adhortat. ad Gentiles*). Lo mismo dice también S. Juan en su Evangelio: Les ha dado el poder de convertirse en hijos de Dios. Y el Verbo se ha hecho carne: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri. Et Verbum caro factum est.* (I. 12-14). Han llegado a ser hijos de Dios, y de ahí hasta dioses, habiéndose el Verbo hecho carne. El Verbo, en efecto, se ha hecho carne para convertir a los hombres en dioses. Oíd a Orígenes: El Verbo se ha hecho carne, dice, pero para nosotros, que sin la encarnación no hubiéramos podido ser transformados en hijos de Dios: *Verbum caro factum est, sed propter nos, qui non nisi per Verbi carnem potuissimus in Dei filios transmutari.* La salvación ha descendido para volver a subir en los salvados. Los hombres han sido hechos dioses por medio de aquel que de un Dios ha hecho un hombre: *De hominibus facit deos, qui de Deo fecit hominem.* Y ha habitado entre nosotros; posee nuestra naturaleza, para hacernos partícipes de la naturaleza divina: *Et habitavit in nobis, id est, naturam nostram possidet, ut sue naturae particeps faceret nos.* (Homil. II).

Jesucristo, dice S. León, se ha hecho hijo del hombre, para que pudiéramos nosotros ser hijos de Dios: *Ideo Christus filius hominis factus est, ut nos filii Dei esse possimus.* (Serm. VI, de Nativ.).

Salvatis dijo a nuestros primeros padres para engañarles: Si coméis de esta fruta, seréis como dioses: *Eratis sicut dii.* (Gen. III, 5).

Sin quererlo, profetizó; y su profecía había de tener cumplimiento con la encarnación. Su mentira, su engaño había de volverse en vergüenza suya, en su propia confusión y derrota; y había de llegar a ser una realidad, y la más magnífica de todas las verdades. Así es como Dios se burla del mismo infierno, y convierte el mal en bien. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso que el hombre que deseaba llegar a ser Dios lo llegase a ser en efecto, y lo fuese sin erimen. Y el Rey Profeta, entreviendo con la luz del Espíritu Santo al hombre dedicado por la encarnación del Verbo, anunció ya esta dedicación del hombre: *Ego dixi: Dii estis, et plu excelsi omnes: Lo he dicho: Sois dioses, todos sois hijos del Altísimo.* (LXXXI, 6).

Dios, dice S. Bernardo, se hizo hombre para hacer del hombre un Dios: *Ideo Deus factus est homo, ut homo fieret Deus.* (Serm. in Cant.).

Todos nosotros con Jesucristo, nuestro jefe, somos Jesucristo: *Nos omnes cum capite nostro, Christo, Christus sumus.* (Serm. de Nativ.).

El alma que se une a Dios, toma su forma, se vuelve divina, se convierte en Dios.....

Por medio de la imagen de Dios impresa en mi alma, dice S. Basilio, he obtenido el uso de la razón; pero habiendo llegado a ser cristiano, soy semejante a Dios (1).

Si Jesucristo salió de los días de la eternidad a los días del tiem-

(1) Per incarnationem animae impressam, rationem obtinui rationis usum, verum christianum effectus, utique similem effectus Deo. (Homil. 1. de Pass.).

po, como dice un profeta, fué para hacernos salir de los días del tiempo; y hacernos entrar en los días de la eternidad....

La majestad omnipotente, dice S. Bernardo, ha hecho tres cosas, ha verificado tres mercedes, al tomar nuestra carne; y estas tres mercedes son todas tan admirables que jamás han sucedido otras iguales ni sucederán en la tierra. Por la encarnación se unieron íntimamente Dios y el hombre, una madre y una virgen, la fe y el corazón humano. Admirables son tales mezcolanzas y es el más grande de los milagros que cosas tan diversas, tan heterogéneas, tan divididas entre sí, se hayan unido perfectamente. (Serm. super Missus est).

Dios, dice S. Cipriano, está mezclado con el hombre; Jesucristo ha querido ser lo que es el hombre, á fin de que el hombre pudiera ser lo que es Jesucristo: *Deus cum homine miscetur; quod homo est, esse Christus voluit, ut ex homine possit esse quod Christus est.* (Serm. de Nativ.).

Ha descendido para hacernos subir, dice S. Agustín, y participando de la naturaleza de los hijos de los hombres, ha adoptado á los hijos de los hombres para hacerles partícipes de su naturaleza: *Descendit ille, ut nos ascenderemus; et, participata natura filiorum hominum; ad participandam etiam suam naturam adoptaret filios hominum.* (Serm. de Nativ.). O hombres, exclama, no desconfiéis de poder llegar á ser hijos de Dios, porque el Hijo Dios, el Hijo del mismo Dios se ha hecho hombre: *O homines, nolite desperare vos fieri posse filios Dei, quia et ipse Filius Dei caro factus est.* (Ut supra).

Al recordar aquellas palabras de Jesucristo á sus Apóstoles: Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros: *Maneat in me, et ego in vobis.* (Joan. XV. 4), exclama S. Bernardo: ¡Oh! qué sublimidad! ¡qué autoridad tan sublime dispone que el hombre habite con los ángeles, que la tierra y el polvo suban hasta el Cielo, que el hombre salido del barro se agregue á la sociedad de los ángeles! Y aún más, ¡que la criatura viva en el Creador, la hechura en su Hacedor, lo rescatado en el Redentor, el sirviente en su dueño, el pecador en el mismo justo, el ciego en el que todo lo sacó de la nada, lo transitorio en lo eterno, la miseria en el bien supremo! ¡Vivir en el que da la soberana felicidad, en el que santifica todo lo que es santo, y es la verdad y la vida, y la gloria eterna, la alegría del mundo, la belleza del Cielo, la suavidad del Paraíso, la venturosa eternidad y la beatitud eterna, es decir, en nuestro Señor Jesús!

Sois partícipes de la naturaleza divina, dice el apóstol S. Pedro: *Dignam consortes nature.* (II. 4). El alma adornada de la gracia de Dios es una reina infinitamente preciosa, cuya belleza es superior á la beldad natural de los ángeles y de todas las criaturas. Y la razón es que, por medio de la gracia, participamos de la naturaleza de Dios; y por consiguiente, participamos superabundantemente y de muy cerca de la belleza sobrenatural y suprema de Dios, infinitamente superior á toda belleza natural y creada....

Citando aquellas palabras del profeta Baruch sobre Jesucristo: Después de tales cosas se le vió sobre la tierra y conversó con los hombres: *Post hæc in terra visus est, et cum hominibus conversatus est.* (III. 38), profeta cuyo cumplimiento manifiesta S. Juan con aquellas sublimes y sorprendentes palabras: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Y el Verbo se hizo carne, y habito entre nosotros (I. 14), dice S. Cipriano de una manera admirable: ¿Qué más queréis, ó hombres? En otro tiempo se decía á Dios: El hombre os pertenece; y ahora se dice al hombre: Dios te pertenece. O hombre, bastas á Dios; bástele también Dios: *O homo, sufficit tu Deo; sufficit tibi Deus.*.... (Serm. de Ascens.). Reconoce aquí, cristiano, tu grandeza, tu nombre y tu sabiduría. El cristianismo es la imitación de la naturaleza divina. Si eres cristiano, imita á Jesucristo; no lloves vana ó inútilmente su nombre; llévolo, al contrario, con copia de virtudes; cumple lo que exige con obras dignas de tan gran nombre; corresponda tu vida á tal nombre, á fin de que este nombre no sea un nombre vano, y tu crimen enorme. (S. Ambrosio, de Dignit. sacerdot.).

El cristiano que obra de distinta manera, lleva un nombre falso; no tiene más que la apariencia de cristiano; no tiene de tal ni el espíritu, ni el corazón, ni el pensamiento; no es un cristiano. Es menester que el cristiano diga: Soy de la raza divina, el Hijo de Dios es mi hermano, mi doctor, mi dueño; es menester que viva divinamente, á fin de que sea yo otro Jesucristo. Porque, según dice el apóstol S. Pedro: Sois vosotros el linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa, pueblo de conquista: *Vos genus electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus acquisitionis.* (I. ii. 9).

Para vestir nuestro cuerpo animal nos basta el despojo de una bestia; pero para abrigar nuestra alma, que es espiritual, necesitamos á Jesucristo.... Revestidos de nuestro Señor Jesucristo, dice S. Pablo á los Romanos: *Induimini Dominum Jesum Christum.* (XIII. 14). Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estais revestidos del Cristo, dice á los Gálatas: *Quicumque enim in Christo baptizati estis, Christum induistis.* (III. 27). Revestidos, escribe á los Efesios, del hombre nuevo que ha sido criado conforme á la imagen de Dios en justicia y santidad verdadera: *Induite novum hominem, qui secundum Deum creatus est in iustitia et sanctitate veritatis.* (IV. 24). Otro vestido que no sea Jesucristo sería indigno de nuestra alma.... Juzgad de nuestra dignidad por la riqueza de este vestido....

Si hemos muerto con Jesucristo, dice S. Pablo á los Romanos, creemos firmemente que viviremos también juntamente con Cristo. Consideraos también como muertos para el pecado, pero vivos para Dios en Jesucristo. (VI. 8. 11). Cristo, dice este Apóstol á los Corintios, murió por todos, á fin de que los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos: *Pro omnibus*

Jesucristo es necesario para abrigar nuestra alma.

Tan grande es el hombre que sólo puede vivir en Jesucristo.

mortuus est Christus; ut ei qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipis mortuus est et resurrexit. (II. V. 15). Vivo, pero no yo, Cristo es el que vive en mí, exclamaba dirigiéndose a los galatas: *Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.* (II. 20). Para mí Cristo es la vida, decía también a los filipenses: *Mhi vivit Christus est.* (I. 21).

Escuchad á Orígenes: Cuando Jesucristo confió S. Juan á su madre, diciéndola: Mujer, aquí tienes á tu hijo; es como si hubiese dicho: Este es Jesús que habeis puesto en el mundo. Porque el que es perfecto no vive ya él mismo; es Jesucristo quien vive en él; y viviendo en el Jesucristo, pueden aplicársele aquellas palabras dichas á María: *He aquí á vuestro hijo Jesucristo.* (*In hac verba Evang.*).

De tal manera es Jesucristo la vida del cristiano, y el cristiano debe de tal manera vivir con Jesucristo, que si no goza de tal vida, puede decirse que ha muerto....

Para alimentar el cuerpo, la yerba de los campos ó unos cuantos granos bastan...; pero para alimentar el alma, creada, á imagen de Dios, es precisa la gracia de Dios.... Esta alma necesita el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de Jesucristo.... En verdad, en verdad os lo digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros, dijo el mismo Jesucristo: *Amen, amen dico vobis: Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.* (Joann. VI. 54). ¿Podeis formaros una idea de vuestra grandeza? Es tan sublime, que necesitáis á todo un Dios por alimento; sin este pan, sin el pan eucarístico, no vivís....

Toda abundancia que no sea mi Dios, es indigencia, exclama S. Agustín: *Omnia copia que Deus meus non est, egestas est.* (Lib. Confess.).

Sólo vos, ó Dios mío, llenais mi alma. Así manifestais cuán grande es por Vos la creatura razonable, pues todo lo que sea menos que Vos es insuficiente para hacerla feliz y alimentarla, no bastándose tampoco á sí misma....

Un simple albañil basta para hacer una casa que libre de la intemperie á nuestro cuerpo. Una mezquina choza cubierta de paja es cuanto necesita; y luego le han de bastar un rincón de tierra y un pobre atad....

Pero el alma necesita un palacio, no edificado por mano del hombre, sino por mano del mismo Dios.... Ni los más hábiles arquitectos pueden edificar una habitación digna del alma...; es preciso el Arquitecto del Cielo...; es menester el Cielo, la misma morada de Dios.... Jesucristo se encargó de tan magnífica construcción. Voy, dijo á preparar lugar para vosotros: *Vado parare vobis locum.* (Joann. XIV. 2).

Tan grande es el hombre, que necesita á todo un Dios por alimento.

El hombre es tan grande, que necesita por morada la casa del mismo Dios.

El hombre necesita la inmortalidad, y la tiene.... Dios ha hecho al hombre inmortal, indestructible: *Deus creavit hominem interminabilem.* (Sap. II. 23). Ará á la eternidad, que es su morada: *Ibi homo in domum aternitatis suae.* (Eccle. XII. 5). Así pues, nada de lo transitorio ha sido hecho para el hombre; el hombre ha sido hecho para Dios, que nunca acaba....

El hombre creado á imagen de Dios; el hombre de un precio infinito; el hombre-rey, servidor de Dios, hijo de Dios; el hombre que tiene á Dios por patria; el hombre conciudadano de los ángeles; el hombre templo de Dios y casa de Jesucristo, miembro de Jesucristo, heredero de Dios, coheredero de Jesucristo; el hombre que ha costado la sangre de Jesucristo; el hombre que participa de la naturaleza de Dios, y ha sido hecho Dios por la encarnación del Verbo; el hombre que necesita á Jesucristo por vestido, á Jesucristo por vida, á Jesucristo por alimento, y el Cielo por morada; el hombre que necesita la inmortalidad; el hombre para quien es menester todo esto, y que es todo lo que hemos dicho, está indudablemente dotado de una dignidad en cierto modo infinita....

Si tú supieses, ó hombre, leer tus títulos de dignidad y nobleza; si te conocieses, cuánto te respetarías, cuán feliz te creerías, cuánto trabajarías para hacerte digno de tu sublime vocación y de tu alto destino! ¡cuánto despreciarías todo lo que es tan inferior á ti y tan indigno de tí! ¡cuánto te ocuparías de tu sublime fin, que es conocer á Dios, amarle, servirle y obtener la vida y la gloria eterna! Pero, desgraciadamente para tí, como dice el Salmista, eres ciego, sordo y mudo; eres como aquellas estatuas de que habla el Real Profeta: Tienes boca, y no hablas; ojos, y no ves; oídos, y no oyes; narices, y no oleras; manos, y no tocas ningún objeto; pies, y no andas; garganta y no produces ningún sonido (1).

Hombre desgraciado, y criminalmente desgraciado, á quien pueden aplicarse aquellas terribles palabras del Rey-Profeta: El hombre, en medio de su grandeza, no ha comprendido lo que era; se ha igualado á los animales, y se ha hecho como uno de ellos: *Homo, cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (XLVIII. 42).

El hombre sólo es tan grande por Dios; así es que debe unirse á él, y á él tan solamente.... Recuerde, si, que no existe sino para conocer, amar y servir á Dios, para obtener la gracia en este mundo, y la eterna gloria en el otro. O hombre, dice S. Gregorio de Niza, no olvides que has sido creado para ver á Dios y contemplarle, y no para arrastrarte en esta miserable tierra; no para vivir como los

Tan grande es el alma, que necesita la inmortalidad.

El hombre sólo es grande por Dios, así es que debe unirse á él.

(1) Os habent, et non respicitis; oculos habent, et non vidunt; aures habent, et non audiunt; nares habent, et non olunt; manus habent, et non palpant; pedes habent, et non ambulant; non elevari se gutturo suo. GENII. 1-7.

brutos, lisonjeando tus pasiones, sino para llevar una vida celestial, con objeto de subir al Cielo. (*Orat. II. in Psal. XXVIII*).

O alma, exclama S. Agustín, o alma hecha a imagen de Dios, rescatada con la sangre de Jesucristo, esposa de Jesucristo por la fe, hija adoptiva del Espíritu Santo, adornada de virtudes, destinada a vivir con los ángeles; ama al que te ha amado tanto, ocúpate del que no piensa más que en ti, busca el que te busca, ama a Dios, tu divino amante, vela con tu Dios, que vela por ti, trabaja con él, puesto que solo trabaja por ti, y sé pura con él, que es puro por excelencia, santa con el Santo de los Santos. (*Líb. Confess.*).

Así, dice S. Pablo, puesto que habéis recibido por Señor a Jesucristo, seguid sus pasos, unidos a él como a vuestra raíz, y edificados sobre él como sobre vuestro fundamento, y confirmados en la fe: *Sicut accepistis Jesum Christum Dominum, in ipso ambulate, radicati et superedificati in ipso, et confirmati fide.* (Coloss. II. 6. 7).

Observad aquí que S. Pablo da tres excelentes medios para ser de Dios, medios que indica con tres comparaciones. Compara a Jesucristo y a la fe que ha de inspirarnos: 1.º a una vía que nos está cruzada y que hemos de seguir: *In ipso ambulate*; 2.º a una raíz a la que hemos de pegarnos, a la que hemos de adherirnos: *radicati*; y 3.º a un cimiento sobre el que es preciso edificar: *superedificati in ipso*. Es preciso marchar según Jesucristo, arraigarse en él, y edificar sobre él con la práctica de las virtudes.... Las virtudes, dice S. Bernardo, son astros, y el hombre de las virtudes es el firmamento: *Virtus est sidus, et homo virtutum est celum*, (Mannat., c. XXIV).

DISCORDIA. (Véase también CONCORDIA).

D ¿qué provienen entre vosotros las guerras y los pleitos? dice el apóstol Santiago? ¿No son vuestras pasiones que combaten en vuestra carne? *Unde bello et lites in vobis? Nonne hinc, ex concupiscentiis vestris quæ militant in membris vestris?* (IV. 1).

Causas de las discordias.

La discordia es infernal y diabólica; emana de Lucifer, que fué el primero que la introdujo entre los ángeles en el Cielo....

Uno de los manantiales de la discordia es la codicia y la avaricia, fundándose las más veces en las dos palabras: *lo tuyo y lo mío*....

Otro de los manantiales de la discordia es el orgullo, dicen los Proverbios: *Inter superbos semper jurgia sunt*....

Seis cosas hay, dijo Salomón, que el Señor abomina, y otra además le es detestable: Los ojos altaneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que maquina perversos designios, los pies ligeros para correr al mal, el testigo falso, y el que siembra discordias entre hermanos: *Ser sunt quæ odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus.... eum qui seminat inter fratres discordias.* (Prov. VI. 16-19).

La discordia es un vicio.

Este pasaje de la sagrada Escritura claramente indica que la discordia es un gran crimen....

La discordia engendra la imprudencia, las luras, las palabras mortificantes y las maldiciones. Provoca a aquel cuyos vicios descubre, y trata de descubrir a su vez los de su adversario. De una y otra parte se delatan, se aumentan, se inventan una multitud de hechos: así es que el hombre que se place en la discordia, se vuelve infame y pierde su reputación; se crea enemistades, pleitos y desgracias, y hace participar a los demás de igual suerte....

Estrategia que provoca la discordia.

El hombre de discordia manifiesta un alma vil, cobarde, débil, envidiosa y mala. No pudiendo vengarse a mano armada los niños y las mujeres que están devorados por este vicio horrible, se vengán con su lengua, lanzando de injectivas, de recriminaciones e imprecaciones a su adversario.

San Basilio compara al eco a los que siembran la discordia y propenden a armar disputas. El eco, dice, repite el sonido de la voz que ha recibido: cuanto más gritéis, más grita; y también cuanto más os insultéis, tanto más oiréis repetir en torno vuestro, como un eco, las injurias y los ultrajes: *Sicut si vocem emittas, respondebit eadem voce echo, et quo magis vociferaris, eo magis vociferabitur*

®

echo; sic pariter, qui voce proba jacti, similia sibi ab alio, quasi ab echo, responderi jactique audiet. (Serm. cont. tracent.).

Irritados unos contra otros, los hombres de discordia se repren- den todos sus defectos, hasta los ocultos, y se los echan en cara.... Lucifer es su padre; él les inspira, los empuja, los excita, los insta.... La discordia es la que creó el infierno y la que ha perdido á Satanás y á sus ángeles. La discordia es la que convierte á los hombres en réprobos y demonios....

La discordia, dice Salustio, destruye las cosas más grandes: *Res maxime discordia dilabatur.* (Anton. in Meliss.).

La discordia introduce la turbación, el desorden y la ruina en las familias y naciones. Mirad lo que es una familia, un ejército ó una nación divididos por la discordia.

Motivos que ocasionan la discordia.

Suscítase una disputa entre los pastores de los rebaños de Abraham y de Loth, dice el Génesis, y al punto Abraham dice á Loth: Rue- gos no haya diferencias entre nosotros ni entre vuestros pastores y los míos, pues somos hermanos: *Fratres enim sumus.* (XIII. 7-8).

Acordaos, vosotros que amais la discordia, de este admirable ejemplo: acordaos de que todos somos hermanos en Jesucristo; y os defendreis.... Acordaos de que Dios nos ha impuesto á todos el deber de amarnos.

Motivos que ocasionan la discordia.

La paciencia es un excelente medio para evitar la discordia. Con la paciencia, dice S. Agustín, rechazais la palabra que hiera, y se vuelve ésta contra el que la ha lanzado, quedando vosotros ileso: *Maledictam patientiam repercussam in suum redit auctorem, illam eo qui petebatur.* (Serm. XV. de Resurrect.).

Deben siempre sufrirse con igualdad de ánimo, dice Séneca, los ultrajes de los imprudentes: *Equo animo audiendi sunt impertorum convicia.* (In. Prov.).

El odio se oculta en el fondo del corazón para saltar y herir en ocasiones dadas. El remedio es cortar hasta su raíz, y destruirle así enteramente. Guardar silencio es también un medio de ahogar la discordia....

El fuego sube al rostro del hombre que ama las disputas y se en- coloriza; tened entonces calma: si sus ojos se agitan, miradlos con bondad; si levanta la voz, respondedle con dulzura, ó más bien no le contesteis. (Epist.).

Hombres de sufrir á los hombres irascibles y enconados, dice el ve- nerable Beda; porque nadie puede llegar á ser á un Abel, si la ma- licia de un Cain no pone á prueba su paciencia y su virtud: *Tolerantissimi sunt ubique proximi, quia Abel fieri non valet, quem Cain malitia non exerceat.* (In Collect.).

Es honor del hombre el huir de contiendas, dicen los Prover- bios: *Honor est homini qui separat se á contentione.* (XX. 3).

Para evitar la discordia y ahogarla, conviene pues practicar la paciencia, la caridad, la prudencia y la dulzura.

ÍNDICE.

	PÁG.
APROBACIONES.	5
CENSURA ECLESIASTICA.	7
RECOMENDACIONES.	9
PRÓLOGO DEL AUTOR.	45
NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE CORNELIO Á LAPIDE.	49
Abuso de gracias.	31
El abuso de las gracias es un gran mal, 31.—Castigos del abuso de las gracias, 33.	
Acciones de gracias.	35
Necesidad de la acción de gracias, 35.—Motivos de accio- nes de gracias, id.—Todos debemos dar gracias á Dios, 37.—Ventajas de la acción de gracias, id.—Qué podé- mos ofrecer á Dios? 38.—La gratitud es rara, id.—La ingratitud es un crimen, 39.—Males y desgracias que causan la ingratitud, 40.—Castigos que atrae la ingra- titud, id.	
Adulacion y alabanza.	41
La adulacion es un error y una mentira, 41.—El que nos adula, se burla de nosotros, id.—Peligros y desgracias de la lisonja y de las alabanzas, 42.—Es preciso huir y despreciar la adulacion y las alabanzas, 43.—Jamás hemos de alabarnos á nosotros mismos, 46.—Solo de- bemos glorificarnos en Dios, id.	
Alicciones. (Véase tambien Cruces).	48
Excelencias y ventajas de las alicciones, 48.—Las aliccio- nes son necesarias, 50.—Es menester armarse de valor para sufrir las alicciones, 52.—Las alicciones son li- geras para el cristiano, 53.—Jesucristo ayuda á sufrir las alicciones, id.—Las alicciones van acompañadas de consuelos, 54.—Hemos de sufrir las alicciones con pa-	

ciencia, confianza y resignación, 55.—Hemos de sufrir las aflicciones con perseverancia, *id.*—Nada son todas las aflicciones comparadas con el infierno, *id.*—Nos creamos muchas aflicciones, 56.—El ejemplo de los Santos nos ayuda a sufrir las aflicciones, 57.—Nada son las aflicciones comparadas con la recompensa y la gloria eterna que nos aguarda, 58.

Ambición. (*Véase también Avaricia*). 59

La ambición es un vicio; desgracias que causa, 59.—La ambición jamás se ve saciada, *id.*—El ambicioso es desgraciado, *id.*—Debemos huir de la ambición, 60.

Amor a Dios. 61

Hay dos amores, 61.—Necesidad de amar a Dios, *id.*—Motivos que obligan a amar a Dios, sacados de Dios mismo ó de sus infinitas perfecciones, 63.—Motivos que obligan a amar a Dios tomados del amor que tiene a los hombres, 64.—Amor infinito de Dios en la creación, 65.—Amor infinito de Dios en el modo con que se comunica al hombre, *id.*—Dios es nuestro Criador, nuestro bienhechor, nuestra providencia, 66.—Qué pruebas de amor nos ha dado Dios Padre por la encarnación y la redención? *id.*—¿Qué amor nos ha profesado Dios Hijo tomando carne humana y muriendo por nosotros? 67.—Excelencia del amor de Dios, 71.—El amor nos une con Dios, 73.—Se imita a Dios por medio del amor, 74.—Por medio del amor se vive de Jesucristo y para Jesucristo, *id.*—Amar a Dios es amarse a uno mismo, 75.—El amor de Dios une a los hombres entre sí, *id.*—El amor de Dios hace insensible, 76.—El amor de Dios ahuyenta a los demonios, 78.—El amor de Dios destruye el pecado, *id.*—El amor de Dios hace despreciar todas las demás cosas, 79.—El amor de Dios disipa la tibieza, *id.*—El amor de Dios ilumina, *id.*—Todo se convierte en bienes para el que ama a Dios, 80.—Dulzura y felicidad que se encuentra en amar a Dios, *id.*—Nada cuesta, y todo es fácil para el que ama, 82.—El amor de Dios encierra todos los bienes, 83.—Para amar a Dios es menester observar su ley, 85.—Varios grados del amor a Dios, *id.*—Calidades del amor a Dios, 86.—Sentimientos por no haber amado a Dios, *id.*—Desgracia del que no ama a Dios, *id.*—De qué modo debemos amar a Dios, 87.—Medios de amar a Dios, *id.*

Amor al prójimo. 89

¿Qué es caridad? 89.—Necesidad de la caridad, *id.*—Excelencia de la caridad, 91.—Fuerza de la caridad, 93.—La caridad une a los hombres, 94.—Cosas grandes y sublimes que se originan de la caridad, 95.—La caridad

idad borra los pecados, 96.—La caridad es el compendio de toda ley; es la reina de las leyes, 97.—Dicha de los que practican la caridad, 98.—Calidades de la caridad, *id.*—Medios de tener caridad, 99.

Ángeles. 100

Hay ángeles y existen en gran número, 100.—Hay nueve coros de ángeles, *id.*—Los ángeles están justificados por su fe en Jesucristo, *id.*—Hermosura de los ángeles, *id.*—Felicidad de los ángeles, *id.*—Funciones del ángel de la Guarda, 101.—Felicidad y ventajas que nos proporcionan los ángeles, 102.—Lo que debemos a los ángeles de la guarda, 103.—Qué vida debemos llevar en su presencia, *id.*

Apóstoles (Los). 105

Porque los apóstoles son en número de doce, 105.—Porque escogió Jesucristo a unos pobres, *id.*—Vida de los apóstoles, 106.—Celo de los apóstoles, y maravillas de que son autores, *id.*—Luz que derraman los apóstoles, 109.—Misericordia y bondad de los apóstoles, 110.—Poder de los apóstoles, 111.—Duración de los beneficios de los apóstoles, 112.

Avaricia. 113

¿Qué es avaricia? 113.—Locura de la avaricia, *id.*—Triste estado del avaro, 114.—El avaro está entregado del todo a su pasión, 116.—El avaro no puede servir a Dios, *id.*—Pobreza del avaro, 117.—El avaro jamás se ve saciado, 119.—La avaricia es una carga muy pesada, 121.—Ceguedad de la avaricia, 122.—Ceguedad de la avaricia, 124.—La nada de las riquezas, 126.—Cuán vil y despreciable es el avaro, 127.—El avaro es desconfiado, 128.—El avaro es envidioso, *id.*—El avaro es ingrato, *id.*—El avaro es traidor, *id.*—Errores del avaro y peligros de la avaricia, 129.—Injusticias del avaro, *id.*—El avaro no tiene entrañas, 131.—El avaro es cruel, *id.*—La avaricia es un crimen, 132.—El avaro es un despota, *id.*—La avaricia corrompe el corazón, 133.—El avaro es idólatra, *id.*—El avaro es enemigo mortal de sí mismo, 134.—El avaro es detestado, despreciado y maldenado, *id.*—Desgracias del avaro, 135.—La avaricia es el manantial de todos los pecados y de todos los males, 137.—No hay salvación para el avaro, 138.—Jesucristo desprecia las riquezas, *id.*—La avaricia es una señal de reprobación, 139.—Condenación de la avaricia, *id.*—Castigos que atrae la avaricia, *id.*—Condenación del avaro, 141.—Lo que los paganos han pensado de la avaricia, 142.—¿Por qué se nos dan las riquezas? *id.*—Es preciso imitar al solda-

ciencia, confianza y resignación, 55.—Hemos de sufrir las aflicciones con perseverancia, *id.*—Nada son todas las aflicciones comparadas con el infierno, *id.*—Nos creamos muchas aflicciones, 56.—El ejemplo de los Santos nos ayuda á sufrir las aflicciones, 57.—Nada son las aflicciones comparadas con la recompensa y la gloria eterna que nos aguarda, 58.

Ambición. (*Véase también Avaricia*). 59

La ambición es un vicio; desgracias que causa, 59.—La ambición jamás se ve saciada, *id.*—El ambicioso es desgraciado, *id.*—Debemos huir de la ambición, 60.

Amor á Dios. 61

Hay dos amores, 61.—Necesidad de amar á Dios, *id.*—Motivos que obligan á amar á Dios, sacados de Dios mismo ó de sus infinitas perfecciones, 63.—Motivos que obligan á amar á Dios tomados del amor que tiene á los hombres, 64.—Amor infinito de Dios en la creación, 65.—Amor infinito de Dios en el modo con que se comunica al hombre, *id.*—Dios es nuestro Criador, nuestro bienhechor, nuestra providencia, 66.—Qué pruebas de amor nos ha dado Dios Padre por la encarnación y la redención? *id.*—¿Qué amor nos ha profesado Dios Hijo tomando carne humana y muriendo por nosotros? 67.—Excelencia del amor de Dios, 71.—El amor nos une con Dios, 73.—Se imita á Dios por medio del amor, 74.—Por medio del amor se vive de Jesucristo y para Jesucristo, *id.*—Amar á Dios es amarse á uno mismo, 75.—El amor de Dios une á los hombres entre sí, *id.*—El amor de Dios hace insensible, 76.—El amor de Dios ahuyenta á los demonios, 78.—El amor de Dios destruye el pecado, *id.*—El amor de Dios hace despreciar todas las demás cosas, 79.—El amor de Dios disipa la tibieza, *id.*—El amor de Dios ilumina, *id.*—Todo se convierte en bienes para el que ama á Dios, 80.—Dulzura y felicidad que se encuentra en amar á Dios, *id.*—Nada cuesta, y todo es fácil para el que ama, 82.—El amor de Dios encierra todos los bienes, 83.—Para amar á Dios es menester observar su ley, 85.—Varios grados del amor á Dios, *id.*—Calidades del amor á Dios, 86.—Sentimientos por no haber amado á Dios, *id.*—Desgracia del que no ama á Dios, *id.*—De qué modo debemos amar á Dios, 87.—Medios de amar á Dios, *id.*

Amor al prójimo. 89

¿Qué es caridad? 89.—Necesidad de la caridad, *id.*—Excelencia de la caridad, 91.—Fuerza de la caridad, 93.—La caridad une á los hombres, 94.—Cosas grandes y sublimes que se originan de la caridad, 95.—La ca-

ridad borra los pecados, 96.—La caridad es el compendio de toda ley; es la reina de las leyes, 97.—Dicha de los que practican la caridad, 98.—Calidades de la caridad, *id.*—Medios de tener caridad, 99.

Ángeles. 100

Hay ángeles y existen en gran número, 100.—Hay nueve coros de ángeles, *id.*—Los ángeles están justificados por su fe en Jesucristo, *id.*—Hermosura de los ángeles, *id.*—Felicidad de los ángeles, *id.*—Funciones del ángel de la Guarda, 101.—Felicidad y ventajas que nos proporcionan los ángeles, 102.—Lo que debemos á los ángeles de la guarda, 103.—Qué vida debemos llevar en su presencia, *id.*

Apóstoles (Los). 105

Porque los apóstoles son en número de doce, 105.—Porque escogió Jesucristo á unos pobres, *id.*—Vida de los apóstoles, 106.—Celo de los apóstoles, y maravillas de que son autores, *id.*—Luz que derraman los apóstoles, 109.—Misericordia y bondad de los apóstoles, 110.—Poder de los apóstoles, 111.—Duración de los beneficios de los apóstoles, 112.

Avaricia. 113

¿Qué es avaricia? 113.—Locura de la avaricia, *id.*—Triste estado del avaro, 114.—El avaro está entregado del todo á su pasión, 116.—El avaro no puede servir á Dios, *id.*—Pobreza del avaro, 117.—El avaro jamás se ve saciado, 119.—La avaricia es una carga muy pesada, 121.—Ceguedad de la avaricia, 122.—Ceguedad de la avaricia, 124.—La nada de las riquezas, 126.—Cuán vil y despreciable es el avaro, 127.—El avaro es desconfiado, 128.—El avaro es envidioso, *id.*—El avaro es ingrato, *id.*—El avaro es traidor, *id.*—Errores del avaro y peligros de la avaricia, 129.—Injusticias del avaro, *id.*—El avaro no tiene entrañas, 131.—El avaro es cruel, *id.*—La avaricia es un crimen, 132.—El avaro es un despota, *id.*—La avaricia corrompe el corazón, 133.—El avaro es idólatra, *id.*—El avaro es enemigo mortal de sí mismo, 134.—El avaro es detestado, despreciado y maldenado, *id.*—Desgracias del avaro, 135.—La avaricia es el manantial de todos los pecados y de todos los males, 137.—No hay salvación para el avaro, 138.—Jesucristo desprecia las riquezas, *id.*—La avaricia es una señal de reprobación, 139.—Condenación de la avaricia, *id.*—Castigos que atrae la avaricia, *id.*—Condenación del avaro, 141.—Lo que los paganos han pensado de la avaricia, 142.—¿Por qué se nos dan las riquezas? *id.*—Es preciso imitar al solda-

do, 143.—Es preciso huir de la avaricia, *id.*—Avaricia espiritual, 144.

Ayuno y Abstinencia.

Necesidad del Ayuno y de la abstinencia, 146.—Ejemplos de ayuno y de abstinencia, *id.*—Excelencia del ayuno, sus admirables efectos y sus ventajas, 147.—Falsos pretextos que se alegan para no ayunar, 151.—Hay varios especies de ayuno, 152.

Bautismo. (Véase también Pecado original).

¿Qué es bautismo? 155.—Necesidad del bautismo, *id.*—Excelencia y ventajas del bautismo, *id.*—Obligaciones contraindadas en el bautismo, 158.—Habremos de dar cuenta de las gracias que recibimos y de las obligaciones que contraemos en el bautismo, 159.

Blasfemia.

Lo que es la blasfemia y su enormidad, 164.—Castigos que atrae la blasfemia, *id.*—Es preciso respetar el santo nombre de Dios, 163.

Bondad de Dios.

Dios es la misma bondad por naturaleza, 164.—El deseo de Dios es de hacer bien, *id.*—Bondad de Dios sobre todo en la redención, 165.—Infinita bondad de Dios, 166.—La bondad de Dios es un tesoro inmenso, 168.—Nuestros intereses son los de Dios, 169.—La bondad de Dios nos ayuda, nos defiende y se compadece de nuestros males, *id.*—La bondad de Dios perdona fácilmente, 170.—La bondad de Dios viene a nuestra ayuda con consuelos, 172.—La bondad de Dios da con abundancia, *id.*—La bondad de Dios es incomparable, 173.—Dios se queja de nuestra ingratitud, 174.—Es menester que estemos reconocidos a las bondades de Dios. Medios de manifestar nuestro reconocimiento, 175.

Buen ejemplo.

Necesidad del buen ejemplo, 177.—Excelencias y ventajas del buen ejemplo, 179.—Sábiles ejemplos de Jesucristo y de los Santos, 181.—Cuán ventajoso es el buen ejemplo de los superiores, 183.—Por qué los hombres de escándalo critican a las personas edificantes? 184.—En qué consiste el buen ejemplo, *id.*—Recompensas de los buenos ejemplos, 187.

Buena y mala conciencia.

¿Qué es una buena conciencia? 188.—Poder y fuerza de una buena conciencia, *id.*—Excelencia y premio de la buena conciencia, 189.—Felicidad que procura una buena conciencia, *id.*—Desgracias que atrae una mala conciencia, y desórdenes que produce, 191.—Causas de la mala conciencia, *id.*—¿Qué hemos de hacer para adquirir una buena conciencia? 192.

Burlas de los malos.

En todo tiempo los malos se han burlado de los buenos, 193.—No hay nada sagrado para los malos, *id.*—¿Por qué se burlan los malos de los buenos? 194.—Las burlas de los malos recaen sobre ellos mismos, 195.—Los buenos deben gloriarse de las burlas de los malos, 196.—Ya vendrá el tiempo del triunfo de los justos, *id.*

Caida y recaída.

Desgracia de la caída en el pecado, 198.—Causas de las caídas, *id.*—Es preciso levantarse pronto de las caídas, 199.—Causa de las recaídas, *id.*—Estado horrible en que nos sumerge la recaída, *id.*—Castigos impuestos a las recaídas, 202.—Medios de evitar la recaída, *id.*

Calvario.

Canto.

Dios prescribe el Canto, 204.—Ventajas del canto, *id.*—Los patriarcas y los profetas han cantado las alabanzas del Señor, 207.—Los ángeles cantan en el cielo, *id.*—Felices son los que cantan las alabanzas del Señor, 208.—Es preciso cantar a menudo, *id.*—¿Con qué sentimientos es menester cantar? *id.*—Nunca podemos emplear mal la voz, 209.

Ceguedad espiritual.

¿Qué es ceguedad espiritual? 210.—La ceguedad espiritual es un crimen, *id.*—Esta ceguedad es voluntaria, 211.—Cuán ciego es el pecador, 213.—El mundo se halla en la ceguedad espiritual, 215.—Causas de la ceguedad espiritual, *id.*—El demonio sobre todo nos ciega, 216.—Devastaciones y desórdenes producidos por la ceguedad espiritual, *id.*—Cuán desgraciados son los ciegos espirituales, 217.—Castigos de la ceguedad espiritual, 218.—Pesar de haber tenido los ojos cerrados, 219.—Medios de salir de la ceguedad espiritual, 220.

Cielo.

El cielo es la obra maestra de Dios, 221.—Hay una diferencia casi infinita entre el cielo y la tierra, *id.*—El cielo es la verdadera patria, 223.—Hermosura y riquezas del cielo, *id.*—Brillo y esplendor de los elegidos, primer principio de su felicidad en el cielo, 226.—Unión de los elegidos con Dios, segundo principio de su felicidad en el cielo, 229.—Los elegidos estarán unidos entre sí: cada uno de ellos participará de los bienes de todos, y todos de los bienes de cada uno, tercer principio de su felicidad, 231.—En el cielo Dios hará la voluntad de los elegidos, y los elegidos harán la voluntad de Dios, cuarto principio de su felicidad, 233.—En el cielo los elegidos serán reyes, quinto prin-

cipio de su felicidad, 234. — En el cielo los elegidos serán como dioses, sexto principio de su felicidad, 235. — En el cielo los elegidos tendrán la felicidad suprema, poseerán todos los bienes, 236. — Después de la resurrección los cuerpos de los elegidos participarán de su gloria, 243. — El cielo durará eternamente, *id.* — Es fácil ir al cielo, 246. — Medios de ganar el cielo: 1.º Es preciso desearlo, 248. — 2.º Es preciso practicar la pureza, 250. — 3.º Es menester hacerse violencia, 251. — 4.º Es preciso vencer y perseverar, 252. — 5.º Es menester ser paciente, 253. — 6.º Es preciso estudiar los ejemplos que nos han dado los Santos y sobre todo los Mártires, *id.* — 7.º Es preciso usar del mundo como si no usáramos de él, 254. — 8.º Es menester meditar lo que es cielo, *id.* — 9.º Es preciso santificarse, 255.

Ciencia.

Necesidad de la ciencia cristiana, 256. — En qué consiste la verdadera ciencia, 257. — Ventajas de la verdadera ciencia, 258. — Ignorancia de los incrédulos, 261. — Peligros y desgracias que ocasiona una falsa ciencia, 262. — Como debe estudiarse, ó medios de instruirse ventajosamente, *id.*

Circuncision.

¿Qué objeto tenía la circuncision? 265. — ¿Por qué quiso Jesucristo ser circuncidado? *id.*

Cólera.

Tristes efectos de la ira, sobre todo para el que se entrega á ella, 267. — El hombre dado á la ira da asilo al demonio, y el demonio es un espíritu infernal, 270. — La ira manifiesta la maldad del corazón, *id.* — Causas de la ira, 271. — Vanas excusas que se emplean para justificar la ira, *id.* — Castigos de la ira, *id.* — Remedios contra la cólera, *id.* — Hay ira santa, 272.

Compañía buena y mala (Véase Mala compañía).

Compasion.

Es preciso tener compasion, 274. — Cuán poderosa y ventajosa es la compasion, *id.*

Comunion (Véase Eucaristia).

Comunion de los Santos.

¿Qué es la comunión de los Santos, 276. — La comunión de los Santos es un dogma de fe, 277.

Concordia.

Necesidad de la concordia, 278. — Excelencia de la concordia, *id.* — Ventajas de la concordia, 279. — Medios de practicar la concordia.

Concupiscencia.

¿Qué es concupiscencia? 282. — La concupiscencia no es el

pecado; el pecado viene de la voluntad, *id.* — La concupiscencia es el hogar del pecado, 284. — Cómo nos tienta la concupiscencia, *id.* — Triple concupiscencia, 285. — Concupiscencia de la carne, *id.* — Concupiscencia de los ojos, 286. — Tercera concupiscencia, que es orgullo de la vida, *id.* — Cuán penosa y humillante es la concupiscencia, 287. — Terribles desgracias que causa la concupiscencia, 288. — La concupiscencia deja el alma vacía; desgracia es obedecerle, 290. — Castigos impuestos al consentimiento de la concupiscencia, 291. — La concupiscencia proporciona grandes méritos á los que saben resistirla, *id.* — Se experimenta mucha felicidad combatiendo valerosamente la concupiscencia, 293. — Es menester euerjia para vencer la concupiscencia, *id.* — Medios de vencer la concupiscencia, 294.

Confesion.

Divinidad de la confesion, 296. — Antigüedad de la confesion, *id.* — Necesidad de la confesion, 298. — Facilidad de la confesion, 301. — Excelencia y ventajas de la confesion. 1.º Manifestaciones de los impíos, 301. — 2.º Sentimiento de los protestantes por haber abolido la confesion, 305. — 3.º Los indiferentes prestan homenaje á la confesion, *id.* — 4.º Ventajas de la confesion relativamente á la sociedad y á las buenas costumbres, 306. — 5.º La confesion cura el orgullo, 307. — 6.º La confesion instruye al hombre, 308. — 7.º La confesion rehabilita al hombre, *id.* — 8.º La confesion es una maza que aplasta la cabeza de la serpiente, 309. — 9.º La confesion libera de la esclavitud y devuelve la verdadera libertad, 310. — 10.º Por la confesion obtenemos el perdón de todos nuestros pecados, *id.* — 11.º La confesion purifica, 311. — 12.º La confesion da hermosura, 312. — 13.º La confesion es una resurreccion, *id.* — 14.º La confesion cierra el infierno, *id.* — 15.º La confesion da la paz, *id.* — 16.º La confesion abra el cielo, 313. — 17.º La confesion nos hace vigilar, *id.* — 18.º La confesion nos procura á todos los bienes, *id.* — Cualidades que debe tener la confesion. 1.º Debe ser humilde, 314. — 2.º La confesion debe ser sincera, 315. — 3.º La confesion debe ser prudente, 317. — 4.º La confesion debe ser entera, *id.* — De la confesion frecuente, *id.* — Del exámen de conciencia, 318. — Cómo hemos de prepararnos para este exámen, 319. — Varios pretextos que se alegan para no confesarse, *id.* — Cuáles son aquellos á quienes debe recusarse la absolucion, 322. — Cuáles son las causas de la repugnancia que se experimenta hacia la confesion, 323.

Confianza en Dios.

Bases de la confianza en Dios, 324.—Motivos de confianza fundados 1.º en el auxilio de Dios, *id.*—2.º Motivos de confianza fundados en los socorros y méritos de Jesucristo, 327.—3.º Motivos de confianza fundada en otros auxilios, 328.—Excelencia de la confianza en Dios; maravillas que produce, *id.*—La confianza en Dios nos hace invencibles, 329.—Es preciso que no pongamos nuestra confianza más que en Dios, 331.

Conocimiento de sí mismo. (Véase Examen de conciencia).**Contrición.**

¿Qué es contrición? 333.—Hay dos clases de contrición, *id.* Necesidad de la contrición, 334.—Excelencia y ventajas de la contrición, *id.*—Calidades que debe tener la contrición: 1.º Debe ser interior, 338.—2.º La contrición debe ser sobrenatural, 339.—3.º La contrición debe ser soberana, 340.—4.º La contrición debe ser universal, 341.—Del buen propósito y de su necesidad, 342.—¿Con qué señales se conoce el buen propósito? 343.

Conversion.

La conversion viene de la gracia y de la bondad de Dios, 345.—Dios desea ardientemente la conversion del pecador, 346.—Maravillas de la conversion, 347.—La conversion de un pecador es la mayor de las gracias; es el más admirable de los milagros, 353.—Cuán consoladora es la conversion del pecador para el cielo, para la Iglesia, y también para el mismo pecador, 356.—Es fácil convertirse, 358.—Es menester no diferir nuestra conversion, *id.*—La perseverancia en el pecado es deplorable, 362.—Es preciso dejar el pecado, 363.—Dios desea la conversion del pecador y le da su gracia: el pecador, á su vez, debe desear su conversion y cooperar á la gracia, 365.—Es preciso recordar la felicidad que se experimentaba antes de caer en el pecado, 367.—Después de la conversion es preciso perseverar, 368.—Deberes de los pastores y de los confesores con respecto de los pecadores, 369.—¿Por qué perdonó Dios al hombre y no al ángel? *id.*

Correccion.

La correccion es necesaria, 370.—Excelencia y ventajas de la correccion, 372.—Cómo deben darse las correcciones, 375.—¿Cómo se dan habitualmente las correcciones? 377.—Debemos aprovecharnos de las correcciones, 378.—Cómo hemos de recibir las correcciones, 379.—Es una gran falta no aprovecharse de las correcciones, 381.

Creacion (Véase también Ángeles, Hermosura del universo y Dignidad del hombre).

¿Qué es un cristiano? 386.—Cómo debe obrar un cristiano, 387.—El cristiano debe aficionarse á Jesucristo y unirse á él, imitándole, 393.—Los primeros cristianos y los buenos cristianos de todos los siglos han imitado á Jesucristo, 394.—El cristiano debe imitar al soldado, 395.—Ventajas de que goza el cristiano, hasta en medio de sus trabajos, 396.—Grandeza del cristiano, 397.—Los cristianos son hijos de las promesas, 398.—Medios que podemos emplear para ser buenos cristianos, *id.*

Cruz (La).

Poder de la cruz: gracias que de ella emanan, 399.—Sobre la cruz resplandee la bondad de Dios, 401.—En la cruz brilla la sabiduría de Dios, 402.—Ciencia que enseña la cruz, 404.—Gloria y felicidad cuyo principio es la cruz, 405.—Triunfo de la cruz, 407.—Frutos que pueden recogerse en la cruz, 411.—Cómo hemos de llevar nuestra cruz, *id.*

Cruces (Las).

Necesidad de las cruces, 415.—Las cruces vienen de Dios, 416.—Dios ama á aquellos á quienes envía cruces, 417.—Las cruces inspiran valor, *id.*—De Dios viene el valor necesario para sufrir las cruces, 418.—Cuán grande es el número de las cruces, *id.*—Ventajas que proporcionan las cruces, 419.—Los malos son útiles para los buenos porque cargan á éstos de cruces, 421.—Felicidad y alegría que dan las cruces, 422.—Dignidad y gloria que se halla en las cruces, 424.—Es preciso desear las cruces, 425.—Las mayores cruces no son nada comparadas con la recompensa que les está destinada, *id.*

Curiosidad.

Destrucciones producidas por la curiosidad, 426.—La curiosidad es insaciable, 427.—Quieren saber lo que es inútil y malo, y quedan ignorantes de lo útil y bueno, *id.*—La curiosidad debe ser prudente y sabia, 428.

Deberes de los amos.

¿Por qué hay amos y criados? 430.—Deberes de los amos. 1.º La humanidad, *id.*—2.º Los cuidados, 431.—3.º La vigilancia, *id.*—4.º La instruccion, 433.—5.º La correccion, *id.*—6.º El buen ejemplo, *id.*—7.º La asistencia, *id.*—8.º El salario, 434.

Deberes de los criados.

Deberes que los criados tienen que cumplir con relacion á

sus amos, 435.—Primer deber, el amor, *id.*—2.º deber, el respeto, *id.*—3.º deber, la obediencia, 436.—Deber, la fidelidad, *id.*

Deberes de los hijos. 438

Primer deber de los hijos respecto de sus padres, el amor, 438.—2.º deber de los hijos, el respeto, 439.—3.º deber, la obediencia, 440.—4.º deber, la asistencia, 441.—Jesucristo y los Santos son modelos de hijos, 442.—Qué ventajas pueden esperar los hijos que cumplen su deber con sus padres, 443.—Hay muchos hijos que no cumplen con su deber. Crímenes de que se hacen culpables, 444.—Desgracias y castigos reservados á los hijos desnaturalizados, 447.

Deberes de los padres. 450

Responsabilidad de los padres, 450.—El primer deber de los padres es ser virtuosos, *id.*—Segundo deber, el buen ejemplo, 451.—Tercer deber, la oración, 452.—Cuarto deber, la educación, *id.*—Quinto deber, la instrucción religiosa, 453.—Sexto deber, la vigilancia, *id.*—Séptimo deber, la corrección, 454.—Octavo deber, deben bendecir á sus hijos, 455.—Cuán culpables son los padres que descuidan el cumplimiento de sus deberes. Desgracias que se preparan, *id.*—Castigos que los padres indignos se atraen y merecen, 456.—El honor de los padres brilla en sus hijos; y cuando éstos son bien educados, son á su vez la honra y la gloria de sus padres, 457.—Modelos que los padres deben seguir, 458.

Demonios. 461

¿Hay demonios? 461.—¿Qué son los demonios? *id.*—Causas de la caída de los demonios, 462.—Por qué ha salvado Dios al hombre y no al ángel, 466.—El demonio es homicida, *id.*—El demonio es padre de todos los criminales y de todas las herejías, 467.—¿Por qué compara Jesucristo el demonio al relámpago y al rayo? *id.*—¿Por qué es llamado león el demonio? *id.*—El demonio es fuerte, 468.—Da qué modo es fuerte el demonio, y contra quién, 469.—El demonio es muy débil, 474.—El demonio está en todas partes; vigila sin cesar para perdernos, 472.—Ciencia del demonio, 473.—Malicia, lubricidad y astucias del demonio, 474.—Odio del demonio contra el hombre y guerra que le hace, 477.—El demonio tuvo la audacia de atacar al mismo Jesucristo, 478.—Crueldad y furor del demonio contra los hombres, *id.*—Devastaciones producidas por los demonios, 479.—El demonio es el dios del siglo, 483.—El demonio no se cansa nunca; es muy perseverante en perseguirnos, 484.—El demonio persigue más á los

justos que á los pecadores, 485.—Es muy difícil escapar del demonio, 486.—Alegria de los demonios cuando pueden vencer y asesinar á un alma, *id.*—Los demonios son los ejecutores de la justicia de Dios, 487.—Castigos de los demonios, *id.*—De qué modo se triunfa del demonio, *id.*

Demora en la conversion. 490

Necesidad de no diferir nuestra conversion, 490.—Para convertirse es preciso: 1.º, tiempo, *id.*—Para convertirse es preciso, 2.º, la gracia, 494.—Para convertirse, es preciso: 3.º, la voluntad, 496.—Desgracias que ocasiona la demora en la conversion, 497.—Obstáculos en la conversion, y causas de la demora con que á ella acudimos, 500.—¿Qué hemos de hacer para apresurar nuestra conversion, 504.

Deseos (Buenos). 503

¿Qué hemos de desear? 503.—Excelencia y ventajas de los buenos deseos, 506.—Dios está lleno de buenos deseos á nuestro favor, 509.—Afectos de los Santos para Dios, imitamoslos, 510.—Motivos que nos excitán á tener buenos deseos, 511.—Lo que debe hacerse para tener buenos deseos, *id.*

Desesperacion. 513

Causas de la desesperacion, 513.—La desesperacion es un crimen, *id.*—La desesperacion es una falta deplorable, 514.—Es horrible la muerte en la desesperacion, 515.—No debemos nunca desesperarnos, *id.*—Remedios contra la desesperacion, 516.

Desobediencia. 517

La desobediencia es un crimen, 517.—Desgracias que causa la desobediencia, 518.—Castigos impuestos á la desobediencia, 519.

Desprendimiento. 522

Es preciso que seamos desinteresados, 522.—Ventajas del desprendimiento, 523.—Ejemplos de desinterés, 524.—Lo que ha de hacerse para tener desinterés, *id.*

Dignidad del hombre. 526

El hombre es creado á imagen de Dios, 526.—Precio inestimable del hombre, 527.—Imperio del hombre, 530.—El hombre, servidor de Dios, 532.—El hombre hijo de Dios, 533.—Dios es nuestro Padre, 534.—El hombre es ciudadano de la casa de Dios y del Cielo, 540.—El hombre es templo de Dios y casa de Jesucristo, *id.*—Los cristianos son miembros de Jesucristo, herederos y coherederos suyos, 544.—El hombre costó la sangre de Jesucristo, *id.*—El hombre es tan grande, que participa de la naturaleza de Dios, y es en cierto modo Dios, 542.—Jesu-

cristo es necesario para abrigar nuestra alma, 545.—
Tan grande es el hombre que sólo puede vivir de Je-
susristo, 545.— Tan grande es el hombre que necesita
á todo un Dios por alimento, 546.— El hombre es tan
grande, que necesita por morada la casa del mismo
Dios, *id.*— Tan grande es el alma, que necesita la in-
mortalidad, 547.— El hombre sólo es grande por Dios;
así es que debe unirse á Dios, *id.*

Discordia (*Véase también Concordia*). 549

Causas de las discordias, 549.— La discordia es un cri-
men, *id.*— Estragos que produce la discordia, *id.*— Mo-
tivos que obligan á evitar la discordia, 550.— Medios
de evitar la discordia, *id.*

FIN DEL ÍNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

45057

AUTOR
LAPIDE, Cornelius A.

TITULO

